EL PARQUE JURÁSICO

MICHAEL CRICHTON

grandes novelistas · emecé

Cortesía de LibreríaPDF

Encontrá muchos más libros en:
www.libreriapdf.com

En esta espectacular novela, los dinosaurios vuelven a conquistar la Tierra. En una isla remota, un grupo de hombres y mujeres emprende una carrera contra el tiempo para evitar un desastre mundial provocado por la desmedida ambición de comercializar la ingeniería genética. Pero todos los esfuerzos resultarán vanos cuando el inescrupuloso proyecto quede fuera de control y el mundo a merced de unas bestias monstruosas…

***Parque Jurásico*, la novela más célebre de Michael Crichton y una de las más leídas en los últimos años, fue adaptada al cine por Steven Spielberg en una película que se convirtió en el gran acontecimiento cinematográfico de 1993 y en el origen del fenómeno de masas llamado «dinomanía».**

Los reptiles son aborrecibles a causa de su cuerpo frío, su color pálido, su esqueleto cartilaginoso, su piel inmunda, su aspecto feroz, su mirada calculadora, su fetidez, su voz áspera, la sordidez de los sitios en los que habitan y su terrible veneno: he aquí la razón por la que su Creador no ejerció sus poderes para hacer muchos de ellos.

LINNEO, 1797

No se puede hacer que vuelva atrás una nueva forma de vida.

ERWIN CHARGAFF, 1972

Introducción

El incidente «InGen»

El final del siglo XX fue testigo de una «fiebre del oro» científica de asombrosas proporciones: la urgencia precipitada y frenética por comercializar ingeniería genética. Esta empresa avanzó con tanta rapidez, con tanto dinero, con tan pocos comentarios externos, que apenas sí se llegan a comprender sus dimensiones y consecuencias.

La biotecnología promete la revolución más grande de la historia humana. Para fines de esta década habrá dejado muy atrás la energía atómica y los ordenadores en cuanto al efecto que habrá de ejercer sobre nuestra vida cotidiana. Como lo expresó un observador, «la biotecnología va a trasformar todos los aspectos de la vida humana: nuestros servicios médicos, nuestra alimentación, nuestra salud, nuestras diversiones, nuestro cuerpo mismo. Nada volverá a ser igual. Literalmente, va a cambiar la faz del planeta».

Pero la revolución biotecnológica difiere de las trasformaciones científicas anteriores en tres aspectos importantes:

Primero, está muy difundida. Norteamérica entró en la Era Atómica a través del trabajo de una sola institución investigadora, en Los Álamos. Entró en la Era de los Ordenadores a través de los esfuerzos de alrededor de una docena de compañías. Pero hoy las investigaciones biotecnológicas se llevan a cabo en más de dos mil laboratorios sólo en Norteamérica. Quinientas compañías de gran importancia gastan cinco mil millones anuales en esta tecnología.

Segundo, muchas de las investigaciones son irreflexivas o frívolas. Los esfuerzos por producir truchas más pálidas para que sean más visibles en el río, árboles cuadrados para que sea más fácil cortarlos en tablones y células aromáticas inyectables para que una persona tenga siempre el olor de su perfume favorito pueden parecer una broma, pero no lo son. En verdad, el hecho de que se pueda aplicar la biotecnología a las industrias tradicionalmente sujetas a los

vaivenes de la moda, como las de los cosméticos y el tiempo libre, hace que crezca la preocupación por el uso caprichoso de esta poderosa tecnología nueva.

Tercero, no hay control sobre las investigaciones. Nadie las supervisa. No hay legislación federal que las regule. No hay una política estatal coherente ni en Norteamérica ni en parte alguna del mundo. Y, dado que los productos de la biotecnología van desde medicinas hasta nieve artificial, pasando por cultivos mejorados, resulta difícil instrumentar una política inteligente.

Pero más perturbador es el hecho de que no se encuentren voces de alerta entre los científicos mismos. Resulta notable que casi todos los que se dedican a la investigación genética también comercian con la biotecnología. No hay observadores imparciales. Todos tienen intereses en juego.

La comercialización de la biología molecular es el acontecimiento ético más pasmoso de la historia de la ciencia, y tuvo lugar con velocidad desconcertante. En el transcurso de los cuatrocientos años que han transcurrido desde Galileo, la ciencia siempre avanzó en forma de investigación libre y abierta del funcionamiento de la Naturaleza. Los científicos siempre pasaron por alto las fronteras de las naciones, manteniéndose por encima de las preocupaciones transitorias de la política e incluso de las guerras. Los científicos siempre se rebelaron contra la imposición del secreto sobre las investigaciones, y hasta fruncieron el ceño ante la idea de patentar sus descubrimientos, al considerarse a sí mismos trabajadores para el beneficio de toda la Humanidad. Y, durante muchas generaciones, los descubrimientos de los científicos gozaron, por cierto, de la cualidad de ser peculiarmente desinteresados.

Cuando, en 1953, dos jóvenes investigadores de Gran Bretaña, James Watson y Francis Crick, descifraron la estructura del ADN, se aclamó su trabajo como un triunfo del espíritu humano, de la búsqueda multisecular para entender el universo de manera científica. Se esperaba, confiadamente, que el descubrimiento de Watson y Crick se brindaría desinteresadamente para mayor beneficio de la Humanidad.

Sin embargo, eso no ocurrió. Treinta años más tarde, casi todos los colegas científicos de Watson y Crick estaban dedicados a otra clase completamente diferente de proyecto: las investigaciones sobre genética molecular se habían convertido en una vasta empresa comercial que entrañaba muchos miles de millones de dólares, y los orígenes de esta empresa se pueden localizar no en 1953, sino en abril de 1976.

Ésa fue la fecha en la que se celebró una, ahora famosa, reunión, en la que

Robert Swanson, capitalista de empresas de riesgo, se acercó a Herbet Boyer, bioquímico de la Universidad de California. Los dos hombres acordaron fundar una compañía comercial para explotar las técnicas de fusión de genes desarrolladas por Boyer. La nueva compañía que constituyeron, «Genentech», pronto se convirtió en las más grande de las empresas pioneras de ingeniería genética, y la de mayor éxito.

De repente pareció como si todo el mundo quisiera volverse rico. Compañías nuevas se anunciaban con frecuencia casi semanal, y los científicos salían en tropel para explotar las investigaciones genéticas. Para 1986, por lo menos trescientos sesenta y dos científicos (incluidos sesenta y cuatro pertenecientes a la Academia Nacional de Ciencias) figuraban en las juntas de asesoramiento de las empresas dedicadas a la biotecnología. La cantidad de los que gozaban de participación en acciones, o que estaban a cargo de oficinas consultoras, era varias veces mayor.

Es necesario hacer hincapié en cuán importante era, realmente, este cambio de actitud: en el pasado los científicos dedicados a la investigación pura adoptaban un punto de vista esnob en cuanto a la aplicación comercial; consideraban la búsqueda de dinero carente de interés en el aspecto intelectual y sólo apta para tenderos. Y realizar investigaciones para la industria, aun en los prestigiosos laboratorios de la «Bell» o de «IBM», era nada más para aquellos científicos que no habían podido conseguir el nombramiento como profesores en una Universidad. De esta manera, la actitud de los científicos que hacían investigación pura era fundamentalmente crítica ante el trabajo de los colegas que hacían investigación aplicada, y ante la industria en general. Su prolongado antagonismo mantuvo a los científicos universitarios libres de lazos contaminantes con la industria y, cada vez que surgía el debate sobre cuestiones tecnológicas, se contaba con científicos imparciales que discutían los temas al más alto nivel.

Pero eso ya no es verdad. Hay muy pocos biólogos moleculares y muy pocas instituciones de investigación que estén exentos de vínculos comerciales. Los días de antaño acabaron. Las investigaciones genéticas prosiguen, y con un ritmo más furibundo que nunca. Pero en secreto, con prisa y para obtener lucro.

En este clima comercial, probablemente resulta inevitable que haya surgido una compañía tan ambiciosa como «International Genetic Technologies, Inc.», de

Palo Alto. Asimismo, tampoco sorprende que la crisis genética que desencadenó no se haya denunciado. Después de todo, las investigaciones de la «InGen» se llevaron a cabo en secreto; el incidente real tuvo lugar en las regiones más remotas de América Central; menos de veinte personas estuvieron allí para atestiguarlo… y de ellas sobrevivió nada más un puñado.

Incluso al final, cuando «International Genetic Technologies» presentó solicitud de protección según el Capítulo 11 en el Tribunal Superior de San Francisco, el 5 de octubre de 1989, las actuaciones atrajeron poca atención de la Prensa. Parecía algo tan común: «InGen» era la tercera pequeña compañía norteamericana dedicada a la bioingeniería que fracasaba ese año, y la séptima desde 1986. Pocos documentos del juicio se dieron a la publicidad, ya que los acreedores eran consorcios inversores japoneses, como «Hamaguri» y «Densaka», compañías que, tradicionalmente, rehúyen la publicidad. Para evitar una innecesaria divulgación, Daniel Ross, de «Cowan, Swan and Ross», asesoría jurídica de «InGen», también representaba a los inversores japoneses. Y la petición bastante insólita del vicecónsul de Costa Rica se oyó a puerta cerrada. Por eso no puede sorprender que, en el espacio de un mes, los problemas de «InGen» se resolvieran callada y amistosamente.

Las partes que intervinieron en ese acuerdo, comprendida la distinguida junta científica de asesores, celebraron un convenio de no divulgación de los hechos, y ninguno va a hablar de lo que sucedió, pero muchas de las principales figuras del «incidente InGen» no eran signatarias del convenio y estaban dispuestas a discutir los notables sucesos que desembocaron en esos tres días de finales de agosto de 1989 en una isla remota situada frente a la costa oeste de Costa Rica.

Prólogo

La mordedura del Raptor

La lluvia tropical caía formando grandes láminas que mojaban hasta el tuétano, martilleaban sobre el techo acanalado del edificio de la clínica y bajaban con un rugido por los canalones, esparciéndose por el suelo como un torrente. Roberta Carter suspiró y miró con fijeza por la ventana. Desde la clínica apenas sí podía ver la playa, o el océano que se extendía más allá, envueltos en una niebla baja. No era eso lo que había esperado cuando llegó a la aldea pesquera de Bahía Añasco, en la costa oeste de Costa Rica, para pasar dos meses como médica visitadora. Bobbie Carter había esperado el sol y el reposo después de dos agotadores años de residencia en el departamento de urgencias del «Michael Reese» de Chicago.

Llevaba tres semanas en Bahía Añasco. Y había llovido todos los días.

Todo lo demás estaba bien; le gustaban el aislamiento de Bahía Añasco y la cordialidad de su gente. Costa Rica tenía uno de los veinte mejores servicios médicos del mundo y, aun en esa remota aldea costera, la clínica estaba bien mantenida y ampliamente abastecida. Su auxiliar médico, Manuel Aragón, era inteligente y estaba bien preparado. Bobbie podía practicar la medicina a un nivel igual al de Chicago.

¡Pero la lluvia! ¡La constante, interminable lluvia!

Al otro lado del consultorio, Manuel levantó la cabeza:

—Escuche —dijo.

—Créeme, la oigo —repuso Bobbie.

—No. ***Escuche***.

Y entonces lo oyó. Otro sonido mezclado con la lluvia, un rugido sordo que aumentaba y surgía hasta que se oyó con claridad. El rítmico golpeteo de un helicóptero. Bobbie pensó: «No pueden estar volando con un clima así».

Pero el sonido aumentaba de modo continuo y, entonces, el helicóptero

irrumpió volando bajo a través de la niebla del océano y rugió en lo alto, describió un círculo y volvió. Bobbie vio al helicóptero oscilar hacia atrás sobre el agua, cerca de las barcas pesqueras, para después avanzar lentamente de costado hacia el destartalado muelle de madera y, otra vez, volver hacia la playa.

Estaba buscando un sitio para aterrizar.

Era un «Sikorsky» panzudo, con una banda azul en el costado interrumpida por las palabras «InGen Construction». Ése era el nombre de la compañía constructora que estaba erigiendo un nuevo centro de recreo en una de las islas de mar adentro. Se decía que el centro era espectacular y muy complicado; a muchos de los lugareños se les había empleado en la construcción, que estaba en marcha desde hacía más de dos años. Bobbie se lo podía imaginar: una de esas inmensas zonas de recreo norteamericanas, con piscinas y campos de tenis, donde los huéspedes podían jugar y beber su daiquiri sin tener contacto alguno con la verdadera vida del país.

Bobbie se preguntaba qué era tan urgente en esa isla para que el helicóptero volara con ese tiempo. A través del parabrisas vio al piloto lanzar un suspiro de alivio cuando el helicóptero se asentó en la húmeda arena de la playa. Hombres uniformados salieron de un salto y abrieron de golpe la gran puerta lateral. Bobbie oyó gritos frenéticos en español, y Manuel le dio un leve codazo.

Estaban solicitando un médico.

Dos tripulantes negros transportaban un cuerpo laxo hacia Bobbie, mientras un hombre blanco ladraba órdenes. El hombre blanco llevaba un impermeable amarillo; su cabello rojo surgía alrededor del borde de su gorra de jugador de béisbol de los Mets.

—¿Hay un médico aquí? —le vociferó a Bobbie, gritando sobre la lluvia mientras la médica subía a la carrera.

—Soy la doctora Carter —contestó ella.

La lluvia caía en forma de pesadas gotas, que golpeteaban sobre la cabeza y los hombros de la médica. El hombre pelirrojo la miró frunciendo el entrecejo. La joven llevaba vaqueros recortados, un chaleco que dejaba al descubierto su abdomen y tenía un estetoscopio, con la campana de auscultación ya oxidada por el aire salado.

—Ed Regis. Tenemos un hombre muy enfermo, doctora.

—Entonces es mejor que lo lleven a San José. —San José era la capital, a tan

sólo veinte minutos de distancia por aire.

—Lo haríamos, pero no podemos pasar sobre las montañas con este clima. Tiene usted que atenderle aquí.

Bobbie trotaba junto al hombre herido; era un chico de no más de dieciocho años. Al levantarle la camisa empapada de sangre, le vio un gran desgarrón cortante a lo largo del hombro y otro en la pierna.

—¿Qué le pasó?

—Accidente de construcción —gritó Ed—. Se cayó. Una de las excavadoras le pasó por encima.

El chico estaba pálido, con escalofríos, inconsciente.

Manuel estaba en pie junto a la puerta verde brillante de la clínica, agitando las manos. Los hombres llevaron el cuerpo al interior y lo colocaron sobre la mesa que había en el centro de la habitación. Manuel inició la colocación de una sonda intravenosa y Bobbie dirigió la lámpara sobre el muchacho, inclinándose para examinar las heridas. De inmediato pudo ver que no tenía buen aspecto. Era casi seguro que moriría.

Una gran laceración se extendía desde el hombro, bajando por el torso. En el borde de la herida, la carne estaba hecha pedazos. En el centro, el hombro estaba dislocado, los pálidos huesos expuestos. Un segundo tajo cortaba profundamente los gruesos músculos del muslo, lo suficientemente hondo como para dejar al descubierto la pulsación de la arteria femoral, que estaba debajo. Parecía que la pierna del muchacho hubiera sido desgarrada.

—Cuéntame cómo fue —pidió Bobbie.

—No lo vi —dijo Ed—. Dicen que la excavadora le arrastró.

—Es como si le hubiera destrozado un animal —comentó Bobbie Carter, sondeando la herida. Como la mayoría de los médicos de las salas de primeros auxilios, Bobbie podía recordar con gran detalle los pacientes que había visto, incluso a los de hacía años. Había visto dos ataques con desgarramiento. Uno correspondía a un niño de dos años, atacado por un perro rottweiler. El otro, a un empleado de circo borracho, víctima de un desafortunado encuentro con un tigre de Bengala. Ambas heridas eran similares. El ataque de un animal tenía un aspecto característico.

—¿Despedazado por un animal? —dijo Ed—. No, no. Fue una excavadora, créame. —Ed se lamía los labios mientras hablaba. Estaba inquieto, comportándose como si hubiera hecho algo malo. Bobbie se preguntaba por qué. Si estaban empleando obreros locales inexpertos para la construcción del centro

de recreo debían de tener muchos accidentes.

Manuel preguntó:

—¿Quiere un lavado?

—Sí —contestó Bobbie—. Después de que le hagas un torniquete.

Se inclinó todavía más, sondeando la herida con las yemas de los dedos. Si una excavadora le hubiera pasado por encima, habría tierra profundamente introducida en la herida. Pero no había tierra, sólo una espuma resbaladiza, viscosa. Y la herida tenía un olor extraño, una especie de hedor a podrido, un olor a muerte y putrefacción. Bobbie nunca había olido algo así antes.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?

—Una hora.

Una vez más, advirtió la tensión de Ed Regis. Una vez más, se preguntó el por qué. Era un tipo de hombre ansioso, y no tenía la apariencia de ser capataz de construcción; más bien parecía un directivo. Resultaba evidente que estaba fuera de su ambiente.

Bobbie Carter volvió a las heridas. Por alguna razón, no creía estar viendo traumatismos de origen mecánico. Sencillamente no tenían el aspecto correcto, no había contaminación con tierra en el lugar de la lesión; tampoco el componente indicador de lesión por aplastamiento. Los traumatismos mecánicos de cualquier clase —un accidente de automóvil, un accidente laboral— casi siempre presentaban algún componente de aplastamiento. Pero aquí no lo había. En vez de eso, la piel del joven estaba desgarrada —arrancada en jirones— en sentido transversal en el hombro y también en el muslo.

Realmente, parecía el destrozo producido por un animal. Pero, por otro lado, la mayor parte del cuerpo carecía de marcas, lo que era inusitado en el ataque de un animal. Bobbie volvió a examinar la cabeza, los brazos, las manos…

Las manos.

Sintió escalofríos cuando miró las manos del chico: había pequeños cortes en ambas palmas y magulladuras en las muñecas y los antebrazos. Bobbie había trabajado suficiente tiempo en Chicago como para saber lo que significaban.

—Muy bien —dijo—. Espere fuera.

—¿Por qué? —preguntó Ed, alarmado. No le gustaba.

—¿Quiere que ayude, o no? —repuso ella, y le sacó por la puerta empujándole y se la cerró en la cara. Bobbie no sabía lo que pasaba, pero no le gustaba. Manuel vaciló:

—¿Sigo lavando?

—Sí —le contestó Bobbie, y tendió la mano en pos de su pequeña Olympus para toma de instantáneas. Sacó varias de la herida, desplazando la lámpara para obtener una vista mejor. «Realmente parecen mordeduras», pensó. En ese momento, el muchacho lanzó un quejido, y Bobbie puso la cámara a un lado y se inclinó hacia él. Los labios del herido se movían, la lengua estaba seca:

—***Raptor*** —dijo—. ***Lo sa raptor…***

Ante esas palabras, Manuel quedó paralizado y dio un paso atrás, espantado.

—¿Qué significa lo que ha dicho? —preguntó Bobbie.

Manuel negó con la cabeza:

—No lo sé, doctora. ***Lo sa raptor***… no es español.

—¿No? —A ella le parecía español—. Entonces, por favor, sigue lavándole.

—No, doctora. —Manuel frunció la nariz—. Mal olor. —Y se santiguó.

Bobbie volvió a mirar la espuma viscosa que, como una veta, se extendía sobre la herida. La tocó, frotándola entre los dedos. Casi parecía saliva…

Los labios del muchacho se movieron:

—Raptor —susurró.

Con tono asustado, Manuel dijo:

—Le mordió.

—¿Qué le mordió?

—Raptor.

—¿Qué es un raptor?

—Significa ***jupia***.

Bobbie frunció el entrecejo. Los costarricenses no eran muy supersticiosos, pero ella había oído ya antes que en la aldea se hablaba de las jupias. Se decía que eran espectros nocturnos, vampiros sin cara que secuestraban niños pequeños. Según la creencia, las jupias antaño habían vivido en las montañas de Costa Rica, pero ahora habitaban las islas de mar adentro.

Manuel retrocedía, murmurando y santiguándose:

—Este olor no es normal —decía—. Es la jupia.

Bobbie estaba a punto de ordenarle que regresara al trabajo, cuando el joven herido abrió los ojos y se sentó, con la espalda enhiesta, sobre la mesa. Manuel lanzó un alarido de terror. El muchacho herido gimió y volvió la cabeza, mirando a derecha e izquierda con ojos desorbitados y, en ese momento, vomitó sangre en forma explosiva. Inmediatamente empezó a convulsionarse; su cuerpo vibraba y Bobbie tendió las manos para agarrarle, pero el enfermo, debido a las convulsiones, cayó de la mesa al suelo de hormigón. Volvió a vomitar. Había

sangre por todas partes. Ed abrió la puerta, diciendo:

—¿Qué demonios está pasando? —Y, cuando vio la sangre, giró sobre sus talones, con la mano en la boca. Bobbie trataba de coger un palo para introducirlo en las mandíbulas apretadas del muchacho, pero, mientras lo hacía, sabía que no había esperanza, y, con una última sacudida espasmódica, el muchacho se relajó y quedó inmóvil.

Bobbie se inclinó para practicarle la respiración boca a boca, pero Manuel la aferró por el hombro con furia, tirándola hacia atrás:

—No —dijo—. La jupia se va a meter en usted.

—Manuel, por el amor de Dios…

—¡No! —La miraba fijamente, con intensidad—. No. Usted no entiende estas cosas.

Bobbie miró el cuerpo caído en el suelo y se dio cuenta de que no importaba, de que no había posibilidad de resucitarlo. Manuel llamó a los hombres, que entraron en la habitación y se llevaron el cuerpo. Apareció Ed, secándose la boca con el dorso de la mano, diciendo entre dientes:

—Estoy seguro de que hizo usted todo lo que pudo. —Y, después, Bobbie observó cómo los hombres se llevaban el cuerpo, de vuelta al helicóptero, y cómo la máquina partía atronadoramente hacia el cielo.

—Es mejor —dijo Manuel.

Bobbie estaba pensando en las manos del muchacho, cubiertas de cortes y magulladuras, siguiendo el patrón característico de las lesiones defensivas. Estaba completamente segura de que su muerte no se debía a un accidente de construcción; había sido atacado y alzó las manos para protegerse de su atacante.

—¿Dónde está esa isla de la que vinieron? —preguntó.

—En el océano. Quizás a ciento ochenta o doscientos kilómetros mar adentro.

—Bastante lejos para un centro de recreo —comentó Bobbie.

Manuel observaba el helicóptero:

—Espero que no vuelvan jamás.

«Bueno —pensó Bobbie—, por lo menos pude tomar fotos».

Pero, cuando miró hacia la mesa, vio que su cámara había desaparecido.

La lluvia paró finalmente avanzada la noche. Sola en su dormitorio detrás de la clínica, Bobbie hojeaba su gastado diccionario español de tapa blanda. El

muchacho había dicho «raptor» y, a pesar de las protestas de Manuel, Bobbie sospechaba que era una palabra en español. En efecto, la encontró en su diccionario: significaba «violador» o «secuestrador».

Eso le dio una pauta; el sentido de la palabra estaba sospechosamente próximo al significado de la palabra jupia. Por supuesto, Bobbie no creía en la superstición. Y ningún fantasma había cortado esas manos. ¿Qué era lo que el muchacho había intentado decir?

Provenientes de la habitación contigua, oyó quejidos. Una de las mujeres de la aldea estaba en la primera etapa del esfuerzo del parto y Elena Morales, la partera local, la estaba atendiendo. Bobbie entró en la sala de la clínica y le hizo un gesto para que saliera un momento:

—Elena…

—¿Sí, doctora?

—¿Sabes lo que es un raptor?

Elena tenía el cabello cano y sesenta años de edad, era una mujer fuerte que daba la impresión de ser práctica, de no perder el tiempo con tonterías. En la noche, bajo las estrellas, frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Raptor?

—Sí. ¿Conoces esta palabra?

—Sí. —Elena asintió con la cabeza—. Significa… persona que viene durante la noche y se lleva a un niño.

—¿Secuestrador de niños?

—Sí.

—¿Una jupia?

Todo su porte se alteró:

—No pronuncie esa palabra, doctora.

—¿Por qué no?

—No hable de jupia ahora —insistió Elena con firmeza, señalando con la cabeza en dirección a los quejidos de la parturienta—. No es aconsejable pronunciar esa palabra ahora.

—¿Pero un raptor muerde y corta a sus víctimas?

—¿Morder y cortar? —preguntó Elena, perpleja—. No, doctora, nada de eso. Un raptor es un hombre que se lleva un bebé recién nacido. —Parecía irritada por la conversación; impaciente por ponerle fin. Empezó a volver a la clínica—. La llamaré cuando la mujer esté lista, doctora. Creo que una hora más, quizá dos.

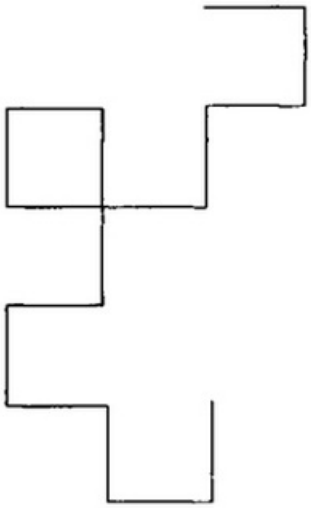
Bobbie miró las estrellas y escuchó el pacífico sonido de las olas lamiendo la

playa. En la oscuridad vio la sombra de las barcas pesqueras ancladas mar adentro. Toda la escena era tranquila, tan normal, que se sintió como una tonta por estar hablando de vampiros y bebés secuestrados.

Volvió a su habitación recordando, una vez más, que Manuel había insistido en que no era una palabra en español. Por simple curiosidad, miró en su pequeño diccionario de inglés y, para su sorpresa, también encontró ahí la palabra:

raptor/n (deriv. del 1. ***raptor***, saqueador, fr. ***raptus***): ave de rapiña.

PRIMERA ITERACIÓN



En los primeros dibujos de la curva fractal habrá pocos indicios que permitan conocer la estructura matemática subyacente.

IAN MALCOLM

Casi el paraíso

Mike Bowman silbaba jubilosamente mientras conducía el «Land Rover» a través de la Reserva Biológica de Cabo Blanco, en la costa occidental de Costa Rica. Era una hermosa mañana de julio y la carretera que se abría ante él era espectacular: adherida al borde de un acantilado, dominaba la jungla y el Pacífico azul. Según los libros-guía del viajero, Cabo Blanco era una zona silvestre no tocada por el hombre, casi un paraíso. Verla ahora hizo que Bowman sintiera que las vacaciones volvían a ser lo que debían ser.

Bowman, agente de bienes raíces, de treinta y seis años de edad, proveniente de Dallas, había llegado a Costa Rica con su esposa y su hija para pasar dos semanas de vacaciones. En realidad, el viaje había sido idea de la esposa. Durante semanas, Ellen le había llenado los oídos con los maravillosos parques nacionales de Costa Rica, y cuán bueno sería que Tina los pudiera ver. Entonces, cuando llegaron resultó que Ellen tenía cita para ver a un cirujano plástico en San José. Ésa fue la primera información que Mike Bowman tuvo de la excelente y barata cirugía plástica asequible en Costa Rica, y de todas las lujosas clínicas privadas de San José.

Naturalmente, tuvieron una tremenda pelea. Mike pensaba que su esposa le había mentido, lo que era cierto. Y se puso firme en lo concerniente al asunto de la cirugía plástica. De todos modos era ridículo; Ellen sólo tenía treinta años y era una mujer hermosa. ¡Demonios, había sido la Reina del Regreso a Casa, durante el año previo a su graduación en Rice, y desde eso ni siquiera habían transcurrido diez años! Pero Ellen tenía tendencia a ser insegura y a preocuparse. Y parecía como si, en los últimos años, hubiera estado preocupada, principalmente, por perder su atractivo físico.

Eso, y todo lo demás.

El «Land Rover» saltó al pasar por un bache, salpicando barro. Sentada al lado de Mike, Ellen dijo:

—Mike, ¿estás seguro de que este es el camino correcto? No hemos visto gente desde hace horas.

—Pasó otro automóvil hace quince minutos —le hizo notar—. ¿Recuerdas, el azul?

—Yendo para el otro lado…

—Querida, tú querías una playa desierta —dijo—, y eso es lo que vas a tener.

Ellen sacudió la cabeza en gesto dubitativo:

—Espero que tengas razón.

—Sí, papá, espero que tengas razón —terció Christina, desde el asiento trasero. Tenía ocho años.

—Confiad en mí, voy bien. —Condujo en silencio durante unos instantes—. Es hermoso, ¿no es así? Mirad ese paisaje. Es hermoso.

—Está bien —concedió Tina.

Ellen sacó una polvera y se miró en el espejo, apretándose con los dedos debajo de los ojos. Suspiró e hizo la polvera a un lado.

El camino empezaba a descender y Mike Bowman se concentró en la conducción. De repente, una pequeña figura negra cruzó velozmente el camino y Tina gritó:

—¡Mirad! ¡Mirad!

Después desapareció en la jungla.

—¿Qué era? —preguntó Ellen—. ¿Un mono?

—Quizás un mono tití —repuso Bowman.

—¿Puedo incluirlo? —consultó Tina, sacando su lápiz. Estaba haciendo una lista de todos los animales que había visto en el viaje, como parte de un proyecto para la escuela.

—No sé —contestó Bowman dubitativo.

Tina consultó las ilustraciones que tenía en el libro-guía:

—No creo que fuera un tití —dijo—. Creo que fue simplemente otro aullador. —En su viaje ya habían visto varios monos aulladores.

—¡Eh! —añadió, más animada—. Según este libro, «las playas de Cabo Blanco las frecuenta una amplia variedad de vida silvestre, entre la que se cuentan monos aulladores y de cara blanca, perezosos y coatíes». ¿Crees que veremos un perezoso, papá?

—Apuesto a que sí.

—¿De veras?

—Mira en el espejo.

—Muy gracioso, papá.

El camino embarrado corría en declive a través de la jungla, hacia el océano.

Mike Bowman se sentía como un héroe cuando, finalmente, llegaron a la playa, una media luna de tres kilómetros, de arena blanca, completamente desierta. Estacionó el «Land Rover» bajo la sombra de las palmeras que bordeaban la playa y sacó los almuerzos preparados en cajas. Ellen se puso el traje de baño, diciendo:

—Honestamente, no sé cómo voy a quitarme este exceso de peso.

—Estás maravillosa, linda. —En realidad, Mike pensaba que su esposa estaba demasiado delgada, pero había aprendido a no mencionarlo.

Tina ya estaba corriendo hacia la playa.

—No olvides que necesitas la crema bronceadura —le advirtió Ellen.

—Más tarde —gritó Tina por encima del hombro—. Voy a ver si hay un perezoso.

Ellen Bowman recorrió la playa y los árboles con la vista:

—¿Crees que la niña estará bien?

—Tesoro, no hay nadie en kilómetros a la redonda —dijo Mike.

—¿Y si hay víboras?

—¡Oh, por el amor de Dios! —repuso Mike Bowman—. No hay víboras en una playa.

—Bueno, podría haberlas…

—Tesoro —explicó con firmeza—, las víboras tienen sangre fría. Son reptiles. No pueden controlar la temperatura del cuerpo. Esta arena está a treinta y dos grados Celsius. Si una víbora saliera, se cocinaría. —Observó a su hija retozando en la playa, un punto oscuro contra la arena blanca—. Déjala ir. Que se divierta.

Puso la mano en torno de la cintura de su esposa.

Tina corrió hasta que estuvo exhausta y, entonces, se dejó caer sobre la arena caliente y rodó alegremente hasta la orilla. El océano estaba caliente y

prácticamente no había oleaje. Se sentó un rato, recuperando el aliento, y después miró hacia atrás, hacia donde estaban sus padres y el coche, para ver lo lejos que había llegado.

La madre agitó la mano, haciéndole señales para que volviera. Jubilosamente, Tina agitó la mano a su vez, simulando que no entendía. Tina no se quería poner la loción bronceadura; tampoco quería volver para oír a su madre hablar de perder peso. Quería quedarse donde estaba y, a lo mejor, ver un perezoso.

Había visto un perezoso hacía dos días, en el zoológico de San José. Era como un personaje de los Teleñecos, y parecía inofensivo. Sea como fuere, no se podía mover con rapidez; ella podía ganarle con facilidad en una carrera.

Ahora su madre la estaba llamando a grandes voces, y Tina decidió salir del sol, alejarse del agua y ponerse a la sombra de las palmeras.

En esta parte de la playa las palmeras colgaban sobre una retorcida maraña de raíces de mangle, que bloqueaba cualquier intento de penetrar tierra adentro. Tina no podía ver mucho. Aunque hubiera allí un perezoso, se dio cuenta de que no podría verlo.

Frustrada, se sentó en la arena y pateó las hojas secas de mangle. Advirtió que había muchas huellas de pájaro en la arena. Costa Rica era famosa por sus pájaros. Los libros-guía decían que en Costa Rica había el triple de pájaros que en toda Norteamérica y en todo Canadá.

En la arena, alguna de las huellas de pájaros de tres dedos eran pequeñas, y tan débiles que apenas sí se las podía ver. Otras huellas eran más grandes y estaban impresas con más fuerza en la arena. Tina estaba mirando las huellas ociosamente, cuando oyó un sonido como de gorjeo, seguido por un siseo de hojas en la espesura del manglar.

¿Los perezosos producían un sonido como de gorjeo? Tina no lo creía, pero no estaba segura. Era probable que el gorjeo se debiera a algún ave marina. Tina respiró en silencio, sin moverse, oyendo de nuevo el siseo y, al final, vio la fuente de los sonidos: a unos pocos metros de distancia, una lagartija surgió de entre las raíces de mangle y la miró con curiosidad.

Tina contuvo la respiración. ¡Un nuevo animal para su lista! La lagartija se irguió sobre sus patas traseras, balanceándose sobre su gruesa cola, y miró fijamente a la niña. Erguida de ese modo, tenía casi treinta centímetros de alto; era de color verde oscuro con listas marrones a lo largo del lomo. Sus diminutas patas anteriores remataban en dedos pequeños, que se agitaban rápidamente en el

aire. La lagartija alzó la cabeza cuando miró a Tina.

La niña pensó que el animal era lindo. Parecía una especie de salamandra grande. Tina alzó la mano y movió los dedos, en respuesta al movimiento que el animal hacía con los suyos.

La lagartija no estaba asustada. Se le acercó, caminando enhiesta sobre las patas traseras. Era apenas mayor que una gallina y, al igual que una gallina, meneaba la cabeza hacia delante y hacia atrás al caminar.

Tina pensó que sería una maravillosa mascota.

Observó que la lagartija dejaba huellas con tres dedos, que tenían la apariencia exacta de las de un pájaro. Se acercó más a Tina, mientras ésta permanecía sentada en la arena y la observaba; la niña mantenía el cuerpo quieto, pues no quería asustarla. Estaba sorprendida de que se le acercara tanto, pero recordó que estaba en un parque nacional. Todos los animales del parque debían de saber que estaban protegidos. Probablemente esa lagartija era mansa; quizás hasta esperase que la niña le diera algo que comer. Por desgracia no tenía nada que darle. Con lentitud, Tina tendió la mano abierta, con la palma hacia arriba, para mostrar que no tenía comida.

La lagartija se detuvo. Alzó la cabeza y gorjeó. Produjo un sonido chirriante característico, como el de un pájaro.

—Lo siento —dijo Tina—. Sencillamente no tengo qué darte.

Y entonces, sin previo aviso, la lagartija saltó sobre la mano tendida de la niña. Tina pudo sentir los deditos de las patas pellizcándole la piel de la palma, y sintió el sorprendente peso del cuerpo del animal, que le llevaba el brazo hacia abajo.

Y entonces, la lagartija le trepó por el brazo, en dirección a la cara.

—Ojalá pudiera verla —dijo Ellen Bowman, entrecerrando los ojos por la luz del sol—. Eso es todo; sólo verla.

—Estoy seguro de que está bien —contestó Mike, seleccionando cuidadosamente entre las cosas que había en el almuerzo preparado y embalado por el hotel: había un poco apetitoso pollo a la parrilla y algo así como pastel de carne. Y no era que Ellen fuera a comer nada de eso.

—¿No crees que se haya ido de la playa? —preguntó Ellen.

—No, tesoro, no lo creo.

—¡Me siento tan aislada aquí!

—Creí que eso era lo que querías —dijo él, sintiéndose exasperado.

—Y así es.

—En tal caso, ¿cuál es el problema?

—Es sólo que me gustaría poder verla.

Y entonces, desde la lejanía de la playa y traída por el viento, oyeron la voz de su hija. Estaba gritando.

Puntarenas

—Creo que está bastante mejor ahora —dijo el doctor Cruz, bajando la solapa plástica de la tienda de oxígeno que rodeaba a Tina, mientras la niña dormía.

Mike Bowman estaba sentado junto a la cama, cerca de su hija. Mike pensó que el doctor Cruz probablemente era muy competente: hablaba un excelente inglés, producto de su preparación en centros médicos de Londres y Baltimore. El doctor Cruz irradiaba competencia, y la «Clínica Santa María», el moderno hospital de Puntarenas, era inmaculada y eficiente.

Pero, aun así, Mike Bowman se sentía nervioso. El hecho incontestable era que su única hija estaba gravemente enferma, y que estaban lejos de casa.

Cuando Mike llegó hasta Tina, la niña estaba gritando histéricamente entre las raíces de mangle. Tenía el brazo izquierdo sangrante, cubierto con profusión de mordeduras pequeñas, cada una del tamaño de una huella de pulgar. Y había salpicaduras de algo pegajoso en el brazo, como si fuera una saliva espumosa.

La llevó por la playa. Casi de inmediato, el brazo empezó a enrojecer y a hincharse, y Mike no olvidaría en mucho tiempo ese frenético viaje de vuelta a la civilización, el «Land Rover» de tracción en las cuatro ruedas resbalando y patinando por el embarrado sendero que llevaba a las colinas, mientras Tina gritaba presa del miedo y del dolor, y el brazo cada vez se le hinchaba y enrojecía más. Mucho antes de que llegaran a los límites del parque, la tumefacción se le había extendido al cuello y, entonces, la niña empezó a tener dificultades para respirar…

—¿Estará bien ahora? —preguntó Ellen, mirando con fijeza a través de la tienda plástica de oxígeno.

—Así lo creo —la tranquilizó el doctor Cruz—. Le he administrado otra dosis de esteroides y su respiración es mucho más fácil. Y pueden ver que el

edema del brazo está sumamente reducido.

Mike Bowman terció:

—En cuanto a las mordeduras…

—Todavía no tenemos la identificación —aclaró el médico—. Yo tampoco he visto mordeduras así antes. Pero notarán que están desapareciendo; ya resulta bastante difícil distinguirlas. Afortunadamente he tomado fotografías, como referencia. Y le hice un lavado de los brazos para recoger muestras de esa saliva viscosa, una para que se haga el análisis aquí, una segunda para enviarla a los laboratorios de San José, y la tercera se conservará congelada, en caso de que haga falta. ¿Tienen el dibujo que hizo la niña?

—Sí —dijo Mike Bowman. Le entregó al médico el boceto que Tina había hecho, en respuesta a preguntas formuladas por el personal de admisión.

—¿Este es el animal que la mordió? —preguntó el doctor Cruz, mirando el dibujo.

—Sí —respondió Mike Bowman—. Dijo que era una lagartija verde, del tamaño de una gallina o de un cuervo.

—No conozco lagartijas así —contestó el médico—. La dibujó levantada sobre las patas traseras…

—Así es. Dijo que caminaba sobre las patas traseras.

El doctor Cruz frunció el entrecejo. Contempló el dibujo un rato más:

—No soy un experto. Le he pedido al doctor Gutiérrez que nos visite aquí; es el investigador jefe de la Reserva Biológica de Carara, que está al otro lado de la bahía. Quizá pueda identificar el animal.

—¿No hay alguien de Cabo Blanco? —preguntó Bowman—. Ahí es donde mi hija fue mordida.

—Por desgracia, no. Cabo Blanco no tiene personal permanente y ningún investigador trabaja allí desde hace algún tiempo. Es probable que ustedes fueran las primeras personas que caminaban por esa playa después de varios meses. Pero estoy seguro de que encontrarán que el doctor Gutiérrez tiene amplios conocimientos sobre el tema. —Echó un vistazo a su reloj—. Llamé a la estación de Carara hace tres horas, cuando llegó su hija. El doctor Gutiérrez debe de estar a punto de llegar.

El doctor Gutiérrez resultó ser un hombre barbado que llevaba pantalones cortos y camisa caqui. La sorpresa fue que era norteamericano. Cruz se lo presentó a los Bowman, a quienes dijo con suave acento sureño:

—Señor y señora Bowman, ¿cómo están ustedes?, es un placer conocerles.

—Y después pasó a explicarles que era biólogo de campo de Yale, y que había estado trabajando en Costa Rica durante los cinco últimos años.

Marty Gutiérrez examinó a Tina concienzudamente, levantándole el brazo con delicadeza, escudriñando de cerca cada una de las mordeduras con una linterna, para medirlas después con una pequeña regla de bolsillo. Después de unos momentos, Gutiérrez retrocedió, asintiendo para sí con la cabeza, como si hubiera entendido algo. Después inspeccionó las instantáneas «Polaroid» e hizo varias preguntas respecto de la saliva, de la que Cruz le dijo que todavía estaban examinándola en el laboratorio.

Finalmente, se volvió a Mike Bowman y su esposa, que esperaban, en tensión:

—Creo que Tina se pondrá bien. Pero quiero aclarar algunos pocos detalles —dijo, tomando notas con mano firme—. ¿Su hija dice que la mordió una lagartija verde, de treinta centímetros de alto aproximadamente, que caminaba erguida por la playa después de haber salido del pantano de mangles?

—Así es, sí.

—¿Y la lagartija produjo una especie de sonido oral?

—Tina dijo que gorjeaba o chirriaba.

—¿Como un ratón, dirían ustedes?

—Sí.

—Bien, pues conozco esta lagartija. De las seis mil especies de lagartijas que hay en el mundo, no más de una docena de especies caminan erguidas. De esas especies, solamente cuatro se hallaron en América Latina y, a juzgar por la coloración, la lagartija únicamente podría ser una de las cuatro. Estoy seguro de que esta lagartija era un ***Basiliscus amoratus***, un basilisco veteado, que se encuentra aquí, en Costa Rica, y también en Honduras. Cuando se yerguen sobre las patas traseras, a veces llegan a medir unos treinta centímetros.

—¿Son venenosas?

—No, señora Bowman. En absoluto. —Gutiérrez explicó que la tumefacción del brazo de Tina se debió a una reacción alérgica—. Según la bibliografía, el catorce por ciento de la gente es intensamente alérgica a los reptiles —dijo—, y su hija parece pertenecer a ese porcentaje.

—Estaba gritando, decía que era doloroso.

—Probablemente lo era. La saliva de los reptiles contiene serotonina, que ocasiona un dolor tremendo. —Se volvió hacia Cruz—: ¿La presión sanguínea le bajó con antihistamínicos?

—Sí, rápidamente.

—Serotonina —dijo Gutiérrez—. No cabe duda alguna.

Aun así, Ellen Bowman seguía intranquila:

—¿Pero por qué una lagartija mordería a mi hija, en primer lugar?

—Las mordeduras de lagartija son muy comunes —dijo Gutiérrez—. En los zoológicos, el personal que atiende a los animales recibe mordeduras con mucha frecuencia. Sin ir más lejos, el otro día oí que una lagartija había mordido a un bebé en su cuna, en Amaloya, a unos cien kilómetros de donde estaban ustedes. Así que las mordeduras sí se producen. Pero no sé por qué su hija tiene tantas. ¿Qué estaba haciendo en ese momento?

—Nada. Dijo que estaba sentada muy quieta porque no quería espantar al animal.

—Sentada muy quieta —dijo Gutiérrez, frunciendo el entrecejo. Sacudió la cabeza, en un gesto de negación—. Bueno, no creo que podamos decir con exactitud lo que pasó. ¡Los animales silvestres son tan impredecibles!

—¿Y qué hay sobre la saliva espumosa que tenía en el brazo? —preguntó Ellen—. Sigo pensando en la rabia…

—No, no. Un reptil no transmite la rabia, señora Bowman. Su hija padeció una reacción alérgica a la mordedura de un basilisco. Nada grave.

Entonces, Mike Bowman le mostró el dibujo que había hecho Tina. Gutiérrez asintió con la cabeza:

—Yo aceptaría esto como la ilustración de un basilisco —dijo—. Unos pocos detalles están mal, claro: el cuello es demasiado largo y la niña dibujó las patas traseras con tres dedos nada más, en vez de cinco. La cola es demasiado gruesa y está demasiado elevada pero, aparte de eso, ésta es una lagartija, perfectamente útil, de la especie de la que estamos hablando.

—Pero Tina dijo específicamente que el cuello era largo —insistió Ellen Bowman—. Y dijo que tenía tres dedos en la pata.

—Tina es muy observadora —agregó Mike Bowman.

—Estoy seguro de que es todo eso —dijo Gutiérrez, sonriendo—. Pero sigo creyendo que a su hija la mordió un ***Basiliscus amoratus*** vulgar, y que tuvo una grave reacción herpetológica. El tiempo normal de evolución de la enfermedad es, con medicación, de doce horas. Debería estar perfectamente bien por la mañana.

En el moderno laboratorio situado en el sótano de la Clínica Santa María corrió la voz de que el doctor Gutiérrez había identificado al animal que mordió a la niña norteamericana, estableciendo que era un inofensivo basilisco. De inmediato se detuvo el análisis de la saliva, aun cuando una destilación fraccionada preliminar demostró la presencia de varias proteínas de peso molecular extremadamente alto y de acción biológica desconocida. Pero el técnico del servicio nocturno estaba ocupado, y puso las muestras de saliva en un estante de frigorífico.

A la mañana siguiente, el empleado de día revisó el contenido del estante, comparándolo con la lista de los pacientes a los que iba a dar de alta. Al ver que BOWMAN, CHRISTINA L. iba a ser dada de alta esa mañana, el empleado tiró las muestras de saliva. En el último momento se dio cuenta de que una de las muestras tenía la etiqueta roja, lo que quería decir que esa muestra debía ser enviada al laboratorio de la Universidad, en San José. El empleado sacó el tubo de ensayo del cesto de los desperdicios y lo mandó adonde tenía que ir.

—Adelante. Dile «gracias» al doctor Cruz —indicó Ellen Bowman, y empujó a Tina hacia delante.

—Gracias, doctor Cruz —dijo Tina—. Me siento mucho mejor ahora. —Alzó la mano y estrechó la del médico. En ese momento, dijo—: Lleva una camisa diferente.

Durante unos instantes, el médico frunció el entrecejo. Después asintió:

—Cierto, Tina. Cuando trabajo toda la noche en el hospital, por la mañana me cambio de camisa.

—¿Pero no la corbata?

—No. Solamente la camisa.

Ellen Bowman intervino:

—Le dije que es observadora.

—Por cierto que lo es. —El doctor Cruz sonrió y estrechó la mano de la niñita con aire grave—. Que pases unas buenas vacaciones, Tina. Disfruta los días que te quedan en Costa Rica.

—Lo haré.

La familia Bowman ya se retiraba, cuando el doctor Cruz dijo:

—Ah, Tina, ¿recuerdas a la lagartija que te mordió?

—Ajá.

—¿Recuerdas sus patas?

—Ajá.

—¿Tenían dedos?

—Sí.

—¿Cuántos dedos tenían?

—Tres.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo miré. De todos modos, todos los pájaros de la playa dejaban huellas de tres dedos en la arena, así. —Levantó la mano, con los tres dedos de en medio bien separados—. Y la lagartija también dejó esas huellas en la arena.

—¿La lagartija dejó huellas como de pájaro?

—Ajá. Y caminaba como un pájaro, también. Sacudía la cabeza así, para arriba y para abajo. Dio unos pasos, subiendo y bajando la cabeza con movimientos cortos y convulsivos.

Una vez que los Bowman hubieron partido, el doctor Cruz decidió informar de esta conversación a Gutiérrez, que estaba en el departamento de biología:

—Debo admitir que el relato de la niña me deja perplejo —dijo Gutiérrez—. Yo mismo estuve haciendo algunas comprobaciones. Me alegro de que se haya recuperado, pero ya no estoy seguro de que la haya mordido un basilisco. No estoy nada seguro.

—Entonces, ¿qué pudo haber sido?

—Bueno —dijo Gutiérrez—, no hagamos especulaciones prematuras. A propósito, ¿te enteraste de que en el hospital haya habido otros casos de mordedura de lagartija?

—No, ¿por qué?

—Házmelo saber, amigo mío, si te enteras.

La playa

Marty Gutiérrez estaba sentado en la playa, y observaba el sol de la tarde bajar cada vez más en el cielo, hasta que centelleó deslumbrante en el agua de la bahía y sus rayos llegaron hasta más abajo de las palmeras, donde el propio Gutiérrez estaba sentado: entre los mangles, en la playa de Cabo Blanco. Según lo que había podido establecer, estaba sentado cerca del sitio en el que había estado la niña norteamericana hacía dos días.

Si bien las mordeduras de lagartija eran frecuentes, como les había dicho a los Bowman, Gutiérrez nunca había oído que un basilisco mordiera a nadie. Y por cierto que nunca había tenido noticias de que alguien debiera ser internado en un hospital por la mordedura de una lagartija. Además estaba, también, el hecho de que el radio de la mordedura que se apreciaba en el brazo de Tina parecía ser un tanto excesivamente grande para ser de un basilisco. Cuando regresó al puesto de Carara, revisó la pequeña biblioteca de investigación que allí existía, pero no encontró referencias sobre la mordedura de los lagartos. A continuación, revisó los «International Bio Sciences Services», una base de datos para ordenador, ubicada en Norteamérica. Pero no halló nada acerca de mordeduras de basiliscos, ni sobre internamientos por mordedura de lagartijas.

Después llamó al funcionario de salud pública de Amaloya, que confirmó que un bebé de nueve días, que dormía en su cuna, había sido mordido en el pie por un animal, del que la abuela —la única persona que realmente lo había visto— afirmó que era una lagartija. Con posterioridad, el pie se puso tumefacto y el bebé estuvo a punto de morir. La abuela había descrito a la lagartija como de color verde con listas marrones. Había mordido al niño varias veces, antes de que la mujer la espantara.

—¡Qué raro! —comentó Gutiérrez.

—No, como todos los demás —contestó el funcionario, agregando que se había enterado de otros incidentes de mordedura: un niño en Vásquez, la aldea costera que venía después de Amaloya, fue mordido mientras dormía. Y otro en Puerto Sotrero. Todos estos sucesos se habían producido en los últimos dos meses. En todos, los protagonistas habían sido niños y bebés que dormían.

Un patrón tan nuevo y característico indujo a Gutiérrez a sospechar de la presencia de una especie desconocida de lagartija. Esta circunstancia era particularmente posible en Costa Rica. Sólo con ciento veinte kilómetros de ancho en su punto más estrecho, el país era más pequeño que el estado de Maine. Y, aun así, dentro de su limitado espacio, Costa Rica tenía una notable diversidad de hábitats biológicos: costas marinas, tanto en el Atlántico como en el Pacífico; cuatro cadenas montañosas separadas, que comprenden cumbres de tres mil seiscientos metros y volcanes en actividad; selvas tropicales en las que llueve todo el año, bosques de montaña, zonas templadas, terrenos pantanosos y desiertos áridos. Tal diversidad ecológica mantenía una asombrosa diversidad de formas de vida animal y vegetal: Costa Rica tenía el triple de especies de pájaros que toda Norteamérica. Más de mil especies de orquídeas. Más de cinco mil especies de insectos.

Nuevas especies se iban descubriendo a cada momento, a un ritmo que aumentaba año tras año, pero por una triste razón: a Costa Rica se la estaba despoblando de su vegetación y, a medida que las especies de la jungla perdían sus hábitats, se desplazaban hacia otras zonas y, en ocasiones, también alteraban sus pautas de conducta.

Así que una especie nueva era perfectamente posible. Pero, acompañando la emoción de una sensación nueva, estaba la preocupante posibilidad de las nuevas enfermedades: las lagartijas eran portadoras de enfermedades víricas, entre las que figuraban varias que se podían trasmitir al ser humano. La más grave era la encefalitis sauria central, o ESC, que en los seres humanos y en los caballos producía una especie de enfermedad del sueño. Gutiérrez pensaba que era importante encontrar esa nueva lagartija, aunque sólo fuera para comprobar si era portadora de enfermedades.

Observó el sol descender más, y suspiró. Quizá Tina Bowman había visto un animal nuevo, y quizá no. Gutiérrez, ciertamente, no lo había visto. Esa mañana, temprano, había cogido la pistola de aire comprimido, cargando el peine de munición con dardos de ligamina, y se había dirigido hacia la playa lleno de esperanza. Pero desperdició el día. Pronto tendría que iniciar el viaje de regreso

desde la playa hacia la colina: no quería conducir por ese camino en la oscuridad.

Se puso en pie y empezó a caminar de regreso por la playa. Más lejos, y en trayectoria paralela a la de él, vio la forma oscura de un mono aullador, que se desplazaba con tranquilidad siguiendo el borde del manglar. Gutiérrez se alejó, saliendo de la playa hacia el agua. Si había un aullador, probablemente habría otros en los árboles que pendían sobre Gutiérrez, y los aulladores tenían tendencia a orinar sobre los intrusos.

Pero ese aullador en particular parecía estar solo, caminaba con lentitud y se detenía con frecuencia para sentarse sobre sus cuartos traseros. El mono tenía algo en la boca. Cuando Gutiérrez se aproximó, vio que el animal se estaba comiendo una lagartija. La cola y las patas traseras colgaban de las mandíbulas del mono. Aun desde lejos, Gutiérrez pudo ver las listas marrones en el cuerpo verde.

El biólogo se dejó caer al suelo y afirmó la mira apoyándose en los codos. El mono aullador, acostumbrado a vivir en una reserva protegida, le miró con curiosidad. No huyó ni siquiera cuando el primer dardo pasó silbando a su lado, sin darle. Cuando el segundo se le clavó profundamente en el muslo, lanzó un chillido de ira y sorpresa, dejando caer los restos de su comida mientras huía hacia la espesura.

Gutiérrez se puso de pie y caminó hacia delante. No estaba preocupado por el mono: la dosis de tranquilizante era demasiado pequeña como para producirle más que unos pocos minutos de aturdimiento.

Ya estaba pensando en qué hacer con su nuevo descubrimiento. Él mismo redactaría el informe preliminar, pero los restos habría que enviarlos de vuelta a Estados Unidos para que se les hiciera una identificación positiva final, claro está. ¿A quién se los debería enviar? El experto reconocido era Edward M. Simpson, profesor emérito de zoología de la Columbia University de Nueva York. Un refinado anciano con el cabello canoso peinado hacia atrás, Simpson era la principal autoridad mundial en la taxonomía de las lagartijas. Marty pensó que probablemente le enviaría la lagartija al doctor Simpson.

Nueva York

El doctor Richard Stone, director del Laboratorio de Enfermedades Tropicales del Centro Médico de la Universidad de Columbia, a menudo señalaba que el nombre sugería que se trataba de una institución de mayor importancia de la que realmente tenía. A comienzos del siglo XX, cuando el laboratorio ocupaba todo el cuarto piso del Edificio de Investigaciones Biomédicas, dotaciones de técnicos trabajaban para eliminar el flagelo de la fiebre amarilla, la malaria y el cólera. Pero los éxitos médicos —los antibióticos y las vacunas— y los laboratorios de investigación de Nairobi y San Pablo habían convertido al LET en algo mucho menos importante de lo que lo había sido una vez. Ahora, con una fracción de su tamaño original, solamente empleaba a dos técnicos a tiempo completo, y éstos se dedicaban, primordialmente, al diagnóstico de las enfermedades que padecían los neoyorquinos que habían viajado al exterior. La cómoda rutina del laboratorio no estaba preparada para lo que recibió esa mañana.

—¡Oh, muy agradable! —comentó la técnica del Laboratorio de Enfermedades Tropicales mientras leía el rótulo de la aduana—. Fragmento parcialmente masticado de lagartija costarricense no identificada. —Arrugó la nariz—. Ésta es completamente suya, doctor Stone.

Richard Stone cruzó el laboratorio para inspeccionar el material recién llegado:

—¿Es este el material proveniente del laboratorio de Ed Simpson?

—Sí. Pero no sé por qué nos envían una lagartija a nosotros.

—Llamó su secretaria —repuso Stone—. Simpson está en Borneo, haciendo un viaje de estudio durante el verano y, debido a que con esta lagartija hay una cuestión de enfermedad transmisible, la secretaria le ha pedido a nuestro laboratorio que le eche un vistazo. Veamos qué es lo que tenemos.

El cilindro blanco de plástico tenía el tamaño de un recipiente de leche de dos litros. Llevaba pasadores metálicos de cierre y una tapa a rosca. Un rótulo decía «Recipiente Internacional para Especímenes Biológicos» y estaba completamente cubierto con autoadhesivos y advertencias en cuatro idiomas; las advertencias cumplían el propósito de evitar que el cilindro fuese abierto por funcionarios aduaneros suspicaces.

En apariencia, las advertencias habían funcionado, pues cuando Richard Stone desplazó la gran lámpara, poniéndola sobre el recipiente, pudo ver que los sellos seguían intactos. Después encendió el circuito cerrado de aireación, y se puso guantes de plástico y una mascarilla. Después de todo, hacía poco que el laboratorio había identificado casos de fiebre equina venezolana, encefalitis japonesa B, virus de la Jungla Kiasanur, virus Langat y de Mayaro. Después, desatornilló la tapa.

Se oyó el siseo de gas que escapa y salió una nube de humo blanco. El cilindro se enfrió hasta escarcharse. En su interior, Stone encontró una bolsa plástica para sándwiches, con cierre de cremallera, que contenía algo verde. Extendió un campo quirúrgico sobre la mesa y sacó el contenido de la bolsa, sacudiéndolo; un animal congelado golpeó la mesa con ruido sordo.

—¡Ajj! —exclamó la técnica—. Parece mordido.

—Sí —asintió Stone—. ¿Qué quieren de nosotros?

La técnica consultó los documentos adjuntos:

—La lagartija está mordiendo a los niños de la localidad. Piden la identificación de la especie de lagartija, y les preocupan las enfermedades que pudiera transmitir la mordedura. —La mujer extrajo el dibujo infantil de una lagartija, que llevaba la firma TINA en la parte superior—. Uno de los niños hizo un dibujo del animal.

Stone miró el dibujo:

—Evidentemente, no podemos identificar la especie, pero podemos comprobar las enfermedades con bastante facilidad, si podemos sacar algo de sangre de este fragmento. ¿Cómo llaman a este animal?

—***Basiliscus amoratas*** con anomalía genética consistente en tres dedos en las patas posteriores —dijo la mujer, leyendo.

—Muy bien. Empecemos. Mientras usted espera a que se descongele, tómele unas placas de rayos X y hágale unas fotos con la «Polaroid» para el registro. Una vez tengamos sangre, empiece a someterla a una batería de pruebas para determinación de anticuerpos, hasta que obtengamos algunas coincidencias.

Hágame saber si hay problemas.

Antes del almuerzo el laboratorio tenía la respuesta: la sangre de la lagartija no mostraba una reactividad importante ante ningún antígeno vírico o bacteriano. También trazaron perfiles de toxicidad y encontraron solamente uno positivo: la sangre era levemente reactiva al veneno de la cobra real de la India. Pero una leve interreactividad era frecuente entre las especies de reptiles, y el doctor Stone no lo consideró digno de atención como para agregarlo al facsímil que la técnica le envió al doctor Martin Gutiérrez esa misma tarde.

Nunca se hizo pregunta alguna sobre la identificación de la lagartija. Eso tendría que esperar al regreso del doctor Simpson. No se le esperaba hasta dentro de varias semanas, y su secretaria preguntó si el LET tendría la gentileza de guardar el fragmento de lagartija mientras tanto. El doctor Stone lo volvió a meter en la bolsa con cierre de cremallera y lo metió en el frigorífico.

Martin Gutiérrez leyó el facsímil que provenía del Centro Médico Columbia/Laboratorio de Enfermedades Tropicales. Era breve:

> SUJETO: Basiliscus amoratus con anomalía genética (enviado desde la oficina del doctor Simpson).
> MATERIALES: segmento posterior, animal parcialmente comido.
> PRUEBAS EFECTUADAS: rayos X, RTX microscópico, inmunológico para determinación enfermedad vírica, parasitaria, bacteriana.
> HALLAZGOS: no hay evidencias histológicas ni inmunológicas de existencia de ninguna enfermedad vírica, parasitaria, bacteriana.
> HALLAZGOS: no hay evidencias histológicas ni inmunológicas de existencia de ninguna enfermedad transmisible al hombre en esta muestra de Basiliscus amoratus.
>
> (firmado)
>
> RICHARD A. STONE, doctor en medicina, director.

Sobre la base de este memorándum, Gutiérrez hizo dos conjeturas: la

primera, que su identificación de la lagartija como basilisco quedaba confirmada por los científicos de la Universidad de Columbia. Y la segunda, que la ausencia de enfermedades trasmisibles quería decir que los recientes episodios de mordeduras esporádicas de lagartijas no entrañaban consecuencias graves para la salud de Costa Rica. Por el contrario, pensó que su punto de vista original era correcto, que una especie de lagartija se había visto empujada a salir de la jungla para ocupar un nuevo hábitat, y que se estaba poniendo en contacto con la gente de las aldeas. Gutiérrez estaba seguro de que dentro de unas pocas semanas más, la lagartija se calmaría y los episodios de mordeduras acabarían.

La lluvia tropical caía formando grandes láminas que calaban hasta el tuétano, martilleando sobre el techo acanalado del edificio de la clínica de Bahía Añasco. Era casi medianoche; la corriente eléctrica se había interrumpido por la tormenta, y la partera Elena Morales estaba trabajando iluminándose con una linterna, cuando oyó un sonido chirriante, como un gorjeo. Con la idea de que se trataba de una rata, rápidamente aplicó una compresa en la frente de la madre y fue a la habitación contigua para confirmar que el bebé recién nacido estaba bien. Cuando su mano tocó el pomo de la puerta, volvió a oír el gorjeo, y Elena se agachó. Evidentemente, no era más que un pájaro, que había entrado por la ventana para escapar de la lluvia. Los costarricenses dicen que cuando un pájaro viene a visitar a un recién nacido, trae consigo buena suerte.

Elena abrió la puerta e iluminó el interior de la habitación con su linterna. No vio un pájaro.

El bebé estaba acostado en una cuna de mimbre apoyada en el suelo, envuelto únicamente en una manta liviana, con la cara descubierta. Alrededor del borde de la cuna, tres lagartijas de un color verde oscuro se agachaban como gárgolas. Cuando vieron a Elena levantaron la cabeza y la contemplaron con curiosidad, pero no huyeron. A la luz de su linterna, Elena vio la sangre que les goteaba del hocico. Al tiempo que gorjeaba con suavidad, una de las lagartijas se inclinó y, con una rápida sacudida de la cabeza, arrancó un trozo de carne del bebé.

Elena avanzó, gritando, y las lagartijas escaparon hacia la oscuridad. Pero mucho antes de llegar hasta la cuna pudo ver lo que le había ocurrido a la cara del bebé, y supo que el niño tenía que estar muerto. Las lagartijas se dispersaron en la lluviosa noche, gorjeando y chirriando, dejando huellas sangrientas de

patas de tres dedos, como las de los pájaros.

La configuración de los datos

Más tarde, cuando se sintió más calmada, Elena Morales decidió no informar sobre el ataque de las lagartijas. A pesar del horror que había visto, temió que la pudieran criticar por dejar al bebé desprotegido. Así que le dijo a la madre que el bebé se había asfixiado e informó de la muerte, en los formularios que enviaba a San José, como SMSI, síndrome de muerte súbita de infantes; éste era un síndrome de muerte inexplicable entre los niños muy pequeños; pasaba inadvertido y el informe de Elena salió sin que le hicieran objeciones.

El laboratorio universitario de San José que analizó la muestra de saliva del brazo de Tina Bowman hizo varios descubrimientos notables: había, como cabía esperar, una gran cantidad de serotonina pero, entre las proteínas salivales, había un verdadero monstruo, con una masa molecular de 1.980.000, era una de las proteínas más grandes conocidas. La actividad biológica todavía se estaba estudiando, pero parecía ser un veneno neurotóxico emparentado con el de la cobra, aunque de estructura más primitiva.

El laboratorio también descubrió vestigios de hidrolasa de gamma aminometionina. Debido a que esta enzima era un trazador radiactivo para ingeniería genética, y no se encontraba en animales silvestres, los técnicos supusieron que se trataba de un contaminante procedente del laboratorio y no informaron sobre su presencia cuando llamaron al doctor Cruz, el médico que pedía el análisis, a Puntarenas.

El fragmento de lagartija descansaba en la máquina frigorífica de la Universidad de Columbia, esperando el regreso del doctor Simpson, a quien no se esperaba hasta al cabo de un mes, por lo menos. Y así pudieron haber quedado las cosas, de no haber entrado en el Laboratorio de Enfermedades Tropicales una técnica llamada Alice Levin, que vio el dibujo de Tina y

preguntó:

—Oh, ¿el hijo de quién dibujó el dinosaurio?

—¿Qué? —murmuró Richard Stone, volviéndose lentamente hacia la técnica.

—El dinosaurio. ¿No es eso? Mi hijo no hace más que dibujarlos.

—Es una lagartija. Enviada desde Costa Rica. Alguna niña de allá le hizo un dibujo.

—No —insistió Alice Levin, negando con la cabeza—. Mírelo. Está muy claro: cabeza grande, cuello largo, se levanta sobre las patas traseras. Es un dinosaurio.

—No pude ser, sólo tenía treinta centímetros de alto.

—¿Y con eso, qué? En aquel entonces había dinosaurios pequeños. Créame, lo sé. Tengo dos varones, soy una experta. Los dinosaurios más pequeños medían menos de treinta centímetros. Tenisaurio, o algo por el estilo, no sé. Esos nombres son imposibles, nunca se aprenden si una tiene más de diez años.

—Usted no lo comprende —insistió Richard Stone—, este es el dibujo de un animal contemporáneo. Nos enviaron un fragmento del animal. Ahora está en el frigorífico. —Stone fue y lo sacó y, sacudiendo la bolsa, lo extrajo para mostrarlo.

Alice Levin miró la pieza congelada de pata y cola y se encogió de hombros. No la tocó.

—No sé —dijo—. Pero, para mí, eso parece un dinosaurio.

Stone negó con la cabeza:

—Imposible.

—¿Por qué? Podría ser un sobrante o una reliquia, o como sea que se llame.

Stone se limitó a seguir negando con la cabeza. Alice estaba mal informada; no era más que una técnica que trabajaba en el laboratorio de bacteriología, al final de la estancia. Y tenía una imaginación activa. Stone recordaba la época en la que pensaba que la seguía uno de los ordenanzas de cirugía…

—Sabe —dijo Alice Levin—, si esto es un dinosaurio, Richard, podría ser una gran cosa.

—No es un dinosaurio.

—¿Alguien lo ha comprobado?

—No.

—Bueno, llévelo al Museo de Historia Natural, o a un sitio por el estilo. Realmente debería hacerlo.

—Me avergonzaría.

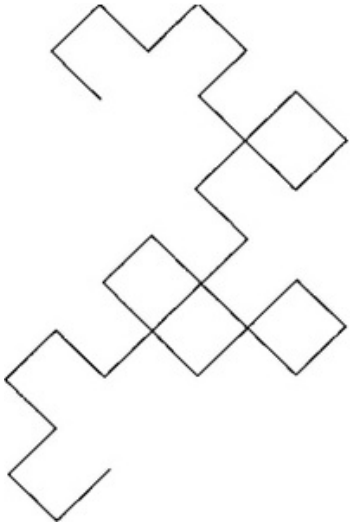
—¿Quiere que lo haga yo por usted? —preguntó la técnica.

—No. No quiero.

—¿No va a hacer nada al respecto?

—Nada en absoluto. —Volvió a poner la bolsa en la cámara frigorífica y la cerró de un portazo—. No es un dinosaurio, es una lagartija. Y sea lo que fuere, puede esperar hasta que el doctor Simpson regrese de Borneo para identificarlo. Y esta es mi última palabra, Alice, esta lagartija no va a ninguna parte.

SEGUNDA ITERACIÓN



Con los dibujos subsiguientes de la curva fractal, pueden aparecer cambios súbitos.

IAN MALCOLM

La ribera del mar interior

Alan Grant se agachó al máximo, con la nariz a unos centímetros del suelo. La temperatura era de más de treinta y ocho grados. Las rodillas le dolían, a pesar de las almohadillas que llevaba, hechas de alfombra gruesa. Los pulmones le ardían con el áspero polvo alcalino. El sudor de la frente le caía al suelo en gotas. Pero a Grant le daba lo mismo la incomodidad; toda su atención se concentraba en el cuadrado de tierra de quince centímetros que tenía ante él.

Al trabajar pacientemente con un mondadientes y un cepillo de pelo de camello, de los que usan los pintores, dejó al descubierto el diminuto fragmento, en forma de L, de una quijada. Medía nada más que unos tres centímetros de largo y no era más grueso que el meñique. Los dientes eran una hilera de puntas pequeñas, y tenía la característica torsión en ángulo en el centro. Pedacitos de hueso se desprendían en escamas, mientras Grant cavaba. Se detuvo un momento para pintar el hueso con pasta de caucho, antes de seguir exponiéndolo al aire libre. No había la menor duda de que era la quijada de un bebé dinosaurio carnívoro. Su dueño había muerto hacía setenta y nueve millones de años, a la edad de alrededor de dos meses. Con algo de suerte, también podría hallar el resto del esqueleto. De ser así, sería el primer esqueleto completo de un dinosaurio carnívoro bebé…

—¡Eh, Alan!

Alan Grant miró hacia arriba, parpadeando deprisa bajo la luz del sol. Se bajó las gafas ahumadas y se secó la frente con el brazo.

Estaba acuclillado en una ladera erosionada de las tierras yermas que estaban en las afueras de Snakewater, Montana. Debajo de la gran concavidad azul del cielo, colinas obtusas, afloramientos de caliza desmenuzada, se extendían kilómetros y más kilómetros en todas direcciones. No había un árbol ni un

arbusto. Nada, salvo roca árida, sol caliente y viento ululante.

Los visitantes encontraban las tierras malas depresivamente sombrías pero, cuando Grant contemplaba ese paisaje, veía algo por completo diferente. Esa tierra árida era lo que quedaba de otro mundo, muy diferente, que se había desvanecido ochenta millones de años atrás. En los ojos de su mente, Grant se veía en el cálido y pantanoso brazo de río que conformaba la línea de ribera de un gran mar interior. Ese mar interior tenía mil novecientos kilómetros de ancho, y se extendía sin solución de continuidad desde las recientemente elevadas Montañas Rocosas hasta las agudas y escabrosas cumbres de los Apalaches. Todo el oeste norteamericano estaba bajo las aguas.

En ese entonces había nubes delgadas en el alto cielo, oscurecido por el humo de los volcanes cercanos. La atmósfera era más densa, más rica en bióxido de carbono. Las plantas crecían con rapidez a lo largo de la línea de la ribera. No había peces en esas aguas, pero sí almejas y caracoles. Los pterosaurios se abalanzaban en picado para recoger algas de la superficie. Unos pocos dinosaurios carnívoros merodeaban por las pantanosas orillas del lago, desplazándose entre las palmeras. Y costa afuera había una isla pequeña, de unos ocho mil metros cuadrados. Circundada por densa vegetación esa isla fue un santuario en el que manadas de dinosaurios herbívoros con hocicos como pico de pato ponían sus huevos en nidos comunales, y criaban a su chillona descendencia.

En el transcurso de los millones de años siguientes, el lago alcalino color verde pálido se hizo menos profundo y, por último, se desvaneció. La tierra desnuda se combó y se resquebrajó, sometida al calor. Y la isla, junto con sus huevos de dinosaurio, se convirtió en la ladera erosionada del norte de Montana, en la que Alan Grant estaba ahora practicando más excavaciones.

—¡Eh, Alan!

Se puso en pie; era un hombre fornido de cuarenta años con barba. Oyó el resoplido entrecortado y constante del generador portátil, y el lejano martilleo de la perforadora neumática abriéndose paso en la roca densa de la colina siguiente. Vio a los chicos que trabajaban alrededor de la perforadora, apartando los pedazos grandes de roca después de revisarlos para ver si contenían fósiles. Al pie de la colina divisó las seis tiendas cónicas, de estilo indio, de su campamento, la tienda en la que comían el rancho, sacudida por el viento, y la casa rodante que actuaba a guisa de laboratorio de campaña. Y vio a Ellie, haciéndole gestos con los brazos, desde la sombra del laboratorio de campaña:

—¡Visitante! —voceó, y señaló hacia el Este.

Grant vio la nube de polvo, y el «Ford» sedán azul que, dando saltos sobre el camino quebrado por zanjas, avanzaba hacia ellos. Le echó un vistazo al reloj de pulsera. Justo a tiempo. En la otra colina, los muchachos miraban, interesados. No recibían muchos visitantes en Snakewater y se había especulado mucho respecto de cuál sería el motivo por el que un abogado del Ente de Protección Ambiental querría ver a Alan Grant.

Pero Grant sabía que la Paleontología, el estudio de las formas extinguidas de vida, había cobrado en los últimos años una inesperada utilidad para el mundo moderno. El mundo moderno estaba cambiando deprisa, y a menudo parecía que cuestiones urgentes relacionadas con el clima, la deforestación, el calentamiento del globo o la capa de ozono se podían responder —en parte, por lo menos— con información del pasado. Era información que los paleontólogos podían brindar. En los últimos años, a Grant mismo le habían citado dos veces como experto pericial.

Grant empezó a bajar la colina para reunirse con el coche.

Mientras cerraba la portezuela, el visitante tosió en medio del polvo blanco:

—Bob Morris, EPA —dijo, tendiendo la mano—. Estoy en la oficina de San Francisco.

Grant se presentó y observó:

—Parece acalorado. ¿Quiere una cerveza?

—¡Jesús, sí! —Morris estaba cerca de los treinta años, llevaba corbata y los pantalones que correspondían a un traje de calle. Sostenía una cartera. Sus zapatos, de punta cuadrada y reforzada, hacían crujir las rocas mientras caminaban hacia la casa rodante.

—Cuando pasé la colina por primera vez, creí que era una reserva india —comentó, señalando las tiendas cónicas.

—No —dijo Grant—. Sólo es la mejor manera de vivir aquí.

Y explicó que en 1978, el primer año de las excavaciones, habían usado tiendas octaédricas «North Slope», las más evolucionadas que existían en ese entonces. Pero el viento se las llevaba siempre. Probaron con otros tipos de tienda, siempre con el mismo resultado. Al final, empezaron a levantar tiendas indias cónicas, que eran más amplias en el interior, más confortables y más estables ante la acción del viento.

—Estas son tiendas de los pies negros, levantadas alrededor de cuatro palos. Las de los sioux se levantaban alrededor de tres. Pero este solía ser territorio de los pies negros, por lo que pensamos…

—Ajá —asintió Morris—. Muy apropiado. —Con los ojos entrecerrados, observó el desolado paisaje y sacudió la cabeza—. ¿Cuánto tiempo han estado aquí?

—Alrededor de sesenta cajones —contestó Grant. Cuando Morris denotó sorpresa, le explicó—: Medimos el tiempo con cerveza. Comenzamos en junio con cien cajones. Hasta ahora hemos liquidado alrededor de sesenta.

—Sesenta y tres, para ser exactos —precisó Ellie Sattler, cuando llegaron a la casa rodante. A Grant le divirtió ver cómo Morris quedaba boquiabierto ante Ellie, que usaba vaqueros recortados y una camisa de trabajo anudada a mitad del torso; tenía veinticuatro años y estaba muy tostada por el sol. Llevaba el rubio cabello peinado hacia atrás.

—Ellie nos mantiene en movimiento —dijo Grant, presentándola—. Es muy buena en lo que hace.

—¿Y qué hace?

—Paleobotánica —dijo Ellie—. Y también hago los preparados típicos de campaña. —Abrió la puerta y entraron.

El aire acondicionado de la casa rodante sólo bajó la temperatura a treinta grados, pero parecía fresco después del calor del mediodía. La casa tenía una serie de mesas largas de madera, sobre las que había pulcramente dispuestos diminutos especímenes óseos, etiquetados y rotulados. Más allá había platos de cerámica y restos de artefactos de alfarería. Olía con intensidad a vinagre.

Morris echó un vistazo a los huesos:

—Pensé que los dinosaurios eran grandes —dijo.

—Lo eran —contestó Ellie—. Pero todo lo que ve aquí proviene de bebés. Snakewater es importante, principalmente, por la cantidad de lugares de anidamiento de dinosaurios. Hasta el momento en que iniciamos este trabajo, apenas sí se conocían dinosaurios bebés. Solamente se había encontrado un nido en el desierto de Gobi. Nosotros descubrimos una docena de nidos diferentes de hadrosaurios en los que estaba todo, huevos y huesos de bebés incluidos.

Mientras Grant iba a la nevera, Ellie le mostró a Morris los baños de ácido acético, que se usaba para disolver la caliza de los delicados huesos.

—Parecen huesos de pollo —dijo Morris, atisbando dentro de los platos de cerámica.

—Sí —dijo Ellie—. Son muy parecidos a los de pájaro.

—¿Y qué pasa con esos? —preguntó Morris, señalando, a través de la ventana de la casa rodante, montones de huesos grandes que estaban fuera, envueltos en plástico grueso.

—Material rechazado —explicó Ellie—. Huesos demasiado fragmentados cuando los desenterramos. Antes los descartábamos, pero ahora los enviamos para que se les someta a ensayos genéticos.

—¿Ensayos genéticos? —repitió Morris.

—Ahí va —interrumpió Grant, arrojando una cerveza a las manos de Morris. Le dio otra a Ellie, que tragó la suya de una sola vez, sin darse pausa para respirar al hacerlo, echó el largo cuello hacia atrás. Morris se quedó mirándola fijo.

—Somos bastante informales aquí —dijo Grant—. ¿Quiere pasar a mi oficina?

—Por supuesto —contestó Morris. Grant le condujo al extremo de la casa rodante, en el que había una cama despanzurrada, una silla hundida en el medio y una mesa auxiliar desvencijada. Grant se dejó caer sobre la cama, que crujió y exhaló una nube de polvo calizo. El paleontólogo se reclinó, puso los pies sobre la mesa auxiliar, que hizo un ruido al golpearla con las botas y, con un gesto, invitó a Morris a sentarse en la silla:

—Póngase cómodo.

Grant era profesor de Paleontología en la Universidad de Denver, y uno de los principales investigadores en su actividad, pero nunca se había sentido cómodo con las sutilezas sociales. Se veía a sí mismo como a un hombre destinado a trabajar al aire libre y sabía que, en Paleontología, todo el trabajo importante se hace al aire libre, con las manos. Grant tenía poca paciencia con los aspectos académicos, con los conservadores de museos, con lo que él denominaba Cazadores de Dinosaurios durante la Hora del Té. Y se esmeró un poco por distanciarse, en cuanto a vestimenta y comportamiento, de los Cazadores de Dinosaurios durante la Hora del Té llegando, inclusive, a dictar sus clases con vaqueros y zapatillas.

Grant observó cómo Morris desempolvaba escrupulosamente el asiento antes de sentarse. El hombre del EPA abrió su maletín, revolvió entre los papeles y volvió a echarle un vistazo a Ellie, que, con pinzas de punta fina, estaba levantando huesos del baño de ácido en el otro extremo de la casa rodante, sin prestarles atención.

—Probablemente se pregunta por qué estoy aquí.

Grant asintió con la cabeza:

—Hay un trecho muy largo hasta aquí, señor Morris.

—Bueno —comenzó Morris—, para ir directamente al grano, al EPA le preocupan las actividades de la Fundación Hammond. Usted recibe algunos fondos de ella.

—Treinta mil dólares anuales durante los últimos cuatro o cinco años.

—¿Qué sabe de la fundación? —preguntó Morris.

Grant se encogió de hombros:

—La Fundación Hammond es una respetada fuente de subvenciones académicas. Concede fondos a las investigaciones que se hacen en todo el mundo, comprendiendo varios investigadores de los dinosaurios. Sé que brindan apoyo a Bob Kerry, del Tyrrell en Alberta, y a John Weller en Alaska. Es probable que a más gente.

—¿Sabe por qué la Fundación Hammond respalda tantas investigaciones sobre dinosaurios?

—Claro que sí, porque el viejo John Hammond es un entusiasta fanático de los dinosaurios.

—¿Le ha visto personalmente?

Grant se encogió de hombros:

—Una o dos veces. Viene aquí para hacer visitas breves. Es bastante anciano, sabe usted. Y excéntrico, de la manera en que a veces lo es la gente rica. Pero siempre se muestra muy entusiasta. ¿Por qué?

—Bueno, pues la Fundación Hammond es, realmente, una organización bastante misteriosa. —Extrajo la fotocopia de un planisferio, marcada con puntos rojos, y se la entregó a Grant—. Estas son las excavaciones que la fundación financió el año pasado. ¿Nota algo extraño en ellas? Montana, Alaska, Canadá, Suecia… Todos son emplazamientos situados en el Norte. No hay nada por debajo del paralelo cuarenta y cinco. —Morris sacó más mapas—. Es lo mismo, año tras año. Los proyectos de búsqueda de dinosaurios que se deban hacer en el Sur, en Utah, Colorado o México, nunca obtienen fondos. La Fundación Hammond sólo presta su apoyo a las excavaciones que se hacen en clima frío. Nos gustaría saber por qué.

Grant ojeó los mapas con rapidez. Resultaban coherentes. Y si era cierto que la fundación sólo respaldaba las excavaciones en clima frío, entonces aquél era un comportamiento extraño, porque algunos de los mejores investigadores que

buscaban dinosaurios estaban trabajando en climas cálidos, y…

—Y hay otros enigmas —añadió Morris—. Por ejemplo, ¿cuál es la relación que hay entre los dinosaurios y el ámbar?

—¿Ámbar?

—Sí. Es la resina amarilla dura, procedente de la savia seca del árbol…

—Sé lo que es —interrumpió Grant—. Pero ¿por qué lo pregunta?

—Porque —dijo Morris— en el transcurso de los últimos cinco años Hammond compró enormes cantidades de ámbar en América, Europa y Asia, incluyendo muchas joyas merecedoras de estar en un museo. La fundación gastó diecisiete millones de dólares en ámbar. Ahora posee la provisión privada más grande del mundo de este material.

—No lo entiendo —dijo Grant.

—Nadie lo entiende. Al parecer, no tiene el menor sentido. El ámbar se sintetiza con facilidad, no tiene valor comercial ni militar. No hay motivo para hacer acopio de él. Pero eso es justamente lo que Hammond ha hecho durante muchos años.

—Ámbar —dijo Grant, meneando la cabeza en gesto de negación.

—¿Y qué pasa con la isla que Hammond tiene en Costa Rica? —continuó Morris—. Diez años atrás, la Fundación Hammond le alquiló una isla al Gobierno de Costa Rica. Al parecer, para iniciar una reserva biológica.

—No sé nada de eso —dijo Grant, frunciendo el entrecejo.

—No pude encontrar gran cosa —añadió Morris—. La isla se halla a ciento ochenta y cinco kilómetros, mar adentro, de la Costa Oeste. Aparentemente es muy escarpada y está en una zona del océano en la que la combinación de viento y corriente marina hacen que esté envuelta en niebla en forma perpetua. La solían llamar Isla Nubla, por estar siempre cubierta de nubosidad. En apariencia, a los costarricenses les asombró que alguien la quisiera.

Morris buscó en su maletín:

—El motivo por el que le menciono esto es —prosiguió— porque, de acuerdo con los registros, a usted le pagaron honorarios como consultores en relación con esa isla.

—¿Me pagaron? —preguntó Grant.

Morris le entregó una hoja de papel. Era una fotocopia de un cheque librado, en marzo de 1984, por «InGen Inc.», Farallon Road, Palo alto, California. Estaba extendido a la orden de Alan Grant, por un monto de doce mil dólares. En la

esquina inferior del cheque había una inscripción: SERVICIOS DE CONSULTOR/COSTA RICA/HIPERESPACIO CRÍAS.

—Pues claro —asintió Grant—, ya lo recuerdo. Era más misterioso que el demonio, pero lo recuerdo. Y no tenía nada que ver con una isla.

Alan Grant encontró la primera nidada de huevos de dinosaurio en 1979, y muchos más en los dos años posteriores, pero no tuvo tiempo para publicar sus hallazgos hasta 1983. Su trabajo, en el que se informaba sobre una manada de diez mil dinosaurios con hocicos de pico de pato, que vivían a lo largo de la ribera de un vasto mar interior, que construían en el barro nidos comunales para los huevos, que criaban a los dinosaurios bebés en la manada, fue lo que hizo de Grant una celebridad de la noche a la mañana. La noción de la existencia de instintos maternales en dinosaurios gigantescos —y los dibujos de encantadoras crías recién nacidas asomando el hocico fuera de los huevos— resultaron atractivos en todo el mundo. Grant se veía acosado con solicitudes de entrevistas, conferencias, libros. Como era característico en él, las rechazó todas ya que lo único que quería era continuar sus excavaciones. Pero fue durante esos frenéticos días de mediados de la década de 1980 cuando se le acercó la compañía «InGen», haciéndole una propuesta para que les prestara servicios como consultor.

—¿Había oído hablar antes de «InGen»? —preguntó Morris.

—No.

—¿Cómo se pusieron en contacto con usted?

—Llamada telefónica. Fue un hombre llamado Gennaro o Gennino, algo así.

Morris asintió con la cabeza:

—Donald Gennaro —dijo—. Es el asesor jurídico de «InGen».

—Como sea. Quería saber cosas respecto de los hábitos alimentarios de los dinosaurios. Y me ofreció honorarios para que empezara a redactar un trabajo.

—¿Por qué usted?

Grant bebió su cerveza, puso la lata en el suelo.

—Gennaro estaba particularmente interesado por los dinosaurios jóvenes. Recién nacidos y crías ya capaces de valerse por sí mismas. Qué comían. Supongo que pensaba que yo sabría algo de eso.

—¿Y lo sabía?

—No, en realidad, no. Se lo dije. Habíamos encontrado montones de material esquelético, mas teníamos muy pocos datos sobre la dieta. Pero Gennaro dijo que sabía que no lo habíamos publicado todo, y quería lo que fuera que tuviésemos. Y me ofreció honorarios muy altos, cincuenta mil dólares.

Morris extrajo un grabador de cinta y lo puso sobre la mesa auxiliar:

—¿Le molesta?

—No, adelante.

—Así que Gennaro le telefoneó en 1984. ¿Qué pasó entonces?

—Bueno; aquí ve usted nuestra operación. Cincuenta mil nos permitirían realizar excavaciones dos veranos completos. Le dije que haría lo que pudiera.

—Así que acordó prepararle un trabajo.

—Sí.

—¿Sobre los hábitos alimentarios de los dinosaurios jóvenes?

—Sí.

—¿Se encontró con Gennaro?

—No. Sólo hablamos por teléfono.

—¿Dijo Gennaro por qué quería esta información?

—Sí —contestó Grant—. Estaba planeando un museo para niños y quería presentar, de manera destacada, dinosaurios bebés. Dijo que estaba contratando a varios consultores académicos, y dijo quiénes eran; había paleontólogos como yo, un matemático de Texas llamado Ian Malcolm, y un par de ecólogos. Un analista de sistemas. Buen grupo.

Morris asintió con la cabeza, tomando notas:

—¿Así que usted aceptó el cargo de consultor?

—Sí. Acordé enviarle un resumen de nuestro trabajo, lo que sabíamos sobre los hábitos de los hadrosaurios de pico de pato que habíamos encontrado.

—¿Qué clase de información envió? —preguntó Morris.

—Todo; pautas de conducta de anidamiento, extensión del territorio, conducta alimentaria, conducta social. Todo.

—¿Y cómo respondió Gennaro?

—Siguió llamando una y otra vez. A veces en mitad de la noche. ¿Comerían esto los dinosaurios? ¿Comerían aquello? ¿La exposición debería incluir esto? Nunca pude entender por qué estaba tan excitado. Quiero decir que yo también creo que los dinosaurios son importantes, pero no tan importantes. Han estado muertos durante sesenta y cinco millones de años; cabría pensar que las llamadas de ese hombre bien podrían haber esperado hasta la mañana.

—Entiendo —dijo Morris—. ¿Y los cincuenta mil dólares?

Grant negó con la cabeza:

—Me cansé de Gennaro y le puse fin a todo ese asunto. Lo arreglamos en doce mil. Eso debe de haber sido como a mediados de 1985.

Morris hizo una anotación:

—¿E «InGen»? ¿Algún otro contacto con ellos?

—No desde 1985.

—¿Y cuándo empezó la Fundación Hammond a financiar sus investigaciones?

—Tendría que mirarlo. Pero fue alrededor de ese momento. Mediada la década de 1980.

—Y usted conoce a Hammond como un rico entusiasta de los dinosaurios.

—Sí.

Morris hizo otra anotación.

—Mire —dijo Grant—. Si al EPA le preocupa tanto John Hammond y lo que está haciendo, los emplazamientos para excavación de dinosaurios en el Norte, las adquisiciones de ámbar, la isla en Costa Rica, ¿por qué no van, simplemente, y le preguntan al respecto?

—Por el momento no podemos.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos prueba alguna de que se estén cometiendo actos ilícitos. Pero, personalmente, creo que resulta indiscutible que John Hammond está intentando eludir la ley.

—Quien primero estableció contacto conmigo —explicó Morris— fue la Oficina de Transferencia de tecnología. La OTT vigila los embarques de tecnología norteamericana que pudieran tener importancia militar. Me llamó para decir que la «InGen» presentaba dos sectores en los que habría una posible transferencia ilegal de tecnología. Primero, «InGen» había despachado tres «Cray XMP» a Costa Rica. InGen había definido ese envío como transferencia entre divisiones de la propia compañía, y dijo que esas máquinas no iban a la reventa. Pero la OTT no podía imaginar para qué demonios necesitaría alguien esa potencia en Costa Rica.

—Tres «Cray». ¿Es un tipo de ordenador?

Morris asintió con la cabeza:

—Superordenadores muy poderosos. Para darle una idea, tres «Cray» representan más potencia para el procesamiento electrónico de datos que la que pueda tener cualquier otra compañía privada norteamericana. E «InGen» envió las máquinas a Costa Rica. Cabe preguntarse por qué.

—Me rindo. ¿Por qué? —dijo Grant.

—Nadie lo sabe. Y los «Hood» son todavía más preocupantes —prosiguió Morris—. Los «Hood» son secuenciadores automatizados de genes, máquinas que resuelven por sí solas la secuencia del código genético del ADN. Son tan nuevos que todavía no figuran en las listas de equipos restringidos. Pero es probable que cualquier laboratorio de ingeniería genética cuente con uno de esos secuenciadores, si es que puede pagar el medio millón de dólares que cuesta ese equipo. —Con un rápido movimiento del índice, Morris pasó las hojas de sus anotaciones—. Bueno, parece que «InGen» envió veinticuatro secuenciadores «Hood» a su isla de Costa Rica. Una vez más dijeron que era una transferencia interdivisiones, y no una exportación —dijo Morris—. No hubo mucho que la OTT pudiese hacer. Oficialmente, a ellos no les interesa el uso. Pero resultaba obvio que la «InGen» estaba montando una de las instalaciones de ingeniería genética más poderosas del mundo en un oscuro país de América Central. Un país sin reglamentaciones. Esa clase de cosas ya ocurrió antes.

Ya se habían dado casos de compañías norteamericanas, dedicadas a la bioingeniería, que se mudaban a otro país para no verse obstaculizadas por reglamentos y disposiciones jurídicas. El caso más descarado, explicó Morris, fue el de la rabia Biosyn.

En 1986, la «Genetic Biosyn Corporation», de Cupertino, ensayó una vacuna contra la rabia, vacuna elaborada por bioingeniería en una granja de Chile. La empresa no había informado al Estado chileno ni a los trabajadores de la granja que tomaron parte en el ensayo, sencillamente lanzaron la vacuna.

La vacuna consistía en un virus activo de la rabia, genéticamente modificado para que no fuese virulento. Pero no se habían hecho pruebas para comprobar la falta de virulencia. «Biosyn» no sabía si el virus todavía podía seguir ocasionando la rabia, o no podía hacerlo ya. Peor aún, el virus se había modificado. Por lo común, la rabia no se puede contraer a menos que a uno le haya mordido un animal enfermo. Pero «Biosyn» había modificado el virus de la rabia de manera que pudiera cruzar los alvéolos pulmonares: la infección se podía contraer sólo con inhalarlo. El personal de «Biosyn» había llevado el virus vivo de la rabia a Chile, en un vuelo comercial y dentro de un bolso de mano.

Morris se preguntaba a menudo qué habría ocurrido si la cápsula se hubiera roto durante el vuelo; todos los que se hallaban a bordo del avión hubiesen podido contraer la rabia.

Era atroz. Demostraba irresponsabilidad. Era negligencia penalmente punible… Pero ninguna acción se entabló contra «Biosyn». Los granjeros chilenos, que, inadvertidamente, habían arriesgado la vida, eran campesinos ignorantes, el Gobierno de Chile tenía una crisis económica de la que preocuparse; y las autoridades norteamericanas estaban fuera de jurisdicción. Así que Lewis Dodgson, el genetista responsable del ensayo, todavía estaba trabajando en «Biosyn». «Biosyn» seguía siendo tan imprudente como siempre. Y otras compañías norteamericanas se estaban apresurando a montar instalaciones en países que no tenían profundos conocimientos de ingeniería genética; países que consideraban la ingeniería genética como si fuera cualquier otro progreso de alta tecnología y, por eso, le daban la bienvenida a su tierra, sin darse cuenta de los peligros que entrañaba.

—Así que por eso iniciamos nuestra investigación sobre «InGen» —dijo Morris—. Hace unas tres semanas.

—¿Y qué es lo que encontraron en realidad? —preguntó Grant.

—No mucho —admitió Morris—. Cuando yo vuelva a San Francisco, probablemente tendremos que cerrar la investigación. Y creo que ya he terminado. —Empezó a devolver sus cosas al maletín—. A propósito, ¿qué quiere decir «hiperespacio para crías»?

—No es más que un rótulo extravagante para mi informe: «Hiperespacio» es un término para denominar un espacio multidimensional, como un ta-te-ti tridimensional. Si se tomaran en cuenta todas las pautas de conducta de un animal, su alimentación, su desplazamiento y su sueño, se podría representar el animal dentro del espacio multidimensional. Algunos paleontólogos hacen referencia a la conducta de un animal diciendo que tiene lugar en un hiperespacio ecológico. «Hiperespacio para crías» se referiría, sencillamente, a la conducta de los dinosaurios jóvenes… si uno quisiera ser lo más presuntuoso posible.

En el otro lado de la casa rodante, el teléfono sonó. Ellie lo cogió y respondió:

—En este preciso momento está en una reunión. ¿La puede llamar él?

Con un sonido seco, Morris cerró su maletín y se puso en pie.

—Gracias por su ayuda y la cerveza —dijo.

—No tiene importancia —repuso Grant.

Grant caminó con Morris por la casa rodante hasta la puerta situada en el extremo opuesto. Morris dijo:

—¿Alguna vez Hammond le pidió material físico de su excavación? ¿Huesos, o huevos, o cosas como ésas?

—No. ¿Por qué?

—¿Sufrió algún robo aquí?

—¿Robos aquí? —dijo Grant, señalando el paisaje con un ademán.

—Creo que no —dijo Morris, sonriendo—. La doctora Sattler dijo que ustedes hacen algo de investigación genética aquí…

—Bueno, no es así exactamente. Cuando descartamos los fósiles que están rotos o que, por alguna otra razón, no son aptos para su conservación en un museo, enviamos los huesos a un laboratorio, que los muele y trata de extraer proteínas para nosotros. Después, se identifican las proteínas y el informe se nos envía de vuelta.

—¿Qué laboratorio es ése?

—«Servicios Médicos Biológicos», en Salt Lake.

—¿Cómo lo eligieron?

—Por licitación.

—¿No tiene que ver con «InGen»? —preguntó Morris.

—No, que yo sepa —dijo Grant.

Llegaron hasta la puerta de la casa rodante. Grant la abrió y sintió la acometida del aire caliente proveniente del exterior. Morris se detuvo para ponerse sus gafas para sol.

—Una última cosa —dijo—. Supongamos que «InGen» no estuviera realmente preparando una exposición de museo, ¿hay algo más que podría haber hecho con la información que contenía el informe que usted les dio?

Grant rio:

—Claro que sí. Podría haber alimentado a un hadrosaurio bebé.

Morris rio también:

—Un bebé hadrosaurio. Eso sería interesante. ¿Qué tamaño tenían?

—Algo así —dijo Grant, separando las manos unos quince centímetros—. Como una ardilla.

—¿Y cuánto tiempo pasa hasta que adquiere el tamaño adulto?

—Tres años —dijo Grant—. Año más, año menos.

Morris le tendió la mano:

—Bueno, gracias por su ayuda.

—Conduzca de regreso con calma —aconsejó Grant. Observó unos momentos, mientras Morris caminaba de vuelta a su auto, y después cerró la puerta de la casa rodante.

Una vez dentro preguntó:

—¿Qué te parece?

Ellie se encogió de hombros y dijo:

—Ingenuo.

—¿Te gusta la parte en la que John Hammond es el maligno archivillano? —Grant rio—. John Hammond es casi tan siniestro como Walt Disney. A propósito, ¿quién llamó?

—Ah, era una mujer llamada Alice Levin. Trabaja en el Centro Médico de Columbia. ¿La conoces?

—No.

—Bueno, era algo relativo a la identificación de unos restos. Quiere que la llames de inmediato.

Esqueleto

Ellie Sattler se apartó una hebra de cabello rubio de la cara y dirigió su atención a los baños de ácido. Tenía seis en hilera, con concentraciones molares de cinco al treinta por ciento. Ellie tenía que mantener su atención en las soluciones más fuertes, porque corroerían la caliza y empezarían a desgastar los huesos. ¡Y los huesos de dinosaurio joven eran tan frágiles! Se maravillaba que hubieran logrado conservarse, después de ochenta millones de años.

Escuchaba, sin prestar mayor atención, a Grant, que decía:

—¿Señorita Levin? Le habla Alan Grant. ¿Qué es eso que dice…? ¿Usted tiene qué? ¿Un qué? —Empezó a reír—. Oh, lo dudo mucho, señorita Levin… No, realmente no tengo tiempo. Lo siento… Bueno, le echaré un vistazo, pero prácticamente le puedo garantizar que es un basilisco. Pero… sí, buena idea. Sí, puede hacerlo así. Muy bien. Envíela ahora. —Grant colgó y sacudió la cabeza —. Esta gente.

—¿De qué se trata? —preguntó Ellie.

—Una lagartija que esa mujer está tratando de identificar. Me va a enviar un fax de una radiografía. —Caminó hacia el fax y esperó, mientras le llegaba la transmisión—. Y ya que estamos en ello, tengo un nuevo descubrimiento para ti. Uno bueno.

—¿Sí?

—Lo descubrí antes de que apareciera el joven. En la Colina Sur, horizonte cuatro. Velocirraptor joven, mandíbula y dentadura completas, así que no hay dudas en cuanto la identidad. Y el emplazamiento parece estar intacto. Hasta podríamos conseguir un esqueleto completo.

—¡Eso es fantástico! ¿Cómo de joven?

—Joven. Dos, quizá cuatro meses como máximo.

—¿Y es un velocirraptor, sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas. Quizá nuestra suerte haya cambiado finalmente.

Durante los dos últimos años de su permanencia en Snakewater, el equipo de investigadores sólo había desenterrado hadrosaurios de pico de pato. Ya tenían pruebas de la existencia de vastas manadas de estos dinosaurios herbívoros, que vagabundeaban por las planicies cretáceas en grupos de diez o veinte mil animales, como lo harían más tarde los bisontes (búfalos).

Pero la pregunta que se hacían cada vez más era: ¿dónde están los depredadores?

Esperaban que los depredadores fueran poco frecuentes, claro. Estudios hechos sobre las poblaciones de depredadores/presas de los parques de caza de África y de la India sugerían que, en términos aproximados, había un carnívoro depredador por cada cuatrocientos herbívoros. Esto significaba que una manada de diez mil dinosaurios de pico de pato sólo podían mantener a veinticinco tiranosaurios. Así que era improbable que hallaran los restos de un depredador grande.

Pero ¿dónde estaban los depredadores pequeños? Snakewater tenía muchísimos emplazamientos de anidamiento; en algunos lugares el suelo estaba literalmente cubierto por fragmentos de cáscaras de huevo de dinosaurio, y muchos dinosaurios carnívoros pequeños comían huevos. Animales como el ***dromaeosaurus***, el ***ovirraptor*** y el ***coelurus***, depredadores cuya altura oscilaba entre el metro y el metro ochenta, debían de encontrarse allí en abundancia.

Pero, hasta el momento, no habían descubierto ninguno.

Quizás ese esqueleto de velocirraptor significaba que su suerte había cambiado. ¡Y un bebé! Ellie sabía que uno de los sueños de Grant era estudiar la conducta de crianza en los dinosaurios carnívoros, del mismo modo que ya había estudiado la de los herbívoros. A lo mejor, este era el primer paso hacia ese sueño.

—Debes de estar bastante emocionado —insinuó Ellie.

Grant no contestó.

—He dicho que debes estar muy emocionado —repitió.

—¡Dios mío! —dijo Grant, en voz baja. Tenía la vista clavada en el fax.

Ellie miró la radiografía por encima del hombro de Grant y exhaló el aire con lentitud.

—¿Crees que es un amassicus?

—Sí —dijo Grant—. O un triassicus. ¡El esqueleto es tan ligero!

—Pero no es una lagartija.

—No. Eso no es una lagartija. Durante doscientos millones de años, ninguna lagartija de tres dedos ha caminado sobre este planeta.

El primer pensamiento de Ellie era que estaba mirando un fraude, un fraude ingenioso y hábil, pero fraude de todos modos. Todo biólogo sabía que la amenaza del fraude era omnipresente. El fraude más famoso, el del Hombre de Piltdown, se había mantenido cuarenta años sin que se lo descubriera, y su perpetrador todavía era desconocido. En fecha más reciente, el distinguido astrónomo Fred Hoyle había afirmado que un dinosaurio alado fósil, un ***Archaeopteryx*** que se exhibe en el Museo Británico, era una superchería. (Más tarde se demostró que era auténtico).

La esencia de un fraude que sale bien es que a los científicos les presenta lo que esperan ver. Y, para el ojo de Ellie, la imagen de rayos X de la lagartija era exactamente correcta: la pata tridáctila estaba bien equilibrada, con la garra del medio más pequeña; los restos óseos de los dedos cuarto y quinto estaban hacia arriba, cerca de la articulación metatarsiana; la tibia era fuerte y considerablemente más larga que el fémur; en la cadera, la cavidad cotiloidea estaba completa; la cola mostraba cuarenta y cinco vértebras. Era un ***Procompsognathus***.

—¿Podría ser falsificada esta radiografía?

—No lo sé —dijo Grant—. Pero resulta casi imposible falsificar una radiografía. Y el ***Procompsognathus*** es un animal no muy conocido; ni siquiera la gente que está familiarizada con los dinosaurios ha oído hablar de éste.

Ellie leyó la anotación:

—«Espécimen obtenido en la playa de Cabo Blanco, el 16 de julio…». «Aparentemente, un mono aullador se estaba comiendo al animal y esto fue todo lo que se recuperó». Ah… y dice que la lagartija atacó a una niña.

—Lo dudo —dijo Grant—. Aunque quizá fuera así. ***Procompsognathus*** era tan pequeño y leve que suponemos que debía ser un carroñero, que sólo se alimentaba de animales muertos. Y puedes discernir el tamaño —midió con rapidez—. Es de alrededor de veinte centímetros hasta las caderas, lo que significa que el animal completo tendría alrededor de treinta centímetros de alto. Casi tan grande como una gallina. Hasta un niño le parecería aterrador; podría morder a un bebé, pero no a un niño más grande.

Ellie frunció el entrecejo ante la radiografía.

—¿Piensas que este podría ser realmente un legítimo redescubrimiento como el del celacanto? —preguntó.

—Quizá —dijo Grant. El celacanto era un pez de cerca de un metro veinte de largo, que se pensaba que había muerto hacía sesenta y cinco millones de años, hasta que se extrajo un espécimen del océano en 1938. Pero había otros ejemplos: el falangero montañés pigmeo, de Australia, sólo se conocía por fósiles, hasta que se encontró uno vivo en un recipiente de basura de Melbourne. Y el fósil de diez mil años de un murciélago frugívoro de Nueva Guinea fue descrito por un zoólogo, que no mucho después recibió un ejemplar vivo por correo.

Ellie dijo:

—Si piensas que es lo que es, entonces, ¿por qué no estás más emocionado?

—Lo estaría si esta radiografía significara que hemos puesto la mano encima de un animal vivo, pero si este es un pequeño animal que se encuentra en alguna parte de las junglas centroamericanas… puede que nunca más encontremos otro.

Los animales extintos tenían la extraña tendencia a permanecer extintos. Al recientemente redescubierto murciélago comedor de fruta, los nativos lo habían espantado de su escondrijo con humo antes de que los científicos pudieran llegar al lugar y nunca más se volvió a recuperar un animal vivo. Y aunque al lobo de Tasmania se le había visto en forma esporádica durante los cuarenta últimos años, y hasta se le había perseguido por ordenador, todavía no se había podido conseguir un espécimen vivo, ni siquiera una fotografía.

—Pero ¿podría ser verdadero? —insistió Ellie—. ¿Qué hay de la edad?

—La edad es un problema.

La mayor parte de los animales vueltos a descubrir eran añadidos bastante recientes del registro fósil; diez o veinte mil años de antigüedad. Algunos tenían unos pocos millones de años; en el caso del celacanto, sesenta y cinco millones. Pero el espécimen que estaban contemplando era mucho más antiguo que eso. Los dinosaurios habían muerto en el período cretácico, hacía sesenta y cinco millones de años; habían florecido, como forma dominante de vida en el planeta, durante el jurásico, hacía noventa millones de años; y aparecieron por primera vez en el triásico, hacía doscientos veinte millones de años aproximadamente.

El ***Procompsognathus*** vivió en el transcurso del triásico temprano, una época tan distante que nuestro planeta ni siquiera tenía el aspecto actual; todos los continentes estaban unidos formando una sola masa continental, llamada

Pangea, que se extendía desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, un vasto continente de helechos y bosques, con pocos desiertos grandes. El océano Atlántico era un lago estrecho comprendido entre lo que habrían de ser África y Florida. El aire era más denso. La Tierra era más caliente.

Había centenares de volcanes en actividad. Y era en este ambiente donde vivía el ***Procompsognathus***.

—Bueno —dijo Ellie—, sabemos que algunos animales sobrevivieron. Los cocodrilos son, básicamente, animales del triásico que viven en la actualidad. Los tiburones también son del triásico. Así que sabemos que eso ya ocurrió antes.

Grant asintió:

—Y la cuestión es —añadió—, ¿de qué otra manera lo explicamos? O bien es un fraude, cosa que dudo, o bien es un redescubrimiento. ¿Qué otra cosa podría ser?

Sonó el teléfono:

—Es probable que sea Alice Levin de nuevo —agregó Grant—. Veamos si nos envía el espécimen real. —Respondió y miró a Ellie, sorprendido—. Sí, esperaré a hablar con el señor Hammond. Sí. Por supuesto.

—¿Hammond? ¿Qué quiere? —preguntó Ellie.

Grant negó con la cabeza y, después, dijo por teléfono:

—Sí, señor Hammond. Sí, a mí también me gusta volver a oír su voz… Sí… —Miró a Ellie—. ¿Ah, lo hizo? ¿Ah, sí?

Cubrió el micrófono con la mano y dijo:

—Sigue tan excéntrico como siempre. Tienes que oír esto.

Grant apretó el botón del altavoz y Ellie oyó la voz irascible de un anciano que hablaba con rapidez:

—… maldita molestia de un tipo del EPA, que parece haber salido disparado sin saber un comino de la cuestión, haciendo las cosas solo, corriendo por todo el país y hablando con la gente, agitando las cosas. Supongo que nadie fuera de lugar fue a verle a usted…

—A decir verdad —contestó Grant—, alguien ha venido a verme.

Hammond resopló:

—Me lo temía. Un sabelotodo llamado Morris.

—Sí, su nombre era Morris —dijo Grant.

—Va a ver a todos nuestros consultores —dijo Hammond—. El otro día fue a ver a Ian Malcolm. Ya sabe, el matemático de Texas. Ésa fue la primera noticia

que tuve de todo esto. Nos las estamos viendo negras para manejar este asunto. Es la forma típica en la que trabaja el Estado; no hay demandas, no hay acusaciones, nada más que el acoso por parte de algún tipo al que nadie supervisa y que anda corriendo por todas partes a expensas del contribuyente. ¿Le molestó? ¿Perturbó su trabajo?

—No, no, no me molestó.

—Bueno, eso es muy malo, en cierto sentido —dijo Hammond—, porque entonces yo podría exigir su mandamiento judicial para que Morris abandonara lo que está haciendo, si él le hubiera molestado. Tal como están las cosas, hice que nuestros abogados llamaran al EPA para descubrir en qué demonios consistía el problema. ¡El director de la sección afirma que no sabía que hubiera investigación alguna! ¿Qué me cuenta de eso? Maldita burocracia, eso es todo. Demonios, creo que este tipo está tratando de meterse en Costa Rica, fisgonear, llegar a nuestra isla. ¿Usted sabe que tenemos una isla allí?

—No —dijo Grant, mirando a Ellie—. No lo sabía.

—Ah, sí, la compramos e iniciamos nuestra operación hace, veamos, cuatro o cinco años. He olvidado el tiempo exacto. Isla Nubla… Una isla grande, ciento ochenta kilómetros mar adentro. Va a ser una reserva biológica. Hermoso lugar. Jungla tropical. ¿Sabe?, tendría usted que verla, doctor Grant.

—Parece algo muy interesante pero, en realidad…

—Ya está casi terminada —prosiguió Hammond—. Le envié algo de material sobre la isla. ¿Recibió mi material?

—No, pero es que estamos un poquitín demasiado lejos de…

—Quizá le llegue hoy. Mírelo. La isla es sencillamente hermosa. Lo tiene todo. Hace ya treinta meses que estamos construyendo. Puede imaginarse lo que es: un gran parque. Se inaugura en setiembre del año que viene. Realmente tendría que verlo.

—Parece maravilloso, pero…

—Es cosa hecha —dijo Hammond—. Insisto en que la vea, doctor Grant. Verá que el parque contiene cosas que usted conoce muy bien. Lo va a encontrar fascinante.

—Estoy en medio de… —dijo Grant.

—Oiga, le diré qué vamos a hacer —prosiguió Hammond, como si la idea se le acabara de ocurrir—. Haré que algunas de las personas que actuaron como consultoras nuestras vayan a la isla este fin de semana. Que pasen unos días y que la examinen. Con los gastos pagados por nosotros, claro está. Sería

grandioso que usted nos diera su opinión.

—No tengo posibilidad alguna de hacerlo —se excusó Grant.

—¡Oh, nada más que un fin de semana! —insistió Hammond, con la persistencia irritante, jovial, de un anciano—. Eso es todo lo que estoy diciendo, doctor Grant. No querría interrumpir su trabajo. Sé cuán importante es. Créame, lo sé. Nunca interrumpiría su trabajo. Pero usted podría dar el salto hasta aquí el fin de semana, y regresar el lunes.

—No, no podría. Acabo de encontrar un nuevo esqueleto y…

—Sí, claro, pero sigo pensando que debería venir… —reiteró Hammond, sin escuchar realmente.

—Y acabamos de recibir pruebas de un hallazgo muy enigmático y notable, que parece ser un procompsognátido vivo.

—¿Un qué? —dijo Hammond, más contenido—. No he entendido eso del todo; ¿ha dicho usted un procompsognátido vivo?

—Así es. Se trata de una muestra biológica, el fragmento parcial de un animal recogido en Centroamérica. Un animal vivo.

—No me diga. ¿Un animal vivo? ¡Qué extraordinario!

—Sí. Así lo creemos también nosotros. Así que, como puede ver, no es este el momento para que yo me vaya…

—¿Centroamérica, dijo usted?

—Sí.

—¿De qué parte de Centroamérica proviene, lo sabe usted?

—De una playa llamada Cabo Blanco; no sé dónde está exactamente…

—Entiendo. —Hammond se aclaró la garganta—. ¿Y cuándo llegó esta, eh…, muestra a sus manos?

—Hoy, precisamente.

—Hoy. Entiendo. Hoy. Entiendo. —Hammond aclaró su garganta otra vez.

Grant miró a Ellie y formó con los labios, en silencio: ***¿Qué está pasando?***

Ellie negó con la cabeza y respondió del mismo modo: ***Parece estar molesto***.

Grant pidió: ***Mira si Morris está ahí todavía***.

La joven fue hacia la ventana y miró, pero el coche de Morris ya no estaba. Se volvió.

En el altavoz, Hammond tosía.

—Ah, doctor Grant. ¿Ha hablado con alguien de eso?

—No.

—Bien, eso está bien. Bueno. Sí. Le seré franco, doctor Grant; tenemos un

problemita con la isla. Este asunto del EPA llega justo en el peor momento.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, hemos tenido problemas y algunos retrasos… Limitémonos a decir que estuve bajo un poco de presión aquí y que me gustaría que viera la isla por mí. Deme su opinión. Le pagaré los honorarios acostumbrados de consultoría en fines de semana, de veinte mil dólares diarios. Eso serían sesenta mil por tres días. Y si pudiera traer consigo a la doctora Sattler, ella vendría con los mismos honorarios. Necesitamos una persona experta en botánica. ¿Qué me dice?

Ellie miró a Grant, cuando éste dijo:

—Bien, señor Hammond, todo ese dinero financiaría por entero nuestras expediciones de los próximos dos veranos.

—Bien, bien —dijo Hammond con suavidad. Ahora parecía estar confundido, con los pensamientos puestos en otra cosa—. Quiero que esto resulte agradable… Bien, les enviaré el reactor de la compañía, para que les recoja en ese campo de aterrizaje que está al este de Chateau. ¿Sabe a cuál me refiero? Está sólo a unas dos horas en automóvil desde donde se halla usted. Estén allá a las cinco de la tarde de mañana, y les estaré esperando. Les llevaré directamente. ¿Pueden, usted y la doctora Sattler, alcanzar ese avión?

—Creo que podemos.

—Bien. Lleven poco equipaje. No necesitan pasaportes, ya me encargo de eso. Hasta mañana —concluyó Hammond, y colgó.

Cowain, Swain y Ross

El sol del mediodía se derramaba copiosamente en el estudio jurídico de «Cowan, Swan y Ross», en San Francisco, dándole a la oficina una alegría que Donald Gennaro no sentía. Escuchaba el teléfono y miraba a su patrón, Daniel Ross, frío como un enterrador, con su traje oscuro de rayas finas.

—Entiendo, John —decía Gennaro—. ¿Y Grant accedió? Bien, bien… Sí, eso me parece algo excelente. Mis felicitaciones, John. —Colgó el teléfono y se volvió hacia Ross—. Ya no podemos confiar en Hammond. Está sometido a demasiada presión. El EPA le está investigando, está atrasado en la construcción de su finca de recreo de Costa Rica y los inversores se están poniendo nerviosos. Ha habido demasiados rumores de que se suscitaron problemas allá. Demasiados obreros murieron. Y ahora este asunto de un pro-compsit-como-sea en tierra firme…

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Ross.

—Quizá nada. Pero «Hamachi» es uno de nuestros principales inversores. La semana pasada recibí un informe del representante de «Hamachi» en San José, la capital de Costa Rica. Según el informe, una nueva especie de lagartija está mordiendo a los niños en la costa.

Ross parpadeó:

—¿Una nueva lagartija?

—Sí. No podemos hacer bromas con esto. Tenemos que inspeccionar esa isla de inmediato. Le he pedido a Hammond que ordene inspecciones semanales del lugar durante las próximas tres semanas.

—¿Y qué dice Hammond?

—Insiste en que nada está mal en la isla. Afirma que funcionan todas las medidas de seguridad.

—Pero usted no le cree —dijo Ross.

—No —contestó Gennaro—. No le creo.

Donald Gennaro había llegado a «Cowan, Swain», con antecedentes en el Banco de inversiones. Los clientes de Cowan, Swain, pertenecientes al ramo de la alta tecnología, con frecuencia necesitaban capital y Gennaro les ayudaba a conseguir el dinero. Una de sus primeras misiones, allá por 1982, había sido acompañar a John Hammond mientras el viejo, a la razón de setenta años, reunía los fondos para iniciar la sociedad anónima «InGen». Finalmente, reunieron alrededor de mil millones de dólares, y Gennaro recordaba ese trabajo como una carrera enloquecedora.

—Hammond es un soñador —comentó.

—Un soñador potencialmente peligroso —acotó Ross—. Nunca debimos dejarnos arrastrar. ¿Cuál es nuestra posición financiera?

—La firma posee el cinco por ciento.

—¿General o limitada?

—General.

Ross sacudió la cabeza, en gesto de negación:

—Nunca debimos hacerlo.

—Parecía lo más prudente en aquel momento. Demonios, eso fue hace ocho años. Lo aceptamos en lugar de algunos honorarios y, si usted recuerda, el plan de Hammond era especulativo en extremo. Realmente estaba luchando a brazo partido. A decir verdad, nadie creía que lo fuera a lograr.

—Pero, en apariencia, sí lo logró. Sea como fuere, estoy de acuerdo en que venció el plazo para una inspección. ¿Qué hay en cuanto a sus expertos sobre el emplazamiento?

—Estoy empezando con los expertos que Hammond ya contrató como consultores en las primeras etapas del proyecto. —Gennaro lanzó una lista sobre el escritorio de Ross—. El primer grupo está constituido por un paleontólogo, una paleobotánica y un matemático. Van allí este fin de semana. Yo iré con ellos.

—¿Ellos le dirán la verdad? —preguntó Ross.

—Así lo creo. Ninguno de ellos tuvo mucho que ver con la isla, y uno de ellos, el matemático, Ian Malcolm, fue abiertamente hostil al proyecto desde el principio, insistía en que nunca funcionaría, en que nunca podría funcionar.

—¿Y quién más?

—Nada más que una persona con preparación técnica, el analista del sistema

de procesamiento de datos. Para la revisión de los ordenadores del parque y para arreglar algunos defectos de los programas. Debe de llegar allí el viernes por la mañana.

—Muy bien. ¿Está usted haciendo lo necesario?

—Hammond pidió hacer él mismo las llamadas. Creo que quiere fingir que no tiene problemas graves, que no es más que una invitación de índole social. Que está fanfarroneando con su isla.

—Está bien —dijo Ross—. Pero asegúrese usted de que se corrija lo que hay que corregir. Quiero que esta situación de Costa Rica esté resuelta dentro de una semana. —Ross se puso en pie y salió de la habitación.

Gennaro marcó un número en el teléfono; oyó el gimiente siseo de un radioteléfono. Después oyó una voz que decía: «Al habla Grant».

—Hola, doctor Grant, aquí Donald Gennaro. Soy el asesor general de «InGen». Hablamos hace unos años; no sé si recuerda…

—Recuerdo —dijo Grant.

—Bien —dijo Gennaro—, acabo de hablar con el señor John Hammond, que me dio la buena noticia de que usted va a nuestra isla de Costa Rica…

—Sí. Creo que vamos para allá mañana.

—Bien. Sólo quería hacerle extensivo mi agradecimiento por hacerlo, a pesar de que no se le dio tiempo para arreglar sus asuntos. Todos los de «InGen» apreciamos eso. También le pedimos a Ian Malcolm que, al igual que usted, fue uno de los primeros consultores, que venga. Es el matemático de la Universidad de Texas en Austin, ¿le recuerda?

—John Hammond lo mencionó.

—Bueno, está bien. Y yo también voy a ir, a decir verdad. A propósito, este espécimen que encontró de pro… procom… ¿cómo es?

—***Procompsognathus***.

—Sí. ¿Tiene el espécimen con usted, doctor Grant? ¿El espécimen real?

—No. Sólo he visto una radiografía. El espécimen está en Nueva York. Una mujer de la Universidad de Columbia me llamó.

—Bueno, me pregunto si usted me podría brindar detalles sobre eso. Entonces, yo podría enviarle un informe detallado del espécimen al señor Hammond, que está muy excitado con todo esto. Estoy seguro de que usted también quiere ver el espécimen real. A lo mejor, yo podría hacer que lo

enviasen a la isla, mientras todos ustedes están allá.

Grant le dio la información.

—Bueno, eso es suficiente, doctor Grant —dijo Gennaro—. Mis saludos a la doctora Sattler. Tengo verdaderos deseos de reunirme con usted y con ella mañana. —Y Gennaro colgó.

Planos

—Esto acaba de llegar —dijo Ellie al día siguiente, yendo hacia la parte de atrás de la casa rodante, con un grueso sobre de papel manila—. Uno de los muchachos lo trajo al volver de la ciudad. Es de Hammond.

Mientras abría el sobre, Grant observó el logotipo azul y blanco de «InGen». En el interior no había una carta explicatoria, sólo una pila de papeles dentro de una carpeta. Al abrirla, Grant descubrió que eran copias heliográficas reducidas, formando un libro grueso. En la tapa se leía: INSTALACIONES PARA HUÉSPEDES CENTRO RECREO ISLA NUBLA (JUEGO COMPLETO: PABELLÓN SAFARI).

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

Mientras hojeaba el libro, cayó una hoja de papel:

Queridos Alan y Ellie:

Como podréis imaginar, todavía no tenemos mucho, en cuanto a materiales formales para promoción. Pero esto os dará una cierta idea del proyecto de Isla Nubla. ¡Creo que es muy emocionante!

¡Estoy ansioso aguardando el momento de discutir esto con vosotros! ¡Espero que os reunáis con nosotros!

Saludos,

JOHN

—No lo entiendo —dijo Grant. Hojeó las páginas—. Esto son planos de arquitectura. —Volvió a la primera página:

CENTRO

VISITANTES/ PABELLÓN	**RECREO ISLA NUBLA**
CLIENTE	**InGen Inc., Palo Alto. Calif.**
ARQUITECTOS	**Dunning, Murphy & Associates, Nueva York. Richard Murphy, socio diseñador Theodore Chen, diseñador principal; Sheldon James, socio administrativo.**
INGENIEROS	**Harlow, Whitney & Fields, Boston, análisis estructural; A. T. Misikawa, mecánico.**
PAISAJISTAS	**Shepperton Rogers, Londres; A. Ashikiga, H. leyasu, Kanazawa.**
SISTEMA ELÉCTRICO	**N.V. Kobayashi, Tokio. A. R. Makasawa, consultor jefe.**
COMPUTER C/C	**Integrated Computer System Inc., Cambridge, Mass. Dennis Nedry, supervisor de proyecto.**

Grant volvió a los planos en sí. Llevaban el sello SECRETOS INDUSTRIALES NO COPIAR y PRODUCTO CONFIDENCIAL DE OBRA - NO PARA DISTRIBUCIÓN. Cada página estaba numerada, y en la parte superior decía: «Estos planos representan las creaciones confidenciales de “InGen Inc”. Para estar en posesión de ellas tiene que haberse firmado el documento 112/4A; en caso contrario, se corre el riesgo de hacer frente a acciones procesales».

—Me da la impresión de algo bastante paranoide —comentó Grant.

—A lo mejor existe un motivo —dijo Ellie.

La página siguiente era un mapa topográfico. Mostraba la Isla Nubla con forma de lágrima invertida, la parte más ancha hacia el Norte, ahusándose hacia el Sur. La isla tenía unos trece kilómetros de largo, y el mapa la dividía en varias secciones grandes.

La sección norte estaba identificada como zona para visitantes, y contenía estructuras señaladas como «Llegada de visitantes», «Centro Visitantes / Administración», «Energía / Desalinización / Apoyo», «Res. Hammond», y «Pabellón Safari». Grant pudo ver el contorno de una piscina, los rectángulos de campos de tenis, y los garabatos redondos que representaban plantas y arbustos.

—Parece un centro de recreo, sin duda —dijo Ellie.

A continuación, seguían planos detallados del Pabellón Safari en sí. En los bocetos en alzado, el pabellón tenía una apariencia espectacular: un largo edificio bajo, con una serie de formas piramidales en la azotea. Pero había poco sobre los demás edificios de la zona para visitantes.

Y el resto de la isla era aún más misterioso. Por lo que Grant pudo apreciar, apenas sí había algo más. En su mayor parte era espacio abierto. Una red de caminos, túneles y edificios apartados, y un largo lago estrecho que parecía ser

artificial, provisto de represas y barreras de hormigón. Pero, en su mayor parte, la isla estaba dividida en grandes zonas curvas, en las que se veían muy pocas señales de urbanización. Cada zona estaba señalada con códigos: /P/PROC/V/2A, /D/TRIC/L/5(4A+1), /LN/OTHN/C/4(3A+1), /VV/HADR/X/11 (6A+3 + 3DB).

—¿Hay alguna explicación para los códigos? —preguntó Ellie.

Grant pasó las páginas con rapidez, pero no pudo dar con ella.

—Quizá la han retirado —dijo Ellie.

—Ya te digo, paranoide.

Observó las grandes divisiones curvas, separadas una de la otra por una red de caminos. Cada división individual tenía varios kilómetros cuadrados de ancho. En toda la isla solamente había seis divisiones, y cada división estaba separada del camino por un foso de hormigón. Por fuera de cada foso había una cerca, al lado de la cual se veía un pequeño signo de rayo. Ese símbolo les desconcertó hasta que, finalmente, pudieron darse cuenta de que indicaba que las cercas estaban electrificadas.

—Esto es raro —se extrañó Ellie—. ¿Cercas electrificadas en un centro de recreo?

—Kilómetros de ellas. Cercas electrificadas junto a fosos. Y, por lo general, también con un camino a lo largo de ellos.

—Exactamente igual que en un zoológico —observó Ellie.

Grant volvió al mapa topográfico y miró detenidamente las curvas de nivel. Una cadena de montañas recorría la isla desde el centro hacia abajo, con praderas descendentes a cada lado. Pero los caminos estaban dispuestos de manera extraña; el camino principal iba en dirección norte-sur, pasando justo por las colinas centrales de la isla, incluida una sección de camino que parecía estar literalmente cortada en la cara de un acantilado, por encima de un río. Era como si se hubiese hecho un esfuerzo deliberado por dejar esas zonas abiertas como si fuesen grandes recintos, separados de los caminos por fosos y cercas electrificadas. Y los caminos se encontraban elevados con respecto al nivel del suelo, de modo que se pudiera ver por encima de las cercas…

—¿Sabes? —observó Ellie—, algunas de estas dimensiones son inmensas. Mira esta. Este foso de hormigón tiene nueve metros de ancho. Es como una fortificación militar.

—Lo mismo que estos edificios —dijo Grant. Había notado que cada división abierta tenía pocas construcciones, situadas, por lo general, en esquinas

que no estorbaban el paso. Pero los edificios estaban hechos íntegramente de hormigón, con paredes gruesas. En las vistas laterales en alzado parecían ser como búnkeres de hormigón con ventanitas.

Ellie tenía razón, eran como las casamatas circulares nazis de las antiguas películas bélicas.

En ese momento oyeron una explosión sorda, y Grant hizo los papeles a un lado:

—De vuelta al trabajo —dijo.

—***¡Fuego!***

Se produjo una leve vibración y, después, curvas de nivel amarillas cruzaron a través de la pantalla del ordenador. Esta vez la resolución fue perfecta, y Alan Grant tuvo una fugaz visión del esqueleto, muy bien definido, el largo cuello arqueado hacia atrás. Se trataba, de modo incuestionable, de un velocirraptor joven, y parecía hallarse en perfecto…

La pantalla quedó en blanco.

—¡Maldita sea, odio los ordenadores! —comentó Grant, parpadeando bajo el sol—. ¿Qué ha pasado ahora?

—He perdido la entrada del integrador —explicó uno de los muchachos—. Sólo tardaré un minuto.

El muchacho se inclinó para mirar la maraña de cables que iban hasta la parte trasera del ordenador portátil de pilas. Habían colocado el ordenador sobre un cajón de cerveza, en la cima de la Colina Cuatro, no lejos del dispositivo al que llamaban Golpeador.

Grant se sentó en la ladera de la colina y miró su reloj. Le susurró a Ellie:

—Vamos a tener que hacer esto a la antigua.

Uno de los muchachos alcanzó a oírlo y contestó:

—¡Oh, Alan!

—Miren —dijo Grant—, tengo que tomar un avión. Y quiero el fósil protegido antes de irme.

Poca gente entendía que, una vez que se empezaba a exponer un fósil al aire, había que continuar, o arriesgarse a perderlo. Los visitantes imaginaban que el paisaje de las tierras malas era inmutable pero, a decir verdad, se estaba desgastando todo el tiempo, literalmente ante los ojos del observador; durante todo el transcurso del día se podía oír el entrechocamiento de guijarros que caían

rodando por la ladera desmenuzada de la colina. Y siempre existía el riesgo de un temporal; hasta un chaparrón breve arrastraría un fósil delicado. Por eso, el esqueleto parcialmente expuesto de Grant estaba en peligro, y había que protegerlo hasta que el paleontólogo volviera.

Por lo común, la protección de los fósiles consistía en tender una tela impermeable sobre el emplazamiento de la excavación y abrir una zanja alrededor del perímetro del emplazamiento, para controlar el drenaje del agua. La cuestión era saber lo grande que debía ser la zanja que precisaba el fósil del velocirraptor. Para decidirlo estaban empleando tomografía sonora con ayuda del ordenador, o CAST. Éste era un nuevo procedimiento, en el que el Golpeador disparaba un balín blando de plomo al suelo, produciendo ondas de choque que el ordenador leía y con las que armaba una especie de imagen radiográfica de la ladera. El grupo de Grant había estado utilizando ese procedimiento durante todo el verano, con distintos resultados.

Ahora, Golpeador se encontraba a seis metros de distancia. Era una gran caja plateada sobre ruedas, con una sombrilla en la parte superior. Parecía un carrito de helados, incongruentemente estacionado en las tierras malas. El Golpeador tenía dos jóvenes asistentes que le estaban cargando el siguiente perdigón blando de plomo.

Hasta entonces, el programa CAST se limitaba a localizar la extensión de los hallazgos, ayudando al equipo de Grant a excavar de manera más eficiente. Pero los muchachos afirmaban que, dentro de unos pocos años, sería posible generar una imagen tan detallada que la excavación sería redundante; se podría obtener una imagen perfecta de los huesos, en tres dimensiones, y prometía un nuevo mundo de arqueología sin excavaciones.

Pero nada de eso había ocurrido aún. Y el equipo, que funcionaba de manera impecable en el laboratorio de la Universidad, demostró ser lastimosamente delicado e inestable en el trabajo de campo.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Grant.

—Lo tenemos ahora, Alan. No está mal.

Grant fue a mirar la imagen que aparecía en la pantalla del ordenador. Vio el esqueleto completo, trazado en amarillo brillante. Era un espécimen joven, ciertamente. La característica destacada del velocirraptor, la garra de un solo dedo que, en el animal adulto, era un arma curva, de quince centímetros de largo, capaz de abrir en canal la presa, era, en ese bebé, no más grande que la espina de un rosal; a duras penas era visible en la pantalla. Y el velocirraptor era, en

cualquier caso, un dinosaurio de complexión ligera, un animal con huesos tan finos como los de un pájaro, y posiblemente de la misma inteligencia.

Aquí el esqueleto aparecía en perfecto orden, salvo que la cabeza y el cuello estaban doblados hacia atrás, hacia la zona posterior del animal. Tal flexión del cuello era tan frecuente en los fósiles, que algunos científicos habían formulado una teoría para explicarla, sugiriendo que los dinosaurios se habían extinguido debido a que se habían envenenado con los alcaloides que se estaban desarrollando en las plantas. Se pensaba que el cuello torcido significaba la agonía mortal de los dinosaurios. Grant, finalmente, había rebatido esa teoría, al demostrar que muchas especies de pájaros y reptiles experimentaban una contracción postmortem de los ligamentos posteriores del cuello, lo que hacía que la cabeza se doblara hacia atrás en forma característica. Nada tenía que ver con la causa de la muerte, tenía que ver con la forma en que el cadáver se secaba al sol.

Por añadidura, Grant observó que el esqueleto también se había torcido en sentido lateral, de modo que la pata y el pie derecho estaban elevados por encima de la columna vertebral.

—Parece algo así como distorsionado —dijo uno de los muchachos—. Pero no creo que sea el ordenador.

—No —dijo Grant—. Sólo es el tiempo. Montones y más montones de tiempo.

Grant sabía que la gente no podía imaginar el tiempo geológico. La vida humana se vivía en una escala temporal por completo diferente. Una manzana se ponía marrón en pocos minutos; los cubiertos de plata se ennegrecían en pocos días. Un montón de abono se descomponía en una estación; un niño crecía en una década. Ninguna de estas experiencias humanas cotidianas preparaba a la gente para que pudiera imaginar el significado de ochenta millones de años, la duración del tiempo que había transcurrido desde la época en que ese animalito vivía.

En el aula, Grant había intentado dar diferentes comparaciones; si se imaginaba que la edad humana de sesenta años se comprimía en un día, entonces un tiempo de ochenta millones de años todavía serían tres mil seiscientos cincuenta y dos años, más que las pirámides. El velocirraptor había estado muerto durante mucho tiempo.

—No tiene la apariencia de ser muy temible —opinó uno de los muchachos.

—No lo era —dijo Grant—. No hasta que creciera, al menos.

Era probable que ese bebé se hubiera alimentado de carroña, comiendo de los cadáveres de presas muertas por los adultos, después de que los animales grandes se hubieran saciado, y que se complacieran en tenderse al sol. Los carnívoros podían consumir tanto como el veinticinco por ciento de su peso corporal en una sola comida, y eso les dejaba luego somnolientos. Los bebés juguetearían y gatearían sobre los cuerpos indulgentes, adormecidos, de los adultos, y pellizcarían bocaditos del animal muerto. Los bebés probablemente eran animales bonitos.

Pero un velocirraptor adulto era algo por completo diferente. Kilogramo por kilogramo, el velocirraptor fue el dinosaurio más depredador de los que existieron. Aunque relativamente pequeño, unos noventa kilogramos, el tamaño de un leopardo, el velocirraptor era rápido, inteligente y valiente, capaz de atacar con mandíbulas afiladas, antebrazos dotados de garras poderosas y la devastadora garra única de la pata.

Esos animales cazaban en manadas, y Grant pensaba que debió de haber sido todo un espectáculo ver una docena de velocirraptores corriendo a toda velocidad, saltando sobre el lomo de un dinosaurio mucho más grande, despedazando el cuello y cortando, como con un cuchillo, a la altura de las costillas y del vientre…

—Se nos acaba el tiempo —anunció Ellie, devolviéndole a la realidad.

Grant dio instrucciones para hacer la zanja. Por la imagen que les daba el ordenador, sabían que el esqueleto yacía en una zona relativamente limitada, una zanja que rodeara un cuadrado de dos metros sería suficiente. Mientras tanto, Ellie dejó caer con fuerza la tela impermeable que cubría la ladera de la colina. Grant la ayudó a colocar las estacas finales.

—¿Cómo murió el bebé? —preguntó uno de los muchachos.

—Dudo que lo sepamos —repuso Grant—. La mortandad infantil en estado silvestre es alta. En los parques africanos alcanza el setenta por ciento entre algunos carnívoros. Pudo haber sido cualquier cosa: enfermedad, separación del grupo, cualquier cosa. O hasta pudo atacarle un adulto. Sabemos que estos animales cazaban en manada, pero no sabemos nada sobre su conducta social en un grupo.

Los alumnos asintieron con la cabeza. Todos habían estudiado conducta animal y sabían que, por ejemplo, cuando un nuevo macho se apoderaba de la jefatura de una manada de leones, lo primero que hacía era matar a todos los cachorros. Aparentemente, el motivo era de orden genético; el macho había

evolucionado para diseminar sus genes de la forma más amplia posible y, al matar los cachorros, ponía a todas las hembras en celo, para poder fecundarlas. También evitaba que las hembras perdieran el tiempo criando la prole de otro macho.

Quizá la manada de caza de los velocirraptores también estaba regida por un macho dominante. ¡Sabían tan poco sobre los dinosaurios!, pensaba Grant. Después de ciento cincuenta años de investigaciones y excavaciones por todo el mundo, todavía no sabían casi nada sobre cómo habían sido realmente.

—Tenemos que irnos —dijo Ellie—, si queremos llegar a Choteau a eso de las cinco.

Hammond

La secretaria de Gennaro entró presurosa con una maleta nueva. Todavía llevaba las etiquetas.

—Sabe, señor Gennaro —dijo la mujer con severidad—, cuando olvida hacer la maleta eso me hace pensar que en realidad no quiere hacer este viaje.

—Quizá tenga razón —dijo Gennaro—, me voy a perder el cumpleaños de mi hija.

El sábado era el cumpleaños de Amanda, y Elizabeth había invitado a veinticuatro gritones de cuatro años de edad para celebrarlo, así como a Sombrerito el Payaso y a un mago. Su esposa no se había mostrado feliz al enterarse de que Gennaro salía de la ciudad. Tampoco Amanda.

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he podido, dado el poco tiempo —dijo la secretaria—. Hay zapatillas de su número, shorts, camisas color caqui y las cosas de afeitarse. Un par de vaqueros y una camiseta, por si hace frío. El coche está abajo, para llevarle al aeropuerto. Tiene que irse ahora para alcanzar el vuelo.

La secretaria salió. Gennaro se fue caminando por el pasillo, arrancando las etiquetas de la maleta. Cuando pasó frente a la sala de conferencias, con las paredes íntegramente hechas de vidrio, Dan Ross dejó la mesa y salió:

—Que tenga buen viaje —dijo Ross—. Pero seamos muy claros en una sola cosa, no sé hasta qué punto es mala la situación en realidad, Donald, pero si hay algún problema en esa isla quiero que no deje piedra sobre piedra.

—Jesús, Dan… Estamos hablando de una gran inversión.

—No vacile. No piense en eso. Simplemente hágalo, ¿me entiende?

Gennaro asintió con la cabeza:

—Le entiendo, pero Hammond…

—¡A la mierda con Hammond! —dijo Ross.

—Querido muchacho, querido muchacho —dijo la familiar voz chirriante—. ¿Cómo le va, muchacho?

—Muy bien, señor —contestó Gennaro. Se reclinó en el asiento de cuero acolchado del reactor ***Gulfstream II***, mientras la máquina volaba hacia el Este, hacia las Rocosas.

—Ya no me llama —dijo Hammond, con tono de reproche—. Lo extrañé, Donald. ¿Cómo está su encantadora esposa?

—Está bien. Elizabeth está bien. Ahora tenemos una niña.

—Maravilloso, maravilloso. ¡Los niños son una delicia tan grande! A la suya le encantará nuestro nuevo parque de Costa Rica.

Gennaro había olvidado lo bajo que era Hammond. Instalado en el asiento, los pies no tocaban el suelo alfombrado; hacía oscilar las piernas cuando hablaba. En ese hombre había algo que impresionaba como infantil, aun cuando Hammond ahora debía de tener… ¿cuánto?, ¿setenta y cinco? ¿Setenta y seis? Algo así. Parecía más viejo de lo que Gennaro lo recordaba pero, claro, Gennaro no le había visto desde hacía casi cinco años. Desde los días en los que estaban buscando fondos para «InGen», los días a los que Gennaro solía llamar de la «Cartera del paquidermo».

Hammond era aparatoso, un histrión nato y, en 1983, tenía un elefante que llevaba consigo en una jaulita. El elefante medía veintitrés centímetros de alto y treinta de largo y estaba perfectamente formado, salvo por los colmillos, que estaban atrofiados. Hammond llevaba el elefante a las reuniones que se hacían para obtener fondos. Por lo común, Gennaro le llevaba a la sala de reunión con la jaula cubierta con una mantita, como si fuese un cubreteteras, y Hammond pronunciaba su discurso de siempre, en el que hablaba de las perspectivas para desarrollar lo que él denominaba «productos biológicos de consumo». Entonces, en el momento crucial, con un rápido movimiento, quitaba la manta para exponer el elefante. Y solicitaba el dinero.

El elefante siempre era un éxito tremendo. Su diminuto cuerpo, apenas más grande que el de un gato, era la promesa de maravillas inimaginables que habrían de salir del laboratorio de Norman Atherton, el genetista de Stanford socio de Hammond en esa nueva empresa.

Pero, cuando Hammond hablaba del elefante, dejaba mucho sin decir. Por ejemplo, que estaba iniciando una compañía dedicada a la ingeniería genética,

pero que al diminuto elefante no lo había obtenido siguiendo procedimiento genético alguno; Atherton se había limitado a tomar el embrión de un elefante enano y lo había criado en un útero artificial, con modificaciones hormonales. Eso, en sí mismo, era todo un logro, pero no lo que Hammond daba a entender que se había hecho. Atherton tampoco había conseguido otro elefante en miniatura, aunque lo había intentado. En primer lugar, todos los que veían el elefante querían uno. Algo más, el animalito era demasiado propenso a resfriarse, en especial durante el invierno. Los estornudos que llegaban a través de la trompita llenaban de pavor a Hammond. Y, en ocasiones, al elefante se le trababan los colmillos entre las barras de la jaula y bufaba, irritado, tratando de zafarse; a veces contraía infecciones alrededor de la línea de nacimiento de los colmillos. A Hammond siempre le preocupaba que su elefante muriera antes de que Atherton pudiera conseguir un sustituto.

A los potenciales inversores también les ocultaba el hecho de que la conducta del elefante había cambiado de modo esencial en el proceso de reducción de su tamaño al de una miniatura. El pequeño ser podía parecer un elefante, pero se comportaba como si fuera un roedor violento, de rápidos movimientos y pésimo carácter. Hammond se oponía a que la gente lo acariciara para que no hubiese dedos mordisqueados.

Y aunque hablaba, con aire de confianza, de siete mil millones de dólares en réditos anuales para 1993, su proyecto era ampliamente especulativo. Hammond tenía visión y entusiasmo, pero no había certeza alguna de que su plan funcionara. En especial desde que Norman Atherton, el cerebro que movía el proyecto, contrajo un cáncer terminal, lo que constituía una cuestión definitiva que Hammond olvidaba mencionar.

Pero, al final, con ayuda de Gennaro, Hammond consiguió su dinero. Entre setiembre de 1983 y noviembre de 1985, John Alfred Hammond y su «Cartera del paquidermo» obtuvieron ochocientos setenta millones de dólares en capital, para financiar la sociedad anónima que se proponía, «International Genetic Technologies, Inc». Y podrían haber obtenido más, de no ser porque Hammond insistía en el secreto absoluto y no ofrecía dividendos hasta pasados cinco años, por lo menos. Eso ahuyentó a muchos inversores. Al final tuvieron que aceptar consorcios mayoritariamente japoneses; los japoneses eran los únicos que tenían paciencia.

Sentado en el asiento de cuero del reactor, Gennaro pensaba en lo evasivo que era Hammond. El anciano era resbaladizo. Ahora estaba pasando por alto el hecho de que el estudio jurídico de Gennaro le había forzado a realizar ese viaje; en cambio, Hammond se comportaba como si aquello fuese una salida de índole puramente social:

—Qué lástima que no haya traído a su familia con usted, Donald —dijo.

Gennaro se encogió de hombros:

—Es el cumpleaños de mi hija. Veinte chicos invitados. La fiesta y el payaso. Ya sabe cómo son esas cosas.

—Oh, entiendo —dijo Hammond—. Los niños ponen el corazón en lo que hacen.

—Sea como fuere, ¿está el parque listo para recibir visitantes? —preguntó Gennaro.

—Bueno, no oficialmente. Pero el hotel está construido, así que hay un sitio en el que estar…

—¿Y los animales?

—Por supuesto, todos los animales están allí. Todos en sus espacios.

—Recuerdo que, en la propuesta originaria, usted tenía la esperanza de contar con un total de doce…

—Ah, hemos sobrepasado con mucho esa cantidad. Contamos con doscientos treinta y ocho animales, Donald.

—¿Doscientos treinta y ocho?

El anciano lanzó una risita chirriante, complacido por la reacción de Gennaro:

—No se lo puede imaginar. Tenemos ***manadas***.

—Doscientos treinta y ocho… ¿Cuántas especies?

—Quince especies diferentes, Donald.

—Es increíble —dijo Gennaro—. Es fantástico. ¿Y qué hay de todas las demás cosas que usted quería? ¿Las instalaciones? ¿Los ordenadores?

—Todo eso, todo eso —dijo Hammond—. Todo lo que hay en esa isla representa lo más avanzado de la tecnología actual. Lo verá por sí mismo, Donald. Es perfectamente maravilloso. Ésa es la razón de que esta… ***empresa***… esté tan a trasmano. Con la isla no existe problema alguno.

—Entonces, una inspección no debería suponer problema alguno —dijo Gennaro.

—Y no lo hay. Pero retrasa las cosas. Todo se tiene que detener por la visita

oficial…

—Usted ya tuvo retrasos, de todos modos. Pospuso la inauguración.

—Ah, eso. —Hammond tironeó del pañuelo rojo de seda que asomaba por el bolsillo superior de su chaqueta deportiva—. Era inevitable que pasara. Inevitable.

—¿Por qué?

—Bueno, Donald, para explicar eso hay que volver atrás, a la idea inicial que teníamos del centro de recreo. La idea que les vendimos juntos, usted y yo, a los inversores.

Usted está en esto conmigo, era lo que Hammond estaba diciendo. Gennaro se removió en su asiento.

—La idea que usted posteriormente puso en práctica según su propio y exclusivo criterio —le dijo con una sonrisa.

—La idea del parque de diversiones más avanzado del mundo —repuso Hammond—. En el que se combinan la última palabra en las tecnologías electrónica y biológica. ¿Qué es lo que falta por hacer en un parque así? Todos tienen viajes en cochecitos. Connie Island tiene viajes en cochecitos. Y hoy en día todos tienen ambientes con animación proporcionada por robots electrónicos: la casa encantada, la guarida de los piratas, el salvaje Oeste, el terremoto… todo el mundo tiene esas cosas. Así que nos propusimos crear atracciones biológicas. Atracciones ***vivientes***. Atracciones tan asombrosas que habrían de atrapar la imaginación del mundo entero.

Gennaro tuvo que sonreír. Era casi el mismo discurso, palabra por palabra, que Hammond había utilizado con los inversores, tantos años atrás:

—Y nunca podemos olvidar el objetivo que, en última instancia, tiene el proyecto de Costa Rica: producir dinero —continuó Hammond, mirando con fijeza a través de las ventanillas del avión—, montones y montones de dinero.

—Lo recuerdo —dijo Gennaro.

—Y el secreto para hacer dinero con un parque de diversiones —dijo Hammond— consiste en limitar los costos de personal: los encargados de alimentar a los animales, las taquilleras, las cuadrillas de limpieza, las de reparaciones. Hacer un parque que funcione con una cantidad mínima de personal. Ésa es la causa de que hayamos invertido en toda esa tecnología de procesamiento de datos, para automatizar todo lo que pudiéramos.

—Recuerdo…

—Pero el hecho liso y llano es que, cuando se ponen juntos todos los

animales y todos los sistemas de procesamiento electrónico de datos, uno topa con dificultades inesperadas. ¿Quién consiguió que un sistema importante de procesamiento de datos se encendiera y funcionara a tiempo? Nadie que yo conozca.

—¿Así que sólo tuvo los retrasos normales de arranque del equipo?

—Sí, así es. Retrasos normales.

—Me enteré de que se produjeron accidentes durante la construcción —dijo Gennaro—. Algunos obreros murieron… —Se encogió ligeramente de hombros.

—Sí, hubo varios accidentes y un total de tres muertos. Dos obreros murieron construyendo la carretera del acantilado. Otro murió como consecuencia de un accidente con una retroexcavadora, en enero. Pero desde entonces no hemos tenido accidentes. —Puso su mano sobre el brazo de Gennaro—. Donald —dijo—, créame cuando le digo que en la isla todo marcha según lo planeado. En la isla, todo va perfectamente bien.

El intercomunicador chasqueó. El piloto dijo:

—Los cinturones, por favor. Estamos aterrizando en Choteau.

Choteau

Planicies áridas se extendían hacia distantes oteros negros. El viento de la tarde arrastraba polvo y hierbas sobre el hormigón resquebrajado. Grant estaba en pie con Ellie cerca del jeep, esperando mientras el lustroso reactor «Grumman» describía círculos para aterrizar.

—Odio estar de pie como un camarero lustroso esperando la llegada de los ricos —gruñó Grant.

Ellie se encogió de hombros:

—Es parte del trabajo.

Aunque muchos campos de la ciencia, como la Física y la Química, recibían ahora fondos federales, la Paleontología seguía dependiendo en gran parte de los patrocinadores privados. De modo absolutamente independiente de su propia curiosidad en cuanto a la isla, Grant entendió que, si John Hammond le pedía ayuda, él se la daría. Así era como funcionaba el mecenazgo… así era como siempre había funcionado.

El pequeño reactor aterrizó y rodó con rapidez hacia ellos. Ellie cargó su bolsa al hombro. El avión se detuvo y una azafata vestida con uniforme azul abrió la portezuela.

Una vez en el interior, Grant se sorprendió por lo reducido del espacio, a pesar del lujoso equipamiento. Tuvo que inclinarse mucho cuando fue a estrechar la mano de Hammond:

—Doctores Grant y Sattler —dijo Hammond—, son muy amables por haberse unido a nosotros. Permítanme que les presente a mi socio, Donald Gennaro.

Gennaro era un hombre robusto y fornido que andaba por los treinta y cinco años de edad, vestía un traje de Armani y llevaba gafas con montura de metal. A

Grant le disgustó en cuanto le vio. Le estrechó la mano con rapidez. Cuando lo hizo Ellie, Gennaro dijo, sorprendido:

—Usted es una mujer.

—Estas cosas suelen ocurrir —repuso Ellie, y Grant pensó: «A ella tampoco le gusta».

Hammond se volvió hacia Gennaro:

—Usted sabe, por supuesto, quiénes son el doctor Grant y la doctora Sattler. Son paleontólogos. Desentierran dinosaurios. —Y entonces se echó a reír, como si encontrara la idea muy graciosa.

—Ocupen sus asientos, por favor —dijo la azafata, cerrando la portezuela. De inmediato, el avión empezó a moverse.

—Tendrán que disculparnos —explicó Hammond—, pero estamos un tanto apurados. Donald cree que es importante que lleguemos allá enseguida.

El piloto anunció un tiempo de vuelo de cuatro horas hasta Dallas, donde se reabastecerían de combustible y, después, seguirían hasta Costa Rica, donde llegarían a la mañana siguiente.

—¿Y cuánto tiempo estaremos en Costa Rica? —preguntó Grant.

—Bueno, eso realmente depende —dijo Gennaro—. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—Acepte mi palabra —añadió Hammond, volviéndose a Grant—; no estaremos más que cuarenta y ocho horas.

Grant se abrochó el cinturón de seguridad:

—Esta isla suya a la que nos dirigimos… nunca oí hablar de ella. ¿Es una especie de secreto?

—En cierto sentido —contestó Hammond—. Hemos sido sumamente cuidadosos asegurándonos de que nadie sepa nada de ella hasta el día en el que, finalmente, la inauguraremos ante un público sorprendido y encantado.

Blanco de la oportunidad

La «Biosyn Corporation» de Cupertino, California, nunca había convocado una reunión de emergencia de su junta directiva.

Los diez directores ahora sentados en la sala de conferencias estaban irritables e impacientes. Eran las ocho de la noche. Habían estado hablando entre sí durante los diez últimos minutos, pero lentamente se habían ido quedando en silencio. Revisando papeles. Mirando sus relojes de manera significativa.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó uno de ellos.

—Uno más —dijo Lewis Dodgson—. Necesitamos uno más.

Echó un vistazo a su reloj. La oficina de Ron Meyer había dicho que llegaba en el avión de las seis, proveniente de San Diego. Para estos momentos debería estar aquí, incluso tomando en cuenta el tráfico que venía desde el aeropuerto.

—¿Se necesita quórum? —preguntó otro director.

—Sí —contestó Dodgson—. Lo necesitamos.

Eso le hizo callar durante unos instantes. Quórum significaba que se les iba a pedir que tomaran una decisión importante. Y Dios sabe qué les iban a pedir que la tomaran, aunque Dodgson hubiese preferido no convocar la reunión en absoluto. Pero Steingarten, el presidente de «Biosyn», se había mostrado inflexible:

—Tendrás que contar con su aprobación para esto, Lew —declaró.

Según quién fuese la persona consultada, Lewis Dodgson era famoso por ser el genetista más emprendedor de su generación, o el más imprudente. De treinta y cuatro años de edad, con la calvicie incipiente, rostro aguileño y vehemente, John Hopkins le había despedido, siendo licenciado en Biología, por haber planeado un tratamiento genético en pacientes humanos sin haber obtenido los protocolos adecuados de la FDA. Contratado por «Biosyn», condujo el

controvertido ensayo de la vacuna para la rabia, en Chile. Ahora estaba a cargo de la sección de desarrollo de productos de «Biosyn» lo que, presuntamente, consistía en hacer «ingeniería retrospectiva»: tomar el producto de un competidor, desmenuzarlo, aprender cómo funcionaba y, después, elaborar la versión «Biosyn». En la práctica, eso entrañaba hacer espionaje industrial, mucho del cual estaba dirigido contra la compañía «InGen».

Las compañías de ingeniería genética más grandes de Norteamérica, como «Genentech» y «Cetus», se habían iniciado en la década de 1970 para elaborar productos farmacéuticos. Pero, en la década de 1980, algunas empresas pequeñas habían comenzado con otros fines: «Biogen» y «Genrac» estaban elaborando semillas y cosechas resistentes a las plagas, para la agricultura. «Techlog» y «Algol» hacían componentes para un bioordenador compuesto de tejido vivo. E «InGen» y «Biosyn» estaban desarrollando lo que se denominaba «productos biológicos para consumo».

Los productos biológicos para consumo eran el equivalente de los productos electrónicos para consumo. En la década de 1980, unas pocas compañías dedicadas a la ingeniería genética habían empezado a preguntarse:

—¿Cuál es el equivalente biológico del ***Walkman*** de Sony?

Esas compañías no estaban interesadas ni por fármacos ni por la salud sino por los entretenimientos, los deportes, las actividades del tiempo libre, los cosméticos y las mascotas. Se habían dado cuenta de que la demanda que habría de productos biológicos de consumo en la década de 1990 sería elevada.

«Biosyn» ya había tenido algún éxito al producir una nueva trucha de color claro, mediante un contrato establecido con el Departamento de Caza y Pesca del Estado de Idaho. Esa trucha era de más fácil localización en los cursos de agua y se decía que representaba un paso adelante en la pesca con caña. (Por lo menos, eliminó las quejas que se le hacían al Departamento de Caza y Pesca, relativas a que no había truchas en los ríos). El hecho de que, en ocasiones, muriese quemada por el sol y que su pálida carne fuese pastosa e insípida fue algo de lo que ni se habló. «Biosyn» todavía estaba trabajando en esos aspectos, y…

La puerta se abrió y Don Meyer entró en la sala, deslizándose en un asiento. Ahora Dodgson ya tenía su quórum. Se puso en pie de inmediato.

—Señores —anunció—, nos encontramos aquí esta noche para examinar un blanco de oportunidad: «InGen».

Dodgson repasó rápidamente los antecedentes: la iniciación de «InGen» en 1983, con inversores japoneses. La adquisición de tres superordenadores «Cray

XMP». La adquisición de Isla Nubla, en Costa Rica. La acumulación de ámbar. Las inusitadas donaciones a los zoológicos de todo el mundo, desde la Sociedad Zoológica de Nueva York hasta el Parque de Vida Silvestre de Ranthapur, de la India.

—A pesar de todos estos indicios —dijo Dodgson—, todavía no teníamos la menor idea de hacia dónde podría estar dirigiéndose «InGen». Era obvio que la compañía se dedicaba a los animales, y que habían contratado investigadores cuyo campo de acción era el pasado: paleobiólogos, filogenetistas del ADN, y otros por el estilo. La utilización de una ingente potencia para el procesamiento de datos, y el interés de «InGen» por los zoológicos, nos llevó a pensar en algunas atrevidas posibilidades.

Entonces, en 1987, «InGen» compró una compañía desconocida llamada «Millipore Plastic Products», situada en Nashville, Tennessee. Esta compañía trabajaba en el ramo de los productos agrícolas y en época reciente había patentado un plástico nuevo que presentaba las características de la cáscara de un huevo de pájaro. A este plástico se le podía dar la forma de un huevo y se podía usar para desarrollar embriones de pollo. A partir del año siguiente, «InGen» acaparó toda la producción de plástico miliporoso para su propio uso.

—Doctor Dodgson, todo esto es muy interesante…

—Al mismo tiempo —prosiguió Dodgson— se iniciaron construcciones en la Isla Nubla. Éstas entrañaron el movimiento de enormes cantidades de tierra, entre las que figuraban un lago de poca profundidad y tres kilómetros de largo, en el centro de la isla. Los planos correspondientes a instalaciones de recreo se dieron a conocer con un elevado grado de reserva, pero pudimos conseguir algunos detalles. Parece ser que «InGen» construyó un zoológico de grandes dimensiones en la isla.

Uno de los directores se inclinó hacia delante y dijo:

—Doctor Dodgson, ¿y con eso, qué?

—No es un zoológico común y corriente —dijo Dodgson—. Este zoológico es único en todo el mundo. Parece ser que «InGen» hizo algo bastante extraordinario; se las arreglaron para clonar animales extintos del pasado.

—¿Qué animales?

—Animales que salen de huevos y necesitan mucho lugar en un zoológico.

—¿Qué animales?

—Dinosaurios. Están haciendo clones de dinosaurios.

La consternación que siguió a esas palabras estuvo completamente fuera de

lugar, en opinión de Dodgson. El problema de los hombres que manejan dinero es que no sabían comportarse; habían invertido en un campo, pero no sabían qué era posible hacer.

De hecho, ya en 1982 había habido discusiones técnicas sobre la clonación de dinosaurios. Cada año que pasaba, la manipulación del ADN se hacía más fácil. Ya se había extraído material genético de momias egipcias, así como del cuero de una cuaga, animal africano parecido a la cebra, extinguido en la década de 1880. Para 1985 parecía posible que el ADN de la cuaga se pudiera reconstruir y hacer que creciera un nuevo animal. De ser así, habría sido el primer ser vivo recuperado de la extinción merced, exclusivamente, a la reconstrucción de su ADN. Si eso era posible, ¿qué otras cosas lo eran? ¿El mastodonte? ¿El tigre de dientes de sable? ¿El dodo?

¿O hasta un dinosaurio?

Por supuesto, no se sabe que exista ADN de dinosaurio en parte alguna del mundo. Pero, al moler grandes cantidades de huesos de dinosaurio podría ser posible extraer fragmentos de ADN. Antaño se pensaba que la fosilización eliminaba todo el ADN. Ahora se admitía que eso no era cierto. Y si se recuperaban suficientes fragmentos de ADN, quizá fuese posible obtener, por clonación, un animal vivo.

Allá por 1982 los problemas técnicos habían parecido desalentadores. Pero la teoría no mostraba obstáculos. Hacerlo resultaba simplemente difícil, costoso y era improbable que funcionara. Pero era posible, si alguien tenía interés en intentarlo.

Aparentemente, «InGen» había decidido intentarlo.

—Lo que han hecho —dijo Dodgson— ha sido construir la más grande atracción turística, concentrada en un solo sitio, de la historia del mundo. Como ya saben, los zoológicos gozan de suma popularidad: el año pasado fue mayor la cantidad de norteamericanos que visitaron zoológicos que la cantidad de los que fueron a todos los juegos profesionales de béisbol y rugby juntos. Y a los japoneses les encantan los zoológicos; hay cincuenta en Japón y se están construyendo más. Y, por este zoológico, «InGen» puede cobrar lo que quiera. Dos mil dólares por día, diez mil dólares por día… —Hizo una pausa—. Y después está la cuestión de la ***comercialización derivada***: los libros, las camisetas, los videojuegos, las gorras, los muñecos de paño, las revistas de historietas y las mascotas.

—¿Mascotas?

—Claro. Si «InGen» puede hacer dinosaurios de tamaño real, también los puede hacer de tamaño pigmeo, para que sirvan como mascotas domésticas. ¿Qué niño no querría un dinosaurio pequeño como mascota? Un animalito patentado de propiedad exclusiva del niño. «InGen» vendería millones. E «InGen» los elaboraría genéticamente de manera que esas mascotas únicamente comieran alimento para dinosaurios elaborado por «InGen»…

—¡Jesús! —exclamó alguien.

—Exactamente —acotó Dodgson—. El zoológico es la parte central de una enorme empresa.

—¿Dijo usted que esos dinosaurios estarán patentados?

—Sí. Ahora los animales creados por ingeniería genética se pueden patentar. El Tribunal Supremo falló al respecto en favor de Harvard, en 1987. «InGen» será propietaria de los dinosaurios y, legalmente, nadie más los puede elaborar.

—¿Qué nos impide crear nuestros propios dinosaurios? —preguntó alguien.

—Nada, salvo que ellos nos llevan una delantera de cinco años. Será casi imposible ponerse a la par antes de fin de siglo.

Hizo una pausa, y prosiguió:

—Naturalmente, si pudiéramos conseguir muestras de sus dinosaurios, podríamos analizarlos mediante nuestra ingeniería retrospectiva y hacer los nuestros propios, con suficientes modificaciones en el ADN como para evitar las patentes de «InGen».

—¿Podemos conseguir ejemplos de sus dinosaurios?

Dodgson se detuvo un instante, y después asintió:

—Yo creo que podemos, sí.

Alguien se aclaró la garganta:

—No habrá nada ilegal en ello…

—¡Oh, no! —se apresuró a afirmar Dodgson—. Nada ilegal. Estoy hablando de una legítima fuente de su ADN: un empleado disgustado, o algunos desperdicios eliminados de manera inadecuada, o algo por el estilo.

—¿Tiene usted una fuente legítima, doctor Dodgson?

—La tengo. Pero temo que hay cierta urgencia en cuanto a la decisión, porque «InGen» está experimentando una pequeña crisis, y mi fuente tendrá que actuar dentro de las veinticuatro próximas horas.

Un prolongado silencio cayó sobre la sala. Los hombres miraron a la secretaria, que tomaba notas, y al grabador colocado sobre la mesa que estaba frente a ella.

—No veo la necesidad de llegar a una resolución formal respecto de esto —prosiguió—. Nada más que lo que siente la sala, en el sentido de si ustedes opinan que debo seguir adelante…

Con lentitud, las cabezas se movieron en señal de aprobación.

—Gracias por venir, señores —concluyó—. A partir de este momento me hago cargo yo.

Aeropuerto

Lewis Dodgson entró en la cafetería del edificio de salidas del aeropuerto de San Francisco, y miró alrededor con rapidez. Su hombre ya estaba allá, esperando junto al mostrador. Dodgson se sentó a su lado y colocó el maletín en el piso, entre los dos.

—Llega tarde, amigo —dijo el hombre. Miró el sombrero de paja que llevaba Dodgson y rio—. ¿Qué es eso, un disfraz?

—Uno nunca sabe —dijo Dodgson, reprimiendo la ira. Durante seis meses, Dodgson había estado cultivando pacientemente a ese hombre, que se hacía más odioso y arrogante en cada entrevista. Pero no podía hacer nada al respecto; los dos sabían con exactitud cuáles eran las apuestas.

El ADN reconstituido por bioingeniería era el material más valioso del mundo. Una sola bacteria microscópica, demasiado pequeña como para verla a simple vista, pero que contuviera los genes de una enzima contra los ataques cardíacos, la estreptoquinasa, los genes de «hielo-menos», que evitaba los daños que la helada producía en las cosechas, podría valer cinco mil millones de dólares para el comprador adecuado.

Y eso había creado un extraño mundo nuevo de espionaje industrial. Dodgson era especialmente diestro en esa actividad: en 1987 convenció a una genetista, descontenta con «Cetus», para que se pasase a «Biosyn» y se llevara consigo cinco cepas de bacterias reconstruidas por bioingeniería. La genetista, sencillamente, se puso una gota de cada una en las uñas de una mano y salió caminando por la puerta.

Pero «InGen» planteaba un desafío más duro. Dodgson quería algo más que un ADN bacteriano, quería embriones congelados, y sabía que «InGen» protegía los embriones con las medidas de seguridad más complejas. Para conseguirlos

necesitaba un empleado de «InGen» que tuviera acceso a los embriones, que estuviera dispuesto a robarlos y que pudiera burlar la seguridad. Una persona así no era fácil encontrarla.

Finalmente, a principios de año, Dodgson localizó a un empleado de «InGen» sobornable. Si bien no tenía acceso al material genético, Dodgson mantuvo el contacto, reuniéndose con él todos los meses, en «Carlos and Charlie's», en el Silicon Valley, ayudándole en pequeñeces. Y ahora que «InGen» estaba invitando a contratistas y asesores para visitar la isla, era el momento que Dodgson había estado esperando… porque significaba que su hombre tendría acceso a los embriones.

—Vayamos al grano —dijo éste—. Faltan diez minutos para que salga mi vuelo.

—¿Quiere repasarlo todo otra vez? —preguntó Dodgson.

—¡Demonios, no, doctor Dodgson! Quiero ver el maldito dinero.

Con rápido movimiento, Dodgson descorrió el cerrojo del maletín y lo abrió unos pocos centímetros. El hombre echó un vistazo con aire indiferente, y preguntó:

—¿Está todo?

—La mitad, setecientos mil dólares.

—Bien. Excelente. —Volvió la cabeza y bebió su café—. Está muy bien, doctor Dodgson.

Dodgson, con rapidez, echó el cerrojo al maletín y dijo:

—Eso es por las quince especies, ya sabe.

—Lo recuerdo. Quince especies, embriones congelados. ¿Y cómo los voy a transportar?

Dodgson le alcanzó un tubo grande de crema de afeitar «Gillette Foamy».

—¿Es esto?

—Es esto.

—Pueden revisar mi equipaje…

Dodgson se encogió de hombros.

—Apriete la parte de arriba.

El hombre lo hizo y una leve bola de crema de afeitar blanca le cayó en la mano.

—No está mal. —Se limpió la espuma en el borde del plato, y repitió—: No está mal.

—El tubo es un poco más pesado que el normal, eso es todo. —El equipo

técnico de Dodgson lo había estado montando durante los dos últimos días, trabajando contra reloj. Rápidamente, le mostró al hombre cómo funcionaba.

—¿Cuánto gas refrigerante hay en el interior?

—El suficiente para treinta y seis horas. Los embriones tienen que estar de vuelta en San José para ese momento.

—Eso depende del tipo suyo que vaya en la lancha —dijo el hombre—. Mejor será que se asegure de que tenga un refrigerador portátil a bordo.

—Lo haré —dijo Dodgson.

—Y hagamos un repaso de la subasta…

—El trato es el mismo —dijo Dodgson—. Cincuenta mil al entregar cada embrión. Si son viables, cincuenta mil adicionales por cada uno.

—Está bien. Pero asegúrese de tener la lancha esperando en el muelle este de la isla, el viernes por la noche. No el muelle norte, al que llegan los grandes barcos de suministros. El este; es un pequeño muelle auxiliar. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido. ¿Cuándo volverá usted a San José?

—Es probable que el domingo. —El hombre se separó del mostrador.

Dodgson se inquietó:

—¿Está seguro de saber cómo se opera el…?

—Lo sé. Créame, lo sé.

—También creemos que la isla mantiene contacto constante por radio con la casa matriz de «InGen» en California, de modo que…

—Mire, tengo ese aspecto cubierto. Limítese a descansar y a tener el dinero listo. Lo quiero todo el domingo por la mañana, en el aeropuerto de San José, en efectivo.

—Le estaré esperando. No se preocupe —aseguró Dodgson.

Malcolm

Poco antes de medianoche subió al avión en el aeropuerto de Dallas un hombre alto, delgado, con calvicie incipiente, de treinta y cinco años de edad y vestido de negro de pies a cabeza: camisa negra, pantalones negros, calcetines negros, calzado negro.

—Ah, doctor Malcolm —saludó Hammond, sonriendo con forzada afabilidad.

Malcolm sonrió ampliamente, mostrando los dientes:

—Hola, John. Sí, temo que su antigua Némesis está aquí.

Malcolm estrechó las manos de todos, al tiempo que decía con rapidez:

—Ian Malcolm, ¿cómo está usted? Me dedico a las matemáticas.

A Grant le dio la impresión de que estaba más divertido por el paseo que por cualquier otra cosa.

Por supuesto que Grant reconoció el nombre. Ian Malcolm era uno de los más famosos de la nueva generación de matemáticos, que estaba abiertamente interesada en «cómo funciona el mundo real». Estos eruditos habían roto con la enclaustrada tradición de la matemática en varios sentidos importantes: ante todo, utilizaban ordenadores en forma constante, práctica que los matemáticos tradicionales no aprobaban. Después, trabajaban, de modo casi exclusivo, con ecuaciones no lineales, en el emergente campo al que se conocía, en sentido amplio, como caos. En tercer lugar, parecían interesarse por que su matemática describiera algo que realmente existía en el mundo real. Y, por último, como para recalcar que habían salido del ámbito universitario al mundo, se vestían y hablaban con lo que un matemático de mayor edad denominaba «un deplorable exceso de personalidad». De hecho, a menudo se comportaban como estrellas del rock.

Malcolm se acomodó en uno de los asientos acolchados. La azafata le preguntó si deseaba una bebida, a lo que él replicó:

—«Coca Light», batida pero no agitada.

El aire húmedo de Dallas penetró por la portezuela abierta. Ellie preguntó:

—¿No hace un poco de calor, para ir vestido de negro?

—Es usted extremadamente bonita, doctora Sattler —contestó Malcolm—. Podría mirarle las piernas todo el día. Pero no, a decir verdad, el negro es, en realidad, lo mejor para el calor. Radiación eficiente. De todos modos, yo sólo uso dos colores, negro y gris.

Ellie tenía la vista clavada en él, boquiabierta.

—Estos colores son apropiados para toda ocasión —continuó Malcolm—, y van bien juntos, en el caso de que, por error, me pusiera un par de calcetines grises con pantalones negros.

—¿Pero no encuentra aburrido usar nada más dos colores?

—En absoluto. Lo encuentro liberador: creo que mi vida tiene valor, y no quiero malgastarla pensando en ropa —aseveró Malcolm—. No quiero pensar en ***lo que voy a usar por la mañana***. En verdad, ¿se puede imaginar algo más aburrido que la moda? Los deportes profesionales, quizá. Hombres grandes golpeando pelotitas, mientras el resto del mundo paga dinero por aplaudir. Pero, teniéndolo todo en cuenta, encuentro que la moda es más tediosa que los deportes.

Ellie cerró la boca.

—El doctor Malcolm —explicó Hammond— es un hombre de firmes convicciones.

—Y loco de remate —dijo Malcolm de buena gana—, pero tiene que admitir que éstos son temas triviales. Vivimos en un mundo de aterradores ***descontados***: se da por descontado que una persona se comportará así, por descontado que le interesará aquello. Nadie piensa en los descontados. ¿No es sorprendente? En la sociedad de la información, nadie piensa. Esperábamos desterrar el papel pero, en realidad, desterramos el pensamiento.

Hammond se volvió hacia Gennaro y alzó las manos:

—Usted le invitó.

—Y fue una actitud afortunada también —dijo Malcolm—, porque la cosa pinta como si ustedes tuvieran un grave problema.

—Nosotros no tenemos problemas —repuso Hammond con rapidez.

—Siempre sostuve que esa isla sería impracticable —insistió Malcolm—. Lo

predije desde el comienzo. —Buscó dentro de un maletín de cuero blando, y agregó—: Y, para estos momentos, confío en que todos sepamos cuál habrá de ser el resultado final: usted tendrá que bajar el telón para siempre.

—¡Bajar el telón! —Hammond se puso de pie, con furia—. Eso es ridículo.

Malcolm se encogió de hombros, indiferente al arranque de cólera de Hammond:

—He traído copias de mi trabajo original, para que las vean —anunció—. El trabajo original de consultoría que hice para «InGen». La parte matemática es un tanto trabajosa, pero les puedo guiar a través de ella. ¿Se va ahora?

—Tengo algunas llamadas telefónicas que hacer —adujo Hammond, y entró en la cabina contigua.

—Bueno, es un largo vuelo —dijo Malcolm a los demás—. Por lo menos, mi trabajo les dará algo que hacer.

El avión volaba a través de la noche.

Grant sabía que Ian Malcolm tenía su cuota de detractores, y pudo entender por qué algunos encontraban que su estilo era demasiado abrasivo y sus aplicaciones de la teoría del caos demasiado verbosas. Grant hojeó el trabajo, limitándose a echar un vistazo a las ecuaciones; no se sentía con ánimos para luchar con la lectura del trabajo a esa hora.

Gennaro inquirió:

—¿Su trabajo llega a la conclusión de que la isla de Hammond está condenada al fracaso?

—Exacto.

—¿Debido a la teoría del caos?

—Exacto. Para ser más precisos, debido al comportamiento del sistema en el espacio de fase.

Gennaro frunció el entrecejo. Arrojó el trabajo a un costado y dijo:

—¿Puede explicarlo en lenguaje para legos?

—Claro. Veamos dónde tenemos que empezar. ¿Sabe qué es una ecuación no lineal?

—No.

—¿Atracadores extraños?

—No.

—Muy bien —dijo Malcolm—. Volvamos al comienzo. —Hizo una pausa,

clavando la vista en el techo—. La física tuvo un gran éxito en la descripción de ciertas clases de comportamiento: planetas en órbita, espacionaves yendo a la Luna, péndulos, resortes y bolas que ruedan, esa clase de cosas. El movimiento regular de los objetos. Estos movimientos se describen mediante lo que se denomina ecuaciones lineales, y los matemáticos pueden resolver esas ecuaciones fácilmente. Lo hemos estado haciendo durante centenares de años.

—De acuerdo —asintió Gennaro.

—Pero existe otra clase de comportamiento, que la física maneja mal. Por ejemplo, todo lo que tenga que ver con la turbulencia: el agua que sale de un surtidor, el aire que se desplaza sobre el ala de un avión, el clima, la sangre que fluye a través del corazón. Los sucesos turbulentos se describen mediante ecuaciones no lineales. Son difíciles de resolver… De hecho, habitualmente es imposible resolverlos. Así que la física nunca entendió toda esta clase de sucesos. Hasta hace unos diez años. La teoría que los describe se denomina ***teoría del caos***.

»En su origen, la teoría del caos surgió de los intentos por hacer modelos meteorológicos computarizados, en la década de 1960. El clima es un sistema grande y complicado; específicamente la atmósfera de la Tierra cuando interactúa con las masas continentales y el mar, y con el Sol. El comportamiento de este sistema grande y complicado siempre desafía el entendimiento. Así que, como es natural, no podemos predecir el clima. Pero lo que los primeros investigadores aprendieron de los modelos de ordenador fue que, aunque se pudiera entender aquel sistema, seguiría siendo imposible predecirlo. La predicción del clima es absolutamente imposible. El motivo es que el comportamiento del sistema depende mucho de las condiciones iniciales.

—Me he perdido —dijo Gennaro.

—Si uso un cañón para disparar un proyectil de cierto peso, a cierta velocidad y con un cierto ángulo de inclinación, y si después disparo un segundo proyectil con peso, velocidad y ángulo casi iguales, ¿qué ocurre?

—Los dos proyectiles caerán casi en el mismo punto.

—Así es. Eso es dinámica lineal.

—Entendido.

—Pero si tengo un sistema meteorológico en el que empiezo con una cierta temperatura, y una cierta velocidad del viento y una cierta humedad, y si después lo repito casi con las mismas temperatura, viento y humedad, el segundo sistema no se comportará casi igual, se desviará y rápidamente se hará muy diferente del

primero; tormentas de truenos en vez de sol. Eso es dinámica no lineal. Es sensible a las condiciones iniciales: diferencias diminutas resultan amplificadas.

—Creo que ya lo entiendo.

—Un resumen de todo esto es el «efecto mariposa»: una mariposa bate sus alas en Pekín, y las condiciones meteorológicas de Nueva York son diferentes.

—¿Así que todo el caos no es más que aleatorio e impredecible? ¿Es eso todo?

—No. Dentro de la compleja variedad de comportamiento de un sistema, realmente encontramos regularidades ocultas. Ése es el motivo de que, ahora, la del caos se haya convertido en una teoría muy amplia que se usa para estudiarlo todo, desde la Bolsa hasta multitudes que producen tumultos, pasando por las ondas cerebrales durante la epilepsia. Cualquier sistema complejo en el que haya confusión y que sea imposible predecir. Podemos hallar un orden subyacente. ¿Está claro?

—Sí. Pero ¿cuál es ese orden subyacente?

—Está caracterizado, en esencia, por el movimiento del sistema dentro del espacio de fase.

—Dios mío —se quejó Gennaro—. Todo lo que quiero saber es por qué piensa usted que la isla de Hammond no puede funcionar.

—Entiendo. Ya llego a eso. La teoría del caos dice dos cosas: primero, que los sistemas complejos, como el clima, tienen un orden subyacente. Segundo, la inversa de eso, que sistemas simples pueden producir un comportamiento complejo. Por ejemplo, las bolas de billar.

Gennaro asintió con la cabeza.

—Se golpea una bola de billar y empieza a rebotar contra las bandas de la mesa. En teoría, éste es un sistema bastante simple, casi un sistema newtoniano. Puesto que se puede conocer la fuerza que se le dio a la bola y la masa de la bola, y se pueden calcular los ángulos según los cuales la bola golpeará las bandas, se puede predecir el comportamiento futuro de la bola para hacer que se detenga. En teoría, se podría predecir el comportamiento de la bola para un futuro muy lejano, mientras sigue rebotando de un lado a otro. Se podría predecir dónde va a terminar dentro de las tres próximas horas, en teoría.

—Bien.

—Pero, de hecho —añadió Malcolm—, no se pueden predecir más que unos pocos segundos. Porque casi de inmediato efectos muy pequeños, imperfecciones en la superficie de la bola, diminutas hendiduras en la madera de

la mesa, empiezan a marcar la diferencia. Y no hace falta mucho tiempo para que esos efectos acaben con los cuidadosos cálculos que se hayan hecho. Así que resulta que ese sistema simple, formado por una bola de billar sobre una mesa, tiene un comportamiento impredecible.

—Comprendido.

—Y el proyecto de Hammond es otro sistema aparentemente simple, animales dentro de un ambiente de jardín zoológico que, al final, exhibirá un comportamiento impredecible.

—Usted sabe esto debido a…

—La teoría —dijo Malcolm.

—¿Pero no sería mejor que viera la isla, para comprobar qué es lo que se hizo en realidad?

—No; eso es del todo innecesario. Los detalles no importan. La teoría me dice que la isla pronto empezará a comportarse de manera impredecible.

—Y usted confía en su teoría.

—Oh, sí. Plenamente. —Se reclinó en el asiento—. Hay un problema en la isla: es un accidente que está esperando el momento de producirse.

Isla Nubla

Con un gemido, los rotores empezaron a oscilar describiendo círculos sobre el aparato, arrojando sombras sobre la pista del aeropuerto de San José. Grant escuchó el chasquido en sus auriculares cuando el piloto habló con la torre.

Habían recogido a otro pasajero en San José, un hombre llamado Dennis Nedry, que había volado hasta allí para encontrarse con ellos. Era gordo y desaliñado, estaba comiendo una barra de chocolate y tenía los dedos pegajosos y partículas de papel de aluminio en la camisa. Masculló algo respecto de los ordenadores en la isla, y no dio lugar a un apretón de manos.

A través de la burbuja de plexiglás, Grant observaba el hormigón del aeropuerto escabullírsele bajo los pies, y vio la sombra del helicóptero corriendo junto a ellos mientras viajaban hacia el Oeste, hacia las montañas.

—Es un viaje de alrededor de cuarenta minutos —informó Hammond, desde uno de los asientos posteriores.

Grant observó las colinas bajas elevarse y, después, se encontraron pasando a través de nubes intermitentes, para volver a irrumpir a la luz del sol. Las montañas eran abruptas, aunque le sorprendió el grado de deforestación; área tras área de colinas erosionadas, despojadas.

—Costa Rica —informó Hammond— tiene un mejor control de la población que otros países de América Central pero, aun así, la tierra está ferozmente deforestada. La mayor parte de esto tuvo lugar durante los diez últimos años.

Desde las nubes bajaron al otro lado de las montañas, y Grant vio las playas de la costa oeste. Pasaron velozmente sobre una pequeña aldea costera:

—Bahía Añasco —anunció el piloto—. Aldea pesquera. —Señaló hacia el Norte—. Subiendo la costa, allá, se ve la reserva de Cabo Blanco. Tienen hermosas playas.

El piloto enfiló directamente hacia el océano y se estabilizó sobre las aguas que primero se volvieron verdes y después de un aguamarina profundo. El sol brillaba sobre ellas. Eran alrededor de las diez de la mañana.

—Ahora sólo faltan unos minutos para que divisemos Isla Nubla —añadió Hammond y explicó que Isla Nubla no era una verdadera isla; en vez de eso era un guyot, una elevación volcánica de roca proveniente del lecho oceánico.

—Sus orígenes volcánicos se pueden ver por toda la isla —dijo—. Hay chimeneas para escape del vapor en muchos sitios y, a menudo, el suelo se siente caliente bajo los pies. Debido a eso, y también a las corrientes predominantes, Isla Nubla se encuentra en una región neblinosa. Cuando lleguemos ahí lo verán… Ah, ahí estamos.

El helicóptero aceleró su marcha, volando a ras del agua. En esa zona había una tenue neblina suspendida en el aire.

Frente a ellos, Grant vio una isla escabrosa y escarpada, que brotaba del océano abruptamente.

—¡Cristo, parece Alcatraz! —exclamó Malcolm.

Las boscosas laderas de la isla estaban coronadas de niebla, lo que le confería una apariencia misteriosa.

—Mucho más grande, claro —dijo Hammond—, trece kilómetros de largo y cinco de ancho, en su punto más amplio, en total, casi cincuenta y siete kilómetros cuadrados. Lo que la convierte en la reserva animal privada más grande de América del Norte.

El helicóptero empezó a subir y enfiló hacia el extremo norte de la isla. Grant estaba tratando de ver a través de la densa niebla.

—Por lo general, no es tan densa. —La voz de Hammond denotaba preocupación.

En el extremo norte de la isla estaban las colinas más altas, que se elevaban a más de seiscientos metros sobre el nivel del mar. La cumbre de las colinas estaba envuelta en niebla, pero Grant vio acantilados escarpados y el océano que se estrellaba contra ellos, allá abajo. El helicóptero ascendió por encima de las colinas.

—Lamentablemente, tenemos que aterrizar en la isla. No me gusta, porque eso perturba a los animales. Y a veces resulta un tanto estremecedor.

El piloto le interrumpió:

—Iniciamos nuestro descenso ahora. Sujétense, amigos.

El helicóptero empezó a bajar y, de inmediato, quedaron envueltos en la

niebla. A través de los auriculares, Grant oía un bip-bip electrónico, pero no veía nada en absoluto; después empezó a distinguir débilmente las ramas verdes de los pinos, que se extendían hacia ellos por entre la neblina. Algunas de las ramas estaban cerca. El helicóptero proseguía su descenso.

—¿Qué diablos está haciendo? —se inquietó Malcolm, pero nadie respondió.

El piloto desplazó su atenta mirada hacia la izquierda; después, hacia la derecha, observando el bosque de pinos. Los árboles seguían estando próximos. El helicóptero descendía con rapidez.

—Ciento cincuenta metros… Ciento veinte metros…

—¡Jesús! —exclamó Malcolm.

—Noventa metros… Sesenta metros…

El bip-bip era cada vez más intenso. Grant miró al piloto. Estaba concentrado.

—Treinta metros… Quince metros…

Grant echó un vistazo hacia abajo y vio una gigantesca cruz fluorescente por debajo de la burbuja de plexiglás, a sus pies. Había luces intermitentes en las esquinas de la cruz. El piloto hizo una leve corrección y tocó tierra en un helipuerto. El sonido de los rotores fue disminuyendo y murió.

Grant suspiró y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Tenemos que bajar deprisa, por allí —urgió Hammond—, debido al viento. A menudo hay fuertes vientos en esta cumbre y…, bueno, estamos a salvo.

Alguien corría hacia el helicóptero, un hombre con una gorra de béisbol y cabello rojo. Abrió la puerta de un empujón y dijo con alegría:

—Hola, soy Ed Regis. Bienvenidos a Isla Nubla. Y vigilen dónde pisan, por favor.

Un estrecho sendero formaba una espiral descendente alrededor de la colina. El aire era frío y húmedo. A medida que descendían, la neblina que los rodeaba se hacía menos espesa, y Grant pudo ver mejor el paisaje. Parecía más bien —pensaba— como el Noroeste del Pacífico, la Península Olímpica.

—La ecología primaria es bosque pluvial de caducifolias —explicó Ed Regis—. Bastante diferente de la vegetación de tierra firme, que es una pluviselva más clásica. Pero este es un microclima que sólo se produce en altura, sobre las laderas de las colinas del Norte. La mayor parte de la isla es tropical.

Bien abajo, podían ver los techos blancos de grandes edificios, acurrucados entre la vegetación. Grant estaba sorprendido: la construcción era compleja. Bajaron aún más, saliendo de la bruma, y entonces pudo ver toda la extensión de la isla, que se prolongaba hacia el sur. Tal como Hammond había dicho, estaba cubierta principalmente de un bosque lluvioso.

Hacia el Sur, elevándose sobre las palmeras, Grant vio un tronco solitario totalmente desprovisto de hojas, nada más que un tocón grande y curvado. Entonces, el tocón se movió y giró para hacer frente a los recién llegados. Grant se dio cuenta de que no estaba viendo un tronco en absoluto.

Estaba viendo el cuello garboso, encorvado, de un ser enorme, que se alzaba hasta una altura de quince metros.

Estaba viendo un dinosaurio.

Bienvenida

—Dios mío… —murmuró Ellie. Todos tenían la vista fija en el animal que sobresalía por encima de los árboles—. ***¡Dios mío!***

El primer pensamiento de la botánica fue que el dinosaurio era extraordinariamente hermoso. Los libros los representaban como seres de tamaño exagerado, rechonchos, pero ese animal de largo cuello tenía garbo, casi dignidad, en sus movimientos. Y era rápido, no había nada de tosco o torpe en su conducta. El saurópodo los atisbaba con expresión alerta y emitió un sonido bajo, como de trompeta, bastante parecido al barritar del elefante. Un instante después, una segunda cabeza se alzó sobre el follaje, y después una tercera, y una cuarta.

—¡Dios mío! —dijo Ellie otra vez.

Gennaro estaba sin habla. Todo el tiempo había sabido qué esperar, lo había sabido durante años pero, de algún modo, nunca creyó que ocurriría y ahora, enfrentado con la realidad, la impresión lo hizo enmudecer. La pasmosa potencia de la nueva tecnología genética, a la que, al principio, había considerado como pura palabrería de una sobrecargada propaganda comercial, súbitamente le resultó clara. ¡Esos animales eran tan grandes! ¡Eran enormes! ¡Grandes como una casa! ¡Y tantos de ellos! ¡Dinosaurios reales, mal rayo los parta! Y tan reales como uno quisiera.

Entonces pensó: «Vamos a hacer una fortuna con este lugar. Una re-maldita fortuna».

Rogaba a Dios que la isla fuera segura.

Grant se detuvo en el sendero que corría sobre la ladera de la colina, con la bruma en la cara, contemplando los grises cuellos estirados que sobresalían por encima de las palmeras. Se sintió mareado, como si el suelo estuviera bajando en una pendiente demasiado empinada. Tenía problemas para recuperar el aliento. Porque estaba viendo algo que nunca había esperado ver en su vida. Y, sin embargo, lo estaba viendo. Era un dinosaurio, y estaba vivo.

Aturdido, su mente catalogó con torpeza lo que estaba viendo: los animales que estaban en la bruma eran apatosaurios perfectos, saurópodos de tamaño mediano. Herbívoros de América del Norte, horizonte jurásico tardío. Comúnmente llamados «brontosaurios». Descubiertos, por vez primera, por E. D. Cope en Montana, en 1876. Especímenes relacionados con los estratos de formación de Morrison en Colorado, Utah y Oklahoma. Recientemente, Berman y McIntosh los habían vuelto a clasificar como ***Diplodocus***, sobre la base del aspecto del cráneo. Tradicionalmente se pensaba que el brontosaurus se pasaba la mayor parte del tiempo en agua poco profunda, lo que le ayudaría a sostener su gran volumen. Aunque resultaba claro que ese animal no estaba en el agua, se desplazaba de manera demasiado veloz, con la cabeza y el cuello moviéndose por encima de las palmeras de forma muy activa, de una forma sorprendentemente activa.

Grant empezó a reír.

—¿Qué pasa? —inquirió Hammond, preocupado—. ¿Algo anda mal?

Grant sólo negó con la cabeza, y siguió riendo. No les podía decir que lo que resultaba gracioso era que había visto al animal nada más que unos pocos segundos, pero ya había empezado a aceptarlo… y a utilizar sus observaciones para responder, en el terreno, antiguas preguntas.

Todavía estaba riendo, cuando vio un quinto, y un sexto cuello empinarse por encima de las palmeras. Los saurópodos observaban a la gente que llegaba. A Grant le hicieron pensar en jirafas sobredimensionadas: tenían la misma mirada simpática y bastante estúpida.

—Supongo que no son muñecos electrónicos —dijo Malcolm—. Parecen muy reales.

—Sí, por cierto que lo son —contestó Hammond—. Bueno, deben serlo, ¿no?

Desde la distancia volvieron a oír el trompeteo. Primero lo emitió uno de los animales, y después se le unieron los demás.

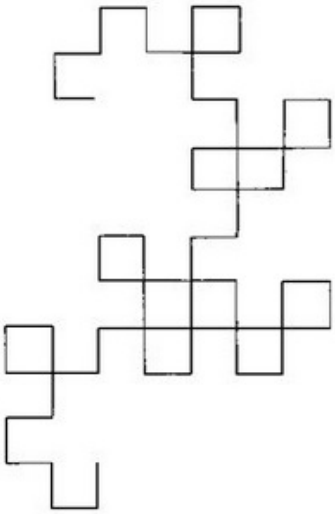
—Esa es su llamada —dijo Ed Regis—. Dándonos la bienvenida a la isla.

Grant se detuvo y escuchó un momento, fascinado.

—Es probable que ustedes quieran saber qué va a pasar después —estaba diciendo Hammond, mientras seguía bajando por el sendero—. Hemos organizado para ustedes una visita completa a las instalaciones, y un viaje para que vean a los dinosaurios en el parque más tarde, después del mediodía. Me reuniré con ustedes para cenar y responderé entonces a cualquier pregunta que quieran hacer. Ahora, si van con el señor Regis…

El grupo siguió a Ed Regis hasta los edificios más cercanos. Sobre el sendero, un cartel burdo, pintado a mano, rezaba: «Bienvenidos al Parque Jurásico».

TERCERA ITERACIÓN



Los detalles surgen con más claridad a medida que se vuelve a trazar la curva fractal.

IAN MALCOLM

Parque Jurásico

Entraron en un túnel verde de palmeras que se arqueaban en lo alto; ese túnel conducía hacia el edificio principal para visitantes. Por todas partes, plantíos extensos y desarrollados acentuaban la sensación de que estaban entrando en un mundo nuevo, un mundo tropical prehistórico, y que dejaban atrás el normal.

Ellie le comentó a Grant:

—Tienen muy buen aspecto.

—Sí —asintió Grant—. Quiero verlos de cerca. Quiero levantarles las almohadillas de los dedos de las patas, inspeccionarles las garras, palparles la piel y abrirles las mandíbulas para mirarles los dientes. Hasta que llegue ese momento, no estaré seguro. Pero sí, tienen buen aspecto.

—Supongo que esto cambia un poquito su campo de trabajo —terció Malcolm.

Grant asintió.

—Lo cambia todo —dijo.

Durante ciento cincuenta años, aun desde el descubrimiento de gigantescos huesos de animales en Europa, el estudio de los dinosaurios había sido un ejercicio de deducción científica. La paleontología era, esencialmente, un trabajo de pesquisa, que buscaba indicios en los huesos fósiles y en las huellas dejadas por esos gigantes desaparecidos hacía tanto tiempo. Los mejores paleontólogos eran aquellos que podían extraer las deducciones más inteligentes.

Y todas las grandes disputas de la paleontología discurrían de esa manera, incluyendo el áspero debate relativo a si los dinosaurios eran animales de sangre caliente. Debate en el que Grant fue figura clave.

Los científicos siempre habían clasificado a los dinosaurios como reptiles, seres de sangre fría que cogían de su ambiente el calor que necesitaban para la

vida. Un mamífero podía metabolizar alimento para producir calor corporal, pero un reptil no. Al final, un puñado de investigadores, encabezados principalmente por John Ostrom y Robert Baker, de Yale, empezó a sospechar que el concepto de dinosaurios de sangre fría, de movimientos lentos, era inadecuado para explicar el registro fósil. En forma deductiva clásica, extrajeron conclusiones a partir de varias líneas de evidencias.

Primero estaba la postura: las lagartijas y los reptiles eran animales que caminaban tendidos en el suelo, con las extremidades dobladas y abrazando el suelo para obtener calor. Las lagartijas no tenían la energía suficiente para mantenerse sobre las patas traseras más que unos pocos segundos. Pero los dinosaurios se erguían sobre patas rectas, y muchos caminaban erectos sobre las patas traseras. Entre los animales vivientes, la postura erecta sólo se presentaba en los mamíferos y aves, ambos de sangre caliente. Por eso, la postura de los dinosaurios sugería la existencia de sangre caliente.

Después, esos investigadores estudiaron el metabolismo, calculando la presión necesaria para hacer que la sangre ascendiera por el cuello de cinco metros de un braquiosaurio, y llegaron a la conclusión de que esa presión únicamente podía producirla un corazón provisto de cuatro cavidades, un corazón para sangre caliente.

Estudiaron las huellas fósiles de patas que quedaron en el barro, y llegaron a la conclusión de que los dinosaurios corrían tan deprisa como el hombre. Una actividad así entrañaba la existencia de sangre caliente. Encontraron restos de dinosaurios por encima del Círculo Ártico, en un ambiente helado inimaginable para un reptil. Y los nuevos estudios sobre conducta grupal, basados principalmente en el propio trabajo de Grant, sugerían que los dinosaurios tenían una compleja vida social y criaban a sus hijos, cosa que los reptiles no hacían: las tortugas abandonan sus huevos. Pero los dinosaurios probablemente no lo hacían.

La controversia sobre la sangre caliente se mantuvo con encarnizamiento durante quince años, antes de que una nueva concepción de los dinosaurios, la de que eran animales activos y de desplazamiento rápido, se aceptara, pero no sin que quedaran duraderas animosidades; en los simposios todavía había colegas que no se dirigían la palabra.

Pero ahora, si los dinosaurios se podían conseguir por clonación… Vamos, entonces el campo de estudio de Grant iba a cambiar de forma instantánea. El estudio paleontológico de los dinosaurios estaba acabado. Todo el despliegue de

esfuerzos, las salas de museo con sus gigantescos esqueletos y las bandadas de escolares con voces retumbantes, los laboratorios universitarios con sus bandejas de huesos, los trabajos de investigación, las publicaciones especializadas, todo eso iba a terminar.

—No parece usted perturbado —dijo Malcolm.

Grant negó con la cabeza:

—Esto ya se discutió en la Universidad. Mucha gente imaginó que esto ocurriría. Pero no tan pronto.

—La historia de nuestra especie —rio Malcolm—; todos sabían que eso ocurriría, pero no tan pronto.

Ya no podían ver los dinosaurios, pero todavía los podían oír, barritando suavemente en la distancia.

—Mi única pregunta es, ¿de dónde sacaron el ADN? —inquirió Grant, que estaba al tanto de que en laboratorios de Berkeley, Tokyo y Londres se había especulado seriamente sobre que, con el transcurso del tiempo, sería posible clonar un animal extinguido, como un dinosaurio… si se pudiera obtener algo de ADN de dinosaurio sobre el que trabajar. El problema era que todos los dinosaurios conocidos eran fósiles, y la fosilización destruía la mayor parte del ADN, remplazándolo por material inorgánico. Claro que, si un dinosaurio estaba congelado, o conservado en un pantano de turba, o momificado en un ambiente desértico, entonces su ADN podía ser recuperable.

Pero nadie había hallado nunca un dinosaurio congelado o momificado. Así que, en consecuencia, la noción era imposible. No había cosa alguna a partir de la cual hacer el clon. Toda la moderna tecnología genética era inservible. Era como tener una fotocopiadora, pero nada que copiar con ella.

—Lo sé —dijo Ellie—. No puedes reproducir un dinosaurio verdadero, porque no puedes obtener verdadero ADN de dinosaurio.

—A menos que haya algún modo en el que no hayamos pensado —caviló Grant.

—¿Como cuál?

—No lo sé. —Más allá de una cerca llegaron a la piscina, que se derramaba formando una serie de cascadas y remansos rocosos de menor tamaño. La zona estaba plantada con enormes helechos.

—¿No es esto extraordinario? —comentó Ed Regis—. En especial en un día brumoso, estas plantas realmente contribuyen a formar la atmósfera prehistórica. Estos son helechos jurásicos auténticos, claro está.

Ellie se detuvo para mirar más de cerca los helechos; sí, era exactamente como Regis había dicho, ***Serenna Veriformans***, planta que se encuentra en abundancia en fósiles de más de doscientos millones de años de antigüedad, ahora solamente comunes en las tierras húmedas de Brasil y Colombia. Pero quienquiera que hubiese decidido ubicar ese helecho en especial al lado de la piscina, evidentemente no sabía que las esporas de ***Veriformans*** contenían un alcaloide beta-carbolinólico letal; con sólo tocar las atractivas frondes verdes una persona se sentiría descompuesta y, si un niño simplemente las mordía, casi con seguridad moriría; la toxina era cincuenta veces más letal que la de la adelfa.

La gente era tan ingenua en cuanto a las plantas, pensaba Ellie, simplemente las elegía por el aspecto, del mismo modo que elegiría un cuadro para colgarlo en la pared. Nunca se le ocurría pensar que, en realidad, las plantas eran seres vivos, que realizaban activamente todas las funciones inherentes a la vida, de respiración, ingestión, excreción, reproducción… y defensa.

Además, en la historia de la Tierra, las plantas habían evolucionado de manera tan competitiva como los animales y, en algunos aspectos, con más ferocidad. El veneno de la ***Serenna Veriformans*** era un pequeño ejemplo del complejo arsenal de armas químicas que habían desarrollado las plantas. Existían terpenos que las plantas esparcían para envenenar el suelo que las rodeaba e inhibir el desarrollo de las plantas competidoras; alcaloides, que les conferían sabor desagradable para insectos y depredadores (y niños); y feromonas, que se utilizaban para la comunicación: cuando un abeto de Douglas era atacado por escarabajos, producía una sustancia química que le quitaba el carácter alimenticio a la madera, y lo mismo hacían otros abetos de Douglas situados en partes distantes del bosque. Esto ocurría en respuesta a una sustancia aloquímica de advertencia, secretada por los árboles que estaban siendo atacados.

La gente que imaginaba que la vida en la Tierra consistía en animales desplazándose contra un trasfondo verde cometía el grave error de no comprender lo que estaba viendo. Ese trasfondo verde estaba activamente vivo; las plantas crecían, se movían, retorcían y giraban, luchaban por el sol e interactuaban en forma continua con animales, desalentando a algunos con cortezas y espinas, envenenando a otros, y alimentando otros para fomentar su propia reproducción diseminando su polen y sus semillas. Era un proceso dinámico y complejo que Ellie nunca dejaba de hallar fascinante. Y del que sabía que no era comprendido por la mayoría de la gente.

Y si plantar helechos mortíferos al lado de la piscina era indicio de algo, entonces resultaba claro que los diseñadores del Parque Jurásico no habían sido todo lo cuidadosos que debieron de haber sido.

—¿No es sencillamente maravilloso? —estaba diciendo Ed Regis—. Si miran hacia delante verán nuestro Pabellón Safari.

Ellie vio un espectacular edificio bajo, con una serie de pirámides de vidrio sobre el techo.

—Ahí es donde todos ustedes permanecerán durante su estancia en el Parque Jurásico —completó Ed Regis.

La ***suite*** de Grant era de tonos beige; los muebles, de caña de la India con motivos verdes relativos a la jungla, y no estaban terminados: había pilas de tablas aserradas en el armario empotrado y trozos de tubo portacables en el piso. Sobre un televisor situado en un rincón se veía una tarjeta:

Canal 2: Tierras Altas del Hipsilofodonte
Canal 3: Territorio del Triceratops
Canal 4: Pantano de Saurópodos
Canal 5: Tierra de los Carnívoros
Canal 6: Sur de los Estegosaurios
Canal 7: Valle del Velocirraptor
Canal 8: Pico del Pterosaurio

Encontró los nombres irritantemente atractivos. Encendió el televisor, pero sólo obtuvo estática. Lo apagó y fue al dormitorio, donde tiró la maleta sobre la cama. Ubicada directamente sobre ésta, una gran claraboya piramidal producía la sensación de estar en una tienda de campaña, como dormir bajo las estrellas. Por desgracia, el vidrio estaba protegido con gruesos barrotes, por lo que sombras rayadas se proyectaban transversalmente sobre la cama, y eso alteraba todo el efecto que causaba la habitación.

Grant se detuvo. Había visto los planos del pabellón y no recordaba los barrotes de la claraboya. De hecho, esos barrotes daban la sensación de ser un añadido bastante tosco: por fuera de las paredes de vidrio se había construido un marco negro de acero, y a ese marco se le habían soldado barrotes.

Perplejo, pasó del dormitorio a la sala de estar. La ventana daba a la piscina.

—A propósito, esos helechos son venenosos —dijo Ellie, entrando en la habitación—. Pero ¿notaste algo en las habitaciones, Alan?

—Han alterado los planos.

—Así lo creo, sí. —Ellie recorrió la habitación—. Las ventanas son pequeñas, el vidrio es templado y está colocado en un marco de acero. Las puertas están revestidas de acero. Eso no debería ser necesario. ¿Y has visto la cerca cuando entramos?

Grant asintió. Todo el pabellón estaba rodeado por una cerca con barrotes de acero de 2,5 cm de espesor. La cerca estaba elegantemente incorporada al paisaje y pintada de negro mate, para asemejarla al hierro forjado, pero ningún camuflaje podía disfrazar el grosor del metal o sus casi cuatro metros de altura.

—Tampoco creo que la cerca figurase en los planos —continuó Ellie—. Me da la impresión de que convirtieron este lugar en una fortaleza.

—Luego preguntaremos por qué —dijo Grant, mirando su reloj—. La visita empieza dentro de veinte minutos.

Cuando los dinosaurios dominaban la Tierra

Se encontraron en el salón de actos del edificio para visitantes, de dos pisos de alto e íntegramente hecho de vidrio, con vigas maestras y soportes anodizados, pintados de negro y a la vista. Grant encontró que eso era una exhibición de alta tecnología.

El salón de actos era pequeño y lo dominaba un ***Tyrannosaurus rex*** robot, que se balanceaba amenazadoramente a la entrada de un sector de exposición rotulado CUANDO LOS DINOSAURIOS DOMINABAN LA TIERRA. Más adelante había otras exhibiciones: ¿QUÉ ES UN DINOSAURIO? y EL MUNDO DEL MESOZOICO. Pero las exposiciones no estaban completas. Había alambres y cables por todo el suelo. Gennaro trepó al escenario y habló con Grant, Ellie y Malcolm; su voz resonaba ligeramente en la sala.

Hammond estaba sentado atrás, con las manos enlazadas sobre el pecho, en gesto de irritación.

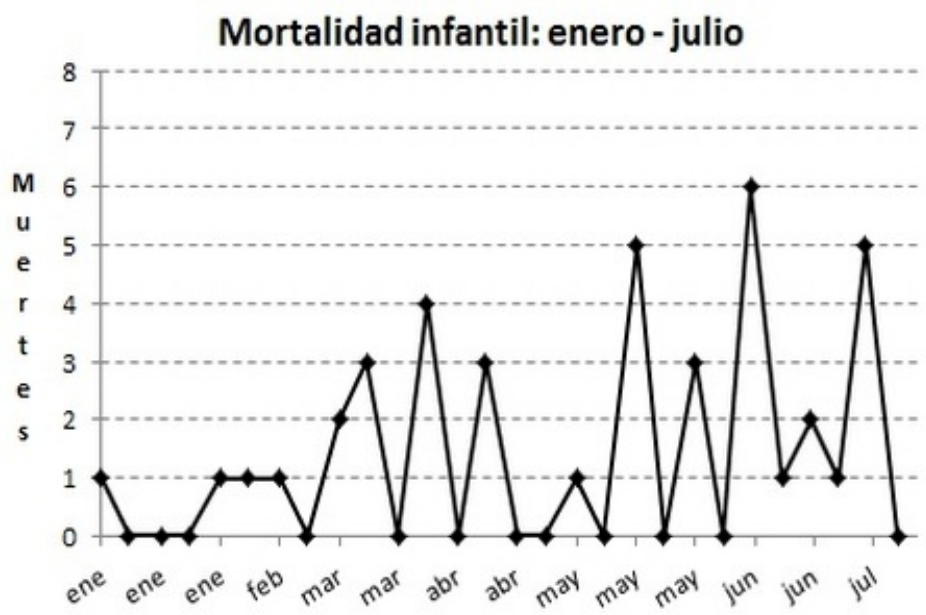
—Estamos a punto de iniciar un recorrido por las instalaciones —anunció Gennaro—. Estoy seguro de que el señor Hammond y su personal les habrán de mostrar el aspecto más agradable de todo. Antes de que vayamos, quiero recordarles el motivo por el que estamos aquí y lo que yo necesito decidir antes de que partamos. Básicamente, como ya se habrán dado cuenta, esta es una isla en la que a los dinosaurios, creados por manipulación genética, se les permite desplazarse en un medio similar a un parque, constituyendo una atracción turística. La atracción no está abierta a los turistas todavía, pero lo estará dentro de un año.

»Ahora, la pregunta que les quiero formular es sencilla: ¿es esta isla segura? ¿Es segura para los visitantes, y tiene a los dinosaurios de forma segura?

Gennaro apagó las luces del salón y dijo:

—El motivo de que lo pregunte es que existen dos elementos de prueba con los que tenemos que enfrentarnos. Antes que nada, está la identificación, hecha por el doctor Grant, de un dinosaurio, previamente desconocido, en tierra firme costarricense. A este dinosaurio sólo se lo conoce por un fragmento parcial. Se lo encontró en julio de este año, después de que, al parecer, mordiera a una niña norteamericana en una playa. El doctor Grant les podrá brindar más detalles después. Solicité que el fragmento original, que está en un laboratorio de Nueva York, se lo enviasen aquí por avión, de modo que ustedes y el doctor Grant puedan inspeccionarlo directamente. Mientras tanto, hay un segundo elemento de prueba.

»Costa Rica tiene un servicio médico excelente y moderno, y hace el seguimiento de toda clase de datos. A comienzos de marzo hubo informes de lagartijas que mordían a bebés que estaban en la cuna… y también, me permito añadir, ancianos que estaban profundamente dormidos. Estas mordeduras de lagartija se denunciaron esporádicamente en aldeas costeras, desde Ismaloya hasta Puntarenas. Después de marzo, ya no hubo denuncias de mordeduras de lagartijas. Sin embargo este primer gráfico del Servicio de Salud Pública de San José, que muestra la mortalidad infantil en los pueblos de la costa oeste durante este año.



»Me permito atraer su atención sobre dos características de este gráfico. Primero, la mortalidad infantil es baja en los meses de enero y febrero; después

aparece un pico; después vuelve a bajar en abril. Pero, desde mayo en adelante, es elevada, llegando a julio, el mes en que la niña norteamericana fue mordida. El Servicio de Salud Pública cree que ahora hay algo que está relacionado con la mortalidad infantil, y que los trabajadores de las villas costeras no denuncian. La segunda característica es la enigmática presencia de picos bisemanales, lo que parece sugerir que está actuando algún tipo de fenómeno alterante.

Se volvieron a encender las luces.

—Muy bien —dijo Gennaro—. Esas son las pruebas que deseo que se me expliquen. Ahora, ¿hay alguna…?

—Nos podemos ahorrar muchas molestias —interrumpió Malcolm—. Se lo explicaré ahora. Ante todo, es muy probable que algunos animales hayan escapado de la isla.

—¡Oh, grandioso! —gruñó Hammond, desde atrás.

—Y segundo, doy por casi seguro que el gráfico del Servicio de Salud Pública no se relaciona con animal alguno que se haya escapado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Grant.

—Observarán que el gráfico exhibe una alternancia entre picos altos y bajos. Eso es característico de muchos sistemas complejos. Por ejemplo, el agua que gotea de un grifo si se abre un poquito, se obtendrá un goteo constante, ***drip***, ***drip***, ***drip***. Pero si se abre un poquito más, de modo que haya un poco de turbulencia en el flujo de agua, entonces se obtendrán gotas grandes y pequeñas en forma alternada: ***drip drip***… ***drip drip***… Algo así. Ustedes mismos lo pueden intentar. La turbulencia produce alternancia, es su característica. Y resultará un gráfico de alternancia como éste, correspondiente a la difusión de una nueva enfermedad en una comunidad. Eso significa, sencillamente, que está actuando una dinámica caótica.

—¿Pero por qué dice que no la producen los dinosaurios que hayan podido escapar? —preguntó Grant.

—Porque tiene características no lineales —repuso Malcom—. Se necesitan centenares de dinosaurios escapados para ocasionarlas. Y no creo que centenares de dinosaurios hayan escapado. De modo que infiero que algún otro fenómeno, como una nueva variedad de gripe, está produciendo las fluctuaciones que se ven en el gráfico.

—¿Pero usted cree que escaparon dinosaurios? —quiso saber Gennaro.

—Probablemente, sí.

—¿Por qué?

—Por lo que ustedes están intentando hacer aquí. Mire, esta isla es un intento de volver a crear un ambiente natural proveniente del pasado. De crear un mundo aislado en el que seres extinguidos puedan vagar con libertad. ¿Es correcto?

—Sí.

—Pero, desde mi punto de vista, tal empresa es imposible. Los aspectos matemáticos son tan evidentes que no hace falta calcularlos. Es, casi, como si yo le preguntara a usted si, sobre ingresos de mil millones de dólares, hay que pagar impuestos. A usted no le sería necesario extraer su calculadora para comprobarlo; sabría que se deben pagar impuestos. Y, de manera análoga, sé, con pruebas abrumadoras, que no se puede duplicar la Naturaleza de esta manera, o tener la esperanza de aislarla con éxito.

—¿Por qué no?

—¿Qué le hace pensar que sí puede? —preguntó Malcolm, verdaderamente perplejo.

—Bueno, hay zoológicos…

—Los zoológicos no vuelven a crear la Naturaleza —refutó Malcolm—. En absoluto. Hablemos con claridad. Los zoológicos toman la Naturaleza que ya existe y la modifican ***muy*** poca cosa, para hacer rediles de contención para animales. Aun así, esas modificaciones mínimas fallan a menudo: los animales escapan con regularidad. Pero un zoológico no es el modelo de parque. Este parque está intentando algo mucho más ambicioso que eso. Algo que está mucho más emparentado con la construcción de una estación espacial en la Tierra.

Gennaro hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No le entiendo.

—Bueno, es muy sencillo. Salvo por el aire, que fluye con libertad, todo lo que hay en este parque se hizo con el propósito de que permaneciera aislado. Nada entra, nada sale. Los animales que se conservan aquí nunca se han de mezclar con los ecosistemas más grandes de la Tierra. Nunca han de escapar.

—Y nunca lo han hecho —resopló Hammond.

—Tal aislamiento es imposible —intervino Malcolm, con tono categórico—. Simplemente no se puede conseguir.

—Se puede. Se está haciendo continuamente.

—Discúlpeme —insistió Malcolm—, pero no tiene ni idea de lo que está diciendo.

—¡Pedazo de mocosito arrogante! —estalló Hammond. Se puso en pie y

salió del salón.

—Señores, señores… —pidió Gennaro.

—Lo siento —dijo Malcolm—, pero el quid de la cuestión sigue existiendo. Lo que denominamos «Naturaleza» es, en verdad, un complejo sistema, de sutileza muy superior a lo que estamos dispuestos a admitir. Hacemos una imagen simplificada de la Naturaleza y después la arruinamos, metiendo la pata. No soy ecologista, pero hay que entender lo que no se entiende. ¿Cuántas veces hay que explicar cuál es la cuestión? ¿Cuántas veces deberemos ver las pruebas? Construimos la presa de Asuán y afirmamos que va a revitalizar el país. En vez de eso, destruye el fértil delta del Nilo, produce infecciones con parásitos y hace fracasar la economía egipcia. Construimos…

—Discúlpeme —interrumpió Gennaro—. Pero creo oír el helicóptero. Ésa es, probablemente, la muestra para que el doctor Grant la estudie. —Empezó a salir del salón. Todos los demás le siguieron.

Al pie de la montaña, Gennaro gritaba para cubrir el ruido del helicóptero. Las venas le sobresalían en el cuello:

—¿Usted hizo ***qué***? ¿Invitó a ***quién***?

—Cálmese —dijo Hammond.

Gennaro aulló:

—¿Está usted completamente loco?

—Vamos, vamos —contestó Hammond, irguiéndose con dignidad—. Creo que tenemos que tener algo claro.

—No —rebatió Gennaro—. No, usted va a tener algo claro: este no es un maldito paseo social. Esta no es una excursión de fin de semana…

—Esta es mi isla —repuso Hammond—, y puedo invitar a quien yo desee.

—Esta es una investigación formal de su isla, porque los inversores tienen la sospecha de que está fuera de control. Creemos que este es un lugar muy peligroso y…

—No la va a clausurar, Donald…

—Lo haré si tengo que hacerlo…

—Este es un lugar seguro —insistió Hammond—, no importa lo que ese condenado matemático esté diciendo…

—No lo es…

—Y demostraré su seguridad…

—Y yo quiero que los vuelva a poner en ese helicóptero —dijo Gennaro.

—No puedo. Ya partió. —Y en verdad, el sonido de los motores se estaba desvaneciendo.

—¡Maldita sea! —masculló Gennaro—. ¿No ve que está arriesgando innecesariamente…?

—Ah, ah —dijo Hammond—. Sigamos con esto más tarde. No quiero inquietar a los niños.

Grant se dio vuelta y vio a dos niños que bajaban por la ladera, guiados por Ed Regis. Había un chico con gafas, de unos once años, y una niña algunos años menor, quizá de siete u ocho años de edad, con el rubio cabello metido bajo una gorra de béisbol del equipo de los Gigantes, y un guante de béisbol que le colgaba del hombro mediante una tira de cuero. Los dos chicos bajaron con agilidad el sendero que salía desde el helipuerto, y se detuvieron a cierta distancia de Gennaro y Hammond.

En voz baja, con un susurro, Gennaro dijo:

—Cristo.

—Vamos, deje de preocuparse —lo instó Hammond—. Los padres se divorcian y quiero que pasen un fin de semana divertido aquí.

La niña hizo un saludo, agitando la mano.

—Hola, abuelito. Aquí estamos.

Una visita guiada

Tim Murphy pudo ver en seguida que algo andaba mal. Su abuelo estaba en medio de una discusión con el hombre más joven, de cara enrojecida, que se encontraba frente a él. Y los demás adultos, detrás, parecían turbados e incómodos. Alexis también sentía la tensión, porque se rezagó, lanzando la pelota de béisbol al aire. El hermano tuvo que empujarla:

—Vamos, Lex.

—Ve tú, Timmy.

—No seas miedosa.

Lex le asesinó con la mirada, pero Ed Regis anunció con alegría:

—Os voy a presentar a todos y, después, podemos iniciar la visita.

—Tengo que irme —dijo Lex.

—Entonces, te presentaré primero.

—No, tengo que irme.

Pero Ed Regis ya estaba haciendo las presentaciones. Primero al abuelito, que les besó a los dos y, después, al hombre con el que estaba discutiendo. Ese hombre era fornido y su nombre era Gennaro. El resto de las presentaciones fue borroso para Tim; había una mujer rubia que llevaba pantalones cortos y un hombre barbudo con una camisa hawaiana; tenía el aspecto de quien vive al aire libre. Después venía un gordo, con típico aspecto de universitario, que tenía algo que ver con ordenadores y, por último, un hombre flaco vestido de negro, que no estrechó manos sino que se limitó a saludar con la cabeza. Tim estaba tratando de organizar sus impresiones, y estaba mirando las piernas de la rubia cuando, de repente, se dio cuenta de que sabía quién era el hombre de la barba.

—Tienes la boca abierta —advirtió Lex.

—Le conozco.

—Oh, por supuesto, te lo acaban de presentar.

—No. Tengo su libro.

—¿Qué libro es ése, Tim? —preguntó el barbado.

—***El mundo perdido de los dinosaurios***.

Alexis lanzó una risita.

—Papá dice que Tim tiene dinosaurios en los sesos.

Tim apenas sí la oía. Estaba pensando en lo que sabía sobre Alan Grant. Alan Grant era uno de los principales defensores de la teoría de que los dinosaurios tenían sangre caliente. Había hecho muchas excavaciones en el lugar conocido como Colina del Huevo, en Montana, que era famoso porque en él se habían encontrado tantos huevos de dinosaurio. El profesor Grant había encontrado la mayor parte de los huevos de dinosaurio que se hayan podido hallar. También era buen ilustrador, y había hecho los dibujos de sus propios libros.

—¿Dinosaurios en los sesos? —dijo el hombre de la barba—. Bueno, a decir verdad, tengo el mismo problema.

—Papá dice que los dinosaurios son realmente estúpidos —prosiguió Lex—. Dice que Tim debería salir al aire libre y practicar más deportes.

Tim se sintió turbado.

—Pensé que tenías que marcharte —dijo.

—Dentro de un ratito.

—Pensé que tenías mucha prisa.

—Soy yo quien tiene que saberlo, ¿no crees, Timothy? —repuso la niña, poniéndose las manos en las caderas, en una copia de la pose más irritante de su madre.

—Les diré lo que vamos a hacer —intervino Ed Regis—. ¿Por qué no vamos todos al centro de visitantes, y así podemos iniciar nuestra gira?

Todos empezaron a caminar. Tim oyó a Gennaro decirle a su abuelo, «podría matarle por esto», y después Tim alzó la vista y vio que el doctor Grant caminaba a su lado:

—¿Qué edad tienes, Tim?

—Once años.

—¿Y desde hace cuánto estás interesado por los dinosaurios? —preguntó Grant.

Tim tragó saliva.

—Ya hace bastante —contestó. Se sentía nervioso por estar hablando con el doctor Grant—. Vamos a museos algunas veces, cuando puedo convencer a mi

familia. Mi padre.

—¿Tu padre no está especialmente interesado?

Tim negó con la cabeza.

Al igual que la mayoría de los adultos, el padre de Tim no sabía nada de los dinosaurios. Tim estaba asombrado de que los adultos supieran tan poco; era como si no les interesaran los hechos. Un día, su familia había ido al Museo de Historia Natural, y su padre, al mirar un esqueleto, comentó:

—Ése es grande.

—No, papá, es de tamaño mediano, un camptosaurio —aclaró Tim.

—Oh, no sé. Me parece bastante grande.

—Ni siquiera es un adulto, papá.

Su padre miró de soslayo el esqueleto:

—¿Qué es, del jurásico?

—Huy, no. Cretáceo.

—¿Cretáceo? ¿Cuál es la diferencia entre cretáceo y jurásico?

—Nada más que unos cien millones de años.

—¿El cretáceo es más antiguo?

—No, papá. El jurásico es más antiguo.

—Bueno —dijo su padre, dando un paso hacia atrás—, me parece malditamente grande. —Y se volvió hacia Tim, en busca de consenso. Tim sabía que era mejor estar con su padre, así que se limitó a mascullar algo. Y pasaron a otro material en exposición.

Tim se detuvo frente a otro esqueleto, un ***Tyrannosaurus rex***, el más poderoso depredador que la Tierra haya conocido, durante un largo rato. Finalmente, su padre dijo:

—¿Qué estás mirando?

—Estoy contando las vértebras.

—¿Las vértebras?

—De la columna vertebral.

—Sé lo que son las vértebras —dijo su padre, molesto. Se quedó inmóvil y después preguntó—: ¿Por qué las estás contando?

—Creo que están mal. El ***Tyrannosaurus*** sólo debería tener treinta y siete vértebras en la cola. Este tiene más.

—¿Me quieres decir que el Museo de Historia Natural tiene un esqueleto que está mal? No puedo creerlo.

—Está mal —insistió Tim.

Su padre fue a paso ligero hacia el guardián que estaba en el rincón.

—¿Qué has hecho ahora? —le preguntó la madre a Tim.

—No he hecho nada. Sólo dije que el dinosaurio está mal, eso es todo.

Y entonces su padre regresó, con un gesto extraño en el rostro porque, por supuesto, el guardián le había dicho que el tiranosaurio tenía demasiadas vértebras en la cola.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó su padre.

—Lo he leído —fue la respuesta de Tim.

—Eso es bastante asombroso, hijo —dijo, y le puso la mano sobre el hombro, estrechándolo—. Sabes cuántas vértebras deben ir en la cola. Nunca vi algo así. Realmente sí que tienes dinosaurios en los sesos.

Y, después, su padre dijo que quería llegar a la última mitad del juego de los Mets por televisión, y Lex dijo que también quería, así que salieron del museo. Y Tim no vio ningún otro dinosaurio, que había sido la razón de que fueran allí en primer lugar. Pero ésa era la manera en que sucedían las cosas en la familia de Tim.

Como las cosas solían suceder en su familia, se autocorrigió Tim. Ahora que su padre se estaba divorciando de su madre, las cosas probablemente serían diferentes. Su padre ya se había mudado y, aunque fue extraño al principio, a Tim le gustaba. Pensaba que su madre tenía novio, pero no podía estar seguro y, claro está, nunca se lo mencionaría a Lex. Lex estaba acongojada por haber tenido que separarse de su padre, y en las últimas semanas se había vuelto tan odiosa que…

—¿Era el 5027? —preguntó Grant.

—¿Perdón? —dijo Tim.

—El tiranosaurio del museo, ¿era el 5027?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

Grant sonrió:

—Durante años estuvieron hablando de corregirlo. Pero ahora puede que eso nunca se haga.

—¿Por qué?

—Debido a lo que está ocurriendo aquí, en la isla de tu abuelo.

Tim negó con la cabeza. No entendía de qué hablaba Grant:

—Mi mamá dijo que no era más que un centro de recreo, ya sabe, con

natación y tenis.

—No exactamente. Te lo explicaré mientras caminamos.

«Ahora soy una maldita niñera», pensaba, desconsolado, Ed Regis, golpeando el suelo con la punta del zapato, mientras aguardaba en el centro para visitantes. Eso era lo que el viejo le había dicho:

—Cuida a mis niños como un halcón; son tu responsabilidad durante el fin de semana.

A Ed Regis eso no le gustaba en absoluto. Se sentía degradado. No era una maldita niñera. Y, si era por eso, tampoco un maldito guía de turistas. Era el encargado de relaciones públicas del Parque Jurásico y tenía mucho que preparar hasta la inauguración, para la que faltaba un año. Sólo coordinar tareas con las empresas de relaciones públicas de San Francisco y Londres, y con las agencias de Nueva York y Tokyo, era un trabajo de tiempo completo, especialmente porque a las agencias todavía no se les podía decir cuál era la verdadera atracción del parque. Todas las empresas estaban ideando propagandas incitantes, nada específico, y se sentían desdichadas; los creativos de la publicidad necesitaban que se les nutriera, necesitaban estímulo para hacer mejor su trabajo. Ed Regis no podía desperdiciar su tiempo llevando gente a hacer giras.

Pero ése era el problema de haber seguido la carrera de relaciones públicas: a uno nadie le consideraba un profesional. Regis había estado en la isla de vez en cuando durante los siete últimos meses, y todavía le endilgaban trabajos esporádicos. Como aquel episodio de enero. Harding debió haberse encargado de eso. Harding, u Owens, el contratista general. En vez de eso, se lo habían dejado a Ed Regis. ¿Qué sabía él de atender a un obrero enfermo? Y ahora era un maldito guía y una niñera. Se volvió y contó las cabezas. Le seguía faltando una.

Entonces, atrás de todo, vio a la doctora Sattler surgir del cuarto de baño.

—Muy bien, amigos, empecemos nuestra visita en el segundo piso.

Tim fue con los demás, siguiendo al señor Regis por la escalera negra volada hasta el segundo piso del edificio. Pasaron frente a un cartel que decía:

SECTOR CERRADO
MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO
ÚNICAMENTE PERSONAL AUTORIZADO

Tim se sintió entusiasmado cuando vio el cartel. Recorrieron el pasillo del segundo piso. Una de las paredes era de vidrio y daba a un balcón con palmeras en la leve bruma. En la otra pared había puertas con letreros, como si fueran oficinas. GUARDA DEL PARQUE… SERVICIOS PARA HUÉSPEDES… GERENTE GENERAL…

En la mitad del pasillo se toparon con un tabique de vidrio con otro cartel:

PELIGRO BIOLÓGICO

PRECAUCIÓN
PELIGRO BIOLÓGICO
Este Laboratorio
obedece los
Protocolos Genéticos
USG p4/Ek3

PRECAUCIÓN
Sustancias Teratógenas
Mujeres Embarazadas Evitar Exposición
en este Sector

PELIGRO
Utilización de Isótopos Radiactivos
Peligro Potencial de Carcinogénesis

Tim se emocionaba cada vez más. ¡Sustancias teratógenas! ¡Cosas que fabricaban monstruos! Eso le dio escalofríos, pero quedó decepcionado cuando

oyó decir a Ed Regis:

—No presten atención a los carteles, sólo se pusieron por cuestiones jurídicas. Les puedo asegurar que todo es perfectamente seguro.

Cruzaron la puerta. Había un guardia a cada lado. Ed Regis se volvió hacia el grupo:

—Tal vez se han dado cuenta de que tenemos un mínimo de personal en la isla. Podemos manejar este centro de recreo con un total de veinte personas. Naturalmente, tendremos más cuando haya huéspedes pero, por el momento, sólo hay veinte. Aquí está nuestra sala de control. Toda la reserva se controla desde aquí.

Se detuvieron delante de unas ventanas que daban a una sala oscurecida que parecía una versión, en pequeño, de la sala de Control de Misiones de la NASA. Había un mapa vertical del parque, de vidrio transparente, y, frente a él, un banco de luminosas consolas de ordenador. Algunas de las pantallas exhibían datos, pero la mayoría mostraba imágenes televisivas de alrededor del parque. En el interior no había más que dos personas, en pie y hablando.

—El hombre que está a la izquierda es nuestro jefe de ingenieros, John Arnold. —Regis señaló a un hombre delgado vestido con camisa de manga corta, abotonada hasta el cuello y corbata, que fumaba un cigarrillo—, y junto a él, nuestro guardaparque, el señor Robert Muldoon, el famoso cazador blanco de Nairobi.

Muldoon era un hombre corpulento vestido de caqui; las gafas de sol le colgaban del bolsillo de la camisa. Echó un vistazo al grupo, hizo una breve inclinación de cabeza y se volvió hacia las pantallas de los ordenadores.

—Estoy seguro de que quieren ver esta sala —dijo Ed Regis—, pero, primero, veamos cómo obtenemos el ADN de dinosaurio.

El cartel de la puerta decía EXTRACCIONES y, al igual que todas las puertas del edificio de laboratorios, se abría con una tarjeta de seguridad. Ed Regis deslizó la suya por una ranura, la luz parpadeó, la puerta se abrió.

En el interior, Tim vio una sala iluminada por una pequeña luz verde. Cuatro técnicos con guardapolvo miraban a través de microscopios estereoscópicos de doble ocular, o bien observaban imágenes que aparecían en pantallas de vídeo de alta resolución. La sala estaba llena de piedras amarillas distribuidas en estantes

de vidrio; en cajas de cartón; en grandes bandejas corredizas. Cada piedra tenía una etiqueta y un número escrito con tinta negra.

Regís presentó a Henry Wu, un hombre tranquilo, esbelto, que andaba por los treinta años.

—El doctor Wu es nuestro genetista jefe. Dejaré que les explique lo que hacemos aquí.

—Por lo menos lo intentaré —sonrió Wu—. La genética es un poco complicada. Pero es probable que ustedes se estén preguntando de dónde viene nuestro ADN de dinosaurio.

—Es algo que me pasó por la cabeza —dijo Grant.

—A decir verdad —empezó Wu—, existen dos fuentes posibles. Mediante la técnica de anticuerpos de Loy, a veces podemos obtener ADN directamente de huesos de dinosaurio.

—¿Con qué rendimiento? —preguntó Grant.

—Bueno, la mayoría de las proteínas solubles se lixivia durante la fosilización, pero el veinte por ciento de las proteínas es aún recuperable a través de la pulverización de los huesos y del posterior uso del procedimiento de Loy. El mismo doctor Loy lo empleó para obtener proteína de marsupiales australianos extinguidos así como células sanguíneas de antiguos restos humanos. La técnica de Loy es tan refinada que puede funcionar con una cantidad tan ínfima como cincuenta nanogramos de material, es decir, cincuenta mil millonésimas de gramo.

—¿Y ustedes adaptaron esta técnica aquí? —preguntó Grant.

—Sólo como respaldo. Como podrán imaginar, un rendimiento del veinte por ciento es insuficiente para nuestro trabajo. Necesitamos toda la cadena de ADN de dinosaurio para poder hacer clones. Y lo obtenemos aquí. —Sostuvo en alto una de las piedras amarillas de ámbar, la resina fosilizada de savia de árboles prehistóricos.

Grant miró a Ellie y, después, a Malcolm.

—Eso es muy inteligente en verdad —dijo Malcolm, asintiendo con la cabeza.

—Sigo sin entenderlo —admitió Grant.

—La savia de árbol —explicó Wu— a menudo fluye sobre los insectos y los atrapa. Entonces, los insectos quedan perfectamente conservados dentro del fósil. Se encuentra toda clase de insectos dentro del ámbar… incluyendo insectos picadores que succionaron sangre de animales más grandes.

—Succionaron la sangre —repitió Grant. Quedó con la boca abierta—. Usted quiere decir «succionaron la sangre de los dinosaurios».

—Con suerte, sí.

—Y entonces los insectos se conservan en ámbar… —Grant sacudió la cabeza—. ¡Quién lo hubiera pensado! Podría funcionar.

—Se lo aseguro, sí que funciona —dijo Wu. Fue hacia uno de los microscopios estereoscópicos, en el cual uno de los técnicos ponía en posición un trozo de ámbar que contenía una mosca bajo los objetivos dobles. Sobre la pantalla del monitor observaron cómo el técnico insertaba una aguja larga a través del ámbar, hasta penetrar en el tórax de la mosca prehistórica.

—Si este insecto tiene células sanguíneas no pertenecientes a él, puede que consigamos extraerlas y obtener paleo-ADN, el ADN de un ser extinguido. No lo sabremos con seguridad, claro está, hasta que extraigamos lo que sea que haya ahí dentro, hagamos réplicas y lo sometamos a ensayos. Eso es lo que llevamos haciendo desde hace cinco años. Ha sido un proceso largo y lento, pero que rindió buenos resultados.

»En realidad, el ADN de dinosaurio es algo más fácil de extraer con este proceso que el ADN de mamífero. El motivo es que los glóbulos rojos de mamífero no tienen núcleo y, por eso, carecen de ADN en esas células. Para hacer la clonación de un mamífero hay que encontrar un glóbulo blanco, que es mucho más raro que los rojos. Pero los dinosaurios tenían glóbulos rojos con núcleo, al igual que los pájaros modernos. Éste es uno de los muchos indicios que tenemos de que los dinosaurios realmente no eran reptiles en absoluto sino grandes pájaros coriáceos.

Tim vio que el doctor Grant mantenía su aire de escepticismo, y Dennis Nedry, el gordo desaliñado, parecía carecer por completo de interés, como si ya supiera todo eso. Pero lo que sí hacía era seguir mirando con impaciencia la sala siguiente.

—Veo que el señor Nedry descubrió la fase siguiente de nuestro trabajo —dijo Wu—. Cómo identificamos el ADN que extraemos. Para eso, utilizamos poderosos ordenadores.

Por unas puertas corredizas pasaron a una sala muy refrigerada. Se oía un fuerte zumbido. Dos torres redondas de un metro ochenta de alto se erguían en el centro de la sala y, a lo largo de las paredes, había hileras de cajas de acero cuya altura llegaba a la cintura de un hombre:

—Esta es nuestra lavandería automática de alta tecnología —explicó el

doctor Wu—. Todas las cajas que hay a lo largo de las paredes son secuenciadores automatizados de genes Himachi-Hood. Los operan, a muy alta velocidad, los superordenadores «Cray XMP», que son las torres que hay en el centro de la sala. En esencia, ustedes se encuentran en el centro de una fábrica increíblemente poderosa de productos genéticos.

Había varios monitores, todos tan rápidos que resultaba difícil ver lo que estaban mostrando. Wu apretó un botón y redujo la velocidad de una de las imágenes:

1 GCGTTGCTGG CGTTTTTCCA TAGGCTCCGC CCCCCTGACG AGCATCACAA AAATCGACGC

61 GGTGGCGAAA CCCGACAGGA CTATAAAGAT ACCAGGCGTT TCCCCCTGGA AGCTCCCTCG

121 TGTTCCGACC CTGCCGCTTA CCGGATACCT GTCCGCCTTT CTCCCTTCGG GAAGCCTGGC

181 TGCTCACGCT GTAGGTATCT CAGTTCGGTG TAGGTCGTTC GCTCCAAGCT GGGCTGTGTG

241 CCGTTCAGCC CGACCGCTGC GCCTTATCCG GTAACTATCG TCTTGAGTCC AACCCGGTAA

301 AGTAGGACAG GTGCCGGCAG CGCTCTGGGT CATTTTCGGC GAGAACCGCT TTCGCTGGAG

361 ATCGGCCTGT CGCTTGCGGT ATTCGGAATC TTGCACGCCC TCGCTCAAGC CTTCGTCACT

421 CCAAACGTTT CGGCGAGAAG CAGGCCATTA TCGCCGGCAT GGCGGCCGAC GCGCTGGGCT

481 GGCGTTCGCG ACGCGAGGCT GGATGGCCTT CCCCATTATG ATTCTTCTCG CTTCCGGCGG

541 CCCGCGTTGC AGGCCATGCT GTCCAGGCAG GTAGATGACG ACCATCAGGG ACAGCTTCAA

601 CGGCTCTTAC CAGCCTAACT TCGATCACTG GACCGCTGAT CGTCACGGCG ATTTATGCCG

661 CACATGGACG CGTTGCTGGC GTTTTTCCAT AGGCTCCGCC CCCCTGACGA GCATCACAAA

721 CAAGTCAGAG GTGGCGAAAC CCGACAGGAC TATAAAGATA CCAGGCGTTT CCCCCTGGAA

781 GCGCTCTCCT GTTCCGACCC TGCCGCTTAC CGGATACCTG TCCGCCTTTC TCCCTTCGGG

841 CTTTCTCAAT GCTCACGCTG TAGGTATCTC AGTTCGGTGT AGGTCGTTCG CTCCAAGCTG

901 ACGAACCCCC CGTTCAGCCC GACCGCTGCG CCTTATCCGG TAACTATCGT

CTTGAGTCCA

961 ACACGACTTA ACGGGTTGGC ATGGATTGTA GGCGCCGCCC TATACCTTGT CTGCCTCCCC

1021 GCGGTGCATG GAGCCGGGCC ACCTCGACCT GAATGGAAGC CGGCGGCACC TCGCTAACGG

1081 CCAAGAATTG GAGCCAATCA ATTCTTGCGG AGAACTGTGA ATGCGCAAAC CAACCCTTGG

1141 CCATCGCGTC CGCCATCTCC AGCAGCCGCA CGCGGCGCAT CTCGGGCAGC GTTGGGTCCT

1201 GCGCATGATC GTGCT..... GGGTTGCCTT CCTGTCGTTG AGGACCCGGC TAGGCTGGCG

1281 AGAATGAATC ACCGATACGC GAGCGAACGT GAAGCGACTG CTGCTGCAAA ACGTCTGCGA

1341 AACATGAATG GTCTTCGGTT TCCGTGTTTC GTAAAGTCTG GAAACGCGGA AGTCAGCGCC

—Aquí ven la estructura real de un pequeño fragmento de ADN de dinosaurio —continuó Wu—. Observen que la secuencia está constituida por cuatro compuestos básicos: adenina, timina, guanina y citosina. Esta cantidad de ADN probablemente contiene instrucciones para elaborar una sola proteína como, digamos, una hormona o una enzima. La molécula completa de ADN contiene tres mil millones de estas bases. Si miráramos una pantalla como ésta una vez por segundo, durante ocho horas diarias, nos seguiría llevando más de dos años observar toda la cadena de ADN. Es así de grande.

Señaló la imagen, diciendo:

—Este es un ejemplo típico, porque ven que el ADN tiene un error, aquí abajo, en la línea 1201. Gran parte del ADN que extraemos está fragmentado o es incompleto. Así que lo primero que tenemos que hacer es repararlo o, mejor dicho, el ordenador tiene que repararlo. Yo cortaré el ADN, utilizando lo que se denominan enzimas de restricción. El ordenador seleccionará una variedad de enzimas que podrían hacer el trabajo.

1

GCGTTGCTGGCGTTTTTCCATAGGGTCCG CCCCCCTGACGAGCATCACAAAAATCGACGC

61

GGTGGCGAAACCCGACAGGACTFITAAAGA TACCAGGCGTTTCCCCCTGGAAGCTCCCTCG

Nsp04

121

TGTTCCGACCCTGCCGCTTACCGGATACCTG
TCCGCCTTTCTCCCTTCGGGAAGCGTGGC

181

TGCTCACGCTGTAGGTATCTCAGTTCGGTGT
AGGTCGTTCGCTCCASGCTGGGCTGTGTG

BrontIV

241

CCGTTCAGCCCGACCGCTGCGCCTTATCCGGT
AACTATCGTCTTGAGTCCAACCCGGTAA

301

AGTAGGACAGGTGCCGGCAGCGCTCTGGGTCA
TTTTCGGCGAGGACCGCTTTCGCTGGAG

434 DnxT1 AoliBn

361

ATCGGCCTGTCGCTTGCGGTATTCGCAATCTT
GCACGCCCTCGCTCAAGCCTTCGTCACT

421

CCAAACGTTTCGGCGAGAAGCAGGCCATAATCG
CCGGCATGGCGGCCGACGCGCTGGGCT

481

GGCGTTCGCGACGCGAGGCTGGATGGCCT
TCCCCATTATGATTCTTCTCGCTTCCGGCGG

541

CCCGCGTTGCAGGCCATGCTGTCCAGGCA
GGTAGATGACGHCCATCAGGGACAGCTTCAA

601

CGGCTCTTACCAGCCTAACTTCGATCACT
GGACCGCTGATCGTCACGGCGATTTATGCCG

Nsp04

661

CACATGGACCCGTTGCTGGCGTTTTTCCA
TAGGCTCCGCCCCCCTGACGAGCATCACAAA

721

CAAGTCAGAGGTGGCGAAACCCOACAGOA
CTATAAAGATACCAOOCOTTTCCCCCTGGAA

924 caolII DinoLdn

781

GCGCTCTCCTOTTCCOACCCTOCCOCTT
ACCOGATACCTOTCCOCCTTTCTCCCTTCGGG

841

CTTTCTCAATOCTCACOCTGTABGTATCT
CAGTTCGGTOTAGGTCGTTCOCTCCAAOCTO

901

ACGAACCCCCCOTTCAGCCCGACCGCTGC
GCCTTATCCGGTAACTATCGTCTTGAOTCCA

961

ACACOACTTAACCOOTTOOCATGGATTGT
AGGCGCCGCCCTATACCTTGTCTOCCTCCCC

1021

GCGGTGCATGOAOCCOGOCCACCTCGAC
CTGAATOGAAGCCGOCGOCACCTCOCTAACOG

1081

CCAAGAATTGGAGCCAATCAATTCTTGC
GGAGAACTGTGAATGCGCAAACCAACCCTTGG

1141

CCATCGCGTCCGCCATCTCCAGCAGCCG
CACGCGGCGCATCTCGGGCAGCGTTGGGTCCT

1416 DnxTI

SSpd4

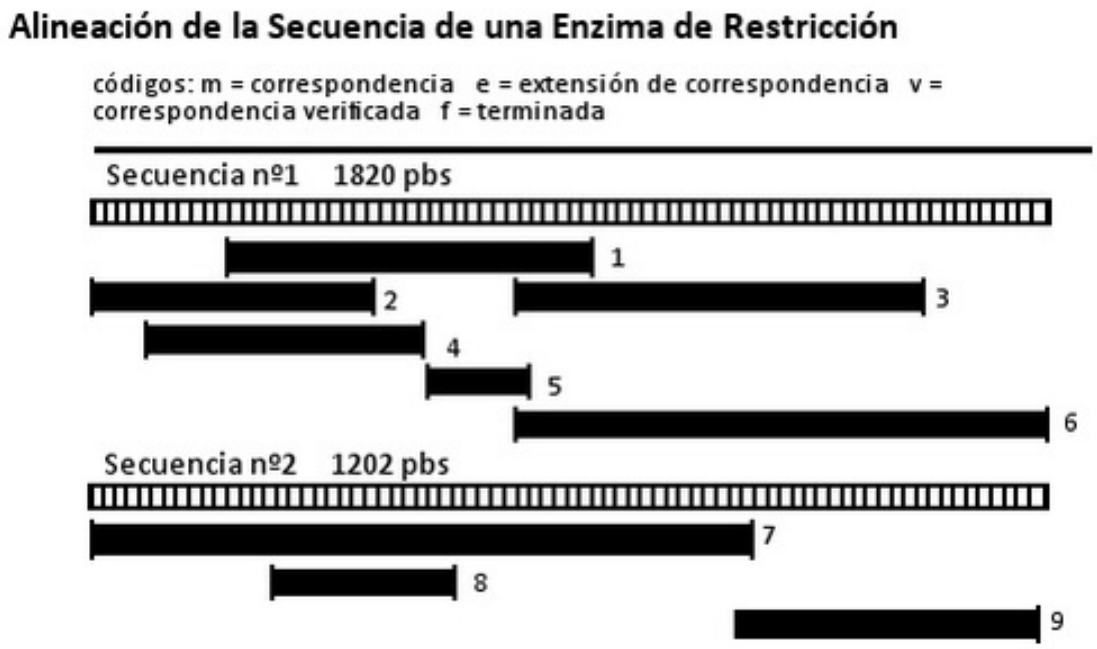
1201

GCGCATGATCGTGCT:+=:CCTGTCGTTG
AGGACCCGGCTAGGCTGGCGGGGTTGCCTTACT

1281

ATGAATCACCGATACGCGAGCGAACGTG
AAGCGACTGCTGCTGCAAAACGTCTGCGACCT

»Aquí está la misma sección de ADN en la que se han situado los puntos de las enzimas de restricción. Como pueden ver en la línea 1201, dos enzimas van a cortar a cada lado del punto dañado. Por lo común, permitimos que los ordenadores decidan cuál utilizar, pero también necesitamos saber qué pares de bases debemos insertar para reparar la lesión. Para eso, tenemos que alinear diversos fragmentos cortados, de esta manera:



»Ahora estamos buscando un fragmento de ADN que se superponga sobre la zona de la lesión y que nos diga qué falta. Y pueden ver que lo podemos hallar y seguir adelante, haciendo la reparación. Las barras oscuras que ven son fragmentos de restricción, pequeñas secciones de ADN de dinosaurio rotas por enzimas y, después, analizadas. Ahora, el ordenador está volviendo a combinarlos, mediante la búsqueda de secciones de código que se superpongan. Se parece un poco a la operación de armar un rompecabezas. El ordenador lo puede hacer con mucha rapidez.

1

GCGTTGCTGGCGTTTTTCCATAGGCTC
CGCCCCCCTGACGAGCATCACAAAAATCGACGC

61

GGTGGCGAAACCCGACAGGACTATAAA
GATACCAGGCGTTTCCCCCTGGAAGCTCCCTCG

121

TGTTCCGACCCTGCCGCTTACCGGATA
CCTGTCCGCCTTTCTCCCTTCGGGAAGCCTGGC

181

TGCTCACGCTGTAGGTATCTCAGTTC
GGTGTAGGTCGTTCGCTCCAAGCTGGGCTGTGTG

241

CCGTTCAGCCCGACCGCTGCGCCTTA
TCCGGTAACTATCGTCTTGAGTCCAACCCGGTAa

301

AGTAGGACAGGTGCCGGCAGCGCTCT
GGGTCATTTTCGGCGAGAACCGCTTTCGCTGGAG

361

ATCGGCCTGTCGCTTGCGGTATTCGG
AATCTTGCACGCCCTCGCTCAAGCCTTCGTCACT

421

CCAAACGTTTCGGCGAGAAGCAGGCCA
TTATCGCCGGCATGGCGGCCGACGCGCTGGGCT

481

GGCGTTCGCGACGCGAGGCTGGATGGC
CTTCCCCATTATGATTCTTCTCGCTTCCGGCGG

541

CCCGCGTTGCAGGCCATGCTGTCCAGG
CAGGTAGATGACGACCATCAGGGACAGCTTCAA

601

CGGCTCTTACCAGCCTAACTTCGATC
ACTGGACCGCTGATCGTCACGGCGATTTATGCCG

661

CACATGGACGCGTTGCTGGCGTTTTTC
CATAGGCTCCGCCCCCCTGACGAGCATCACAAA

721

CAAGTCAGAGGTGGCGAAACCCGACAGG
ACTATAAAGATACCAGGCGTTTCCCCCTGGAA

781

GCGCTCTCCTGTTCCGACCCTGCCGCTT
ACCGGATACCTGTCCGCCTTTCTCCCTTCGGG

841

CTTTCTCAATGCTCACGCTGTAGGTA
TCTCAGTTCGGTGTAGGTCGTTCGCTCCAAGCTG

901

ACGAACCCCCCGTTCAGCCCGACCGC
TGCGCCTTATCCGGTAACTATCGTCTTGAGTCCA

961

ACACGACTTAACGGGTTGGCATGGAT
TGTAGGCGCCGCCCTATACCTTGTCTGCCTCCCC

1021

GCGGTGCATGGAGCCGGGCCACCTCG
ACCTGAATGGAAGCCGGCGGCACCTCGCTAACGG

1081

CCAAGAATTGGAGCCAATCAATTCTT
GCGGAGAACTGTGAATGCGCAAACCAACCCTTGG

1141

CCATCGCGTCCGCCATCTCCAGCAGC
CGCACGCGGCGCATCTCGGGCAGCGTTGGGTCCT

1201

GCGCATGATCGTGCTAGCCTGTCGT
TGAGGACCCGGCTAGGCTGGCGGGGTTGCCTT

1281

AGAATGAATCACCGATACGCGAGCGA
ACGTGAAGCGACTGCTGCTGCAAAACGTCTGCGA

1341

AACATGAATGGTCTTCGGTTTCCGTGT
TTCGTAAAGTCTGGAAACGCGGAAGTCAGCGCC

»Y aquí está la cadena corregida de ADN, reparada por el ordenador. La operación que presenciaron habría supuesto meses de trabajo en un laboratorio convencional, pero nosotros la podemos hacer en cuestión de segundos.

—Entonces, ¿están trabajando con toda la cadena de ADN? —preguntó Grant.

—¡Oh, no! —contestó Wu—. Eso es imposible. Recorrimos un largo camino desde la década de 1960, cuando a todo un laboratorio le llevaba cuatro años descifrar una pantalla como ésta. Ahora, los ordenadores pueden hacerlo en un par de horas. Pero, aun así, la molécula de ADN es demasiado grande. Únicamente miramos las secciones de cadena que difieren de un animal a otro, o del ADN contemporáneo. Solamente un bajo porcentaje de los nucleótidos difiere de una especie a la siguiente. Eso es lo que analizamos, y sigue siendo un enorme trabajo.

Dennis Nedry bostezó. Hacía mucho que había llegado a la conclusión de que «InGen» debía de estar haciendo algo como eso. Un par de años atrás, cuando «InGen» le contrató para diseñar los sistemas de control del parque, uno de los parámetros iniciales de diseño exigía registros de datos que tuvieran 3×10^9

campos. Nedry sencillamente supuso que era un error y llamó a Palo Alto para verificarlo. Pero le dijeron que la especificación era correcta: tres mil millones de campos.

Nedry había trabajado en muchos sistemas grandes. Se había hecho un nombre montando comunicaciones telefónicas de alcance mundial para compañías multinacionales. Con frecuencia, estos sistemas tenían millones de registros. Nedry estaba acostumbrado a eso. Pero «InGen» quería algo mucho más grande…

Perplejo, Nedry había ido a ver a Barney Fellows, de «Symbolics», cerca del campus universitario del MIT, en Cambridge.

—¿Qué clase de base de datos tiene tres mil millones de registros, Barney?

—Un error —rio Barney—. Le pusieron un cero de más, o dos.

—No es un error. Ya lo he comprobado. Es lo que quieren.

—Pero eso es una locura —dijo Barney—. No es practicable. Aunque tuvieras los procesadores más rápidos y algoritmos que permitieran una velocidad cegadora, una búsqueda seguiría exigiendo días. Hasta semanas, quizá.

—Sí —admitió Nedry—. Lo sé. Es una suerte que no haya algoritmos. Tan sólo se me pide que reserve almacenamiento y memoria para la base de datos de todo el sistema. Pero así y todo… ¿para qué podría ser?

Barney frunció el entrecejo:

—¿Estás trabajando bajo un ND?

—Sí —dijo Nedry—. La mayor parte de sus trabajos contienen acuerdos de confidencialidad.

—¿Puedes decirme algo?

—Es una empresa de bioingeniería.

—Bioingeniería —repitió Barney—. Bueno, es lo obvio…

—¿Qué es?

—Una molécula de ADN.

—¡Ah, vamos! —exclamó Nedry—. Nadie podría estar analizando una molécula de ADN. —Nedry sabía que los biólogos hablaban sobre el Proyecto del Genoma Humano para analizar una cadena completa de ADN humano. Pero eso precisaría diez años de esfuerzos coordinados y comprendería laboratorios de todo el mundo. Era una ingente empresa, tan grande como el proyecto Manhattan, que produjo la bomba atómica—. Ésta es una compañía privada —añadió.

—Con tres mil millones de registros —comentó Barney—, no sé qué otra cosa puede ser. A lo mejor son optimistas al diseñar su sistema.

—Muy optimistas —dijo Nedry.

—O, a lo mejor, simplemente están analizando fragmentos de ADN, pero tienen algoritmos que consumen mucha RAM.

Eso tenía más lógica. Algunas técnicas de búsqueda de datos consumían mucha memoria.

—¿Sabes quién les hizo los algoritmos?

—No. La compañía trabaja con mucho secreto.

—Bueno, mi suposición es que están haciendo algo con el ADN. ¿Cuál es el sistema?

—Multi-XMP.

—¿Multi-XMP? ¿Quieres decir más de una Cray? —Barney tenía el entrecejo fruncido, pensando en esa última información—. ¿Me puedes decir algo más?

—Lo siento, no puedo.

Y había vuelto y diseñado los sistemas de control. Les había tornado, a él y a su equipo de programadores, más de un año, y fue especialmente difícil, porque la compañía nunca le dijo para qué eran los subsistemas. Las instrucciones tan sólo decían «Diseñe un módulo para conservar registros» o «Diseñe un módulo para representación visual». Le daban parámetros de diseño, pero ningún detalle respecto a su uso. Había estado trabajando a ciegas. Y ahora que el sistema estaba montado y funcionando, no le sorprendía en absoluto saber que había errores. ¿Qué esperaban? Y, presas del pánico, le habían ordenado que fuese allí, excitados y molestos por los errores de programación de «él». Era irritante, pensaba.

Volvió al grupo cuando Grant preguntaba:

—Y una vez que el ordenador analizó el ADN, ¿cómo sabe qué animal hay en ese código?

—Tenemos dos procedimientos. El primero es una correspondencia filogenética. El ADN evoluciona en el curso del tiempo, como todas las demás partes de un organismo, manos, o pies, o cualquier otro atributo físico. Así que podemos tomar un trozo escondido de ADN y determinar en forma aproximada, por ordenador, dónde encaja en la secuencia evolutiva. Consume mucho tiempo, pero se puede hacer.

—¿Y la otra manera?

Wu se encogió de hombros:

—Simplemente lo dejamos crecer y vemos qué es. Es lo que hacemos casi siempre. Les mostraré lo que hemos conseguido.

Tim sentía una impaciencia cada vez mayor a medida que la visita continuaba. Le gustaban las cosas técnicas pero, aun así, estaba perdiendo interés. Llegaron a la siguiente puerta, que tenía el rótulo de FERTILIZACIÓN. El doctor Wu abrió la cerradura con su tarjeta de seguridad, y entraron.

Tim vio otra sala con técnicos trabajando ante microscopios. En la parte posterior había una sección enteramente iluminada con luz ultravioleta. El doctor Wu explicó que el trabajo que hacían con el ADN exigía la interrupción de la mitosis celular en instantes precisos y, en consecuencia, guardaban algunos de los venenos más tóxicos del mundo:

—Helotoxinas, colchicinoides, betaalcaloides —enumeró, al tiempo que señalaba una serie de jeringas dispuesta bajo la luz UV—. Matan cualquier animal viviente al cabo de un segundo, o de dos.

A Tim le hubiese gustado saber más sobre los venenos, pero el doctor Wu siguió hablando monótonamente sobre el uso de óvulos no fertilizados de cocodrilo y la sustitución del ADN; y después el profesor Grant formuló algunas preguntas complicadas. A un lado de la sala había grandes depósitos rotulados N_2 LÍQUIDO. Y había grandes cámaras frigoríficas con anaqueles en los que mantenían embriones congelados, cada uno de los cuales se conservaba en un diminuto envoltorio de lámina de plata.

Lex estaba aburrida. Nedry bostezaba. Y hasta la doctora Sattler estaba perdiendo interés. Tim estaba cansado de esos complicados laboratorios. Quería ver los dinosaurios.

La sala siguiente estaba señalada como VIVERO.

—Hace un poco de calor y humedad aquí dentro —dijo el doctor Wu—. Lo mantenemos a una temperatura de treinta y siete grados Celsius y a una humedad relativa del ciento por ciento. También mantenemos una concentración mayor de oxígeno, hasta el treinta por ciento.

—Atmósfera jurásica —añadió Grant.

—Sí. Por lo menos, así lo suponemos. Si cualquiera de ustedes se siente desfallecer, díganmelo.

El doctor Wu metió su tarjeta de seguridad en la ranura, y la puerta exterior se abrió con un siseo. El biólogo aguardó mientras los demás entraban en la esclusa de aire comprimido y la puerta exterior se volvía a cerrar herméticamente, también con un siseo, contra las juntas de goma.

—Por favor, recuerden, no toquen nada de esta sala. Algunos de los huevos son permeables a los aceites de nuestra epidermis. Y cuidado con la cabeza, los sensores siempre están moviéndose.

Abrió la puerta interior que daba al vivero, y entraron. Tim se enfrentó con una vasta sala abierta, bañada por una luz infrarroja intensa. Los huevos estaban apoyados sobre mesas largas, con sus pálidos contornos difuminados por la sibilante bruma baja que cubría las mesas. Todos los huevos se movían con suavidad, balanceándose.

—Los huevos de reptil contienen grandes cantidades de vitelo, pero carecen por completo de agua. Los embriones la tienen que extraer del ambiente que los rodea. De ahí que haya bruma.

El doctor Wu explicó que cada mesa contenía ciento cincuenta huevos y representaba una nueva tanda de extracciones de ADN. Las tandas se identificaban mediante números puestos en cada mesa: STEC-458/2 o TRIC-390/4. Hundidos hasta la cintura en la bruma, los operarios del vivero iban de un huevo al siguiente, hundiendo las manos en la bruma, dando vuelta a los huevos cada hora y revisando las temperaturas con sensores térmicos. La sala era controlada por cámaras colgantes de televisión y sensores de movimiento. Un sensor térmico colgante se desplazaba de un huevo al siguiente, tocando cada uno con una varilla flexible, emitiendo un sonido electrónico corto y penetrante, para continuar su marcha después.

—En este vivero hemos producido más de una docena de recolecciones de extracciones, lo que nos da un total de doscientos treinta y ocho animales vivos. Nuestra tasa de supervivencia se encuentra rondando el cero coma cuatro por ciento y, como es natural, queremos mejorarlo. Pero, mediante análisis computerizados, estamos trabajando con algo así como quinientas variables, ciento veinte ambientales, otras doscientas intrahuevo, y el resto provenientes del material genético en sí. Nuestros huevos son de plástico. Los embriones se insertan en forma mecánica y, después, salen del cascarón aquí.

—¿Y cuánto tardan en crecer?

—Los dinosaurios maduran con rapidez, alcanzando su tamaño pleno en un período de dos a cuatro años. Así que ahora tenemos varios especímenes adultos en el parque.

—¿Qué significan los números?

—Estos códigos identifican las diversas extracciones en tandas de ADN. Las cuatro primeras letras identifican los animales que se están desarrollando; ese TRIC significa triceratops. Y el STEC significa stegosaurio; y así con los demás.

—¿Y esta mesa de aquí? —preguntó Grant.

El código decía XXXX-0001/1. Abajo se había garabateado «Presunto Coleu».

—Esta es una nueva tanda de ADN —dijo Wu—. No sabemos con exactitud qué va a crecer. La primera vez que se hace una extracción no tenemos certeza de qué animal se trata. Pueden ver que está señalado como «Presunto coleu», de modo que es probable que sea un coleosaurio. Un pequeño herbívoro, si recuerdo bien. Me resulta difícil recordar todos los nombres. Hasta ahora se conoce algo así como trescientos géneros de dinosaurios.

—Trescientos cuarenta y siete —precisó Tim.

Grant sonrió; después dijo:

—¿Hay algo que esté saliendo del huevo ahora?

—No por el momento. El periodo de incubación varía para cada animal pero, en general, tarda alrededor de dos meses. Tratamos de espaciar los nacimientos para darle menos trabajo al personal de guardería. Se podrán imaginar lo que es esto cuando tenemos ciento cincuenta animales nacidos con diferencia de pocos días… si bien, claro está, la mayoría no sobrevive. En realidad, estos ejemplares X deben nacer cualquiera de estos días. ¿Alguna otra pregunta? ¿No? Entonces iremos a la guardería, donde están los recién nacidos.

Era una sala circular, toda ella blanca. Había incubadoras de las utilizadas en las maternidades de hospital, pero estaban vacías por el momento. Trapos y juguetes estaban esparcidos por el piso. Una joven que llevaba una chaqueta blanca estaba sentada en el suelo, dándoles la espalda.

—¿Qué tiene aquí hoy, Kathy? —preguntó el doctor Wu.

—No mucho, nada más que un raptor bebé.

—Echémosle un vistazo.

La joven se puso en pie y se hizo a un lado. Tim oyó a Nedry decir:

—Parece una lagartija.

El animal que estaba en el suelo tenía alrededor de cuarenta y cinco centímetros de largo, el tamaño de un mono pequeño. Era de color amarillo oscuro con bandas marrones, como un tigre. Tenía cabeza de lagartija y hocico largo, pero se mantenía erguido sobre unas fuertes patas traseras, equilibrado por una cola recta y gruesa. Sus patas anteriores, más pequeñas, se agitaban en el aire. Enderezó la cabeza hacia un lado y miró con curiosidad a los visitantes que, a su vez, lo miraban con fijeza.

—Velocirraptor —dijo Alan en voz baja.

—***Velocirraptor mongoliensis*** —completó Wu, aprobando con la cabeza—. Un depredador. Este tiene sólo seis semanas de edad.

—Antes de venir había excavado un raptor —anunció Grant, mientras se agachaba para observar el animal más de cerca. De inmediato, la pequeña lagartija se alzó de pronto, saltando sobre la cabeza de Grant para caer en los brazos de Tim.

—¡Eh!

—Pueden saltar —dijo Wu—. Los bebés pueden saltar. También lo pueden hacer los adultos, a decir verdad.

Tim asió el velocirraptor y lo atrajo hacia él. El animalito no pesaba mucho. Cerca de medio kilo, o un kilo. La piel era tibia y completamente seca. La cabecita estaba a centímetros de la cara de Tim. Los ojos, como pequeñas gotas, brillantes e inexpresivos contemplaron la cara del niño. Una pequeña lengua bífida entraba y salía de la boca con rapidez.

—¿Me va a hacer daño?

—No. Es amistoso.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Gennaro, con cara de preocupación.

—Oh, completamente seguro. Por lo menos, hasta que crezca un poco más. Pero, en todo caso, los bebés no tienen dientes, ni siquiera dientes de huevo.

—¿Dientes de huevo? —preguntó Nedry.

—La mayoría de los dinosaurios nace con dientes de huevo, cuernecitos en la punta de la nariz, como los cuernos de rinoceronte, para que los ayuden a romper los huevos y, así, salir. Pero los raptores no los tienen, hacen un agujero en el huevo con su hocico puntiagudo y, después, el personal de guardería tiene que ayudarlos a salir.

—Tienen que ayudarlos a emerger —dijo Grant, moviendo la cabeza en gesto de desaprobación—. ¿Qué ocurre en estado silvestre?

—¿En estado silvestre?

—Cuando procrean en estado silvestre. Cuando hacen el nido.

—¡Oh, no pueden hacerlo! —contestó Wu—. Ninguno de los animales tiene la capacidad de procrear. Ésa es la razón de que tengamos esta guardería: es la única manera de reponer el material viviente del Parque Jurásico.

—¿Por qué los animales no se pueden reproducir?

—Bueno, como se podrán imaginar, es importante que no puedan reproducirse y, toda vez que enfrentábamos una cuestión crítica como ésta, diseñábamos sistemas redundantes, esto es, que siempre disponíamos de dos procedimientos de control, por lo menos. En este caso, hay dos razones independientes por las que los animales no pueden procrear. Antes que nada, son estériles porque los irradiamos con rayos X.

—¿Y la segunda razón?

—Todos los animales del Parque Jurásico son hembras —dijo Wu, con sonrisa de satisfacción.

Malcolm intervino:

—Me agradaría que esto se aclarara un poco. Porque mi impresión es que la irradiación está llena de incertidumbre. La dosis de radiación puede ser equivocada o ir dirigida a la zona anatómica equivocada del animal, o…

—Todo eso es cierto, pero estamos ampliamente convencidos de haber destruido el tejido gonadal.

—Y en cuanto a que todos ellos son hembras —prosiguió Malcolm—, ¿está eso comprobado? ¿Va alguien al exterior y, ejem, levanta la falda de los dinosaurios para echar un vistazo? Quiero decir, ¿cómo se determina el sexo de un dinosaurio, en todo caso?

—Los órganos sexuales varían en función de la especie. Se reconocen con facilidad en algunas y son algo más sutil en otras. Pero, para responder su pregunta, el motivo por el que sabemos que todos los animales son hembras es porque, literalmente, los fabricamos para que sean así. Controlamos sus cromosomas y controlamos el ambiente de desarrollo intrahuevo. Desde el punto de vista de la bioingeniería, es más fácil engendrar hembras. Es probable que ustedes sepan que todos los embriones de vertebrado son intrínsecamente hembras. Todos empezamos la vida como hembras. Se necesita algún efecto adicional, como una hormona que se secrete en el momento preciso, durante el desarrollo, para transformar el embrión que está creciendo en un macho. Pero, si se deja librado a sus propios dispositivos, el embrión, en forma natural, se

convierte en hembra. Así que todos nuestros animales son hembras. Tenemos tendencia a referirnos a algunos de ellos como si fueran machos, tal es el caso del ***Tyrannosaurus rex***, todos lo llamamos ***el***, pero, en verdad, todos son hembras. Y créame, no se pueden reproducir.

La pequeña velocirraptor olfateó a Tim y, después, se frotó la cabeza contra el cuello del chico. Tim lanzó una risita entrecortada.

—Quiere que la alimentes —dijo Wu.

—¿Qué come?

—Ratones. Pero acaba de comer, así que no la alimentaremos de nuevo durante un rato.

La pequeña raptor se inclinó hacia atrás, miró a Tim fijamente y de nuevo meneó con rapidez los antebrazos en el aire. Tim vio las pequeñas garras de cada mano. Después, el animalito volvió a hundir la cabeza contra el cuello del niño.

Grant se acercó y lo escudriñó críticamente. Tocó la diminuta mano armada con tres garras. Le dijo a Tim:

—¿Te importa? —Y éste dejó la raptor en las manos del paleontólogo.

Grant hizo que el animal diera una vuelta de campana y quedara patas arriba, y lo inspeccionó, mientras la pequeña lagartija se retorcía y trataba de zafarse culebreando. Después levantó el animal bien alto para observarle el perfil, y la raptor lanzó un chillido penetrante.

—No le gusta eso —dijo Regis—. No le gusta que se la aleje del contacto corporal…

La raptor todavía estaba chillando, pero Grant no le prestó atención. Le estaba apretando la cola con las yemas de los dedos, palpándole los huesos. Regis insistió:

—Doctor Grant, si no le molesta.

—No la estoy lastimando.

—Doctor Grant, estos seres no son de nuestro mundo. Vienen de una época en la que no había seres humanos que los anduvieran pinchando y golpeando.

—No la estoy pinchando ni…

—Doctor Grant. Bájela —dijo Ed Regis.

—Pero…

—***Ahora***. —Regis estaba empezando a enfadarse.

Grant le devolvió el animal a Tim. La raptor dejó de emitir chillidos. Contra

su pecho, Tim pudo sentir el corazoncito, que latía con rapidez.

—Lo lamento, doctor Grant —dijo Regis—, pero estos animales son delicados en la infancia. Hemos perdido varios como consecuencia de un síndrome postnatal de estrés, en el que creemos que hay intervención adrenocortical. A veces mueren en un lapso de cinco minutos.

Tim le hizo mimos a la pequeña raptor diciéndole:

—Está bien, chiquita. Todo está bien ahora. —El corazón seguía latiendo con rapidez.

—Creemos que es importante que a los animales que hay aquí se les trate de la manera más humanitaria —aclaró Regis—. Le prometo que tendrá todas las oportunidades para examinarla más tarde.

Pero Grant no podía mantenerse alejado. Una vez más, se acercó al animal, que seguía en brazos de Tim, observándolo con suma atención.

La pequeña velocirraptor abrió las mandíbulas y emitió un siseo ante Grant, adoptando una postura de súbita furia intensa.

—Fascinante —dijo éste.

—¿Puedo quedarme y jugar con ella? —preguntó Tim.

—En este mismo momento, no —se excusó Ed Regis, echándole un vistazo a su reloj—. Son las tres en punto y es una buena hora para que hagamos una visita al parque en sí, de modo que puedan ver a todos los dinosaurios en los hábitats que diseñamos para ellos.

Tim soltó la velocirraptor, que correteó por la habitación, tomó un trapo, se lo puso en la boca y lo tironeó del extremo libre con sus diminutas garras.

Control

Mientras caminaba de regreso a la sala de control, Malcolm se acercó a Wu:

—Tengo una sola pregunta más, doctor: ¿cuántas especies diferentes han fabricado hasta ahora?

—No estoy seguro. Creo que, en estos momentos, la cantidad es de quince. Quince especies. ¿Lo sabe usted, Ed?

—Sí, quince —asintió Ed Regis.

—¿No lo sabe ***con seguridad***? —dijo Malcolm, aparentando asombro.

—Dejé de contar después de la primera docena —sonrió Wu—. Y usted debe comprender que, a veces, creemos que tenemos un animal correctamente hecho, desde el punto de vista del ADN, que es nuestro trabajo básico, el animal crece durante seis meses y, entonces, ocurre una adversidad. Y nos damos cuenta de que hubo algún error. Un gen de liberación no está operando; una hormona no se está secretando; o hay algún otro problema en la secuencia de desarrollo. Así que tenemos que volver al tablero de dibujo con ese animal, por así decirlo. —Sonrió, agregando—: En una época yo creía que tenía más de veinte especies. Pero, ahora, no hay más que quince.

—Y una de las quince especies es un… —Malcolm se volvió hacia Grant— ¿cómo era el nombre?

—***Procompsognathus*** —informó Grant.

—¿Ustedes hicieron algunos procompsognatusos, o como quiera que se llamen? —preguntó Malcolm.

—¡Oh, sí! —dijo Wu de inmediato—. Los compis son animales muy característicos. Y fabricamos una cantidad extraordinariamente grande de ellos.

—¿Por qué?

—Bueno, porque queremos hacer del Parque Jurásico un ambiente tan real

como sea posible, tan auténtico como sea posible, y los procompsognátidos eran verdaderos carroñeros del período jurásico. Casi como los chacales. Así que quisimos tener a los compis por ahí, para hacer la limpieza.

—¿Quiere usted decir «para deshacerse de los animales muertos»?

—Sí, en caso de que los hubiera. Pero con nada más que doscientos treinta y tantos animales en nuestra población total, no tenemos muchos animales muertos de los que deshacernos. Ése no era el objetivo primordial. En realidad, queríamos a los compis para otra clase, totalmente distinta, de eliminación de residuos.

—¿Cuál?

—Bueno, en esta isla tenemos algunos herbívoros muy grandes. De manera específica hemos intentado no engendrar los saurópodos más grandes pero, aun así, obtuvimos varios animales de más de treinta toneladas que andan por ahí afuera, así como muchos otros que se hallan en el orden de las cinco a diez toneladas. Eso nos plantea dos problemas: uno es el de alimentarlos; de hecho, cada dos semanas tenemos que importar comida a la isla. No hay forma alguna de que una isla tan pequeña pueda mantener esos animales durante cualquier espacio de tiempo.

»Pero el otro problema son las excreciones. No sé si usted vio alguna vez excrementos de elefante —dijo Wu—, pero son cuantiosos. Cada rastro tiene el tamaño aproximado de una pelota de fútbol. Imagínese las deyecciones de un brontosaurio, que es diez veces más grande. Ahora imagínese los excrementos de una manada, de esos animales, como la que tenemos aquí. Y los animales más grandes no digieren sus alimentos terriblemente bien, por lo que defecan muchísimo. Y, en los sesenta millones de años transcurridos desde que los dinosaurios desaparecieron, aparentemente desaparecieron también las bacterias que se especializaban en descomponer sus excrementos. Al menos, los excrementos de saurópodo no se descomponen con facilidad.

—Ése es un problema.

—Le aseguro que lo es —afirmó Wu, sin sonreír—. Nos vimos en dificultades para tratar de resolverlo. Probablemente usted sabe que en África hay un insecto específico, el escarabajo pelotero, que come excrementos de elefante. Muchas otras especies grandes tienen seres, asociados con ellas, que evolucionaron para comer los excrementos de esas especies. Pues bien, resulta que los compis comen las deyecciones de los grandes herbívoros y las vuelven a digerir. Y los excrementos de los compis son fácilmente descompuestos por las

bacterias contemporáneas. Así que, dada una cantidad suficiente de compis, nuestro problema quedó resuelto.

—¿Cuántos compis hicieron?

—Olvidé la cantidad exacta, pero creo que el objetivo era una población de cincuenta animales. Y logramos eso, o algo que estaba muy cerca de eso. En tres tandas. Hicimos una tanda cada seis meses, hasta que tuvimos la cantidad buscada.

—Cincuenta animales —comentó Malcolm—. Son muchos para hacer su seguimiento.

—La sala de control está construida para hacer exactamente eso. Le mostrarán cómo se hace.

—Estoy seguro —contestó Malcolm—. Pero si uno de estos compis se escapase de la isla, si se evadiera…

—No se pueden evadir.

—Ya lo sé, pero supongamos que uno lo hiciera…

—¿Quiere usted decir como el animal que se encontró en la playa? —Wu alzó las cejas—. ¿El que mordió a la chica norteamericana?

—Sí, por ejemplo.

—No sé cuál será la explicación en cuanto a ese animal, pero sé que no hay posibilidad de que sea uno de los nuestros.

—¿Ni siquiera una sombra de duda?

—Ninguna. Y, una vez más, por dos razones. La primera, los procedimientos de control. A nuestros animales se les cuenta por ordenador cada pocos minutos; si faltara uno, lo sabríamos de inmediato.

—¿Y la segunda razón?

—La tierra firme está a más de ciento ochenta kilómetros de distancia. Se tarda casi un día en llegar a ella en lancha. Y, en el mundo exterior, nuestros animales morirían en un lapso de doce horas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me aseguré de que ocurriera eso, precisamente —dijo Wu, mostrando finalmente signos de irritación—. Mire, no somos estúpidos. Entendemos que estos son animales prehistóricos. Son parte de una ecología que desapareció, de una compleja trama de vida que se extinguió hace millones de años. Podrían no tener depredadores en el mundo contemporáneo, no tener impedimentos para su crecimiento. No queremos que sobrevivan en estado silvestre. Así que los fabriqué con dependencia de la lisina; introduje un gen que

produce una sola enzima defectuosa en el metabolismo de las proteínas. Como resultado, los animales no pueden elaborar el aminoácido lisina; tienen que ingerirlo desde el exterior. A menos que obtengan una fuente dietética rica en lisina exógena, provista por nosotros en forma de tabletas, entrarán en estado de coma en doce horas, y morirán. Estos animales están genéticamente diseñados para ser incapaces de sobrevivir en el mundo real. Sólo pueden vivir aquí, en el Parque Jurásico. No son libres en absoluto. Esencialmente, son nuestros prisioneros.

—Aquí está la sala de control —dijo Ed Regis—. Ahora que saben cómo se hacen los animales, querrán ver la sala desde donde se controla el parque en sí, antes de que salgamos de…

Se detuvo. A través de una ventana de vidrio grueso, la sala estaba a oscuras. Los monitores estaban apagados, con la salvedad de tres, que exhibían números que giraban y la imagen de un barco grande.

—¿Qué pasa? —preguntó Ed Regis—. ¡Oh, demonios, están atracando!

—¿Atracando?

—Cada dos semanas, el barco de suministros viene de tierra firme. Una de las cosas que esta isla no tiene es un buen puerto, ni siquiera un buen muelle. Es un tanto peliagudo hacer que el barco entre cuando hay mar gruesa. Podría tardar algunos minutos. —Dio unos golpes cortos y secos en la ventana, con los nudillos, pero los hombres que estaban dentro no le prestaron atención. Entonces dijo—: Creo que tenemos que esperar.

Ellie se volvió hacia el doctor Wu:

—Usted mencionó antes que, a veces, fabrica un animal y ese animal parece ir bien pero, cuando se desarrolla, resulta ser defectuoso…

—Sí —asintió Wu—. No creo que haya modo alguno de evitarlo. Podemos duplicar el ADN en el espacio, pero no lo podemos duplicar con toda seguridad en el tiempo. Lo que quiero decir es que el ADN que empieza en el espermatozoide y en el huevo es algo más que las especificaciones de un organismo dado; es, también, las instrucciones de cómo construirlo. Y el control. Hay mucha sincronización en el desarrollo, y no sabemos si algo está funcionando a menos que realmente veamos que un animal se desarrolla en forma correcta.

—¿Cómo saben si se está desarrollando en forma correcta? Nadie ha visto

nunca a estos animales antes —intervino Grant.

—He pensado a menudo en eso. —Wu sonrió—. Supongo que es un poco paradójico. Con el tiempo, espero, paleontólogos como usted mismo compararán nuestros animales con el registro fósil, para comprobar la secuencia de desarrollo.

—Pero el animal que acabamos de ver, el velocirraptor, ¿usted dijo que era de la especie ***mongoliensis***? —inquirió Ellie.

—Por la localización del ámbar; proviene de China.

—Interesante —comentó Grant—. Justo yo estaba desenterrando un ***antirrhopus*** muy joven… ¿Hay aquí algunos raptores adultos?

—Sí —afirmó Ed Regis, sin vacilar—. Ocho hembras adultas. Las hembras son las verdaderas cazadoras. Cazan en manada, como sabe.

—¿Las veremos en nuestra gira?

—No —contestó Wu, dando la impresión de estar súbitamente incómodo. Y se produjo un silencio embarazoso. Wu miró a Regis.

—No por un tiempo —añadió Regis de buena gana—. Los velocirraptores todavía no se han integrado en el ambiente del parque. Los mantenemos en un redil de retención.

—¿Puedo verlos ahí? —preguntó Grant.

—Sí, claro, por supuesto. A decir verdad, mientras aguardamos —le echó un vistazo a su reloj—. Podría interesarle a usted hacer un recorrido y echarles un vistazo.

—Por cierto que sí.

—Sin duda —confirmó Ellie.

—Yo quiero ir también —terció Tim con avidez.

—Vayan simplemente hasta la parte de atrás de este edificio, pasando la instalación de apoyo, y verán el redil. Pero no se acerquen demasiado a la cerca. ¿Quieres ir también? —le preguntó a la niña.

—No —contestó Lex. Miró a Regis como evaluándolo, y dijo—: ¿Quieres jugar un poco a los palillos? ¿Arrojar algunos?

—¡Pues claro! ¿Por qué tú y yo no vamos abajo y hacemos justamente eso, mientras esperamos que se abra la sala de control?

Junto con Ellie y Malcolm, Grant dio la vuelta a la parte trasera del edificio principal, con el niño pegado a ellos. A Grant le gustaban los chicos; resultaba

imposible que no le gustase un grupo tan abiertamente entusiasta de los dinosaurios. Grant solía observar a los grupos de chicos en los museos, cuando contemplaban, boquiabiertos, los enormes esqueletos que se alzaban ante ellos. Se preguntaba qué era lo que representaba realmente la fascinación de esos niños. Al final, decidió que a los chicos les gustaban los dinosaurios porque esos gigantescos seres personificaban la fuerza incontrolable de la autoridad importante y amenazadora. Eran padres simbólicos. Fascinantes y aterradores, como los padres. Y los niños los amaban, así como amaban a sus padres.

Grant también sospechaba que ése era el motivo de que incluso niños pequeños aprendieran los nombres de los dinosaurios. Nunca dejaba de asombrarle que un niño de tres años dijera, con su voz chillona, ***«¡Stegosaurus!»***. Decir esos nombres complicados era una manera de ejercer poder sobre los gigantes, una manera de tenerlos bajo control.

—¿Qué sabes de los velocirraptores? —le pregunto Grant a Tim para darle conversación.

—Es un carnívoro pequeño que cazaba en manada, como el ***Deinonychus*** —contestó Tim.

—Eso es —respondió Grant—, aunque Deinonychus es considerado en la actualidad de los velocirraptores. Y la prueba de cazar en manada es por completo circunstancial. Deriva, en parte, del aspecto de los animales, que eran rápidos y fuertes, pero pequeños para ser dinosaurios: nada más que unos setenta a ciento cuarenta kilos cada uno. Suponemos que cazaban en grupos, si es que pretendían abatir presas más grandes. Y hay algunos hallazgos de fósiles en los que un solo animal de presa está junto con varios esqueletos de raptor, lo que sugiere que cazaban en manadas. Y, claro está, los raptores tenían cerebro grande, eran más inteligentes que la mayoría de los dinosaurios.

—¿Muy inteligentes? —preguntó Malcolm.

—Depende de a quién le hables. Así como los paleontólogos han llegado a la idea de que los dinosaurios probablemente tenían sangre caliente, muchos de nosotros estamos empezando a creer que algunos de ellos pudieron haber sido bastante inteligentes también. Pero nadie lo sabe con seguridad.

Dejaron atrás el sector para visitantes y pronto oyeron el fuerte zumbido de los generadores, y olieron el opresivo olor de la gasolina. Pasaron un bosquecillo de palmeras y vieron una barraca grande y baja, de hormigón, que tenía techo de acero. El ruido parecía provenir de allí.

—Tiene que ser un generador, sugirió Ellie.

—Es grande —opinó Grant, atisbando en el interior.

En realidad, la planta motriz se extendía dos pisos por debajo del nivel del suelo. Un vasto complejo de gimientes turbinas, y de cañerías que penetraban en la tierra, el conjunto iluminado por deslumbrantes lámparas eléctricas.

—No pueden necesitar todo esto nada más que para un centro de recreo —terció Malcolm—. Aquí están generando suficiente energía para una ciudad pequeña.

—¿Quizá sea para los ordenadores?

—Quizá.

Grant oyó un balido y caminó algunos metros hacia el Norte. Llegó hasta un cercado que contenía cabras. Mediante un rápido cómputo, estimó que había cincuenta o sesenta cabras.

—¿Para qué es eso? —preguntó Ellie.

—Ni idea.

—Probablemente se las dan de comer a los dinosaurios —aventuró Malcolm.

El grupo siguió caminando por un polvoriento sendero de ladrillo que pasaba a través de un denso matorral de bambúes. Al otro lado vieron una cerca doble, reforzada, de unos cuatro metros de altura y hecha de eslabones, con espirales de alambre de púas en la parte superior. A lo largo de la cerca exterior se oía un zumbido eléctrico.

Más allá de las cercas, Grant vio densos apiñamientos de helechos grandes, de un metro y medio de alto. Oyó un resoplido, una especie de husmeo. Después, el sonido crujiente de pisadas que aplastaban follaje, y que se acercaban.

Luego, un prolongado silencio.

—No veo nada —susurró Tim, finalmente.

—Ssshhh.

Grant esperó. Pasaron varios segundos. Algunas moscas revoloteaban por el aire. Todavía no veía cosa alguna.

Ellie le golpeó suavemente en el hombro y señaló con el dedo.

Entre los helechos, Grant vio la cabeza de un animal. Estaba inmóvil, parcialmente escondido en las frondas, los dos grandes ojos oscuros observándoles con frialdad.

La cabeza tenía algo más de medio metro de largo. Desde un hocico rematado en punta, una larga hilera de dientes se extendía hacia atrás, hasta el agujero del meato auditivo, que actuaba a guisa de oído. A Grant la cabeza le recordaba la de una lagartija grande o, quizá, la de un cocodrilo. Los ojos no

pestañeaban y el animal no se movía. Su piel era coriácea, con textura granulosa y, básicamente, la misma coloración que la del ejemplar juvenil, amarillo-marrón con marcas rojizas más oscuras, como las bandas de un tigre.

Mientras Grant observaba, un solo miembro superior se extendió hacia arriba muy lentamente, para apartar los helechos que había al lado de la cara del animal. El miembro, pudo ver Grant, estaba dotado de músculos fuertes. La mano tenía tres dedos prensiles, cada uno rematado en garras curvas. Suave, lentamente, la mano empujó a un lado los helechos.

Grant sintió escalofríos y pensó: «Nos está cazando».

Para un mamífero como el hombre, había algo indescriptiblemente antinatural en el modo en que los reptiles cazaban sus presas. No sin razón el hombre odiaba a los reptiles: la inmovilidad, la frialdad, el ***ritmo***, todo, estaba mal. Encontrarse entre cocodrilos u otros reptiles grandes era recordar una clase diferente de vida, ahora desaparecida de la Tierra. Naturalmente, ese animal no se dio cuenta de que lo habían localizado, de que…

El ataque llegó en forma repentina, desde la izquierda y la derecha. Los animales, corriendo a la carga, cubrieron los nueve metros que había hasta la cerca con desconcertante velocidad.

Grant tuvo la borrosa impresión de cuerpos poderosos de un metro ochenta de alto, de rígidas colas que los equilibraban, de patas armadas con garras curvas, de mandíbulas abiertas con hileras de dientes de sierra.

Los animales gruñían mientras avanzaban y, después, saltaron a la vez, levantando sus patas traseras armadas con esas grandes garras que parecían dagas. Enseguida chocaron contra la cerca que tenían frente a ellos, despidiendo dos estallidos simultáneos de chispas calientes.

Los velocirraptores cayeron al suelo de espaldas, siseando. Todos los visitantes se desplazaron hacia delante, fascinados. Sólo entonces atacó el tercer animal, dando un salto, para chocar contra la cerca a la altura del pecho. Tim lanzó un alarido de terror, cuando las chispas estallaron a su alrededor. Las bestias emitieron un siseo bajo de reptil, giraron sobre sí mismas y brincaron hacia atrás, para volver a meterse entre los helechos. Después, desaparecieron, dejando detrás de ellas un tenue olor de podredumbre, y un humo acre que quedó flotando en el aire.

—***¡La gran mierda!*** —exclamó Tim.

—Fue tan rápido —dijo Ellie.

—Cazadores en manada —agregó Malcolm. Su voz denotaba admiración—.

Cazadores en manada para los cuales la emboscada es un instinto… Fascinante.

—Terrorífico —murmuró Ellie.

—Yo no diría que son tremendamente inteligentes —dijo Malcolm.

Al otro lado de la cerca oyeron resoplidos entre las palmeras. Varias cabezas surgieron lentamente del follaje. Grant contó tres… cuatro… cinco…

Los animales les observaban. Contemplándoles fríamente.

Un negro con un mono de trabajo llegó corriendo hasta ellos:

—¿Están bien?

—Estamos bien —dijo Grant.

—Las alarmas se activaron. —El hombre miró la cerca, torcida y chamuscada—. ¿Ellos les atacaron?

—Tres de ellos lo hicieron, sí.

El negro asintió con la cabeza:

—Lo hacen una y otra vez. Golpean la cerca, reciben una sacudida eléctrica. Nunca parece importarles.

—No son demasiado inteligentes, ¿verdad? —dijo Malcolm.

El negro vaciló. A la luz de la tarde miró a Malcolm con los ojos entrecerrados y repuso:

—Dé gracias de que haya estado esa cerca, señor —contestó, y volvió la cabeza.

Desde el principio hasta el final, todo el ataque no pudo producirse en más de seis segundos. Grant todavía estaba tratando de organizar sus impresiones. La velocidad era pasmosa; los animales eran tan rápidos que apenas sí los había visto desplazarse.

Mientras caminaban de regreso, Malcolm dijo:

—Son notablemente rápidos.

—Sí —dijo Grant—. Mucho más rápidos que cualquier reptil viviente. Un aligátor toro se puede desplazar con rapidez, pero sólo una corta distancia, un metro cincuenta o un metro ochenta. Los lagartos grandes como los dragones de Komodo, de metro y medio de largo, de Indonesia, avanza a velocidades que, medidas con cronómetro, son de cincuenta kilómetros por hora, lo suficientemente rápido como para perseguir y capturar a un hombre. Y matan hombres sin descanso. Pero yo opinaría que el animal que estaba detrás de la cerca corría más del doble de esa velocidad.

—La velocidad de un guepardo —dijo Malcolm—, noventa y siete, ciento diez kilómetros por hora.

—Exactamente. Pero parecieron lanzarse por el aire hacia delante —señaló—. Casi como pájaros.

—Sí.

En el mundo contemporáneo, únicamente mamíferos muy pequeños, como la mangosta, que lucha con cobras, tenía reacciones tan rápidas. Mamíferos pequeños y, por supuesto, pájaros; el pájaro secretario de África que es un cazador de serpientes, o el casuario. A decir verdad, el velocirraptor transmitía la misma impresión de amenaza letal, veloz, que Grant había visto en el casuario, el pájaro parecido a un avestruz, pero con garras, de Nueva Guinea.

—Así que estos velocirraptores parecen reptiles, con la piel salpicada de bultitos y el aspecto general de reptiles, pero se mueven como pájaros, con la velocidad y la inteligencia depredadora de pájaros. ¿Es más o menos así? —dijo Malcolm.

—Sí —aprobó Grant—. Diría que exhiben una mezcla de rasgos.

—¿Eso le sorprende?

—En realidad, no. A decir verdad, se aproxima mucho a lo que los paleontólogos creían hacía mucho tiempo.

Cuando se encontraron los primeros huesos gigantescos, en las décadas de 1820 y 1830, los científicos se sintieron impulsados a explicar los huesos como pertenecientes a alguna variedad sobredimensionada de una especie moderna. Eso se debió a que se tenía la creencia de que ninguna especie podría extinguirse, ya que Dios no habría de permitir que una de sus creaciones muriera.

Con el tiempo, resultó claro que este concepto de Dios era erróneo y que los huesos pertenecían a animales ahora extinguidos pero ¿qué clase de animales?

En 1842, Richard Owen, el principal anatomista británico de su época, los llamó Dinosauria, que significa «lagartos terribles». Owen reconoció que los dinosaurios parecían combinar características de lagartijas, cocodrilos y pájaros. En particular, la cadera de los dinosaurios era parecida a la de los pájaros, no a la de las lagartijas. Y, a diferencia de las lagartijas, muchos dinosaurios parecían mantenerse erguidos. Owen imaginó que los dinosaurios eran seres activos, de movimientos rápidos, y su punto de vista se aceptó durante los cuarenta años

siguientes.

Pero, cuando se desenterraron hallazgos verdaderamente gigantescos —animales que habían pesado cien toneladas en vida—, los científicos empezaron a considerar a los dinosaurios como gigantes estúpidos, de movimientos lentos, destinados a la extinción. La imagen del reptil de sangre fría, lerdo, predominó gradualmente sobre la imagen del pájaro de movimientos rápidos. En años recientes, científicos como Grant habían empezado a desplazarse hacia la idea de dinosaurios más activos. Los colegas de Grant le consideraban drástico en su concepto de la conducta de los dinosaurios. Pero, ahora, Grant tenía que admitir que ni sus propios conceptos llegaban a aproximarse a la realidad de estos grandes e increíblemente veloces cazadores.

—En realidad, a lo que yo estaba apuntando era a esto —dijo Malcolm—, ¿es éste, para usted, un animal convincente? ¿Es, de hecho, un dinosaurio?

—Diría que sí, sí.

—¿Y la conducta de ataque coordinado…?

—Cabía esperarla. Según los registros fósiles, manadas de velocirraptores eran capaces de derribar animales que pesaban mil toneladas, como el Tenontosaurus, que podía correr tan deprisa como un caballo. ¿Para eso se precisaría coordinación?

—¿Cómo hacen eso sin un lenguaje?

—¡Oh, el lenguaje no es necesario para efectuar una cacería coordinada! —intervino Ellie—. Los chimpancés lo hacen todo el tiempo. Un grupo de chimpancés se acerca con cautela a un mono más pequeño y lo mata. Toda la comunicación se hace a través de los ojos.

—¿Y esos dinosaurios nos estaban atacando de verdad? —preguntó Malcolm.

—Así lo creo.

—El motivo de mi pregunta —siguió Malcolm— es que tengo entendido que los depredadores grandes, como los leones y los tigres, no son antropófagos innatos. ¿No es cierto? Estos animales tienen que haber aprendido en algún momento de su vida que es fácil matar a los seres humanos. Sólo después se convirtieron en antropófagos.

—Sí, creo que es así —asintió Grant.

—Bueno, estos dinosaurios tienen que ser todavía más reacios que los leones y los tigres. Después de todo, provienen de una época en la que los seres humanos y los grandes mamíferos ni siquiera existían. Sólo Dios sabe lo que

piensan cuando nos ven. Así que me pregunto, ¿han aprendido, en algún momento, que es fácil matar a los seres humanos?

El grupo permaneció en silencio mientras caminaba.

—Sea como fuere —dijo Malcolm—, estoy interesado en extremo por ver ahora la sala de control.

Versión 4.4

—¿Hubo algún problema con el grupo? —preguntó Hammond.

—No —contestó Henry Wu—. No hubo problema en absoluto.

—¿Aceptaron sus explicaciones?

—¿Por qué no habrían de hacerlo? Todo es bastante sencillo, a grandes rasgos. Son sólo algunos detalles los que resultan escabrosos. Y yo quería hablar de los detalles con usted; hoy no puede pensar en ello como en una cuestión de estética.

John Hammond arrugó la nariz, como si oliese algo desagradable:

—¿Estética? —repitió.

Estaban en pie en la sala de estar de la elegante casa de campo de Hammond, ubicada detrás de las palmeras, en el sector norte del parque. La sala estaba bien ventilada y era confortable, dotada de media docena de monitores de televisión que mostraban los animales en el parque. La carpeta que llevaba Wu, en la que, marcado con un sello, decía DESARROLLO DE ANIMALES: VERSIÓN 4.4, estaba sobre la mesa de café.

Hammond miraba al genetista con aire paternal, paciente. Wu, con treinta y tres años de edad, era muy consciente de que había trabajado para Hammond durante toda su vida profesional: Hammond le había contratado en cuanto salió de la escuela universitaria para graduados.

—Por supuesto, también hay consecuencias prácticas —continuó Wu—. Realmente pienso que debe usted tomar en consideración mis recomendaciones para la fase dos. Debemos ir a la versión 4.4.

—¿Quiere remplazar todas las cepas actuales de animales? —preguntó Hammond.

—Sí, eso quiero.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en ellas?

—Nada, salvo que son dinosaurios verdaderos.

—Eso es lo que pedí, Henry —dijo Hammond, sonriendo—. Y eso es lo que me diste.

—Lo sé. Pero, verá usted… —Vaciló. ¿Cómo le podía explicar eso a Hammond? El anciano prácticamente nunca visitaba la isla. Y lo que Wu estaba tratando de comunicar era una situación peculiar—. En este mismo momento, mientras estamos aquí, casi nadie, en todo el mundo, ha visto alguna vez un dinosaurio verdadero. Nadie sabe cuál es su aspecto verdadero.

—Así es…

—Los dinosaurios que ahora tenemos son verdaderos —prosiguió Wu, señalando las pantallas que había alrededor de la sala—, pero, en ciertos aspectos, no son satisfactorios. No son convincentes. Los podría fabricar mejor.

—¿Mejor en qué sentido?

—En primer lugar, se desplazan demasiado deprisa. La gente no está habituada a ver animales grandes que sean tan ágiles. Temo que los visitantes crean que los dinosaurios aparentan estar acelerados, como en una película que pasa demasiado rápido.

—Pero, Henry, estos son dinosaurios verdaderos. Tú mismo lo dijiste.

—Lo sé, pero nos resultaría fácil generar dinosaurios más lentos, más domesticados.

—¿Dinosaurios ***domesticados***? —resopló Hammond—. Nadie quiere dinosaurios domesticados, Henry. Quieren la realidad.

—Ésa es la cuestión: no creo que la quieran. Quieren ver lo que satisfaga sus expectativas, que es algo completamente distinto.

Hammond fruncía el entrecejo.

—Usted mismo lo dijo, John, este es un parque de entretenimiento. Y el entretenimiento nada tiene que ver con la realidad. El entretenimiento es la antítesis de la realidad.

Hammond suspiró:

—Pero, Henry, ¿vamos a tener otra de esas discusiones abstractas? Sabes que me gusta mantener las cosas sencillas. Los dinosaurios que tenemos ahora son reales, y…

—Bueno, no exactamente —lo interrumpió Wu. Recorrió la sala de punta a punta; señaló los monitores—. No creo que nos debamos engañar. Aquí no hemos ***vuelto a crear*** lo pasado. Lo pasado ya no está. Nunca se puede volver a

crear. Lo que hemos hecho es ***reconstruir*** lo pasado o, al menos, una variación sobre lo pasado, una versión de lo pasado. Y estoy diciendo que puedo hacer una versión mejor.

—¿Mejor que la real?

—¿Por qué no? Después de todo, estos animales ya están modificados. Hemos introducido genes para hacer que sean patentables y les hemos creado la dependencia de la lisina. Y hemos hecho todo lo que hemos podido para favorecer el crecimiento y para acelerar el desarrollo hasta llegar al estado adulto.

Hammond se encogió de hombros:

—Eso era inevitable. No quisimos esperar. Tenemos inversores en los que pensar.

—Por supuesto. Pero lo único que estoy diciendo es, ¿por qué detenernos aquí? ¿Por qué no avanzar más, para hacer exactamente la clase de dinosaurio que nos gustaría ver? ¿Uno que fuera más aceptable para los visitantes, y que nos resultara más fácil de manejar? ¿Una versión más lenta, más dócil, para nuestro parque?

Hammond frunció el entrecejo:

—Pero entonces los dinosaurios no serían reales —adujo.

—Es que no lo son ahora. Eso es lo que estoy tratando de decirle. No hay realidad alguna aquí.

Se encogió de hombros, en un gesto de impotencia: podía ver que no lograba explicarse. A Hammond nunca le habían interesado los detalles técnicos, y la esencia de esa discusión era técnica. ¿Cómo le podía explicar la realidad de los experimentos fallidos con el ADN, los emparchados, los vacíos en la secuencia que se había visto obligado a rellenar sobre la base de las mejoras que lograba hacer pero, así y todo, no siendo más que suposiciones? El ADN de los dinosaurios era como viejas fotografías a las que se había retocado; básicamente, lo mismo que el original pero, en algunas partes, reparadas y emparejadas y, como resultado…

—Vamos, Henry —dijo Hammond, pasando el brazo alrededor del hombro de Wu—, si no te importa que lo diga, creo que te estás acobardando. Estuviste trabajando muy intensamente durante mucho tiempo e hiciste un trabajo sensacional, un trabajo sensacional, y ya es momento de que les revele a algunas personas lo que conseguiste. Es natural estar un poco nervioso. Tener algunas dudas. Pero estoy convencido, Henry, de que el mundo estará enteramente

satisfecho. Enteramente satisfecho.

Al tiempo que hablaba, Hammond conducía a Wu hacia la puerta.

—Pero, John, ¿recuerda, allá por el 1987, cuando empezamos a construir los dispositivos de contención? Todavía no teníamos adultos desarrollados del todo, de modo que debíamos predecir lo que habríamos de necesitar: ordenamos aturdidores táser grandes, vehículos en los que se habían montado pinchos para ganado, lanzadores que despedían redes eléctricas. Todo ello construido de acuerdo con nuestras especificaciones. Ahora tenemos toda una panoplia de dispositivos… y todos ellos son demasiado lentos. Tenemos que introducir algunos ajustes. ¿Sabe usted que Muldoon quiere equipo militar, misiles «TOW» y dispositivos guiados por láser?

—Dejemos a Muldoon fuera de esto —repuso Hammond—. No estoy preocupado. No es nada más que un zoológico, Henry.

El teléfono sonó, y Hammond fue a atenderlo. Wu trató de pensar en otra forma de insistir en su argumento. Pero el hecho era que, después de cinco largos años, el Parque Jurásico estaba a punto de ser una realidad, y John Hammond sencillamente ya no estaba escuchando lo que Wu pudiera decirle.

Hubo una época en la que Hammond le escuchaba con mucha atención. En especial cuando Wu estaba recién reclutado, en los días en que era un licenciado de Biología de veintiocho años que trabajaba en su tesis de doctorado en Stanford, en el laboratorio de Norman Atherton.

La muerte de Atherton había precipitado el laboratorio en la confusión, así como en la aflicción. Nadie sabía qué iba a ocurrir con la provisión de fondos o con los programas para el doctorado. Había mucha incertidumbre; la gente estaba preocupada por su carrera.

Dos semanas después del funeral, John Hammond fue a ver a Wu. Todos los del laboratorio sabían que Atherton había tenido algún tipo de vínculo con Hammond, aunque los detalles nunca estuvieron claros. Pero Hammond se le había acercado a Wu de manera tan directa, que éste nunca lo olvidó:

—Norman siempre decía que usted era el mejor genetista de su laboratorio —había dicho—. ¿Cuáles son sus planes ahora?

—No sé. Investigación.

—¿Quiere un nombramiento en la Universidad?

—Sí.

—Es un error —contestó Hammond con energía—. Al menos, lo es si usted respeta su talento.

Wu parpadeó:

—¿Por qué?

—Porque, enfrentemos los hechos, las Universidades ya no son los centros intelectuales del país. La idea en sí es absurda. Las Universidades son el agua estancada. No se sorprenda tanto. No le estoy diciendo nada que usted no sepa. Desde la Segunda Guerra Mundial, todos los descubrimientos verdaderamente importantes salieron de laboratorios privados: el láser, el transistor, la vacuna contra la polio, el microprocesador, el holograma, el ordenador personal, la obtención de imágenes por resonancia magnética, las exploraciones por tomografía computarizada…, la lista sigue indefinidamente. Las Universidades, sencillamente, no están más donde ocurren las cosas, y no lo han estado durante cuarenta años. Si usted quiere hacer algo importante en los ordenadores o en la genética, no vaya a una Universidad. Por Dios, no.

Wu descubrió que no podía articular palabra.

—¡Cielo santo! —decía Hammond—, ¿por qué cosas debe pasar usted para iniciar un nuevo proyecto? ¿Cuántas solicitudes de beca, cuántos formularios, cuántas aceptaciones? ¿La comisión de iniciativas? ¿El director de departamento? ¿El comité de asignación de recursos de la Universidad? ¿Cómo consigue más espacio para trabajar, si lo precisa? ¿Más ayudantes, si los necesita? ¿Cuánto tiempo tarda en conseguir todo eso? Un hombre brillante no puede malgastar un tiempo precioso con formularios y comités. La vida es demasiado corta, y el ADN demasiado largo. Usted quiere dejar su huella. Si quiere que algo se haga, manténgase alejado de las Universidades.

En aquellos días, Wu quería con desesperación dejar su huella. John Hammond atrapó toda su atención:

—Estoy hablando de trabajo —proseguía Hammond—. Verdaderos logros. ¿Qué necesita un científico para trabajar? Necesita tiempo, y necesita dinero. Estoy hablando de darle un encargo por cinco años, y diez millones al año como fondos. Cincuenta millones de dólares, y nadie le dice cómo gastarlos. Usted decide. Todo lo demás, sencillamente, no le obstaculiza el camino.

Era demasiado bueno para ser cierto. Wu quedó silencioso durante largo rato. Finalmente preguntó:

—¿A cambio de qué?

—Por intentar hacer lo imposible —contestó Hammond—. Por intentar algo

que, probablemente, no se puede hacer.

—¿En qué consiste?

—No le puedo dar detalles, pero, en rasgos generales, la tarea supone hacer la clonación de reptiles.

—No creo que sea imposible. Los reptiles son más fáciles que los mamíferos. Es probable que la obtención de clones sólo tarde diez, quince años en conseguirse. Siempre y cuando se logren algunos avances fundamentales.

—Tengo cinco años —le contestó Hammond—. Y mucho dinero, para alguien que quiera hacer el intento ahora.

—¿Mi trabajo se va a poder publicar?

—Con el tiempo.

—No inmediatamente.

—No.

—¿Pero, con el tiempo, se podrá publicar? —insistió, sin irse por las ramas.

Hammond se rio:

—No se preocupe, todo el mundo sabrá lo que usted hizo, se lo prometo.

Y ahora parecía que, en verdad, todo el mundo lo iba a saber, pensaba Wu. Después de cinco años de extraordinario esfuerzo, se encontraban justo a un año de distancia de la inauguración del parque para el público. Por supuesto, esos años no habían transcurrido del modo exacto prometido por Hammond. Wu tuvo algunas personas que le decían qué hacer y, muchas veces, se vio sometido a terribles presiones. Y el trabajo en sí varió; ni siquiera se trataba de hacer la clonación de reptiles, una vez que empezaron a entender que los dinosaurios eran tan parecidos a los pájaros. Era clonación de aves, una propuesta muy diferente. Mucho más difícil. Y, durante los dos últimos años, Wu fue, primordialmente, un administrador, supervisando grupos de investigadores y bancos de secuenciadores computarizados de genes. La administración no era la clase de trabajo que deleitaba a Wu; eso no era lo que él había pactado.

Y, aun así, tuvo éxito. Hizo lo que nadie realmente creía que se pudiera hacer, no en tan breve lapso por lo menos. Y Henry Wu pensaba que le correspondían algunos derechos, que debía tener voz y voto en lo que sucedía, en virtud de sus conocimientos y de sus esfuerzos. En vez de eso encontró que su influencia se desvanecía conforme pasaban los días: los dinosaurios existían. Los procedimientos para obtenerlos se habían resuelto hasta el punto de volverse

rutinarios. Las técnicas estaban maduras… y John Hammond ya no necesitaba a Henry Wu.

—Así estará bien —decía Hammond, hablando por teléfono. Escuchaba un poco y sonreía a Wu—. Espléndido. Sí, espléndido.

Colgó.

—¿Dónde habíamos quedado, Henry?

—Estábamos hablando de la fase dos —repuso Wu.

—Ah, sí. Ya tratamos antes este asunto, Henry…

—Lo sé, pero usted no se da cuenta…

—Discúlpame, Henry —dijo Hammond, con un asomo de impaciencia en la voz—, sí me doy cuenta. Y debo decírtelo con franqueza, Henry, no veo motivo alguno para mejorar la realidad. Cada cambio que debimos introducir en el genoma nos fue impuesto por la legislación o por la necesidad. Puede que hagamos otros cambios en el futuro, para resistir las enfermedades o por alguna otra razón. Pero no creo que debamos mejorar la realidad nada más que porque pensemos que es mejor de esa manera. En estos momentos tenemos dinosaurios verdaderos ahí fuera. Eso es lo que la gente quiere ver. Y eso es lo que debe ver. Es nuestra obligación, Henry. Eso es honesto, Henry.

Y, sonriendo, Hammond le abrió la puerta para que saliese.

Control

Grant miró todos los monitores de ordenador de la oscurecida sala de control, sintiéndose irritado: no le gustaban los ordenadores. Sabía que eso le convertía en anticuado, pasado de moda como investigador, pero no le importaba. Algunos de los muchachos que trabajaban para él tenían verdadera sensibilidad para los ordenadores, una intuición. Grant nunca sintió eso; encontraba que eran maquinitas engañadoras, extrañas. Hasta la distinción fundamental entre sistema operativo y aplicación le dejaba confuso y descorazonado, literalmente perdido en una geografía ajena a él, que no podía entender. Pero observó que Gennaro estaba perfectamente cómodo y Malcolm parecía encontrarse en su elemento, emitiendo ruiditos de husmeo, como un sabueso que sigue una pista.

—Ustedes quieren saber cosas sobre los mecanismos de control —decía John Arnold, girando en su silla. El ingeniero jefe era un hombre delgado, tenso, de cuarenta y cinco años, que fumaba un cigarrillo tras otro. Miró de soslayo a las demás personas que le acompañaban en la sala—. Poseemos mecanismos increíbles de control —aseguró, y encendió otro cigarrillo más.

—Por ejemplo… —insinuó Gennaro.

—Por ejemplo, el seguimiento de animales. —Arnold apretó un botón de su consola y el mapa vertical de vidrio se encendió, exhibiendo un patrón de líneas azules en forma de diente de sierra—. Ése es nuestro T-rex joven. El «rexito». Todos los movimientos que hizo dentro del parque, en el transcurso de las veinticuatro últimas horas. —Arnold apretó el botón otra vez—. Veinticuatro anteriores. —Y otra vez—. Veinticuatro anteriores.

Las líneas del mapa se superponían, formando una trama densa, el garabato de un chico. Pero el garabato estaba localizado en un solo sector, cerca del margen sudeste de la laguna.

—Con el tiempo se desarrolla una percepción del ámbito que prefiere para vivir —continuó Arnold—. Es joven, ven, así que permanece cerca del agua. Y se mantiene alejado del rex adulto grande. Representen las posiciones del rex grande y del rexito, y verán que sus caminos nunca se cruzan.

—Así que puede mantener el seguimiento de todo este… —comenzó Gennaro.

—Todo almacenado en la memoria —completó Arnold.

—¿Dónde está el rex grande, en este preciso instante? —preguntó Gennaro.

Arnold apretó otro botón; del mapa desaparecieron las líneas anteriores y, en los campos situados al noroeste de la laguna, apareció un solo punto brillante que tenía un número de código:

—Está precisamente ahí.

—¿Y el rex pequeño?

—Demonios, le mostraré cada animal que hay en el parque —dijo Arnold. El mapa empezó a encenderse como un árbol de Navidad: muchísimos puntos de luz, cada uno rotulado con un número de código—. Contados a partir de este minuto, tenemos doscientos treinta y ocho animales.

—¿Con cuánta precisión?

—Dentro del metro cincuenta. —Arnold inhaló el humo del cigarrillo—. Expresémoslo de este modo; si sale al parque conduciendo un vehículo, encontrará los animales precisamente en ese sitio, y exactamente como se los muestra el mapa.

—¿Con cuánta frecuencia se actualiza esto?

—Cada treinta segundos. Tenemos sensores de movimiento distribuidos por todo el parque —continuó Arnold—. La mayoría de ellos envían su información por un cable; otros son medidos a distancia por radio. Por supuesto, los sensores de movimiento, por regla general, no establecen distinción entre las especies, pero obtenemos reconocimiento visual directo a través de las cámaras de televisión. Aun cuando no estemos observando los monitores de televisión, el ordenador lo está haciendo. Y comprobando dónde está todo el mundo.

—¿El ordenador comete errores alguna vez?

—Nada más que con los bebés; a veces los mezcla, porque dan imágenes muy pequeñas. Pero no perdemos la calma por eso. Los bebés casi siempre se mantienen cerca de las manadas de adultos. También contamos con el contador de categorías.

—¿Qué es eso?

—Una vez cada quince minutos, el ordenador hace el recuento de los animales pertenecientes a todas las categorías. De esta manera:

Total de Animales	238		
Especies	Esperados	Hallados	Ver.
Tyrannosaurus	2	2	4.1
Maiasaurus	21	21	3.3
Stegosaurus	4	4	3.9
Triceratops	8	8	3.1
Procompsognathida	49	49	3.9
Othnielia	16	16	3.1
Velocirraptor	8	8	3.0
Apatosaurus	17	17	3.1
Hadrosaurus	11	11	3.1
Dilophosaurus	7	7	4.3
Pterosaurus	6	6	4.3
Hypsilophodontida	33	33	2.9
Euoplocephalida	16	16	4.0
Styracosaurus	18	18	3.9
Microceratops	22	22	4.1
Total	238	238	

»Lo que ven aquí es un procedimiento de cómputo completamente aparte. No se basa en los datos del seguimiento. Es una visión nueva. Toda la idea es que el ordenador no puede cometer un error, porque observa los datos de dos maneras diferentes. Si faltara un animal, lo sabríamos en un lapso de cinco minutos.

—Entiendo —dijo Malcolm—. ¿Y alguna vez se hizo un ensayo real de eso?

—Bueno, en cierto sentido: algunos animales murieron. Un othnielia quedó agarrado en las ramas de un árbol y se estranguló. Uno de los stegos murió de esa enfermedad intestinal que los sigue afectando. Uno de los hipsilofodontes se cayó y se rompió el cuello. Y, en cada caso, una vez el animal dejaba de moverse, los números dejaban de contar y el ordenador mandaba una señal de alerta.

—Al cabo de cinco minutos.

—Sí.

—¿Qué es la columna de la derecha? —preguntó Grant.

—La versión de lanzamiento de los animales. La mayoría de ellos son de la versión 4.1 o de la 4.3. Estamos pensando en pasar a la versión 4.4.

—¿Números de versión? ¿Quieren decir que es como en los programas de ordenador? ¿Nuevos lanzamientos?

—Bueno, sí. Es como programas de ordenador, en cierto sentido. A medida que descubrimos los defectos en el ADN, los laboratorios del doctor Wu tienen que hacer una nueva versión.

A Grant le angustiaba la idea de que a seres vivos se les numerara como programas de ordenador, que se les sometiera a actualizaciones y a correcciones. No podía decir con exactitud por qué —era un pensamiento demasiado reciente—, pero instintivamente se sintió inquieto por ello. Eran, después de todo, seres vivos…

Arnold debió de advertir su expresión, porque dijo:

—Mire, doctor Grant, no tiene sentido ponerse melancólico por estos animales. Es importante para todo el mundo recordar que fueron creados. Creados por el hombre. A veces hay defectos. Entonces, cuando descubrimos los defectos, los laboratorios del doctor Wu tienen que hacer una versión nueva. Y necesitamos hacer el seguimiento de esa versión que tenemos ahí afuera.

—Sí, sí, claro que lo hacen —intervino Malcolm, impaciente—. Pero, volviendo a la cuestión de recuento, entiendo que todos los cómputos se basan en sensores de movimientos.

—Sí.

—¿Y esos sensores están distribuidos por todo el parque?

—Cubren el noventa y dos por ciento de la superficie del parque. Hay sólo unos pocos lugares en los que no los podemos usar por ejemplo, en el río de la jungla, porque el movimiento del agua y la convección que sube de la superficie confunden a los sensores pero los tenemos por todos los demás sitios, prácticamente y, si el ordenador sigue a un animal que penetra en una zona carente de sensor, lo recuerda y busca para ver si el animal salió de nuevo. Si el animal no sale, nos da una señal de alarma.

—¿Así que pueden seguir muy bien a estos animales?

—Sí, muy bien.

—Ahora bien —dijo Malcolm—. Usted muestra cuarenta y nueve procompsognátidos. Supongamos que sospecho que algunos de ellos realmente no son de la especie correcta, ¿cómo me demostrarían que estoy equivocado?

—De dos maneras: ante todo, puedo hacer el seguimiento de desplazamientos individuales, comparándolo con el de otros presuntos compis. Los compis son animales sociales, se desplazan en grupo. Tenemos dos grupos de compis en el parque, de modo que los individuos deben de estar dentro del grupo A o del grupo B.

—Sí, pero…

—La otra manera es la comprobación visual directa —prosiguió Arnold. Apretó botones y uno de los monitores empezó a pasar con rapidez fotografías de compis, numeradas de 1 a 49.

—Estas fotografías son…

—Imágenes actuales de ID. Provenientes de lo ocurrido dentro de los cinco últimos minutos.

—¿Así que pueden ver todos los animales, si así lo desean?

—Sí. Cada vez que lo quiera, puedo revistar todos los animales en forma visual.

—¿Y qué pasa con la contención física? —preguntó Gennaro—. ¿Pueden salir de sus cotos cerrados?

—Absolutamente no. Estos son animales caros, señor Gennaro. Los cuidamos muy bien. Mantenemos múltiples barreras: primera, los fosos. —Apretó un botón, y el tablero se encendió con una red de barras anaranjadas—. Estos fosos nunca tienen menos de cuatro metros de profundidad, y están llenos de agua. Para animales más grandes, los fosos pueden tener nueve metros de profundidad. A continuación, las cercas electrificadas. —Líneas de color rojo intenso brillaron en el tablero—. Tenemos ochenta kilómetros de cercas de cuatro metros de altura, comprendidos treinta y cinco kilómetros que rodean el perímetro de la isla. Todas las cercas del parque llevan una carga de diez mil voltios. Los animales pronto aprenden a no acercárseles.

—¿Pero si uno sí saliera? —preguntó Gennaro.

Arnold resopló y aplastó su cigarrillo.

—Nada más que en sentido hipotético —insistió Gennaro—. Supongamos que ocurriera.

Muldoon se aclaró la garganta:

—Saldríamos y lo traeríamos de vuelta. Tenemos muchas maneras de hacerlo: fusiles apaciguadores láser, redes electrificadas, tranquilizadores. Todo no mortal porque, como dice el señor Arnold, estos son animales caros.

Gennaro asintió con la cabeza, y dijo:

—¿Y si uno saliera de la isla?

—Imposible —negó Arnold.

—Tan sólo pregunto…

—Moriría en menos de veinticuatro horas. Estos son animales elaborados en forma genética. Son incapaces de sobrevivir en el mundo real.

—¿Y qué hay en cuanto al sistema de control en sí, podría alguien operarlo en forma indebida? —preguntó Gennaro.

Arnold negaba con la cabeza:

—Mire atentamente esta sala. La construimos según las pautas para contrarrestar actos terroristas: todas las entradas tienen puertas dobles, como esclusas de aire, para evitar el acceso no autorizado. El cielo raso tiene claraboya, pero podemos correr sobre ella una persiana de acero para evitar la entrada. Podemos aplicarle diez mil voltios al perímetro de esta sala. Las ventanas son de vidrio a prueba de balas, de dos centímetros y medio de espesor. Nadie puede meterse aquí si nosotros no queremos.

—¿Pero qué hay en cuanto al sistema de procesamiento de datos?

—El sistema está reforzado: el ordenador es independiente en todo sentido; alimentación eléctrica independiente, así como alimentación auxiliar independiente. El sistema no se comunica con el exterior, de manera que no puede influir sobre él a distancia con un módem. El sistema de procesamiento de datos es seguro.

Se hizo un silencio. Arnold chupó su cigarrillo, y dijo:

—Un sistema muy bueno. Fantásticamente bueno.

—Entonces, supongo —dijo Malcolm— que su sistema funciona tan bien, que no tiene problema alguno.

—Tenemos infinitos problemas aquí —contestó Arnold, alzando una ceja—, pero ninguna de las cosas que les preocupan a ustedes. Me doy cuenta de que les inquieta que los animales escapen, lleguen a tierra firme y siembren el caos. Eso, a nosotros, no nos preocupa en absoluto. A estos animales los vemos como seres frágiles y delicados. Se los trajo de vuelta después de sesenta y cinco millones de años, a un mundo que es muy diferente de aquel que dejaron, aquel al que estaban adaptados. Nos tomamos muchas molestias para cuidarlos.

»Ustedes tienen que darse cuenta —continuó— de que el ser humano estuvo conservando mamíferos y reptiles, en zoológicos, durante centenares de años. Así que sabemos mucho de cómo cuidar un elefante o un cocodrilo. Pero nunca nadie intentó antes cuidar un dinosaurio. Son animales nuevos. Y, sencillamente, no sabemos. Las enfermedades que los afectan son nuestra principal preocupación.

—¿Enfermedades? —preguntó Gennaro, súbitamente alarmado—. ¿Existe alguna posibilidad de que un visitante pueda contagiarse?

Arnold volvió a resoplar:

—¿Alguna vez le contagió un resfriado el cocodrilo de un zoológico, señor Gennaro? Los zoológicos no se preocupan por eso. Nosotros tampoco. De lo que sí nos preocupamos es de que los animales mueran debido a sus propias enfermedades, o de que infecten a otros animales. Pero tenemos programas para vigilar eso, también. ¿Quiere ver la historia clínica del rex grande? ¿Su registro de vacunas? ¿Su registro odontológico? Ahí tiene algo interesante: debería ver a los veterinarios refregando esos grandes dientes, de modo que no se les produzcan caries.

—En este momento, no —dijo Gennaro—. ¿Qué hay de sus sistemas mecánicos?

—¿Se refiere usted a los paseos en trenecito?

Grant lanzó una mirada penetrante: ***¿paseos en trenecito?***

—Ninguno de los paseos en trenecito se ha inaugurado todavía —estaba diciendo Arnold—. Tenemos el Paseo por el Río de la Jungla, en el que los botes viajan sobre rieles sumergidos, y tenemos el Paseo por el Pabellón de las Aves, pero ninguno es operativo aún. El parque se va a inaugurar con la excursión básica por donde están los dinosaurios, la que están a punto de hacer dentro de unos pocos minutos. Los otros paseos vendrán sucesivamente seis, doce meses después.

—Espere un momento —intervino Grant—. ¿Van a poner paseos en trenecitos? ¿Cómo en un parque de diversiones?

—Este es un parque zoológico. Tenemos excursiones para visitar diferentes sectores, y los llamamos paseos. Eso es todo.

Grant frunció el entrecejo. Una vez más se sintió angustiado: no le agradaba la idea de que a los dinosaurios se les utilizara en un parque de diversiones.

Malcolm prosiguió con sus preguntas:

—¿Usted puede manejar todo el parque desde esta sala de control?

—Sí. Lo podría manejar con una sola mano, si tuviera que hacerlo. Tanta es la automatización que hemos incorporado. El ordenador, por sí mismo, puede hacer el seguimiento de los animales, alimentarlos y llenarles los abrevaderos durante cuarenta y ocho horas sin supervisión.

—¿Este es el sistema que diseñó el señor Nedry? —preguntó Malcolm.

Dennis Nedry estaba sentado ante un terminal, en el otro extremo de la sala, comiendo un caramelo y escribiendo en el teclado.

—Sí, así es —dijo, sin levantar la vista del teclado.

—Es un sistema buenísimo —manifestó Arnold, con orgullo.

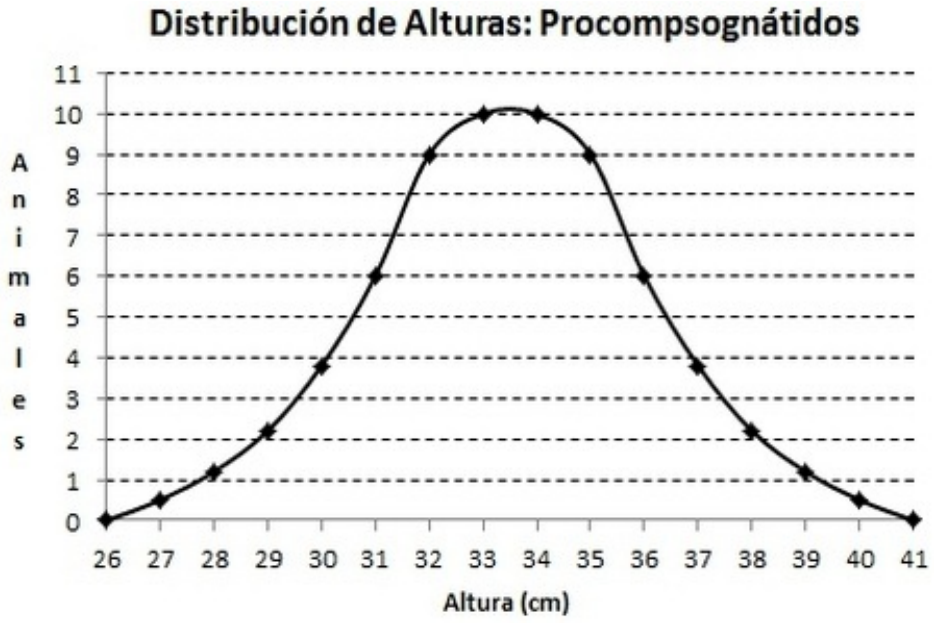
—Así es —confirmó Nedry distraídamente—. Nada más que un defecto, o dos, de menor importancia.

—Ahora —añadió Arnold— veo que la excursión de visita está empezando, de modo que, a menos que tengan otras preguntas…

—En realidad, nada más que una —dijo Malcolm—. Nada más que una pregunta de investigación científica: usted nos mostró que puede hacer el seguimiento de los procompsognátidos y que puede mostrar, visualmente, a cada uno de ellos. ¿Puede hacer alguna clase de estudios sobre ellos, pero como grupo, medirlos, o lo que fuere? Si yo quisiera conocer su altura o su peso, o…

Arnold estaba apretando botones. Otra pantalla se encendió.

—Podemos hacer todo eso, y con mucha rapidez —informó—. El ordenador toma datos de medición en el transcurso de la lectura de las pantallas de televisión, de modo que son traducibles de inmediato. Aquí puede usted apreciar que tenemos una distribución normal de Poisson para la población animal. Muestra que la mayoría de los animales se apiña alrededor de un valor central promedio, y que unos pocos son o más grandes o más pequeños que el promedio, y se encuentran en los extremos descendentes de la curva.



—Cabría esperar esa clase de gráfico —comentó Malcolm.

—Sí. Cualquier población biológica saludable exhibe esta clase de distribución. Bien —inquirió Arnold, encendiendo otro cigarrillo—, ¿hay más preguntas?

—No —contestó Malcolm—. Creo que con esto prácticamente se contestó todo. Ya me he enterado de lo que necesitaba saber.

Mientras salían, Gennaro opinó:

—Me da la impresión de que es un sistema bastante bueno. No veo cómo algún animal podría salir de esta isla.

—¿No lo ve? —preguntó Malcolm—. Creí que resultaba completamente obvio.

—Espere un momento —se inquietó Gennaro—. ¿Cree que se escaparon animales?

—Sé que lo hicieron.

—Pero ¿cómo? Lo vio por usted mismo; pueden contar todos los animales; pueden mirar todos los animales; saben dónde están los animales en todo momento. ¿Cómo es posible que uno se escape? No alcanzo a comprenderlo.

—Es completamente obvio —sonrió Malcolm—. Tan sólo es cuestión de las suposiciones que se hagan.

—Las suposiciones que se hagan —repitió Gennaro.

—Sí. Vea esto —trató de explicar Malcolm—. El suceso básico que se produjo en el Parque Jurásico es que los científicos y técnicos han tratado de hacer un nuevo mundo biológico completo. Y los científicos que están en la sala de control esperan ver un mundo nuevo. Como en el gráfico que nos mostraron. Aun cuando un instante de meditación revela que esa distribución normal cuidadosa, es terriblemente inquietante en esta isla.

—¿Lo es?

—Sí. Sobre la base de lo que el doctor Wu nos dijo antes, nunca se debería ver un gráfico de población como ése.

—¿Por qué no?

—Porque es el gráfico de una población biológica normal. Lo que el Parque Jurásico no es precisamente. El Parque Jurásico no es el mundo real. Se espera que sea un mundo controlado que sólo imite el mundo real. En ese sentido, es un verdadero parque, más bien como un jardín japonés formal. La naturaleza manipulada para ser más natural que la naturaleza, si así lo prefieren.

—Me temo que ha hecho que me pierda —declaró Gennaro, con aire de enfado.

—Creo que la visita lo aclarará todo —añadió Malcolm, sonriendo.

La visita

—Por aquí, todo el mundo por aquí —indicó Ed Regis. A su lado, una mujer estaba entregando cascos de médula vegetal, con la inscripción «Parque Jurásico» aplicada en la faja para la cabeza, y el pequeño logotipo de un dinosaurio azul.

Una fila de Cruceros de Tierra «Toyota» salió de un garaje subterráneo situado debajo del centro de visitantes. Cada coche se detuvo, sin conductor y silencioso. Dos negros, vestidos con uniformes de safari, estaban abriendo las portezuelas para los pasajeros.

—De dos a cuatro pasajeros por coche, por favor, de dos a cuatro pasajeros por coche —estaba diciendo una voz grabada—. Los niños de menos de diez años tienen que ir acompañados por un adulto. De dos a cuatro pasajeros por coche, por favor…

Tim observó que Grant, Sattler y Malcolm entraban en el primer Crucero, junto con el abogado Gennaro. Tim examinó a Lex que, de pie, estaba golpeándose en el guante con el puño.

Tim señaló el primer coche y preguntó:

—¿Puedo ir con ellos?

—Temo que tienen cosas que discutir —contestó Ed Regis.

—¿Qué cosas?

—Cosas técnicas.

—Me interesan las cosas técnicas. Preferiría ir con ellos.

—Bueno, podrás oír lo que digan: tendremos una radio abierta entre ambos coches.

El segundo vehículo llegó. Tim y Lex entraron, y Ed Regis les siguió.

—Estos son coches eléctricos —explicó—. Guiados por un cable.

Tim estaba contento de haberse sentado en el asiento de delante porque, montadas en el tablero de instrumentos, había dos pantallas de computadora y una caja que le pareció que era una «CD-ROM»: un reproductor de discos grabados por láser, controlado por ordenador. También había un trasmisor-receptor portátil y una especie de trasmisor de radio. Vio dos antenas en el techo y unas extrañas gafas en el bolsillo para mapas.

Los negros cerraron, y aseguraron, las portezuelas del Crucero de Tierra. Con un zumbido de motor eléctrico, el vehículo se puso en marcha. Allá adelante, los tres científicos y Gennaro estaban hablando y señalando, resultando claro que estaban excitados. Ed Regis dijo:

—Oigamos lo que están diciendo. —Se oyó el chasquido de un intercomunicador.

—No sé qué demonios piensa usted que está haciendo aquí —decía la voz de Gennaro a través del intercomunicador. Parecía muy enfadado.

—Sé muy bien por qué estoy aquí —contestó Malcolm.

—Está aquí para asesorarme, no para jugar re-malditos juegos intelectuales. Tengo el cinco por ciento de esta compañía y la responsabilidad de asegurarme de que Hammond haya hecho su trabajo en forma responsable. Ahora bien, usted malditamente viene aquí…

Ed Regis apretó el botón del intercomunicador y dijo:

—De acuerdo con las normas sobre anticontaminación del Parque Jurásico, estos livianos Cruceros de Tierra eléctricos fueron especialmente construidos para nosotros por «Toyota», en Osaka. Albergamos la esperanza de que, con el tiempo, nos podamos desplazar libremente en automóvil normal entre los animales, exactamente como lo hacen en los parques africanos, pero, por ahora, reclínense en sus asientos y disfruten de la excursión guiada en forma automática. —Vaciló, y después dijo—: Ah, a propósito, aquí atrás podemos oírles.

—¡Oh, Cristo! —dijo Gennaro—. Tengo que poder hablar con libertad. Yo no pedí que vinieran esos malditos niños…

Ed Regis compuso una sonrisa como para congraciarse, y apretó un botón:

—Será mejor que empecemos con el espectáculo, ¿no les parece?

Oyeron un toque de trompetas y en las pantallas interiores destelló BIENVENIDOS AL PARQUE JURÁSICO. Una sonora voz dijo:

—Bienvenidos al Parque Jurásico. En estos momentos están entrando en el mundo perdido del pasado prehistórico, en un mundo de poderosos seres

desaparecidos hace mucho de la faz de la Tierra, mundo que ustedes tienen el privilegio de ver por vez primera.

—Ese es Richard Kiley —informó Ed Regis—. No reparamos en gastos.

El Crucero pasó a través de una arboleda de palmeras bajas y rechonchas. Richard Kiley estaba diciendo:

—Observen, antes que nada, la notable vida vegetal que les rodea: esos árboles que tienen a la izquierda y a la derecha se denominan cicadíneas, los predecesores prehistóricos de las palmeras. Las cicadíneas eran el alimento favorito de los dinosaurios. También pueden ver bennettitales y gingkos. El mundo del dinosaurio comprendía plantas más modernas, como pinos, abetos y cipreses de los pantanos. Verán todos éstos también.

El Crucero de Tierra se desplazaba con lentitud entre el follaje. Tim advirtió que las cercas y los muros de retención estaban ocultos por el follaje, para hacer mayor la ilusión de que se desplazaban a través de una jungla verdadera.

—Nos imaginamos el mundo de los dinosaurios —decía la voz de Richard Kiley— como un mundo de enormes herbívoros, que pasaban a través de los gigantescos bosques cenagosos del mundo cretáceo y jurásico, hace cien millones de años, comiendo las plantas que hallaban a su paso. Pero la mayoría de los dinosaurios no eran tan grandes como la gente cree: los más pequeños no eran más grandes que un gato doméstico, y el dinosaurio promedio tenía el tamaño de un pony. Primero, vamos a visitar uno de estos animales de tamaño medio, llamados hipsilofodontes. Si miran hacia la izquierda, puede que alcancen a tener una fugaz visión de ellos ahora.

Todos miraron hacia la izquierda.

El Crucero de Tierra se detuvo sobre un promontorio bajo, en un sitio en el que un claro en el follaje brindaba una vista hacia el este. Pudieron ver una zona boscosa en pendiente, que se abría hacia un campo de hierba amarilla que tenía unos noventa centímetros de alto. No había dinosaurios.

—¿Dónde están? —preguntó Lex.

Tim miró hacia el tablero frontal del coche, vio las luces del transmisor centellear y oyó el «CD-ROM» emitir un ronroneo. Evidentemente, el disco estaba integrando algún sistema automático. Tim conjeturó que los mismos sensores de movimiento que hacían el seguimiento de dónde estaban los animales también controlaban las pantallas del Crucero. Ahora, las pantallas mostraban imágenes de hipsilofodontes y sobreimprimían datos sobre ellos.

La voz prosiguió:

—Los hipsilofodontes son las gacelas del mundo de los dinosaurios; animales pequeños, veloces, que otrora vagaron por todo el mundo, desde Inglaterra hasta América del Norte, pasando por Asia Central. Suponemos que estos dinosaurios tuvieron tanto éxito porque tenían mejores mandíbulas y dientes para masticar plantas que sus contemporáneos. De hecho, el nombre «hipsilofodóntido» significa «diente de cresta elevada», lo que hace referencia a los característicos dientes autoafilables de estos animales. Los pueden ver en la llanura que se encuentra directamente al frente y también, quizás, en las ramas de los árboles.

—¿En los árboles? —preguntó Lex—. ¿Dinosaurios en los árboles?

Tim estaba escudriñando también con los gemelos.

—Hacia la derecha —dijo—. En la mitad superior de ese tronco grande verde…

En las moteadas sombras del árbol había un animal verde oscuro, inmóvil, que tenía el tamaño aproximado de un babuino, en pie sobre una rama. Parecía una lagartija erguida sobre las patas traseras. Se equilibraba con una larga cola colgante.

—Es un othnielia —dijo Tim.

—Los animales pequeños que ven se llaman othnielia —prosiguió la voz—, en honor del buscador de dinosaurios del siglo pasado Othniel Marsh, de Yale.

Tim localizó dos animales más, situados en ramas más altas del mismo árbol. Todos eran casi del mismo tamaño. Ninguno de ellos se movía.

—Bastante aburrido —dijo Lex—. No están haciendo nada.

—La manada principal de animales se puede hallar en la llanura herbácea que está a los pies de ustedes —prosiguió la cinta—. Los podemos excitar con un simple reclamo de apareamiento.

Un altavoz que había al lado de la cerca emitió un prolongado reclamo nasal, como el graznido de los gansos.

Desde el campo de hierba que tenían directamente a su izquierda, asomaron seis cabezas de lagartija, una después de la otra. El efecto era cómico, y Tim rio.

Las cabezas desaparecieron. El altavoz emitió el reclamo otra vez y, una vez más, las cabezas asomaron, exactamente de la misma manera, una después de la otra. La repetición fija de esa pauta de conducta era impresionante.

—Los hipsilofodontes no son animales especialmente brillantes —explicaba la cinta—. Tienen la inteligencia de una vaca doméstica, aproximadamente.

Las cabezas eran verde mate, con un moteado en marrón oscuro y negro que

se extendía a lo largo de los delgados cuellos. A juzgar por el tamaño de las cabezas, Tim conjeturó que los cuerpos tenían un metro veinte de largo: casi tan grandes como ciervos.

Algunos de los hipsilofodontes estaban masticando. Uno alargó el brazo y se rascó la cabeza con una mano de cinco dedos. El gesto le dio un carácter meditabundo, pensativo.

—Si ven que se rascan, eso se debe a que tienen problemas en la piel. Los científicos veterinarios de aquí, del Parque Jurásico, creen que se puede tratar de un hongo o de una alergia. Pero todavía no están seguros. Después de todo, éstos son los primeros dinosaurios de la Historia a los que se haya podido estudiar vivos.

El motor eléctrico del coche se encendió y se oyó un rechinar de engranajes. Ante el sonido inesperado, la manada de hipsilofodontes dio un súbito salto en el aire y rebotó sobre la hierba como canguros, lo que reveló todo el cuerpo de los animales, dotados de poderosos miembros traseros y de largas colas, a la luz de la tarde. Con unos pocos saltos, desaparecieron.

—Ahora que les hemos echado un vistazo a estos herbívoros fascinantes, pasaremos a algunos dinosaurios que son un poco más grandes. Considerablemente más grandes, a decir verdad.

Los Cruceros de Tierra prosiguieron su marcha, desplazándose hacia el sur a través del Parque Jurásico.

Control

—Los engranajes rechinan —observó John Arnold en la oscurecida sala de control—. Hagan que mantenimiento revise los embragues eléctricos de los vehículos BB4 y BB5 cuando regresen.

—Sí, señor Arnold —respondió la voz en el intercomunicador.

—Un detalle de menor importancia —dijo Hammond, paseando por la sala. Desde donde estaba podía ver los dos Cruceros de Tierra que se desplazaban hacia el Sur, a través del parque. Muldoon estaba de pie en el rincón, observando en silencio.

Arnold empujó su silla hacia atrás, alejándola de la consola central del panel de control:

—No hay detalles de menor importancia, señor Hammond —dijo, y encendió otro cigarrillo.

Nervioso la mayoría de las veces, Arnold estaba especialmente inquieto en ese momento: era más que consciente de que ésa era la primera vez que unos visitantes habían recorrido realmente el parque. En verdad, la gente no entraba a menudo en el parque. Harding, el veterinario, a veces lo hacía; los cuidadores de los animales entraban en las coberturas para alimentación individual. Pero, aparte de esas actividades, observaban el parque desde la sala de control. Y ahora, con visitantes ahí afuera, Arnold se preocupaba por cien detalles.

John Arnold era un ingeniero de sistemas que había trabajado en el proyectil dirigido del submarino ***Polaris***, a finales de la década de 1960, hasta que tuvo su primer hijo y la perspectiva de construir armas se hizo demasiado desagradable. Mientras tanto, «Disney» había empezado a crear juegos vehiculares de gran complejidad tecnológica para parques de diversiones, y para eso empleaban a mucha gente procedente de la industria aeroespacial. Arnold ayudó a construir

«Disney World», en Orlando, y continuó con la construcción de parques de importancia en Magic Mountain, en California; Old Country, en Virginia, y Astroworld, en Houston.

El haber estado empleado continuamente en parques le había conferido, con el paso del tiempo, una visión algo torcida de la realidad: argüía, bromeando sólo a medias, que todo el mundo se podía describir, cada vez más, con la metáfora del parque que es tema de conversación.

—París es un parque tema de conversación —proclamó una vez, después de pasar sus vacaciones allá—, aunque es demasiado caro y los empleados del parque son desagradables y hoscos.

Durante los dos últimos años, el trabajo de Arnold había sido conseguir que el Parque Jurásico estuviera en pie y funcionando. En su calidad de ingeniero estaba acostumbrado a los programas de trabajo a largo plazo: a menudo se refería a «la inauguración de setiembre», con lo que quería decir setiembre del año venidero y, a medida que la inauguración de setiembre se aproximaba, Arnold se mostraba más insatisfecho con los progresos alcanzados. Por experiencia sabía que, a veces, se necesitaban años para suprimir los defectos de un solo paseo vehicular de un parque… por lo que ni hablar de conseguir que todo un parque funcionara de manera adecuada.

—Usted siempre se está preocupando por cosas sin importancia —dijo Hammond.

—No lo creo así. Usted debe comprender que, desde el punto de vista de la ingeniería, el Parque Jurásico es, de lejos, el parque tema de conversación más ambicioso de toda la Historia. Los visitantes nunca pensarán en ello, pero yo sí lo hago. —Se tocó las yemas de los dedos, como para enumerar algo—: Primero, el Parque Jurásico tiene los problemas de cualquier parque de diversiones: el mantenimiento de los juegos vehiculares, el control de las colas de visitantes, el transporte, la administración de la comida, las instalaciones destinadas al público, la eliminación de desperdicios, la seguridad.

»Segundo, tenemos todos los problemas de un zoológico de importancia: el cuidado de los animales; su salud y bienestar; su alimentación y limpieza; la protección contra insectos, plagas, alergias y enfermedades; el mantenimiento de vallas y todo lo demás.

»Y, por último, tenemos los problemas, sin precedentes, de atender una población de animales a la que nunca nadie trató antes de mantener.

—¡Oh, vamos, no es tan malo como lo pinta!

—Sí, lo es. Sencillamente ocurre que usted no está aquí para verlo: los tiranosaurios beben el agua de la laguna y, a veces, enferman; no estamos seguros del por qué. Las hembras de triceratops se matan entre sí en luchas por el predominio, y hay que separarlas en grupos de menos de seis especímenes. No sabemos por qué. Los estegosaurios frecuentemente presentan ampollas en la lengua, así como diarrea, por motivos que nadie entiende todavía, aun cuando ya hemos perdido dos. Los hipsilofodontes contraen exantemas. Y los velocirraptores…

—No empecemos con los velocirraptores —dijo Hammond—. Estoy harto de oír hablar de los velocirraptores, de que son los seres más malignos y feroces que se haya visto.

—Lo son —dijo Muldoon, en voz baja—. Había que destruirlos a todos.

—Usted quiso ponerles collares con un equipo radiolocalizador —dijo Hammond—. Y acepté.

—Sí. Y pronto se quitaron los collares cortándolos a mordiscos. Pero, aunque los raptores nunca consiguieran liberarse, creo que tenemos que admitir que el Parque Jurásico es intrínsecamente peligroso.

—¡Oh, fantástico! —dijo Hammond—. Dígame, ¿de qué lado está usted?

—Ahora tenemos quince especies de animales extinguidos, y la mayoría de ellos son peligrosos. Nos vimos forzados a retrasar el Paseo por el Río de la Jungla debido a los dilofosauros y el Pabellón Pteratops, en el sector de las aves ancestrales, porque los pterodáctilos son tan impredecibles. No se trata de retrasos de ingeniería, señor Hammond. Hay problemas en el control de los animales.

—Usted ha tenido muchos retrasos de ingeniería. No culpe a los animales.

—Sí, los tenemos. En verdad, es todo lo que pudimos hacer para conseguir que la atracción principal, el Viaje por el Parque, funcionara de manera correcta; para conseguir que los «CD-ROM» que hay dentro de los coches eléctricos sean controlados por los sensores de movimiento. Supuso semanas de ajuste conseguir que funcionase adecuadamente… ¡y ahora las cajas de cambio de los coches se están portando mal!, ¡las cajas de cambio!

—Mantengámoslo en perspectiva —sugirió Hammond—. Usted consiga que la ingeniería funcione bien, y los animales encajarán en el esquema. Después de todo, se les puede entrenar.

Desde el principio, ésa había sido una de las creencias fundamentales de quienes planearon el parque, que los animales, no importaba cuán exóticos

fuesen, se comportarían, en lo esencial, como los animales de todos los zoológicos del mundo. Que aprenderían las regularidades de su cuidado, y que reaccionarían en consecuencia.

—Mientras tanto, ¿cómo anda el ordenador? —preguntó Hammond. Le echó un vistazo a Dennis Nedry, que estaba trabajando en una terminal situada en la esquina de la sala—. Este maldito ordenador siempre ha dado dolores de cabeza.

—Ya estamos llegando —contestó Nedry distraídamente.

—Si lo hubiera hecho bien al principio… —empezó Hammond, pero Arnold le puso una mano moderadora sobre el hombro: sabía que no tenía sentido provocar la hostilidad de Nedry mientras éste se hallaba trabajando.

—Es un sistema grande —dijo Arnold—. No se puede evitar que aparezcan defectos.

De hecho, la lista de defectos llegaba a más de ciento treinta indicaciones, y comprendía muchos aspectos extraños. Por ejemplo:

El programa de alimentación de los animales se autocolocaba en la posición inicial cada doce horas, no cada veinticuatro, y no registraba los suministros de alimento de los domingos. Como resultado, el personal no podía calibrar con exactitud cuánto estaban comiendo los animales.

El sistema de seguridad, que controlaba las puertas operadas con tarjetas de seguridad, se interrumpía cada vez que había una interrupción en el suministro de corriente desde la fuente principal, y no se reactivaba cuando se suministraba alimentación auxiliar. El programa de seguridad sólo funcionaba con alimentación central.

El programa de conservación física, cuyo propósito era amortiguar las luces después de las 22:00, sólo funcionaba en días alternos de la semana.

El análisis automatizado de la materia fecal (llamado autocaca), cuyo propósito era investigar la existencia de parásitos en las heces de los animales, invariablemente registraba que todos los especímenes tenían ***Phagostomum venulosum***, aunque ninguno lo tenía. Entonces, y en forma automática, el programa suministraba medicación en el alimento de los animales. Si los cuidadores descargaban de golpe la medicina de los tanques alimentadores, para evitar que se la suministrara, se activaba una alarma que no se podía apagar.

Y así proseguía la lista, una página tras otra de errores.

Cuando llegó, Dennis Nedry tuvo la impresión de que él mismo podría hacer todos los arreglos durante el fin de semana. Se puso pálido cuando vio la lista completa. Ahora estaba hablando con su oficina de Cambridge, para decirles a

los programadores de su equipo que iban a tener que cancelar sus planes de fin de semana y prepararse para trabajar tiempo extra hasta el lunes. Y le comunicó a John Arnold que necesitaría utilizar todo enlace telefónico que hubiese entre Isla Nubla y tierra firme, nada más que para transferir, de ida y de vuelta, datos de programa a sus programadores.

Mientras Nedry trabajaba, Arnold ordenaba la apertura de una nueva ventana en su monitor. Eso le permitía ver qué estaba haciendo aquél en la consola de la esquina. No es que no confiara en él, sino que, simplemente, quería saber qué estaba pasando.

Observó la representación de gráficos que aparecía en la consola que tenía a la derecha, que mostraba el avance de los Cruceros de Tierra: estaban siguiendo el río, justo al norte del sector de aves ancestrales y la dehesa de los ornitisquios.

—Si miran hacia su izquierda —dijo la voz—, verán la cúpula del sector de aves ancestrales del Parque Jurásico, que todavía no está terminada para los visitantes.

Tim vio luz solar reflejándose en puntales de aluminio, allá a lo lejos.

—Y, directamente por debajo de nosotros, está nuestro río de la jungla del mesozoico donde, si tienen suerte, puede ser que tengan una fugaz visión de un carnívoro insólito. ¡Mantengan los ojos abiertos todos ustedes!

Dentro del Crucero, las pantallas mostraron una cabeza parecida a la de un pájaro, rematada por una cresta fulgurante. Pero todos los pasajeros del coche de Tim estaban mirando por las ventanas. El vehículo estaba desplazándose a lo largo de un cordón elevado, a la vista de un río de aguas rápidas que había abajo. El río estaba casi encerrado entre un follaje denso en ambos lados.

—Ahí están ahora —dijo la voz—. Los animales que ven se llaman dilofosaurios.

A pesar de lo que decía la grabación, Tim solamente vio uno: el dilofosaurio estaba agachado sobre sus patas traseras junto al río, bebiendo. Su estructura obedecía al modelo básico de carnívoro, con cola pesada, miembros posteriores fuertes y cuello largo. Su cuerpo, de unos tres metros, presentaba manchas en amarillo y negro, como un leopardo.

Pero fue la cabeza lo que atrajo la atención de Tim: dos amplias crestas curvas corrían a lo largo de la parte superior, desde los ojos hasta la nariz. Las crestas se encontraban en el centro, formando una V sobre la cabeza del

dinosaurio; esas crestas tenían bandas rojas y negras, que traían la reminiscencia de un loro o de un tucán. El animal emitió un suave grito ululante, como el de un búho.

—Son bonitos —opinó Alexis.

—El dilofosaurio —decía la cinta— es uno de los primeros dinosaurios carnívoros. Los científicos creían que los músculos de las mandíbulas eran demasiado débiles como para matar la presa, e imaginaron que estos animales eran, primordialmente, carroñeros. Pero ahora sabemos que son venenosos.

—¡Eh! —sonrió Tim—. Muy bien.

Una vez más, el ulular característico del dilofosaurio les llegó a través del aire de la tarde.

Lex se movió, inquieta, en su asiento.

—¿Son verdaderamente venenosos, señor Regis?

—No te preocupes por eso —contestó Ed Regis.

—¿Pero lo son?

—Bueno, pues, sí, Lex.

—Junto con reptiles vivientes como los monstruos de Gila y las víboras de cascabel, el dilofosaurio secreta una hematotoxina por unas glándulas que tiene en la boca. Minutos después de la mordedura sobreviene la inconsciencia. Entonces, el dinosaurio remata la víctima a su gusto y conveniencia, lo que convierte al dilofosaurio en un agregado hermoso, pero letal, a los animales que ustedes ven aquí, en el Parque Jurásico.

El Crucero de Tierra dio la vuelta en un recodo, dejando el río a sus espaldas. Tim miró hacia atrás, con la esperanza de echar un último vistazo al dilofosaurio. ¡Eso era asombroso! ¡Dinosaurios venenosos! Deseó haber podido detener el coche, pero todo era automático. No tenía la menor duda de que el doctor Grant también quería detener el vehículo.

—Si miran el farallón que está a la derecha, verán Los Gigantes, el sitio en el que se encuentra nuestro magnífico comedor de tres estrellas. El chef Alain Richard les saluda desde el mundialmente famoso ***«Beaumanière»*** de Francia. Hagan sus reservas marcando por teléfono el cuatro, desde la habitación de su hotel.

Tim miró hacia arriba, pero no vio nada:

—No por un tiempo, empero —aclaró Ed Regis—; la construcción del restaurante no se iniciará hasta noviembre.

—Continuando con nuestro safari prehistórico, a continuación llegamos

hasta los herbívoros del grupo de los ornitisquios. Si miran hacia su derecha, probablemente los puedan ver ahora.

Tim vio dos animales erguidos, inmóviles, a la sombra de un árbol grande. Triceratops: el tamaño y el color gris del elefante, con la postura belicosa del rinoceronte. Los cuernos que tenían encima de cada ojo se curvaban un metro y medio hacia arriba, lo que casi les daba la apariencia de colmillos invertidos de elefante. Un tercer cuerno, parecido al del rinoceronte, estaba situado cerca de la nariz. Y esos animales tenían el hocico picudo de un rinoceronte.

—A diferencia de otros dinosaurios —decía la voz—, el triceratops serratus no puede ver bien. Es miope, como los rinocerontes actuales, y tiene tendencia a sorprenderse ante objetos en movimiento: ¡vendría a la carga contra nuestro coche, si estuviera suficientemente cerca como para verlo! Pero relájense, amigos… aquí estamos suficientemente seguros.

El triceratops tiene una cresta en forma de abanico, situada detrás de la cabeza. Es de hueso sólido y muy fuerte. Estos animales pesan alrededor de siete toneladas cada uno. A pesar de su apariencia, en realidad son muy dóciles. Conocen a sus cuidadores y permiten que se les acaricie; en particular, les gusta que les rasquen en los cuartos traseros.

—¿Por qué no se mueven? —preguntó Alexis. Bajó su ventanilla y gritó—: ¡Eh! ¡Dinosaurio estúpido! ¡Muévete!

—No molestes a los animales, Lex —dijo Ed Regis.

—¿Por qué? Es estúpido. Solamente están sentados ahí, como el dibujo de un libro. De todos modos, deberían ser más grandes para dar miedo.

—¡Qué idiota! —comentó Tim.

La voz estaba diciendo:

—… Plácidos monstruos de un mundo ya desaparecido, que contrastan netamente con lo que veremos a continuación. El más famoso depredador de la historia del mundo: el poderoso lagarto tirano, conocido como ***Tyrannosaurus rex***.

—Bien, ***Tyrannosaurus rex*** —completó Tim.

—Espero que sea mejor que estos grandotes —dijo Lex mientras se alejaban de los triceratops.

El Crucero de Tierra arrancó con un ruido sordo.

Gran Rex

—Los poderosos tiranosaurios surgieron tarde en la historia de los dinosaurios. Los dinosaurios dominaron la Tierra durante ciento veinte millones de años, pero sólo hubo tiranosaurios durante los últimos cincuenta millones de años de ese período.

Los Cruceros de Tierra se habían detenido en la meseta de una colina: frente a ellos había una zona densamente poblada con palmeras, que descendía gradualmente hasta el borde de la laguna. El sol estaba descendiendo por el oeste, hundiéndose en un brumoso horizonte. Todo el paisaje del Parque Jurásico estaba bañado por una suave luz, que proyectaba sombras alargadas. La superficie de la laguna estaba surcada por olitas, que producían el efecto de medialunas rosadas. Más hacia el sur, los ocupantes del coche vieron los garbosos cuellos de los apatosaurios, erguidos al borde del agua, sus cuerpos reflejados en la ondulante superficie. Había quietud, salvo por el suave zumbido de las cicadíneas. Mientras contemplaban ese paisaje, resultaba posible creer que realmente habían sido transportados millones de años atrás en el tiempo, a un mundo desaparecido.

—Funciona, ¿no? —le oyeron decir a Ed Regis a través del intercomunicador—. Me agrada venir aquí a veces, al atardecer. Y sentarme, nada más.

Grant no estaba impresionado:

—¿Dónde está T-rex?

—Buena pregunta. Con frecuencia se ve al más pequeño allá abajo, en la laguna. Está abastecida, de modo que tenemos peces ahí. El pequeño aprendió a capturarlos. Resulta interesante ver cómo lo hace: no usa las manos, sino que hunde toda la cabeza debajo del agua. Como un pájaro.

—¿El pequeño T-rex? Es un joven de dos años de edad y, para estos momentos, ya ha crecido un tercio de su tamaño adulto: mide dos metros cuarenta, pesa una tonelada y media aproximadamente. El otro es un tiranosaurio completamente desarrollado, pero no lo veo por el momento.

—Quizás esté abajo, cazando a los camarasaurios —dijo Grant.

Regis rio, su voz sonaba metálica a través de la radio:

—Lo haría si pudiera, créame. A veces se detiene junto a la laguna, contempla a esos animales y agita esos bracitos que tiene, indicando su frustración. Pero el territorio del T-rex está completamente rodeado por zanjas y cercas. Están ocultas a la vista, pero créame, no puede ir a cualquier parte.

—Entonces, ¿dónde está?

—Escondido. Es un poco tímido.

—¿Tímido? —terció Malcolm—. ¿El tiranosaurio rex es tímido?

—Bueno, se oculta muy bien, por regla general. Casi nunca se le ve a campo abierto, en especial durante el día.

—¿Por qué?

—Creemos que se debe a que tiene la piel sensible y se quema con facilidad.

Malcolm se echó a reír.

Grant suspiró:

—Ustedes están destruyendo muchas ilusiones.

—No creo que queden decepcionados. Esperen.

Oyeron un suave balido: en el centro del campo, una jaula pequeña ascendió hasta situarse a la vista de los circunstantes, elevada por un dispositivo hidráulico ubicado bajo tierra. Los barrotes de la jaula descendieron y la cabra quedó atada con una traílla en el centro del campo, balando quejumbrosamente.

—En cualquier momento —insistió Regis.

Miraron con atención, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Mírelos —dijo Hammond, observando el monitor de la sala de control—. Inclinándose fuera de las ventanillas, por lo ansiosos que están. No pueden esperar a verlo. Vinieron para sentir el peligro.

—Eso es lo que temo —agregó Muldoon. Hizo girar las llaves en un dedo y observó con tensión los Cruceros de Tierra. Ésa era la primera vez que había visitantes recorriendo el Parque Jurásico, y Muldoon compartía la aprensión de Arnold.

Robert Muldoon era un hombre corpulento, de cincuenta años, con bigote color gris acerado y ojos de un azul intenso. Criado en Kenia, había pasado la mayor parte de su vida como guía de cazadores de caza mayor en África, como su padre lo había hecho antes que él. Pero, desde 1980, trabajaba, principalmente, para grupos conservacionistas y para diseñadores de zoológicos, en calidad de consultor sobre la vida silvestre. Había adquirido popularidad: un artículo aparecido en el ***Times*** dominical de Londres decía: ***«Lo que Robert Trent Jones es para los campos de golf, Robert Muldoon lo es para los zoológicos: un diseñador de conocimiento y habilidad no superados»***.

En 1986 realizó algunos para una compañía de San Francisco, que estaba construyendo un parque privado para vida silvestre en una isla de América del Norte. Muldoon trazó los límites para diferentes animales, definiendo los requisitos de espacio y hábitat para leones, elefantes, cebras e hipopótamos. Identificando qué animales se podían poner juntos y a cuáles había que separar. En aquel momento había sido un trabajo bastante rutinario. La mayor parte de su atención se había consumido en un parque de la India, llamado Tiger World, en el sur de Cachemira.

Entonces, se le ofreció un trabajo como guarda en el Parque Jurásico. La oferta coincidió con su deseo de abandonar África; el salario era excelente y Muldoon aceptó por un año. Quedó atónito al descubrir que el parque era, en realidad, una colección de animales prehistóricos obtenidos por ingeniería genética.

Era un trabajo interesante, claro está, pero, durante los años que había pasado en África, Muldoon había adquirido un punto de vista despojado de romanticismos sobre los animales, lo que, con frecuencia, le hacía chocar con la administración del Parque Jurásico en California, en especial con el tipo riguroso y apegado a ordenanzas que estaba junto a él en la sala de control: en opinión de Muldoon, clonar dinosaurios en laboratorio era una cosa; mantenerlos en estado silvestre era otra completamente distinta.

Muldoon pensaba que algunos dinosaurios eran demasiado peligrosos para que se los mantuviera en el ambiente de un parque. En parte, el peligro existía porque todavía sabían muy poco sobre los animales. Por ejemplo, nadie sospechaba siquiera que los dilofosaurios eran venenosos, hasta que se los observó cazar ratas nativas de la isla: mordían al roedor y después retrocedían, esperando que muriera. Y aun entonces nadie sospechaba que los dilofosaurios pudieran escupir, hasta que uno de los cuidadores casi se queda ciego por el

veneno del escupitajo.

Después de eso, Hammond aceptó estudiar el veneno de dilofosaurio, del que se encontró que contenía siete enzimas tóxicas diferentes. También se descubrió que los dilofosaurios podían escupir a una distancia de quince metros. Ya que eso aumentaba la posibilidad de que un huésped que fuera en el coche eléctrico quedara ciego, la gerencia decidió eliminar los sacos de veneno. Los veterinarios lo habían intentado dos veces, con dos animales diferentes, sin éxito. Nadie sabía de dónde se secretaba el veneno. Y nadie lo sabría jamás hasta que se efectuara la autopsia de un dilofosaurio… y la gerencia no autorizaba la muerte de uno de esos animales.

Muldoon se preocupaba aún más por los velocirraptores: eran cazadores instintivos y nunca dejaban pasar una presa. Mataban incluso cuando no tenían hambre; mataban por el placer de matar. Eran corredores rápidos y fuertes, así como asombrosos saltadores. Tenían garras letales en los cuatro miembros: un golpe de barrido hecho con el antebrazo destriparía a un hombre, desparramando sus entrañas. Y tenían poderosas mandíbulas desgarrantes que arrancaban la carne, en vez de morderla. Eran mucho más inteligentes que los demás dinosaurios y parecían tener una habilidad natural para escapar de las jaulas.

Todo experto en zoológicos sabía que algunos animales eran especialmente aptos para escapar de sus jaulas. Algunos, como los monos y los elefantes, podían destrabar la puerta. Otros, como los cerdos salvajes, eran insólitamente inteligentes y podían descorrer el cerrojo de los portones con el hocico. Pero ¿quién sospecharía que el armadillo gigante era un infame destructor de jaulas? ¿O el alce? Y, sin embargo, el alce era casi tan hábil con su hocico como el elefante con su trompa. Los alces siempre se escapaban; tenían talento para eso.

Y también lo tenían los velocirraptores.

Los raptores eran inteligentes. Eran, como mínimo, tan inteligentes como los chimpancés y, al igual que los chimpancés, tenían manos ágiles que les permitían abrir puertas y manipular objetos. Podían escaparse con facilidad. Muldoon argumentaba que a los velocirraptores había que matarlos. Y cuando, como había temido, uno de ellos finalmente escapó, mató a dos obreros de la construcción y mutiló a un tercero, antes de que se le volviera a capturar. Después de ese episodio, hubo que reestructurar el pabellón de visitantes, dotándolo de pesados portones de barrotes, una cerca perimetral elevada y ventanas de vidrio templado. Y el redil de contención de los raptores tuvo que ser reconstruido, poniéndosele sensores electrónicos que advirtieran de otro

escape inminente.

Muldoon también quería armas. Y quería lanzadores de misiles «TOW», que se pudieran disparar desde el hombro: los cazadores sabían cuán difícil resultaba derribar un elefante africano de cuatro toneladas… y algunos de los dinosaurios eran diez veces más pesados. La gerencia estaba horrorizada, insistiendo en que no habría armas en lugar alguno de la isla. Cuando Muldoon amenazó con renunciar, y con llevar su relato a la prensa, se llegó a una transacción: al final, dos lanzadores de proyectiles guiados por láser, especialmente fabricados, se guardaron en un cuarto del sótano, cerrado con llave. Solamente Muldoon tenía las llaves de ese cuarto.

Ésas eran las llaves que ahora estaba haciendo girar alrededor de su dedo.

—Voy abajo —dijo.

Arnold, que observaba las pantallas de control, asintió con la cabeza. Los dos Cruceros de Tierra estaban detenidos en la cima de la colina, aguardando a que apareciera el T-rex.

—Eh —llamó Dennis Nedry, desde la consola más alejada—, ya que está de pie, tráigame una «Coca-Cola», ¿quiere?

Grant aguardó en el coche, observando en silencio. El balido de la cabra se hacía más intenso, más insistente. El animal tironeaba frenéticamente de su traílla, corriendo hacia atrás y hacia delante. A través de la radio, Grant oyó que Alexis decía alarmada:

—¿Qué le va a pasar a la cabra? ¿Se la va a comer?

—Así lo creo —le dijo alguien y, entonces, Ellie bajó el volumen de la radio. En ese momento sintieron el olor, el hedor de putrefacción y descomposición de la basura, que ascendía por la ladera hacia los visitantes.

—Él está aquí —susurró Grant.

—Ella —corrigió Malcolm.

La cabra estaba atada en el centro del campo, a menos de treinta metros de los árboles más cercanos. El dinosaurio tenía que estar en alguna parte, entre los árboles pero, por el momento, Grant no podía ver cosa alguna. Entonces, se dio cuenta de que estaba mirando demasiado bajo: la cabeza del animal se encontraba a nueve metros sobre el suelo, semiescondida entre las ramas superiores de las palmeras.

—¡Oh, Dios…! Es tan grande como un maldito edificio… —susurró

Malcolm.

Grant quedó con la vista clavada en la inmensa cabeza cuadrada, de metro y medio de largo, con la piel moteada en marrón rojizo, dotada de enormes mandíbulas y colmillos. Las mandíbulas de la tiranosaurio funcionaron una vez, abriéndose y cerrándose. Pero el inmenso animal no surgió de su escondite.

—¿Qué está esperando? —susurró Ellie.

«Cautelosa», pensó Grant.

—¿Cuánto tiempo va a esperar? —dijo Malcolm con fastidio.

—Quizá tres o cuatro minutos. Quizá…

La tiranosaurio saltó silenciosamente hacia delante, revelando por entero su enorme cuerpo. En cuatro saltos cubrió la distancia que la separaba de la cabra, se inclinó y mordió al animal cautivo en el cuello. El balido cesó. Se hizo el silencio.

Cernida como un ave sobre su presa muerta, la tiranosaurio súbitamente empezó a vacilar. Su maciza cabeza giró sobre el cuello musculoso, mirando en todas direcciones. Miró con fijeza al Crucero de Tierra, que estaba en lo alto de la colina.

—¿Nos puede ver? —murmuró Malcolm.

—¡Oh, sí! —contestó Regis por el intercomunicador—. Veamos si se come la cabra aquí, frente a nosotros, o si se la lleva arrastrando.

La tiranosaurio se inclinó hacia abajo y olisqueó el cadáver de la cabra. Un pájaro trinó: la cabeza de T-rex se alzó como un resorte, alerta, vigilante. Osciló atrás y adelante, explorando el entorno con breves desplazamientos acompañados de sacudidas.

—Como un pájaro —dijo Ellie.

«Sí —pensó Grant—. Exactamente como un pájaro». La impresión que le había causado el velocirraptor ahora quedaba confirmada.

Con todo, la tiranosaurio vacilaba.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó Ellie.

—Probablemente, de otro tiranosaurio —susurró Grant.

Los grandes carnívoros, como los leones y tigres, a menudo se volvían cautelosos después de haber matado una presa, comportándose como si hubieran quedado súbitamente sin protección.

Los zoólogos del siglo XIX imaginaron que los animales se sentían culpables por lo que habían hecho. Pero los científicos contemporáneos documentaron el

esfuerzo subyacente a la muerte de una presa: horas de paciente acecho, antes de la acometida final, así como la frecuencia de los fracasos. La idea de «lo rojo de la Naturaleza en el colmillo y en la garra» era errónea: las más de las veces, la presa escapaba. Cuando un carnívoro abatía finalmente un animal, se ponía alerta ante todo depredador, que podría atacarlo y robarle su premio. Por eso, era probable que la tiranosaurio estuviera temerosa de algún congénere.

El enorme animal volvió a inclinarse sobre la cabra. Uno de los grandes miembros posteriores retenía el cadáver de la presa en su sitio, mientras las mandíbulas empezaban a desgarrar la carne.

—Se va a quedar —susurró Ed Regis—. Excelente.

La tiranosaurio levantó la cabeza otra vez, con pedazos desgarrados de carne sangrante colgándole de las mandíbulas. Contempló el Crucero de Tierra. Empezó a masticar. Los visitantes oyeron el repugnante ruido de huesos que se trituran.

—¡Uuggh! —protestó Lex a través del intercomunicador—. Es as-que-ro-so.

Y en ese momento, como si la precaución hubiera predominado finalmente, la tiranosaurio levantó en sus mandíbulas los restos de la cabra y los transportó en silencio, llevándolos de vuelta hacia la espesura.

—Señoras y señores, tiranosaurio rex —decía la cinta. El coche eléctrico arrancó y se alejó silenciosamente, entre el follaje.

Malcolm se reclinó en su asiento, diciendo:

—***Fantástico***.

Gennaro se secó la frente: estaba pálido.

Control

Henry Wu entró en la sala de control para encontrar a todos sentados en la oscuridad, escuchando las voces que salían de la radio:

—Cristo, si un animal como ése escapara —estaba diciendo Gennaro, su voz sonaba metálica en el altavoz—, no habría manera de detenerlo.

—No habría manera de detenerlo, no…

—Enorme, sin enemigos naturales…

—Dios, piensen en eso…

En la sala de control, Hammond dijo:

—Maldita sea esta gente: son tan negativos.

—¿Todavía siguen con eso de que escapen animales? No lo entiendo: ya debieran de haber visto que lo tenemos todo bajo control —dijo Wu—. Que fabricamos los animales y que fabricamos el centro de recreo… —Se encogió de hombros.

La idea más arraigada de Wu era que el parque era fundamentalmente de fiar, ya que tenía la convicción de que su paleo-ADN era fundamentalmente digno de confianza. Cualesquiera problemas que pudieran surgir en el ADN eran, en lo esencial, problemas muy localizados que se daban en el código, lo que ocasionaba un problema específico en el fenotipo: una enzima que no empezaba a funcionar, o una proteína específica que no producía efecto. Cualquiera que fuese el problema, siempre se resolvía con un ajuste, de relativamente menor importancia, en la versión siguiente.

De manera análoga, Wu sabía que el Parque Jurásico tenía muchos problemas, pero no eran problemas fundamentales. No eran problemas de control. Nada tan básico, o tan grave, como la posibilidad de que un animal escapara. Wu consideraba ofensivo pensar que alguien creyera que él sería capaz

de cooperar con un sistema que permitiera que cosas así sucedieran.

—Es ese Malcolm —dijo Hammond, con tono siniestro—. Está detrás de todo esto. Estuvo contra nosotros desde el principio, ya saben. Tiene su teoría de que los sistemas complejos no se pueden controlar y la naturaleza no se puede imitar. Y por eso tratará por todos los medios de hacer que nuestro parque demuestre que su teoría es cierta. No sé qué problema tiene ese hombre. Demonios, aquí sólo estamos haciendo un zoológico; el mundo está lleno de ellos, y todos funcionan muy bien. Pero él va a demostrar su teoría, o a morir en el intento. Lo único que espero es que no le infunda su pánico a Gennaro y se intente clausurar el parque.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Wu.

—No. Pero lo puede intentar. Lo puede intentar y asustar a los inversores japoneses, y conseguir que retiren los fondos. O bien, puede armar un lío con el gobierno de San José. Puede ocasionar problemas.

Arnold aplastó su cigarrillo y dijo:

—Esperemos y veamos qué pasa. Creemos en el parque. Veamos cómo termina todo esto.

Muldoon salió del ascensor, saludó con una breve inclinación de cabeza al guardia de la planta baja, y bajó hacia el sótano. Con rápido movimiento, encendió los interruptores de las luces: el sótano estaba lleno con dos docenas de cruceros de Tierra, dispuestos en ordenadas filas. Éstos eran los coches eléctricos que, con el tiempo, formarían un circuito sinfín, recorriendo el parque y regresando al centro de visitantes.

En el rincón había un jeep con una banda roja, uno de los dos vehículos gasolina —Harding, el veterinario, había sacado el otro esa mañana— que podían ir a todos los sitios del parque, incluso meterse entre los animales. Los jeeps estaban pintados con una banda en diagonal porque, por alguna causa, eso hacía que los triceratops fracasasen en su intento de cargar contra él.

Muldoon pasó al lado del jeep, hacia la parte de atrás. La puerta de acero que daba al arsenal no tenía marcas identificatorias. Abrió la cerradura con su llave y empujó la pesada puerta sobre sus goznes, hasta abrirla del todo: el interior estaba revestido con armeros, de uno de los cuales extrajo un lanzacohetes de hombro Randler y una caja de acero con tubos metálicos cerrados. Bajo su otro brazo acomodó dos cohetes grises.

Después de cerrar la puerta detrás de él, colocó el arma en el asiento trasero del jeep. Mientras abandonaba el garaje, oyó un retumbar lejano de truenos.

—Parece que va a llover —dijo Ed Regis, echándole un vistazo al cielo.

Los Cruceros de Tierra volvieron a detenerse, cerca del pantano de los saurópodos. Una gran manada de apatosaurios estaba paciendo en la orilla de la laguna, comiendo las hojas de las ramas más altas de las palmeras. En el mismo sector había varios hadrosaurios de pico de pato que, por comparación, parecían mucho más pequeños.

Por supuesto, Tim sabía que los hadrosaurios realmente no eran tan pequeños: era, simplemente, que los apatosaurios eran mucho más grandes. Sus diminutas cabezas llegaban hasta una altura de quince metros cuando extendían sus largos cuellos.

—Ahora, eso es un dinosaurio —comunicó Ed Regis.

—Los animales grandes que ven se denominan comúnmente brontosaurios —decía la cinta—, pero, en realidad, son apatosaurios. Pesan más de treinta toneladas: eso significa que un solo animal es tan grande como toda una manada de elefantes modernos. Y pueden observar que la zona que prefieren, junto a la laguna, no es pantanosa. A pesar de lo que los libros dicen, los brontosaurios evitan los pantanos. Prefieren el suelo seco.

—El brontosaurio es el dinosaurio más voluminoso, Lex —dijo Ed Regis, y Tim no se molestó en contradecirlo: en realidad el braquiosaurio era el triple de grande. Y algunos investigadores pensaban que el ultrasaurio y el seismosaurio eran aún más grandes que el braquiosaurio: ¡El seismosaurio pudo haber pesado cien toneladas!

Junto a los apatosaurios, los hadrosaurios, más pequeños, se erguían sobre las patas traseras para llegar al follaje dejándose caer de nuevo sobre las cuatro patas para tragar. Se movían con elegancia, teniendo en cuenta que eran seres tan grandes. Varios hadrosaurios pequeños retozaban alrededor de los adultos, comiendo las hojas que se les caían de la boca a los animales más grandes.

—Los dinosaurios del Parque Jurásico no se reproducen —prosiguió la cinta —. Los animales jóvenes que ven se agregaron hace unos meses, ya salidos del cascarón. Pero los adultos los alimentan de todos modos.

Se oyó un vibrante gruñido de truenos. El cielo estaba más oscuro, más bajo, y amenazador.

—Sí, parece que va a llover, no hay duda —opinó Ed Regis.

El coche empezó su avance y Tim miró los hadrosaurios que dejaban atrás, pensando, una vez más, que esta gira era demasiado rápida, que deseaba quedarse más tiempo observando a los animales. De repente, desde un costado, vio un animal color amarillo pálido que se desplazaba con rapidez. Tenía bandas amarronadas en el lomo. Lo reconoció instantáneamente:

—¡Eh! —gritó—. ¡Detengan el coche!

—¿Qué pasa? —dijo Ed Regis.

—¡Pronto! ¡Detengan el coche!

—Ahora avanzamos para ver el último de nuestros grandes animales prehistóricos, el estegosaurio —continuaba la voz grabada.

—¿Qué pasa, Tim?

—¡Vi uno! ¡Vi uno en aquel campo!

—¿Viste qué?

—¡Un raptor! ¡En el campo!

—Los estegosaurios son animales de mediados del jurásico que se desarrollaron hace ciento setenta millones de años, aproximadamente —proseguía la grabación—. Varios de estos notables herbívoros viven aquí, en el Parque Jurásico.

—¡Oh!, no creo que sea así, Tim —dijo Ed Regis—. No un raptor.

—¡Lo he visto! ¡Detengan el coche!

Se produjo un parloteo en el intercomunicador, cuando la novedad les fue trasmitida a Grant y Malcolm:

—Tim dice que vio un raptor.

—¿Dónde?

—En el campo que dejamos atrás.

—Regresemos y echemos un vistazo.

—No podemos regresar —dijo Ed Regis—. Sólo podemos avanzar: los coches están programados.

—¿No podemos regresar? —repitió Grant.

—No. Lo siento. Verá usted, es una especie de paseo…

—Tim, habla el profesor Malcolm —dijo una voz que se intercaló en el intercomunicador.

—Me está dando hambre —anunció Lex.

—Sí, profesor Malcolm —contestó Tim.

—Tengo una sola pregunta que hacerte sobre este raptor: ¿qué edad dirías

que tenía?

—Mayor que el bebé que vimos hoy —contestó Tim—. Y más joven que los grandes adultos que había en el redil. Los adultos medían un metro ochenta: éste medía la mitad, más o menos.

—Está bien.

—Solamente lo vi durante un segundo —aclaró Tim.

—Estoy seguro de que no era un raptor —afirmó Ed Regis—. No existe la menor posibilidad de que fuera un raptor. Tiene que haber sido uno de los othis: siempre están saltando las cercas. Nos hacen sudar tinta.

—Sé que vi un raptor —insistió Tim.

—Tengo hambre —repitió Lex. Estaba empezando a gimotear.

En la sala de control, Arnold se volvió a Wu:

—¿Qué cree que vio el niño?

—Creo que tuvo que ser un othi.

Arnold asintió con la cabeza diciendo:

—Tenemos problemas para hacer el seguimiento de los othis, debido a que pasan tanto tiempo en los árboles. —En verdad, los othis eran una excepción al control habitual que, minuto a minuto, se ejercía sobre los animales. Los ordenadores estaban perdiendo y recuperando constantemente los othis cuando éstos se metían entre los árboles y, después, volvían a bajar.

—Lo que me quema —protestó Hammond— es que hemos hecho este maravilloso parque, este fantástico parque, y nuestros primerísimos visitantes lo recorren como contadores, buscando nada más que problemas. No están experimentando, en modo alguno, la maravilla que es este parque.

—Eso es problema de ellos —dijo Arnold—. No podemos hacer que experimenten esta maravilla.

El intercomunicador chasqueó y Arnold oyó una voz arrastrar las palabras:

—Ah, John, aquí el ***Anne B*** desde el muelle. No hemos terminado de descargar, pero estoy mirando esa configuración de tormenta que tenemos al sur. Es mejor que no me quede amarrado aquí si esta agitación de las aguas empeora.

Arnold se volvió hacia el monitor que mostraba el barco de carga amarrado en el pequeño muelle situado en el lado este de la isla. Apretó el botón de la radio:

—¿Cuánto queda, Jim?

—Nada más que los tres contenedores con el equipo final. No he revisado el manifiesto, pero supongo que podrán esperarlo otras dos semanas. No estamos bien atracados aquí, ya sabes, y estamos ciento ochenta y cinco kilómetros mar adentro.

—¿Estás solicitando permiso para partir?

—Sí, John.

—Quiero ese equipo —intervino Hammond—. Es equipo para los laboratorios. Lo necesitamos.

—Sí —dijo Arnold—. Pero usted no quiso poner dinero para construir una barrera antitormentas que protegiera el embarcadero. Por lo que no tenemos un buen puerto. Si la tormenta empeora, el barco será lanzado contra el muelle. He visto perderse barcos de esa manera. Después tiene que hacer frente a los demás gastos: el reemplazo del barco más el salvamento para despejar el muelle… y no puede usar el muelle hasta que…

Hammond hizo un gesto de despedida con la mano:

—Que se vayan.

—Permiso para zarpar, ***Anne B*** —dijo Arnold por radio.

—Les veremos dentro de dos semanas —repuso la voz.

En el monitor de televisión vieron la tripulación que, en cubierta, soltaba las amarras. Arnold se volvió hacia el banco de la consola principal: vio los Cruceros de Tierra desplazándose a través de campos de vapor.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Hammond.

—Parece que en los campos del sur —informó Arnold—. El extremo sur de la isla tiene más actividad volcánica que el norte. Eso significa que deben de estar casi en el sector de los estegos, en la punta sur de la isla. Estoy seguro de que se detendrán para ver lo que está haciendo Harding.

Estegosaurio

Cuando el Crucero de Tierra se detuvo, Ellie Sattler contempló, a través de los penachos de vapor, al estegosaurio: estaba de pie, tranquilo e inmóvil. Un jeep con una banda roja permanecía estacionado junto a él.

—Tengo que admitirlo: es un animal de aspecto gracioso —dijo Malcolm.

El estegosaurio medía seis metros de largo y poseía un enorme cuerpo pesado y placas verticales de blindaje que le recorrían la espalda. La cola tenía puntas de casi un metro de largo y aspecto peligroso. Pero el cuello se afinaba hasta rematar en una cabeza absurdamente pequeña, de mirada estúpida, como la de un caballo muy tonto.

Mientras observaban, apareció un hombre dando la vuelta desde detrás del animal.

—Ese es nuestro veterinario, el doctor Harding —informó Regis por radio—. Anestesió al estego, y ésa es la causa de que el animal no se mueva. Está enfermo.

Grant ya estaba bajando del coche y apresurándose por llegar hasta el inmóvil estegosaurio. Ellie se apeó y miró hacia atrás, mientras el segundo Crucero de Tierra se detenía y los dos niños saltaban de él.

—¿De qué está enfermo? —preguntó Tim.

—No están seguros —dijo Ellie.

Las grandes placas coriáceas que corrían a lo largo del lomo del estegosaurio colgaban ligeramente. Respiraba con lentitud, laboriosamente, produciendo un sonido húmedo con cada exhalación.

—¿Es contagioso? —preguntó Lex.

Caminaron hacia la diminuta cabeza del animal, donde Grant y el veterinario estaban de rodillas, escudriñando la boca del estegosaurio.

Lex arrugó la nariz:

—Esta cosa sí que es grande… y ***olorosa***.

—Sí, lo es.

Ellie ya había notado que el estegosaurio tenía un olor peculiar, como de pescado en descomposición. Le hacía recordar algo que conocía, pero que no podía situar del todo. De todos modos, nunca había olido un estegosaurio antes. Quizás ése era su olor característico. Pero la botánica albergaba sus dudas: la mayoría de los herbívoros no despedían un olor fuerte. Ni lo hacían sus excrementos. La emisión de un verdadero hedor quedaba reservada para los comedores de carne.

—¿Es así porque está enfermo? —preguntó Lex.

—Quizá. Y no olvides que el veterinario lo ha anestesiado. —Ésa era la razón de que el estegosaurio estuviera de pie inmóvil. Aparentemente, algunos animales de gran tamaño no se desplomaban cuando los anestesiaban: se quedaban de pie, inmóviles.

—Ellie, échale un vistazo a esta lengua —pidió Grant.

La lengua color púrpura oscuro colgaba laxa de la boca del animal. El veterinario la iluminó con una linterna, de modo que la joven pudiera ver las delicadas ampollas argénteas:

—Microvesículas —dijo Ellie—. Interesante.

—Nos las vemos mal con estos estegos —dijo el veterinario—. Siempre se están poniendo enfermos.

—¿Cuáles son los síntomas? —preguntó Ellie. Raspó la lengua con la uña: de las ampollas rotas exudó un líquido claro.

—¡Ajjj! —hizo Lex.

—Desequilibrio, desorientación, disnea y diarreas graves —enumeró Harding—. Parece ocurrirles alrededor de una vez cada seis semanas, más o menos.

—¿Se alimentan de manera continua?

—¡Oh, sí! Un animal de este tamaño tiene que ingerir un mínimo de doscientos veinte a doscientos setenta kilos de materia vegetal diaria, y eso sólo para mantenerlos en funcionamiento. Son comedores sistemáticos de forraje.

—Entonces no es probable que sea envenenamiento con una planta —dijo Ellie—. Un comedor sistemático de plantas estaría sistemáticamente enfermo, si estuviera consumiendo una planta tóxica. No cada seis semanas.

—Exactamente —asintió el veterinario.

—¿Puedo? —preguntó Ellie.

Tomó la linterna del veterinario:

—¿Tienen efectos pupilares por el tranquilizante? —preguntó, dirigiendo el haz de luz al ojo del estegosaurio.

—Sí. Se produce un efecto miótico, las pupilas se contraen.

—Pero estas pupilas están dilatadas —observó Ellie.

Harding miró. No cabía duda: la pupila del estegosaurio estaba dilatada, y no se contraía cuando le daba la luz de la linterna.

—Quién lo diría —admitió—. Es un efecto farmacológico.

—Sí. —Ellie se puso de pie y miró a su alrededor—. ¿Cuál es el alcance del animal?

—Unas mil trescientas hectáreas.

—¿En esta zona? —preguntó Ellie. Estaban en una especie de pradera abierta, con afloramientos rocosos esparcidos y penachos intermitentes de vapor de agua que surgían del suelo. El suelo estaba caliente. Era al atardecer y el cielo aparecía rosado, por debajo de las nubes grises que descendían cada vez más.

—Principalmente hacia el norte y al este de aquí —dijo Harding—. Pero los animales vienen aquí de vez en cuando.

—¿Y cuándo se ponen enfermos?

—Por lo común, se encuentran por aquí. En este sector en particular.

«Es un interesante enigma», pensó Ellie: ¿cómo explicar el carácter periódico del envenenamiento? Señaló al otro lado del campo:

—¿Ve usted esos arbustos bajos, de aspecto delicado?

—Lila de las Indias Occidentales. —Harding asintió con la cabeza—. Sabemos que es tóxico. Los animales no lo comen.

—¿Está seguro?

—Sí. Los vigilamos por televisión y, para asegurarme, revisé los excrementos. Los estegos nunca comen los arbustos de lila.

La ***Melia azedarach***, llamada acederaque o lila de las Indias Occidentales, contenía varios alcaloides tóxicos. Los chinos usaban la planta como veneno para peces.

Recientemente, Ellie había leído un trabajo en el que se decía que del fruto y de la corteza se había extraído un nuevo alcaloide, la tazelina.

—No lo comen —repitió el veterinario.

—Interesante —dijo Ellie—; porque, en caso contrario, habría dicho que este animal muestra todos los signos clásicos de la intoxicación con melia: letargo,

formación de vesículas en las mucosas y dilatación pupilar.

Harding se encogió de hombros:

—Revise las plantas —dijo.

Ellie se dirigió hacia el campo para examinar las plantas más de cerca, con el cuerpo inclinado sobre el suelo:

—Tiene usted razón —admitió—. Las plantas están sanas, no hay señales de que las hayan comido. Ninguna en absoluto.

—Y está el asunto del intervalo de seis semanas —le recordó el veterinario.

—¿Con qué frecuencia vienen aquí los estegosaurios?

—Alrededor de una vez por semana. Describen un circuito lento a través del territorio que constituye su hogar, alimentándose a medida que avanzan. Completan el circuito en una semana, aproximadamente.

—Pero sólo están enfermos una vez cada seis semanas.

—Así es.

—Me aburro —se quejó Lex.

—¡Cállate! —dijo Tim—. La doctora Sattler está tratando de pensar.

—Sin éxito —admitió Ellie—. Estoy confusa. —Empezó a caminar en una dirección que la llevaba más hacia el interior del campo.

Detrás de ella, Lex estaba diciendo:

—¿Alguien quiere jugar a los palillos?

Ellie tenía la vista clavada en el suelo: el campo era rocoso en muchos sitios. Tenían que estar cerca del océano, pensó, porque podía oír el sonido de la rompiente, en algún lugar hacia la izquierda. Había bayas entre las rocas. Quizá los animales estaban comiendo bayas nada más. Pero eso no tenía sentido: las bayas de la lila de las Indias Occidentales eran terriblemente amargas.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Grant, acercándose.

Ellie suspiró:

—Sólo rocas. Debemos de estar cerca de la playa, porque todas estas rocas son suaves. Y están formando pilitas extrañas.

—¿Pilitas extrañas? —dijo Grant.

—Por todas partes. Hay una pila ahí, precisamente. —La señaló.

Muchos pájaros y cocodrilos tragaban piedras pequeñas, que recogían en un saco con músculos que tenían en el tracto digestivo, denominado molleja. Apretadas por los músculos de la molleja, las piedras ayudaban a triturar las plantas duras del alimento, antes de que llegaran al estómago y, de esa manera, ayudaban a la digestión. Algunos científicos creían que los dinosaurios también

tenían piedras en la molleja: en primer lugar, los dientes de los dinosaurios eran demasiado pequeños, y estaban muy poco gastados como para que se los hubiera utilizado para masticar comida. Se suponía que los dinosaurios tragaban la comida entera y dejaban que las piedras de la molleja hicieran la masticación. Se habían encontrado algunos esqueletos que presentaban una pila de piedras pequeñas en la zona abdominal. Pero eso nunca se había comprobado y…

—Piedras de molleja —dijo Grant.

—Así lo creo, sí. Tragan estas piedras y, al cabo de unas pocas semanas, las piedras se desgastan hasta redondearse, de modo que las regurgitan, dejando esta pilita, y tragan piedras nuevas. Y, cuando lo hacen, tragan bayas también. Y enferman.

—¡Quién lo diría! Estoy seguro de que tienes razón.

Miró la pila de piedras, pasando la mano entre ellas, dejándose llevar por su instinto de paleontólogo.

De pronto, se detuvo:

—Ellie —dijo—. Ven a ver esto.

—¡Ponla aquí, nene! ¡Justo en el guante! —gritó Lex, y Gennaro le tiró la pelota.

La niña la lanzó de vuelta con tanta fuerza que Gennaro sintió un vivo dolor en la mano:

—¡Tranquila! ¡No tengo guante!

—¡Vamos, mariquita! —respondió Lex con desdén.

Fastidiado, Gennaro le disparó la pelota y la oyó producir un intenso ***¡pac!*** en el cuero del guante.

—¡Ahora sí que me gusta! —gritó Lex.

En pie junto al dinosaurio, Gennaro continuó jugando a lanzar pelotas con la niña, mientras conversaba con Malcolm:

—¿Cómo encaja este dinosaurio enfermo en su teoría?

—Estaba pronosticado —contestó Malcolm.

Gennaro sacudió la cabeza, en gesto de desagrado:

—¿Hay algo que no esté pronosticado en su teoría?

—Mire —dijo Malcolm—, esto no tiene nada que ver conmigo. Es la teoría del caos. Pero me doy cuenta de que nadie está dispuesto a escuchar las consecuencias de la matemática. Porque esas consecuencias entrañan otras muy grandes para la vida humana; mucho más grandes que el principio de Heisenberg o el teorema de Godel, con los que todo el mundo arma tanta bulla. En realidad,

son reflexiones bastante académicas. Reflexiones filosóficas. Pero la teoría del caos le concierne a la vida cotidiana. ¿Sabe por qué se construyeron originariamente los ordenadores?

—No —dijo Gennaro.

—¡Quémala ahí! —aulló Lex.

—Los ordenadores se construyeron a finales de la década de 1940, porque matemáticos como John von Neumann creían que si se contaba con una computadora, máquina para manejar muchas variables en forma simultánea, se podría predecir el clima local. El clima local finalmente caería dentro del entendimiento humano. Y los hombres creyeron en ese sueño durante los cuarenta años siguientes. Creyeron que la predicción no era más que hacer el seguimiento de las cosas: si se sabía lo suficiente, se podía predecir cualquier cosa. Ésa ha sido una creencia científica muy considerada desde la época de Newton.

—¿Y?

—La teoría del caos la defenestra directamente: dice que, para ciertas situaciones, nunca se puede hacer predicción alguna. Nunca se puede hacer el pronóstico del tiempo más que con unos pocos días de anticipación. Todo el dinero que se gastó en la predicción a largo plazo, alrededor de quinientos mil millones de dólares en las últimas décadas, es dinero desperdiciado. Es una empresa descabellada. Es algo tan carente de sentido como tratar de convertir el plomo en oro. Echamos una mirada retrospectiva a los alquimistas y nos reímos de lo que estaban tratando de hacer, pero las generaciones futuras se reirán del mismo modo. Hemos intentado lo imposible… y gastado mucho dinero haciéndolo. Porque, de hecho, existen grandes categorías de fenómenos que son intrínsecamente impredecibles.

—¿El caos dice eso?

—Sí, y es sorprendente ver cuán poca gente se interesa por oírlo. Le di toda esta información a Hammond, mucho antes de que empezara a excavar aquí. ¿Van a fabricar un montón de animales prehistóricos y a ponerlos en una isla? Muy bien. Un sueño delicioso. Encantador. Pero no va a funcionar del modo planeado. Es intrínsecamente impredecible, del mismo modo que lo son las condiciones meteorológicas.

—¿Usted le dijo esto? —preguntó Gennaro.

—Sí, y también le dije dónde iban a producirse las desviaciones. Evidentemente, la capacidad de los animales para adaptarse al ambiente era uno

de los sectores: este estegosaurio tiene cien millones de años de edad. No está habituado a nuestro mundo. El aire es diferente, la radiación solar es diferente, el suelo es diferente, los insectos son diferentes, los sonidos son diferentes, la vegetación es diferente. Todo es diferente. El contenido de oxígeno disminuyó. Este pobre animal es como un ser humano puesto a una altitud de tres mil metros: óigale resollar con dificultad.

—¿Y los otros sectores?

—En términos generales, la capacidad del parque para controlar la diseminación de las formas de vida. Porque la historia de la evolución es que la vida escapa a todas las barreras. La vida evade los encierros. La vida se expande a nuevos territorios. De manera dolorosa, quizás hasta peligrosa, pero la vida encuentra el modo. No pretendo filosofar, pero así son las cosas.

Gennaro miró a lo lejos: Ellie y Grant estaban al otro lado del campo, agitando los brazos y gritando.

—¿Ha traído mi «Coca-Cola»? —preguntó Dennis Nedry cuando Muldoon regresó a la sala de control.

Muldoon no se molestó en contestar. Fue directamente al monitor y miró lo que estaba ocurriendo. Por la radio oyó la voz de Harding diciendo:

—… el estego… finalmente… cuidar en… ahora…

—¿De qué se trata? —preguntó Muldoon.

—Están por abajo, por la punta sur —explicó Arnold—. Ésa es la causa de que se estén dispersando un poco. Los pasaré a otro canal. Pero descubrieron qué era lo que andaba mal con los estegosaurios: comían alguna especie de baya.

Hammond aprobó con la cabeza:

—Sabía que lo resolveríamos más tarde o más temprano —dijo.

—No es muy impresionante —opinó Gennaro. Sostenía el fragmento blanco, no más grande que un sello, entre las yemas de los dedos, bajo la luz que se iba desvaneciendo—. ¿Está usted seguro de eso, Alan?

—Absolutamente seguro —afirmó Grant—. Lo que lo delata es el patrón de la superficie interior, la curva interior: dele la vuelta y observará un sutil patrón de líneas elevadas que trazan, de manera aproximada, formas triangulares.

—Sí, las veo.

—Bueno, extraje dos huevos, con patrones como ése, en mi emplazamiento de Montana.

—¿Está diciendo que éste es un pedazo de cáscara de huevo de dinosaurio?

—Sin lugar a dudas —aseveró Grant.

Harding negó con la cabeza:

—Estos dinosaurios no se pueden reproducir.

—Evidentemente, sí pueden —dijo Gennaro.

—Tiene que ser un huevo de pájaro —insistió Harding—. En la isla tenemos literalmente docenas de especies.

Grant sacudió la cabeza:

—Mire la curvatura: la cáscara es casi plana. Eso corresponde a un huevo muy grande. Y observe el espesor de la cáscara. A menos que en la isla tengan avestruces, este es un huevo de dinosaurio.

—Pero no hay posibilidad alguna de que se reproduzcan —insistió Harding—. Todos los animales son hembras.

—Todo lo que sé —dijo Grant— es que esto es un huevo de dinosaurio.

—¿Puede identificar la especie? —preguntó Malcolm.

—Sí. Es un huevo de velocirraptor.

Control

—Absolutamente absurdo —manifestó Hammond en la sala de control, cuando oyó el informe por la radio—. Tiene que ser un huevo de pájaro. Eso es todo lo que puede ser.

La radio crepitó. Oyó la voz de Malcolm:

—Hagamos un ensayito, ¿no? Pregúntenle al señor Arnold si podría hacer uno de sus recuentos por ordenador.

—¿Ahora?

—Sí, de inmediato. Tengo entendido que puede trasmitirla a la pantalla del coche del doctor Harding. Haga eso también, por favor.

—No hay problema —contestó Arnold. Un instante después, la pantalla de la sala de control mostraba:

Total de Animales	238		
Especies	**Esperados**	**Hallados**	**Ver.**
Tyrannosaurus	2	2	4.1
Maiasaurus	21	21	3.3
Stegosaurus	4	4	3.9
Triceratops	8	8	3.1
Procompsognathida	49	49	3.9
Othnielia	16	16	3.1
Velocirraptor	8	8	3.0
Apatosaurus	17	17	3.1
Hadrosaurus	11	11	3.1
Dilophosaurus	7	7	4.3
Pterosaurus	6	6	4.3
Hypsilophodontida	33	33	2.9
Euoplocephalida	16	16	4.0
Styracosaurus	18	18	3.9
Microceratops	22	22	4.1
Total	238	238	

—Espero que esté satisfecho —dijo Hammond—. ¿Lo están recibiendo en su pantalla?

—Lo vemos —contestó Malcolm.

—Todo queda explicado, como siempre. —No podía ocultar la satisfacción de su voz.

—Bien —prosiguió Malcolm—. ¿Pueden hacer que el ordenador busque un número diferente de animales?

—¿Cómo cuál? —preguntó Arnold.

—Intente con doscientos treinta y nueve.

—Un minuto —dijo Arnold, frunciendo el entrecejo.

Total de Animales	239		
Especies	Esperados	Hallados	Ver.
Tyrannosaurus	2	2	4.1
Maiasaurus	21	21	3.3
Stegosaurus	4	4	3.9
Triceratops	8	8	3.1
Procompsognathida	49	50	??
Othnielia	16	16	3.1
Velocirraptor	8	8	3.0
Apatosaurus	17	17	3.1
Hadrosaurus	11	11	3.1
Dilophosaurus	7	7	4.3
Pterosaurus	6	6	4.3
Hypsilophodontida	33	33	2.9
Euoplocephalida	16	16	4.0
Styracosaurus	18	18	3.9
Microceratops	22	22	4.1
Total	238	239	

Desde su asiento, Hammond inclinó el cuerpo hacia delante:

—¿Qué demonios es eso?

—Hemos encontrado otro compi.

—¿De dónde?

—¡No lo sé!

La radio crepitó. Malcolm, inexorable, dijo:

—Ahora, pues, ¿pueden pedirle al ordenador que busque, digamos, trescientos animales?

—¿De qué está hablando? —dijo Hammond, elevando la voz—. ¿Trescientos animales? ¿De qué está hablando?

—Un momento, por favor —contestó Arnold—. Eso estará listo en unos

pocos minutos. —Apretó botones. En la pantalla apareció la primera línea del gráfico:

Total Animales 239

—No entiendo cuál es su propósito —dijo Hammond.

—Me temo que yo sí —repuso Arnold. Observó la pantalla. Los números de la primera línea estaban cambiando a toda velocidad:

Total Animales 244

—¿Doscientos cuarenta y cuatro? —exclamó Hammond—. ¿Qué está pasando?

—El ordenador está contando los animales que hay en el parque —aclaró Wu—. Todos los animales.

—Creí que eso era lo que siempre hacía. —Hammond giró en su asiento—. ¡Nedry! ¿Metió la pata otra vez?

—No —repuso Nedry, permaneciendo ante la consola—. El ordenador permite que el operador introduzca el número esperado de animales, con objeto de hacer que el proceso de recuento sea más rápido. Pero eso es algo conveniente, no un fallo.

—Tiene razón —asintió Arnold—. Sencillamente supusimos siempre la cantidad base de doscientos treinta y ocho porque pensábamos que no podía haber más.

Total Animales 262

—Espere un momento —intervino Hammond—. Estos animales no se pueden reproducir: el ordenador tiene que estar contando ratones de campo o algo por el estilo.

—Así lo creo yo también —aprobó Arnold—. Casi con certeza es un error del seguimiento visual. Pero lo sabremos muy pronto.

Hammond se volvió hacia Wu:

—No se pueden reproducir, ¿verdad?

—No.

Total Animales 270

—¿De dónde salen? —inquirió Arnold.
—¡Y yo qué sé! —replicó Wu.
La sala de control quedó en silencio. Nadie pronunció palabra, mientras observaban el aumento de las cifras.

Total Animales 283

Por la radio oyeron exclamar a Gennaro:
—La gran mierda, ¿cuántos más?
Y oyeron a la niña quejarse:
—Tengo hambre. ¿Cuándo volveremos a casa?
—Muy pronto, Lex.
En la pantalla apareció un titilante mensaje de error:

ERROR: Paráms. Búsqueda: 300 Animales No Hallados

—Un error —dijo Hammond, asintiendo con la cabeza—. Así lo pensé. Siempre tuve la sensación de que tenía que haber un error. Pero un instante después, en la pantalla se imprimió:

Total de Animales	292		
Especies	Esperados	Hallados	Ver.
Tyrannosaurus	2	2	4.1
Maiasaurus	21	22	??
Stegosaurus	4	4	3.9
Triceratops	8	8	3.1
Procompsognathida	49	65	??
Othnielia	16	23	??
Velocirraptor	8	37	??
Apatosaurus	17	17	3.1
Hadrosaurus	11	11	3.1
Dilophosaurus	7	7	4.3
Pterosaurus	6	6	4.3
Hypsilophodontida	33	34	??
Euoplocephalida	16	16	4.0
Styracosaurus	18	18	3.9
Microceratops	22	22	4.1
Total	238	292	

La radio crepitó:

—Ahora ven la imperfección de sus procedimientos —se oyó decir a Malcolm—. Únicamente hicieron el seguimiento de la cifra esperada de dinosaurios. Estaban preocupados por la posibilidad de perder animales y sus procedimientos les decían instantáneamente si tenían menos ejemplares que la cantidad esperada. Pero ése no era el problema: el problema era que ustedes tenían más que la cantidad esperada.

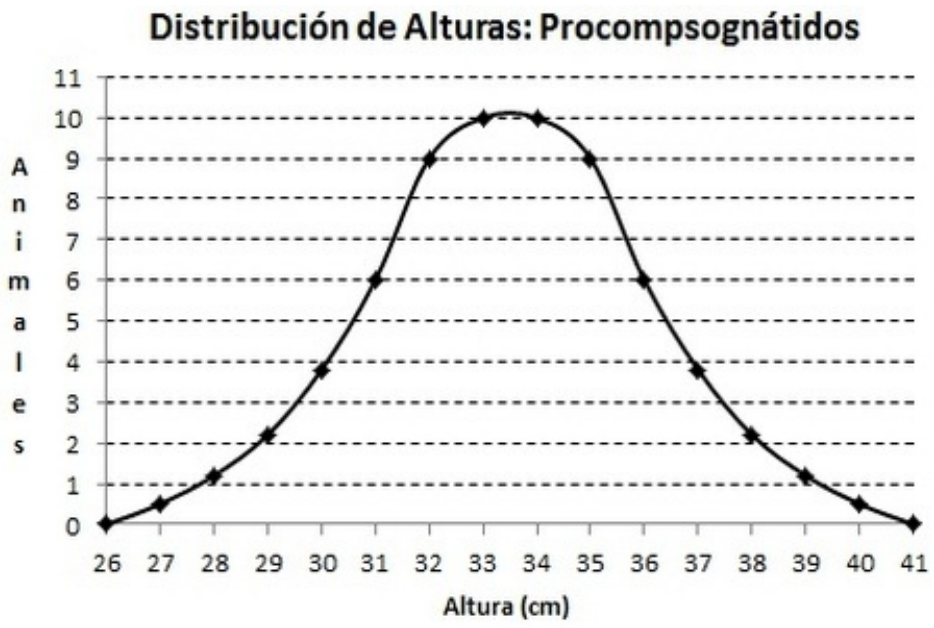
—¡Cristo! —exclamó Arnold.

—No puede haber más —declaró Wu—. Sabemos cuántos soltamos. No puede haber más que eso.

—Temo que sí, Henry —repuso Malcolm—. Se están reproduciendo.

—No.

—Aunque no acepten la cáscara de huevo de Grant, pueden demostrarlo con los propios datos de ustedes: echen un vistazo al gráfico de altura y peso de los compis. Arnold se lo pondrá.



—¿Nota algo en ese gráfico? —preguntó Malcolm.

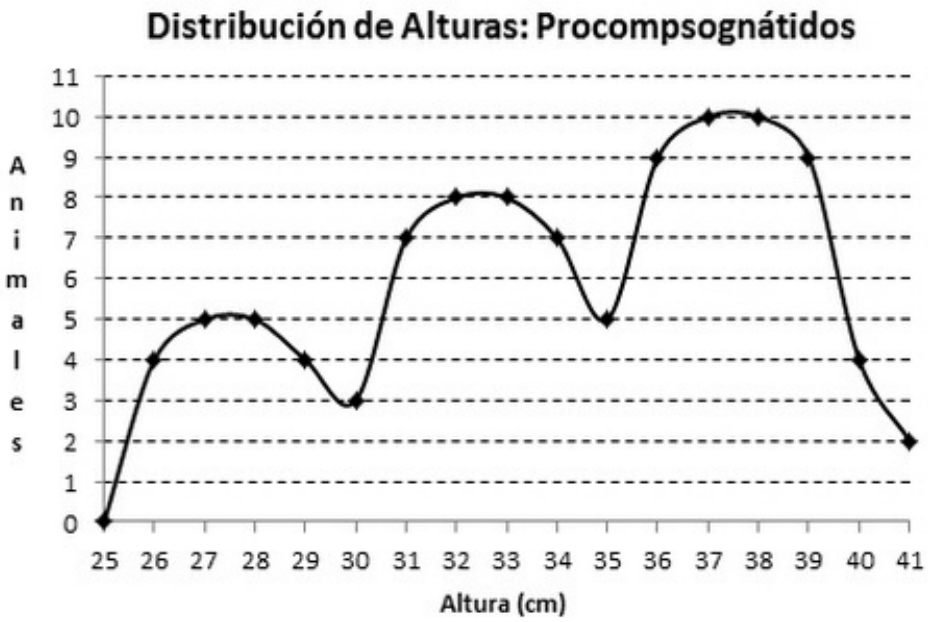
—Es una distribución de Poisson —dijo Wu—. Curva normal.

—¿No dijo usted que introdujo los compis en tres tandas? ¿En intervalos de seis meses?

—Sí…

—Entonces, debió haber obtenido un gráfico con picos para cada una de las tres tandas independientes que se introdujeron —manifestó Malcolm, al tiempo

que pulsaba el teclado—: Como esto.



»Pero no obtuvo ese gráfico —objetó Malcolm—. El que realmente obtuvo corresponde a una población que se reproduce. Sus compis se están reproduciendo.

Wu negó con la cabeza:

—No veo cómo.

—Se están reproduciendo, y lo mismo están haciendo los othnelia, los maiasauros, los hypsis… y los velocirraptores.

—¡Cristo! —dijo Muldoon—. Hay raptores libres en el parque.

—Bueno, no es algo tan malo —intervino Hammond, mirando la pantalla—, tenemos incrementos en nada más que tres… bueno, cinco categorías. Incrementos muy pequeños en dos de ellas…

—¿De qué está hablando? —dijo Wu en tono alto—. ¿No sabe lo que eso significa?

—Claro que sé qué significa, Henry: significa que metiste la pata.

—Absolutamente no.

—Ahí fuera tienes dinosaurios que se están reproduciendo, Henry.

—Pero todas son hembras. Es imposible. Tiene que haber un error. Y mire las cifras: un pequeño incremento en los animales grandes, los maiasaurios y los hypsis. Y grandes incrementos en la cantidad de animales pequeños. Sencillamente no tiene lógica. Tiene que haber un error.

La radio hizo clic:

—En realidad, no —terció Grant—. Creo que estas cifras confirman que la reproducción está teniendo lugar. En siete emplazamientos diferentes, en toda la isla.

Emplazamientos de procreación

El cielo se estaba oscureciendo. Los truenos retumbaban a lo lejos. Grant y los demás se inclinaron sobre las portezuelas del jeep, contemplando la pantalla del tablero de instrumentos:

—¿Emplazamientos de procreación? —inquirió Wu por la radio.

—Nidos —contestó Grant—. Si suponemos que la nidada promedio es de ocho a doce huevos para incubar, estos datos indicarán que los compis tienen dos nidos. Los raptores, dos. Los othis tienen uno. Y los hypsis y los maias tienen uno cada uno.

—¿Dónde están?

—Tendremos que encontrarlos. Los dinosaurios hacen sus nidos en lugares aislados.

—Pero ¿por qué hay tan pocos animales grandes? —preguntó Wu—. Si hay un nido de maia que contenga de ocho a doce huevos, debería haber de ocho a doce maias nuevos. No únicamente uno.

—Es cierto. Salvo que los raptores y los compis que andan sueltos por el parque probablemente se estarán comiendo los huevos de los animales más grandes… y, quizá, comiéndose a los animales jóvenes recién salidos del huevo también.

—Pero nunca vimos nada así —dijo Arnold por la radio.

—Los raptores son nocturnos. ¿Alguien vigila el parque por la noche?

Hubo un prolongado silencio.

—No pensé que lo hubiera —dijo Grant.

—Sigue sin tener lógica —adujo Wu—. Cincuenta animales adicionales no se pueden mantener con un par de nidos con huevos.

—No —aceptó Grant—. Supongo que están comiendo algo más también.

Quizá pequeños roedores. ¿Ratones y ratas?

Se produjo otro silencio.

—Déjeme conjeturar —pidió Grant—: cuando llegaron a la isla tuvieron un problema con las ratas. Pero, a medida que el tiempo pasaba, el problema desaparecía.

—Sí. Es cierto…

—Y nunca pensaron en investigar el por qué.

—Bueno, sencillamente supusimos… —dijo Arnold.

—Pero, miren —terció Wu—, subsiste el hecho de que todos los animales son hembras. No se pueden reproducir.

Grant había estado pensando en eso. Hacía poco se había enterado de un curioso estudio hecho en Alemania Occidental, del que sospechaba que contenía la respuesta:

—Cuando hicieron el ADN de dinosaurio —preguntó—, trabajaban con piezas fragmentarias, ¿no es así?

—Sí —admitió Wu.

—Con objeto de hacer una cadena completa —precisó—, ¿alguna vez incluyeron fragmentos de ADN pertenecientes a otras especies?

—En ocasiones, sí —dijo Wu—. Hicimos apareamientos de cortes distales en las cadenas de ADN. Así que, a veces, incluíamos ADN de ave, procedente de distintos pájaros y, a veces, ADN de reptil.

—¿Algo de ADN de anfibios? Específicamente, ¿ADN de rana?

—Es posible. Tendría que comprobarlo.

—Compruébelo; creo que hallará que ahí está la respuesta.

—¿ADN de rana? ¿Por qué ADN de rana? —se extrañó Malcolm.

Gennaro dijo con impaciencia:

—Escuchen, todo esto es muy enigmático, pero nos estamos olvidando de la pregunta principal: ¿Se escaparon algunos animales de la isla?

—No lo podemos saber con estos datos —repuso Grant.

—Entonces, ¿cómo lo vamos a descubrir?

—Sólo existe una manera de saberlo: tendremos que encontrar los nidos individuales de dinosaurio, inspeccionarlos y contar los fragmentos restantes de huevo. A partir de eso podremos determinar cuántos animales salieron originalmente del cascarón. Y podremos empezar la estimación de si hay alguno que falta.

—Aun así, no sabrán si los animales que faltan fueron muertos, o si murieron

por causas naturales o si abandonaron la isla —objetó Malcolm.

—No —admitió Grant—, pero es un comienzo. Y creo que podemos conseguir más información con un vistazo intensivo a los gráficos de población.

—¿Cómo vamos a encontrar esos nidos?

—En realidad, creo que el ordenador nos puede ayudar. De hecho, deberemos de tener una buena perspectiva de esta isla dentro de las próximas veinticuatro a treinta y seis horas.

—¿Podemos volver ahora? —preguntó Lex—. Tengo hambre.

—Sí, volvamos —sonrió Grant—. Has sido muy paciente.

—Podrán comer dentro de unos veinte minutos —anunció Ed Regis, empezando a caminar hacia los dos Cruceros de Tierra.

—Me quedaré un rato —dijo Ellie—, y sacaré fotos del estegosaurio con la cámara del doctor Harding. Esas vesículas de la boca habrán desaparecido mañana.

Grant anunció que quería volver y que iría con los niños. Se le agregó Malcolm. Gennaro, en cambio, decidió quedarse para volver con Harding en su jeep, junto con la doctora Sattler.

Cuando empezaron a caminar, Malcolm preguntó:

—¿Exactamente por qué se queda el abogado?

Grant se encogió de hombros, y repuso:

—Creo que podría tener algo que ver con la doctora Sattler.

—¿De veras? ¿Los pantalones cortos, crees?

—Ya ha sucedido antes.

Cuando llegaron a los Cruceros de Tierra, Tim dijo:

—Quiero viajar en la parte de delante esta vez, con el doctor Grant.

—Por desgracia, el doctor Grant y yo tenemos que hablar —se opuso Malcolm.

—Sólo me sentaré y escucharé. No diré nada —insistió Tim.

—Es una conversación privada —contestó Malcolm.

—Te diré lo que vamos a hacer, Tim —propuso Ed Regis—. Dejemos que se sienten en el coche de atrás, ellos solos. Nosotros lo haremos en el de delante, y podrás usar las lentes para visión nocturna. ¿Alguna vez has utilizado lentes para visión nocturna, Tim?

—No.

—Bueno, son lentes con CCD muy sensibles, que te permiten ver en la oscuridad.

—Estupendo —asintió el chico, y fue hacia el primer coche.

—¡Eh! —gritó Lex—. Yo también las quiero usar.

—No —dijo Tim.

—¡No es justo! ¡No es justo! ¡Tú siempre haces de todo, Timmy!

Ed Regis los observó alejarse y le dijo a Grant:

—Ya me doy cuenta de lo que va a ser el viaje de vuelta. Puede ser que ustedes quieran desconectar la radio que intercomunica los coches: el botón está aquí, debajo del tablero de instrumentos. —Se lo indicó a los investigadores, y agregó—: Los coches volverán solos, de forma automática. Deberemos estar de regreso dentro de unos veinte minutos.

Los hombres subieron al segundo coche. Unas gotas de lluvia salpicaron el parabrisas.

—En marcha —dijo Ed Regis—. Estoy listo para cenar. Y no me vendría mal un buen daiquiri de plátano. ¿Qué me dicen ustedes, muchachos? ¿Les parece bien un daiquiri? —Dio una palmada sobre el panel metálico del coche —: Les veré de vuelta en el campamento —dijo, y empezó a correr hacia el primer coche y trepó a él.

Parpadeó una luz roja que había en el tablero de instrumentos: con un suave zumbido de motor eléctrico, los Cruceros de Tierra se pusieron en movimiento.

Mientras viajaba de regreso bajo una luz que cada vez se hacía más mortecina, Malcolm parecía extrañamente alicaído. Grant comentó:

—Tienes que sentirte reivindicado. Quiero decir, en cuanto a tu teoría.

—Ya que lo mencionas, estoy sintiendo un poco de miedo. Sospecho que nos encontramos en un punto muy peligroso.

—¿Por qué?

—Intuición.

—¿Los matemáticos creen en las intuiciones?

—Absolutamente sí. La intuición es muy importante. En realidad, estaba pensando en los fractales —dijo Malcolm—. ¿Sabes algo sobre fractales?

—No, a decir verdad, no.

—Los fractales son una especie de geometría pero, a diferencia de la euclídea clásica, que todo el mundo aprende en la escuela, cuadrados, cubos y esferas, la geometría fractal parece describir objetos reales del mundo natural. Las montañas y las nubes son formas fractales. Así que es probable que los fractales estén relacionados con la realidad. De alguna manera.

»Pues bien, con sus herramientas geométricas, Mandelbrot descubrió una

cosa notable: descubrió que las cosas se veían casi idénticas con escalas diferentes.

—¿Con escalas diferentes?

—Por ejemplo, una montaña grande, vista desde la lejanía, tiene cierta forma escabrosa de montaña. Si te aproximas más, y examinas un pequeño pico de la montaña grande, tendrá la misma forma de montaña. De hecho, puedes reducir la escala hasta llegar a un diminuto grano de roca, vista con un microscopio: tendrá la misma forma fractal básica que la montaña grande.

—Realmente no veo por qué esto te inquieta —comentó Grant. Bostezó. Olió las vaharadas sulfurosas del vapor volcánico: ahora estaban llegando a la sección de camino que pasaba cerca de la línea de la costa, y que dominaba la playa y el océano.

—Es una forma de mirar las cosas —explicó Malcolm—. Mandelbrot halló una igualdad que iba desde lo más pequeño a lo más grande. Y esta igualdad de escala también tiene lugar en los sucesos.

—¿Sucesos?

—Piensa en los precios del algodón: existen buenos registros de precios del algodón, que se remontan a más de cien años. Cuando estudias las fluctuaciones del precio del algodón, encuentras que el gráfico que muestra las fluctuaciones del precio en el transcurso de un día se parece básicamente al gráfico representativo de una semana que, básicamente, se parece al gráfico de un año, o de diez años. Y así es como son las cosas: un día es como toda la vida; empiezas haciendo una sola cosa, pero terminas haciendo algo más; planeas hacer una diligencia, pero nunca llegas adonde pensabas ir… Y, al final de tu vida, la totalidad de tu existencia también tiene esa misma característica aleatoria. Toda tu vida tiene la misma forma que un solo día.

—Supongo que ésa es una de las maneras de ver las cosas —comentó Grant.

—No. Es la única manera de ver las cosas. Es, al menos, la única manera fiel a la realidad. Verás, la idea fractal de igualdad lleva, dentro de ella, una especie de recursión, una especie de volverse sobre sí misma, lo que significa que los sucesos son impredecibles. Que pueden cambiar en forma súbita y sin previo aviso.

—Bien…

—Pero nos hemos autocomplacido imaginando al cambio repentino como algo que ocurre fuera del orden normal de las cosas. Un accidente, como un choque de automóviles. O más allá de nuestro control, como una enfermedad

mortal. No concebimos el cambio súbito, drástico, como algo incorporado a la trama misma de nuestra existencia. Y, sin embargo, lo está. Y la teoría del caos nos enseña que la linealidad recta, a la que hemos llegado a dar por sentado en todo, desde la física hasta la ficción, simplemente no existe. La linealidad es una manera artificial de ver el mundo. La vida real no es una serie de sucesos interconectados, que tienen lugar uno después de otro, como cuentas ensartadas en un collar. La vida es, en realidad, una serie de encuentros, en los que un acontecimiento puede alterar los que lo suceden y de una manera totalmente impredecible, hasta devastadora.

Malcolm se reclinó en su asiento, mirando hacia el otro coche, que se encontraba a unos metros de distancia. Prosiguió:

—Hay una profunda verdad en relación con la estructura del universo. Pero, por alguna razón, insistimos en comportarnos como si no fuese cierta.

En ese momento, los coches se detuvieron con una sacudida.

—¿Qué pasa? —preguntó Grant.

Delante de ellos vieron a los niños en el coche, señalando hacia el océano. Mar adentro, debajo de nubes cada vez más bajas, Grant vio el oscuro contorno del barco de suministros, que volvía hacia Puntarenas.

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó Malcolm.

Grant encendió la radio y oyó a la niña diciendo, con excitación:

—¡Mira ahí, Timmy! ¡Lo ves, está ahí!

Malcolm miró el barco con los ojos entrecerrados:

—¿Están hablando del barco?

—Aparentemente.

Ed Regis se apeó del coche de delante y fue corriendo hasta la ventanilla de los dos hombres:

—Lo siento, pero los niños están completamente excitados. ¿Tienen prismáticos aquí?

—¿Para qué?

—La niña dice que ve algo en el barco. Una especie de animales.

Grant tomó los prismáticos y apoyó los codos en el borde de la ventanilla del Crucero. Escudriñó la larga forma del barco de suministros. Estaba tan oscuro que la nave era casi una silueta. Mientras Grant observaba, las luces de navegación del barco se encendieron, brillantes en el oscuro crepúsculo rosado.

—¿Ve algo? —preguntó Regis.

—No —contestó Grant.

—Están abajo —indicó Lex por la radio—. Mire muy abajo.

Grant bajó los prismáticos, escudriñando la sección del casco que estaba justo por encima de la línea de flotación. El barco de suministros era muy ancho, con un borde antisalpicaduras que recorría toda la longitud de la nave. Pero ahora estaba bastante oscuro y Grant a duras penas podía discernir detalles.

—No, nada…

—Los puedo ver —insistió Lex, impaciente—. Cerca de la parte de atrás. ¡Mire cerca de la parte de atrás!

—¿Cómo puede ver ella algo con esta luz? —preguntó Malcolm.

—Los chicos pueden ver —dijo Grant—. Tienen una agudeza visual que olvidamos que alguna vez tuvimos.

Llevó los prismáticos hacia la popa, desplazándolos con lentitud y, de repente, vio los animales: estaban jugando, lanzándose con rapidez entre las estructuras de la popa, que sólo se veían en silueta. Grant sólo pudo verlos en forma breve pero, incluso a la luz cada vez menos intensa del día, pudo reconocer que andaban erectos, tenían unos sesenta centímetros de alto y que se erguían con rígidas colas que los equilibraban.

—¿Los ve ahora? —preguntó Lex.

—Los veo —contestó Grant.

—¿Qué son?

—Son velocirraptores —informó Grant—. Dos, por lo menos. Quizá más. Ejemplares jóvenes.

—¡Jesús! —exclamó Ed Regis—. Ese barco va a tierra firme.

Malcolm se encogió de hombros y sugirió:

—No se excite. Llame sencillamente a la sala de control y dígales que hagan que vuelva el barco.

Ed Regis metió la mano en el coche y aferró la radio, tomándola del tablero de instrumentos: oyeron una estática sibilante, así como chasquidos, cada vez que Regis cambiaba de canal con rapidez.

—Algo anda mal en éste —dijo—. No funciona.

Salió corriendo hacia el primer Crucero de Tierra. Le vieron hundir la cabeza dentro del vehículo. Después, les miró:

—Algo anda mal en las dos radios —dijo—. No puedo localizar la sala de control.

—Entonces, mejor que nos pongamos en movimiento —aconsejó Grant.

En la sala de control, Muldoon estaba en pie frente a las grandes ventanas frontales, desde las que se dominaba el parque. A las siete en punto, los reflectores de cuarzo, emisores de luz sin sombra, se encendían por toda la isla, convirtiendo el paisaje en una refulgente joya que se extendía hasta desaparecer en el sur. Ése era el momento favorito del día para Muldoon. Oyó el restallar de la estática procedente de las radios.

—Los Cruceros de Tierra se han vuelto a poner en marcha —dijo Arnold—. Van camino a casa.

—Pero ¿por qué se detuvieron? —preguntó Hammond—. ¿Y por qué no podemos hablar con ellos?

—No lo sé —repuso Arnold—. Estoy tratando de localizarlos.

Revisó los canales, pero sólo obtuvo sibilante estática:

—Quizás apagaron las radios de los coches.

—Probablemente sea la tormenta —arriesgó Muldoon—. Interferencia de la tormenta.

—Estarán aquí dentro de veinte minutos —dijo Hammond—. Es mejor que llamen abajo y se aseguren de que el comedor esté listo para ellos. Esos niños van a estar hambrientos.

Arnold levantó el teléfono y oyó un monótono siseo permanente.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

—¡Por Dios, cuelgue eso! —exclamó Nedry—. Va a enloquecer el flujo de datos.

—¿Tomó todas las líneas telefónicas? ¿Incluso las internas?

—Tomé todas las líneas que se comunican con el exterior. Pero las internas todavía deberían funcionar.

Arnold oprimió botones en la consola, uno después de otro: no oyó nada más que un siseo en todas las líneas.

—Parece que usted las tiene todas.

—Lo siento. Al final de la próxima transmisión, dentro de unos quince minutos, les despejaré un par. —Bostezó—. Parece que va a ser un fin de semana largo para mí. Creo que iré ahora a buscar esa «Coca-Cola».

Recogió su mochila y se dirigió hacia la puerta:

—No toquen mi consola, ¿de acuerdo?

La puerta se cerró.

—¡Qué bola de grasa! —comentó Hammond.

—Sí —asintió Arnold—, pero creo que sabe lo que está haciendo.

A lo largo del costado del camino, nubes de vapor volcánico empañaban los arco iris producidos por las brillantes lámparas de cuarzo. Grant dijo, hablando por la radio:

—¿Cuánto tiempo tarda el barco en llegar a tierra firme?

—Dieciocho horas —informó Ed Regis—. Más o menos. Es bastante de fiar. —Le echó un vistazo a su reloj—: Llegará mañana alrededor de las once.

Grant frunció el entrecejo:

—¿Usted y yo podemos hablar por radio, pero no podemos hacerlo con la sala de control?

—No por ahora.

—¿Qué pasa con Harding? ¿Puede localizarlo?

—No, ya lo he intentado. Deberíamos poder comunicarnos con él, pero tal vez tenga su radio apagada.

Malcolm estaba sacudiendo la cabeza, en gesto de negación, y dijo:

—Así que somos los únicos que sabemos que el barco lleva a bordo esos animales.

—Estoy tratando de localizar a alguien —dijo Ed Regis—. Quiero decir, Cristo, no quiero tener esos animales en tierra firme.

—¿Cuánto falta para que regresemos a la base?

—A partir de ahora, otros dieciséis, diecisiete minutos.

Por la noche, todo el camino estaba iluminado por grandes reflectores. A Grant le hacía sentir como si estuvieran viajando a través de un túnel de hojas de color verde brillante. Gotas grandes de lluvia salpicaban el parabrisas.

Grant sintió que el Crucero de Tierra reducía la velocidad; después, se detuvo:

—¿Y ahora qué?

—No quiero parar. ¿Por qué paramos? —preguntó Lex.

Y entonces, en forma repentina, todos los reflectores se apagaron. El camino quedó sumido en la oscuridad. Lex gritó:

—¡Eh!

—Probablemente no es más que un corte de corriente, o algo por el estilo —

la tranquilizó Ed Regis—. Estoy seguro de que las luces volverán de un momento a otro.

—¿Qué demonios? —masculló Arnold, mirando con fijeza los monitores.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Muldoon—. ¿Ha perdido la energía?

—Sí, pero sólo la del perímetro. Todo lo que hay dentro de este edificio funciona bien. Pero fuera, en el parque, se acabó toda la corriente. Luces, cámaras de televisión, todo.

Sus pantallas estaban iluminadas, salvo los monitores de televisión a distancia, que habían quedado apagados.

—¿Qué hay de los Cruceros de Tierra?

—Detenidos en algún sitio, alrededor del campo cercado del tiranosaurio.

—Bueno —dijo Muldoon—, llame a mantenimiento y haga que se restablezca la corriente.

Arnold levantó uno de sus teléfonos y oyó un siseo: los ordenadores de Nedry que hablaban entre sí.

—¡No hay teléfonos! Ese maldito Nedry… ¡Nedry! ¿Dónde diablos está?

Dennis Nedry abrió de un empujón la puerta con el rótulo de FERTILIZACIÓN. Ahora que se había cortado la corriente del perímetro, todas las cerraduras para tarjeta de seguridad estaban desactivadas. Todas las puertas del edificio se abrían con un empujón.

Los problemas del sistema de seguridad del Parque Jurásico figuraban en los primeros puestos de la lista de defectos. Nedry se preguntaba si alguien habría imaginado alguna vez que no se trataba de un defecto, sino de que él, Nedry, lo había programado de esa manera. Había incorporado un clásico escotillón: pocos programadores de grandes sistemas de proceso de datos podían resistir la tentación de dejarse una entrada secreta. En parte, eso era sentido común: si alguna vez usuarios ineptos trababan el sistema y después llamaban al programador para que les auxiliara, siempre había una manera de entrar y reparar el desbarajuste. Y en parte era una especie de firma: Aquí estuve yo.

Y, en parte, era un seguro para el futuro: Nedry estaba molesto con el proyecto del Parque Jurásico. Bien avanzado el plan de trabajo, «InGen» había

exigido que en el sistema se introdujeran amplias modificaciones, pero no había estado dispuesta a pagarlas, aduciendo que había que incluirlas en el contrato original. Hubo amenazas de acciones judiciales; se enviaron cartas a los demás clientes de Nedry, en las que se daba a entender que Nedry no era de fiar. Era chantaje y, al final, Nedry se había visto forzado a comerse sus excedentes en el Parque Jurásico y a introducir los cambios que Hammond quería.

Pero más tarde, cuando se le acercó Lewis Dodgson, de «Biosyn», Nedry estaba dispuesto a escucharle. Y preparado para decir que, en verdad, podía meterse en la seguridad del Parque Jurásico. Podía entrar en cualquier habitación, cualquier sistema, cualquier sitio del parque. Porque lo había programado de esa manera. Por las dudas.

Entró en la sala de fertilización. El laboratorio estaba desierto: tal como lo había previsto, todo el personal estaba cenando. Nedry abrió al cierre de cremallera de su mochila y sacó el tubo de crema para afeitar «Gillette». Desatornilló la base y vio que el interior estaba dividido en una serie de ranuras cilíndricas.

Extrajo un par de guantes con espeso aislamiento y abrió la cámara frigorífica señalada como CONTENIDO BIOLÓGICO VIABLE MANTENER A -10 ºC MÍNIMO. La congeladora tenía el tamaño de un pequeño armario, con anaqueles que iban desde el suelo hasta el techo. La mayor parte de los anaqueles tenía reactivos y líquidos contenidos en sacos de plástico. Hacia uno de los lados vio un frigorífico más pequeño de nitrógeno, provisto de una pesada puerta de cerámica. La abrió y, rodeada por una nube blanca de nitrógeno líquido, una ménsula con tubos pequeños se deslizó hacia fuera.

Los embriones estaban dispuestos por especies: Stegosaurus, Apatosaurus, Hadrosaurus, Tyrannosaurus. Cada embrión en un recipiente de vidrio delgado, envuelto en una hoja de aluminio y taponado con polietileno. Con rapidez, Nedry tomó dos de cada uno, deslizándolos en el interior del tubo de crema de afeitar.

Después atornilló la base del tubo, cerrándola herméticamente, y dando vuelta a la parte superior. Se oyó el siseo del gas que se liberaba en el interior, y el tubo se escarchó en las manos de Nedry. Dodgson había dicho que había suficiente refrigerante como para treinta y seis horas. Tiempo más que suficiente para regresar a San José.

Nedry dejó la cámara frigorífica y volvió al laboratorio principal. Dejó caer

el tubo de vuelta en su mochila y corrió la cremallera para cerrarla.

Volvió al pasillo. El robo había llevado menos de dos minutos. Nedry podía imaginar la consternación que se produciría arriba, en la sala de control, cuando empezaran a darse cuenta de lo que había pasado. Todos los códigos de seguridad estaban cifrados, para hacerlos ininteligibles, y todas las líneas telefónicas estaban interferidas. Sin la ayuda de Nedry harían falta horas para deshacer el embrollo pero, en nada más que unos pocos minutos, el analista estaría de vuelta en la sala de control, enderezando las cosas.

Y nadie sospecharía siquiera lo que había hecho.

Con una amplia sonrisa, Dennis Nedry bajó por las escaleras hasta la planta baja, saludó con leve inclinación de cabeza al guardia y siguió descendiendo, hasta llegar al sótano. Siguió de largo ante las ordenadas filas de Cruceros de Tierra eléctricos, y se dirigió al jeep impulsado por gasolina estacionado contra la pared. Subió al vehículo, advirtiendo la presencia de unos extraños tubos grises apoyados en el asiento del acompañante: casi parecía un lanzacohetes, pensó mientras daba vuelta a la llave de contacto y ponía en marcha el jeep.

Nedry le echó un vistazo al reloj: desde aquí al parque, y tres minutos justos hasta llegar al muelle del este. Tres minutos desde allí para volver a la sala de control. Seis minutos en total.

Un juego de niños.

—¡Maldita sea! —barbotó Arnold, apretando botones en la consola—. Todo está bloqueado.

Muldoon estaba de pie junto a las ventanas, mirando hacia el Parque. Las luces se habían apagado en toda la isla, salvo en la zona inmediata que rodeaba los edificios principales. Vio a unos cuantos miembros del personal apresurándose para escapar de la lluvia, pero nadie parecía darse cuenta de que algo anduviera mal. Muldoon miró en dirección al pabellón de los visitantes, donde las luces brillaban con toda intensidad.

—Uh, uh —murmuró Arnold—. Tenemos verdaderos problemas.

—¿De qué se trata? —preguntó Muldoon. Se alejó de la ventana y, por eso, no vio salir al jeep del garaje subterráneo y dirigirse hacia el este, hacia el parque, a lo largo del camino de mantenimiento.

—Ese idiota de Nedry apagó los sistemas de seguridad —dijo Arnold—. Todo el edificio está abierto. Ninguna de las puertas está cerrada.

—Informaré a los guardias —dijo Muldoon.

—Eso es lo menos importante: cuando se apaga la seguridad, se apagan las cercas periféricas también.

—¿Las cercas?

—Las cercas eléctricas. Están muertas, toda la isla.

—Usted quiere decir…

—Eso es: ahora los animales pueden salir. —Encendió un cigarrillo, y siguió —: Es probable que no ocurra nada, pero nunca se sabe…

Muldoon empezó a caminar hacia la puerta:

—Es mejor que vaya en el jeep y traiga a la gente que va en esos dos Cruceros de Tierra… por las dudas.

Muldoon bajó con rapidez las escaleras hacia el garaje. Realmente no estaba preocupado por el hecho de que las cercas se hubieran apagado: la mayoría de los dinosaurios había estado en sus campos cercados durante nueve meses, o más, y habían rozado las cercas más de una vez, con notables resultados. Muldoon sabía con cuánta rapidez los animales aprendían a evitar los estímulos procedentes de sacudidas eléctricas: se podía entrenar a una paloma de laboratorio nada más con dos o tres aplicaciones como estímulo. Así que era improbable que los dinosaurios se acercaran ahora a las cercas.

Muldoon estaba más preocupado por lo que haría la gente que iba en los coches. No quería que salieran de los vehículos, porque, una vez que volviera la corriente, los coches se empezarían a mover de nuevo, ya fuera con la gente en su interior, o sin ella. Los pasajeros podrían quedar abandonados. Naturalmente, bajo la lluvia era improbable que abandonaran los coches. Pero, así y todo…, nunca se sabía…

Entró en el garaje y se apresuró a llegar al jeep. Tuvo suerte, pensaba, de haber tenido la previsión de poner el lanzador en el vehículo. Podía salir de inmediato y estar ahí afuera en…

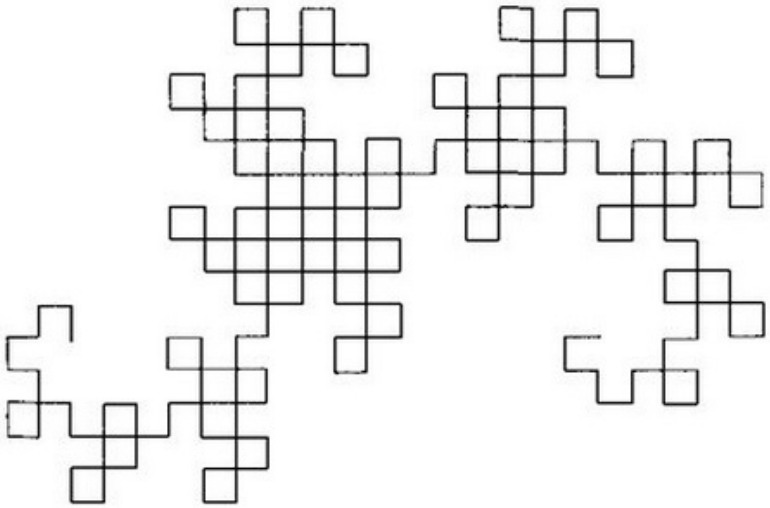
¡No estaba!

—¿Qué demonios…? —Muldoon quedó con la mirada fija en el sitio vacío del estacionamiento, atónito.

¡El jeep no estaba!

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

CUARTA ITERACIÓN



Inevitablemente, empiezan a aparecer inestabilidades matemáticas subyacentes.

IAN MALCOLM

El camino principal

La lluvia tamborileaba intensamente sobre el techo del Crucero de Tierra. Tim sentía las lentes de visión nocturna apretándole con fuerza la frente; palpó el mando que estaba cerca de su oreja y ajustó la intensidad. Hubo un breve destello fosforescente y después, envueltos en sombras de verde y negro electrónicos, pudo ver el Crucero de Tierra que estaba atrás, con los doctores Grant y Malcolm en su interior. ¡Muy ingenioso!

El doctor Grant le estaba mirando por el parabrisas frontal. Tim le vio levantar el micrófono del panel de instrumentos. Hubo un estallido de estática y, después, oyó la voz del doctor Grant:

—¿Nos puedes ver aquí atrás?

Tim tomó la radio que le daba Ed Regis.

—Les veo.

—¿Está todo bien?

—Estamos bien, doctor Grant.

—Quédense en el coche.

—Lo haremos. No se preocupe. —Apagó la radio—. Está lloviendo a cántaros. Claro que nos quedaremos en el coche —resopló Ed Regis.

Tim se volvió para mirar el follaje que había al lado del camino: visto con las lentes, tenía un color verde brillante electrónico y, más allá, pudo ver secciones de la cerca. Los Cruceros de Tierra estaban detenidos en la parte descendente de la ladera de una colina, lo que tenía que significar que se encontraban en algún lugar cerca del sector del tiranosaurio. Sería asombroso ver al tiranosaurio con esas lentes para visión nocturna. Algo verdaderamente emocionante. Quizás el tiranosaurio se acercaría a la cerca y les miraría por encima de ella.

Tim se preguntaba si los ojos le refulgirían en la oscuridad, cuando les viera

en los coches.

Eso sería estupendo.

Pero no vio cosa alguna y, al cabo de un tiempo, dejó de mirar. Todos los que estaban en el coche quedaron en silencio. La lluvia hacía un ruido monótono sobre el techo del Crucero. Cortinas de agua bajaban por los lados de las ventanas. A Tim le resultaba difícil ver hacia fuera, incluso con las lentes.

—¿Cuánto tiempo llevamos sentados aquí? —preguntó Malcolm.

—No sé. Cuatro o cinco minutos.

—Me pregunto cuál es el problema.

—Quizás un cortocircuito debido a la lluvia.

—Pero ocurrió antes de que la lluvia empezara a caer en serio.

Hubo otro instante de silencio. Con voz tensa, Lex dijo:

—Pero no hay relámpagos, ¿no? —Siempre le habían dado miedo los relámpagos, y ahora estaba sentada presa de los nervios, estrujando el guante de béisbol entre las manos.

El doctor Grant dijo:

—¿Qué ha sido eso? No lo recibimos del todo bien.

—Sólo mi hermana hablando.

—Ah.

Una vez más, Tim escudriñó el follaje, pero no vio nada. Ciertamente nada tan grande como un tiranosaurio. Empezó a preguntarse si los tiranosaurios salían de noche. ¿Eran animales de hábitos nocturnos? Tim no estaba seguro de haber leído eso alguna vez. Tenía la sensación de que los tiranosaurios eran animales adaptados a todo clima, y tanto podían salir de día como de noche. La hora del día no le importaba a un tiranosaurio.

La lluvia continuaba cayendo con gran intensidad.

—Maldita lluvia —dijo Ed Regis—. Cae agua de veras.

—Tengo hambre —repitió Lex.

—Ya lo sé, Lex —dijo Regis—, pero estamos inmovilizados aquí, guapa. Los coches se mueven mediante electricidad que pasa por cables enterrados en el camino.

—¿Inmovilizados durante cuánto tiempo?

—Hasta que arreglen la electricidad.

El sonido de la lluvia hacía que Tim se sintiera cada vez más amodorrado. Bostezó y se volvió para mirar las palmeras que había al lado izquierdo del camino, y le sobresaltó un súbito golpe sordo mientras el suelo temblaba. Se

volvió justo a tiempo para tener una fugaz visión de una forma oscura que, con rapidez, cruzaba el camino entre los dos coches.

—¡Jesús!

—¿Qué fue eso?

—Era enorme, era grande como el coche…

—¡Tim! ¿Estás ahí?

Levantó el micrófono:

—Sí, estoy aquí.

—¿Lo has visto, Tim?

—No. Lo he perdido.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Malcolm.

—¿Estás usando las lentes para visión nocturna, Tim?

—Sí. Observaré —contestó Tim.

—¿Era el tiranosaurio? —preguntó Ed Regis.

—No lo creo. Estaba en el camino.

—¿Pero no lo has visto? —dijo Ed Regis.

—No.

Tim se sentía mal por haberse perdido ver el animal, cualquiera que hubiera sido. Con la esperanza de redimirse, se inclinó sobre el asiento trasero, mirando el terreno que había entre los dos coches: si realmente había habido algo en el camino, quizá podría ver la huella de una pisada. Pero con sus lentes vio destellantes charcos de lluvia y las largas huellas paralelas de los Cruceros de Tierra.

No había huellas de pisadas.

Se produjo el repentino estallido blanco de un relámpago, y las lentes de Tim destellaron con un color verde brillante. El niño parpadeó y empezó a contar:

—Mil uno… mil dos…

El trueno detonó, ensordecedoramente alto y muy cerca.

Lex empezó a llorar:

—Oh, no…

—Calma, querida —intentó tranquilizarla Ed Regis—. No es más que un relámpago.

El cielo volvió a destellar, con luz cruda y brillante. Tim escudriñó el borde del camino. Ahora, la lluvia caía con mucha fuerza, sacudiendo las hojas con gotas que las golpeaban como martinetes; hacía que todo se moviera. Todo parecía estar vivo. El niño exploró las hojas…

Se detuvo: había algo más allá de las hojas.

Tim levantó la vista, más alto.

Detrás de la vegetación, más allá de la cerca, vio un cuerpo grueso con una superficie rugosa, veteada, como la corteza de un árbol. Pero no era un árbol… Tim siguió mirando cada vez más arriba, haciendo un barrido ascendente con las lentes…

Vio la enorme cabeza del tiranosaurio. Simplemente estaba erguido allí, mirando los dos Cruceros de Tierra por encima de la cerca. Los relámpagos destellaron de nuevo y el gigantesco animal volvió la cabeza y bramó bajo la fulgurante luz. Después, la oscuridad y el silencio una vez más, y la lluvia que seguía golpeando.

—¿Tim?

—Sí, doctor Grant.

—¿Ves lo que es?

—Sí, doctor Grant.

Tim tenía la sensación de que el doctor Grant estaba tratando de hablar de una manera que no perturbara a su hermana.

—¿Qué está pasando en este preciso momento?

—Nada —dijo Tim, observando al tiranosaurio a través de las lentes—: Simplemente está de pie del otro lado de la cerca.

—No puedo ver mucho desde aquí, Tim.

—Yo puedo ver muy bien, doctor Grant. No hace otra cosa que estar ahí de pie.

—Bien.

Lex siguió llorando, sorbiendo por la nariz.

Hubo otro momento de silencio. Tim siguió vigilando al tiranosaurio: ¡la cabeza era inmensa! El animal miraba un vehículo, después el otro, después volvía al primero. Parecía tener la vista clavada en Tim.

Con las lentes, los ojos despedían un fulgor verde brillante.

Tim sintió escalofríos, pero después, mientras recorría hacia abajo el cuerpo del animal, desde las enormes cabeza y mandíbulas, vio que el miembro superior, más pequeño y musculoso, se agitaba en el aire y, después, aferraba la cerca.

—¡Jesucristo! —murmuró Ed Regis, mirando con fijeza a través de la ventanilla.

El más grande depredador que el mundo haya conocido. El ataque más aterrador de la historia humana. En alguna parte, en lo profundo de su cerebro de publicista, Ed Regis todavía estaba redactando la propaganda. Pero podía sentir cómo las rodillas le empezaban a temblar sin control, los pantalones le flameaban como banderas. ¡Dios, estaba aterrado! No quería estar allí. Sólo él entre todos los pasajeros de los dos coches, Ed Regis, conocía cómo era el ataque de un dinosaurio. Sabía lo que le ocurría a la gente. Había visto los cuerpos mutilados, resultado del ataque de un velocirraptor; se lo podía representar en la mente. ¡Y ése era un rex! ¡Mucho, mucho más grande! ¡El carnívoro más grande que jamás hubiera caminado sobre la Tierra!

¡Jesús!

Cuando el tiranosaurio rugía era aterrador, un alarido procedente de otro mundo. Ed Regis sintió el calor que se le extendía por los pantalones: se había orinado encima. Estaba avergonzado y aterrorizado al mismo tiempo. Pero sabía que tenía que hacer algo. No podía limitarse a permanecer allí. Tenía que hacer algo. ***Algo***. Las manos se le sacudían, temblando contra el tablero de instrumentos.

—¡Jesucristo! —volvió a decir.

—Palabrotas —le dijo Lex, reprendiéndole con el dedo índice en alto.

Tim oyó el sonido de una portezuela que se abría y movió la cabeza en sentido opuesto a donde estaba el dinosaurio; las lentes deformaron la visión en sentido lateral, convirtiéndola en un veloz rayo de luz, justo a tiempo para ver a Ed Regis apeándose por la portezuela abierta, agachando la cabeza bajo la lluvia.

—Eh —dijo Lex—, ¿a dónde va?

Ed Regis no respondió: se limitó a alejarse y correr en dirección contraria a aquella en la que estaba el dinosaurio, desapareciendo en el bosque. La portezuela del coche eléctrico colgaba abierta; el panel interior se estaba mojando.

—¡Se ha ido! —gritó Lex—. ¿Dónde se ha ido? ¡Nos ha dejado solos!

—Cierra la portezuela —dijo Tim, pero su hermana había empezado a gritar:

—¡Nos ha dejado! ¡Nos ha dejado!

—Tim, ¿qué pasa? —Era el doctor Grant por la radio—. ¿Tim?

Tim se inclinó hacia delante y trató de cerrar la portezuela. Desde el asiento

de atrás no podía alcanzar la manija. Volvió a mirar al dinosaurio cuando fulguró otra vez un relámpago, lo que hizo que, durante un instante, contra el cielo blanco por el destello se recortara la silueta de la enorme forma negra.

—¿Tim, qué está pasando? ¡Nos ha dejado, nos ha dejado!

Tim parpadeó para recuperar la visión. Cuando miró de nuevo, el tiranosaurio estaba erguido allí, exactamente igual que antes, inmóvil e inmenso. La lluvia le caía en gotas desde las mandíbulas. El miembro superior aferraba la cerca…

Y entonces Tim se dio cuenta: ¡el tiranosaurio estaba tocando la cerca!

¡La cerca ya no estaba electrificada!

—¡Lex, cierra la puerta!

La radio chasqueó.

—¡Tim!

—Estoy aquí, doctor Grant.

—¿Qué está pasando?

—Regis se ha escapado —dijo Tim.

—¿Que él ha hecho qué?

—Se ha escapado. Creo que vio que la cerca no está electrificada.

—¿La cerca no está electrificada? —repitió Malcolm por la radio—. ¿Es eso lo que dijo, que la cerca no estaba electrificada?

—Lex —repitió Tim—, cierra la puerta.

Pero Lex estaba gritando:

—¡Nos ha dejado, nos ha dejado! —con un quejido continuo y monótono, y a Tim no le quedó más remedio que apearse por la puerta de atrás, exponerse a la feroz lluvia, y cerrarle la portezuela a su hermana. Retumbaron los truenos y los relámpagos fulguraron otra vez. Tim alzó la vista y vio al tiranosaurio aplastar la cerca con una gigantesca pata posterior.

—¡Timmy!

El niño volvió a entrar de un salto y cerró la portezuela de un golpe; el ruido del portazo se perdió entre los truenos.

—¡Tim! ¿Estás ahí? —se oyó por la radio.

—Estoy aquí. —Se volvió hacia Lex—: Pon el seguro en las puertas. Ponte en medio del coche. Y cállate.

Fuera, el tiranosaurio volvió la cabeza y dio un desmañado paso hacia delante: las garras de sus patas se habían enganchado en la malla de la aplanada cerca. Lex finalmente vio al animal y se quedó muda, quieta. Observaba con ojos

desorbitados.

La radio restalló:

—Tim.

—Sí, doctor Grant.

—Quedaos en el coche. Agachaos bien. Quedaos quietos. No os mováis y no hagáis ruido.

—Entendido.

—Estaréis seguros. No creo que pueda abrir el coche.

—Entendido.

—Quedaos quietos, así no atraeréis su atención más de lo necesario.

—Entendido. —Tim apagó la radio—. ¿Has oído eso, Lex?

Su hermana asintió con la cabeza, en silencio. No apartaba la vista del dinosaurio. El animal rugió. Al resplandor de los relámpagos, lo vieron liberarse de la cerca de un tirón y dar un salto hacia delante.

Ahora estaba erguido entre los dos coches. Tim no podía ver ya al del doctor Grant, porque el enorme cuerpo tapaba su visual. La lluvia caía por la piel rugosa de las musculosas patas traseras, formando arroyuelos al desviarse en las protuberancias epidérmicas. Tim no podía ver la cabeza del animal, que estaba muy por encima de la línea del techo del Crucero.

El tiranosaurio se desplazó, yendo hacia el coche de los niños. Fue hacia el sitio mismo en el que Tim había salido del Crucero. En el que Ed Regis había salido del Crucero. El animal se detuvo ahí, vacilante. La inmensa cabeza descendió hacia el barro.

Tim pensó: «Huele algo».

Miró al doctor Grant y al doctor Malcolm, que estaban en el coche de atrás: sus rostros estaban tensos, mientras contemplaban, a través del parabrisas, lo que ocurría delante.

La enorme cabeza volvió a subir, con las mandíbulas abiertas, y después se detuvo junto a las ventanillas laterales. Al resplandor de los relámpagos vieron el ojo redondo, sin expresión, de reptil, que se movía en la órbita.

Estaba mirando dentro del coche.

La respiración de Lex salía como jadeos entrecortados por el miedo. Tim extendió la mano y le apretó el brazo, con la esperanza de que la niña se mantuviera quieta. El dinosaurio siguió mirando un largo rato a través de la ventanilla lateral. A lo mejor no podía verles, pensaba Tim. Por último, la cabeza se elevó, volviendo a quedar fuera de la vista.

—Timmy… —susurró Lex.

—Está bien —susurró Tim—. No creo que nos haya visto.

Estaba mirando hacia atrás, al doctor Grant, cuando un impacto estremecedor sacudió el Crucero de Tierra e hizo añicos el parabrisas, convirtiendo el vidrio en una tela de araña, en el momento en que la cabeza del tiranosaurio chocó contra el capó del coche. Tim quedó planchado en el asiento. Las lentes para visión nocturna le resbalaron de la cabeza.

Se reincorporó con rapidez, parpadeando en la oscuridad, la boca tibia por la sangre.

—¿Lex?

No podía ver a su hermana por parte alguna.

El tiranosaurio estaba erguido cerca de la parte delantera del coche eléctrico, el pecho se le movía al respirar, los pequeños miembros anteriores se abrían y cerraban como garras en el aire, presa de la frustración.

—¡Lex! —susurró Tim. En ese momento, la oyó quejarse: estaba tendida en alguna parte del coche, debajo del asiento delantero.

Entonces, la cabeza gigantesca descendió, tapando por completo el destrozado parabrisas. El tiranosaurio volvió a golpear el capó del Crucero de Tierra. Tim se aferró al asiento, mientras el coche se balanceaba sobre las ruedas. El tiranosaurio golpeó dos veces más, abollando el metal.

Después se desplazó alrededor del coche. La gran cola levantada bloqueaba la visual en todas las ventanillas laterales. Cuando llegó a la parte de atrás del coche, el enorme animal resopló: un gruñido sordo que venía de lo profundo, y que se hacía uno con los truenos.

Hundió las mandíbulas en la rueda de recambio montada en la parte de atrás del coche y, con una sola sacudida de la cabeza, la arrancó de cuajo. Toda la parte posterior del Crucero se levantó un instante por el aire. Después cayó con un ruido sordo, salpicando barro alrededor.

—¡Tim! —dijo Grant con suavidad—. ¿Tim, estás ahí?

Tim aferró el micrófono de la radio:

—Estamos bien —aseguró. Se oyó el ruido penetrante de algo que raspa sobre metal, cuando las garras rasgaron el techo del Crucero. El corazón de Tim le galopaba en el pecho. No podía ver nada por las ventanillas del lado derecho, salvo carne correosa llena de protuberancias: el tiranosaurio estaba inclinado contra el coche, que se mecía adelante y atrás, acompañando cada respiración de la bestia; los muelles y el metal crujían sonoramente.

Lex se volvió a quejar. Tim dejó el micrófono y empezó a reptar hacia el asiento de delante. El tiranosaurio rugió y el techo metálico se hundió hacia abajo. Tim sintió un dolor agudo en la cabeza y se desplomó en el suelo, sobre la cobertura de la transmisión. Se descubrió caído al lado de Lex, y se sobresaltó al ver que todo el lado de la cabeza de su hermana estaba bañado en sangre. La niña daba la impresión de estar inconsciente.

Se produjo otro impacto estremecedor y trozos de vidrio llovieron alrededor de Tim. El niño sintió la lluvia: alzó la vista y vio que el parabrisas se había roto por completo: sólo quedaba un borde puntiagudo de vidrio y, más allá, la cabezota del dinosaurio.

Que le estaba mirando.

Tim sintió un súbito escalofrío y, en ese momento, la cabeza se lanzó violentamente hacia él, con las fauces abiertas. Se oyó un chirrido de metal chocando con dientes, y Tim sintió el aliento cálido y hediondo del animal, y una lengua gruesa penetró en el coche a través de la abertura del parabrisas; hurgando húmedamente por todo el interior del coche. El niño sintió la espuma caliente de la saliva del dinosaurio y, en ese momento, el monstruo rugió, un ruido ensordecedor dentro del coche…

La cabeza retrocedió en forma abrupta.

El niño logró apoyarse sobre manos y rodillas, evitando la gran hendidura que había en el techo. Todavía quedaba lugar como para sentarse en el asiento delantero, junto a la puerta del acompañante. Miró al dinosaurio, que estaba en pie bajo la lluvia, cerca del guardabarros anterior derecho: parecía estar confuso por lo que le había pasado. La sangre le fluía con abundancia de las mandíbulas.

El tiranosaurio miró a Tim, alzando la cabeza para contemplarlo con uno solo de esos grandes ojos. La cabeza se acercó al coche, de costado, y atisbo en el interior. Resoplaba ruidosamente mientras lo hacía. Su sangre salpicaba el abollado capó del Crucero de Tierra, mezclándose con el agua de la lluvia.

«No me puede alcanzar —pensaba Tim—. Es demasiado grande».

Entonces, la cabeza se fue hacia atrás y, bajo el destello de un relámpago, Tim vio que la pata trasera se levantaba. El mundo se ladeó de manera enloquecida, cuando el Crucero de Tierra volcó estrepitosamente sobre un costado, y las ventanillas quedaron chapoteando en el barro. Tim vio a Lex caer indefensa contra la ventanilla lateral, y él cayó al lado de su hermana, golpeándose la cabeza. Se sintió mareado. Fue entonces cuando las mandíbulas del tiranosaurio se cerraron como tenazas sobre el marco de la ventana y todo el

coche fue levantado por el aire y sacudido.

—¡Timmy! —aulló Lex, tan cerca de la oreja de Tim que a él le dolió. Súbitamente había recuperado la conciencia y Tim la sostuvo, mientras el tiranosaurio volvía a lanzar el coche contra el suelo. Tim sintió un dolor lacerante en el costado, y su hermana le cayó encima. El coche volvió a subir, ladeándose en forma enloquecida. Lex gritó «¡Timmy!», y el niño vio que la portezuela cedía bajo el peso de Lex, y que su hermana caía del coche hacia el barro, pero Tim no pudo responder porque, en el momento siguiente, todo osciló desenfrenadamente: vio los troncos de las palmeras deslizándose hacia abajo…, desplazándose de costado por el aire… Tuvo una fugaz visión del suelo, que estaba allá abajo, muy lejos… Vio el otro Crucero de Tierra desde arriba…, el rugido caliente del tiranosaurio…, el ojo furibundo…, las copas de las palmeras…

Y entonces, con un alarido de metal rasgado, el coche fue liberado, para caer de las mandíbulas del tiranosaurio, una caída que daba vértigo, y el estómago de Tim se revolvió un momento antes de que el mundo se volviera totalmente negro y silencioso.

En el otro coche, Malcolm sofocó un grito:

—¡Jesucristo! ¿Qué le ha pasado al coche?

Grant entornó los ojos cuando el resplandor de los relámpagos se amortiguó. No podía creer lo que acababa de ver.

El otro coche había desaparecido.

Grant no lo podía creer. Atisbó el terreno que tenía delante, tratando de ver a través del parabrisas cruzado por vetas de lluvia. El cuerpo del dinosaurio era tan grande, que era probable que, simplemente, estuviera obstruyendo…

No. Cuando brilló el resplandor de otro relámpago, pudo ver con claridad: el coche había desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Malcolm.

—No lo sé.

Débilmente, por encima del ruido de la lluvia, Grant pudo oír la voz de la niña que gritaba. El dinosaurio estaba erguido en la oscuridad, más adelante sobre el camino, pero podían ver lo suficientemente bien como para saber que ahora la bestia se estaba inclinando, olfateando el suelo.

O comiendo algo que había en el suelo.

—¿Puedes ver? —dijo Malcolm, entrecerrando los ojos.

—No mucho, no.

La lluvia castigaba el techo del Crucero de Tierra. Grant escuchó para ver si oía a la niña, pero no la oyó. Los dos hombres se sentaron en el coche, escuchando.

—¿Fue la niña? —aventuró Malcolm, finalmente—. Sonaba como si fuese la niña.

—Lo era, sí.

—¿Lo era?

—No lo sé —contestó Grant. Sintió que una fatiga insidiosa le invadía.

Borroso a través del parabrisas mojado por la lluvia, el dinosaurio se volvió hacia ellos. Iba hacia su coche. Con pasos lentos, nefastos, que se dirigían directamente en su dirección.

—¿Sabes? —dijo Malcolm—. Es en ocasiones como esta en las que se opina que, bueno, quizás a los animales extinguidos se los debería dejar extinguidos. ¿No tienes esa sensación ahora?

—Sí —asintió Grant. Sentía que el corazón le latía con violencia.

—Humm. ¿Tienes, éste, ah, alguna sugerencia en cuanto a lo que hemos de hacer ahora?

—Seguir en el coche.

—Tuve la clara sensación —continuó Malcolm— de que eso no funcionó especialmente bien la última vez. —Malcolm estaba empezando a temblar en la oscuridad, Grant podía sentir cómo el cuerpo del matemático empezaba a estremecerse junto al de él—: No, nada bien. Así que, si no te molesta, voy a correr el albur.

Malcolm giró la manija, abrió la puerta de una patada y corrió. Pero, incluso mientras lo hacía, Grant pudo ver que era demasiado tarde, que el tiranosaurio estaba muy cerca. Estalló otro relámpago y, en ese instante de refulgente luz blanca, Grant observó, horrorizado, cómo Malcolm corría hacia la lluviosa noche. El tiranosaurio rugió y saltó hacia delante.

Grant no vio con claridad lo que, exactamente, ocurría después: Malcolm estaba corriendo hacia delante, con los pies chapoteando en el barro. El tiranosaurio se le puso al lado de un salto, bajó repentinamente la enorme cabeza, y Malcolm fue despedido por el aire como un muñeco.

En ese momento, también Grant estaba fuera del coche, sintiendo la lluvia fría que le azotaba la cara y el cuerpo. El tiranosaurio le había vuelto la espalda,

su enorme cola oscilaba en el aire. Grant se estaba poniendo en tensión para correr hacia el bosque cuando, de repente, el tiranosaurio giró sobre sí mismo para hacerle frente, y rugió.

Grant quedó paralizado.

Estaba en pie al lado de la portezuela del acompañante, empapado por la lluvia. Estaba completamente expuesto, con el tiranosaurio a no más de dos metros, o dos metros y medio, de distancia. El enorme animal le contempló desde lo alto, y volvió a rugir. A una distancia tan reducida, el sonido era aterradoramente fuerte. Grant se sentía temblar por el frío y por el miedo. Las manos le temblaban; las apretó contra el metal del panel de la puerta, para inmovilizarlas.

El tiranosaurio volvió a rugir, pero no atacó. Levantó la cabeza y miró, primero con un ojo, después con el otro, al Crucero de Tierra.

Y no hizo nada.

Se limitó a quedarse quieto allí. Enfrentado al Crucero de Tierra, pero sin hacer nada.

¿Qué estaba pasando?

Las poderosas mandíbulas se abrieron y se cerraron. El tiranosaurio bramó una vez más, con ira y, después, la gran pata trasera se elevó, y cayó aplastando el techo del Crucero; las garras resbalaron con un chirrido metálico, errándole por poco a Grant, que estaba de pie ahí, todavía inmóvil.

La pata descendió y, al golpear el suelo, salpicó barro. La cabeza se hundió siguiendo un arco lento, y el animal inspeccionó el coche, resoplando. Atisbó por el parabrisas. Después, desplazándose hacia la parte trasera del Crucero, cerró la portezuela del acompañante de una patada y avanzó directamente hacia Grant, que estaba allí, de pie. Grant estaba mareado de miedo, el corazón le golpeaba el pecho con violencia. Con el animal tan cerca podía sentir en la boca el olor de carne podrida, el olor dulzón de la sangre, el hedor nauseabundo del carnívoro…

Puso su cuerpo en tensión, esperando lo inevitable.

La cabezota le pasó de largo, dirigiéndose hacia la parte trasera del coche.

Grant parpadeó.

¿Qué había pasado?

¿Podía ser que el dinosaurio no le hubiese visto? Parecía como si no le hubiese visto. Pero ¿cómo podía ser eso? Grant miró hacia atrás, para ver al animal olfateando la rueda montada atrás. La golpeó levemente con el hocico y,

después, la cabeza describió un arco hacia arriba. Una vez más, se acercó a Grant.

Esta vez, el animal se detuvo, las negras y acampanadas fosas nasales sólo a unos centímetros de la cara de Grant, que oyó el resoplar, que sintió el alarmante aliento cálido en la cara. Pero el tiranosaurio no estaba olfateando como un perro: simplemente estaba respirando y, en todo caso, parecía perplejo.

No, el tiranosaurio no podía verle. No si Grant permanecía inmóvil. Y, en un apartado rincón académico de su mente, encontró un explicación para eso, la razón por la que… Las fauces se abrieron delante de él, la enorme cabeza levantada. Grant cerró los puños con fuerza y se mordió el labio, tratando desesperadamente de quedarse inmóvil, de no emitir sonidos.

El tiranosaurio rugió, bramando en el aire de la noche.

Pero, en ese momento, Grant estaba empezando a entender: el animal no podía verle, pero sospechaba que estaba ahí, en alguna parte, y estaba tratando, con su bramido, de asustarle para que hiciera algún movimiento revelador. Mientras se mantuviera firme y no cediera —comprendió Grant— era invisible.

En un gesto final de frustración, la gran pata trasera se levantó y pateó el Crucero de Tierra; Grant experimentó un dolor punzante y la sensación sorprendente de que su propio cuerpo volaba por el aire. Le parecía que estaba sucediendo con mucha lentitud, y tuvo mucho tiempo para sentir que el mundo se volvía más frío, y para observar cómo el suelo subía presuroso para golpearlo en la cara.

Regreso

—¡Oh, maldición! —exclamó Harding—. ¡Pero miren!

Estaban sentados en el jeep de Harding, con la vista clavada más allá del rítmico ruido de los limpiaparabrisas: iluminado por el fulgor amarillo de los faros, un gran árbol caído bloqueaba el camino.

—Tienen que haber sido los rayos —dijo Gennaro—. ¡Condenado árbol!

—No podemos pasar por el lado —observó Harding—. Será mejor que avise a John Arnold, en control. —Levantó el micrófono y dio vuelta al cursor de los canales de frecuencia—: Hola, John. ¿Estás ahí, John?

Se oyó un chasquido; después, nada, salvo una estática sibilante.

—No entiendo —se asombró—. Las líneas de radio parecen estar fuera de servicio.

—Debe de haber sido la tormenta —opinó Gennaro.

—Eso supongo —dijo Harding.

—Pruebe con los Cruceros de Tierra —sugirió Ellie.

Harding abrió los demás canales, pero no hubo respuesta.

—Nada —dijo—. Es probable que ya estén en el campamento y fuera del alcance de nuestro equipo. No creo que debamos quedarnos aquí. Pasarán horas antes de que mantenimiento mande una cuadrilla para mover ese árbol.

Apagó la radio y puso el jeep en marcha atrás.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Ellie.

—Regresar al desvío y meterme por el camino de mantenimiento. Por fortuna, hay un segundo sistema de caminos: un camino para visitantes y otro para los cuidadores de los animales, los camiones que llevan el alimento, y demás. Regresaremos por el de mantenimiento. Es un poco más largo. Y no tan pintoresco, pero puede que lo encuentren interesante: si la lluvia cesa, tendremos

una visión de algunos de los animales durante la noche. Deberemos de estar de vuelta en cosa de treinta, cuarenta minutos… si no nos perdemos.

Hizo que el jeep diera la vuelta en medio de la noche, y enfiló hacia el sur.

Los relámpagos destellaban, y todos los monitores de la sala de control tenían la pantalla negra.

Arnold estaba sentado en el borde de su asiento, con el cuerpo rígido y tenso. «Jesús, no ahora. No ahora». Eso era lo que faltaba: que con la tormenta todo dejara de funcionar. Todos los circuitos principales de corriente estaban protegidos contra los cambios de tensión, claro está, pero Arnold no estaba seguro de los módems que Nedry estaba usando para la transmisión de sus datos; la mayor parte de la gente no sabía que era posible volar todo un sistema mediante un módem: la pulsación de los relámpagos crecía dentro del ordenador, a través de la línea telefónica, y ¡bang!, no había ya consola principal. Ya no había RAM. Ni archivos. Ya no había ordenador.

Las pantallas titilaron. Y entonces, una por una, se volvieron a encender.

Arnold suspiró, y se desplomó en su asiento.

Una vez más, se preguntó dónde había ido Nedry. Hacía cinco minutos había enviado guardias para que le buscaran por el edificio. El gordo bastardo probablemente estaba en el cuarto de baño, leyendo una revista de historietas. Pero los guardias no habían vuelto ni habían comunicado.

Cinco minutos. Si Nedry estuviera en el edificio, ya le deberían de haber encontrado.

—Alguien se ha llevado el maldito jeep —dijo Muldoon, cuando volvió a entrar en la sala—. ¿Ha podido hablar con los Cruceros de Tierra?

—No los puedo localizar en la radio —contestó Arnold, sacudiendo su pequeña unidad portátil—. Tengo que usar esto, porque la consola principal no funciona. Está bajo, pero tendría que funcionar. He probado en los seis canales. Sé que tienen radio en los coches, pero no responden.

—Eso no es bueno —opinó Muldoon.

—Si quiere ir, tome uno de los vehículos de mantenimiento.

—Lo haría —repuso Muldoon—, pero todos están en el garaje este, a más de un kilómetro de aquí. ¿Dónde está Harding?

—Supongo que está de regreso.

—Entonces, en su camino de vuelta, recogerá a la gente de los Cruceros.

—Supongo que sí.

—¿Alguien le ha dicho a Hammond que los niños no han vuelto aún?

—¡Claro que no! —dijo Arnold—. No quiero que ese hijo de puta esté dando vueltas por aquí, gritándome. Todo está bien, por el momento. Los Cruceros están simplemente varados por la lluvia. Pueden sentarse un rato, hasta que Harding los traiga de vuelta. O hasta que encontremos a Nedry y hagamos que ese pedazo de bastardo vuelva a conectar los sistemas.

—¿No los puede volver a encender?

—Lo he estado intentando. Pero Nedry le hizo algo al sistema. No puedo imaginar qué, pero si tengo que ir al código, será cuestión de horas. Necesitamos a Nedry. Tenemos que encontrar a ese hijo de puta de inmediato.

Nedry

El cartel decía CERCA ELECTRIFICADA DIEZ MIL VOLTIOS NO TOCAR, pero Nedry la abrió con la mano desnuda y destrabó el cerrojo del portón, abriéndolo de par en par. Volvió al jeep, lo llevó a través del portón y, después, volvió caminando para cerrar a sus espaldas.

Ahora estaba dentro del parque, a no más de un kilómetro y medio del muelle este. Pisó el acelerador y se encorvó sobre el volante, atisbando a través del parabrisas castigado por la lluvia, mientras conducía el jeep por el estrecho camino. Conducía rápido, demasiado, pero se tenía que ajustar a su horario. Estaba completamente rodeado por la negra jungla, pero pronto debería de poder ver, hacia su izquierda, la playa y el océano.

«Esta maldita tormenta», pensó. Podría complicarlo todo. Porque si la lancha de Dodgson no le estuviera esperando en el muelle este cuando llegara allí, todo el plan quedaría arruinado. Nedry no podía esperar mucho, o notarían su ausencia en la sala de control. Toda la idea subyacente al plan era que el analista de sistemas pudiera llegar conduciendo hasta el muelle este, dejar los embriones y regresar al cabo de pocos minutos, antes de que alguien se diera cuenta. Era un buen plan, un plan inteligente. Nedry lo había elaborado cuidadosamente, afinando cada detalle. Ese plan iba a hacer que se volviera un millón y medio de dólares más rico, uno coma cinco mega. Eso significaba diez años de ingresos de un solo tiro, libres de impuestos, e iba a cambiar su vida. Había sido cuidadoso en extremo, hasta el punto de hacer que Dodgson se reuniese con él en el aeropuerto de San Francisco en el último minuto, con la excusa de querer ver el dinero. En realidad, Nedry quería grabar su conversación con Dodgson y llamarle por su nombre en la cinta. Nada más que para que Dodgson no olvidara que debía el resto del dinero. Nedry incluía una copia de la cinta con los

embriones. En síntesis, había pensado en todo.

Todo salvo en esa maldita tormenta.

Algo cruzó velozmente el camino, un resplandor blanco bajo la luz de los faros del vehículo. Tenía el aspecto de una rata grande. Se escurrió dentro del monte bajo, arrastrando una cola gorda. Oposum. Resultaba sorprendente que un oposum pudiera sobrevivir allí: cualquiera pensaría que los dinosaurios liquidarían a un animal como ése.

¿Dónde estaba el maldito muelle?

Iba conduciendo deprisa y ya llevaba fuera cinco minutos. Ya debería haber llegado al muelle en ese momento. ¿Había tomado por un camino equivocado? No lo creía así: en el camino no había visto bifurcación alguna.

Entonces, ¿dónde estaba el muelle?

Fue una impresión terrible tomar una curva y ver que el camino terminaba en una barrera de hormigón gris, de un metro ochenta de alto y que presentaba vetas oscuras por la lluvia. Clavó los frenos, el jeep coleó, perdiendo tracción en un trompo de punta a punta y, durante un instante de horror, Nedry pensó que se iba a estrellar contra la barrera —sabía que se iba a estrellar— y giró el volante frenéticamente; el jeep resbaló hasta quedar detenido, con los faros a unos treinta centímetros nada más de la pared de hormigón.

Se detuvo allí, escuchando el rítmico batir de los limpiaparabrisas. Inhaló profundamente y exhaló con lentitud. Miró hacia el camino que tenía atrás: era obvio que había tomado un camino equivocado en alguna parte. Podía desandar sus pasos, pero eso le tomaría demasiado tiempo.

Sería mejor que descubriera dónde demonios estaba.

Salió del jeep, sintiendo que pesadas gotas de lluvia le salpicaban la cabeza. Era una verdadera tormenta tropical, y llovía tan intensamente que dolía. Le echó un vistazo al reloj, apretando el botón para iluminar la esfera digital: habían pasado seis minutos. ¿Dónde demonios estaba? Caminó alrededor de la barrera de hormigón y, al otro lado, junto con la lluvia, oyó el sonido de agua gorgoteante. ¿Podía ser el océano? Nedry corrió hacia delante, sus ojos se adaptaban a la oscuridad a medida que avanzaba. Jungla densa por todos lados. Gotas de lluvia abofeteando las hojas.

El sonido de gorgoteo se hizo más intenso, atrayéndole hacia delante. De pronto salió del follaje, sintió que los pies se le hundían en tierra suave y vio la corriente oscura del río. ¡El río! ¡Estaba en el río de la jungla!

«Maldita sea», pensó. ¿En qué parte del río? El río recorría kilómetros a

través de la isla. Volvió a mirar su reloj: habían pasado siete minutos.

—Tienes un problema, Dennis —dijo en voz alta.

Como en respuesta a sus palabras, se oyó el suave ulular de un búho en el bosque.

Nedry apenas sí se dio cuenta; estaba preocupado por su plan. El hecho liso y llano era que el tiempo se le había agotado. Ya no había opción. Tenía que abandonar su plan original. Todo lo que podía hacer era regresar a la sala de control, volver a poner en funcionamiento el ordenador y, de alguna manera, tratar de ponerse en contacto con Dodgson y arreglar la cita en el muelle este para la noche siguiente. Nedry tenía que pasar por terreno escabroso para que ese nuevo plan funcionara, pero creía que podría lograrlo. En forma automática, el ordenador hacía el registro cronológico de todas las llamadas: después de que Nedry consiguiera comunicarse con Dodgson, tendría que volver a entrar en el ordenador y borrar el registro de la llamada. Pero una cosa era segura: ya no podía permanecer en el parque más tiempo, porque se darían cuenta de su ausencia.

Nedry empezó a volver, dirigiéndose hacia el fulgor de los faros del jeep. Estaba calado hasta los huesos y se sentía desdichado. Oyó el suave ulular una vez más y, esta vez, se detuvo: realmente eso no sonaba como si fuera un búho. Y le parecía que estaba cerca, en la jungla, en algún lugar hacia su derecha.

Mientras escuchaba, oyó el sonido de ramas que se rompían en el parque bajo. Después, silencio. Aguardó y volvió a oír: sonaba claramente como algo grande, que se movía lentamente por la jungla hacia él.

Algo grande, algo cercano. Un dinosaurio grande.

Vete de aquí.

Nedry empezó a correr. Hizo mucho ruido mientras corría pero, aun así, pudo oír al animal que venía entre el follaje, aplastándolo a su paso. Y ululando.

Se estaba acercando.

Tropezando con las raíces de los árboles en la oscuridad, abriéndose camino a arañazos por entre las goteantes ramas, vio el jeep ahí delante, y las luces que brillaban alrededor de la pared vertical de la barrera le hicieron sentirse mejor: Dentro de un instante estaría en el jeep y, entonces, se largaría de allí a toda velocidad. Dio vuelta a la barrera gateando y, entonces, quedó congelado.

El animal estaba ahí.

Pero no estaba cerca. El dinosaurio se erguía a unos doce metros de distancia, en el borde de la zona iluminada por los faros. Nedry no había hecho

la gira, de modo que no conocía los diferentes tipos de dinosaurios, pero este tenía un aspecto extraño: el cuerpo, de tres metros de alto, era amarillo con puntos negros y, a lo largo de la cabeza, corría un par de crestas rojas con forma de V. El dinosaurio no se movió pero, una vez más, emitió su suave ulular.

Nedry esperó para ver si el animal atacaba. No lo hizo. Quizá los faros del jeep le asustaban, forzándole a mantenerse a distancia, como si fuera una fogata.

El dinosaurio le clavó la mirada y, entonces, avanzó y retrajo la cabeza con un solo movimiento veloz. Nedry sintió que algo golpeaba en forma sorda y húmeda contra su pecho. Miró hacia abajo y vio una pringosa mancha de espuma en su camisa empapada por la lluvia. La tocó con curiosidad, sin comprender…

Era un escupitajo.

El dinosaurio le había escupido.

Era horrible, pensó. Volvió a mirar al dinosaurio y vio la cabeza moverse otra vez y, de inmediato, sintió otro chasquido húmedo contra el cuello, justo debajo de la cabeza. Se lo quitó con la mano.

Jesús, es repugnante. Pero la piel del cuello ya le estaba empezando a hormiguear y quemar. Y en la mano sentía un hormigueo también. Era, casi, como si le hubieran arrojado ácido.

Nedry abrió la portezuela del auto, le echó una ojeada al dinosaurio para asegurarse de que el animal no fuera a atacar, y sintió un dolor súbito, agudísimo, en los ojos, que le pinchaba como clavos contra el fondo del cráneo; apretó los ojos con fuerza y jadeó por la intensidad de ese dolor; levantó rápidamente las manos para cubrirse los ojos y sintió la resbaladiza espuma que le corría a ambos lados de la nariz.

Escupitajo.

El dinosaurio le había escupido en los ojos.

Aunque se dio cuenta de eso, el dolor le abrumó y cayó de rodillas desorientado, respirando con dificultad. Se desplomó sobre el costado, la mejilla apretada contra el suelo húmedo, el aliento saliéndole en débiles silbidos a través del dolor constante, que le hacía gritar sin descanso y que determinaba la aparición de puntos destellantes de luz por detrás de sus párpados fuertemente cerrados.

La tierra tembló debajo de él y supo que el dinosaurio se estaba moviendo; podía oír el suave ulular y, a pesar del dolor, se forzó a abrir los ojos y, aun así, no vio otra cosa más que puntos centelleantes contra un fondo negro. Lentamente, comprendió la verdad.

Estaba ciego.

El ulular se hizo más intenso cuando Nedry bregó por ponerse de pie y, tambaleándose, volvió hacia el coche, apoyándose contra el panel lateral, mientras una oleada de náuseas y vértigo le envolvía. El dinosaurio estaba cerca ahora; podía sentir que se acercaba; era oscuramente consciente del jadeo del animal.

Pero no podía ver.

No podía ver nada y su terror era extremo.

Extendió las manos, agitándolas en todas direcciones para evitar el ataque que sabía tenía que llegar.

Entonces hubo un nuevo dolor, quemante, como si tuviera un cuchillo de fuego en el vientre, y Nedry se tambaleó, buscando, sin ver, la parte inferior de su cuerpo, para tocar el extremo desgarrado de la camisa y, después, una masa espesa, resbaladiza, que resultaba sorprendentemente tibia y, con horror, súbitamente se dio cuenta de que estaba sosteniendo sus propios intestinos en las manos: el dinosaurio le había abierto en canal. Los intestinos habían salido de su cuerpo.

Nedry cayó al suelo y aterrizó sobre algo escamoso y frío, era la pata del animal y, después, sintió un nuevo dolor a ambos lados de la cabeza. El dolor se hizo más intenso y, mientras era levantado y puesto en pie, supo que el dinosaurio le había tomado la cabeza entre las mandíbulas, y al horror de esa comprensión le sucedió un deseo final de que todo terminara pronto.

Casa de campo

—¿Más café? —preguntó Hammond con cortesía.

—No, gracias —dijo Henry Wu, retrepándose en su silla. Se palmeó el vientre, y agregó—: No podría comer nada más.

Estaban sentados en el comedor de la casa de campo de Hammond, en un rincón apartado del parque, no lejos de los laboratorios. Wu tuvo que admitir que la casa campestre que Hammond se había hecho construir era refinada, de líneas depuradas, casi japonesa. Y la cena había sido excelente, teniendo en cuenta que el comedor todavía no contaba con todo el personal.

Pero había algo en Hammond que Wu encontraba preocupante. El anciano era diferente en algún sentido…, sutilmente diferente. Durante todo el desarrollo de la cena, Wu trató de decidir qué era. En parte, una tendencia a irse por las ramas, a repetirse a sí mismo, a volver a contar antiguas anécdotas. En parte, una inestabilidad emocional, llameante ira en un momento, sentimentalismo lloroso en el siguiente. Pero todo eso se podía entender como propio de la edad. Después de todo, John Hammond tenía casi setenta y siete años.

Pero había algo más. Una obstinada tendencia a evadirse. Una insistencia en tener siempre la razón. Y, como remate, un total rechazo a lidiar con la situación que se le planteaba al parque.

Wu había quedado pasmado por las evidencias (todavía no se permitía creer que el caso estuviera demostrado) de que los dinosaurios se estaban reproduciendo. Después de que Grant preguntase sobre el ADN de los anfibios, Wu intentó ir directamente a su laboratorio y revisar los registros del ordenador concernientes a los diversos ensamblajes de ADN. Porque si los dinosaurios realmente se estaban reproduciendo, entonces todo lo que había en Parque Jurásico se podía cuestionar: sus métodos de desarrollo genético, sus métodos de

control genético, todo. Incluso se podía sospechar de la dependencia de la lisina. Y, si los animales en verdad se podían reproducir, y también podían sobrevivir en estado silvestre…

Henry Wu quería revisar los datos de inmediato. Pero Hammond había sido obstinado en que Wu le acompañara a cenar.

—Vamos, vamos, Henry, tienes que dejar lugar para el helado —dijo Hammond, apoyándose en el borde de la mesa y dándose un leve pulso hacia atrás, para separarse de ella—. María hace el helado de jengibre más maravilloso del mundo.

—Muy bien. —Wu miró a la bella y silenciosa muchacha que les servía. Sus ojos la siguieron cuando abandonaba la habitación Y, después, echó un vistazo al único monitor de televisión montado en la pared. Estaba oscuro—: Su monitor está apagado —anunció.

—¿Lo está? —Hammond lo miró rápidamente—. Debe de ser la tormenta. —Extendió el brazo por detrás de Wu, para tomar el teléfono—. Lo comprobaré con John Arnold, en control.

Wu pudo oír el ruido de estática y de chasquidos en la línea. Hammond se encogió de hombros y puso el receptor de vuelta sobre la horquilla.

—Las líneas tienen que estar descompuestas —comentó—. O, a lo mejor, Nedry todavía está haciendo su transmisión de datos. Tiene unos cuantos defectos de programación que arreglar este fin de semana. Nedry es un genio a su manera, pero tuvimos que apretarle con mucha dureza al final para asegurarnos de que hiciera las cosas bien.

—Quizá deba ir yo a la sala de control y comprobar lo que pasa —propuso Wu.

—No, no. No hay motivo. Si hubiera algún problema, ya nos estaríamos… ¡Ah!

María regresó a la habitación, llevando dos platos de helado.

—Tienes que probar un poco, Henry: está hecho con jengibre fresco, traído de la parte este de la isla. El helado es el vicio de un viejo. Pero, así y todo…

Obediente, Wu hundió su cuchara. Fuera, los relámpagos destellaban y se oía el penetrante estallido de los truenos.

—Ése estuvo cerca —murmuró—. Espero que la tormenta no esté asustando a los niños.

—No lo creo —contestó Hammond. Probó el helado—. Pero no puedo dejar de albergar ciertos temores relativos a este parque, Henry.

En su interior, Wu se sintió aliviado: quizás el anciano fuera a enfrentarse con los hechos, después de todo.

—¿Qué clase de temores?

—Ya sabes, el Parque Jurásico realmente se hizo para los niños. Los niños del mundo aman los dinosaurios, y los niños se deleitarán, escúchame bien, ***deleitar***, en este lugar. Sus caritas se iluminarán con la dicha de ver, por fin, esos maravillosos animales. Pero tengo miedo… Puedo no estar vivo para verlo, Henry. Puedo no estar vivo para ver la dicha en sus caritas.

—Creo que hay otros problemas también —observó Wu, frunciendo el entrecejo.

—Pero ninguno que me obsesione como éste: que puedo no vivir para ver sus caritas iluminadas, encantadas. Y, no obstante, este parque es nuestro triunfo. Hemos hecho todo lo que nos habíamos propuesto hacer. Y, si lo recuerdas, nuestra intención original era utilizar la tecnología recientemente surgida de la ingeniería genética para ganar dinero. Mucho dinero.

Wu sabía que Hammond estaba a punto de lanzarse a perorar sobre uno de sus antiguos temas. Por eso, alzó la mano y dijo:

—Estoy familiarizado con eso, John…

—Si estuvieses a punto de crear una compañía dedicada a la bioingeniería, Henry, ¿qué elaborarías? ¿Harías productos para ayudar a la Humanidad, para luchar contra los males y las enfermedades? Válgame Dios, no. Ésa es una idea terrible. Es un uso muy malo de la nueva tecnología. —Hammond sacudió la cabeza con tristeza—: Y, sin embargo, recordarás que las compañías que originalmente se dedicaron a la ingeniería genética, como «Genentech» y «Cetus», empezaron, todas, por elaborar fármacos. Nuevas medicinas para la Humanidad. Noble, noble propósito. Desgraciadamente, las medicinas tienen que hacer frente a toda clase de obstáculos: nada más que los ensayos de la FDA requieren de cinco a ocho años… si hay suerte. Peor aún, hay fuerzas en acción en el mercado: supón que hicieras una medicina peligrosa contra el cáncer o para las enfermedades cardíacas, como hizo «Genentech». Supón, ahora, que quieres cobrar mil dólares, o dos mil dólares, por la dosis. Podrías imaginar que ése es tu privilegio. Después de todo, tú inventaste la medicina, tú pagaste la investigación y las pruebas; tú deberías poder cobrar lo que quisieras. ¿Pero realmente crees que el Estado te permitirá hacerlo? No, Henry, no te lo permitirán. Los enfermos no van a pagar mil dólares la dosis por la medicación que necesitan…, no van a mostrarse agradecidos, estarán indignados. La Cruz

Azul no lo pagará: gritarán que es un asalto a mano armada. Así que esto es lo que ocurrirá: se te negará la solicitud de la patente; se te demorarán los permisos. Algo te obligará a entrar en razón… y a vender la medicina a menor costo. Desde un punto de vista empresarial, eso hace que ayudar a la Humanidad sea una empresa muy arriesgada. Personalmente, ***nunca*** ayudaría a la Humanidad.

Wu había escuchado ese razonamiento antes. Y sabía que Hammond tenía razón: algunos nuevos fármacos producidos mediante la bioingeniería realmente habían padecido demoras inexplicables y problemas de patente.

—Ahora bien —prosiguió Hammond—, piensa en lo distintas que son las cosas cuando produces entretenimiento. Nadie necesita entretenimiento. Ésa no es cuestión que requiera la intervención del Estado. Si cobro cinco mil dólares por día por mi parque, ¿quién me va a detener? Después de todo, nadie necesita venir aquí. Y, lejos de ser un asalto a mano armada, una etiqueta con precio elevado realmente aumenta el atractivo del parque: una visita se convierte en un símbolo de posición social, y les gusta a todos los norteamericanos lo mismo que a los japoneses y, claro está, los japoneses tienen mucho más dinero.

Hammond terminó su helado y María le retiró el plato.

—Ella no es de aquí, ¿sabes? —explicó—. Es haitiana. Su madre es francesa. Pero, en todo caso, Henry, recordarás que el propósito original que animaba la intención de guiar mi compañía en esta dirección en primer lugar, fue evitar la intervención del Estado, en cualquier parte del mundo.

—Y hablando del resto del mundo…

—Ya hemos alquilado una gran porción de las Azores, para el Parque Jurásico de Europa. —Hammond sonrió—. Y sabes que hace mucho conseguimos una isla cerca de Guam, para el Parque Jurásico de Japón. La construcción de los dos Parques Jurásicos siguientes comenzará a principios del año que viene. Todos se inaugurarán dentro de cuatro. En ese momento, los ingresos directos superarán los diez mil millones de dólares anuales, y los derechos de comercialización, de televisión y subsidiarios deberán duplicar esa cifra. No veo motivo alguno para molestarnos haciendo mascotas para los niños, cosa que, según se me informa, Lew Dodgson piensa que estamos planeando hacer.

—Veinte mil millones de dólares al año —dijo Wu en voz baja, sacudiendo la cabeza.

—Y eso hablando con moderación —aclaró Hammond. Sonrió—: No hay razón para hacer especulaciones alocadas. ¿Más helado, Henry?

—¿Le han encontrado? —dijo Arnold con brusquedad, cuando el guardia entró en la sala de control.

—No, señor Arnold.

—Encuéntrenlo.

—No creo que esté en el edificio, señor Arnold.

—Entonces busquen en el pabellón. Busquen en el edificio de mantenimiento, busquen en el cobertizo de equipos, miren en todas partes, pero encuéntrenlo.

—El asunto es que… —El guardia vaciló—: El señor Nedry es el hombre gordo, ¿no es así?

—Así es. Es gordo. Un gordo desaliñado.

—Bueno, pues Jimmy, que estaba abajo, en el vestíbulo principal, vio al gordo entrar en el garaje.

Muldoon giró sobre sí mismo.

—¿Entrar en el garaje? ¿Cuándo?

—Hará unos diez, quince minutos.

—¡Jesús! —dijo Muldoon.

El jeep se detuvo con un chirrido de neumáticos.

—Lo siento —dijo Harding.

A la luz de los faros, Ellie vio una manada de apatosaurios avanzando pesadamente por el camino. Había seis animales, cada uno del tamaño de una casa pequeña, y un bebé tan grande como un caballo adulto. Los apatosaurios se movían en silencio, sin prisa, sin mirar jamás al jeep y sus brillantes faros. En un momento dado, el bebé dejó de lamer agua de un charco del camino para proseguir su marcha.

Una manada similar de elefantes se hubiese sobresaltado por la llegada de un automóvil, habría barritado y formado un círculo para proteger al bebé. Pero esos animales no mostraban miedo.

—¿No nos ven? —preguntó Ellie.

—No exactamente, no —dijo Harding—. Por supuesto, en sentido literal sí nos ven, pero realmente no significamos nada para ellos. Raramente sacamos automóviles durante la noche y, por eso, no tienen experiencia con ellos. No

somos más que un objeto extraño, oloroso, en su ambiente. Que no representa una amenaza y, por consiguiente, que está desprovisto de interés. En ocasiones salí de noche y, cuando volvía, estos tipos obstruían el camino durante una hora o más.

—¿Qué hace entonces?

Harding sonrió de oreja a oreja.

—Paso una cinta que contiene el rugido de un tiranosaurio: eso les hace ponerse en movimiento. No es que les preocupen mucho los tiranosaurios: estos animales son tan grandes que realmente no tienen depredadores; pueden romperle el cuello a un tiranosaurio con un golpe circular de su cola. Y lo saben… también lo sabe el tiranosaurio.

—Pero si nos ven… Quiero decir, si nos apeamos del coche…

Harding se encogió de hombros:

—No lo recomiendo, pero el hecho es que probablemente no reaccionen. Los dinosaurios tienen una excelente agudeza visual, pero es el sistema visual de un anfibio: está sintonizado con el movimiento. Directamente no ven bien las cosas que no se mueven.

Los animales avanzaron, la piel brillante bajo la lluvia. Harding puso el automóvil en marcha.

—Creo que ahora podemos seguir.

—Aun así —dijo Wu—, sospecho que puede haber presiones sobre su parque, del mismo modo que las hay sobre las medicinas de «Genentech».

Él y Hammond pasaron a la sala de estar, y estaban observando cómo la tormenta azotaba las grandes ventanas de vidrio.

—No veo de qué manera —repuso Hammond.

—Los científicos pueden querer restringirlo. Incluso, detenerlo.

—Bueno, no pueden hacerlo. —Hammond agitó el dedo ante Wu—. ¿Sabes por qué los científicos podrían tratar de hacerlo? Es porque quieren hacer investigaciones, naturalmente. Eso es todo lo que siempre quieren, hacer investigaciones. No para lograr algo. No para avanzar. Nada más que investigaciones. Pues entonces les espera una sorpresa.

—No estaba pensando en eso —aclaró Wu.

Hammond suspiró:

—Estoy seguro de que para los científicos sería interesante hacer

investigaciones. Pero se llega al punto en que estos animales sencillamente son demasiado costosos como para que se los utilice en investigaciones. Un proyecto como este, con los costos subyacentes, ha ido más allá del alcance de las investigaciones. Esta es una maravillosa tecnología, Henry, pero también es una tecnología terriblemente costosa. El hecho es que únicamente se puede mantener como entretenimiento. —Hammond se encogió de hombros, y agregó—: Así son las cosas, sencillamente.

—Pero si hubiera intentos de clausurar…

—Haz frente a los malditos hechos, Henry. —Hammond se mostró irritado—. Esto no es Norteamérica. Esto ni siquiera es Costa Rica. Esta es mi isla. Yo la poseo. Y nada me va a impedir que inaugure el Parque Jurásico para todos los niños del mundo. —Lanzó una risita quebrada—: O, por lo menos, para los niños ricos del mundo. Y, te lo digo, les va a encantar.

En el asiento trasero del jeep, Ellie Sattler miraba por la ventanilla. Habían estado viajando a través de la jungla empapada por la lluvia durante los últimos veinte minutos y no habían visto nada desde que los apatosaurios cruzaron el camino.

—Ahora estamos cerca del río que pasa por la jungla —informó Harding, mientras conducía—. Está por ahí, en alguna parte hacia nuestra izquierda.

Abruptamente, aplicó los frenos otra vez. El automóvil patinó hasta detenerse frente a un hato de pequeños animales verdes:

—Bueno, parece que esta noche tienen todo un espectáculo —comentó—. Estos son compis.

Procompsognátidos, pensó Ellie, deseando que Grant estuviera allí para verlos. Este era el animal del que habían visto el facsímil electrónico, allá en Montana. Los pequeños procompsognátidos de color verde oscuro se escabulleron hacia el otro lado del camino; después, se pusieron en cuclillas sobre sus patas traseras para mirar el jeep, olfateando brevemente, antes de escapar velozmente hacia la noche.

—Qué extraño —dijo Harding—. Me pregunto a dónde van: no es habitual que los compis se desplacen de noche, ¿saben? Trepan a un árbol y esperan la luz del día.

—Entonces, ¿por qué han salido ahora? —preguntó Ellie.

—No me lo puedo imaginar. Como sabrán, los compis son carroñeros, como

los buitres. Son atraídos por un animal agonizante, y tienen un olfato tremendamente sensible: pueden oler un animal agonizante a kilómetros de distancia.

—¿Entonces, se dirigen hacia un animal agonizante?

—Agonizante, o ya muerto.

—¿Los seguimos?

—Siento curiosidad. Sí, ¿por qué no? Vayamos a ver hacia dónde se dirigen.

Hizo girar el auto y enfiló hacia atrás, hacia los compis.

Tim

Tim Murphy yacía en el Crucero de Tierra, con la mejilla apretada contra la manecilla de la portezuela. Lentamente recuperó la conciencia. Sólo quería dormir. Cambió de posición y sintió el dolor en el pómulo, allí donde se apoyaba contra la portezuela metálica. Le dolía todo el cuerpo. Los brazos, y las piernas, y la mayor parte de la cabeza: tenía un terrible dolor pulsátil en la cabeza. Todo aquel dolor le hacía querer volver a dormir.

Se incorporó apoyándose en un codo, abrió los ojos, tuvo arcadas y vomitó sobre la camisa, así como en el coche. Sintió el gusto amargo de la bilis y se limpió la boca con el dorso de la mano. La cabeza le latía, se sentía mareado y con vértigo, como si el mundo se estuviera moviendo, como si se estuviera meciendo de aquí para allá en un bote.

Tim gimió y rodó sobre la espalda, alejándose del charco de vómito. El dolor de cabeza le hacía respirar con exhalaciones breves, poco profundas. Y seguía sintiendo náuseas, como si todo se estuviera moviendo. Abrió los ojos y miró en derredor, tratando de orientarse. Estaba dentro del Crucero de Tierra. Pero el coche tenía que haberse dado vuelta sobre el costado, porque Tim yacía con la espalda apoyada en la portezuela del acompañante, viendo hacia arriba el volante y, más allá, las ramas de un árbol, que se movían con el viento. La lluvia casi había cesado, pero Tim estaba mojado y le seguían cayendo gotas de agua a través del destrozado parabrisas.

Contempló con curiosidad los fragmentos de vidrio: no podía recordar cómo se había roto. No podía recordar cosa alguna, salvo que habían estado estacionados en el camino y que estaba hablando con el doctor Grant, cuando el tiranosaurio se les echó encima. Eso era lo último que recordaba.

Volvió a sentirse mareado y cerró los ojos hasta que pasó la sensación de

náusea. Era consciente de que se oía un sonido rítmico y crujiente, como el de los aparejos de un barco. Mareado y con sensación de náuseas, realmente sentía como si todo el coche se estuviese moviendo debajo de él. Pero, cuando abrió los ojos de nuevo, vio que era cierto: el Crucero de Tierra se estaba moviendo, acostado sobre uno de sus flancos, oscilando hacia atrás y hacia delante.

Todo el coche se estaba moviendo.

A modo de ensayo, se puso de pie. Erguido sobre la portezuela del acompañante atisbó sobre el tablero de instrumentos, mirando por el parabrisas hecho añicos: al principio únicamente vio follaje denso por todas partes, que se movía con el viento. Pero de vez en cuando podía ver huecos y, más allá del follaje, el suelo estaba…

El suelo estaba seis metros más abajo.

Miró sin comprender. El dolor pulsátil de su cabeza creció. Cerró los ojos un instante y respiró con lentitud. Después volvió a mirar, con la esperanza de que no fuera verdad. Pero lo era: el Crucero de Tierra estaba caído de costado, entre las ramas de un árbol grande, a seis metros sobre el suelo, oscilando de un lado a otro por la acción del viento.

—¡Mierda! —exclamó.

¿Qué podía hacer? Se puso de puntillas y atisbo hacia afuera, tratando de ver mejor, y se aferró al volante para tener un punto de apoyo: el volante giró libremente en su mano y, con un fuerte ***crac***, el Crucero cambió de posición, cayendo unos pocos centímetros por las ramas del árbol. El movimiento súbito hizo que Tim se agarrara con fuerza a la columna de dirección y se colgara de ella. A través del vidrio destrozado de la ventanilla de la portezuela del acompañante, miró hacia el suelo, que estaba muy abajo.

—¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda! —seguía repitiendo—. ¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda!

Otro ***crac*** fuerte. El Crucero de Tierra se sacudió y cayó otros treinta centímetros.

Tenía que salir. Se miró los pies: estaba sobre la manecilla de la portezuela. Se agachó, apoyándose sobre manos y rodillas, para mirar la manecilla. No podía ver muy bien en la oscuridad, pero podía discernir que la puerta estaba abollada hacia fuera, por lo que la manecilla no podría girar. Nunca conseguiría abrir la puerta. Trató de bajar la ventanilla, pero estaba atascada también. Después pensó en la portezuela de atrás. Quizá pudiera abrirla. Se inclinó sobre el asiento delantero, y el Crucero se bamboleó como consecuencia del

desplazamiento de su peso. Tim se aferró al asiento, aterrado. El Crucero de Tierra se acomodó otra vez.

Con cuidado, Tim extendió el brazo hacia atrás y dio vuelta a la manecilla de la portezuela trasera.

Estaba trabada también.

¿Cómo iba a salir?

Oyó un resoplido y miró hacia abajo. Una forma oscura pasó debajo de él. No era el tiranosaurio: esa forma era rechoncha y producía una especie de resuello mientras caminaba como un pato. La cola se movía con torpeza hacia delante y hacia atrás, y Tim pudo ver unas largas espinas.

Era el estegosaurio, aparentemente recuperado de su malestar. Eso hizo que Tim se preguntara dónde estaba el resto de la gente: Gennaro, Sattler y el veterinario. La última vez les había visto cerca del estegosaurio. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Miró su reloj, pero la esfera estaba resquebrajada: no podía ver los números. Se quitó el reloj y lo tiró a un lado.

El estegosaurio resopló y prosiguió su camino. Ahora, los únicos sonidos eran el viento en los árboles y los crujidos del Crucero de Tierra, cuando se deslizaba hacia atrás y hacia delante.

Tenía que salir de ahí.

Aferró la manecilla y trató de forzarla, pero estaba completamente trabada. No la podía mover en absoluto. En ese momento se dio cuenta de qué era lo que estaba mal: ¡la puerta trasera tenía puesto el seguro! Tim tiró hacia arriba del pasador y dio vuelta a la manecilla. La puerta abierta giró sobre sus bisagras, abriéndose hacia abajo… y se detuvo contra la rama que estaba unas decenas de centímetros más abajo.

La abertura era estrecha, pero Tim pensó que podría salir por ella serpenteando. Al tiempo que retenía el aliento, se arrastró lentamente hacia atrás, hasta el asiento posterior. El Crucero de Tierra crujió, pero mantuvo la posición. Aferrándose a los dos lados del marco de la portezuela, Tim se dejó caer lentamente a través de la estrecha abertura en ángulo que dejaba la portezuela. Pronto estuvo totalmente acostado boca abajo sobre la puerta que estaba en pendiente, con los pies asomándole fuera del coche. Pataleó en el aire, los pies tocaron algo sólido… una rama, y se apoyó en ella con todo su peso.

En cuanto lo hizo, la rama se dobló hacia abajo y la portezuela se abrió más, haciéndole caer fuera del Crucero de Tierra. Tim se precipitó a plomo, sintiendo las ramas que le arañaban la cara. Su cuerpo rebotaba de rama en rama, sintió

una sacudida, un dolor lacerante, una luz brillante dentro de la cabeza…

Su caída se detuvo con un golpe muy brusco, que lo hizo quedarse sin aliento. Doblado en U sobre una rama grande, el aliento le volvió en forma de jadeos entrecortados, mientras sentía el estómago presa de un dolor ardiente.

Tim oyó otro ***crac*** y alzó la vista hacia el Crucero de Tierra, una gran forma oscura a algo más de un metro por encima de él.

Otro ***crac***. El coche se desplazó.

Tim se forzó a moverse, a descender por el árbol. Le solía gustar subirse a los árboles; era un buen escalador de árboles. Y este era un buen árbol para trepar: las ramas estaban cerca unas de las otras, casi como si fuera una escalera…

Cracccc…

Definitivamente, el coche se estaba moviendo.

Con pies y manos, en forma desordenada, Tim descendía, resbalando sobre las ramas húmedas, sintiendo resina pegajosa en las manos, apresurándose. No había descendido más que unas decenas de centímetros, cuando el Crucero de Tierra crujió con gran estrépito por última vez y, después, con lentitud, con mucha lentitud, se inclinó. Tim pudo ver la gran parrilla verde y los faros, que oscilaban hacia él y, después, el coche cayó a plomo, ganando velocidad mientras iba cayendo hacia el niño, y golpeó estrepitosamente la rama en la que Tim estaba hacía un instante…

Y se detuvo.

La cara del niño, sobre la que cayeron gotas de aceite, quedó a unos centímetros de la rejilla abollada y torcida hacia adentro como una boca maligna, y los faros a modo de ojos.

El chico todavía estaba a unos cuatro metros del suelo. Extendió el brazo hacia abajo, palpó otra rama y descendió. Por encima de él vio la otra rama, que se arqueaba hacia abajo por el peso del Crucero de Tierra y que después se quebró dejando caer el Crucero de Tierra a toda velocidad en pos de Tim, que supo que nunca podría escapar, que nunca podría bajar lo suficiente rápido, así que simplemente se dejó caer.

Cayó a plomo el resto de la distancia.

Se precipitó a tierra golpeando las ramas en su caída, sintiendo dolor en cada parte del cuerpo, oyendo cómo el Crucero se abría paso entre las ramas aplastándolas, yendo tras él como un animal de presa. Después su hombro chocó con la tierra blanda y él rodó lo más rápido que pudo y apretó el cuerpo contra el

tronco del árbol, mientras el Crucero se desplomaba produciendo un fuerte estallido metálico y una súbita andanada caliente de chispas eléctricas que aguijonearon la piel de Tim, y chisporrotearon y sisearon en el suelo húmedo que había alrededor.

Con lentitud, se puso de pie. En la oscuridad oyó el resuello y vio al estegosaurio que volvía, aparentemente atraído por la colisión del Crucero de Tierra. El dinosaurio se movía tontamente, la cabeza baja bien tendida hacia delante y las grandes láminas cartilaginosas corriendo en dos hileras a lo largo de la giba del lomo.

A Tim le daba la impresión de que se comportaba como una tortuga que hubiera crecido de más: así era de estúpido. Y de lento.

Recogió una piedra y se la tiró:

—¡Márchate!

La piedra rebotó en las láminas con ruido sordo. El estegosaurio se siguió acercando.

—¡Vamos! ¡Vete!

Arrojó otra piedra, y le alcanzó en la cabeza. El animal gruñó, dio vuelta con lentitud, y arrastrando las patas, se fue en la dirección en que había venido.

Tim se apoyó en el aplastado Crucero de Tierra y miró a su alrededor. Tenía que volver a reunirse con los demás, pero no quería perderse. Sabía que estaba en algún sitio del parque, probablemente no muy lejos del camino principal. Si tan sólo se pudiera orientar. No podía ver mucho, pero…

Y entonces recordó las lentes.

A través del parabrisas roto trepó al interior del Crucero, y halló las lentes para visión nocturna y la radio; la radio estaba rota y en silencio, así que la dejó. Pero las lentes todavía funcionaban. Las encendió: vio la reconfortantemente familiar imagen color verde fosforescente.

Con las lentes puestas, vio la derribada cerca, a su izquierda, y caminó hacia ella. La cerca tenía cuatro metros de alto, pero el tiranosaurio la había aplastado con facilidad. Tim la cruzó presuroso, pasó por un sector de follaje denso, y salió al camino principal.

A través de las lentes vio el otro Crucero de Tierra, caído sobre un costado. Corrió hacia él, tomó aliento y miró en el interior: el coche estaba vacío. No había señales del doctor Grant ni del doctor Malcolm.

¿Dónde habían ido?

¿Dónde se habían ido todos?

Sintió un pánico repentino, de pie, solo, en el camino de la jungla, de noche, con ese coche vacío, y rápidamente giró en círculos, viendo cómo el mundo verde brillante que le mostraban las lentes daba vueltas como un remolino. Algo descolorido que estaba a un lado del camino atrajo su mirada y fue hacia eso con precaución. Lo recogió: era la pelota de béisbol de Lex. Le quitó el barro.

—¡Lex!

Tim gritó lo más fuerte que pudo, sin importarle si los animales le oían. Escuchó, pero sólo le llegó el viento, y el retintín de gotas de lluvia cayendo de los árboles.

—¡Lex!

Vagamente recordaba que su hermana estaba en el Crucero de Tierra cuando el tiranosaurio les atacó. ¿Se había quedado allí? ¿O había huido? Los sucesos del ataque estaban confusos en su mente. No recordaba exactamente lo ocurrido. Tan sólo pensar en eso le inquietaba. Se detuvo en el camino, jadeando de pánico.

—¡Lex!

La noche parecía querer envolverle. Sintiendo pena por sí mismo, se sentó en un frío charco de lluvia del camino y lloriqueó un rato. Cuando finalmente cesó, todavía oía un lloriqueo. También había un sonido extraño, sordo, de algo que golpeaba rítmicamente; era débil, y parecía provenir de algún lugar camino arriba.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Muldoon, volviendo a la sala de control. Llevaba una caja metálica negra.

—Media hora.

—El jeep de Hardy ya debería de estar aquí.

Arnold aplastó su cigarrillo:

—Estoy seguro de que llegará en cualquier momento.

—¿Todavía no hay señales de Nedry? —preguntó Muldoon.

—No. Todavía no.

Muldoon abrió la caja, que contenía seis radios portátiles.

—Voy a distribuirlas entre la gente del edificio. —Le alcanzó una a Arnold —. Tome el cargador también. Se les ha agotado la corriente: estas son nuestras

radios de emergencia, pero, naturalmente, nadie las enchufó para recargarlas. Déjela que cargue unos veinte minutos y después trate de ver si localiza los coches.

Henry Wu abrió la puerta que indicaba FERTILIZACIÓN, y entró en el oscurecido laboratorio. Allí no había nadie; aparentemente, todos los técnicos todavía estaban cenando. Wu fue directamente a una terminal del ordenador y tecleó los registros cronológicos del ADN. Esos registros tenía que llevarlos el ordenador: el ADN era una molécula tan grande que cada especie necesitaba diez gigabytes de espacio en disco óptico para almacenar detalles de todas las iteraciones. Wu iba a tener que revisar las quince especies. Era una tremenda cantidad de información que había que examinar.

Todavía no veía con claridad por qué Grant había pensado que el ADN de rana era importante. A menudo, Wu mismo no distinguía una clase de ADN de otra. Después de todo, la mayor parte del ADN de los seres vivos era exactamente el mismo. Wu entendía que el ADN era una sustancia increíblemente antigua. Los seres humanos, cuando caminaban por las calles del mundo moderno, levantando por el aire a sus rosados bebés recién nacidos, difícilmente se detenían a pensar que la sustancia que estaba en el centro de todo ello —la que comenzó la danza de la vida— era una sustancia química casi tan antigua como la Tierra misma. La molécula de ADN era muy antigua y su evolución había terminado, esencialmente, hacía más de dos mil millones de años; desde aquel entonces, muy pocas cosas habían tenido lugar. Nada más que unas pocas combinaciones recientes de los antiguos genes… y ni siquiera había mucho de eso.

Cuando se comparaba el ADN del hombre con el de una bacteria inferior, se descubría que sólo el diez por ciento de las cadenas era diferente. Esta innata tendencia conservadora del ADN había animado a Wu a utilizar cualquier ADN que quisiera. Al elaborar sus dinosaurios, manipuló el ADN del mismo modo que un escultor pudiera haberlo hecho con arcilla o mármol. Wu había creado con libertad.

Puso en acción el programa de búsqueda del ordenador, a sabiendas de que le llevaría dos o tres minutos pasar por pantalla. Se puso en pie y recorrió el laboratorio, revisando los instrumentos: eso era fruto de un antiguo hábito.

Observó el registrador que había fuera de la puerta de la cámara frigorífica, que hacía el seguimiento de la temperatura del congelador: vio que en el gráfico aparecía un pico. Eso era raro, pensó: significaba que alguien entró en la cámara. Y hacía muy poco, también, en el curso de la última media hora. Pero ¿quién querría entrar ahí de noche?

El ordenador emitió una señal electrónica audible, breve, indicando que se había completado la primera búsqueda de datos. Wu fue a ver lo que había encontrado y, cuando vio la pantalla olvidó por completo la cámara frigorífica y el pico del gráfico:

ALGORITMO LEITZKE PARA LA BÚSQUEDA DE ADN
ADN: Criterios para la Búsqueda de Versión: RANA (todo, fragmento 1 en >0)

ADN que incorpora fragmentos de RANA	*Versiones*
Maiasaurios	**2.1-2.9**
Procompsognátidos	**3.0-3.7**
Othnielios	**3.1-3.3**
Velocirraptores	**1.0-3.0**
Hipsilofodontes	**2.4-2.7**

El resultado estaba claro: todos los dinosaurios que se reproducían tenían ADN de rana. Ninguno de los otros animales lo tenía. Wu todavía no entendía qué los había hecho reproducirse, pero ya no se podía negar a reconocer que por alguna razón los dinosaurios se estaban reproduciendo.

Salió deprisa hacia la sala de control.

Lex

Estaba acurrucada dentro de un gran caño de drenaje de un metro de diámetro, que pasaba por debajo del camino. Tenía el guante de béisbol en la boca y se mecía hacia atrás y hacia delante, golpeándose la cabeza repetidamente contra la parte trasera del caño. Ahí dentro estaba oscuro, pero con sus lentes pudo verla con claridad. Parecía no estar herida y él se sintió invadido por el alivio, al haberla encontrado.

—Lex, soy yo, Tim.

No le respondió. Siguió golpeándose la cabeza contra el caño.

—Sal de ahí.

Sacudió la cabeza, haciendo un gesto de negación. Pudo ver que estaba terriblemente asustada.

—Lex, si sales, te dejaré estas lentes para visión nocturna.

Negó con la cabeza.

—Mira lo que tengo —dijo, levantando la mano. La niña lo miró sin entender—. Es tu pelota, Lex, he encontrado tu pelota.

—Y qué.

Intentó otro enfoque:

—Debe de ser incómodo estar ahí. Y debe de hacer frío también. ¿No te gustaría salir?

Volvió a negar con la cabeza y reanudó los cabezazos contra el caño.

—¿Por qué no?

—Hay animales ahí afuera.

Eso le desconcertó un instante: su hermana no había pronunciado la palabra «animales» desde hacía años.

—Los animales se han ido —afirmó para tranquilizarla.

—Hay uno grande. Un tyranosaurus rex.

—Se fue.

—¿A dónde se fue?

—No sé, pero no anda por aquí ahora —aseguró Tim, con la esperanza de estar diciendo la verdad.

Lex no se movió. La oyó dar cabezazos otra vez. Tim se sentó en la hierba que había fuera del caño, en un sitio en el que ella pudiera verle. El suelo estaba mojado donde él estaba sentado; se abrazó las rodillas y esperó. No se le ocurría hacer otra cosa.

—Simplemente me voy a sentar aquí y descansar —declaró.

—¿Está papaíto ahí afuera?

—No —contestó, sintiéndose raro—. Está en casa, Lex.

—¿Está mamaíta?

—No, Lex.

—¿Hay alguna persona mayor ahí afuera?

—Aún no. Pero estoy seguro de que vendrán pronto. Es probable que estén en camino ahora mismo.

Entonces la oyó moverse dentro del caño, y salir, tiritando por el frío, y con sangre seca en el cuero cabelludo y en la frente; pero, aparte de eso, estaba bien.

Miró alrededor, sorprendida, y preguntó:

—¿Dónde está el doctor Grant?

—No lo sé.

—Bueno, estaba aquí antes.

—¿Estaba? ¿Cuándo?

—Antes. Le he visto desde el caño.

—¿A dónde se ha ido?

—¿Y cómo voy a saber yo a dónde se fue? —contestó Lex, arrugando la nariz.

Y empezó a gritar:

—¡Ehhh, ehhh! ¿Doctor Grant? ¡Doctor Grant!

Tim estaba inquieto por el ruido que hacía su hermana —podría atraer al tiranosaurio— pero, un instante después, oyó un grito de respuesta. Venía de la derecha, desde el sitio donde estaba el Crucero de Tierra que había dejado pocos minutos atrás. Con sus lentes, Tim vio, con alivio, que el doctor Grant iba caminando hacia ellos. Tenía un gran desgarrón en la camisa, a la altura del hombro pero, fuera de eso, parecía estar bien.

—Gracias a Dios —dijo—. Los he estado buscando.

Tiritando, Ed Regis se puso de pie, y se quitó el barro de la cara y las manos. Había pasado una malísima media hora, atrapado entre bloques grandes de piedra, en la ladera de la colina situada abajo del camino. Sabía que, como sitio para esconderse, no era gran cosa, pero era presa del pánico y no estaba pensando con claridad. Se había arrojado a ese lugar frío y lleno de barro y había tratado de controlarse, pero en su mente seguía viendo a ese dinosaurio que venía hacia él. Hacia el coche.

Ed Regis no recordaba con exactitud lo sucedido después de eso. Recordaba que Lex decía algo, pero él no se detuvo, no se podía detener, sencillamente siguió corriendo sin parar. Más allá del camino perdió pie y cayó por la colina hasta quedar detenido junto a unos bloques. Y tuvo la impresión de que podía arrastrarse entre esos bloques, y esconderse —había bastante lugar—, así que eso fue lo que hizo. Jadeante y aterrorizado, sin pensar en otra cosa que escapar del tiranosaurio. Y al final, cuando quedó metido ahí adentro como una rata, entre los bloques de piedra, se calmó un poco, y le abrumaron el pavor y la vergüenza, porque había abandonado a esos niños, sencillamente había escapado, sencillamente se había salvado. Sabía que debía regresar al camino, que debía tratar de rescatarles, porque siempre se había imaginado a sí mismo como valiente y frío al estar sometido a presiones, pero cada vez que intentaba controlarse para obligarse a subir de vuelta al camino…, por alguna causa no le era posible. Empezaba a sentir pánico y a tener problemas para respirar, y no podía moverse.

Se dijo a sí mismo que, de todos modos, no había remedio: si los niños seguían estando allá arriba, en el camino, nunca podrían sobrevivir y, por cierto, no había cosa alguna que Ed Regis pudiera hacer por ellos, y muy bien podría quedarse donde estaba. Nadie iba a saber lo ocurrido, excepto él. Y no había nada que él pudiera hacer. No había nada que hubiese podido hacer. Y, por eso, Regis se quedó entre los bloques durante media hora, luchando contra el pánico, evitando cuidadosamente pensar en si los niños habían muerto, o en lo que Hammond hubiese podido hacer cuando lo supiera.

Lo que finalmente le hizo moverse fue la peculiar sensación que percibía en la boca: sentía algo extraño en el costado, una especie de entumecimiento y de hormigueo, y se preguntaba si se habría lesionado durante la caída. Regis se tocó

la cara y sintió carne hinchada a un lado de la boca. Era extraño, pero no le dolía en absoluto. Entonces se dio cuenta de que la carne hinchada era una sanguijuela que estaba engordando a medida que le succionaba los labios. Prácticamente estaba dentro de su boca. Estremeciéndose por las náuseas, se la arrancó de un tirón, sintiéndola desgarrarle la carne de los labios, sintiendo el borbollón de sangre tibia en la boca. Escupió y la arrojó con repugnancia hacia el bosque. Vio otra sanguijuela en el antebrazo, y también se la arrancó, lo que dejó una banda de sangre oscura. Jesús, era probable que estuviera cubierto de ellas. Esa caída por la ladera de la colina. Estas colinas de la jungla estaban llenas de sanguijuelas. También lo estaban las hendiduras oscuras de las rocas. ¿Qué era lo que decían los trabajadores?: las sanguijuelas ascendían por los calzoncillos. Les gustaban los sitios oscuros y húmedos. Les gustaba reptar hasta llegar precisamente a…

—¡Holaaa!

Se detuvo. Era una voz, arrastrada por el viento.

—¡Ehhh! ¡Doctor Grant!

Jesús, esa era la niña.

Ed Regis escuchó el tono de voz: no parecía estar asustada ni que padeciese ningún dolor. Simplemente estaba llamando según su estilo insistente.

Y poco a poco se fue dando cuenta de que algo más tenía que haber ocurrido, que el tiranosaurio tuvo que haberse alejado —o, por lo menos, no haber atacado—, y que el resto de la gente todavía podría estar viva. Grant y Malcolm. Todos podían estar vivos. Y la comprensión de eso hizo que se recobrara en un santiamén, del mismo modo que un ebrio se vuelve sobrio al instante cuando los policías le obligan a ponerse de pie, y se sintió mejor, porque ahora sabía lo que tenía que hacer. Y mientras salía a gatas de los bloques, ya estaba preparando el paso siguiente, ya estaba pensando qué diría, cómo manejaría las cosas a partir de ese punto.

Regis se frotó el barro quitándoselo de la cara y las manos: la prueba de que se había ocultado. No estaba avergonzado por haber estado escondido, sino que ahora tenía que hacerse cargo del grupo. Desmañadamente, trepó hasta el camino pero, cuando surgió de la espesura, tuvo un momento de desorientación. No veía los coches por ninguna parte. Pero estaba al pie de la colina. Los Cruceros de Tierra tenían que estar en la cima.

Empezó a subir, a regresar a los coches eléctricos. Todo estaba muy silencioso. Sus pies chapoteaban en charcos llenos de barro. Ya no podía oír a la

niñita. ¿Por qué había dejado de llamar? Mientras caminaba, empezó a pensar que quizás algo le había pasado: en ese caso, él no debía volver por ese lado. Quizás el tiranosaurio todavía anduviera por ahí. Ahí estaba él, Ed Regis, al pie de la colina. Muy cerca de casa.

Y todo estaba silencioso. Fantasmal, de tan silencioso.

Ed Regis dio la vuelta y empezó a caminar hacia el campamento.

Alan Grant pasó las manos sobre los miembros de la niña, apretándole brevemente los brazos y las piernas. La niña no parecía tener el menor dolor. Era asombroso: aparte de un golpe en la cabeza, estaba bien.

—Le dije que estaba bien —le reprochó Lex.

—Bueno, tenía que comprobarlo.

El chico no había sido tan afortunado: tenía la nariz hinchada y le dolía; Grant sospechaba que estaba rota. El hombro derecho estaba sumamente magullado y tumefacto. Grant esperaba que no hubiera derrame en la cápsula articular. Pero parecía tener las piernas indemnes. Ambos chicos podían caminar. Eso era lo importante.

Grant mismo estaba completamente bien, salvo por una abrasión de garra en el lado derecho del pecho, donde el tiranosaurio le había pateado. Le ardía cada vez que respiraba, pero no parecía grave y no le limitaba los movimientos.

Se preguntaba si el golpe le había dejado inconsciente, porque sólo tenía un recuerdo nebuloso de los sucesos inmediatamente precedentes al momento en que se incorporó, quejándose, en el bosque, a unos nueve metros del Crucero de Tierra. Al principio el pecho le sangraba, de modo que se metió hojas en la herida y, después de un rato, se formó el coágulo. Luego, empezó a caminar por los alrededores, en busca de Malcolm y los niños. No podía creer que todavía estaba vivo y, cuando algunas imágenes dispersas empezaron a volver a su mente, trató de extraer algún sentido de ellas. El tiranosaurio debería haberles matado a todos con facilidad. ¿Por qué no lo había hecho?

—Tengo hambre —dijo Lex.

—Yo también —contestó Grant—. Tenemos que encontrar el modo de regresar a la civilización. Y tenemos que contarles lo del barco.

—¿Somos los únicos que lo sabemos? —preguntó Tim.

—Sí. Tenemos que volver y decírselo.

—Entonces, desandemos el camino, hacia el hotel —propuso Tim, señalando

hacia abajo de la colina—. De esta manera nos encontraremos con ellos cuando vengan por nosotros.

Grant tomó eso en cuenta. Y seguía pensando en una sola cosa: la forma oscura que se había cruzado entre los Cruceros, aun antes de que comenzara el ataque. ¿Qué animal? Sólo se le ocurría una posibilidad: el tiranosaurio pequeño.

—No lo creo, Tim: el camino tiene cercas altas a los lados —contestó Grant—. Si uno de los tiranosaurios está más adelante en el camino, quedaremos atrapados.

—Entonces, ¿debemos esperar aquí? —dijo Tim.

—Sí. Esperemos aquí hasta que alguien venga.

—Tengo hambre —repitió Lex.

—Espero que no pase mucho tiempo —dijo Grant.

—No quiero quedarme —dijo Lex.

Entonces, desde el pie de la colina, oyeron que un hombre tosía.

—Quédate aquí —dijo Grant, y corrió hacia delante, para mirar desde lo alto de la colina.

—Quédate aquí —dijo Tim, y corrió detrás de Grant.

Lex siguió a su hermano:

—No me dejéis aquí, muchachos…

Grant le tapó la boca con la mano. Lex luchó por protestar. Grant le hizo un gesto de negación con la cabeza y señaló sobre la colina para que mirara.

Al pie de la colina, Grant vio a Ed Regis, que estaba de pie, paralizado. El bosque que le rodeaba se había vuelto mortalmente silencioso. El constante zumbido de fondo de las cicadíneas y las ranas había cesado en forma abrupta. Sólo se oía el débil murmullo de las hojas y el gemido del viento.

Lex empezó a decir algo, pero Grant la empujó contra el tronco del árbol más cercano, agachándose entre las nudosas raíces de la base. Tim fue inmediatamente detrás de ellos. Grant se llevó un dedo a los labios, haciéndoles gesto de que permanecieran en silencio y, después, con la máxima precaución, miró al otro lado del árbol.

Abajo, el camino estaba oscuro y, cuando las ramas de los árboles grandes se agitaban con el viento, la luz de luna que se filtraba entre ellas formaba manchas cambiantes. Ed Regis había desaparecido. A Grant le llevó un instante localizarlo: el publicista estaba apretado contra el tronco de un árbol grande,

abrazándolo; no se movía en absoluto.

El bosque permanecía silencioso.

Lex tironeó con impaciencia de la camisa de Grant: quería saber qué estaba pasando. En ese momento, desde algún lugar muy cercano, oyeron un soplido suave, como un bufido, apenas más fuerte que el sonido del viento. Lex lo oyó también, porque dejó de moverse.

El sonido volvió a flotar hacia ellos, suave como un suspiro. Grant pensó que era, casi, como la respiración de un caballo.

Grant miró a Regis, y vio las sombras cimbreantes que proyectaba la luna sobre el tronco del árbol. Y fue en ese momento cuando Grant se dio cuenta de que había otra sombra, superpuesta a las demás, pero que no oscilaba: la de un fuerte cuello curvo y de una cabeza cuadrada.

Se volvió a oír el soplido.

Tim se inclinó con cautela, para ver. Lex lo hizo también.

Oyeron un ***crac***, cuando una rama se partió, y en el sendero apareció un tiranosaurio. Era el ejemplar joven: alrededor de dos metros y medio de alto, y se movía con el paso desgarbado de un animal joven, casi como un cachorrito. El joven tiranosaurio recorrió el sendero avanzando con torpeza, deteniéndose a cada paso para olfatear el aire, antes de continuar su marcha. Pasó de largo el árbol en el que se ocultaba Regis, y no dio señal alguna de haberle visto. Grant vio que el cuerpo de Regis se relajaba levemente. Regis volvió la cabeza, tratando de observar al tiranosaurio, que estaba del otro lado del árbol.

Ahora, al tiranosaurio ya no se le veía, pues había desaparecido por el camino. Regis empezó a relajarse, aflojando su abrazo alrededor del tronco. Pero la jungla seguía estando silenciosa. Regis se mantuvo próximo al tronco durante medio minuto más. Después, los sonidos del bosque retornaron: el croar de una rana arbórea, el zumbido de una de las cicadíneas y, después, todo el coro. Regis se separó del árbol, agitando los hombros, relajando la tensión. Salió a la mitad del camino, mirando en la dirección hacia la que había partido el dinosaurio.

El ataque llegó desde la izquierda.

El joven tiranosaurio rugió cuando echó la cabeza hacia delante, haciendo que Regis cayera de espaldas al suelo. El publicista lanzó un alarido y, ayudándose en brazos y piernas, se puso de pie, pero el tiranosaurio le saltó encima en forma repentina, y debió de sujetarle con una pata trasera porque, súbitamente, Regis ya no se movió: estaba sentado en el sendero, gritándole al dinosaurio y agitando las manos ante él, como si pudiese ahuyentarlo. El joven

dinosaurio parecía perplejo por los sonidos y los movimientos de su diminuta presa. Inclinó la cabeza hacia Regis, olfateándole con curiosidad, y el hombre lo aporreó en el hocico con los puños.

—¡Lárgate! ¡Fuera! ¡Vamos, fuera! —gritaba Regis a voz en cuello, y el dinosaurio retrocedió, permitiendo que Regis se pusiera de pie.

El hombre seguía gritando:

—¡Sí! ¡Ya me has oído! ¡Atrás! ¡Lárgate! —mientras se alejaba del dinosaurio.

El animal siguió contemplando con curiosidad al extraño y ruidoso animalito que tenía ante él pero, cuando Regis hubo recorrido unos pocos pasos, volvió a precipitarse sobre él y a derribarlo.

«El tiranosaurio está jugando con él», pensó Grant.

—¡Eh! —gritó Regis mientras caía, pero el dinosaurio no le persiguió, permitiéndole que se pusiera de pie. Regis se puso en pie de un salto y siguió retrocediendo:

—Pedazo de estúpido… ¡Atrás! ¡Atrás! Ya me has oído, ¡atrás! —gritaba, como un domador de leones.

La cría de tiranosaurio rugió, pero no atacó, y Regis poco a poco se fue acercando a los árboles y al follaje alto que tenía a la derecha. Con unos pocos pasos más estaría en un escondrijo.

—¡Atrás! ¡Tú! ¡Atrás! —gritó y entonces, en el último instante, el tiranosaurio dio un súbito salto y le hizo caer de espaldas—. ¡Termina con eso! —aulló Regis, y el animal bajó la cabeza en forma repentina. Regis empezó a gritar; no palabras, solamente un chillido estridente.

El grito se cortó en forma abrupta y, cuando el tiranosaurio levantó la cabeza, Grant vio carne desgarrada en sus fauces.

—¡Oh, no! —murmuró.

A su lado, Tim volvió la cara, presa de una repentina náusea. Al hacerlo, sus lentes para visión nocturna le resbalaron de la frente, cayendo al suelo con un tintineo metálico.

La cabeza de la cría de tiranosaurio se levantó como impulsada por un resorte y miró hacia la cima de la colina.

Tim recogió las lentes, mientras Grant aferraba las manos de los chicos y echaba a correr.

Control

Los compis se escabullían en la noche siguiendo el margen del camino. El jeep de Harding los siguió a corta distancia. Ellie señaló algo que estaba en el camino, más adelante:

—¿Eso es una luz?

—Podría ser —contestó Harding—. Parecen los faros de un automóvil.

La radio zumbó súbitamente y chasqueó. Oyeron a John Arnold decir:

—¿… ustedes ahí?

—Ah, ahí está —dijo Harding—. Por fin. —Apretó el botón—: Sí, John, estamos aquí. Estamos cerca del río, siguiendo a los compis. Es bastante interesante.

Más chasquidos. Después:

—…sita su coche…

—¿Qué ha dicho? —preguntó Gennaro.

—Algo ha dicho de coche —aclaró Ellie. En la excavación de Grant, en Montana, era ella quien operaba el radioteléfono: después de años de experiencia, se había vuelto ducha en la comprensión de transmisiones ininteligibles—. Creo que ha dicho que necesitaba su vehículo, Harding.

Harding apretó el botón.

—¿John? ¿Estás ahí? No le recibimos muy bien, John.

Hubo un destello de relámpagos, seguido por un largo chirrido de estática radial; después, la voz tensa de Arnold:

—… ¿Dónde están… des…?

—Estamos a algo más de kilómetro y medio de la dehesa de los hypsis. Cerca del río, siguiendo algunos compis.

—No… malditamente bien… regresar… ¡ahora!

—Se lo oye como si tuviese un problema —dijo Ellie, frunciendo el entrecejo. No había posibilidad de error: en esa voz había tensión—. Quizá debamos volver.

Harding se encogió de hombros:

—Es frecuente que John tenga algún problema. Ya sabe cómo son los ingenieros. Quieren que todo salga como dice el libro. —Apretó el botón de la radio—: ¿John? Dígalo otra vez, por favor…

Más chasquidos.

Más estática. El fuerte estallido del trueno. Después:

—Muldoo… necesita su coche… ra…

Gennaro frunció el entrecejo:

—¿Está diciendo que Muldoon necesita su coche?

—Eso es lo que pareció decir.

—Bueno, pues eso no tiene el menor sentido —manifestó Harding.

—… otros… atascados… Muldoon quiere coche…

—Lo entiendo —dijo Ellie—: los demás coches están atascados en el camino, en la tormenta, y Muldoon quiere ir a buscarlos. Harding se encogió de hombros.

—¿Por qué no toma el otro jeep? —Apretó el botón de la radio—: ¿John? Dígale a Muldoon que tome el otro coche. Está en el garaje.

La radio estalló:

—… no… escuchen… estúpidos… coche…

Harding apretó el botón de la radio:

—He dicho «está en el garaje», John. El coche está en el garaje.

Más estática:

—…edry tiene… el… altante…

—Temo que esto no nos lleva a ninguna parte —comentó Harding—. Muy bien, John. Vamos para allá ahora. —Apagó la radio e hizo virar el jeep, agregando—: Cómo me gustaría saber cuál es el motivo de la urgencia.

Puso el jeep en marcha y volvieron estruendosamente por el camino, envueltos por la oscuridad. Pasaron otros diez minutos antes de que vieran las luces del Pabellón Safari, que les daban la bienvenida. Y, mientras Harding frenaba ante el centro de visitantes, vieron a Muldoon que corría hacia ellos: iba gritando y agitando los brazos.

—¡Maldita sea, Arnold, pedazo de hijo de puta! ¡Maldita sea, haga que este parque vuelva a funcionar! ¡Ahora! ¡Haga que mis nietos vuelvan aquí! ¡Ahora! —John Hammond estaba en pie en la sala de control, gritando y golpeando el suelo con los pies. Hacía dos minutos que se mostraba descontrolado, mientras Henry Wu permanecía de pie en el rincón, dando la impresión de estar atontado.

—Bueno, señor Hammond —dijo Arnold—, Muldoon acaba de salir en este preciso instante para hacer exactamente eso.

Arnold se volvió y encendió otro cigarrillo. Hammond era igual que cualquier otro de los ejecutivos que Arnold conocía. Ya se tratara de Disney o de la Armada, los tipos que estaban en la gerencia siempre se comportaban de la misma manera: nunca entendía las cuestiones técnicas y creían que gritar era el único método para lograr que las cosas se hicieran. Y, a lo mejor, tenían razón, si le gritaban a la secretaria para que les consiguiera una limusina.

Pero los gritos no tenían la menor influencia sobre los problemas con los que Arnold se enfrentaba. Al ordenador no le importaba que le gritaran. A la red de corriente no le importaba que le gritaran. Los sistemas técnicos eran completamente indiferentes a toda esa explosión de emociones humanas. Si los gritos tenían algún efecto, éste era contraproducente, porque Arnold ya tenía la virtual certeza de que Nedry no iba a regresar, lo que quería decir que él mismo tenía que entrar en el código del ordenador y decidir cuidadosamente qué era lo que había fallado. Sería un trabajo delicado y necesitaría estar tranquilo y tener cuidado.

—¿Por qué no baja a la cantina —propuso— y pide una taza de café? Le llamaremos cuando tengamos más noticias.

—No quiero un Efecto Malcolm aquí —protestó Hammond.

—No se preocupe por el Efecto Malcolm. ¿Me va a dejar volver al trabajo?

—¡Mal rayo le parta! —Hammond no trataba de dominarse.

—Señor, le llamaré cuando tenga noticias de Muldoon.

Apretó unos botones en su consola y vio cambiar las familiares pantallas de control:

***/Módulos Principales Parque Jurásico/**

***/**

***/Llamar Bibls.**

```
Incluye: bioesta.sys
Incluye: sisrom.vst
Incluye: red.sys
Incluye: corr.mdl
*/
*/Inicializar
SetMain [42]2002/9A{total CoreSysop %4 [vig. 7*tty]]
if ValidMeter(mH) (**mH).MeterVis return
Term Cali 909 c.lev [void MeterVis $303] Random (3#*MaxFid)

on SetSystem(iDn) set shp_val.obj to lim(Val[d] SumVal
if SetMeter(mH) (**mH). ValdidMeter(Vdd) return
on SetSystem(!Telcom) set mxcpl.obj to lim(Val {pd])NextVal
```

Arnold ya no estaba operando con el ordenador; ahora había entrado detrás de las bambalinas para mirar el código, las instrucciones que, renglón por renglón, le decían al ordenador cómo comportarse. Era desdichadamente consciente de que el programa completo del Parque Jurásico contenía más de medio millón de líneas de código, la mayor parte de las cuales no estaba documentada y carecía de especificaciones.

Wu se acercó:

—¿Qué estás haciendo, John?

—Revisando el código.

—¿Por inspección visual? Tardarás una eternidad.

—Dímelo a mí —contestó Arnold—. Dímelo a mí.

El camino

Muldoon tomó la curva muy deprisa; el jeep patinó en el barro. Sentado junto a él, Gennaro apretaba los puños: iban a toda velocidad por el camino de cornisa, muy por encima del río, que ahora estaba oculto en la oscuridad, debajo de ellos. Muldoon aceleró. Su cara estaba tensa.

—¿Cuánto falta aún? —preguntó Gennaro.

—Tres, quizá cuatro kilómetros.

Ellie y Harding estaban de vuelta en el centro de visitantes. Gennaro se había ofrecido para acompañar a Muldoon. El jeep se desvió con brusquedad.

—Ya ha pasado una hora —dijo Muldoon—. Una hora, sin que hayamos oído palabra de los demás coches.

—Pero tienen radios —objetó Gennaro.

—No hemos podido localizarlos.

Gennaro frunció el entrecejo:

—Si estuviera sentado en un coche durante una hora, bajo la lluvia, es seguro que intentaría utilizar la radio para llamar a alguien.

—Lo mismo haría yo.

—¿Realmente cree que les puede haber pasado algo?

—Hay posibilidades de que estén perfectamente bien, pero me sentiré más feliz cuando les vea. Eso debe de ser de un momento a otro.

El camino describía una curva y, después, subía por una colina. En la base de la colina, Gennaro vio algo blanco, caído entre los helechos que había al lado del camino.

—Deténgase —dijo, y Muldoon pisó el freno.

Gennaro se apeó de un salto y corrió hacia delante, iluminado por los faros del jeep, para ver qué era: parecía un trozo de ropa, pero había…

Gennaro se detuvo.

Ya desde menos de dos metros de distancia, pudo ver con claridad lo que era. Avanzó con más lentitud.

Muldoon inclinó el torso fuera del jeep y preguntó:

—¿Qué es?

—Es una pierna.

La carne de la pierna era de color blanco azulado pálido, y terminaba en un desgarrado muñón sanguinolento, correspondiente al lugar en que había estado la rodilla. Por debajo de la pantorrilla vio un calcetín blanco y un mocasín marrón. Era como el zapato que Ed Regis usaba.

En ese momento, Muldoon ya había salido del jeep; corrió, pasando de largo a Gennaro, para agacharse sobre la pierna:

—¡Jesús! —dijo, y levantó la pierna, extrayéndola del follaje y levantándola para exponerla a la luz de los faros: un chorro de sangre del muñón le cayó en la mano. Gennaro todavía estaba a un metro de distancia. Rápidamente se dobló sobre sí mismo, puso las manos sobre las rodillas, cerró los ojos con fuerza e inspiró profundamente, tratando de no ser presa de las náuseas.

—Gennaro. —La voz de Muldoon era penetrante.

—¿Qué?

—Apártese: está tapando la luz.

Gennaro tomó una bocanada de aire y se apartó. Cuando abrió los ojos vio a Muldoon estudiando el muñón con ojo crítico:

—Desgarrado en la línea de la articulación —dijo éste—. No lo mordió… lo retorció y lo arrancó. Sencillamente le arrancó la pierna, rasgándosela.

Se puso en pie, sosteniendo la seccionada pierna invertida, para que la sangre que quedaba en su interior goteara sobre los helechos. Su mano ensangrentada manchó el calcetín blanco cuando tomó la pierna por el tobillo. Gennaro volvió a sentir náuseas.

—No hay duda sobre lo que ha ocurrido —estaba diciendo Muldoon—: T-rex le agarró. —Miró hacia lo alto de la colina; después, nuevamente a Gennaro —: ¿Se siente bien? ¿Puede seguir?

—Sí. Puedo seguir.

Muldoon caminaba de vuelta hacia el jeep, llevando la pierna:

—Creo que es mejor que nos llevemos esto —dijo—. No me parece bien dejarlo aquí. Dios, va a ensuciar todo el vehículo. Vea si hay algo en la parte trasera, por favor. Una lona o un periódico…

Gennaro abrió la portezuela de atrás y buscó entre las cosas que había detrás del asiento posterior. Se sintió agradecido por pensar en algo más durante unos instantes. El problema de cómo envolver la pierna seccionada se expandió hasta llenarle toda la mente, relegando todos los demás pensamientos. Encontró una bolsa de lona con un juego de herramientas, una llanta, una caja de cartón, y…

—Dos telas impermeables —anunció. Eran de plástico y estaban cuidadosamente plegadas.

—Deme una —dijo Muldoon, todavía fuera del jeep. Envolvió la pierna y le pasó el ahora informe bulto a Gennaro. Al sostenerlo en la mano, Gennaro se sorprendió por lo pesado que lo sentía.

—Póngalo en la parte de atrás —indicó Muldoon—. Si hay alguna manera de sujetarlo, ya sabe, de modo que no vaya rodando…

—Está bien. —Gennaro puso el envoltorio en la parte trasera y Muldoon se situó detrás del volante. Aceleró; las ruedas giraron sin avanzar sobre el barro, para después dejar una zanja detrás de ellas. El jeep ascendió la colina a toda velocidad y, durante unos momentos, al llegar a la cima, las luces de los faros todavía apuntaban hacia arriba, hacia el follaje. Después bajaron, y Gennaro pudo ver el camino que se extendía delante de ellos.

—¡Jesús! —exclamó Muldoon.

Gennaro vio un solo Crucero de Tierra, caído de lado, en el centro del camino. No pudo ver el segundo Crucero.

—¿Dónde está el otro coche?

Muldoon miró brevemente alrededor; señaló hacia la izquierda:

—Allí. —El segundo Crucero de Tierra estaba a seis metros de distancia, aplastado como un acordeón, al pie de un árbol.

—¿Qué está haciendo ahí?

—El T-rex lo lanzó ahí.

—¿Lo lanzó?

El gesto de Muldoon era sombrío.

—Terminemos con esto —dijo, apeándose del jeep.

Apuraron la marcha para llegar hasta el segundo Crucero de Tierra. Sus linternas oscilaban de un lado a otro, en medio de la noche.

Cuando se acercaron, Gennaro vio hasta qué punto estaba destrozado el coche. Tuvo el cuidado de permitir que Muldoon mirara primero al interior.

—Yo no me preocuparía —dijo Muldoon—. Es muy improbable que encontremos a alguien.

—¿No?

—No.

Explicó que, durante sus años en África, había visitado el escenario de una media docena de ataques de animales a humanos en los chaparrales. Un ataque de leopardo: por la noche, el leopardo había abierto una tienda de punta a punta, desgarrándola, y se había llevado a un niño de tres años. Después, un ataque de búfalo en Amboseli; dos ataques de león, uno de cocodrilo en el Norte, cerca de Meru. En todos los casos quedaba una cantidad sorprendentemente reducida de evidencias de lo ocurrido.

La gente inexperta imaginaba que habría horribles pruebas del ataque de un animal: miembros desgarrados que quedaran en la tienda, rastros de gotas de sangre que conducían hacia la espesura, ropa manchada de sangre, no muy lejos del campamento. Pero la verdad era que, por lo común, no quedaba nada, en especial si la víctima era de pequeño tamaño, como un bebé o un niño. La persona sencillamente parecía desaparecer, como si hubiera entrado en el chaparral y nunca hubiera regresado. Un depredador podía matar a un niño sólo con sacudirlo, rompiéndole el cuello. Por lo común, no había nada de sangre.

Y la mayor parte de las veces nunca se encontraban otros restos de las víctimas. A veces, un botón de camisa, o un trocito de goma de un zapato. Pero, la mayor parte de las veces, nada.

Los depredadores se llevaban a los niños —preferían a los niños— y no dejaban nada detrás. Así que Muldoon pensó que era sumamente improbable que encontraran alguna vez restos de los niños.

Pero cuando miró adentro, tuvo una sorpresa:

—¡Quién lo diría! —murmuró.

Muldoon trató de reconstruir la situación: el parabrisas del Crucero de Tierra estaba hecho añicos, pero no había mucho vidrio en las proximidades. Había observado fragmentos de vidrio allá atrás, en el camino: así que el parabrisas tuvo que haberse roto allá atrás, antes de que el tiranosaurio levantara el coche y lo arrojara allí. Pero el vehículo había sufrido una tremenda paliza. Muldoon iluminó el interior con su linterna.

—¿Vacío? —preguntó Gennaro, con tensión.

—No del todo —contestó Muldoon: la luz de su linterna se reflejó sobre un equipo microtelefónico aplastado y, en el suelo del coche, vio algo más, algo

curvo y negro. Las portezuelas anteriores estaban abolladas y atascadas por el impacto, pero Muldoon trepó por la portezuela trasera y se arrastró por sobre el asiento para recoger el objeto negro.

—Es un reloj —dijo, escudriñándolo a la luz de la linterna. Era un reloj digital barato, con pulsera de caucho sintético. La esfera de la LCD estaba hecha añicos. Pensó que el chico pudo haber estado usándolo, aunque no estaba seguro. Pero era el tipo de reloj que tendría un niño.

—¿Qué es eso, un reloj? —preguntó Gennaro.

—Sí. Y hay una radio, pero está rota.

—¿Eso es importante?

—Sí. Y hay algo más… —Muldoon husmeó el aire: dentro del coche había un olor agrio. Movió la luz en derredor, hasta que vio el vómito que chorreaba del panel lateral de la puerta. Lo tocó: todavía estaba fresco.

—Uno de los chicos todavía puede estar vivo —dijo.

Gennaro le miró de soslayo:

—¿Qué le lleva a decir eso?

—El reloj. El reloj lo demuestra. —Se lo alcanzó a Gennaro, que lo sostuvo a la luz de la linterna y le dio vueltas en las manos.

—El cristal está rajado —declaró Gennaro.

—Así es. Y la pulsera está intacta.

—¿Lo que significa…?

—Que el chico se lo quitó.

—Eso pudo haber pasado en cualquier momento —objetó Gennaro—. En cualquier momento anterior al ataque.

—No. Estos cristales de LCD son resistentes: hace falta un fuerte golpe para romperlos. La esfera del reloj fue destrozada durante el ataque.

—Así que el chico se quitó el reloj.

—Píenselo —insistió Muldoon—. ¿Si le atacase un dinosaurio, usted se detendría para quitarse el reloj?

—Quizá se lo arrancó.

—Es casi imposible arrancar el reloj de la mano de alguien, sin arrancar la mano también. Sea como fuere, la pulsera está intacta. No, el chico se lo quitó por sí mismo; miró el reloj, vio que estaba roto y se lo quitó. Tuvo tiempo para hacerlo.

—¿Cuándo?

—Sólo pudo ser después del ataque. El chico debía de estar en el coche

después del ataque. Y la radio estaba rota, así que la dejó atrás también. Es un niño brillante y sabía que no le eran útiles.

—Si es tan brillante, ¿a dónde se fue? Porque yo me quedaría aquí y esperaría a que me recogieran.

—Sí, pero, a lo mejor, no pudo quedarse aquí. Quizás el tiranosaurio volvió. O algún otro animal. Sea como fuere, algo le hizo marcharse.

—Entonces, ¿a dónde se fue?

—Veamos si podemos averiguarlo —dijo Muldoon, y avanzó a zancadas hacia el camino principal.

Gennaro le observó escudriñar el suelo con su linterna: su cara estaba a no más de unos centímetros del barro, atenta a la búsqueda. Muldoon realmente creía que estaba yendo hacia algo, que por lo menos uno de los chicos todavía estaba vivo. Gennaro seguía impávido: el impacto que significó hallar la pierna seccionada había dejado en él la inflexible determinación de clausurar el parque y destruirlo. No importaba lo que Muldoon dijera, Gennaro sospechaba que ese hombre padecía de un entusiasmo y una esperanza injustificados.

—¿Ha observado las huellas? —preguntó Muldoon, todavía mirando el suelo.

—¿Qué huellas?

—Estas huellas de pisadas. ¿Las ve, viniendo hacia nosotros desde el camino? Y son huellas que, por su tamaño, son de un adulto. Un zapato con suela de goma. Observe la característica impresión estriada…

Gennaro sólo vio barro. Charcos que atrapaban la luz procedente de las linternas. Empezó a decir:

—Escuche…

—Puede ver —continuó Muldoon— que las huellas de adulto vienen hasta aquí, donde se les unen otras pisadas. Pequeñas y de tamaño mediano… que se desplazan en círculos, superponiéndose… como si estuvieran juntos, hablando… Pero ahora están aquí, parecen estar corriendo… —Señaló a distancia—: Hacia allá. Hacia el parque.

Gennaro negó con la cabeza:

—En este barro se ve lo que uno quiera ver.

Muldoon se puso de pie y retrocedió. Miró el suelo y suspiró:

—Diga lo que quiera, apuesto a que uno de los chicos sobrevivió. Y quizás

ambos. Quizás hasta un adulto también, si es que estas huellas grandes corresponden a otra persona que no fuera Regis. Tenemos que registrar el parque.

—¿Esta noche? —dijo Gennaro.

Pero Muldoon no le escuchaba: se había alejado hacia un terraplén de tierra blanda, cerca de un caño de desagüe para lluvia. Se volvió a poner en cuclillas:

—¿Qué era lo que llevaba la niña?

—Cristo —dijo Gennaro—. No lo sé.

Avanzando con lentitud, Muldoon fue más hacia un costado del camino. Y, en ese momento, oyó un jadeo. Era, definitivamente, un sonido animal.

—Escuche —dijo Gennaro—. Creo que es mejor que nos…

—Shh —susurró Muldoon.

Se detuvo, escuchando.

—No es más que el viento —dijo Gennaro.

Volvieron a oír el jadeo sibilante, pero esta vez con claridad. No era el viento. Provenía de los matorrales que estaban directamente frente a ellos, al lado del camino. No parecía el sonido producido por un animal, pero Muldoon avanzó con cautela. Agitó su luz hacia todos lados, y gritó, pero el jadeo no cambió. Muldoon empujó a un lado las frondas de una palmera.

—¿Qué es? —preguntó Gennaro.

—Es Malcolm —repuso Muldoon.

Ian Malcolm yacía sobre la espalda, con la piel cenicienta, la boca abierta con laxitud. Respiraba con dificultad, emitiendo jadeos sibilantes. Muldoon le pasó la linterna a Gennaro y, después, se inclinó para examinar el cuerpo:

—No encuentro herida —dijo—. Cabeza bien, pecho, brazos…

Entonces, Gennaro dirigió la luz a las piernas:

—Se puso un torniquete.

El cinturón de Malcolm estaba retorcido sobre el muslo derecho. Gennaro recorrió la pierna con la luz: el tobillo derecho estaba doblado hacia fuera, formando un ángulo imposible con la pierna; los pantalones estaban aplastados, empapados de sangre, Muldoon tocó el tobillo con suavidad, y Malcolm gimió.

Muldoon retrocedió y trató de decidir qué hacer después: Malcolm podría tener otras lesiones. La espalda podría estar rota. Moverlo podría significarle la muerte pero, si le dejaban ahí moriría por la insuficiencia circulatoria: que no

hubiera muerto desangrado se debía exclusivamente a que había tenido la presencia de ánimo suficiente para hacerse un torniquete.

Y era probable que ya estuviera sentenciado. Que lo movieran no cambiaría las cosas en absoluto.

Gennaro ayudó a Muldoon a levantar al hombre, al que colgó desmañadamente sobre los hombros. Malcolm gimió y su respiración se transformó en jadeos entrecortados.

—Lex… —murmuró—. Lex… fue… Lex…

—¿Quién es Lex? —preguntó Muldoon.

—La niña —dijo Gennaro.

Trasladaron a Malcolm de vuelta al jeep y forcejearon para instalarlo en el asiento trasero. Gennaro le ajustó el torniquete alrededor de la pierna. Malcolm se volvió a quejar. Muldoon le remangó la pernera y, debajo de la tela, vio la carne pulposa, las blancas astillas de hueso que sobresalía.

—Tenemos que llevarlo de vuelta —anunció.

—¿Se va a ir de aquí sin los niños?

—Si han entrado en el parque, son más de cien kilómetros cuadrados. La única manera de que podamos encontrar algo ahí afuera es con los sensores de movimiento: si los niños están vivos y desplazándose por ahí, los sensores los localizarán y podremos ir directamente hacia ellos y traerlos de vuelta. Pero, si no llevamos inmediatamente al doctor Malcolm de regreso, morirá.

—Entonces, tenemos que volver.

—Sí, así lo creo.

Subieron al jeep. Gennaro preguntó:

—¿Le va a decir a Hammond que los chicos están perdidos?

—No —dijo Muldoon—. Se lo dirá usted.

Control

Donald Gennaro miró a Hammond, sentado en la cantina de autoservicio: se estaba sirviendo cucharadas de helado, comiéndolo calmosamente.

—¿Así que Muldoon cree que los niños están en alguna parte del parque?

—Así lo cree.

—Entonces, estoy seguro de que los encontraremos.

—Así lo espero —dijo Gennaro. Observó al anciano comiendo pausadamente y sintió escalofríos.

—¡Oh, estoy seguro de que los encontraremos! Después de todo, como le repito a todo el mundo, este parque está hecho para niños.

—De modo que usted comprende que están perdidos, señor.

—¿Perdidos? —repuso con brusquedad—. Por supuesto que sé que están perdidos. No estoy senil. —Suspiró y volvió a cambiar de tono—: Mire, Donald. No nos dejemos llevar. Sufrimos un ligero desperfecto, como consecuencia de la tormenta o de lo que fuere y, como resultado, experimentamos un accidente lamentable, desafortunado. Y eso es todo lo que pasó. Ya nos estamos ocupando de eso. Arnold hará que se limpien los ordenadores. Muldoon recogerá a los niños y yo no tengo la menor duda de que estará de vuelta con ellos en el mismo momento en que terminemos este helado. Así que sentémonos y veamos lo que ocurre; ¿le parece bien?

—Lo que usted diga, señor.

—¿Por qué? —preguntó Henry Wu, mirando la pantalla de la consola.

—Porque creo que Nedry le hizo algo al código —dijo Arnold—. Ése es el porqué de que yo lo esté revisando.

—Muy bien. ¿Pero ha probado ya sus opciones?

—¿Como cuáles?

—No sé… ¿Los sistemas de seguridad no están funcionando todavía? ¿Verificaciones de teclas? ¿Todo eso?

—¡Por Dios! —dijo Arnold, chasqueando los dedos—. Tienen que estar funcionando. Los sistemas de seguridad no se pueden desactivar, salvo desde el panel principal.

—Bueno, si ***Verificaciones de teclas*** está activo, entonces usted puede hacer el seguimiento de lo que hizo Nedry.

—Puede apostar a que así es —repuso Arnold. Y empezó a oprimir botones. ¿Por qué no había pensado en eso antes? Era tan obvio. El sistema de procesamiento electrónico de datos del Parque Jurásico tenía incorporados varios niveles de sistemas de seguridad. Uno de esos sistemas era un programa para verificación de teclas, que vigilaba todas las pulsaciones hechas en el teclado por operadores con acceso al sistema. En sus orígenes se había instalado como dispositivo depurador de defectos de programación, pero se conservó por su valor como sistema de seguridad.

En un instante, todas las digitaciones que Nedry había entrado en los ordenadores desde el comienzo de ese día aparecieron en una lista, en la pantalla:

13,42,121,32,88,77,19,13,122,13,44,52,77,90,13,99,13,100,13,109,55,103
144,13,99,87,60,13,44,12,09,13,43,63,13,46,57,89,103,122,13,44,52,88,9
31,13,21,13,57,98,100,102,103,13,112,146,13,13,13,77,67,88,23,13,13
system
nedry
goto command level
nedry
040/#xy/67&
mr goodbytes
security
keycheck off
safety off
sl off
security
whte_rbt.obj

—¿Es eso? —dijo Arnold—. Estuvo sin hacer nada durante horas, al parecer.

—Probablemente sólo mataba el tiempo —aventuró Wu—, hasta que, al

final, decidió ir al grano.

La lista inicial de números representaba los códigos ASCII para teclado, correspondientes a las teclas que Nedry había apretado en la consola. Esos números significaban que Nedry todavía estaba dentro de la interfaz normal para el usuario, como cualquier operador normal del ordenador. De modo, pues, que simplemente había estado echando un vistazo, cosa que no correspondería esperar del programador que había diseñado el sistema.

—Quizás estaba tratando de ver si se habían introducido cambios antes de que él entrara en el programa —supuso Wu.

—Quizá —dijo Arnold, que ahora estaba mirando la lista de instrucciones, lo que le permitía seguir la evolución de la marcha de Nedry a través del sistema, renglón por renglón—. Al menos, podemos ver lo que hizo.

system era la solicitud de Nedry para abandonar la interfaz normal para el usuario y para tener acceso al código en sí. El ordenador le había preguntado su nombre y él contestó: ***nedry***. Ese nombre tenía acceso autorizado al código, por lo que el ordenador le permitió entrar en el sistema. Nedry había pedido ***goto command level***, el nivel más elevado de control del ordenador; el nivel de instrucciones exigía seguridad adicional, y le pidió su nombre, número de acceso y palabra clave de acceso:

nedry
040/#xy/670
mr goodbytes

Esas entradas llevaron a Nedry al nivel de instrucciones. Desde aquí, quiso ***security*** y, puesto que estaba autorizado, el ordenador le permitió llegar hasta ahí. Una vez situado en el nivel de seguridad, Nedry intentó tres variaciones:

keycheck off
safety off
sl off

—Está tratando de apagar los sistemas de seguridad —dijo Wu—. No quiere que nadie vea lo que va a hacer.

—Exactamente —asintió Arnold—. Y en apariencia, no sabe que ya no es posible desactivar los sistemas, salvo apagando a mano los conmutadores del tablero principal.

Después de tres órdenes fracasadas, el ordenador automáticamente empezó a preocuparse por Nedry. Pero, puesto que había entrado con la autorización apropiada, el ordenador supuso que Nedry estaba perdido, tratando de hacer algo que no podría lograr desde donde estaba. Así que el ordenador le volvió a preguntar dónde quería estar, y Nedry contestó: ***security***. Y se le permitió permanecer ahí.

—Por fin —dijo Wu—, aquí está el remate inesperado del chiste. —Señaló la última de las instrucciones que Nedry había introducido: ***whte-rbt.obj***

—¿Qué demonios es eso? —exclamó Arnold—. ¿Conejo Blanco? ¿Es su chiste privado?

—Está señalado como objeto —explicó Wu. En terminología de computación, un «objeto» era un bloque de código que se podía desplazar por el programa y usarse, del mismo modo que se podría mover una silla por una habitación. Un objeto podría ser un conjunto de instrucciones para trazar un dibujo, o para «refrescar» la pantalla, o para llevar a cabo determinado cálculo.

—Veamos dónde está en el código —dijo Arnold—. A lo mejor podemos deducir lo que está haciendo. —Fue a los utilitarios del programa y escribió en el teclado:

FIND WHTE_RBT.OBJ

El ordenador dio esta respuesta:

OBJECT NOT FOUND IN LIBRARIES

—¡No existe! —exclamó Arnold.

—Entonces, busque en el listado de códigos —indicó Wu.

Arnold escribió:

FIND/LISTIN: WHTE_RBT.OBJ

En la pantalla empezaron a pasar con rapidez, de arriba hacia abajo, las líneas de código, borrosas debido a la velocidad con la que pasaban por la pantalla. Este desplazamiento se prolongó durante casi un minuto y, de pronto, se detuvo abruptamente.

—Ahí está —dijo Wu—. No es un objeto. Es una instrucción.

La pantalla exhibía una flecha que apuntaba a un solo renglón de código:

```
curV= GetHandl [ssm.dt] tempRgn [itm.dd2]
curH= GetHandl [ssd.itl] tempRgn2 [itm.dd4]
on DrawMeter(lgN) set shp_val.obj to lim(Val[d]).Xval.
if ValidMeter(mH) (**mH).MeterVis return.
if Meterhandl(vGT) ((DrawBack(tY)) return.
limitDat.4 = maxBits (%33) to {limit.04} set on.
HmitDat.5 = setzero, setfive, O [limit.2-var(szh)}.
on whte_rbt.obj cali link.sst [security, perimeter] set to off.
vertRange = {maxRange+setlim} tempVgn(fdn-&bb+$404).
horRange = [maxRange-setlim/2] tempHgn(fdn-&dd+$105).
void DrawMeter send_screen.obj print.
```

—¡Hijo de puta! —casi gritó Arnold.

Wu sacudió la cabeza.

—No es un defecto del código.

—No —concordó Arnold—. Es una entrada secreta. El gordo hijo de puta metió lo que parecía ser la llamada de un objeto pero que, en realidad, es una instrucción que enlaza los sistemas de seguridad y del perímetro y, después, los desactiva. Eso le da completo acceso a todo lugar del parque.

—Entonces, tendríamos que poder activarlos de vuelta.

—Sí, tendríamos. —Arnold frunció el entrecejo, mirando la pantalla—. Todo lo que tenemos que hacer es deducir cuál es la instrucción. Haré pasar un seguimiento de ejecución sobre el enlace. Veremos dónde nos lleva eso.

Wu se levantó de su silla, diciendo:

—Mientras tanto, ese alguien entró en el congelador hace casi una hora. Creo que es mejor que cuente mis embriones.

Ellie estaba en su habitación, a punto de cambiarse la ropa mojada, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Alan? —preguntó, pero cuando abrió la puerta vio a Muldoon allí con un paquete envuelto en plástico bajo el brazo. Muldoon también estaba calado hasta los huesos y en su ropa había huellas de barro.

—Lo siento, pero necesitamos su ayuda —dijo con tono enérgico—. Los Cruceros de Tierra fueron atacados hace una hora. Trajimos a Malcolm, pero está en estado de insuficiencia circulatoria. Tiene una herida muy grave en la

pierna. Todavía está inconsciente, pero le he llevado a su habitación y le he metido en la cama. Harding ya está en camino hacia aquí.

—¿Harding? —dijo Ellie—. ¿Y los demás?

—Todavía no les hemos encontrado, doctora Sattler —contestó Muldoon. Ahora hablaba con lentitud.

—Oh, Dios mío.

—Pero creemos que el doctor Grant y los chicos todavía están vivos. Creemos que entraron en el parque, doctora Sattler.

—¿Entraron en el parque?

—Así lo creemos. Mientras tanto, Malcolm necesita ayuda. He llamado a Harding.

—¿No deberían llamar al médico?

—No hay médico en la isla. Harding es lo mejor que tenemos.

—Pero sin duda pueden llamar a un médico…

—No; las líneas telefónicas están muertas. No podemos llamar al exterior. —Cambió de lugar el paquete que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ellie.

—Nada. Pero vaya a la habitación de Malcolm y ayude a Harding, si no le molesta.

Y se fue.

Ellie se sentó en la cama, sobresaltada; no era mujer dispuesta a dejarse llevar por un pánico innecesario, y sabía que Grant ya había salido antes de situaciones peligrosas. Una vez se había perdido en las tierras malas durante cuatro días, cuando un acantilado cedió bajo él y su camión y se precipitó treinta metros dentro de un barranco. La pierna derecha de Grant estaba rota. No tenía agua. Pero regresó caminando con una pierna rota.

Por otro lado, los niños…

Meneó la cabeza, rechazando ese pensamiento: era probable que los chicos estuviesen con Grant y, si Grant estaba en el parque… pues, ¿qué mejor persona para guiarlos con seguridad por el Parque Jurásico que un experto en dinosaurios?

En el parque

—Estoy cansada —dijo Lex—. Lléveme, doctor Grant.

—Eres demasiado grande para que te lleve —manifestó Tim.

—Pero estoy cansada —insistió la niña.

—Está bien, Lex —asintió Grant, levantándola—. ¡Uuf, cuánto pesas!

Eran casi las nueve de la noche. La luna llena estaba velada por una bruma que llevaba el viento, y las romas sombras del trío les guiaban a través de un campo abierto, hacia un bosque oscuro que había más allá. Grant estaba ensimismado, tratando de decidir dónde estaba; desde el momento en que habían cruzado por encima de la cerca derribada por el tiranosaurio, tuvo la seguridad, bastante razonable, de que ahora estaban en algún lugar de la reserva del tiranosaurio. Lo que era un lugar en el que Grant no quería estar. En su mente seguía viendo el trazado por ordenador del territorio del tiranosaurio, el apretado serpenteo de líneas que rastreaban los desplazamientos de Grant dentro de una extensión reducida: él y los niños estaban en esa extensión ahora.

Pero Grant también recordaba que los tiranosaurios estaban aislados de todos los demás animales, lo que quería decir que sabrían cuándo habían salido de la reserva en el momento en que cruzaran una barrera, ya fuera ésta una cerca o un foso, o ambos.

Todavía no había visto barrera alguna.

La niña le puso la cabeza sobre el hombro, y se enroscó el cabello en los dedos. Muy pronto estaba roncando. Tim caminaba penosamente al lado de Grant.

—¿Puedes seguir caminando, Tim?

—Sí. Pero creo que debemos de estar en el sector de los tiranosaurios.

—Estoy bastante seguro de que es así. Espero que salgamos pronto.

—¿Va a entrar en el monte? —preguntó Tim. A medida que se acercaban, el monte parecía oscuro y ominoso.

—Sí. Creo que podemos guiarnos siguiendo los números de los sensores de movimiento.

Los sensores de movimiento eran cajas verdes dispuestas a metro y medio, aproximadamente, por encima del suelo. Algunos se alzaban sobre su propio pedestal; la mayoría estaba adherida a los árboles. Ninguno funcionaba porque, en apariencia, todavía continuaba el corte de corriente. Cada caja sensora tenía una lente de vidrio montada en el centro, y un número de código pintado debajo de esa lente. Allá delante, bajo la luz lunar, interrumpida por retazos de bruma, Grant pudo ver una caja señalada con el código T/S/04.

Entraron en la espesura. Árboles enormes se alzaban por todos lados. A la luz de la luna, una bruma baja se aferraba al suelo, enroscándose en torno a las raíces de los árboles. Era hermoso, pero hacía que la marcha se volviese traicionera. Y Grant estaba observando los sensores: parecían estar numerados en orden descendente. Pasó el X/S/03 y el T/S/02. Finalmente, llegaron al T/S/01. Estaba cansado de llevar a la niña y había albergado la esperanza de que ese número de código coincidiera con un límite de la reserva del tiranosaurio, pero no resultó ser más que otra caja en medio de la espesura. La caja siguiente a ésa tenía la marca T/N/ 01, seguida por la X/N/02. Grant se dio cuenta de que los números tenían que estar ordenados en forma geográfica, en torno a un punto central, como en el caso de la brújula: estaban marchando de sur a norte, de modo que los números bajaban a medida que se aproximaban al centro y, después, volvían a crecer.

—Por lo menos, estamos yendo en la dirección correcta —comentó Tim.

—Bravo por ti —dijo Grant.

Tim sonrió, y tropezó con unas enredaderas ocultas por la bruma. Rápidamente se puso de pie. Siguieron caminando un rato, hasta que Tim anunció:

—Mis padres están haciendo los trámites de divorcio.

—Ajá.

—Mi papá se mudó el mes pasado. Ahora tiene su propia casa en Mili Valley.

—Ajá.

—Ya no lleva a mi hermana. Ya ni siquiera va a buscarla.

—Y dice que tienes dinosaurios en los sesos.

—Sí —suspiró Tim.

—¿Tienes nostalgia de él?

—En realidad, no. A veces. Ella tiene más nostalgia.

—¿Quién, tu madre?

—No, Lex. Mi mamá tiene un novio. Le conoce del trabajo.

Caminaron en silencio durante un rato, pasando frente a T/N/ 03 y T/N/04. Después:

—¿Le conoces?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Está bien. Es más joven que mi papá, pero es calvo.

—¿Cómo te trata?

—No sé. Bien. Creo que simplemente trata de tocarme el lado bueno. No sé lo que va a pasar. A veces, mi mamá dice que tendremos que vender la casa y mudarnos. A veces, él y mi mamá pelean, tarde por la noche; me siento en mi habitación y juego con mi ordenador, pero así y todo les puedo oír.

—Ajá.

—¿Usted está divorciado?

—No. Mi esposa murió hace mucho.

—¿Y ahora está con la doctora Sattler?

Grant sonrió en la oscuridad:

—No. Ella es alumna mía.

—¿Quiere decir que ella todavía está en la escuela?

—Una escuela para graduados, sí.

Grant se detuvo lo suficiente para pasar a Lex a su otro hombro y, después, prosiguieron la marcha, pasando frente a los T/N/05 y T/N/06. Se oyó el retumbar de truenos en la distancia: la tormenta se había desplazado hacia el sur. Había muy pocos sonidos en el bosque, con la salvedad del rumor de las cicadíneas y del suave croar de las ranas arbóreas.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Se va a casar con la doctora Sattler?

—No; ella se va a casar con un agradable médico de Chicago, en alguna fecha del año próximo.

—Oh. —Tim pareció sorprendido de oír eso. Siguieron caminando un rato. Después—: Entonces, ¿con quién se va a casar usted?

—No creo que me vaya a casar con alguien.

—Yo tampoco.

Caminaron un rato y Tim dijo:

—¿Vamos a caminar toda la noche?

—No creo poder hacerlo. Tendremos que parar, al menos durante unas pocas horas. —Le echó un vistazo al reloj—: Vamos bien: casi quince horas faltan para que debamos volver. Antes de que el barco llegue a tierra firme.

—¿Dónde vamos a parar? —preguntó Tim de inmediato.

Grant se estaba preguntando lo mismo: su primer pensamiento fue que podrían trepar a un árbol, y dormir ahí arriba. Pero tendrían que trepar muy alto para mantenerse a distancia segura de los animales, y Lex se podría caer mientras dormía. Y las ramas de los árboles eran duras: no tendrían el menor descanso. No él, al menos.

Necesitaban un sitio verdaderamente seguro. Volvió a pensar en los planos que había visto en el avión, cuando se dirigían a la isla. Recordaba que había edificios externos para cada una de las diferentes divisiones. Grant no sabía cómo eran, porque no estaban incluidos los planos correspondientes a los edificios individuales. Y no podía recordar con exactitud dónde estaban, pero sí que estaban diseminados por todo el parque. Podría haber edificios en algún lugar de las proximidades.

Pero eso era diferente del simple hecho de cruzar una barrera y salir del terreno del tiranosaurio; encontrar un edificio significaba emplear una estrategia de búsqueda de alguna clase. Y las mejores estrategias eran…

—Tim, ¿puedes sostener a tu hermana un momento? Voy a trepar a un árbol y echar un vistazo por los alrededores.

Desde lo alto de las ramas tuvo una buena vista del bosque: las copas de los árboles se extendían hacia su derecha y su izquierda. Descubrió que estaban sorprendentemente cerca del borde del bosque: directamente hacia delante, los árboles terminaban antes de un claro, con una cerca electrificada y un foso de hormigón armado de tono pálido. Más allá había un gran campo abierto, en lo que Grant supuso que era la de los saurópodos. A distancia, había más árboles y la brumosa luz lunar que destellaba sobre el océano.

En alguna parte oyó el bramido de un dinosaurio, pero estaba muy lejos. Se puso las lentes de Tim y volvió a mirar. Siguió la curva gris del foso y, entonces,

vio lo que estaba buscando: la banda oscura de un camino auxiliar, que llevaba hacia el rectángulo plano de un techo. El techo apenas sobresalía del nivel del suelo, pero estaba ahí. Y no estaba lejos. Quizás a unos cuatrocientos metros, o algo así, del árbol.

Cuando volvió a bajar, Lex estaba lloriqueando.

—¿Qué pasa?

—Oí un animal.

—No nos molestará. ¿Estás despierta ahora? Vamos.

La guio hasta la cerca. Tenía unos cuatro metros de alto, con una espiral de alambre espinoso en la parte superior. Bajo la luz de la luna parecía extenderse muy por encima de ellos. Inmediatamente al otro lado, estaba el foso.

Lex alzó la vista y miró la cerca dubitativa.

—¿Puedes trepar? —le preguntó Grant.

Le entregó su guante y su pelota de béisbol.

—Seguro. Es fácil. —Empezó a trepar, y añadió—: Pero apuesto a que Timmy no puede.

Tim giró sobre sí mismo, furioso:

—Tú cállate.

—A Timmy le da miedo la altura.

—No tengo miedo.

Lex trepó más alto.

—Sí lo tienes.

—No lo tengo.

—Entonces ven y cógeme.

Grant volvió hacia Tim, que estaba pálido en la oscuridad. El chico no se movía.

—¿Podrás trepar por la cerca, Tim?

—Claro que sí.

—¿Quieres ayuda?

—Timmy es un miedoso —vociferó Lex.

—Qué estúpida latosa —contestó Tim, y empezó a trepar.

—Está helado —dijo Lex. Estaban hundidos hasta la cintura en agua hedionda, en el fondo de un profundo foso de hormigón. Habían trepado por la cerca sin novedad, salvo que Tim se había desgarrado la camisa con las espirales de

alambre de espino de la parte de arriba. Después, todos se deslizaron dentro del foso y, ahora, Grant buscaba una forma de salir.

—Por lo menos, conseguí que Timmy saltara esa cerca —comentó Lex—. Verdaderamente es un miedoso la mayor parte de las veces.

—Gracias por tu ayuda —dijo Tim con sarcasmo.

A la luz de la luna pudo ver troncos que flotaban en la superficie. Se desplazó a lo largo del foso, mirando la pared de hormigón del otro lado. El hormigón era liso: no había manera de que pudieran trepar por él.

—Puaj —dijo Lex, señalando el agua.

—No te va a hacer daño, Lex.

Grant halló finalmente un lugar en el que el hormigón se había resquebrajado y una enredadera crecía en dirección al agua. Tironeó de la enredadera y ésta soportó su peso.

—Vamos, chicos.

Empezaron a trepar por la enredadera, para regresar al campo que estaba arriba.

Solamente tardaron unos minutos en cruzar el campo, para llegar al terraplén, que se prolongaba hasta el camino auxiliar que estaba al pie del declive, y al edificio de mantenimiento que se encontraba hacia la derecha. Pasaron junto a dos sensores de movimiento, y Grant advirtió, con algo de desasosiego, que seguían sin funcionar, y que tampoco lo hacían las luces. Habían transcurrido más de dos horas desde el corte de corriente y todavía no había vuelto a funcionar.

En alguna parte, en la distancia, oyeron bramar al tiranosaurio.

—¿Anda por aquí? —se inquietó Lex.

—No —la tranquilizó Grant—. Estamos en otra sección.

Se deslizaron por un terraplén cubierto de hierba y avanzaron hasta el edificio de hormigón. En la oscuridad, tenía aspecto ominoso, parecido a un bunker.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Lex.

—Es seguro —dijo Grant, con la esperanza de que fuera cierto.

El portón de entrada era lo suficientemente grande como para permitir el paso de un camión. Estaba provisto de gruesos barrotes. En su interior, según pudieron ver, era un cobertizo abierto, con montones de pasto y fardos de heno apilados entre material de equipo.

El portón estaba cerrado con un pesado candado. Mientras Grant lo

examinaba, Lex se deslizó de costado entre los barrotes.

—Vamos, chicos.

Tim la siguió.

—Creo que usted también puede hacerlo, doctor Grant.

Tenía razón: era un paso muy estrecho, pero Grant logró meter el cuerpo entre los barrotes y entrar en el cobertizo. En cuanto estuvo dentro, le abrumó una oleada de agotamiento.

—Me pregunto si hay algo para comer —dijo Lex.

—Nada más que heno. —Grant rompió un fardo y esparció el heno sobre el hormigón. En el centro estaba cálido. Se tendieron, sintiendo esa calidez. Lex se acurrucó al lado de Grant y cerró los ojos. Tim puso el brazo alrededor de su hermana. Grant oyó a los saurópodos barritar con suavidad en la distancia.

Ninguno de los niños habló. Casi de inmediato estaban ya durmiendo. Grant levantó el brazo para mirar el reloj, pero estaba demasiado oscuro para ver algo. Sintió la tibieza de los niños contra su propio cuerpo. Cerró los ojos y se durmió.

Control

Muldoon y Gennaro entraron en la sala de control en el preciso instante en que Arnold batía palmas y decía:

—Te agarré, pedazo de hijo de puta.

—¿De qué se trata? —preguntó Gennaro.

Arnold señaló la pantalla:

```
Vgl = GetHandl [dat.dt] tempCall [itm.temp]
Vg2 = GetHandl {dat.itl} tempCall [itm.temp]
if Link(Vgl, Vg2) set Lim(Vgl, Vg2) return
if Link(Vg2, Vgl) set Lim(Vg2, Vgl) return -» on whte_rbt.obj link set
security (Vgl), perimeter (Vg2)
limitDat.l = maxBits (%22) to [limit.04] set on
limitDat.2 = setzero, setfive, O [limit.2-var(dzh)} -» on fini.obj cali
link.sst {security, perimeter] set to on -» on fini.obj set link.sst
{security, perimeter] restore -» on fini.obj delete line rf whte_rbt.obj,
fini.obj
Vgl = GetHandl [dat.dt] tempCall [itm.temp]
Vg2 = GetHandl [dat.itl] tempCall [itm.temp]
limitDat.4 = maxBits (%33) to [limit.04] set on
limitDat.5 = setzero, setfive, O [limit.2-var(szh)]
```

—Eso es —dijo Arnold, complacido.

—¿Es qué? —preguntó Gennaro, mirando la pantalla.

—Que por fin encontré la instrucción para restaurar el código original: la instrucción llamada ***«fini.obj»*** pone en posición inicial los parámetros enlazados, a saber, la cerca y la corriente.

—Bien —aprobó Muldoon.

—Pero hace algo más —siguió Arnold—: después borra las líneas del código

que se refieren a ella. Destruye todas las pruebas del código que se refieren a ella. Destruye todas las pruebas de que alguna vez estuvo ahí. Bastante sagaz.

Gennaro meneó la cabeza.

—No sé mucho sobre ordenadores. —Aunque sabía lo suficiente para saber lo que significaba que una compañía de alta tecnología regresara al código fuente: significaba problemas muy, muy grandes.

—Bien, observen esto —dijo Arnold, e introdujo la instrucción con el teclado.

FINI.OBJ

La pantalla titiló y cambió de inmediato.

Vgl = GetHandl {dat.dt] tempCall [itm.temp] Vg2 = GetHandl {dat.itl] tempCall {itm.temp] if Link(Vgl, Vg2) set Lim(Vgl, Vg2) return if Link(Vg2, Vgl) set Lim(Vg2, Vgl) return
LimitDat.l = maxBits (%22) to [limit.04] set on limitDat.2 = setzero, setfive, O [limit.2- var(dzh)} Vgl = GetHandl [dat.dt] tempCall [itm.temp] Vg2 = GetHandl [dat.itl] tempCall {itm.temp] limitDat.4 = maxBits (%33) to [limit.04] set on limitDat.5 = setzero, setfive, O [limit.2-var(szh)}

Muldoon señaló las ventanas:

—¡Miren!

Afuera, las grandes lámparas de cuarzo se estaban encendiendo por todo el parque. Fueron hasta las ventanas y miraron al exterior.

—¡Por los mil demonios! —masculló Arnold.

—¿Esto quiere decir que las cercas electrificadas están funcionando otra vez? —preguntó Gennaro.

—Ya lo creo que sí. Serán necesarios unos pocos segundos para recuperar toda la potencia eléctrica, porque ahí fuera tenemos ochenta kilómetros de cerca, y el generador tiene que cargar los condensadores que se encuentran distribuidos a lo largo de la extensión. Pero dentro de medio minuto volveremos a estar a toda máquina. —Arnold señaló el mapa vertical de vidrio transparente que representaba el parque.

Sobre el mapa, líneas de un rojo brillante serpenteaban saliendo de la estación generadora de corriente, y se desplazaban por el parque, a medida que

la electricidad irrumpía en las cercas.

—¿Y los sensores de movimiento? —dijo Gennaro.

—Sí, también. Pasarán unos minutos, mientras el ordenador hace el recuento. Todo está funcionando —dijo Arnold—. Las nueve y media, y tenemos este maldito lugar en pie y funcionando.

Grant abrió los ojos. Una luz brillante inundaba él edificio, llegando a través de los barrotes del portón. Luz de cuarzo: ¡otra vez había corriente!

Semidormido, miró el reloj: apenas eran las nueve y media. No había dormido más que unos minutos. Decidió que podía descansar un poco más y, después, volvería a salir al campo y se colocaría frente a los sensores de movimiento, agitando los brazos, lo que haría que esos aparatos se activaran. La sala de control le localizaría; enviarían un vehículo para recogerle a él y a los niños; le diría a Arnold que hiciera volver el barco de suministros, y todos terminarían la noche durmiendo en sus propias camas, de vuelta en el pabellón.

Dentro de unos minutos. Bostezó, y volvió a cerrar los ojos.

—No está mal —dijo Arnold en la sala de control, mirando el refulgente mapa —: Sólo hay tres interrupciones de corriente en todo el parque. Mucho mejor de lo que había esperado.

—¿Interrupciones de corriente? —se extrañó Gennaro.

—La cerca interrumpe, en forma automática, las secciones que están en cortocircuito —explicó—. Puede ver uno grande aquí, en el sector doce, cerca del camino principal.

—Ahí es donde el tiranosaurio derribó la cerca —dijo Gennaro.

—Exacto. Y hay otro aquí, en el sector once. Cerca del edificio de mantenimiento de los saurópodos.

—¿Por qué habría de estar sin corriente esa sección? —preguntó Gennaro.

—Sólo Dios lo sabe. Probablemente sean daños debidos a la tormenta o a un árbol caído. Dentro de un instante podremos comprobarlo en el monitor. El tercer cortocircuito está por ahí, al lado del río de la jungla. Tampoco sé por qué tendría que faltar corriente allí.

Mientras Gennaro miraba, el mapa se hizo más complejo, llenándose de puntos y números verdes.

—¿Qué es todo esto?

—Los animales: los sensores de movimiento están funcionando otra vez y el ordenador está tratando de identificar la ubicación de todos los animales del parque. Y de cualquier otro ser también.

Gennaro contempló el mapa:

—Usted quiere decir Grant y los chicos…

—Sí. Hemos puesto nuestra cifra de búsqueda en una cantidad superior a cuatrocientos. Así que, si están ahí afuera dando vueltas, los sensores de movimiento los localizarán como animales adicionales. —Contempló el mapa —: Pero todavía no veo animal adicional alguno.

—¿Por qué se tarda tanto? —dijo Gennaro.

—Tiene que comprender, señor Gennaro, que ahí afuera hay muchísimo movimiento: ramas agitadas por el viento, pájaros que vuelan, toda esa clase de cosas. El ordenador tiene que anular todo el movimiento de fondo. Y eso puede prolongarse… Ah, muy bien: el recuento acabó.

—¿No ve a los niños?

Arnold volvió a mirar el mapa:

—No —dijo—. Hasta el momento, en el mapa no aparecen elementos adicionales. Todo lo que hay allá fuera se reconoce como dinosaurio. Es probable que estén subidos a un árbol, o en algún otro sitio en el que no los podamos ver. No me preocuparía aún: varios animales no aparecieron, como el rex grande. Eso se debe a que está dormido en alguna parte y no se mueve. La gente puede estar durmiendo también. Sencillamente, no lo sabemos.

Muldoon meneó la cabeza:

—Es mejor que nos demos prisa. Necesitamos reparar las cercas y hacer que los animales vuelvan a sus reservas. Según ese ordenador, tenemos que llevar cinco a los correspondientes lugares. Me llevaré las cuadrillas de mantenimiento.

Arnold se volvió hacia Gennaro:

—Quizá quiera usted ver lo que hace del doctor Malcolm: dígale al doctor Harding que Muldoon le necesitará dentro de una hora, más o menos, para supervisar el arreo. Y yo informaré al señor Hammond de que estamos iniciando la limpieza final.

Gennaro pasó por los portones de hierro y entró por la puerta delantera del Pabellón Safari. Vio a Ellie Sattler que pasaba por el vestíbulo, llevando toallas

y una olla con agua hirviendo.

—Hay una cocina al otro lado —explicó—; la estamos utilizando para hervir agua para los vendajes.

—¿Cómo está? —preguntó Gennaro.

—Sorprendentemente bien —repuso Ellie.

Gennaro siguió a Ellie hasta la habitación de Malcolm, y se sobresaltó al oír carcajadas. El matemático yacía en su cama de espaldas, mientras Harding ajustaba una línea para transfusión intravenosa.

—Así que el otro hombre dice: «Te lo diré con franqueza: no me gustó, Bill. ¡Volví al papel higiénico!».

Harding se estaba riendo.

—No es malo, ¿verdad? —dijo Malcolm, sonriendo—. Ah, señor Gennaro. Ha venido a verme. Ahora ya sabe lo que pasa cuando se mete la pata en una situación dada.

Gennaro entró, vacilante.

—Se le ha suministrado una dosis bastante alta de morfina —informó Harding.

—No lo suficientemente alta, se lo puedo asegurar —afirmó Malcolm—. ¡Cristo, qué hombre tan tacaño con sus drogas! ¿Ya han encontrado a los otros?

—No, todavía no. Pero me agrada ver que lo está pasando tan bien.

—¿De qué otra forma lo podría estar pasando —dijo Malcolm—, con una fractura abierta en la pierna, que es probable que esté putrefacta y que empiece a despedir un olor, diríamos, acre? Pero, como siempre digo, si no se puede conservar el sentido del humor…

Gennaro sonrió:

—¿Recuerda lo que ocurrió?

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Cree que a uno podría morderle un ***Tyrannosaurus rex*** y que eso se le escape de la memoria? No por cierto, se lo aseguro, lo recordaría durante el resto de su vida. En mi caso, quizá no sea un tiempo terriblemente largo pero, así y todo, sí, lo recuerdo.

Malcolm describió cómo salió corriendo del Crucero de Tierra, bajo la lluvia, y cómo le persiguió el tiranosaurio:

—Fue mi propio maldito error: el animal estaba demasiado cerca, pero yo estaba presa del pánico. Sea como fuere, me levantó en sus mandíbulas.

—¿Cómo?

—Por el tórax —dijo Malcolm, y se levantó la camisa: un amplio

semicírculo de perforaciones magulladas se extendía desde el hombro hasta el ombligo—. Me levantó con las mandíbulas, me sacudió con tremenda violencia y me despidió hacia el suelo. Y yo estaba bien; aterrorizado, claro, pero, así y todo, bien. Hasta el momento en que el tiranosaurio me lanzó. Me rompí la pierna en la caída. Pero la mordedura no fue mala… —suspiró— considerando las circunstancias.

—La mayoría de los carnívoros grandes no tienen mandíbulas fuertes —intervino Harding—, la verdadera fuerza está en la musculatura del cuello. Las mandíbulas se limitan a apresar, en tanto que utilizan el cuello para retorcer y desgarrar. Pero, a una presa pequeña como el doctor Malcolm, el animal simplemente la sacudió y después la lanzó.

—Temo que tenga razón —aceptó Malcolm—. Dudo que hubiese sobrevivido, de no ser por el hecho de que ese grandullón realmente no estaba muy interesado. A decir verdad, la impresión que tuve es que era un atacante bastante torpe de cualquier cosa más pequeña que un automóvil o un pequeño edificio de apartamentos.

—¿Cree usted que atacó sin mayor interés por hacerlo?

—Me duele decirlo pero, con honestidad, creo que no merecí toda su atención. Él sí mereció la mía, claro está. Pero, naturalmente, él pesa ocho toneladas. Yo no.

Gennaro se volvió hacia Harding y le dijo:

—Van a reparar las cercas. Arnold dice que Muldoon necesitará su ayuda para arrear a los animales.

—Muy bien.

—Mientras me dejen a la doctora Sattler y un amplio suministro de morfina —dijo Malcolm—. Y mientras se produzca un Efecto Malcolm aquí.

—¿Qué es un Efecto Malcolm? —preguntó Gennaro.

—La modestia me impide brindarle los detalles de un fenómeno que se llama así en mi honor. —Volvió a suspirar y cerró los ojos. Se quedó dormido en un santiamén.

Ellie salió al pasillo con Gennaro:

—No se deje engañar —manifestó—: esto representa para él un gran sobreesfuerzo. ¿Cuándo van a traer un helicóptero?

—¿Un helicóptero?

—Necesita que le operen esa pierna. Asegúrese de que pidan un helicóptero, y saque a Malcolm de esta isla.

El parque

El generador portátil tartamudeó y se puso en acción con un rugido. En el extremo de sus brazos telescópicos, los reflectores de cuarzo emitieron un enfermizo fulgor verde. Muldoon oyó el suave gorgoteo del río de la jungla, unos pocos metros hacia el norte. Se volvió al camión de mantenimiento y vio que uno de los trabajadores salía con una gran motosierra:

—No, no —dijo—. Sólo las sogas, Carlos. No hace falta cortarlo.

Se volvió para mirar la cerca. Al principio tuvieron dificultades para encontrar la sección que estaba en cortocircuito, porque no había mucho que ver: un pequeño protocarpus estaba apoyado contra la cerca. Era uno de los varios árboles de la misma especie que se habían plantado en esta región del parque, con el propósito de que sus plumosas ramas ocultaran la visión de la cerca.

Pero ese árbol en particular estaba asegurado con riostras de alambre, para mantenerlo erguido, y con tensores. Los alambres se habían roto durante la tormenta y los tensores metálicos habían salido volando hacia la cerca y la habían cortocircuitado. Naturalmente, nada de eso debió de ocurrir; se suponía que las cuadrillas encargadas del afianzamiento usarían alambres con aislamiento plástico y tensores de cerámica en la proximidad de las cercas. Pero había sucedido de todos modos.

Sea como fuere, no iba a ser un gran trabajo. Todo lo que tenían que hacer era levantar el árbol caído contra la cerca, quitarle los herrajes de metal y marcarlo para que los jardineros lo arreglaran por la mañana. No debían tardar más de veinte minutos. Y daba lo mismo, porque Muldoon sabía que los dilofosaurios siempre se mantenían próximos al río. Aun cuando los trabajadores estaban separados del río por la cerca, los ***dilos*** podían escupir tranquilamente a través de ella, enviando su letal veneno.

Ramón, uno de los trabajadores, se le acercó:

—Señor Muldoon, ¿ha visto las luces?

—¿Qué luces? —pregunto Muldoon.

Ramón señaló hacia el este, a través de la jungla.

—Las vi cuando veníamos. Están ahí, muy débiles. ¿Las ve? Parecen las luces de un coche, pero no se mueven.

Muldoon entornó los ojos para mirar a la distancia: probablemente no era más que una luz de mantenimiento. Después de todo, se había restablecido el paso de la corriente.

—Nos ocuparemos de eso más tarde —contestó—. En este preciso momento limitémonos a quitar ese árbol de la cerca.

Arnold estaba expansivo. El parque casi había vuelto al orden; Muldoon estaba arreglando las cercas; Hammond había salido con Harding para supervisar la transferencia de animales. Aunque estaba cansado, Arnold se sentía bien; hasta estaba de humor para atender al abogado, Gennaro:

—¿El Efecto Malcolm? —dijo—. ¿Le preocupa eso?

—Solamente siento curiosidad —repuso Gennaro.

—¿Quiere decir que desea que yo le diga por qué Ian Malcolm está equivocado?

—Por supuesto.

Arnold encendió otro cigarrillo:

—Es una cuestión técnica.

—Pruebe, a ver si lo entiendo.

—Muy bien: la teoría del caos describe sistemas no lineales. Ahora es ya una teoría muy amplia, que se utiliza para estudiar cualquier cosa, desde el mercado de valores hasta las ondas cerebrales durante la epilepsia, pasando por las multitudes que producen disturbios. Una teoría que está muy de moda. Hay gran tendencia a aplicarla en cualquier sistema complejo en el que pueda existir impredecibilidad. ¿Vamos bien?

—Vamos bien.

—Ian Malcolm es un matemático que se especializa en la teoría del caos. Es bastante divertido y buen mozo pero, básicamente, lo que Malcolm hace, además de vestir de negro, es usar ordenador para crear modelos del comportamiento de sistemas complejos. Y John Hammond adora la última moda en cosas

científicas, así que le pidió a Malcolm que hiciera el modelo para el Parque Jurásico. Cosa que Malcolm hizo. Todos los modelos de Malcolm son formas fase-espacio hechas en una pantalla de ordenador. ¿Las ha visto usted?

—No.

—Bueno, pues parecen una fantasmagórica hélice de barco retorcida: según Malcolm, el comportamiento de cualquier sistema sigue la superficie de la hélice. ¿Me sigue?

—No exactamente.

Arnold mantuvo la mano en el aire:

—Digamos que pongo una gota de agua sobre el dorso de mi mano: esa gota va a deslizarse por mi mano. Quizá lo haga hacia mi muñeca; quizá lo haga hacia el pulgar, o quizá caiga entre mis dedos. No sé con seguridad a dónde irá, pero sé que se deslizará por alguna parte de la superficie de mi mano. Tiene que hacerlo.

—Comprendo.

—La teoría del caos trata el comportamiento de todo un sistema como si fuera una gota de agua que se desplaza sobre la superficie de una hélice complicada: la gota puede describir una espiral descendente o resbalar hacia afuera, en dirección al borde. En función de las circunstancias, la gota puede hacer muchas cosas diferentes, pero siempre se moverá a lo largo de la superficie de la hélice.

»El modelo de Malcolm tiende a exhibir un reborde, o pendiente abrupta, donde la velocidad de la gota se incrementa en gran medida. Con modestia, a este movimiento acelerado lo denomina Efecto Malcolm: todo el sistema podría desplomarse de repente. Y eso fue lo que dijo del Parque Jurásico, que tenía una inestabilidad intrínseca.

—Inestabilidad intrínseca —repitió Gennaro—. ¿Y qué hicieron cuando recibieron el informe de Malcolm?

—No estuvimos de acuerdo con él y lo pasamos por alto, naturalmente.

—¿Fue una actitud sensata?

—Era evidente por sí misma: estamos tratando con sistemas vivientes, después de todo. Esto es vida, no modelos de ordenador.

Bajo las crudas luces de cuarzo, la cabeza de la hipsilofodonte colgaba de la eslinga, con la lengua pendiendo laxa y los ojos embotados.

—¡Con cuidado! ¡Con cuidado! —gritó Hammond cuando la grúa empezó a levantarla.

Harding lanzó un gruñido y volvió a aflojar la cabeza, que estaba apoyada sobre las correas de cuero: el veterinario no quería interrumpir la circulación por la carótida. La grúa chirrió cuando levantó el animal en el aire para colocarlo sobre el camión de remolque plano que estaba aguardando. La hipsi era una driosauria pequeña, de unos dos metros de largo, que pesaba alrededor de doscientos treinta kilos. Era de un verde oscuro moteado en marrón. Estaba respirando con lentitud pero parecía estar bien. Harding le había disparado unos instantes antes con el fusil tranquilizador y, en apariencia, había acertado con la dosis correcta. Siempre existía un momento de tensión cuando se tenía que dosificar el anestésico que se aplicaba a esos enormes animales: muy poco, y escapaban hacia la espesura, desplomándose en algún sitio en el que no se los podía alcanzar. Demasiado, y experimentaban un paro cardíaco terminal. Ese ejemplar había dado un solo salto, para después desplomarse de repente: tranquilizante perfectamente dosificado.

—¡Tengan cuidado! ¡Despacio! —les gritaba Hammond a los trabajadores.

—Señor Hammond —intervino Harding—. Por favor…

—Bueno, tienen que ser cuidadosos…

—Están siendo cuidadosos —observó Harding.

Trepó a la parte de atrás del remolque cuando la hipsi descendió y la puso dentro del arnés de contención. Después, le colocó el cardiógrafo de collar, que registraba las palpitaciones, tomó el gran termómetro electrónico, y lo deslizó en el recto del dinosaurio. El termómetro emitió una señal electrónica audible y breve: 35,67°C.

—¿Cómo está? —preguntó Hammond, de mal humor.

—Está bien. Su temperatura sólo ha bajado un grado y medio.

—Es demasiado. Demasiado bajo.

—No queremos que se despierte y salte del camión —replicó Harding secamente.

Antes de llegar al parque, Harding era el jefe de medicina veterinaria del Zoológico de San Diego, y el principal experto mundial en cuidado de aves. Había volado por todo el mundo, actuando como consultor de zoológicos de Europa, la India y Japón en el cuidado de aves exóticas. No demostró interés cuando ese peculiar hombrecito apareció, ofreciéndole un puesto en un parque privado de caza. Pero, cuando se enteró de lo que había hecho Hammond… le

resultó imposible desdeñar la oferta: Harding tenía inclinaciones académicas, y la perspectiva de escribir el primer ***Manual de medicina veterinaria interna: Enfermedades de los dinosaurios*** le obligó a aceptar. A finales del siglo XX, la medicina veterinaria estaba avanzada en el aspecto científico; los mejores zoológicos contaban con clínicas que diferían muy poco de los hospitales para seres humanos. Los nuevos manuales no eran más que corrección de los antiguos. Para un veterinario clínico de categoría internacional, no quedaban mundos para conquistar. Pero ser el primero que se ocupara de una clase enteramente nueva de animales; ¡eso sí que era algo fuera de lo común!

Y Harding nunca lamentó su decisión: había adquirido considerable experiencia con esos animales. Y no quería oír hablar de Hammond ahora.

La hipsi resopló y se crispó. Su respiración todavía era poco profunda; no había reflejo ocular aún. Pero ya era hora de ponerse en movimiento:

—Todos a bordo —gritó Harding—. Devolvamos a esta chica a su lugar.

—Los sistemas vivientes —explicó Arnold— no son como los mecánicos: los vivientes nunca están en equilibrio; son intrínsecamente inestables; pueden parecer estables, pero no lo son. Todo se mueve y cambia. En cierto sentido, todo está al borde del colapso.

Gennaro fruncía el entrecejo.

—Pero muchas cosas no cambian: la temperatura del cuerpo no cambia, toda clase de otros…

—La temperatura corporal cambia constantemente. ***Constantemente***. Cambia de manera cíclica en el transcurso de veinticuatro horas, siendo mínima por la mañana y máxima inmediatamente después del mediodía. Cambia con el estado de ánimo, con las enfermedades, con el ejercicio, con la temperatura exterior, con la alimentación. Fluctúa continuamente hacia arriba y hacia abajo. Diminutas oscilaciones en un gráfico porque, en un momento dado cualquiera, algunas fuerzas están empujando la temperatura hacia arriba y otras la están empujando hacia abajo. Es intrínsecamente inestable. Y cualquier otro aspecto de los sistemas vivientes también es así.

—Así que usted dice…

—Que Malcolm no es más que otro teórico —completó Arnold—. Sentado en su oficina, elaboró un hermoso modelo matemático, y nunca se le ocurrió que

lo que consideró defectos eran, en realidad, necesidades. Cuando yo trabajaba en proyectiles teledirigidos, nos las teníamos que ver con algo llamado «ángulo resonante de oblicuidad»: eso quería decir que, aun cuando un misil estuviera nada más que levemente inestable al abandonar su plataforma de lanzamiento, ya no tenía remedio. Resultaba inevitable que quedara fuera de control y no se le podía traer de vuelta. Ése es un rasgo propio de los sistemas mecánicos: un poco de bamboleo puede empeorar hasta que todo el sistema se desploma. Pero esos mismos pequeños bamboleos son esenciales para un sistema viviente: significan que el sistema está sano y que responde a los estímulos. Malcolm nunca lo entendió.

—¿Está usted seguro de que no lo entendió? Parece tener bastante clara la diferencia entre sistemas vivientes y no…

—Mire, la prueba está aquí mismo. —Señaló las pantallas—: En menos de una hora todo el parque volverá a estar en orden. Lo único que me falta hacer es despejar todos los teléfonos. Por alguna razón, todavía no funcionan. Pero todo lo demás lo hará. Y eso no es teórico. Es un hecho palpable.

La aguja penetró profundamente en el cuello y Harding inyectó la medicina en la anestesiada hembra de driosaurio, mientras ésta yacía en el suelo. De inmediato, el animal empezó a recuperarse, resoplando y pateando con sus poderosas patas traseras.

—Atrás todo el mundo —dijo Harding, alejándose a gatas—. Retrocedan.

La driosaurio se puso en pie, vacilante, y quedó erguida sin mucha estabilidad. Sacudió su cabeza de lagartija y contempló la gente que tenía enfrente, de espaldas a las luces de cuarzo, y parpadeó.

—Está babeando —notó Hammond, preocupado.

—Temporalmente —dijo Harding—. Pasará.

La driosaurio tosió y, después, avanzó con lentitud a través del campo, alejándose de las luces.

—¿Por qué no va saltando?

—Ya lo hará —aclaró Harding—. Tardará alrededor de una hora en recuperarse del todo. Está bien. —Se volvió hacia el vehículo—: Muy bien, muchachos, vamos a encargarnos del estego.

Muldoon observaba mientras la última de las estacas se clavaba en el suelo. Se tensaron las líneas y se levantó al protocarpus, separándolo por completo de la cerca plateada, sobre la que pudo ver las bandas ennegrecidas, chamuscadas, del sitio en el que se había producido el cortocircuito. En la base de la cerca, varios aisladores de cerámica habían estallado: Habría que remplazarlos. Pero, antes de que eso se pudiera hacer, Arnold tendría que cortar el fluido en todas las cercas.

—Control. Aquí Muldoon. Estamos listos para empezar la reparación.

—Muy bien —repuso Arnold—. Cerrando la sección de ustedes, ahora.

Muldoon le echó un vistazo a su reloj de pulsera. En algún lugar, en la distancia, oyó un suave ulular. Parecía producido por búhos, pero sabía que eran los dilofosaurios. Se acercó a Ramón y le dijo:

—Terminemos con esto. Quiero llegar a esas otras secciones de la cerca.

Transcurrió una hora. Donald Gennaro contemplaba el refulgente mapa de la sala de control, mientras los puntos y números parpadeaban y cambiaban:

—¿Qué está pasando ahora?

Arnold trabajaba en la consola:

—Estoy tratando de conseguir que los teléfonos funcionen otra vez. Así podremos llamar por lo de Malcolm.

—No, me refiero a allí afuera.

Arnold echó una rápida mirada al tablero:

—Parece que casi han terminado ya con los animales, y con las dos secciones. Tal como le dije, el parque vuelve a estar en nuestras manos. Sin ningún catastrófico Efecto Malcolm. De hecho, sólo queda esa tercera sección de cerca…

—Arnold —era la voz de Muldoon.

—¿Sí?

—¿Ha visto esta maldita cerca?

—Un minuto.

En uno de los monitores, Gennaro vio una imagen, tomada en ángulo elevado, que abarcaba un campo de hierba corta, agitada por el viento. A lo lejos había un techo bajo de hormigón:

—Ese es el edificio de mantenimiento de saurópodos —explicó Arnold—. Es una de las estructuras auxiliares que empleamos para guardar equipo, almacenar alimento y demás. Están por todo el parque, en cada una de las

reservas.

En el monitor apareció una toma panorámica:

—Ahora estamos moviendo la cámara para echarle un vistazo a la cerca…

Gennaro vio un cerco de malla metálica, brillante bajo la luz. Una de las secciones había sido pisoteada, derribada y aplastada. El jeep de Muldoon y la cuadrilla de trabajo estaban allí.

—¡Oh! —exclamó Arnold—. Parece que el rex se metió en el sector de los saurópodos.

Muldoon añadió:

—Estupenda cena para esta noche.

—Tendremos que hacerle salir de ahí —dijo Arnold.

—¿Con qué? —preguntó Muldoon—. No tenemos nada adecuado. Arreglaré la cerca, pero no entraré hasta que sea de día.

—A Hammond no le va a gustar.

—Lo discutiremos cuando yo regrese —dijo Muldoon.

—¿A cuántos saurópodos matará el rex? —inquirió Hammond, recorriendo la sala de control.

—Es probable que nada más que a uno —contestó Harding—: los saurópodos son grandes; el rex se puede alimentar con una sola presa durante varios días.

—Tenemos que salir y atraparlo esta noche —decidió Hammond.

—No entraré ahí hasta que sea de día —se negó Muldoon.

Hammond subía y bajaba sobre las puntas de los pies, como lo hacía cuando estaba furioso:

—¿Se olvida de que trabaja para mí?

—No, señor Hammond, no lo olvido. Pero lo que hay ahí fuera es un tiranosaurio adulto completamente desarrollado. ¿Cómo planea apresarlo?

—Tenemos fusiles tranquilizantes.

—Sí, fusiles tranquilizantes que disparan un dardo de veinte centímetros cúbicos, excelentes para un animal que pese ciento ochenta o doscientos treinta kilos. Ese tiranosaurio pesa ocho toneladas. Ni siquiera lo sentiría.

—Usted encargó un arma más grande…

—Encargué tres armas más grandes, señor Hammond, pero usted anuló el pedido, de modo que sólo conseguimos una. Y no está: Nedry se la llevó al

marcharse.

—Eso fue bastante estúpido. ¿Quién permitió que pasara eso?

—Nedry no es mi problema, señor Hammond.

—¿Está usted diciendo —dijo Hammond— que, a partir de este momento, no hay manera de detener a ese tiranosaurio?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—¡Eso es ridículo! —vociferó Hammond.

—Es su parque, señor Hammond: usted no quiso que nadie pudiera herir a sus preciosos dinosaurios. Bueno, ahora tiene un rex que está con los saurópodos, y no hay una maldita cosa que yo pueda hacer al respecto. —Abandonó la sala.

—Un momentito —masculló Hammond, apresurándose a seguirle.

Gennaro contemplaba las pantallas y escuchaba la discusión a gritos que se libraba en el pasillo de fuera. Le dijo a Arnold:

—Conjeturo que todavía no tiene el control del parque, después de todo.

—No se engañe —repuso Arnold, encendiendo otro cigarrillo—, tenemos el parque. Amanecerá dentro de un par de horas. Puede que perdamos algunos dinos antes de que consigamos sacar de ahí al rex, pero, créame, el parque es nuestro.

Amanecer

Un fuerte sonido de algo que se muele, seguido por un repiqueteo metálico, despertó a Grant. Abrió los ojos y vio pasar frente a él un fardo de heno sobre una cinta transportadora que avanzaba hacia el techo. Dos fardos más sucedieron al primero. Después, el repiqueteo metálico cesó de modo tan brusco como había comenzado, y el edificio de hormigón volvió a quedar en silencio.

Grant bostezó. Se estiró, todavía adormecido, dio un respingo de dolor y se incorporó.

Una suave luz amarilla llegaba a través de las ventanas laterales. Era de mañana: ¡había dormido toda la noche! Rápidamente miró el reloj: las cinco de la mañana. Todavía quedaban casi siete horas para que se pudiera hacer volver el barco.

Grant rodó sobre la espalda, quejándose. La cabeza le latía y el cuerpo le dolía como si le hubiesen apaleado. Desde el otro lado del rincón oyó un chirrido, como el de una rueda oxidada. Y, después, la risita juguetona de Lex.

Se puso de pie con lentitud y recorrió el edificio con la mirada: ahora que era de día, pudo ver que era una especie de edificio de mantenimiento, con pilas de heno y suministros. En la pared vio una caja metálica color gris, sobre la cual había una referencia en estarcido: EDIF. MANTENIMIENTO SAURÓPODOS (04).

Tenía que ser la reserva de los saurópodos, tal como lo había pensado. Abrió la caja y vio un teléfono pero, cuando levantó el receptor, sólo oyó el sonido siseante de la estática: aparentemente, los teléfonos todavía no funcionaban.

—Mastica tu comida —estaba diciendo Lex—. No seas cerdo, Ralph.

Grant dio la vuelta al rincón y encontró a Lex junto a los barrotes, ofreciendo puñados de heno a un animal que estaba afuera; tenía el aspecto de un cerdo grande rosado y emitía los sonidos chirriantes que acababa de oír. En realidad, se

trataba de un triceratops bebé, de tamaño aproximado al de un pony. El pequeño no tenía cuernos en la cabeza todavía, sino sólo una curva arruga ósea detrás de unos grandes ojos de mirada suave. Metía el hocico a través de los barrotes, hacia Lex, observando a la niña mientras ésta le daba más heno para comer.

—Así es mejor —dijo Lex—. Hay un montón de heno, no te preocupes. —Palmeó al bebé en la cabeza—: Te gusta el heno, ¿no, Ralph?

En ese momento se volvió y vio a Grant.

—Éste es Ralph —anunció—. Es mi amigo. Le gusta el heno.

Grant avanzó un paso y se detuvo, encogido por el dolor.

—Parece que está bastante mal. Tim también. Su nariz está hinchada.

—¿Dónde está Tim?

—Haciendo pis. ¿Quiere ayudarme a darle de comer a Ralph?

La cría de triceratops miró a Grant. De ambas comisuras de la boca le sobresalía heno, que caía al suelo cuando masticaba.

—Es un comilón muy chapucero —comentó Lex—. Y tiene mucha hambre.

El bebé terminó de masticar y se relamió los labios. Abrió la boca, esperando que le dieran más: Grant pudo ver los delgados dientes afilados y el maxilar superior en forma de pico, como el de un loro.

—Muy bien, espera un minutito —dijo Lex, levantando más heno del suelo con una pala—. Sinceramente, Ralph, una pensaría que tu madre nunca te dio de comer.

—¿Por qué le llamas Ralph?

—Porque se parece a Ralph. Es uno de la escuela.

Grant se acercó y tocó la piel del cuello con delicadeza.

—Está bien, puedes acariciar —concedió Lex—. Le gusta que le acaricien, ¿no, Ralph?

Al tacto, la piel era seca y cálida, con la textura rugosa de una pelota de rugby. Ralph lanzó un leve chillido cuando Grant lo acarició. Del lado exterior de los barrotes, su gruesa cola se balanceaba hacia atrás y hacia delante con placer.

—Es bastante manso. —Ralph dirigió su mirada de Lex a Grant mientras comía, y no dio muestras de miedo. Eso le hizo recordar a Grant que los dinosaurios no exhibían las reacciones usuales debidas a la presencia de seres humanos.

—A lo mejor lo puedo montar —arriesgó Lex.

—Mejor que no.

—Estoy segura de que él me dejaría —insistió—. Sería divertido montar un dinosaurio.

Grant miró a través de los barrotes, más allá del animal, a los campos abiertos del complejo de saurópodos. A cada instante la claridad se hacía mayor. Grant pensó que debía salir y excitar uno de los sensores de movimiento del campo que estaba más arriba: después de todo, la gente de la sala de control podía tardar una hora en llegar hasta él. Y a Grant no le agradaba la idea de que los teléfonos siguieran sin funcionar…

Oyó un profundo bufido, como el de un caballo muy grande y, de repente, el pequeño triceratops se agitó. Trató de echar atrás la cabeza, que estaba entre los barrotes, pero quedó atascado en el borde de su arruga precursora de los cuernos y lanzó un chillido de miedo.

El bufido se repitió. Más cerca esta vez.

Ralph trató de retroceder con las patas traseras, desesperado por zafarse de los barrotes. Movía la cabeza hacia atrás y hacia delante, frotándose contra los barrotes.

—Ralph, tranquilo —trató de calmarlo Lex.

—Empújalo hacia fuera —dijo Grant. Extendió la mano hacia la cabeza de Ralph y se apoyó contra ella, empujando al animal de costado y hacia atrás. La arruga se aplastó contra la cabeza, permitiendo que el bebé cayera fuera de los barrotes, perdiendo el equilibrio y desplomándose de costado. Después, el animalito quedó envuelto en las sombras, y una enorme pata trasera hizo su aparición: más gruesa que el tronco de un árbol, tenía cinco uñas curvadas hacia abajo, como las de un elefante.

Ralph alzó la vista y lanzó un chillido. Desde lo alto bajó la cabeza: de un metro ochenta de largo, con tres cuernos blancos, uno encima de cada uno de los grandes ojos pardos y otro, más pequeño, en la punta de la nariz. Era un triceratops totalmente desarrollado. El enorme animal miró con curiosidad a Lex y Grant, parpadeando con lentitud y, después, dirigió su atención hacia Ralph: emergió una lengua que lamió al bebé. Ralph lanzó un chillido y se frotó contra la enorme pata, henchido de felicidad.

—¿Ésa es la mamá? —preguntó Lex.

—Así parece —dijo Grant.

—¿Tenemos que darle de comer a la mamá también?

Pero la enorme triceratops ya estaba empujando suavemente a Ralph con el hocico, alejándolo de los barrotes.

—Supongo que no.

La cría de triceratops se apartó de los barrotes y se alejó. De vez en cuando, su inmensa madre lo empujaba con suavidad, encaminándolo, mientras los dos se dirigían hacia campo abierto.

—Adiós, Ralph —lo despidió Lex, agitando la mano.

Tim salió de las sombras del edificio.

—Os diré lo que vamos a hacer —anunció Grant—: voy a lo alto de la colina para excitar los sensores de movimiento, de modo que sepan dónde tienen que venir a buscarnos. Vosotros dos os quedáis aquí y me esperáis.

—No —dijo Lex.

—¿Por qué? Quedaos. Aquí estáis a salvo.

—Usted no va a dejarnos —insistió Lex—. ¿No es así, Timmy?

—Así es —asintió Tim.

—Muy bien —dijo Grant.

Se escurrieron entre los barrotes y salieron al exterior.

Era justo antes del amanecer.

El aire era cálido y húmedo; el cielo, de un rosado suave y púrpura. Una bruma baja se extendía muy cerca del suelo. A cierta distancia, vieron a la madre triceratops y a su cría alejándose en dirección a una manada de grandes hadrosaurios de pico de pato, que comían el follaje de unos árboles situados a la orilla de la laguna.

Algunos de los hadrosaurios estaban metidos en el agua hasta las rodillas. Bebían, bajando sus planas cabezas y se reunían con su propio reflejo en el agua inmóvil. Después, volvían a alzar la vista, con las cabezas girándoles sobre el cuello: en la orilla del agua, una de las crías se aventuró a salir, lanzó un chillido y después regresó a tropezones, presurosa, mientras los adultos observaban con indulgencia.

Más hacia el sur, otros hadrosaurios comían la vegetación más baja. A veces se erguían sobre las patas traseras, apoyando las delanteras en los troncos de los árboles, para alcanzar las hojas de las ramas más altas. Y, muy a lo lejos, un gigantesco apatosaurio se alzaba sobre los árboles, con la diminuta cabeza girándole en el extremo de su cuello largo. La escena era tan pacífica que a Grant le resultaba difícil imaginar que pudiera haber algún peligro.

—¡Aau! —gritó Lex, bajando la cabeza con rapidez: dos gigantescas

libélulas, de un metro ochenta, pasaron zumbando junto al trío de humanos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lex.

—Libélulas —dijo Grant—; el jurásico fue una época de insectos enormes.

—¿Muerden?

—No lo creo.

Tim alzó la mano: una de las libélulas descendió sobre ella. El niño pudo sentir el peso del insecto inmenso.

—Te va a morder —previno Lex.

Pero la libélula se limitó a batir con suavidad sus alas transparentes surcadas por venas rojas y, de repente, cuando Tim movió el brazo, volvió a irse volando.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Lex.

—Allí.

Empezaron a caminar a través del campo. Llegaron a una caja negra montada sobre un pesado trípode metálico, el primero de los sensores de movimiento. Grant se detuvo y agitó la mano frente al aparato, pero nada ocurrió.

Si los teléfonos no funcionaban, quizá tampoco lo hacían los sensores.

—Probaremos con otro —dijo Grant, señalando hacia el otro lado del campo.

En algún sitio, a lo lejos, oyeron el rugido de un animal grande.

—¡Oh, demonios! —exclamó Arnold—. Sencillamente no lo puedo encontrar. —Sorbió café y contempló la pantalla con ojos exhaustos. Había sacado fuera de línea todos los monitores. En la sala de control, buscaba el código del ordenador. Se sentía agotado: había estado trabajando doce horas sin parar. Se volvió hacia Wu, que llegaba del laboratorio.

—¿Qué ha encontrado?

—Los teléfonos siguen sin funcionar. No puedo volverlos a la normalidad. Creo que Nedry hizo algo con los teléfonos.

Wu levantó uno de los teléfonos y oyó un siseo:

—El sonido es como el de un módem.

—Pero no lo es. Porque bajé a la planta baja y apagué todos los módems. Lo que se oye no es más que ruido blanco, que suena como un modem transmitiendo.

—¿Así que las líneas telefónicas están interferidas?

—Básicamente, sí. Nedry las interfirió muy bien. Introdujo un bloqueo dentro del código de programas, y ahora no lo puedo encontrar, porque dio una

especie de vuelta al origen, que borró parte de las listas de programas. Pero, en apariencia, la orden para perturbar los teléfonos aún sigue en la memoria del ordenador.

Wu se encogió de hombros:

—¿Y con eso qué? Tan sólo tiene que retrotraer el sistema: apáguelo y borrará la memoria.

—Nunca he hecho algo así antes. Y me resisto a hacerlo: a lo mejor, todos los sistemas vuelven a la normalidad cuando haga arrancar de nuevo… pero a lo mejor, no. No soy un experto en computación, y usted tampoco. Realmente, no. Y sin una línea telefónica abierta no podemos hablar con alguien que lo sea.

—Si la orden está en la RAM, no aparecerá en el código. Se puede hacer un vaciado de la RAM en una unidad de grabación y hacer la búsqueda ahí, pero usted no sabe lo que está buscando. Creo que todo lo que puede hacer es retrotraer el sistema a la posición de origen.

Gennaro irrumpió en la sala:

—Todavía no tenemos ningún teléfono.

—Estamos trabajando en eso.

—Ha estado trabajando en eso desde la medianoche. Y Malcolm está peor. Necesita atención médica.

—Eso significa que tendré que apagar el sistema —dijo Arnold—. No puedo estar seguro de que todo se vuelva a poner en funcionamiento.

Gennaro insistió:

—Mire: hay un hombre enfermo en ese pabellón. Necesita un médico o morirá. Y no se puede llamar a un médico a menos que tengamos teléfono. Es probable que ya hayan muerto cuatro personas. Ahora, ¡apague y haga que los teléfonos funcionen!

Arnold vaciló.

—¿Bien? —dijo Gennaro.

—Bueno, es que… los sistemas de seguridad no permiten que se apague el ordenador y…

—¡Entonces apague esos malditos sistemas de seguridad! ¿No le puede entrar en la cabeza que Malcolm va a morir si no recibe ayuda?

—Muy bien —aceptó Arnold.

Se levantó y fue al panel principal. Abrió las puertas y descubrió los cerrojos que cubrían los interruptores de seguridad. Con movimiento corto y seco los quitó, uno después de otro.

—Ustedes lo han pedido —dijo—, y aquí lo tienen.

Movió el interruptor maestro.

La sala de control quedó a oscuras. Todos los monitores se apagaron.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —preguntó Gennaro.

—Treinta segundos —repuso Arnold.

—¡Puff! —exclamó Lex, cuando cruzaban el campo.

—¿Qué? —preguntó Grant.

—¡Ese olor! Parece de basura podrida.

Grant vaciló. Clavó la mirada en el otro extremo del campo, en dirección a los árboles distantes, en busca de alguna señal de movimiento; no vio nada; apenas sí había brisa para agitar las ramas. Reinaba paz y quietud en la mañana temprana.

—Creo que es tu imaginación —dijo.

—No…

Entonces, Grant oyó el graznido: provenía de la manada de hadrosaurios de pico de pato que tenían a la espalda. Primero un animal, después otro y otro, hasta que toda la manada hizo suyo el graznido de llamada. Los picos de pato estaban agitados, dando vueltas y girando sobre sí mismos, apresurándose a salir del agua, formando círculo alrededor de las crías para protegerlas…

«También ellos lo huelen», pensó.

Con un rugido, el tiranosaurio surgió con violencia de entre los árboles que estaban a unos cuarenta y cinco metros, cerca de la laguna. Acometió a través del campo abierto, cruzándolo a trancos. Hizo caso omiso del grupo de seres humanos, dirigiéndose resueltamente hacia la manada de hadrosaurios.

—¡Se lo dije! —aulló Lex—. ¡Nadie me escucha jamás!

A la distancia, los hadrosaurios estaban graznando y empezaban a correr. Grant podía sentir la tierra estremeciéndose bajo sus pies.

—¡Vamos, chicos!

Alzó a Lex en brazos, y corrió con Tim a través de la hierba. Tuvo fugaces visiones del tiranosaurio en las proximidades de la laguna, arremetiendo contra los hadrosaurios, que hacían oscilar sus grandes colas como defensa, y graznaban fuerte y continuamente. Oyó el ruido del aplastamiento de follaje y árboles y, cuando volvió a mirar, los hadrosaurios se lanzaban a la carga.

En la oscurecida sala de control, Arnold comprobaba su reloj de pulsera: treinta segundos; la memoria ya debía de estar limpia. Volvió a llevar el interruptor principal de corriente a la posición de encendido.

No ocurrió nada.

El estómago se le contrajo en una arcada. Llevó el interruptor a la posición de apagado y, después, de vuelta a la de encendido: todavía seguía sin pasar nada. Sintió sudor en el entrecejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gennaro.

—¡Oh, demonios! —masculló Arnold. En ese momento recordó que había que encender de nuevo los interruptores de seguridad antes de restaurar el paso de la corriente. Con cortos movimientos nerviosos puso los tres interruptores en encendido, y los volvió a cubrir con los cerrojos. Después, contuvo el aliento y accionó el interruptor principal.

Las luces de la sala se encendieron.

El ordenador lanzó la señal electrónica corta y penetrante de activación.

Las pantallas zumbaron.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Arnold. Se apresuró a ir hacia el monitor principal. En la pantalla aparecían hileras de rótulos:

PARQUE JURÁSICO - PUESTA EN MARCHA DEL SISTEMA

		PUESTA EN MARCHA AB(0)			PUESTA EN MARCHA CN/D	
Principal Seguridad	Principal Monitores	Principal Instrucciones	Principal Eléctrico	Principal Hidráulico	Principal Maestro	Principal Zoolog.
Poner Rejillas NL	Vista VBB	Acceso TNL	Calefacción/ Refrigeración	Interfaz Plegar Puerta	Alr SAAG	Almacena-miento/ Reparaciones
Cerraduras Críticas	TeleComs. VBB	Restaurar/ Invertir	Ilum. Emergencia	Principal IIGAS/VLD	Interfaz Común	Principal Estado
Franquia Control	DRS TeleCom	Principal Plantillas	Paráms. FNCC	Pel. Explosión Incendio	Principal Esquemáticos	Seguridad/ Salud

Gennaro tomó el teléfono, pero estaba muerto. No había siseo de estática esta vez: simplemente no había nada.

—¿Qué es esto?

—Deme un segundo —contestó Arnold—. Después de una inicialización, todos los módulos del sistema tienen que ser activados en forma manual. —Con

prontitud, volvió al trabajo.

—¿Por qué en forma manual? —quiso saber Gennaro.

—¿Me va a dejar trabajar, por el amor de Dios?

Wu explicó:

—Nunca se pensó que hubiera que paralizar el sistema. Por eso, si se desactiva, eso supone que existe un problema en alguna parte, y exige que el operador lo ponga todo en marcha en forma manual: caso contrario, si hubiera un cortocircuito en alguna parte, el sistema se pondría en marcha, entraría en cortocircuito y se pararía, volvería a arrancar, entraría nuevamente en cortocircuito, parándose, y así continuamente, en un ciclo interminable.

—Muy bien —dijo Arnold—. Estamos funcionando.

Gennaro levantó el teléfono y empezó a marcar cifras de llamada, cuando se detuvo en forma súbita.

—Jesús, miren eso —dijo, estaba señalando uno de los monitores de televisión.

Pero Arnold no lo escuchaba: tenía la vista fija en el mapa, donde un abigarrado enjambre de puntos que había junto a la laguna se había empezado a desplazar en forma coordinada. Se desplazaba rápido, describiendo una especie de remolino.

—¿Qué está pasando? —dijo Gennaro.

—Los picos de pato —dijo Arnold, con voz apagada—, están en estampida.

Los hadrosaurios pico de pato iban a la carga con sorprendente velocidad, sus enormes cuerpos formaban un enjambre apretado, graznando y rugiendo, las crías chillaban, tratando de evitar meterse en el camino de los adultos. La manada levantaba una gran nube de polvo amarillo. Grant no podía ver al tiranosaurio.

Los hadrosaurios corrían directamente hacia donde estaba el grupo de humanos.

Llevando todavía a Lex, Grant corrió con Tim hacia un afloramiento rocoso sobre el que había un bosquecillo de grandes coníferas. Corrían con afán, sintiendo la tierra sacudirse bajo sus pies. El sonido de la manada que se acercaba era ensordecedor, como el sonido de aviones de reacción en un aeropuerto; llenaba el aire y hacía que les doliesen los oídos. Lex gritaba algo, pero Grant no podía oír lo que decía y, mientras trepaban con pies y manos sobre

las rocas, la manada les rodeó.

Grant vio las inmensas patas de los primeros hadrosaurios, que pasaban junto a él a la carga, cada animal con un peso de cinco toneladas y después, el grupo de seres humanos quedo envuelto en una nube tan densa, que Grant no pudo ver cosa alguna; tenía la impresión de que había cuerpos inmensos, extremidades gigantescas, gritos atronadores de dolor, mientras los animales giraban y formaban un círculo. Uno de los hadrosaurios golpeó contra un bloque de roca, que pasó rodando frente a Grant y los niños, para caer en el campo que se extendía más allá.

Inmersos en la densa nube de polvo, no podían ver casi nada más allá de las rocas. Se aferraron a los bloques, oyendo los alaridos y graznidos y el amenazador rugido del tiranosaurio. Lex hundió las uñas en el hombro de Grant.

Otro hadrosaurio azotó con su enorme cola las rocas, dejando una salpicadura de sangre caliente. Grant esperó hasta que los sonidos de la pelea se hubieron desplazado hacia la izquierda y, después, empujó a los niños, para que empezaran a trepar por el árbol más grande. Subieron con celeridad, buscando las ramas a tientas, mientras los animales corrían alrededor en estampida, en medio del polvo. Subieron unos seis metros y, en ese momento, Lex se aferró a Grant y se negó a seguir adelante. Tim también estaba cansado y Grant pensó que estaban suficientemente altos. A través del polvo pudieron ver el ancho lomo de los animales que pasaban allá abajo, mientras describían giros y emitían graznidos. Grant se afianzó contra la áspera corteza del tronco, tosió por el polvo, cerró los ojos, y esperó.

Arnold ajustó la cámara, mientras la manada se alejaba. El polvo se despejó lentamente: vio que los hadrosaurios se habían dispersado y que el tiranosaurio había dejado de correr, lo que únicamente podía significar que había cazado una presa. Ahora estaba cerca de la laguna. Arnold miró el monitor de televisión y dijo:

—Lo mejor es hacer que Muldoon vaya ahí afuera y vea cómo están las cosas.

—Voy por él —dijo Gennaro, y abandonó la sala.

El parque

Un tenue sonido de algo que crujía, como el crepitar del fuego en un hogar. Algo tibio y húmedo le hizo a Grant cosquillas en el tobillo. Abrió los ojos y vio una enorme cabeza amarillenta. La cabeza se ahusaba hasta convertirse en una boca plana, conformada como el pico de un pato. Los ojos, que sobresalían por encima del achatado pico, eran amables y suaves, como los de una vaca. La boca de pato se abrió y masticó tallitos pertenecientes a la rama en la que Grant estaba sentado: vio grandes dientes planos en la quijada. Los labios tibios le volvieron a tocar el tobillo al masticar el animal.

Un hadrosaurio de pico de pato. Grant estaba asombrado por verlo tan de cerca. No es que tuviera miedo: todas las especies de dinosaurios con pico de pato eran herbívoras, y éste se comportaba exactamente como una vaca. Aun cuando era enorme, su manera de ser era tan tranquila y pacífica que Grant no se sintió amenazado. Permaneció en el lugar que ocupaba en la rama, tratando de no moverse, y observó mientras el animal comía.

La razón de que Grant estuviera asombrado era que experimentaba una sensación como de propiedad de ese animal: probablemente era un maiasaurio, correspondiente al cretáceo tardío de Montana. Junto con John Horner, Grant había sido el primero en describir la especie. Los maiasaurios tenían un labio curvado hacia arriba, lo que les confería una apariencia sonriente. El nombre quería decir «buena madre lagarto»: se creía que los maiasaurios protegían sus huevos hasta que las crías nacían y se podían valer por sí mismas.

Grant oyó un gorjeo insistente, y la enorme cabeza giró hacia abajo. Grant se movió apenas lo suficiente para ver el hadrosaurio bebé retozando entre las patas del adulto. Era color amarillento oscuro con manchas negras. El adulto bajó la cabeza hasta ponerla a ras del suelo y esperó, inmóvil, mientras la cría se erguía

sobre las patas traseras, apoyando las delanteras en la quijada de la madre, y comía las ramas que sobresalían de la boca de la madre.

La hembra aguardó pacientemente hasta que el bebé hubiera terminado de comer y se volviera a poner a cuatro patas. Entonces, la cabezota volvió a subir hasta donde estaba Grant.

La hadrosaurio siguió comiendo, a nada más que unos metros del paleontólogo: éste miró las dos aberturas nasales alargadas que había en la parte de arriba del pico plano. Aparentemente, el animal no podía oler a Grant y, aun cuando el ojo izquierdo le estaba mirando directamente, por algún motivo la hadrosaurio no reaccionó ante la presencia del ser humano.

Grant recordó que el tiranosaurio no había logrado verlo, la noche pasada. Decidió hacer un experimento:

Tosió.

En forma inmediata, la hadrosaurio quedó paralizada, la enorme cabeza súbitamente inmóvil, las mandíbulas sin masticar ya. Únicamente el ojo se movió, buscando la fuente del sonido. Después, al cabo de un rato, cuando pareció no haber peligro, el animal volvió a su actividad masticatoria.

«Sorprendente», pensó Grant.

Sentada en sus brazos, Lex abrió los ojos y exclamó:

—¡Eh!, ¿qué es eso?

La hadrosauria lanzó un berrido de alarma; un fuerte graznido resonante que sobresaltó tanto a Lex, que casi la hizo caer del árbol. El hadrosaurio lanzó la cabeza hacia atrás, alejándola de la rama, y volvió a berrear.

—No la enfurezcas —aconsejó Tim, desde la rama de arriba.

El bebé gorjeó y se escurrió por entre las patas de la madre, mientras el hadrosaurio se apartaba del árbol, para después alzar la cabeza y escudriñar, de manera inquisitiva, la rama en la que Grant y Lex estaban sentados. Con sus labios doblados hacia arriba en una sonrisa, tenía un aspecto cómico.

—¿Es estúpida? —preguntó Lex.

—No —dijo Grant—. Sólo es que la has sorprendido.

—Bueno, ¿nos va a dejar bajar, o qué?

La hadrosaurio había retrocedido a unos tres metros del árbol. Volvió a graznar. Grant tuvo la impresión de que estaba tratando de asustarles. Pero el animal realmente no parecía saber qué hacer: se comportaba de manera confusa y con inquietud. Los humanos esperaron en silencio y, al cabo de un minuto, la hadrosaurio volvió a aproximarse a la rama, las mandíbulas moviéndosele de

antemano: resultaba claro que iba a volver a su actividad alimentaria.

—Olvídenlo —dijo Lex—. Yo no me quedo aquí. —Empezó a descolgarse por las ramas: ante los movimientos de la niña, la hadrosaurio lanzó un berrido indicador de la nueva condición de alarma.

Grant estaba asombrado: «Realmente no nos puede ver cuando no nos movemos —pensó—; y, un minuto después, literalmente se olvida de que estamos aquí». Eso era exactamente como el comportamiento del tiranosaurio: otro ejemplo clásico de corteza visual de anfibio. Estudios hechos con ranas habían demostrado que los anfibios sólo veían cosas que se movían, como insectos. Si algo no se movía, literalmente no lo veían. Lo mismo parecía ocurrir con los dinosaurios.

Sea como fuere, el maiasaurio ahora parecía encontrar demasiado perturbadores a estos extraños seres que se descolgaban por el árbol. Con un graznido final, arreó al bebé, dándole suaves empujoncitos con el pico, y se alejó con pesados y lentos pasos. Vaciló una vez y se volvió para mirar a los tres humanos, pero después prosiguió su camino.

Llegaron al suelo. Lex se sacudió el polvo: ambos niños estaban cubiertos por una capa de polvillo fino. Alrededor de ellos toda la hierba estaba aplastada. Había rastros de sangre, y un olor agrio.

Grant miró su reloj:

—Es mejor que nos pongamos en marcha, chicos.

—Yo no —dijo Lex—. Yo ya no ando más.

—Tenemos que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque les tenemos que contar lo del barco. Puesto que no parece que puedan vernos en los sensores de movimiento, tenemos que hacer todo el camino de regreso por nosotros mismos. Es la única manera.

—¿Por qué no podemos usar la balsa inflable? —dijo Tim.

—¿Qué balsa?

Tim señaló hacia el bajo edificio de hormigón con los barrotes, que se usaba para mantenimiento y en el que habían pasado la noche: estaba a unos dieciocho metros, al otro lado del campo.

—He visto una balsa allí —dijo.

Grant vio inmediatamente las ventajas: ahora eran las siete de la mañana. Por lo menos, les faltaban trece kilómetros. Si pudieran viajar en una balsa por el río, avanzarían mucho más deprisa que si fueran por tierra.

—Hagámoslo —asintió.

Arnold apretó la tecla de modalidad de Búsqueda Visual y observó, mientras los monitores empezaban a explorar por todo el parque y las imágenes cambiaban cada veinte segundos. Era cansado mirar, pero era la manera más fácil de encontrar el jeep de Nedry, y Muldoon había sido inflexible al respecto: Había salido con Gennaro para observar la estampida, pero ahora, que era de día, quería que encontrasen el vehículo. Quería las armas.

Su intercomunicador chasqueó:

—Señor Arnold, ¿puedo hablar un momento con usted, por favor?

Era Hammond. Su voz sonaba como la voz de Dios.

—¿Desea venir aquí, señor Hammond?

—No, señor Arnold. Venga donde estoy yo: estoy en el laboratorio de Genética, con el doctor Wu. Le estaremos esperando.

Arnold suspiró, y se alejó de las pantallas.

Grant tropezó en lo profundo de los sombríos recovecos del edificio. Apartó de su camino recipientes de veintidós litros y medio de capacidad de herbicidas; equipos para podar árboles; cámaras de repuesto para jeep; bobinas de cerca contra ciclones; bolsas de cuarenta y cinco kilos de fertilizante; pilas de aisladores marrones de cerámica; latas vacías de aceite para motor; lámparas de trabajo y cables.

—No veo ninguna balsa.

—Siga caminando.

Bolsas de cemento; tramos de cañería de cobre; tejido de malla verde… y dos remos de plástico colgados de abrazaderas en la pared de hormigón.

—Muy bien —dijo—. Pero ¿dónde está la balsa?

—Tiene que estar aquí, en alguna parte —dijo Tim.

—¿Es que no la has visto?

—No. Simplemente supuse que estaba aquí.

Al hurgar entre los cachivaches, Grant no encontró la balsa, pero sí un juego de planos, enrollados y moteados con moho producido por la humedad, metidos en una caja metálica que había en la pared. Grant extendió los planos en el suelo, previo aventamiento de una enorme araña. Miró los planos durante largo rato.

—Tengo hambre…

—Espera un momento.

Eran mapas topográficos detallados del sector principal de la isla, que era en el que se hallaban ahora. Según eso, la laguna se estrechaba, incorporándose al río que habían visto antes, y que se torcía hacia el Norte… pasando justamente a través del sector de aves prehistóricas… y continuando hasta pasar a unos ochocientos metros del pabellón para visitantes.

Grant hojeó las páginas. ¿Cómo llegar a la laguna? Según los planos, en la parte del edificio en el que se encontraban debía de haber una puerta. Grant alzó la vista y la vio, en un nicho de la pared de hormigón. La puerta era lo suficientemente ancha como para permitir el paso de un automóvil. Al abrirla, vio un camino pavimentado que llevaba directamente a la laguna. El camino estaba excavado por debajo del nivel del suelo de modo que no fuese visible desde arriba: debía de ser otro camino auxiliar. Y conducía hasta un muelle, en la orilla de la laguna. Y claramente impreso sobre la puerta había un letrero que decía PAÑOL DE LA BALSA.

—¡Eh! —exclamó Tim—. Mirad esto. —Y le entregó una caja metálica.

Cuando la abrió, Grant halló una pistola de aire comprimido y una canana de tela con dardos. Había seis dardos en total, cada uno grueso como un dedo. Llevaban el rótulo MORO-709.

—Buen trabajo, Tim. —Grant se pasó la canana sobre el hombro y se metió la pistola en el cinturón.

—¿Es una pistola tranquilizante?

—Diría que sí.

—¿Qué pasa con el bote? —preguntó Lex.

—Creo que está en el muelle —contestó Grant. Empezaron a bajar por el camino. Grant llevaba los remos sobre los hombros.

—Espero que sea una balsa grande —dijo Lex—, porque no sé nadar.

—No te preocupes —le contestó Grant.

—A lo mejor podemos atrapar algún pez —dijo la niña.

A medida que descendían por el camino, el terraplén en declive que tenían a ambos lados aumentaba de altura. Oyeron un profundo ronquido rítmico, pero Grant no pudo ver de dónde llegaba.

—¿Está seguro de que hay una balsa ahí abajo? —preguntó Lex, frunciendo la nariz.

—Es probable —dijo Grant.

El ronquido aumentaba de intensidad a medida que avanzaban, pero también oyeron un ronroneo continuo, como un zumbido. Cuando llegaron al final del camino, al borde del pequeño muelle de hormigón, Grant quedó paralizado por el miedo.

El tiranosaurio estaba precisamente allí.

Estaba sentado a la sombra de un árbol y con la espalda erguida, las patas traseras extendidas hacia delante. Tenía los ojos abiertos, pero no se movía, salvo por la cabeza, que se levantaba y caía suavemente, siguiendo el ritmo de los ronquidos. El zumbido provenía de los enjambres de moscas que rodeaban su cabeza, moviéndose sobre su cara y sus mandíbulas laxas, sus colmillos ensangrentados y los rojos cuartos traseros del hadrosaurio que había sido su presa y que yacían de costado, detrás de él.

Ahora, el tiranosaurio estaba tan sólo a unos dieciocho metros de Grant. Estaba seguro de haber sido visto, pero el enorme animal no reaccionó. Se limitó a permanecer sentado.

Grant tardó unos instantes en darse cuenta: el monstruo estaba dormido. Sentado con la espalda enhiesta, pero dormido.

Les hizo una señal a Tim y Lex para que permanecieran donde estaban y caminó lentamente hacia delante, entrando en el muelle y totalmente a la vista del tiranosaurio. El enorme animal siguió durmiendo, roncando con suavidad.

Cerca del extremo del muelle, un cobertizo de madera estaba pintado de verde, para confundirlo con el follaje. En silencio, Grant quitó el cerrojo de la puerta y miró en el interior: vio media docena de chalecos salvavidas anaranjados colgando de la pared, varios rollos de malla metálica para cercas, algunos rollos de cuerda, y dos cubos grandes de goma apoyados en el suelo. Los cubos estaban estrechamente sujetos con unas cinchas planas de goma.

Balsas.

Grant volvió la mirada hacia Lex.

La niña moduló con los labios, pero sin sonido: ***No hay bote***.

Grant asintió con la cabeza: ***Sí***.

El tiranosaurio alzó su pata anterior para ahuyentar las moscas que le zumbaban alrededor del hocico. Pero, aparte de eso, no se movió. Grant extrajo uno de los cubos y lo puso sobre el muelle. Era sorprendentemente pesado. Soltó las fajas y encontró el cilindro de inflado. Con un fuerte siseo, la goma empezó a expandirse y después, con un ruido parecido al de un latigazo, se desplegó completamente abierta, sobre el muelle. El sonido fue aterradoramente intenso

para sus oídos.

Grant se volvió y contempló al dinosaurio.

Éste gruñó y resopló. Empezó a moverse. Grant se preparó para correr, pero el animal cambió de posición su voluminoso y pesado cuerpo y, después, volvió a ponerse de espaldas contra el tronco, lanzando un largo y retumbante eructo.

Lex hizo un gesto de asco, y se cubrió la cara con la mano.

Grant estaba empapado en sudor por la tensión. Arrastró la balsa de goma por el muelle y la echó al agua, donde produjo un fuerte ruido de chapoteo.

El dinosaurio siguió durmiendo.

Grant amarró la balsa al muelle y volvió al cobertizo para tomar dos chalecos salvavidas. Los puso en la balsa y, después, les hizo a los niños ademán de que fueran al muelle.

Pálida por el miedo, Lex le contestó con un movimiento de cabeza: ***No***.

Grant gesticuló: ***Sí***.

El tiranosaurio seguía durmiendo.

Grant acuchilló el aire con un dedo enfático, Lex acudió en silencio, y Grant le hizo gesto de que entrara en la balsa; después lo hizo Tim, y ambos se pusieron los chalecos. Grant entró después y alejó la balsa del muelle. Flotaron silenciosamente a la deriva, hacia la laguna. Grant levantó los remos y los encajó en las horquillas. Se alejaron más del muelle.

Lex se sentó, y suspiró ruidosamente, con alivio. En ese momento, su cara mostró aflicción, y se puso la mano sobre la boca. El cuerpo se le sacudía, y emitía sonidos amortiguados: estaba conteniendo la tos.

¡Siempre tosía en mal momento!

—Lex —le susurró Tim con ferocidad, volviendo la cabeza hacia la orilla.

La niña sacudió la cabeza, con gesto de desdicha, y señaló su cuello: le picaba la garganta. Lo que necesitaba era un sorbo de agua. Grant estaba remando y Tim se inclinó sobre la borda de la balsa, metió la mano en la laguna, la llenó de agua y luego la tendió hacia su hermana.

Lex tosió ruidosamente, de manera explosiva. Para los oídos de Tim, el sonido resonó por el agua como si hubiera sido un escopetazo.

El tiranosaurio bostezó con pereza y se rascó detrás de la oreja con la pata trasera, igual que un perro. Volvió a bostezar. Estaba adormilado después de su gran comida y despertó con lentitud.

En el bote, Lex estaba produciendo ruiditos como de gárgaras.

—Lex, ¡cállate! —dijo Tim.

—No lo puedo evitar —murmuró ella, y después tosió otra vez. Grant remaba con fuerza, llevando la balsa con eficacia hacia el centro de la laguna.

En la orilla, el tiranosaurio se puso en pie vacilante.

—¡No lo pude evitar, Timmy! —chilló Lex, afligida—. ¡No lo pude evitar!

—¡Shhh!

Grant estaba remando lo más deprisa que podía.

—De todos modos no importa —dijo Lex—: estamos suficientemente lejos. No sabe nadar.

—¡Claro que sabe nadar, pedazo de idiota! —le gritó Tim. En la orilla el tiranosaurio saltó del muelle, se lanzó al agua y se desplazó vigorosamente por la laguna, en pos de ellos.

—Bueno, ¿cómo iba a saberlo yo? —dijo la niña.

—¡Todo el mundo sabe que los tiranosaurios pueden nadar! ¡Eso está en todos los libros! ¡Todos los reptiles pueden nadar!

—Las víboras no.

—Claro que pueden. ¡Eres una idiota!

—Calmaos —intervino Grant—. ¡Agarraos a algo! —Observó al tiranosaurio, fijándose en su manera de nadar: estaba hundido hasta el pecho en el agua, pero podía mantener su cabezota muy por encima de la superficie. Entonces Grant se dio cuenta de que no estaba nadando sino caminando, porque instantes después únicamente la parte más alta de la cabeza (los ojos y las aberturas nasales) sobresalía del agua. Así parecía un cocodrilo, y nadaba como éstos batiendo la cola hacia delante y hacia atrás, de modo que el agua se agitaba detrás de él. Detrás de la cabeza, Grant vio la giba de la espalda, y las crestas a lo largo de la cola, cuando ocasionalmente rompía la superficie.

«Exactamente como un cocodrilo», pensó con tristeza. El cocodrilo más grande del mundo.

—¡Lo siento, doctor Grant! —sollozó Lex—. ¡No quise hacerlo!

Grant miró por encima del hombro: la laguna no tenía más que unos noventa metros de ancho en el lugar en el que estaban ahora, y ya casi habían llegado al centro. Si continuaban la marcha, el agua volvería a perder profundidad. Entonces, el tiranosaurio nuevamente podría caminar y se desplazaría más deprisa en agua poco profunda. Grant le imprimió al bote un giro opuesto al curso que llevaban, y empezó a remar hacia el Norte.

—¿Qué está haciendo?

Ahora, el tiranosaurio estaba sólo a unos metros de distancia. Grant podía oír

los bufidos que emitía a medida que se acercaba. Grant miró los remos que tenía en las manos, pero eran de plástico liviano: no servían como arma.

El tiranosaurio echó la cabeza hacia atrás y abrió por completo las mandíbulas, exhibiendo hileras de dientes curvos, y después, mediante una gran contracción muscular, se arrojó contra la balsa, errándole apenas a la borda de goma. La enorme cabeza cayó en el agua como un martinete y la balsa se sacudió peligrosamente en la cresta de la ola producida por el impacto de la cabeza en el agua.

El tiranosaurio se hundió, desapareciendo de la superficie y dejando burbujas gorgoteantes. La laguna estaba quieta. Lex se aferró a las asas de la borda y miró hacia atrás.

—¿Se ha ahogado?

—No —contestó Grant. Vio burbujas… después, una tenue olita que surcaba la superficie, que venía hacia el bote…

—¡Agarraos! —gritó, mientras la cabeza embestía desde abajo el piso de goma, doblando la balsa, levantándola en el aire y haciéndola girar enloquecidamente antes de que se volviera a estrellar en el agua.

—¡Haga algo! —grito Alexis—. ¡Haga algo!

Grant extrajo la pistola de aire comprimido que llevaba en la cintura: la veía lastimosamente pequeña en sus manos, pero quizás existía la posibilidad de que, si le daba al animal en un punto sensible, como el ojo o la nariz…

El tiranosaurio emergió al lado del bote, abrió la boca y rugió. Grant apuntó, y disparó. El dardo centelleó a la luz y le dio en la mejilla. El tiranosaurio sacudió la cabeza y volvió a rugir.

Y, de repente, oyeron un rugido de respuesta que flotó por el agua hacia ellos.

Al mirar hacia atrás, Grant vio al T-rex joven en la orilla, agachado sobre el saurópodo muerto, reclamando la presa como suya. Con un rápido movimiento circular de la cabeza, el ejemplar joven arrancó carne de la presa; después alzó la cabeza y bramó. El tiranosaurio adulto lo vio también, y la reacción fue inmediata: se volvió sobre sí mismo para proteger su presa, nadando vigorosamente hacia la orilla.

—¡Se está yendo! —aulló Lex, batiendo palmas—. ¡Se está yendo! ¡Na-na-na-na! ¡Dinosaurio estúpido!

Desde la orilla, el espécimen joven rugió desafiante. Presa de furia, el adulto salió violentamente de la laguna a toda velocidad; el agua chorreaba de su

inmenso cuerpo, mientras ascendía velozmente la colina. El tiranosaurio joven agachó la cabeza y huyó, con las mandíbulas todavía llenas de carne desgarrada.

El adulto le persiguió, pasando a toda velocidad frente al saurópodo muerto y desapareciendo sobre la colina. El grupo de seres humanos oyó su último bramido de amenaza y, después, la balsa se desplazó hacia el Norte, doblando un recodo de la laguna, en dirección al río.

Exhausto por haber remado, Grant cayó de espaldas. El pecho le subía y bajaba con esfuerzo: no podía recobrar el aliento. Estaba acostado en el fondo de la balsa, jadeando.

—¿Se siente bien, doctor Grant? —preguntó Lex.

—De ahora en adelante, ¿vas a hacer exactamente lo que te diga?

—¡Oh, bueno! —suspiró, como si se le hubiera hecho la exigencia más descabellada del mundo.

Dejó que el brazo le arrastrara un rato en el agua:

—Usted dejó de remar —observó.

—Estoy cansado.

—Entonces, ¿cómo es que todavía nos estamos moviendo?

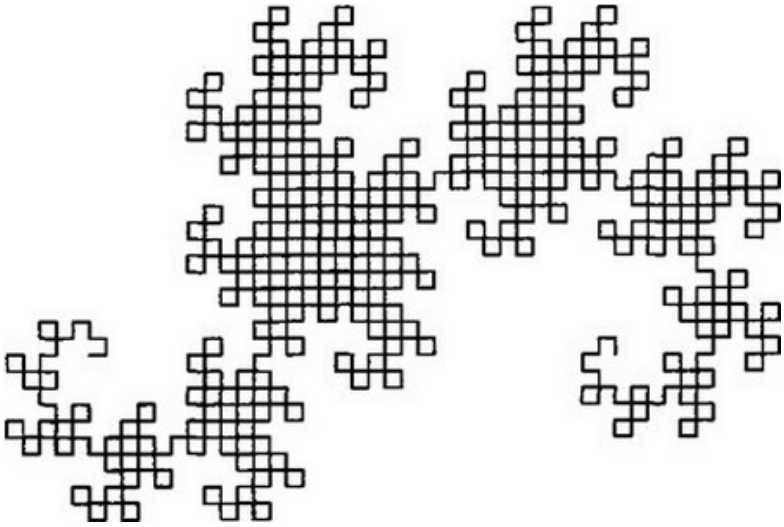
Grant se incorporó. La niña tenía razón: la balsa derivaba con curso fijo hacia el Norte.

—Tiene que haber una corriente.

Ésta los llevaba hacia el Norte, hacia el hotel. Grant miró su reloj y quedó pasmado al ver que eran las siete y cuarto: sólo habían pasado quince minutos desde que miró el reloj la última vez. Parecía como si hubieran transcurrido dos horas.

Se acostó de espaldas contra las bordas de goma, cerró los ojos y se durmió.

QUINTA ITERACIÓN



Las deficiencias del sistema se agravarán ahora.

IAN MALCOLM

Búsqueda

Gennaro se sentó en el jeep, escuchó el zumbido de las moscas y contempló las lejanas palmeras que oscilaban bajo el calor. Quedó asombrado por lo que tenía la apariencia de un campo de batalla: la hierba había sido pisoteada hasta su total aplastamiento en un radio de noventa metros; una palmera grande estaba arrancada de cuajo; había amplios charcos de sangre en la hierba, así como en el afloramiento rocoso situado a la derecha del jeep.

Sentado a su lado, Muldoon dijo:

—No hay duda al respecto: «Rexy» estuvo entre los hadrosaurios. —Tomó otro sorbo de whisky y tapó la botella—. Condenadas moscas —añadió.

Aguardaron y observaron.

Gennaro tamborileó con los dedos en el tablero de instrumentos:

—¿Qué estamos esperando?

Muldoon no respondió enseguida.

—El rex está por ahí, en alguna parte —dijo, escudriñado el paisaje: con los ojos entornados por el sol—: Y no tenemos una sola maldita arma.

—Estamos en un jeep.

—¡Oh, ese animal puede correr más deprisa que el jeep! Una vez que salgamos del camino y vayamos a campo abierto, la velocidad máxima que podemos obtener con tracción en las cuatro ruedas será de cincuenta, sesenta y cinco kilómetros por hora. El tiranosaurio nos cazará con facilidad. No tiene el menor problema. ¿Está listo para llevar una vida llena de peligros?

—Por supuesto —dijo Gennaro.

Muldoon puso en marcha el motor y, ante el sonido que se produjo de manera repentina, dos pequeños othnielianos emergieron de un salto de la hierba enmarañada que había directamente frente al jeep. Muldoon puso el vehículo en

primera y arrancó. Condujo describiendo un amplio círculo alrededor del lugar pisoteado y, después, se desplazó hacia dentro, trazando círculos concéntricos de diámetro decreciente, hasta que, al final, llegó a un lugar del campo en el que habían estado los pequeños othnielianos. Después se apeó y caminó hacia delante por la hierba, alejándose del jeep. Se detuvo cuando una densa nube de moscas se alzó por el aire.

—¿Qué es? —preguntó Gennaro a gritos.

—Traiga la radio —le contestó.

Gennaro salió del jeep de un salto y avanzó presuroso hacia delante. Aun desde lejos pudo percibir el olor agridulce de materia orgánica en reciente descomposición. Vio una forma oscura en la hierba, con costras de sangre seca, las patas en posición oblicua.

—Hadrosaurio joven —dijo Muldoon, contemplando el cadáver—. Toda la manada huyó en estampida, pero el joven se separó y el T-rex lo derribó.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Gennaro. La carne estaba desgarrada, como consecuencia de muchas mordeduras.

—Se puede dar cuenta por los excrementos —dijo Muldoon—. ¿Ve esos pedacitos de color blanco calizo que hay en la hierba? Eso es bosta del ***hadro***; el ácido úrico le confiere el color blanco. Pero mire ahí —señalo un montón grande sobre la hierba, cuya altura llegaba hasta la rodilla de un hombre—, ésa es bosta de tiranosaurio.

—¿Cómo sabe que el tiranosaurio no llegó más tarde?

—Por la forma del mordisco: ¿Ve esas chiquitas de ahí? —señaló unas a lo largo del vientre—. Son de othis. Esas mordeduras no sangraron. Son posteriores a la muerte; se deben a los carroñeros. Los othis las hicieron. Pero al hadro lo derribaron con una mordedura en el cuello: vea el gran tajo de ahí, por encima de los omóplatos… Ése es el T-rex, sin duda.

Gennaro se inclinó sobre el animal muerto, contemplando esas patas pesadas, desgarbadas, con una sensación de irrealidad. Junto a él, Muldoon encendió la radio:

—Control.

—Sí —contestó John Arnold.

—Tenemos otro hadro muerto. Ejemplar joven. —Muldoon se inclinó entre las moscas y revisó la piel de la planta de la pata derecha: un número estaba tatuado ahí—: El espécimen es el HD/09.

La radio chasqueó:

—Tengo algo para ustedes —anunció Arnold.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

—He encontrado a Nedry.

El jeep irrumpió a través de la línea de palmeras que bordeaba el camino del este, y salió a un camino auxiliar más estrecho que llevaba hacia el río de la jungla. Hacía calor en ese sector del parque, la jungla estaba cerrada y fétida en torno a los dos hombres. Muldoon movía nerviosamente el selector del monitor del ordenador que había en el jeep, y que ahora mostraba un mapa del parque, en el que aparecían líneas superpuestas en retícula.

—Lo encontraron con la televisión por control remoto —dijo—. El sector 1104 está justamente delante.

Más allá, en el camino, Gennaro vio una barrera de hormigón y estacionó el jeep en paralelo con ella.

—Tuvo que tomar el desvío equivocado —masculló Muldoon—. Ese grandísimo bastardo.

—¿Qué se llevó? —preguntó Gennaro.

—Wu dice que quince embriones. ¿Sabe lo que vale eso?

Gennaro negó con la cabeza.

—Entre dos y diez millones de dólares. Un premio grande.

Cuando se acercaron, Gennaro vio el cuerpo que yacía al lado del vehículo. El cadáver estaba indefinido y verde… pero, en ese momento, formas de color verde huyeron en todas direcciones, cuando el jeep fue frenando hasta detenerse.

—Compis —dijo Muldoon—. Los compis lo encontraron.

Una docena de procompsognátidos, delicados y pequeños depredadores, no más grandes que patos, estaba en el borde de la jungla, parloteando con excitación cuando los hombres bajaron del jeep.

Dennis Nedry yacía boca arriba, con la gordinflona cara de aspecto aniñado ahora roja y abotagada. Las moscas zumbaban alrededor de la boca completamente abierta y de la lengua gruesa. El cuerpo estaba mutilado: los intestinos abiertos por el desgarramiento, una de las piernas perforada a mordiscos. Gennaro volvió la cabeza con rapidez, tan sólo para ver los pequeños compis, que estaban acuclillados a poca distancia sobre sus patas traseras y observaban a los hombres con curiosidad. Los dinosauritos tenían manos con cinco dedos, observó Gennaro. Se enjugaban manos y barbillas, lo que les

confería un carácter aterradoramente humano que…

—Quién lo diría —comentó Muldoon—. No fueron los compis.

—¿Qué?

—¿Ve esas manchas? ¿En la camisa y en la cara de Nedry? ¿Percibe ese olor dulzón, como de vómito seco, antiguo?

Gennaro hizo girar los ojos hasta ponerlos en blanco: lo percibía.

—Eso es saliva de dilo. Escupitajo de dilofosaurio. Puede ver la lesión de las córneas, todo ese enrojecimiento. En los ojos es doloroso, pero no es mortal: se cuenta como con unas dos horas para lavar el salivazo con el contraveneno; lo tenemos en todo el parque, por las dudas. No es que importe mucho lo de este bastardo. Le cegaron y, después, le despanzurraron. No es una bonita manera de estirar la pata. A lo mejor, en el mundo hay justicia después de todo.

Los procompsognátidos gritaron y saltaron cuando Muldoon abrió la portezuela trasera y sacó unos tubos de metal gris y una caja de acero inoxidable.

—Todo está ahí todavía —dijo.

Le alcanzó dos cilindros oscuros a Gennaro, que preguntó:

—¿Qué son?

—Exactamente lo que parecen: cohetes. —Como Gennaro retrocedió, agregó —: Tenga cuidado: no querrá pisar algo.

Gennaro pasó con cuidado por encima del cuerpo de Nedry. Muldoon llevó los tubos al otro jeep y los colocó en la parte de atrás; trepó al vehículo, colocándose al volante:

—Vamos.

—¿Qué se hace con él? —preguntó señalando el cuerpo.

—¿Que qué se hace con él? —repitió Muldoon—. Tenemos otras cosas que hacer.

Puso el cambio. Al mirar hacia atrás, Gennaro vio a los compis reanudar su alimentación: uno dio un salto y cayó en cuclillas sobre la boca abierta de Nedry, al tiempo que le mordisqueaba la carne de la nariz.

El río de la jungla se hizo más estrecho. Las riberas se cerraban sobre ellos por ambos lados, hasta que los árboles y el follaje que colgaba sobre las riberas se encontraron en lo alto, tapando la luz del sol. Tim oyó el chillido de los pájaros y vio pequeños dinosaurios gorjeadores que brincaban entre las ramas. Pero, en general la selva estaba silenciosa, el aire caliente y quieto entre el dosel de los

árboles.

Grant miró el reloj: las ocho en punto.

Se deslizaban pacíficamente, pasando entre manchones alternados de luz y sombra. Si algo se notaba, era que parecían avanzar más deprisa que antes. Despierto ahora, Grant estaba tendido de espaldas y contemplaba las ramas que pasaban en lo alto. En ese momento vio a Lex recogiendo agua en el cuenco de la mano y bebiéndola.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —le advirtió—. No bebas eso.

—¿Por qué no? Está rica. ¿Crees que podemos comer esas bayas? —La niña señaló los árboles. Algunas de las ramas colgantes estaban lo suficientemente cerca como para que las tocara. Tim vio racimos de bayas de un rojo brillante en las ramas.

—No —dijo Grant.

—¿Por qué? Esos dinosaurios las están comiendo. —Señaló unos dinosaurios pequeños que retozaban en las ramas.

—No, Lex.

La niña suspiró, insatisfecha con la autoridad de Grant:

—Ojalá papaíto estuviera aquí. Papaíto siempre sabe qué hacer.

—¿De qué estás hablando? —replicó Tim—. Él nunca sabe qué hacer.

—Sí lo sabe —suspiró Lex. Se quedó contemplando los árboles frente a los que iban pasando, que tenían enormes raíces retorcidas en dirección al borde del agua—. Sólo porque tú no seas su favorito…

Tim le dio la espalda, sin decir palabra.

—Pero no te preocupes: papaíto te quiere a ti también. Aunque te interesen los ordenadores y no los deportes.

—Papá es un verdadero fanático de los deportes —le explicó Tim a Grant.

Éste movió la cabeza en gesto de asentimiento.

En lo alto de las ramas, pequeños dinosaurios de color amarillo pálido, que apenas llegaban a los sesenta centímetros de altura, saltaban de un árbol a otro. Tenían cabezas rematadas en pico, como loros.

—¿Sabes cómo se llama a ésos? —dijo Tim—: Microcerátops.

—¡Gran cosa! —se burló Lex.

—Pensé que te podría interesar.

—Solamente los niños muy jóvenes —contestó Lex— se interesan por los dinosaurios.

—¿Quién lo dice?

—Papaíto.

Tim empezó a gritar, pero Grant alzó la mano:

—Chicos —dijo—, callaos.

—¿Por qué? —protestó Lex—. Puedo hacer lo que quiero, si yo…

Entonces se calló, porque también lo había oído: era un grito que helaba la sangre y que provenía de algún sitio aguas abajo.

—Bueno, ¿y dónde diablos está ese maldito rex? —dijo Muldoon, hablando por radio—. Porque aquí no lo vemos.

Había regresado al complejo de saurópodos y estaban observando la hierba pisoteada por donde los hadrosaurios habían huido en estampida. Al tiranosaurio no se le veía por parte alguna.

—Ahora lo comprobaré —dijo Arnold, y salió de transmisión.

Muldoon se volvió a Gennaro:

—«Ahora lo comprobaré» —repitió con sarcasmo, agregando—: ¿Por qué demonios no lo comprobó antes? ¿Por qué no le siguió el rastro?

—No lo sé.

—No aparece —dijo Arnold, instantes después.

—¿Qué quiere decir con eso de que «eso no aparece»?

—No está en los monitores. Los sensores de movimiento no lo encuentran.

—¡Demonios! —masculló Muldoon—. No hay más que decir de los sensores. ¿Ve a Grant y a los chicos?

—Los sensores de movimiento no los encuentran tampoco.

—Pues entonces, ¿qué tenemos que hacer ahora?

—Esperar —contestó Arnold.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Directamente al frente, la enorme cúpula del sector de aves prehistóricas se erguía sobre ellos. Grant únicamente lo había visto desde lejos; ahora se daba cuenta de que era inmenso: unos cuatrocientos metros o más. La estructura de puntales geodésicos refulgía con brillo mate a través de la leve bruma, y el primer pensamiento del paleontólogo fue que el vidrio debía de pesar una tonelada. Entonces, cuando estuvieron más cerca, vieron que no había vidrio en absoluto: nada más que puntales. Una malla delgada metida dentro de los

elementos.

—No está terminado —dijo Lex.

—Creo que se lo construyó para que lo inauguraran tal como está —repuso Grant.

—Entonces, todos los pájaros se pueden escapar.

—No, si son pájaros grandes.

El río les llevó por debajo del borde de la cúpula. Miraron hacia lo alto. Ahora estaban en el interior de ésta, todavía desplazándose a la deriva por el río. Pero, al cabo de pocos minutos, la cúpula quedaba tan por encima de ellos que apenas sí resultaba visible en la bruma. Grant dijo:

—Me parece recordar que aquí hay un segundo pabellón.

Instantes después, vieron el techo de un edificio sobre las copas de los árboles, hacia el norte.

—¿Quiere parar? —preguntó Tim.

—Quizás haya un teléfono. O sensores de movimiento. —Grant enfiló el bote hacia la orilla—. Necesitamos ponernos en contacto con la sala de control. Se está haciendo tarde.

Salieron a gatas de la balsa, resbalando en la fangosa ribera, y Grant remolcó la balsa para sacarla del agua. Después, ató la cuerda a un árbol y se pusieron en marcha, a través de un espeso bosque de palmeras.

Sector de aves prehistóricas

—Sencillamente no lo entiendo —dijo John Arnold, hablando por teléfono—. No veo al rex, y no veo a Grant ni a los chicos tampoco.

Estaba sentado frente a las consolas y tomó otra taza de café. A todo su alrededor, por la sala de control, había esparcido platos de papel y sándwiches a medio comer. Arnold estaba agotado. Eran las 08:00 del sábado. En el transcurso de las catorce horas que habían pasado desde que Nedry destruyó el ordenador que dirigía el Parque Jurásico, Arnold, pacientemente, había vuelto a poner en línea los sistemas, uno después de otro:

—Todos los sistemas del parque están otra vez en funcionamiento, y trabajando en forma correcta. Los teléfonos funcionan. He llamado a un médico para usted.

Al otro lado de la línea, Malcolm tosió. Arnold le estaba hablando a la habitación que el matemático ocupaba en el pabellón.

—¿Pero tiene problemas con los sensores de movimiento?

—Bueno, no encuentro lo que estoy buscando.

—¿Como el rex?

—En estos momentos no da lectura alguna. Empezó a desplazarse hacia el norte, hará de eso unos veinte minutos, siguiendo un curso a lo largo de la orilla de la laguna y, después, lo perdí. No sé por qué, a menos que se haya vuelto a dormir.

—¿Y no puede encontrar a Grant y a los niños?

—No.

—Creo que es bastante sencillo —explicó Malcolm—: los sensores de movimiento cubren un sector inadecuado.

—¿Inadecuado? Cubren el noventa y dos…

—Noventa y dos por ciento del sector terrestre, lo recuerdo. Pero si pone los sectores restantes en el mapa, creo que descubrirá que el ocho por ciento está topológicamente unificado, lo que quiere decir que esos sectores son contiguos: en esencia, un animal se puede desplazar con libertad por cualquier parte del parque, y escapar a la detección, si se desplaza por un camino de mantenimiento, o por el río de la jungla, o por las playas, o por donde sea.

—Aunque fuese así —dijo Arnold—, los animales son demasiado estúpidos como para saberlo.

—Aún no está claro lo estúpidos que son los animales —repuso Malcolm.

—¿Cree usted que eso es lo que Grant y los chicos están haciendo? —preguntó Arnold.

—Definitivamente, no. —Malcolm tosió otra vez—. Grant no es ningún estúpido. Resulta claro que quiere que usted le descubra. Es probable que él y los niños estén agitando los brazos delante de cada sensor de movimiento que vean. Pero quizá tengan otros problemas que desconocemos. O quizás estén en el río.

—No me puedo imaginar que estén en el río: las riberas son muy estrechas. Es imposible caminar por ellas.

—¿El río los traería de vuelta aquí?

—Sí, pero no es la ruta más segura para regresar, porque pasa a través del sector de aves prehistóricas…

—¿Por qué ese sector no estaba incluido en la gira? —preguntó Malcolm.

—Hemos tenido problemas para montarlo: originalmente, se había diseñado el parque para que tuviera un pabellón situado a la altura de las copas de los árboles, muy por encima del suelo, desde donde los visitantes podrían observar a los pterodáctilos en el mismo nivel en el que los animales volaban. Tenemos cuatro dáctilos ahora, en el sector de aves prehistóricas… En realidad, son cearadáctilos, que son dáctilos piscívoros.

—¿Qué pasa con ellos?

—Bueno, ocurrió que, mientras terminábamos el pabellón, pusimos los dáctilos en el sector de aves, para que se aclimataran. Pero eso fue un gran error: resulta ser que nuestros cazadores de peces son territoriales.

—¿Territoriales?

—Ferozmente territoriales. Pelean entre sí por el territorio… y atacan a otro animal que penetre en la zona que delimitaron.

—¿Atacan?

—Es impresionante: los dáctilos planean hasta la parte superior de la cúpula,

pliegan las alas y se lanzan en picado. Un animal de catorce kilos cae sobre un hombre que esté en tierra como si fuera una tonelada de ladrillos. Los dáctilos golpeaban a los trabajadores, dejándoles inconscientes y produciéndoles cortaduras sumamente serias.

—¿Eso no lesiona a los dáctilos?

—No hasta ahora.

—De modo que si esos chicos están en el sector de aves…

—No lo están… Al menos, tengo la esperanza de que no estén.

—¿Es ése el pabellón? —preguntó Lex—. ¡Qué basura!

Por debajo de la cúpula del sector de aves, el Pabellón Pteratops estaba construido muy por encima del suelo, sobre grandes pilares de madera, en medio de un bosquecillo de abetos. Pero el edificio no había sido terminado y permanecía sin pintar con las ventanas cegadas con tablas. Los árboles y el pabellón estaban salpicados de anchas franjas blancas.

—Creo que no lo terminaron por alguna razón —dijo Grant, ocultando su decepción. Miró el reloj—: Vamos, volvamos al bote.

El sol salió mientras caminaban, haciendo que la mañana se hiciese más alegre. Grant miró las sombras en forma de enrejado que había en el suelo, provenientes de la cúpula que se cernía sobre ellos. Advirtió que el suelo y la vegetación estaban salpicados con anchas listas de la misma sustancia blanca gredosa que habían visto en el edificio. Y había un olor agrio, característico, en el aire matinal.

—Huele mal —declaró Lex—. ¿Qué es toda esa cosa blanca?

—Parece como excrementos de reptil. Es probable que sea de los pájaros.

—¿Cómo es que no terminaron el pabellón?

—No lo sé.

Entraron en un claro de hierba baja, punteado por flores silvestres. Oyeron un silbido prolongado y de tono bajo. Después, otro de respuesta, proveniente del otro lado del bosque.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

Entonces, Grant vio la sombra oscura de una nube, proyectada sobre el campo de hierbas que tenían delante. La sombra se desplazaba con rapidez: en pocos instantes pasó sobre ellos en vuelo rasante. Grant miró hacia arriba y vio

una enorme sombra negra que planeaba sobre ellos, cubriendo el sol.

—¡Oh! —gritó Lex—. ¿Es un pterodáctilo?

—Sí —dijo Tim.

Grant no respondió: estaba fascinado por la visión del enorme ser volador. En lo alto del cielo, el pterodáctilo emitió un silbido grave e hizo un giro lleno de gracia, regresando hacia ellos.

—¿Cómo es que no están incluidos en la gira? —preguntó Tim.

Grant se estaba preguntando lo mismo: los dinosaurios voladores eran tan hermosos, tan airosos, cuando se desplazaban por el cielo. Mientras observaba, vio un segundo pterodáctilo aparecer en el cielo, seguido por un tercero, y un cuarto.

—Quizá porque no terminaron el pabellón —supuso Lex.

Grant estaba pensando que ésos no eran pterodáctilos comunes.

Eran demasiado grandes. Tenían que ser cearadáctilos, grandes reptiles voladores de comienzos del cretáceo. Cuando estaban muy altos, parecían pequeños aeroplanos; cuando descendieron más, pudo ver que tenían una envergadura de casi cinco metros, con cuerpos cubiertos de pelambre y cabeza como de cocodrilo. Comían peces, según recordó. Sudamérica y México.

Lex se hizo sombra en los ojos con la mano y alzó la vista hacia el cielo:

—¿Nos pueden hacer daño?

—No lo creo. Comen peces.

Uno de los dáctilos descendió en espiral, una veloz sombra oscura que pasó como una exhalación junto a ellos, produciendo una corriente de aire caliente y dejando atrás un persistente olor agrio.

—¡Uau! —exclamó Lex—. Son verdaderamente grandes. —Y después preguntó—: ¿Está seguro de que no nos pueden hacer daño?

—Muy seguro.

Un segundo dáctilo se abalanzó sobre ellos, desplazándose más rápido que el primero. Llegó desde atrás, pasando como un relámpago sobre sus cabezas. Grant tuvo una fugaz visión de su pico dentado y del cuerpo peludo. Parecía un enorme murciélago, pensó. Pero quedó impresionado por el aspecto frágil de los animales: sus alas inmensas, de delicadas membranas rosadas, resultaban traslúcidas; todo reforzaba la imagen de delicadeza de los dáctilos.

—¡Ay! —gritó Lex, apretándose el cabello—. ¡Me ha mordido!

—¿Te qué? —Se sorprendió Grant.

—¡Me ha mordido! ¡Me ha mordido! —Cuando retiró la mano tenía sangre

en los dedos.

En lo alto del cielo, dos dáctilos más plegaron las alas, desplomándose como pequeñas formas oscuras que caían hacia el suelo. Mientras se abalanzaban a tierra, producían una especie de alarido.

—¡Vamos! —exclamó Grant, aferrando la mano de los chicos.

Corrieron a través de la pradera, oyendo el alarido que se aproximaba, y se arrojó al suelo en el último momento, arrastrando a los chicos con él, mientras los dos dáctilos silbaban y chillaban al pasar sobre ellos, batiendo las alas. Grant sintió garras que le cortaban la camisa a lo largo de la espalda.

Después se puso en pie, tirando de Lex para que hiciera lo mismo y corrieron con Tim algunos metros hacia delante, mientras, en lo alto, dos pájaros más giraban y se lanzaban sobre ellos en picado, aullando. En el último instante, Grant tiró de los niños para que cayeran al suelo, y las enormes sombras pasaron sobre ellos aleteando.

—¡Puaj! —exclamó Lex, con repugnancia. Grant vio que estaba sucia con una veta producida por los excrementos blancos de los pájaros.

Logró ponerse de pie:

—¡Vamos!

Estaba a punto de correr, cuando Lex lanzó un alarido de terror.

Grant se volvió y vio que uno de los dáctilos la había apresado por los hombros, utilizando sus garras traseras. Las enormes alas coriáceas del animal, traslúcidas a la luz del sol, batían intensamente a ambos lados de la niña. El dáctilo estaba tratando de elevarse, pero Lex era demasiado pesada y, mientras pugnaba por levantarla, le propinaba repetidos golpes en la cabeza con su larga mandíbula puntiaguda.

Lex gritaba, agitando los brazos con desesperación. Grant hizo lo único que se le ocurrió en el momento: corrió hacia delante y saltó hacia arriba, lanzándose contra el cuerpo del dáctilo. Lo derribó, haciendo que el animal cayera de lomo contra el suelo, y él cayó encima del peludo cuerpo. El animal chilló y lanzó mordiscos como tijeretazos; Grant movió la cabeza para esquivar las mandíbulas y se apoyó en el animal para alejarse, mientras las gigantescas alas batían alrededor de su cuerpo. Era como estar en una tienda durante un vendaval: no podía ver; no podía oír; no había otra cosa más que el aleteo, los chillidos y las membranas coriáceas. Las patas armadas de garras le arañaban frenéticamente el pecho. Lex gritaba, Grant se desprendió del dáctilo, que chillaba mientras batía las alas y pugnaba por girar sobre sí mismo, para enderezarse. Por fin consiguió

apoyarse en las alas, como un murciélago, y rodó sobre sí mismo; se irguió sobre las pequeñas garras de las alas y empezó a caminar de esa manera. Grant vaciló un momento, atónito: ¡el animal podía caminar sobre sus alas! ¡La especulación de Lederer era correcta! Pero, en ese momento, los demás dáctilos se les venían en picado y Grant estaba atontado, sin haber recuperado el equilibrio y, horrorizado, vio a Lex correr con los brazos sobre la cabeza… Tim gritaba a voz en cuello…

El primero de los animales se abalanzó; la niña le tiró algo y, de repente, el dáctilo silbó y volvió a elevarse. Los demás dáctilos hicieron lo mismo y siguieron al primero por el cielo. El cuarto dáctilo aleteó desmañadamente en el aire, para unirse a los otros. Grant miró hacia arriba, entornando los ojos, para ver qué había pasado: los tres dáctilos perseguían al primero, chillando con furia.

Habían quedado solos en el campo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grant.

—Tienen mi guante —contestó Lex—. Mi «Darril Strawberry» especial.

Empezaron a caminar de nuevo.

Tim puso el brazo alrededor de los hombros de su hermana:

—¿Estás bien?

—¡Claro, que sí, estúpido! —respondió Lex, sacudiéndoselo de encima. Miró hacia arriba—: Espero que se atraganten y se mueran.

—Sí —dijo Tim—. Yo también.

Allá adelante vieron el bote en la orilla. Grant miró su reloj: eran las ocho y treinta. Tenían dos horas y media para regresar.

Lex vitoreó cuando se deslizaron por el río, alejándose más allá de la cúpula plateada del sector de aves prehistóricas. Después, las orillas del río se estrecharon a ambos lados y los árboles se reunieron por encima de ellos una vez más. El río era más angosto que nunca, en algunos puntos no medía más que tres metros de ancho, y la corriente fluía con más rapidez. Lex extendía la mano para tocar las ramas cuando pasaban frente a ellas.

Grant se retrepó en la balsa y escuchó el gorgoteo del agua a través de la tibia goma. Ahora se desplazaban más deprisa, las ramas que tenían por encima se deslizaban con mayor celeridad. Era agradable. Producía un poco de brisa en los cálidos confines de las ramas que se adoselaban sobre ellos. Y eso quería decir que regresarían mucho más deprisa.

Grant conjeturó que habían llegado, pero que tenían que estar a muchos kilómetros, por lo menos, del edificio de los saurópodos en el que habían pasado la noche. Quizás a seis u ocho kilómetros; quizá, todavía más. Eso significaba que podrían hallarse a nada más que una hora de caminata del hotel, una vez que abandonaran la balsa. Pero, después de lo del sector de aves prehistóricas, Grant no tenía el menor interés por volver a dejar el río. Por el momento, estaban viajando a buena velocidad.

—Me pregunto cómo estará Ralph —dijo Lex—. Probablemente está muerto, o algo así.

—Estoy seguro de que está bien.

—Me pregunto si me dejaría montarlo. —La niña suspiró, amodorrada por el sol—. Eso sería bonito, montar a Ralph.

Tim le dijo a Grant:

—¿Recuerda cuando estábamos con el estegosaurio? ¿Anoche?

—Sí.

—¿Cómo es que usted les preguntó lo del ADN de rana?

—Por lo de la procreación. No se pueden explicar por qué los dinosaurios están procreando, ya que los someten a irradiación, y dado que todos son hembras.

—Exacto.

—Bueno, la irradiación es tristemente célebre por no ser de fiar, y probablemente no funciona. Creo que eso, con el tiempo, se demostrará aquí. Pero todavía queda el problema de que los dinosaurios son hembras: ¿cómo se pueden reproducir cuando todas son hembras?

—Eso es —asintió Tim.

—Bueno, pues por todo el reino animal la reproducción sexual existe con extraordinaria diversidad.

—Tim está muy interesado por el sexo —dijo Lex.

Ambos pasaron por alto ese comentario.

—Por ejemplo —prosiguió Grant—, muchos animales tienen reproducción sexual sin siquiera mantener lo que llamaríamos relaciones sexuales: el macho libera un espermatóforo, que contiene el esperma, y la hembra lo recoge más tarde. Esta clase de intercambio no requiere que haya tanta diferenciación física entre macho y hembra como solemos creer con frecuencia. Los machos y las hembras son más parecidos en algunos animales que en los seres humanos.

—¿Pero qué pasa con las ranas?

Grant oyó chillidos repentinos que venían de las ramas que tenían por encima, cuando los microceratópsidos salieron corriendo en todas direcciones, alarmados, sacudiendo las ramas. La cabezota del dinosaurio asomó de repente a través del follaje, desde la izquierda; las mandíbulas tirando dentelladas a la balsa. Lex aulló de terror, y Grant remó hacia la ribera opuesta, pero en esa parte el río sólo tenía tres metros de ancho. El tiranosaurio se había atascado en la densa vegetación. Empujaba con la cabeza hacia delante, la torcía, y rugía. Después, la zafó echándose atrás.

A través de los árboles que tapizaban la ribera del río, vieron la enorme forma oscura del tiranosaurio que se desplazaba hacia el norte, en busca de un hueco entre los árboles que cubrían las orillas. Todos los microceratópsidos habían pasado a la ribera opuesta, donde chillaban, correteaban y saltaban arriba y abajo. En la balsa, Grant, Tim y Lex contemplaban, indefensos, cómo el tiranosaurio intentaba irrumpir otra vez entre la vegetación. Pero ésta era demasiado densa a lo largo de las riberas del río. Una vez más, el tiranosaurio se desplazó aguas abajo, adelantándose a la balsa, y volvió a intentarlo, sacudiendo las ramas con furia.

Pero, una vez más, fracasó.

Después se alejó, dirigiéndose aguas abajo, pero más lejos.

—Lo odio —dijo Lex.

Grant se reclinó en el bote, sumamente perturbado. Si el tiranosaurio hubiera logrado pasar a través de la espesura, Grant no hubiera podido hacer nada para salvarlos. El río era muy angosto, apenas más ancho que la balsa. Era como viajar por un túnel. A menudo, la borda de goma raspaba el barro, cuando al bote lo arrastraba la veloz corriente.

Grant echó un vistazo al reloj: casi las nueve. La balsa proseguía su deriva aguas abajo.

—¡Eh! —dijo Lex—. ¡Escuchad!

Grant oyó gruñidos, entre los que se intercalaba un chillido ululante repetido. Los chillidos provenían de una curva, que estaba más adelante, aguas abajo. Grant prestó atención, y volvió a oír el ulular.

—¿Qué es? —preguntó Lex.

—No sé —dijo Grant—. Pero hay más de uno. —Con los remos, llevó el bote hasta la orilla opuesta y se aferró a una rama para detener la balsa. El gruñido se repitió. Después, más gritos.

—Suena como si fuera una bandada de búhos —dijo Tim.

—¿Todavía no es hora de darme más morfina? —gimió Malcolm.

—Todavía no —contestó Ellie.

Malcolm suspiró:

—¿Cuánta agua tenemos aquí?

—No sé, hay abundante agua corriente que sale del grifo…

—No. Me refiero a cuánta hay en el depósito. ¿Hay algo?

Ellie se encogió de hombros:

—Nada.

—Vaya a las habitaciones de este piso —dijo Malcolm—, y llene la bañera con agua.

Ellie frunció el entrecejo.

—Además —prosiguió Malcolm—, ¿tenemos receptores-trasmisores móviles personales? ¿Linternas? ¿Fósforos? ¿Calentadores de supervivencia? ¿Cosas como ésas?

—Buscaré. ¿Está previendo que se produzca un terremoto?

—Algo así; el Efecto Malcolm entraña cambios catastróficos.

—Pero Arnold dice que todos los sistemas están funcionando a la perfección.

—Ahí es cuando se produce.

—Usted no tiene una gran opinión de Arnold, ¿no?

—Él está bien. Es un ingeniero. Wu, lo mismo. Ambos son técnicos. No tienen inteligencia. Tienen lo que denomino «inexisteligencia»; ven la situación inmediata; piensan con estrechez, y a eso le llaman «estar concentrado en un concepto». No ven lo que les rodea; no ven las consecuencias. De esa manera es como se llega a conseguir una isla como esta. Como consecuencia del pensamiento ininteligente: porque no se puede fabricar un animal y después esperar que no actúe como si estuviera vivo. Que sea impredecible. Que se escape; pero no lo ven.

—¿No cree usted que eso no es más que la naturaleza humana? —adujo Ellie.

—¡Por Dios, no! Eso es como decir que huevos revueltos y tocino para el desayuno son parte de la naturaleza humana. No es nada de eso. Es, pura y exclusivamente, adiestramiento occidental, y mucho del resto del mundo siente náuseas cuando piensa en eso. —Se contrajo de dolor—: La morfina hace que me ponga filosófico.

—¿Quiere agua?

—No. Le diré cuál es el problema de los ingenieros y los científicos: los científicos tienen una línea de cháchara cuidadosamente elaborada acerca de cómo persiguen el conocimiento de la verdad de la Naturaleza. Lo que es cierto, pero no es eso lo que los mueve. A nadie le mueven abstracciones tales como la «búsqueda de la verdad».

»En realidad, lo que preocupa a los científicos son los logros. Y están concentrados en si pueden hacer algo. Nunca se detienen a preguntar si deben hacer algo. De modo muy conveniente, a tales reflexiones las definen como «inútiles»: si no lo hacen ellos, algún otro lo hará. El descubrimiento, afirman, es inevitable. Así que simplemente tratan de lograrlo. Ése es el juego que se practica en la ciencia. Aun el descubrimiento científico puro es una acción agresora, de penetración; exige un gran equipo y literalmente cambia el mundo venidero: los aceleradores de partículas lesionan profundamente la tierra, y dejan subproductos radiactivos. Los astronautas dejan basura en la Luna. Siempre quedan evidencias de que los científicos estuvieron ahí, haciendo sus descubrimientos. Un descubrimiento siempre es una violación del mundo natural. Siempre.

»Los científicos lo quieren de esa manera. Tienen que meter sus instrumentos. Tienen que dejar su señal. No se pueden limitar a observar. No se pueden limitar a apreciar. No se pueden limitar a encajar en el orden natural: tienen que hacer que algo antinatural ocurra. Ése es el trabajo del científico, y ahora tenemos sociedades enteras que intentan ser científicas. —Suspiró y volvió a reclinarse.

—¿No cree que exagera…?

—¿Qué aspecto tiene una de sus excavaciones un año después?

—Bastante malo —admitió ella.

—¿No vuelven a plantar, no restauran la tierra después de excavarlo?

—No.

—¿Por qué no?

Ellie se encogió de hombros:

—No hay dinero, supongo…

—¿Sólo hay dinero suficiente para cavar, pero no para restaurar?

—Bueno, sólo estamos trabajando en las tierras malas…

—Tan sólo las tierras malas —dijo Malcolm, meneando la cabeza—. Tan sólo basura. Tan sólo subproductos. Tan sólo efectos colaterales… Estoy

tratando de decirle que los científicos lo quieren de esa manera: quieren subproductos, basura, cicatrices y efectos colaterales. Es una forma de tranquilizarse. Eso se incorpora a la trama de la ciencia y es un desastre cada vez mayor.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—Desháganse de los que son ininteligentes. Retírenlos del poder.

—Pero entonces perderíamos todos los progresos…

—¿Qué progresos? —preguntó Malcolm, irritado—. La cantidad de horas que las mujeres le dedican al cuidado del hogar no ha cambiado desde 1930, a pesar de todos los progresos. Todas las aspiradoras, lavadoras-secadoras, trituradoras de basura, eliminadoras de desperdicios, telas que se lavan y se usan sin planchado… ¿Por qué limpiar la casa requiere tanto tiempo, todavía, como en 1930?

Ellie nada dijo.

—Porque no ha habido progreso ninguno —se autorrespondió Malcolm—. No verdadero progreso. Treinta mil años atrás, cuando los hombres estaban haciendo pinturas rupestres en Lascaux, trabajaban veinte horas semanales para abastecerse de alimento, refugio y vestido. El resto del tiempo podían jugar, o dormir, o hacer lo que quisieran. Y vivían en un mundo natural, con aire puro, agua pura, hermosos árboles y ocasos. Piense en eso: veinte horas por semana. Hace treinta mil años.

—¿Quiere volver atrás el reloj?

—No: quiero que la gente despierte. Hemos tenido cuatrocientos años de ciencia moderna y, en este momento, deberíamos saber para qué sirve y para qué no. Es hora de cambiar.

—¿Antes de que destruyamos el planeta? —inquirió Ellie.

Malcolm suspiró, y cerró los ojos. Después:

—Oh, querida; eso sería lo último de lo que me preocuparía.

En el oscuro túnel del río de la jungla, Grant avanzaba, cogiéndose de las ramas alternativamente con una mano y con la otra, desplazando con cuidado la balsa hacia delante. Todavía percibía los sonidos. Y, por fin, vio los dinosaurios:

—¿No son ésos los venenosos?

—Sí —contestó Grant—. Dilofosaurios.

Erguidos en la orilla había dos dilofosaurios. Los cuerpos de tres metros de

alto tenían manchas amarillas y negras; por debajo, el vientre era verde brillante, como el de las lagartijas. Dos crestas curvas gemelas, rojas, corrían a lo largo de la parte superior de la cabeza, desde los ojos hasta la nariz, formando una V por encima de la cabeza. La apariencia como de pájaro quedaba reforzada por el modo en que los animales se movían, inclinándose para beber agua del río, irguiéndose después para gruñir y ulular.

Lex susurró:

—¿Deberíamos bajar y caminar?

Grant contestó que no con la cabeza: los dilofosaurios eran más pequeños que el tiranosaurio, lo suficientemente pequeños como para pasar entre el denso follaje que había en los márgenes del río. Y parecían ser rápidos, cuando gruñían y ululaban entre sí.

—Pero no podemos pasar frente a ellos en el bote —dijo Lex—: tienen veneno.

—Tenemos que hacerlo. De alguna manera.

Los dilofosaurios siguieron bebiendo y ululando. Parecían estar interactuando entre ellos según una pauta de conducta extrañamente ritual, reiterativa: el animal que estaba a la izquierda se inclinaba para beber, abriendo la boca para desnudar largas hileras de dientes agudos y, entonces, ululaba. El animal de la derecha ululaba respondiendo al primero y se inclinaba para beber, reproduciendo, de manera idéntica, los movimientos del animal de la izquierda. Después, la secuencia se repetía, exactamente de la misma forma.

Grant observó que el animal de la derecha era más pequeño, con manchas de menor tamaño en el lomo, y que su cresta era de color rojo más opaco.

—Quién lo diría —contestó—: es un ritual de apareamiento.

—¿Podemos pasar frente a ellos? —preguntó Tim.

—No de la manera en que están ahora: están justo en la orilla del agua. —Grant sabía que los animales a menudo llevaban a cabo esos rituales de apareamiento durante horas; no comían, no prestaban atención a ninguna otra cosa… Miró su reloj: las nueve y veinte.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tim.

Grant suspiró:

—No tengo la menor idea.

Se sentó en la balsa y, en ese momento, los dilofosaurios empezaron a graznar y rugir repetidamente, presas de agitación. Grant alzó la vista: ambos animales miraban en dirección opuesta al río.

—¿Qué pasa? —preguntó Lex.

Grant sonrió:

—Creo que, por fin, vamos a tener ayuda. —Alejó la balsa hacia el centro del río, empujándose con las manos en la orilla—. Chicos, quiero que vosotros dos os tendáis en el fondo de la balsa. Pasaremos lo más deprisa que podamos. Pero recordad esto: pase lo que pase, no digáis nada, y no os mováis, ¿entendido?

La balsa empezó a desplazarse aguas abajo, hacia los ululantes dilofosaurios. Ganó velocidad. Lex estaba tendida a los pies de Grant, mirándole con pavor.

Se estaban acercando a los dilofosaurios, que todavía se hallaban de espaldas al río. Pero Grant extrajo su pistola de aire comprimido y revisó la cámara.

La balsa siguió adelante y pudieron oler un hedor peculiar, dulzón y nauseabundo a la vez. Parecía vómito seco. El ulular de los dilofosaurios sonaba con mayor intensidad. La balsa dio vuelta a un último recodo y Grant contuvo la respiración: los dilofosaurios no estaban a más que unos metros de distancia, graznando a los árboles que estaban más allá del río.

Como había sospechado, le estaban graznando al tiranosaurio: el animal intentaba pasar a través de la vegetación, y los dilofosaurios ululaban y pataleaban en el barro. La balsa se deslizó frente a ellos. El hedor producía náuseas. El tiranosaurio rugió, porque vio la balsa. Pero, al instante siguiente…

Un golpe sordo.

La balsa dejó de moverse: estaban varados contra la margen del río, sólo a unos pocos metros, aguas abajo, de los dilofosaurios.

Lex susurró:

—¡Ah, grandioso!

Se oyó un prolongado sonido de frotación de la balsa contra el barro. Después empezó a navegar otra vez. Estaban bajando por el río. El tiranosaurio rugió por última vez y se fue; uno de los dilofosaurios parecía sorprendido y, después, ululó. El otro ululó en respuesta al primero.

La balsa se fue flotando río abajo.

Tiranosaurio

El jeep avanzaba dando saltos bajo un sol cegador. Muldoon conducía, con Gennaro a su lado. Estaban en campo abierto, alejándose de la densa línea de vegetación y palmeras que señalaba el curso del río, unos noventa metros hacia el este. Llegaron a una elevación y Muldoon detuvo el vehículo.

—¡Cristo, hace calor! —comentó, enjugándose la frente con el dorso del brazo. Bebió de la botella de whisky que tenía entre las rodillas; después se la ofreció a Gennaro.

Gennaro negó con la cabeza. Contempló el paisaje, que centelleaba débilmente bajo el calor matinal. Después miró el ordenador y el monitor de televisión montados en el tablero de instrumentos: el monitor mostraba vistas del parque, tomadas por cámaras lejanas. Todavía no había señales de Grant y los niños. Ni del tiranosaurio.

La radio chasqueó:

—Muldoon.

Muldoon levantó el receptor:

—Sí.

—¿Tiene el equipo que va montado en el tablero? He encontrado al rex: está en la cuadrícula 442. Y va a la 443.

—Un momento —dijo Muldoon, ajustando el monitor—. Sí, lo tengo ahora. Está siguiendo el río.

El animal marchaba a lo largo del follaje que tapizaba las márgenes del río, yendo hacia el norte.

—No se exalte con él. Tan sólo inmovilícelo.

—No se preocupe —le tranquilizó Muldoon, entornando los ojos por el sol —, no voy a lastimarle.

—Recuerde: el tiranosaurio es nuestra principal atracción —hizo hincapié Arnold.

Muldoon apagó la radio con un chasquido de estática:

—Maldito idiota: todavía está hablando de los turistas. —Puso en marcha el motor—: Vamos a ver a «Rexy» y a darle una dosis.

El jeep avanzó traqueteando por el terreno.

—Hace tiempo que estaba deseándolo —dijo Gennaro.

—Hace tiempo que esperaba hacerle una trastada a ese gran bastardo —confesó Muldoon—. Y ahí está.

Se detuvieron con tanta brusquedad que el jeep giró sobre sí mismo. A través del parabrisas, Gennaro vio el tiranosaurio directamente delante de ellos, moviéndose entre las palmeras que había a lo largo del río.

Muldoon vació la botella de whisky y la tiró en el asiento de atrás. Tendió la mano para alcanzar sus tubos. Gennaro miró el monitor de televisión, que mostraba el jeep de ellos y el tiranosaurio: debía de haber una cámara de circuito cerrado en los árboles, en alguna parte allá atrás.

—Si quiere ayudar —dijo Muldoon—, puede romper los sellos y abrir esos cartuchos que tiene a sus pies.

Gennaro se inclinó y abrió una caja «Halliburton» de acero inoxidable. El interior estaba acolchado con espuma de goma. Cuatro cilindros, cada uno del tamaño de una botella de un cuarto de litro de capacidad, estaban alojados en la espuma. Todos llevaban el rótulo MORO-709. Gennaro extrajo uno.

—Le rompe la punta y le atornilla una aguja —explicó Muldoon.

Gennaro encontró un paquete plástico con agujas grandes, cada una del diámetro de la yema de un dedo. Atornilló una en el cartucho. El extremo opuesto del cartucho tenía un peso circular de plomo.

—Ése es el émbolo: se comprime al producirse el impacto. —Muldoon se sentó hacia delante, con el rifle de aire terciado sobre las rodillas. Era de pesado metal tubular gris, y a Gennaro le pareció que se trataba de un bazuca o de un lanzacohetes.

—¿Qué es MORO-709?

—Tranquilizante clásico para animales. Los zoológicos de todo el mundo lo usan. Probaremos con mil centímetros cúbicos, para empezar. —Muldoon abrió la cámara con un movimiento seco: era lo suficientemente grande como para que cupiese el puño.

Deslizó el cartucho dentro y la cerró.

—Esto debe de bastar —dijo Muldoon—. Un elefante normal necesita alrededor de doscientos cecés, pero cada uno sólo pesa dos o tres toneladas. El ***Tyrannosaurus rex*** pesa ocho toneladas y es mucho más malvado. Eso importa para la dosificación.

—¿Por qué?

—La dosificación que se le da a un animal depende, en parte, del peso corporal y, en parte, del temperamento: se dispara la misma dosis del 709 a un elefante, a un hipopótamo y a un rinoceronte. —Al elefante le inmoviliza, de modo que se limita a quedarse quieto como una estatua. Al hipo le frena, de modo que se amodorra, pero se sigue moviendo. Y el riño se vuelve furiosamente combativo. Pero, por otro lado, a un rinoceronte se lo persigue durante más de cinco minutos en un automóvil, y se desploma muerto como consecuencia de un shock de adrenalina. Extraña combinación de dureza y delicadeza.

Muldoon condujo lentamente hacia el río, acercándose al tiranosaurio. Continuó:

—Pero todos ésos son mamíferos. Sabemos mucho sobre cómo manejar mamíferos, porque todos los zoológicos están estructurados en torno a la atracción que ejercen los grandes mamíferos: leones, tigres, osos, elefantes. Sabemos mucho menos de los reptiles. Y nadie sabe nada de los dinosaurios. Los dinosaurios son animales nuevos.

—¿Usted los considera reptiles? —preguntó Gennaro.

—No. Los dinosaurios no encajan en las categorías existentes.

Le dio un brusco giro al volante para evitar una roca y prosiguió:

—En realidad, lo que encontramos es que los dinosaurios fueron tan variables como los mamíferos lo son hoy: algunos dinos son mansos y encantadores, y otros son malvados y desagradables. Algunos ven bien y otros, no. Algunos son estúpidos y otros son muy, muy inteligentes.

—¿Como los raptores? —completó Gennaro.

Muldoon asintió con la cabeza:

—Los raptores son astutos. Muy astutos. Créame, todos los problemas que tenemos hasta el momento no son nada comparados con los que tendríamos si los velocirraptores escaparan alguna vez de su reserva… Ah, creo que esto es lo más cerca que podemos llegar de nuestro «Rexy».

Allá adelante, el tiranosaurio metía la cabeza entre las ramas, escudriñando el río. Tratando de pasar. Después, se desplazaba unos pocos metros río abajo,

para volver a intentarlo.

—Me pregunto qué es lo que ve ahí adentro —dijo Gennaro.

—Es difícil saberlo. A lo mejor está tratando de llegar a los microceratópsidos que andan dando vueltas por las ramas. La van a hacer participar en una gozosa persecución.

Muldoon detuvo el jeep a unos cuarenta y cinco metros del tiranosaurio, y dio vuelta al vehículo. Dejó el motor en marcha:

—Siéntese detrás del volante —indicó— y póngase el cinturón de seguridad. —Tomó otro cartucho y lo prendió en la camisa. Después, se apeó.

Gennaro se puso detrás del volante:

—¿Ha hecho esto antes muy a menudo?

Muldoon eructó. Dijo:

—Nunca. Trataré de darle justo detrás del conducto auditivo. Veremos cómo van las cosas a partir de ahí.

Caminó unos nueve metros por detrás del jeep y se agazapó en la hierba, afianzándose sobre una rodilla. Apoyó el enorme rifle contra el hombro y, con un movimiento corto y neto, encendió la gruesa mira telescópica. Apuntó al tiranosaurio, que todavía no hacía caso de la presencia de los hombres.

Hubo una pálida explosión de gas y Gennaro vio una raya blanca que volaba hacia el animal. Pero nada pareció ocurrir.

Entonces, el tiranosaurio se dio vuelta lentamente, con curiosidad, para escudriñarlos. Movía la cabeza de un lado para otro, como si les mirara alternativamente con uno y otro ojo.

Muldoon había bajado el lanzador y estaba cargando el segundo cartucho.

—¿Le ha dado? —preguntó Gennaro.

Muldoon negó con la cabeza:

—Fallé. Malditas miras láser… Vea si hay una batería en la caja.

—¿Una qué?

—Una batería. Es casi tan grande como un dedo. Con marcas grises.

Gennaro se inclinó para mirar en la caja de acero. Sintió la vibración del jeep, oyó el motor ronroneando. No vio batería alguna. El tiranosaurio rugió: para Gennaro fue un sonido aterrador, que retumbaba desde la gran cavidad torácica del animal, un bramido que se extendía por el paisaje. Gennaro se sentó en forma brusca y extendió las manos sobre el volante; puso la mano sobre la palanca de cambios. A través de la radio oyó una voz que decía:

—Muldoon. Aquí Arnold. Lárguese de ahí. Cambio y fuera.

—Sé lo que estoy haciendo —contestó Muldoon.

El tiranosaurio se lanzó a la carga.

Muldoon se mantuvo firme en su puesto. A pesar de la bestia que se abalanzaba sobre él a toda velocidad, lenta y metódicamente alzó el lanzador, apuntó y disparó. Una vez más, Gennaro vio la bocanada de humo y la raya blanca del cartucho que iba hacia el animal.

Nada ocurrió. El tiranosaurio siguió avanzando.

Ahora Muldoon estaba de pie y corriendo, al tiempo que gritaba:

—¡Vamos! ¡Vamos!

Gennaro puso el jeep en marcha y Muldoon se arrojó sobre la portezuela lateral, mientras el jeep se bamboleaba hacia delante. El tiranosaurio se aproximaba con rapidez, y Muldoon abrió la portezuela de un golpe y trepó al interior del vehículo.

—¡Vamos, maldita sea! ¡Vamos!

Gennaro hundió el pedal hasta el suelo. El jeep iba dando tumbos inseguros; el extremo anterior se elevaba tanto que, a través del parabrisas, únicamente vieron el cielo, para después volver a caer estruendosamente al suelo y correr nuevamente hacia delante. Gennaro enfiló hacia un bosquecillo de árboles que había a la izquierda hasta que, por el espejo retrovisor, vio al tiranosaurio lanzar un rugido final y alejarse.

Gennaro redujo la velocidad del coche y masculló:

—¡Jesús!

Muldoon estaba meneando la cabeza:

—Podría jurar que le di la segunda vez.

—Yo diría que falló —dijo Gennaro.

—La aguja tiene que haberse roto antes de que el émbolo le inyectara.

—Admítalo: erró el tiro.

—Sí —asintió Muldoon.

Suspiró:

—Erré el tiro. La batería estaba agotada en las malditas miras láser. Culpa mía. Debí haberla revisado, después de estar fuera toda la noche pasada. Regresemos y consigamos más cartuchos.

El jeep se dirigió hacia el norte, hacia el hotel. Muldoon tomó el micrófono:

—Control.

—Sí —dijo Arnold.

—Nos dirigimos de vuelta a la base.

Ahora el río era muy estrecho y fluía con rapidez. La balsa iba cada vez más deprisa. Empezaban a tener la sensación de que era como un viaje en un parque de atracciones.

—¡Uiii! —aulló Lex, aferrándose a la borda—. ¡Deprisa, más deprisa!

Grant entornó los ojos, mirando hacia delante: el río todavía era estrecho y oscuro pero, más adelante, pudo ver que los árboles terminaban y que se veía luz brillante de día y se oía un lejano rugido. El río parecía terminar abruptamente en una peculiar recta horizontal…

La balsa iba todavía más deprisa.

Grant, presuroso, tomó los remos.

—¿Qué pasa?

—Es una cascada —informó.

La balsa emergió bruscamente de la oscuridad que formaba un toldo sobre él, a la brillante luz de la mañana, y se lanzó hacia delante, llevada por la veloz corriente hacia el borde de la cascada. El rugido sonaba con intensidad en sus oídos. Grant remó lo más vigorosamente que pudo, pero únicamente consiguió que la balsa girara sobre sí misma en círculos, siguiendo inexorablemente hacia el borde.

Lex se inclinó hacia Grant:

—¡No sé nadar! —Grant vio que la niña no tenía abrochado el chaleco salvavidas, pero no había nada que él pudiera hacer.

Con aterradora velocidad llegaron al filo de la caída, y el rugido del agua que se precipitaba pareció llenar el mundo. Grant apretó el remo profundamente en el agua; sintió cómo se atascaba y resistía, justo en el borde de la cascada. La balsa de goma se estremecía por la corriente, pero no siguió avanzando. Grant se apoyó con todas sus fuerzas en el remo y, al mirar sobre el borde del salto de agua, vio la abrupta caída de quince metros hacia el bullente embalse que esperaba abajo.

Y allí, esperándoles, estaba el tiranosaurio.

Lex chillaba aterrorizada y, en ese momento, la balsa giró y cayó por la cascada, despidiéndolos por el aire hacia la rugiente masa de agua, hacia la que cayeron de manera vertiginosa. Grant agitaba los brazos en el aire, y el mundo súbitamente quedó silencioso y moviéndose en cámara lenta.

A Grant le pareció que caía durante inacabables minutos; tuvo tiempo para observar a Lex que caía al lado de él, aferrada a su chaleco anaranjado; tuvo tiempo para observar a Tim, que miraba hacia abajo; tuvo tiempo para observar la congelada cortina blanca del agua de la cascada; tuvo tiempo para observar el burbujeante embalse que tenía abajo, mientras caía lenta, silenciosamente, hacia él.

Y entonces, con doloroso chapuzón, Grant se precipitó en el agua fría, rodeado por bullentes burbujas blancas. Dio tumbos, giró sobre sí mismo y tuvo una rápida visión de la pata del tiranosaurio, mientras un remolino le hacía pasar a su lado, le arrastraba hacia el embalse y le arrojaba hacia el río que corría más allá. Grant nadó hacia la orilla, se agarró a unas rocas tibias, resbaló, asió una rama y, por fin, logró impulsarse fuera de la corriente principal. Jadeante, se arrastró boca abajo sobre las rocas, y miró hacia el río justo a tiempo para ver la balsa marrón de goma que pasaba frente a él dando tumbos.

Después, vio a Tim, luchando en la corriente, extendió el brazo y lo extrajo, tosiendo y temblando, hacia la orilla.

Grant se volvió hacia la cascada y vio al tiranosaurio lanzar la cabeza, hundiéndola en el agua del embalse que tenía frente a sí. La enorme cabeza se sacudió, salpicando agua a cada lado. Tenía algo entre los dientes.

Y entonces el tiranosaurio volvió a levantar la cabeza.

Colgando flojamente de sus mandíbulas estaba el chaleco salvavidas anaranjado de Lex.

Instantes después, Lex emergió, subiendo y bajando como un corcho, al lado de la larga cola del dinosaurio: yacía boca abajo en el agua, su cuerpecito arrastrado río abajo por la corriente. Grant se zambulló detrás de ella, y otra vez se encontró inmerso en el agitado torrente. Instantes después, empujó sobre las rocas un peso muerto, agobiante; la cara de Lex estaba cenicienta; de su boca salía agua.

Grant se inclinó sobre ella para hacerle la respiración boca a boca. La niña tosió. Después, vomitó un líquido verde amarillento y volvió a toser. Los párpados se abrieron y cerraron varias veces, con rapidez:

—Hola —dijo. Sonrió débilmente—. Lo conseguimos.

Tim empezó a llorar. Su hermana tosió otra vez.

—¿Vas a terminar de una vez? ¿Por qué estás llorando?

—Porque…

—Estábamos preocupados por ti —dijo Grant.

Pequeños restos de material blanco venían bajando por el río: el tiranosaurio estaba desgarrando el chaleco salvavidas. Todavía estaba de espaldas a ellos, mirando hacia la cascada pero, en cualquier momento, podía darse vuelta y verles…

—Vamos, chicos —dijo Grant.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lex, tosiendo.

—Vamos.

Grant buscaba un lugar donde esconderse. Río abajo sólo vio una llanura herbácea abierta, que no brindaba protección; aguas arriba, estaba el dinosaurio. En ese momento vio un sendero de tierra que bordeaba el río: aparentemente llevaba hacia la cascada.

Y, en la tierra, vio la huella clara del zapato de un hombre que se dirigía hacia lo alto del sendero, hacia la cascada.

Por fin, el tiranosaurio se volvió, gruñendo y mirando hacia la llanura herbácea: pareció deducir que los seres humanos habían escapado. Los buscaba aguas abajo. Grant y los hermanitos se agacharon entre los grandes helechos que tapizaban los márgenes del río. Con cautela, Grant les guio aguas arriba.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lex—. Estamos volviendo.

—Lo sé.

Estaban más cerca de la cascada ahora; el rugido se oía con mucha más intensidad. Las rocas se hicieron resbaladizas; el sendero estaba cubierto de barro. Había una bruma constante que flotaba en el aire: era como moverse a través de una nube. El sendero parecía llevar directamente al interior de la masa de agua que se precipitaba pero, a medida que se acercaban, vieron que, en realidad, pasaba por detrás de la catarata.

El tiranosaurio les seguía buscando aguas abajo, con el lomo vuelto hacia ellos. Se apresuraron a recorrer el sendero que llevaba hacia la cascada, y ya casi habían llegado detrás de la cortina de agua, cuando Grant vio que el tiranosaurio se volvía. En ese momento quedaron completamente detrás de la cascada, y Grant no podía ver a través de la cortina plateada.

Miró en derredor sorprendido: había un pequeño nicho ahí, apenas más grande que un armario empotrado, y lleno de maquinaria; ronroneantes bombas y grandes filtros y tuberías. Todo estaba mojado y frío.

—¿Nos ha visto? —dijo Lex; tenía que gritar para cubrir el ruido del salto de agua—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar? ¿Nos ha visto?

—Un momento, por favor —dijo Grant. Estaba observando el equipo. Resultaba claro que era maquinaria del parque. Y que tenía que haber electricidad para hacerla funcionar, así que, quizás hubiera un teléfono para establecer comunicación. Empezó a meter las manos entre los filtros y las tuberías.

—¿Qué está haciendo? —gritó Lex.

—Busco un teléfono.

Eran cerca de las diez de la mañana: tenían apenas un poco más de una hora para ponerse en contacto con el barco, antes de que llegara a tierra firme.

En la parte de atrás del nicho, Grant halló una puerta metálica en la que se había impreso el letrero MANT 04, pero estaba firmemente cerrada con llave. Junto a ella había una ranura para introducir una tarjeta de seguridad. A lo largo de la puerta vio una hilera de cajas metálicas: las abrió una después de otra, pero únicamente contenían interruptores y temporizadores. Ningún teléfono. Y nada para abrir la puerta.

Casi pasó de largo la caja que estaba a la izquierda de la puerta: al abrirla, encontró un micro teclado con nueve botones, cubierto con puntos de moho verde. Pero tenía el aspecto de ser un medio para abrir la puerta, y Grant tenía la sensación de que al otro lado de esa puerta había un teléfono. Grabado en el metal de la caja estaba el número 1023: Grant lo marcó en el teclado.

Con un chirrido, la puerta se abrió: abismal oscuridad más allá, escalones de hormigón que llevaban hacia abajo. Sobre la pared de atrás vio otro letrero: VEHÍCULO 04/CARGADOR 22 MANT, y una flecha que señalaba hacia la parte baja de la escalera. ¿Podría ser que realmente hubiera un vehículo?

—Vamos, chicos.

—¡Ni lo piense! —declaró Lex—. Yo no me meto ahí.

—Vamos, Lex —la instó Tim.

—No —repitió Lex—, no hay luz ni nada. No voy.

—No importa —dijo Grant: no había tiempo para discutir—: Quedaos aquí, y yo volveré enseguida.

—¿A dónde va? —preguntó Lex, repentinamente alarmada.

Grant pasó por la puerta, que emitió un corto y penetrante tono electrónico y se cerró detrás de él de golpe, impulsada por un resorte.

Quedó sumido en la más absoluta oscuridad. Después de un instante de sorpresa, se volvió hacia la puerta y palpó su mojada superficie: no había

picaporte, no había cerrojo. Se volvió hacia las otras puertas que había a cada lado, recorriéndolas con los dedos para encontrar un interruptor, una caja de controles, cualquier cosa…

No había nada.

Estaba luchando contra el pánico, cuando los dedos se le cerraron sobre un cilindro metálico frío. Dejó correr las manos sobre un borde que se ensanchaba, una superficie plana… ¡una linterna! La encendió, y el haz resultó sorprendentemente brillante. Volvió a mirar la puerta, pero vio que no se abría: tendría que esperar a que los niños la destrabaran. Mientras tanto…

Empezó a descender con cuidado por los escalones mojados y resbaladizos por el moho. Cuando había recorrido parte del tramo de escalera, oyó el sonido de olfateo y de garras rasguñando hormigón. Extrajo su pistola de dardos y prosiguió la marcha con cautela.

La escalera giraba y, cuando enfocó el haz de luz, un extraño reflejo destelló como respuesta y entonces, un instante después, lo vio; ¡un coche! Era un coche eléctrico, como un carrito de golf, y estaba frente a un túnel largo que parecía extenderse durante kilómetros. Una luz roja brillante refulgía junto al volante, así que quizás estuviera cargado.

Grant volvió a oír el sonido de olfateo, hizo rodar el vehículo y vio una forma descolorida levantarse hacia él, saltando por el aire, con las mandíbulas abiertas y, sin pensar, disparó. El animal cayó sobre él, derribándole, y Grant rodó sobre sí mismo para alejarse, presa del miedo; la linterna se sacudía locamente. Pero el animal no se levantó, y Grant se sintió como un tonto cuando lo vio:

Era un velocirraptor, pero muy joven, de menos de un año. Medía alrededor de sesenta centímetros, la talla de un perro mediano, y yacía en el suelo, respirando en forma entrecortada, con el dardo sobresaliéndole bajo la mandíbula: probablemente había demasiado anestésico para el peso corporal de ese animal, y Grant quitó el dardo con prontitud. El velocirraptor le miró con ojos ligeramente vidriosos.

Grant percibía en ese animal una clara sensación de inteligencia, una especie de suavidad que contrastaba de manera extraña con la amenaza que habían representado los adultos de la reserva. Le acarició la cabeza, con la esperanza de calmarlo. Miró el cuerpo, que se estremecía levemente al surtir efecto el tranquilizante. Y entonces vio que era un macho.

Un ejemplar joven, y macho. No había duda alguna en cuanto a lo que estaba

viendo: ese velocirraptor había nacido en forma natural.

Excitado por ese acontecimiento, se apresuró a subir la escalera hacia la puerta. Con su linterna exploró la superficie plana y lisa, así como las paredes interiores. Mientras deslizaba las manos sobre la puerta, lentamente se fue dando cuenta de que estaba encerrado y que no podía abrir la puerta a menos que los niños tuvieran presencia de ánimo para abrirla por él. Podía oírlos, débilmente, al otro lado de la puerta.

—¡Doctor Grant! —gritó Lex, golpeando la puerta con los puños—. ¡Doctor Grant!

—Tranquilízate —dijo Tim—. Volverá.

—Pero ¿a dónde ha ido?

—Oye: el doctor Grant sabe lo que hace. Volverá dentro de un instante.

—Debería volver ahora —manifestó Lex: se puso los puños en las caderas, apartó bien los codos y golpeó con ira el pie en el suelo.

En ese momento, con un rugido, la cabeza del tiranosaurio irrumpió a través de la cascada, dirigiéndose hacia ellos.

Tim contempló con terror cómo la enorme boca se abría tremendamente. Lex chilló y se arrojó al suelo. La cabeza osciló hacia atrás y hacia delante, y volvió a salir por la cascada. Pero Tim pudo ver la sombra de la cabeza del animal en la cortina de agua que caía.

Empujó a Lex para que se metiera más en el nicho, en el preciso momento en que las mandíbulas volvían a irrumpir rugiendo, con la gruesa lengua disparándose y retrotrayéndose en la boca con rapidez. Desde la cabeza, el agua se dispersaba en todas direcciones. Después, volvió a salir al exterior.

Lex se acurrucó junto a Tim, temblando:

—Odio a Grant —declaró.

Se acurrucó más hacia el fondo, pero el nicho sólo tenía unos pocos metros de profundidad, y estaba atestado de maquinaria: no había sitio para que los hermanos se escondieran.

La cabeza volvió a penetrar a través del agua, pero con lentitud esta vez, y la mandíbula se apoyó en el suelo. El tiranosaurio resopló, abriendo y cerrando las aletas nasales, olfateando el aire. Pero los ojos todavía estaban fuera de la cortina de agua.

Tim pensó: «No nos puede ver. Sabe que estamos aquí, pero no nos puede

ver a través del agua».

El tiranosaurio olisqueó.

—¿Qué está haciendo? —volvió a preguntar Lex.

—¡Cállate!

Con un gruñido profundo, las mandíbulas se abrieron con lentitud y la lengua serpenteó hacia fuera: era gruesa y negroazulada, con una leve hendidura en la punta; tenía algo más de un metro de largo y alcanzó con facilidad la pared opuesta del nicho. La lengua se deslizó sobre los cilindros de filtrado, produciendo el sonido de algo áspero que se arrastra. Tim y Lex se apretaron contra la cañería.

La lengua se desplazó con lentitud hacia la izquierda; después, hacia la derecha, azotando húmedamente la maquinaria. La punta se abarquilló alrededor de caños y válvulas, palpándolos. Tim vio que la lengua tenía movimientos propios, controlados, como los de la trompa de un elefante. La lengua retrocedió, recorriendo el lado derecho del nicho. Se arrastró contra las piernas de Lex.

—¡Puajjj! —hizo Lex.

La lengua se detuvo. Se curvó, levantándose como una víbora al lado del cuerpo de la niña. Después, empezó a subir…

—No te muevas —susurró Tim.

… pasó sobre su cara; después recorrió el hombro de Tim y, por último, se enrolló en torno de la cabeza del chico. Tim cerró los ojos con fuerza, mientras el viscoso músculo le cubría la cara: era caliente y húmedo, y hedía a orina.

Enrollada en torno de él, la lengua empezó a arrastrarlo, muy lentamente, hacia las mandíbulas abiertas.

—Timmy…

Tim no podía contestar: su boca estaba cubierta por la plana lengua negra. Podía ver, pero no podía hablar. Lex le tironeó de la mano.

—¡Vamos, Timmy!

La lengua le arrastraba hacia la boca resoplante. Sentía el cálido aliento jadeante en las piernas. Lex tiraba de él, pero no era rival para la potencia muscular que retenía a su hermano. Tim soltó a Lex y apretó la lengua con ambas manos, tratando de empujarla por encima de la cabeza: no la podía mover. Hundió los talones en el suelo cubierto de barro, pero de todos modos fue arrastrado hacia delante.

Lex le había rodeado la cintura con los brazos y estaba empezando a ver estrellas; una especie de serenidad le invadió, una sensación de pacífica

inevitabilidad, mientras era arrastrado.

—¿Timmy?

Y entonces, de repente, la lengua se aflojó y se desenrolló. Tim la sintió resbalar por su cara; tenía el cuerpo cubierto por una repugnante saliva blanca pegajosa, y la lengua cayó laxa al suelo. Las mandíbulas se cerraron de golpe, mordiendo la lengua, de la que empezó a brotar sangre oscura, que se mezcló con el barro. Los orificios nasales todavía resoplaban en forma entrecortada.

—¿Qué está haciendo? —chilló Lex.

Y entonces, lenta, muy lentamente, la cabeza empezó a deslizarse hacia atrás, saliendo del nicho y dejando una larga huella en el barro. Por último, desapareció por completo, y no pudieron ver nada más que la plateada cortina de agua que caía.

Control

—Muy bien —dijo Arnold, en la sala de control—; el rex está listo. —Se echó hacia atrás en su silla y sonrió de oreja a oreja mientras encendía un último cigarrillo y estrujaba el paquete. Lo habían logrado: el paso final para volver el parque al orden. Ahora, todo lo que tenían que hacer era salir y llevarse el animal.

—Hijo de puta —masculló Muldoon, mirando el monitor—. Le di, después de todo. —Se volvió hacia Gennaro—. Tardó justo una hora en sentirlo.

Henry Wu frunció el entrecejo, mirando la pantalla:

—Pero se podría ahogar en esa posición…

—No se ahogará —afirmó Muldoon—. Nunca vi un animal que fuera más difícil de matar.

—Creo que tenemos que salir y trasladarlo —dijo Arnold.

—Lo haremos —aceptó Muldoon. No parecía entusiasmado.

—Es un animal valioso.

—Sé que es un animal valioso —dijo Muldoon.

Arnold se volvió hacia Gennaro; no podía resistir ese momento de triunfo:

—Le hago notar —dijo— que el parque ahora está completamente de vuelta a la normalidad. Sea lo que sea lo que el modelo matemático de Malcolm dijo que iba a suceder. Una vez más, tenemos el control completo.

Gennaro señaló la pantalla que estaba detrás de la cabeza de Arnold y preguntó:

—¿Qué es eso?

Arnold se volvió: era la caja indicadora de estado del sistema, en la esquina superior de la pantalla. Por lo común estaba vacía. Arnold se sorprendió al ver que estaba titilando con un mensaje en amarillo: COR AUX BAJA. Durante un

instante, no entendió: ¿por qué tenía que estar baja la corriente auxiliar? Estaban funcionando con corriente central, no auxiliar. Pensó que, a lo mejor, no se trataba más que de una comprobación de rutina del estado de la corriente auxiliar, quizás una comprobación de los niveles de los depósitos de combustible o de la carga de las baterías…

—Henry —le dijo Arnold a Wu—, mira esto.

Éste preguntó:

—¿Por qué estás operando con corriente auxiliar?

—No es así —dijo Arnold.

—Parece como si lo estuvieras haciendo.

—No puede ser.

—Imprime el registro cronológico del estado del sistema —dijo Wu.

El registro cronológico era un registro de lo que había ocurrido en el sistema durante las últimas horas.

Arnold apretó un botón y oyeron el zumbido de una impresora en el rincón. Wu fue hacia ella.

Arnold contempló la pantalla: ahora, la caja había cambiado de amarillo titilante a rojo, y el mensaje ahora rezaba: FALLO COR AUX. Aparecieron números que empezaron a decrecer a partir de los veinte.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —se sorprendió Arnold.

Con cautela, Tim se desplazó unos pocos metros a lo largo del sendero, saliendo a la luz del día. Atisbó por un lado de la cascada y vio al tiranosaurio caído de costado, flotando en el embalse de abajo.

—Espero que esté muerto —dijo Lex.

Tim pudo ver que no lo estaba: el pecho del dinosaurio todavía se movía y uno de los antebrazos se contraía en forma espasmódica. Pero algo andaba mal en el animal. En ese momento, Tim vio el cartucho blanco que le sobresalía de la parte de atrás de la cabeza, al lado de la depresión del oído.

—Le dispararon un dardo —dijo.

—Bien —aprobó Lex—. Prácticamente ya se nos estaba comiendo.

Tim observó la laboriosa respiración. Sintió una inesperada congoja al ver al enorme animal abatido de esa manera. No quería que muriese.

—No es culpa suya —dijo.

—Sí, claro. Casi nos come y no es culpa suya.

—Es carnívoro. Simplemente hacía lo que siempre hace.

—No dirías eso si estuvieras en su estómago en este preciso instante.

Entonces, el sonido de la cascada cambió: de un rugido ensordecedor pasó a un sonido más suave, más lento. La atronadora cortina de agua disminuyó su caudal, convirtiéndose en un chorrito… Y se detuvo.

—Timmy, la cascada se ha parado —dijo Lex.

En ese momento, ya estaba goteando como un grifo mal cerrado. El embalse que estaba al pie de la cascada permanecía inmóvil. Los niños estaban cerca de la parte superior, en la depresión parecida a una cueva y llena de maquinaria, mirando hacia abajo.

—Las cascadas no se detienen —dijo Lex. Tim buscó una explicación.

—Tiene que ser la corriente… Alguien cortó la corriente.

Detrás de ellos, todos los filtros y bombonas se estaban deteniendo, una tras otra, las luces de los monitores apagándose y la maquinaria quedándose inmóvil. Después se oyó el golpe sordo de un solenoide que se soltaba, y la puerta señalada MANT 04 giró lentamente sobre sus goznes, abriéndose.

Salió Grant, parpadeando con la luz del día, y dijo:

—Buen trabajo, chicos. Habéis hecho que la puerta se abriera.

—Nosotros no hemos hecho nada —dijo Lex.

—Se ha cortado la corriente —agregó Tim.

—No os preocupéis por eso. Venid y veréis lo que he encontrado.

Arnold miraba fijamente, conmocionado.

Uno tras otro, los monitores se apagaban, y después lo hicieron las luces, sumiendo la sala de control en la oscuridad y la confusión. Todos empezaron a gritar al mismo tiempo. Muldoon abrió las persianas y dejó que entrara la luz, y Wu trajo el texto impreso del registro cronológico.

—Miren esto —dijo Wu.

Hora	Suceso	Condición Sistema	[Código]
05:12:44	Seguridad 1 Apagada	Operativo	[AV 12]
05:12:45	Seguridad 2 Apagada	Operativo	[AV 12]
05:12:46	Seguridad 3 Apagada	Operativo	[AV 12]
05:12:51	Orden Interrupción	Interrumpido	[-AV0]
05:13:48	Orden Arranque	Interrumpido	[-AV0]
05:13:55	Seguridad 1 Encendida	Interrumpido	[-AV0]

05:13:57	Seguridad 2 Encendida	Interrumpido	[-AV0]
05:13:59	Seguridad 3 Encendida	Interrumpido	[-AV0]
05:14:08	Orden Arranque	Arranque-C. Aux.	[-AV1]
05:14:18	Monitor-Principal	Operativo-C. Aux.	[-AV04]
05:14:22	Seguridad-Principal	Operativo-C. Aux.	[-AV05]
05:14:24	Órdenes-Principal	Operativo-C. Aux.	[-AV06]
05:14:29	Telcom-VBB	Operativo-C. Aux.	[-AV08]
05:14:32	Esquemáticos-Principal	Operativo-C. Aux.	[-AV09]
05:14:37	Vista	Operativo-C. Aux.	[-AV09]
05:14:44	Comp. Estado Control	Operativo-C. Aux.	[-AV09]
05:14:57	Advert.: Estado Cerca [NB]	Operativo-C. Aux.	[-AV09]
09:11:37	Advert.: Comb. Aux. (20%)	Operativo-C. Aux.	[-AVZZ]
09:33:19	Advert.: Comb. Aux. (10%)	Operativo-C. Aux.	[-AVZ1]
09:53:19	Advert.: Comb. Aux. (1%)	Operativo-C. Aux.	[-AVZ2]
09:53:39	Advert.: Comb. Aux. (0%)	Interrupción	[-AVO]

—Cortaste a las cinco y media de esta mañana y, cuando arrancaste de nuevo, lo hiciste con corriente auxiliar.

—¡Jesús! —exclamó Arnold.

Aparentemente, la corriente principal no se había encendido desde la interrupción. Cuando volvió a ponerse en marcha el sistema, solamente volvió la corriente auxiliar. Arnold estaba pensando que eso era extraño, cuando súbitamente se dio cuenta de que era normal. Eso era lo que correspondía que pasara. Tenía toda la lógica del mundo: el generador auxiliar se activó primero, y sirvió para poner en marcha el generador principal, porque para eso se necesitaba una carga considerable. Así era como estaba diseñado el sistema.

Pero Arnold nunca había tenido antes la ocasión de cortar el suministro principal de corriente. Y cuando las luces y pantallas se volvieron a encender en la sala de control, no se le ocurrió que la corriente principal no se hubiera restaurado también.

Pero no era así y durante todo el tiempo transcurrido desde entonces, mientras buscaban al rex, y hacían una cosa y otra, el parque había estado funcionando con corriente auxiliar. Y eso no era buena idea. De hecho, las consecuencias sólo empezaban a hacérsele evidentes.

—¿Qué quiere decir esta línea? —preguntó Muldoon, señalando la lista:

05:14:57	Advert.: Estado Cerca [NB]	Operativo-C. Aux.	[-AV09]

—Quiere decir que se envió a los monitores de la sala de control una advertencia sobre el estado del sistema en relación con las cercas.

—¿Vio esa advertencia?

—No. Debía de estar hablando con usted en el campo. De todos modos, no, no la vi.

—¿Qué quiere decir «Advert: Estado Cerca»?

—Bueno, no lo supe en el momento, pero estábamos funcionando con corriente auxiliar. Y la corriente auxiliar no genera suficiente intensidad como para activar las cercas electrificadas, así que, en forma automática, siguieron desconectadas.

Muldoon le miró con el entrecejo fruncido:

—¿Las cercas electrificadas estaban apagadas?

—Sí.

—¿Todas ellas? ¿Desde las cinco de esta mañana? ¿Durante las cinco últimas horas?

—Sí.

—¿Incluidas las cercas de los velocirraptores?

—Sí —suspiró Arnold.

—¡Dios santo! Cinco horas. Esos animales podrían haberse escapado.

Entonces, desde algún sitio a la distancia, oyeron un alarido. Muldoon empezó a hablar muy deprisa. Recorrió la sala, repartiendo las radios portátiles.

—El señor Arnold va al cobertizo de mantenimiento para encender la corriente principal. Doctor Wu, quédese en la sala de control: usted es la otra única persona que puede operar con los ordenadores. Señor Hammond, vuelva al pabellón. No discuta conmigo. Vaya ahora. Eche el cerrojo a los portones y quédese detrás hasta que vuelva a hablar conmigo. Ayudaré a Arnold a lidiar con los raptores.

Se volvió hacia Gennaro:

—¿Le agrada la idea de volver a vivir peligrosamente?

—En verdad, no —confesó Gennaro. Estaba muy pálido.

—Muy bien. Entonces, vaya con los demás al pabellón. —Muldoon se alejó —. Eso es todo, ya han oído. Ahora, muévanse.

—¿Pero qué les va a hacer a mis animales? —gimoteó Hammond.

—Ésa no es la pregunta adecuada a decir verdad, señor Hammond —observó Muldoon—. La pregunta es: ¿qué nos van a hacer ellos a nosotros?

Pasó por la puerta y marchó presuroso por el recibidor, en dirección a su oficina. Gennaro se puso a caminar a su lado, con el mismo ritmo de marcha.

—¿Ha cambiado de opinión? —gruñó Muldoon.

—Usted necesitará ayuda —dijo Gennaro.

—Podría ser.

Muldoon entró en la sala rotulada SUPERVISOR ANIMALES, tomó el lanzacohetes gris portátil y abrió un panel de la pared situada detrás de su escritorio: contenía seis cilindros y seis cartuchos.

—Lo malo de estos malditos dinos —dijo Muldoon— es que tienen sistemas nerviosos distribuidos: no mueren deprisa, ni siquiera con un impacto directo en el cerebro. Y están construidos con solidez: costillas gruesas, que hacen que un disparo al corazón dependa de la suerte, y resulta difícil dejarlos incapacitados hiriéndolos en las patas o en los cuartos traseros. Como se desangran con lentitud, mueren con lentitud.

Abría los cilindros uno después de otro, y colocaba los cartuchos. Le arrojó un grueso cinturón tejido a Gennaro:

—Póngaselo.

Gennaro se ajustó el cinturón y Muldoon le pasó las municiones:

—Casi todo lo que podemos esperar es volarlos en pedazos. Por desgracia, sólo tenemos seis proyectiles: hay ocho raptores en ese complejo rodeado de cercas. Vamos. Manténgase junto a mí: usted tiene los proyectiles.

Muldoon salió y corrió por el pasillo, mirando por el balcón al sendero que llevaba al cobertizo de mantenimiento. Gennaro resoplaba a su lado. Llegaron a la planta baja y pasaron por las puertas de vidrio. Muldoon se detuvo.

Arnold estaba de pie, dándole la espalda al cobertizo de mantenimiento. Tres raptores se le aproximaban. Arnold había recogido un palo y lo blandía ante los animales, gritando. Los raptores se abrían en abanico a medida que se acercaban; uno de ellos se mantenía en el centro y los otros dos se desplazaban por los flancos. Coordinados. Tranquilos. Gennaro se estremeció:

Pauta de conducta de una jauría depredadora.

Muldoon ya se estaba poniendo en cuclillas, acomodando el lanzador sobre el hombro.

—Cargue —indicó.

Gennaro deslizó el proyectil en la parte trasera del lanzador. Hubo un chisporroteo. Nada ocurrió.

—¡Demonios, lo ha metido del revés! —dijo Muldoon, inclinando el cañón para que el proyectil cayera en las manos de Gennaro, que lo volvió a cargar. Los velocirraptores le estaban gruñendo y mostrando los dientes a Arnold, cuando el animal de la izquierda sencillamente estalló: la parte superior del torso

voló por el aire y su sangre se esparció como un tomate que estalla contra una pared. La parte inferior se desplomó en el suelo, con las patas agitándose en el aire y la cola batiendo por todos lados.

—Eso les espabilará —dijo Muldoon.

Arnold corrió hacia la puerta del cobertizo de mantenimiento. Los velocirraptores se volvieron y empezaron a avanzar hacia Muldoon y Gennaro. Se abrían a medida que se aproximaban. A la distancia, en alguna parte próxima al pabellón, oyeron alaridos.

—Esto podría ser un desastre —dijo Gennaro.

—Cargue —ordenó Muldoon.

Henry Wu oyó las explosiones y miró hacia la puerta de la sala de control. Caminó en círculos alrededor de las consolas; después se detuvo: quería salir, pero sabía que debía permanecer en la sala. Si Arnold lograba que la corriente circulara otra vez, aunque sólo fuera por un minuto, entonces él volvería a encender el generador principal.

Tenía que seguir en la sala.

Oyó gritar a alguien. La voz parecía la de Muldoon.

Muldoon sintió un dolor agudísimo en el tobillo, resbaló por un terraplén, cayó al suelo y volvió a correr. Al mirar atrás vio a Gennaro que corría en la otra dirección, hacia el bosque. Los velocirraptores pasaban por alto a Gennaro, pero perseguían a Muldoon. Ahora estaban a menos de veinte metros. Muldoon gritaba a voz en cuello mientras corría preguntándose, vagamente, a dónde diablos podría ir. Porque sabía que tenía diez segundos, quizás, antes de que lo alcanzaran.

Diez segundos.

Quizá menos.

Ellie tuvo que ayudar a Malcolm a darse la vuelta mientras Harding clavaba la aguja e inyectaba morfina. Malcolm suspiró y se desplomó de espaldas. Parecía que se debilitaba a medida que transcurrían los minutos. Por la radio oían gritos agudos y explosiones amortiguadas que provenían del centro de visitantes.

Hammond entró en la habitación y preguntó:

—¿Cómo está?

—Se mantiene —contestó Harding—. Está delirando un poco.

—Nada de eso, en absoluto —terció Malcolm—. Estoy absolutamente consciente. —Prestaron atención a la radio y añadió—: Parece como si hubiera una guerra ahí fuera.

—Los velocirraptores han escapado —le informó Hammond.

—¿De veras? —preguntó Malcolm, respirando en forma entrecortada—. ¿Cómo es posible?

—Fue un estúpido, incompetente en el manejo del sistema: Arnold no se había dado cuenta de que la energía auxiliar estaba encendida y que las cercas no tenían corriente:

—¿De veras?

—¡Váyase al demonio, pedazo de hijo de puta arrogante!

—Si recuerdo bien —dijo Malcolm—, predije que todas las cercas fallarían.

Hammond suspiró, y se dejó caer en una silla:

—Maldita sea —dijo, sacudiendo la cabeza—. Seguramente no habrá escapado a su percepción que, en el fondo, lo que aquí estamos intentando es una idea extremadamente simple: mis colegas y yo determinamos, hace varios años, que era posible hacer clones del ADN de un animal extinguido, y de desarrollar ese animal. Eso nos pareció una magnífica idea: era una especie de viaje por el tiempo, el único viaje por el tiempo de todo el mundo. Traer a esos animales de vuelta, vivos, por así decir. Y, puesto que era tan emocionante, y puesto que era posible hacerlo, decidimos seguir adelante. Conseguimos esta isla… Avanzamos… Todo era muy simple.

—¿Simple? —dijo Malcolm. De alguna forma había encontrado energía para sentarse en la cama—: ¿Simple? Es usted más estúpido de lo que suponía. Y ya opinaba que era un estúpido de gran magnitud.

—Doctor Malcolm —intervino Ellie.

Y trató de ponerle en una posición más cómoda de espaldas. Pero Malcolm no estaba dispuesto a cejar: señaló la radio, los gritos y los alaridos.

—¿Qué es eso que está pasando ahí afuera? —inquirió—. Ésa es su idea simple. Simple: usted crea nuevas formas de vida, de las cuales no sabe nada en absoluto. Su doctor Wu ni siquiera conoce el nombre de las cosas que está creando; no se le puede molestar con detalles tales como ***cómo se llama la cosa***, y menos aún qué es. Usted crea muchas en un plazo muy corto, nunca aprende

cosa alguna sobre ellas y, sin embargo, espera que hagan lo que usted quiere porque usted las fabricó y piensa, en consecuencia, que es su dueño; se olvida de que están vivas, de que tienen inteligencia propia, y de que pueden no obedecer lo que usted quiere que hagan; y se olvida de cuán poco sabe usted sobre ellas, de cuán incompetente es para hacer las cosas que, con tanta frivolidad, denomina ***simples***… Dios bendito…

Volvió a acostarse, tosiendo.

—¿Sabe qué es lo que tiene de malo el poder de la ciencia? —prosiguió—. Que es una forma de riqueza heredada. Y ya sabe usted cuán imbécil es la gente congénitamente rica. Nunca falla.

—¿De qué está hablando? —preguntó Hammond.

Harding hizo un gesto, indicando delirio. Malcolm le lanzó una mirada.

—Le diré de qué estoy hablando —contestó—: La mayor parte de las distintas clases de poder exigen un gran sacrificio por parte de quien quiera tener ese poder. Hay un aprendizaje, una disciplina que dura años. Cualquiera que sea la clase de poder que se busque. Presidente de la compañía. Cinturón negro de karate. Gurú espiritual. Atleta profesional. Sea lo que sea lo que se persiga, hay que ponerlo en el tiempo, en la práctica, en el esfuerzo, hay que sacrificar muchas cosas para lograrlo. Tiene que ser muy importante para uno. Y, una vez que se alcanza, es el poder de uno mismo; no se puede delegar: reside en uno. Es, literalmente, resultado de nuestra disciplina.

»Ahora bien: lo interesante de este proceso es que, en el momento en que alguien adquirió la capacidad de matar con sus manos, también maduró hasta el punto en que sabía cómo utilizar ese poder. No lo utilizaría de manera imprudente. Así que esa clase de poder lleva una especie de control incorporado: la disciplina de conseguir el poder cambia a la persona, de manera que esa persona no hace mal uso de su poder.

»Pero el poder científico es como la riqueza heredada: se obtiene sin disciplina. Una persona lee lo que otras hicieron, y da el paso siguiente. Puede darlo siendo muy joven. Se puede progresar muy deprisa. No hay una disciplina que dure muchas décadas. No hay enseñanza impartida por unos maestros: se pasa por alto a los viejos científicos. No hay humildad ante la Naturaleza. Sólo existe la filosofía de hacerse-rico-pronto, hacerse-un-hombre-rápido. Engañar, mentir, falsificar, no importa. Ni para uno ni para sus colegas. Nadie nos critica: nadie tiene pautas. Todos intentan hacer lo mismo: hacer algo grande, y hacerlo rápido.

»Y, como uno se puede levantar sobre los hombros de los gigantes, se puede lograr algo con rapidez. Uno ni siquiera sabe con exactitud qué ha hecho, pero ya informó sobre ello, lo patentó y lo vendió. Y el comprador tendrá aún menos disciplina que el científico: el comprador simplemente adquiere el poder, como si fuera cualquier bien de consumo. El comprador ni siquiera concibe que pueda ser necesaria disciplina alguna.

—¿Saben de qué está hablando? —se inquietó Hammond.

Ellie asintió con la cabeza.

—Yo no tengo ni idea —dijo Hammond.

—Lo expresaré en forma sencilla —dijo Malcolm—. Un maestro de karate no mata gente con las manos desnudas; no pierde los estribos y mata a su esposa. La persona que mata es la que no tiene disciplina, no tiene restricciones, y que salió y adquirió su poder como una dosis de droga. Y ésa es la clase de poder que la ciencia fomenta y permite. Y ésa es la razón por la que usted cree que construir un lugar como este es simple.

—Era simple —insistió Hammond.

—Entonces, ¿por qué ha salido mal?

Aturdido por la tensión, John Arnold abrió de golpe la puerta que daba al cobertizo de mantenimiento y entró en la oscuridad interior. ¡Jesús, qué negro estaba! Debió de haber supuesto que la luz estaría apagada. Sintió el aire frío y las cavernosas dimensiones del espacio que se extendía dos pisos por debajo de él. Tenía que encontrar una pasarela. Tenía que ser cuidadoso, o se rompería el cuello.

La pasarela.

Caminaba a tientas, como un ciego, hasta que se dio cuenta de que era inútil. Tenía que conseguir luz dentro del cobertizo. Volvió hasta la puerta y la entreabrió nada más que unos diez centímetros: eso dio suficiente luz. Pero no había manera de mantener la puerta abierta. Con celeridad se quitó un zapato y lo colocó en la abertura.

Vio la pasarela y fue hacia ella. Caminó sobre el metal oyendo la diferencia de sonido que producían sus pies, uno fuerte, otro suave. Pero, por lo menos, podía ver. Más adelante estaba la escalera que conducía hacia los generadores, situados abajo. Otros nueve metros.

Oscuridad. Ya no había luz.

Miró hacia atrás, a la puerta, y vio que la luz estaba bloqueada por el cuerpo de un velocirraptor. El animal se inclinó y, cuidadosamente, olfateó el zapato.

Henry Wu paseaba preocupado. Deslizaba las manos sobre las consolas del ordenador. Tocaba las pantallas. Estaba en constante movimiento. Estaba casi frenético por la tensión.

Repasó los pasos que habría de dar: tenía que proceder con rapidez; la primera pantalla se encendería, y él apretaría…

—¡Wu! —dijo la radio.

Extendió la mano para aferraría:

—Sí. Estoy aquí.

—¿Ya tiene esa maldita corriente? —Era Muldoon. Había algo extraño en su voz, algo hueco.

—No —dijo Wu. Sonrió, contento de saber que Muldoon estaba vivo.

—Creo que Arnold logró llegar al cobertizo —anunció Muldoon—. Después de eso, no sé más.

—¿Dónde está usted? —preguntó Wu.

—Estoy atascado.

—¿Qué?

—Atascado en un maldito caño. Y soy muy popular en estos momentos.

«Atascado en un caño se ajustaba más a la realidad», pensó Muldoon; había una pila de caños de drenaje acumulados detrás del centro de visitantes, y Muldoon se deslizó de espaldas en el más próximo, arrastrándose a gatas como un pobre infeliz. Caños de un metro de luz, que le iban muy ajustados, pero los velocirraptores no podían atacarle.

No, al menos, después de haberle volado la pata a uno, cuando el ruidoso hijo de puta se acercó demasiado al caño. El raptor se había ido aullando, y los demás se mostraban ahora respetuosos. Lo único que Muldoon lamentaba era no haber esperado hasta ver el hocico al final del tubo, antes de haber oprimido el disparador.

Pero todavía podía tener la oportunidad, porque había tres o cuatro ahí fuera, gruñendo y aullando alrededor de él.

—Sí, muy popular —repitió por radio.

—¿Arnold tiene radio? —preguntó Wu.

—No lo creo —respondió Muldoon—. No se mueva de su sitio. Espere hasta que vuelva la corriente.

Muldoon no sabía cómo era el otro lado del caño; se había metido de espaldas demasiado deprisa, y no podía verlo ahora. Sólo podía albergar la esperanza de que el otro extremo no estuviese abierto: no le agradaba la idea de que uno de esos desgraciados le diera un mordisco en sus cuartos traseros.

Arnold retrocedió hacia el comienzo de la pasarela: el velocirraptor estaba a tres metros apenas, acercándosele con cautela, aproximándose hacia la penumbra. Arnold podía oír el clic de las letales garras sobre el metal.

Pero marchaba con lentitud. Sabía que el animal podía ver bien, pero el enrejado de la pasarela, los olores mecánicos no familiares lo volvían cauteloso. Esa preocupación era su única oportunidad, pensó: si pudiera llegar a la escalera, y después bajar hasta el piso de abajo…

Porque estaba seguro de que los velocirraptores no podían ir por escaleras. Por cierto que no podían por escaleras estrechas, empinadas.

Echó una mirada por encima del hombro: la escalera estaba sólo a unos metros de distancia. Unos pocos pasos más…

¡Había llegado! Al extender la mano hacia atrás pudo palpar la barandilla. Empezó a bajar a tientas por los escalones casi verticales. Los pies tocaron hormigón horizontal. El raptor gruñó en señal de frustración, seis metros por encima de él, en la pasarela.

—¡Qué lástima, amiguito! —se burló Arnold. Se volvió. Ahora estaba muy cerca del generador auxiliar. Unos pasos más tan sólo, y lo vería, incluso con esa luz mortecina…

Hubo un golpe sordo detrás de él.

Arnold se volvió.

El velocirraptor estaba allí erguido en el suelo de hormigón, gruñendo.

Había bajado de un salto.

Rápidamente, Arnold buscó un arma pero, de pronto, sintió que le ponían violentamente de espaldas contra el hormigón. Algo pesado le oprimía el pecho. Le resultaba imposible respirar, y se dio cuenta de que el animal estaba encima de él, sintió las grandes garras escarbando en la carne de su pecho, olió el aliento fétido que provenía de la cabeza que se movía sobre él, y abrió la boca para

gritar.

Ellie sostenía la radio en sus manos, escuchando. Otros dos trabajadores costarricenses habían llegado al pabellón: parecían saber que ahí estaban seguros. Pero no habían llegado otros en los últimos minutos. Y fuera todo estaba más silencioso. A través de la radio, Muldoon preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que ha ido?

—Cuatro, cinco minutos —respondió Wu.

—Arnold ya debía de haberlo hecho, para estos momentos —dijo Muldoon —. Si es que va a hacerlo. ¿Se le ocurre alguna idea a usted?

—No.

—¿Tenemos noticias de Gennaro?

Gennaro apretó el botón:

—Estoy aquí.

—¿Dónde diablos está usted? —gruñó Muldoon.

—Estoy yendo hacia el edificio de mantenimiento. Deséenme suerte.

Gennaro se agachó entre el follaje, escuchando.

Directamente delante vio el sendero bordeado por plantas cultivadas, que llevaba hacia el centro de visitantes. Sabía que el cobertizo de mantenimiento estaba en alguna parte, hacia el este. Oyó el trinar de pájaros en los árboles. Soplaba una suave brisa. Uno de los velocirraptores rugió, pero se encontraba a cierta distancia; Gennaro lo oyó hacia su izquierda. Se puso en marcha, saliendo del sendero, y se zambulló en el follaje.

¿Le gusta vivir peligrosamente?

En verdad, no.

Era cierto, no le gustaba. Pero Gennaro creía tener un plan o, por lo menos, una posibilidad que podría resultar: si se mantenía al norte del complejo principal de edificios, se podría acercar al cobertizo de mantenimiento por detrás. Todos los raptores estaban probablemente alrededor de los demás edificios, hacia el sur. No había motivo alguno para que estuvieran en la jungla.

Al menos, tenía la esperanza de que no.

Se movió de la manera más silenciosa que le fue posible, desdichadamente consciente de que estaba haciendo mucho ruido. Se forzó a reducir la marcha,

sintiendo que su corazón galopaba. La vegetación era muy densa: no le permitía ver a más de un metro ochenta, o dos metros, delante de él. Empezó a temer no encontrar el cobertizo de mantenimiento pero, en ese momento, vio el techo hacia su derecha, por encima de las palmeras.

Fue hacia él; pasó a su lado; encontró la puerta; la abrió y entró: estaba muy oscuro. Tropezó con algo.

Un zapato de hombre.

Frunció el entrecejo. Apuntaló la puerta para que quedara completamente abierta y penetró más profundamente en el edificio. Vio una pasarela directamente ante él. De pronto, se dio cuenta de que no sabía a dónde ir. Y había dejado la radio atrás.

—¡Maldición!

Podría haber una radio en alguna parte del edificio de mantenimiento. O bien, sencillamente buscaría el generador; probablemente estaba en alguna parte abajo, en el piso inferior. Encontró una escalera que llevaba hacia abajo.

En el nivel inferior estaba más oscuro y resultaba difícil ver algo. Gennaro avanzó a tientas entre las cañerías, manteniendo los brazos extendidos hacia arriba, para evitar golpearse la cabeza.

Oyó el gruñido de un animal y quedó paralizado. Escuchó, pero el sonido no se repitió. Avanzó con cautela. Algo le goteó sobre el hombro y el brazo desnudo: era caliente, como agua. Lo tocó en la oscuridad.

Pegajoso.

Lo olió.

Sangre.

Miró hacia arriba: el velocirraptor estaba encaramado sobre los caños, sólo unos metros por encima de su cabeza. Le goteaba sangre de las garras. Con una sensación de extraña despreocupación, Gennaro se preguntó si el animal estaría herido. Y empezó a correr, pero el velocirraptor le saltó sobre la espalda, empujándole al suelo.

Gennaro era fuerte: con esfuerzo, se quitó al animal de encima, lo sacudió de un golpe y rodó lejos de él sobre el hormigón. Cuando se volvió, vio que el raptor había caído sobre el costado, y yacía en el suelo jadeando.

Sí, estaba lesionado. En la pata, por alguna razón.

Mátalo.

Gennaro se puso en pie, ayudándose con las manos, buscando un arma. El animal todavía estaba jadeando sobre el hormigón. Frenéticamente, Gennaro

buscó algo, cualquier cosa que pudiese usar como arma. Cuando se volvió, el velocirraptor se había ido, pero oyó resonar el gruñido en la oscuridad.

Gennaro giró sobre sí mismo, describiendo un círculo completo, palpando alrededor con las manos extendidas. Y entonces sintió un dolor agudo en la mano derecha.

Dientes.

Le estaba mordiendo.

El velocirraptor tiró bruscamente de la cabeza de Gennaro, y Donald Gennaro se vio levantado en vilo y cayó.

Acostado en la cama, bañado en sudor, Malcolm escuchaba mientras la radio chasqueaba.

—¿Hay algo? —preguntó—. ¿Reciben algo?

—Ni una palabra —dijo Wu.

—¡Demonios! —masculló Muldoon.

Hubo un momento de vacilación.

Malcolm suspiró:

—No puedo esperar a oír el nuevo plan.

—Lo que quisiera —dijo Muldoon— es hacer que todos fuesen al pabellón y se reagrupasen. Pero no veo cómo.

—Hay un jeep frente al centro de visitantes —intervino Wu—. Si yo lo llevase hasta donde está usted, ¿podría meterse en él?

—Quizá. Pero usted abandonaría la sala de control.

—No puedo hacer nada aquí, de todos modos.

—Nunca oí una verdad mayor: una sala de control sin electricidad no vale mucho como sala de control.

—Muy bien —aprobó Muldoon—. Lo intentaremos. Esto no tiene buen aspecto.

Tendido en su cama, Malcolm agregó:

—No, no tiene buen aspecto: tiene un aspecto desastroso.

—Los velocirraptores nos seguirán —opinó Wu.

—Todavía estamos en mejor posición —dijo Muldoon—. Vamos.

La radio se apagó con un ruido corto y seco. Malcolm cerró los ojos y respiró con lentitud, graduando sus fuerzas.

—Relájese —aconsejó Ellie—. Tómelo con calma, nada más.

—Ustedes saben de lo que aquí se trata en realidad —dijo Malcolm—. Todo este intento por controlar… Estamos hablando de actitudes occidentales que tienen quinientos años de antigüedad. Comenzaron en la época en la que Florencia, en Italia, era la ciudad más importante del mundo. La idea básica de la ciencia, que había una nueva manera de contemplar la realidad, que era objetiva, que no dependía de creencias o nacionalidades, que era racional, era una idea fresca y emocionante en aquel entonces, ofrecía promesas y esperanza para el futuro, y borraba de un plumazo el antiguo sistema medieval, que tenía centenares de años de antigüedad. El mundo medieval de la política feudal, de los dogmas religiosos y de las odiosas supersticiones, cayó ante la ciencia. Pero, en honor a la verdad, eso se debía a que el mundo medieval realmente ya no funcionaba: no funcionaba en lo económico, no lo hacía en lo intelectual y no encajaba en el nuevo mundo que llegaba.

Malcolm tosió.

—Pero ahora —continuó— es la ciencia el sistema de creencias que tiene centenares de años de antigüedad. Y, al igual que el sistema medieval que la precedió, la ciencia está empezando a mostrarse inadecuada con el mundo. La ciencia ha obtenido tanto poder que sus límites prácticos comienzan a ser evidentes; debido a la ciencia, principalmente, miles de millones de nosotros vivimos en un mundo pequeño, muy apretados e intercomunicándonos. Pero la ciencia no puede ayudarnos a decidir qué hacer con ese mundo, o cómo vivir. La ciencia puede elaborar un reactor nuclear, pero no nos puede decir que no lo construyamos. La ciencia puede fabricar plaguicidas, pero no nos puede decir que no los usemos. Y nuestro mundo empieza a estar contaminado en áreas fundamentales, el aire, el agua y la tierra, como consecuencia de la ingobernable ciencia. —Suspiró—. Todo esto es obvio para cualquiera.

Se produjo un silencio. Malcolm yacía con los ojos cerrados, la respiración laboriosa. Nadie habló, y a Ellie le pareció que finalmente se había quedado dormido. Entonces, se volvió a sentar de forma abrupta:

—Al mismo tiempo, la gran justificación intelectual de la ciencia desapareció. Incluso desde Newton y Descartes, la ciencia nos brindó explícitamente la visión de un control total. La ciencia afirmó tener el poder de, a la larga, conocerlo todo, a través de su comprensión de las leyes naturales. Pero, en el siglo XX, esa afirmación se hizo pedazos, más allá de toda posible reparación: primero, el principio de incertidumbre de Heisenberg fijó límites a lo

que podemos saber sobre el mundo subatómico. «Oh, está bien —decimos—, ninguno de nosotros vive en un mundo subatómico. Eso no establece diferencia práctica alguna en nuestro paso por la vida». Después, el teorema de Gódel fijó límites similares a la matemática, el lenguaje formal de la ciencia: los matemáticos solían creer que su lenguaje gozaba de alguna exactitud intrínseca especial, que provenía de las leyes de la lógica. Ahora sabemos que lo que llamamos «razón» es sólo un juego arbitrario. No es algo especial, de la forma en que pensábamos que era.

»Y ahora la teoría del caos demuestra que lo imprevisible está dentro de nuestras vidas diarias. Que es algo tan mundano como la tormenta que no podemos predecir. Y así, la gran visión de la ciencia, que ya tiene centenares de años de antigüedad —el sueño del control total— ha muerto en nuestro siglo. Y con ello gran parte de la justificación, lo racional de la ciencia al hacer lo que hace. Y sólo nos queda el escucharla. La ciencia siempre ha dicho que ahora no podemos saberlo todo, más que lo conoceremos algún día. Pero ya vemos que esto no es cierto. Que sólo es una loca jactancia. Como la de los locos, los mal encaminados, como el niño que salta desde lo alto de un edificio sólo porque cree que puede volar.

—Eso es algo muy extremado —comento Hammond, meneando la cabeza.

—Estamos siendo testigos del final de una era científica. La ciencia, al igual que otros sistemas pasados de moda, se destruye a sí misma. A medida que gana en poder, se demuestra incapaz de manejar ese poder. Porque ahora las cosas van demasiado deprisa. Hace cincuenta años, todo el mundo estaba loco con eso de la bomba atómica. Eso era poder. Nadie podía imaginarse algo más. Sin embargo, apenas una década después de la bomba, empezamos a tener poder genético. Y el poder genético es con mucho más potente que el poder atómico. Y se encontrará en manos de todos. Estará en las herramientas de los hortelanos del patio de atrás. Para los experimentos de los colegiales. En laboratorios baratos para terroristas y dictadores. Y esto forzará a todo el mundo a hacerse idéntica pregunta —«¿Qué debería hacer con mi poder?»—, que es precisamente la misma pregunta que la ciencia afirma no saber responder.

—¿Entonces, qué sucederá? —preguntó Ellie.

Malcolm se encogió de hombros.

—Un cambio.

—¿Qué clase de cambio?

—Todos los cambios importantes son como la muerte —repuso—. No

puedes mirar al otro lado hasta que te encuentras allí.

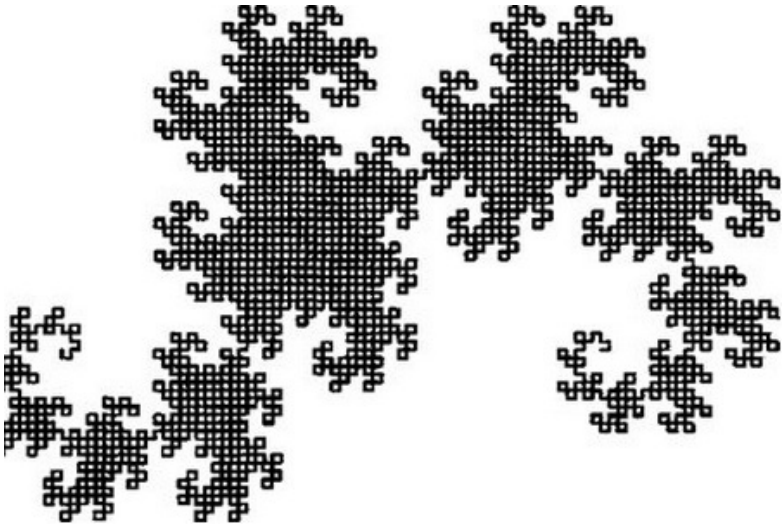
Y cerró los ojos.

—El pobre hombre… —comentó Hammond, sacudiendo la cabeza.

Malcolm suspiró.

—¿Tienes idea —prosiguió— de lo improbable que resulta que tú, o cualquiera de nosotros, salgamos vivos de esta isla?

SEXTA ITERACIÓN



Las deficiencias del sistema ahora se volverían graves.

IAN MALCOLM

Regreso

Con su motor eléctrico zumbando, el cochecito corrió por el oscuro túnel subterráneo. Grant conducía, con el pie oprimiendo el pedal hasta el suelo. El túnel carecía de rasgos distintivos, salvo por algún ocasional respiradero de la parte superior que, provisto de persianas para proteger contra la lluvia, permitía que entrara poca luz. Pero Grant observó que había deyecciones blancas de animales, endurecidas hasta formar costras, en muchos sitios: evidentemente, muchos animales habían estado allí.

Sentada al lado de él en el coche, Lex dirigió la linterna hacia la parte de atrás, donde estaba el velocirraptor:

—¿Por qué tiene problemas para respirar?

—Por el tranquilizante que le inyecté al dispararle.

—¿Se morirá?

—Espero que no.

—¿Se pondrá bien?

—Sí.

—¿Por qué lo llevamos? —volvió a preguntar Lex.

—Para demostrarle a la gente del centro que los dinosaurios realmente se están reproduciendo.

—¿Cómo sabe que se están reproduciendo?

—Porque es joven —dijo Grant—. Y por otras razones.

—¿Es un dinosaurio bebé? —preguntó Lex, atisbando a lo largo del haz de la linterna.

—Sí. Ahora, dirige la luz hacia delante, ¿quieres? —Tendió la muñeca hacia la niña, para que ella viera el reloj:

—¿Qué dice?

—Dice… diez y quince.

—Bien.

—Eso significa que sólo tenemos cuarenta y cinco minutos para ponernos en contacto con el barco —recordó Tim.

—Debemos de estar cerca —dijo Grant—. Calculo que en este preciso momento debemos estar casi en el centro de visitantes. —No estaba seguro, pero percibía que el túnel estaba yendo suavemente hacia arriba, conduciéndolos de vuelta a la superficie, y…

—¡Uau! —gritó Tim.

Irrumpieron a la luz de la mañana con sorprendente velocidad. Había soplado una leve bruma, que oscurecía de modo parcial el edificio que se alzaba directamente por encima de ellos.

Enseguida Grant vio que era el centro de visitantes. ¡Habían llegado justo frente al garaje! ¡Habían llegado!

—¡Viva! —gritó Lex—. ¡Lo logramos! ¡Viva!

Empezó a saltar en el asiento, mientras Grant estacionaba el coche en el garaje. A lo largo de una de las paredes había apiladas jaulas para animales. Pusieron el velocirraptor en una de ellas, con un cuenco con agua. Después, fueron a la escalera y empezaron a subir hacia la entrada de la planta baja del centro de visitantes.

—¡Me voy a comer una hamburguesa! ¡Y patatas fritas! ¡Batido de chocolate con leche! ¡No más dinosaurios! ¡Viva!

Llegaron al vestíbulo y abrieron la puerta.

Y se quedaron en silencio.

En el vestíbulo del centro de visitantes, las puertas de vidrio estaban hechas añicos y había una fría bruma gris en la cavernosa sala principal. Un cartel en el que se leía CUANDO LOS DINOSAURIOS DOMINABAN LA TIERRA colgaba de uno solo de los goznes, crujiendo al viento. El gran tiranosaurio robot estaba patas arriba, con sus tuberías y entrañas metálicas expuestas. Fuera, a través del vidrio, se veían hileras de palmeras, formas imprecisas en la niebla.

Tim y Lex se acurrucaron contra el escritorio metálico del guardia de seguridad. Grant había tomado la radio del guardia y estaba probando todos los canales:

—Hola, habla Grant. ¿Hay alguien ahí? Hola, habla Grant.

Lex tenía la mirada fija en el cuerpo del guardia, tendido en el suelo hacia la derecha. No podía verle más que las piernas y los pies. Grant le había dicho que no mirara, después de ir al otro lado del escritorio para tomar la radio del cinturón del guardia.

—Hola, aquí Grant. Hola.

Lex estaba inclinada hacia delante, asomándose para ver por encima del borde del escritorio. Grant la sujetó por la manga:

—Eh, deja eso.

—¿Está muerto? ¿Qué es eso que hay en el suelo? ¿Sangre?

—Sí.

—¿Por qué no es roja?

—Eres una morbosa —acusó Tim.

—¿Qué quiere decir «morbosa»? No lo soy.

La radio chasqueó:

—¡Dios mío! —se oyó una voz—. ¿Grant? ¿Eres tú?

Y después:

—¿Alan? ¿Alan? —Era Ellie.

—Estoy aquí —contestó Grant.

—¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?

—Estoy muy bien, sí.

—¿Qué pasa con los niños? ¿Los has visto?

—Tengo a los chicos conmigo. Están bien.

—¡Gracias a Dios!

Lex estaba deslizándose hacia el otro lado del escritorio. Grant le dio una palmada en el tobillo:

—Vuelve aquí.

La radio chasqueó:

—¿… dónde están?

—En el vestíbulo. En el vestíbulo del edificio principal.

Por la radio oyeron a Wu decir:

—¡Dios mío! Están aquí.

—Alan, escucha —dijo Ellie—. Los raptores se han escapado.

—¡Oh!

—Pueden abrir las puertas —dijo Wu—. Pueden estar en el mismo edificio que vosotros.

—Grandioso. ¿Dónde estáis vosotros? —preguntó Grant.

—Estamos en el pabellón.

—¿Y los demás? ¿Muldoon, todos los demás?

—Hemos perdido a algunos de ellos. Pero a todos los demás los tenemos en el pabellón.

—¿Funcionan los teléfonos?

—No. Todo el sistema está apagado. No funciona nada.

—¿Qué podemos hacer para que el sistema vuelva a funcionar?

—Hemos estado intentándolo.

—Tenemos que volver a ponerlo en funcionamiento —dijo Grant—, de inmediato. Si no lo hacemos, dentro de media hora los velocirraptores llegarán a tierra firme.

Empezó a explicar lo del barco, cuando Muldoon le interrumpió:

—No creo que usted lo entienda, doctor Grant: aquí no nos queda ni media hora.

—¿Cómo es eso?

—Algunos de los raptores nos siguieron. Tenemos dos en el techo ahora.

—¿Y qué hay con eso? El edificio es inexpugnable.

Muldoon tosió:

—Parece que no lo es. Nunca se pensó que los animales llegaran hasta el techo. —La radio chasqueó—: … Tiene que haber plantado un árbol demasiado próximo a la cerca. Los velocirraptores pasaron por encima de ella y llegaron hasta el techo. De todos modos, se suponía que los barrotes de acero del tragaluz estarían electrificados pero, claro está, la corriente está cortada. Los animales están abriéndose camino a mordiscos a través de los barrotes del tragaluz.

—¿Abriéndose camino mordiendo los barrotes? —se asombró Grant. Frunció el entrecejo, tratando de imaginarlo—. ¿A qué velocidad?

—Sí —dijo Muldoon—. Tienen una presión de mordida de seis mil ochocientos diez kilos por pulgada cuadrada. Son como hienas: pueden morder y hacer un agujero en el acero y… —La transmisión se perdió un instante.

—¿A qué velocidad? —repitió Grant.

—Deduzco que disponemos de otros diez, quince minutos antes de que se abran camino del todo y entren por el tragaluz en el edificio. Y una vez que estén dentro… Ah, un momento, doctor Grant.

La radio cesó la transmisión con un clic.

En el tragaluz que había sobre la cama de Malcolm, los velocirraptores habían masticado el primero de los barrotes de acero. Uno de los animales había aferrado el extremo del barrote y tirado de él con fuerza, doblándolo hacia atrás. Después, puso su poderosa pata trasera sobre el tragaluz; bruscamente, el vidrio se hizo añicos y los brillantes pedazos cayeron sobre la cama de Malcolm, que estaba debajo. Ellie extendió el brazo y quitó de las sábanas los fragmentos más grandes.

—¡Dios, qué feos son! —exclamó Malcolm, mirando hacia arriba.

Ahora que el vidrio estaba roto, podían oír los resoplidos y gruñidos de los raptores y el chirrido de sus dientes en el metal mientras mordían los barrotes. Había secciones adelgazadas de color plateado, en los sitios que habían masticado y su saliva espumosa había salpicado las sábanas y la mesilla de noche.

—Al menos, no pueden entrar aún —trató de tranquilizarse Ellie—. No hasta que hayan roto otro barrote.

—Si Grant pudiera llegar de alguna manera al cobertizo de mantenimiento… —suspiró Wu.

—¡Al infierno! —gruñó Muldoon, que se desplazaba por la habitación cojeando con su tobillo dislocado—. No puede llegar ahí lo suficientemente rápido. No puede dar la corriente suficientemente rápido. No como para detener esto.

—No —confirmó Wu, negando con la cabeza.

Malcolm tosió:

—Sí. —Su voz era suave, casi un jadeo.

—¿Qué dijo? —preguntó Muldoon.

—Sí —repitió Malcolm—. Puede…

—¿Puede qué?

—Distracción… —Se encogió, presa del dolor.

—¿Qué clase de distracción?

—Vayan a… la cerca…

—¿Sí? ¿Y qué hacemos?

Malcolm sonrió débilmente:

—Saquen… las manos a través de ella.

—¡Oh, Cristo! —exclamó Muldoon, dándose vuelta.

—Espere un momento —dijo Wu—. Tiene razón: sólo hay dos raptores aquí,

lo que significa que hay cuatro más, por lo menos, ahí fuera. Podríamos salir y crear una distracción.

—¿Y después qué?

—Y después Grant tendría libertad para ir al edificio de mantenimiento y encender el generador.

—¿Y después volver a la sala de control y hacer que arranque el sistema?

—Exactamente.

—No hay tiempo —objetó Muldoon—. No hay tiempo.

—Pero sí podemos atraer a los raptores aquí abajo —dijo Wu—, quizás hasta alejarlos de ese tragaluz… Podría funcionar. Vale la pena intentarlo.

—Un cebo —dijo Muldoon.

—Exactamente.

—¿Quién va a ser el cebo? Yo no sirvo: mi tobillo está fuera de combate.

—Yo lo haré —se ofreció Wu.

—No —se opuso Muldoon—. Usted es el único que sabe qué hacer con el ordenador. Necesita hablar con Grant durante el proceso de puesta en marcha del sistema.

—Entonces, lo haré yo —decidió Harding.

—No —intervino Ellie—. Malcolm le necesita. Lo haré yo.

—Demonios, no estoy de acuerdo —dijo Muldoon—. Tendría velocirraptores rodeándola por todas partes, velocirraptores en el techo…

Pero la joven ya se estaba inclinando, atándose los cordones de sus zapatillas de carrera.

—Pero no se lo digan a Grant —recomendó—, lo pondría nervioso.

El vestíbulo estaba silencioso, lleno de una niebla fría que les rodeaba. La radio permanecía silenciosa. Tim se inquietó:

—¿Por qué no nos hablan?

—Tengo hambre —recordó Lex.

—Están tratando de hacer planes —explicó Grant.

La radio chasqueó:

—Grant, ¿está usted habla… …nry Wu? ¿Está usted ahí?

—Estoy aquí.

—Escuche —dijo Wu—: desde el sitio en el que está, ¿puede ver la parte de atrás del edificio para visitantes?

Grant miró por las puertas posteriores de vidrio, hacia las palmeras y la niebla.

—Sí.

—Las palmeras…

—Sí.

Lex se deslizaba para darle la vuelta al escritorio.

Wu dijo:

—Hay un sendero que pasa por las palmeras y llega al edificio de mantenimiento: ahí es donde están el equipo de alimentación de corriente y los generadores. Creo que vio usted el edificio de mantenimiento ayer.

—Sí —contestó Grant. Aunque quedó momentáneamente perplejo: ¿fue ayer cuando miró dentro del edificio? Parecía que hubieran transcurrido años.

—Ahora, escuche —continuó Wu—: creemos que podemos hacer que todos los velocirraptores bajen aquí, junto al pabellón, pero no estamos seguros. Así que tenga cuidado, denos cinco minutos.

—Está bien —dijo Grant.

—Puede dejar a los chicos en el autoservicio; allí deberán de estar bien. Llévese la radio cuando vaya.

—Está bien.

—Apáguela antes de salir, de modo que no haga ruido alguno en el exterior. Y llámeme cuando llegue al edificio de mantenimiento.

—Está bien.

Grant apagó la radio. Lex regresó deslizándose.

—¿Vamos al autoservicio? —susurró.

—Sí —contestó Grant.

Se levantaron y empezaron a caminar a través de la bruma que flotaba en el vestíbulo.

—Quiero una hamburguesa —susurró Lex.

—No creo que haya electricidad para cocinar.

—Entonces, helado.

—Tim, tendrás que quedarte con ella y cuidarla.

—Lo haré.

—Tengo que irme un rato —anunció Grant.

—Lo sé.

Se desplazaron hasta la entrada del restaurante. Al abrir la puerta, Grant vio mesas cuadradas para comer y sillas; más allá, puertas batientes. Cerca de donde

estaban él y los niños, había una máquina registradora y un estante con goma de mascar y golosinas.

—Muy bien, chicos. Quiero que os quedéis aquí, pase lo que pase. ¿Entendido?

—Déjenos la radio —pidió Lex.

—No puedo. La necesito. Quedaos aquí. Sólo estaré fuera unos cinco minutos. ¿Está bien?

—Está bien.

Grant cerró la puerta.

Tim se sintió orgulloso y responsable, cuando la puerta se cerró. El restaurante quedó completamente a oscuras. Lex le aferró la mano:

—Enciende las luces —dijo.

—No puedo. No hay electricidad. —Pero sacó sus lentes para visión nocturna.

—Eso está bien para ti. ¿Y qué hay de mí?

—Cógeme la mano. Buscaremos algo para comer.

La guio hacia delante. En verde fosforescente, Tim vio las mesas y sillas. Hacia la derecha, la registradora, en verde refulgente, y el estante con goma de mascar y golosinas. Se apoderó de un puñado de barritas de chocolate.

—Te dije que quería helado, no dulces —protestó Lex.

—Tómalos de todos modos.

—Helado, Tim.

—Está bien, está bien.

Tim se metió las barritas en el bolsillo y guio a Lex hacia la parte más interna del comedor. La niña le tiró de la mano.

—No puedo ver nada —dijo.

—Camina conmigo. Coge mi mano.

—Entonces ve más despacio.

Detrás de las mesas y sillas había un par de puertas de vaivén con ventanitas redondas. Probablemente conducían a la cocina. Tim empujó una de las puertas para abrirla, y la mantuvo abierta de par en par.

Ellie Sattler salió por la puerta principal hacia el pabellón, y sintió la helada bruma en la cara y las piernas. El corazón le golpeaba el pecho, aun cuando sabía que estaba completamente segura detrás de la cerca. Directamente

adelante, vio los pesados barrotes en medio de la niebla.

Pero no podía ver mucho más allá de la cerca. Otros dieciocho metros antes de que el paisaje se volviera blanco lechoso. Y no veía raptores por parte alguna. De hecho, los jardines y los árboles estaban casi sobrenaturalmente silenciosos.

—¡Eh! —gritó en la niebla, a modo de ensayo.

Muldoon se inclinó contra el marco de la puerta.

—Dudo que eso sirva —comentó—. Tiene que hacer ruido.

Se acercó cojeando, en la mano llevaba una varilla de acero proveniente de la construcción que se estaba haciendo dentro.

Golpeó la varilla contra los barrotes, como si fuera un gong para llamar a comer.

—¡Venid por ella! ¡La cena está servida!

—Muy divertido —dijo Ellie. Echó una nerviosa mirada hacia el techo: no vio raptores.

—No entienden el inglés —sonrió Muldoon—. Pero imagino que perciben la idea general…

Todavía estaba nerviosa, y encontró fastidioso el humor de Muldoon. Miró hacia el edificio de visitantes, envuelto en la niebla. Muldoon reinició el golpeteo sobre los barrotes. En el límite de su campo visual, casi perdido en la niebla, Ellie vio un animal descolorido como un fantasma. Un velocirraptor.

—Primer cliente —dijo Muldoon.

El raptor desapareció, una sombra blanca, y después volvió, pero no se acercó más y pareció extrañamente indiferente al ruido que provenía del pabellón. Ellie estaba empezando a preocuparse: a menos que pudiera atraer a los velocirraptores al pabellón, Grant estaría en peligro.

—Hace usted demasiado ruido —dijo Ellie.

—¡Mil demonios! —repuso Muldoon.

—Bueno, lo hace.

—Conozco estos animales…

—Está borracho. Déjeme manejar esto.

—¿Y cómo va a hacerlo?

Ellie no le respondió y fue hacia el portón:

—Dicen que los raptores son inteligentes.

—Lo son. Por lo menos, tan inteligentes como los chimpancés.

—¿Tienen buena capacidad auditiva?

—Sí, excelente.

—A lo mejor conocen este sonido —dijo Ellie, y abrió el portón: las bisagras metálicas, herrumbradas por la bruma constante, chirriaron sonoramente. Ellie lo cerró otra vez, abriéndolo con otro chirrido. Lo dejó abierto.

—Yo no haría eso —aconsejó Muldoon—. Y si lo hace, déjeme traer el lanzador.

—Traiga el lanzador.

Muldoon lanzó un quejido, recordando:

—Gennaro tiene los proyectiles.

—Bueno, entonces tenga los ojos bien abiertos. —Y pasó por el portón, fuera de los barrotes. El corazón le latía con tanta fuerza que apenas podía sentir los pies en la tierra. Se alejó de la cerca, y le pareció que el vallado desaparecía en la niebla con aterradora velocidad. Pronto se perdió a espaldas de ella.

Como esperaba Muldoon empezó a gritarle con la agitación del borracho:

—¡Maldición, nena, no haga eso! —vociferó.

—No me llame «nena» —respondió, también a gritos.

—¡La llamaré como malditamente se me ocurra! —gritó Muldoon.

—Usted no tiene pelotas —dijo Ellie.

—¿Que no tengo pelotas? —barbotó—. ¿Que no tengo pelotas? Linda manera de hablar para usted, una fina joven liberada. La erudita de los barrios bajos…

No le estaba escuchando. Se daba vuelta con lentitud, el cuerpo tenso, vigilando por todos lados. Ahora estaba a dieciocho metros de la cerca, por lo menos, y podía ver, más allá del follaje, la bruma arrastrada por el viento, como una lluvia leve. Se mantuvo alejada del follaje. Los músculos de piernas y hombros le dolían por la tensión. Sus ojos se esforzaban por ver.

—¿Me oye, maldición? —vociferaba Muldoon.

«¿Hasta qué punto son hábiles estos animales? —se preguntó Ellie—. ¿Lo suficiente como para cortarme la retirada?».

No había mucha distancia de regreso a la cerca, no en realidad…

Atacaron.

No hubo sonido alguno.

El primer animal se lanzó a la carga desde el follaje que había en la base de un árbol, a la izquierda: saltó como un resorte y Ellie se volvió para correr. El segundo atacó desde el otro lado, con la clara intención de atraparla mientras corría, y saltó en el aire, con las garras listas para atacar; la joven se lanzó como un corredor de pista y campo y el animal se estrelló contra la tierra. Ahora, Ellie

corría a la máxima velocidad, sin atreverse a mirar hacia atrás, jadeante, viendo los barrotes de la cerca emerger de la neblina, viendo a Muldoon abrir el portón de par en par, viéndole tender la mano, gritarle, aferrarle el brazo y tirar de ella con tanta fuerza que la levantó en vilo y la hizo caer al suelo.

Ellie se dio vuelta a tiempo para ver primero uno, después dos, después tres animales chocar contra la cerca y gruñir.

—¡Buen trabajo! —gritó Muldoon. Ahora se burlaba de los animales, gruñéndoles en respuesta, y eso los enfurecía. Se lanzaban contra la cerca, saltando delante, y uno de ellos casi consiguió pasar por encima.

—¡Cristo, ése estuvo cerca! ¡Estos hijos de puta pueden saltar!

La joven se puso en pie, mirándose las raspaduras y magulladuras, la sangre que le corría por la pierna. Todo lo que pudo pensar fue: tres animales aquí. Y dos en el techo. Eso quería decir que faltaba uno, que estaba en alguna parte.

—¡Vámonos, ayúdeme! —dijo Muldoon—. ¡Mantengámoslos interesados!

Grant dejó el centro de visitantes y avanzó con rapidez, adentrándose en la bruma. Halló el sendero que había entre las palmeras y lo siguió hacia el norte. Allá delante, la estructura del cobertizo de mantenimiento surgió de la niebla.

Por ninguna parte aparecía puerta alguna que él alcanzara a ver. En la parte de atrás, oculto por la vegetación plantada ex profeso, vio un muelle de hormigón para la carga de camiones. Ayudándose con manos y pies, trepó hasta topar con una persiana enrollable vertical de acero; estaba cerrada con llave. Volvió a bajar el muelle de un salto y siguió rodeando el edificio. Más adelante, hacia su derecha, vio una puerta común y corriente. Se mantenía abierta mediante un zapato de hombre que la trababa.

Grant entró y entornó los ojos en la oscuridad. Prestó atención: no oyó nada. Levantó la radio y conectó.

—Aquí Grant —informó—, estoy dentro.

Wu alzó la mirada hacia el tragaluz: los dos velocirraptores seguían escudriñando la habitación de Malcolm, pero parecían estar confundidos por los ruidos del exterior. El genetista fue hasta la ventana del hotel: fuera, los tres velocirraptores seguían cargando contra la cerca. Ellie corría de un lado a otro, protegida por los barrotes. Pero los animales ya no parecían estar tratando en

serio de atraparla: ahora casi parecían estar jugando, alejándose de la cerca, dando una vuelta, alzándose sobre las patas traseras y gruñendo, para después volver a caer sobre las cuatro patas, volver a girar en círculo y, por último, embestir. Su conducta había asumido la distintiva característica de una exhibición, más que de un ataque en serio.

—Como pájaros —comentó Muldoon—; están haciendo una representación teatral.

Wu asintió con la cabeza:

—Son inteligentes. Ven que no la pueden alcanzar. No lo están intentando de veras.

La radio chasqueó:

—… dentro.

Wu aferró la radio:

—Repítalo, doctor Grant.

—Estoy dentro.

—¿Doctor Grant, está usted en el edificio de mantenimiento?

—Sí. Quizá deba usted llamarme Alan.

—Muy bien, Alan. Si está usted exactamente dentro de la puerta este, verá muchos caños y tuberías.

—Sí.

—Muy bien. —Wu cerró los ojos, haciéndose la representación mental de lo que había allí—. Inmediatamente delante hay un gran pozo empotrado, situado por debajo en el centro del edificio, que llega dos pisos por debajo de la tierra: ahí abajo puede usted ver montones de cañerías y varios cilindros anaranjados grandes.

—Sí.

—Hacia su izquierda hay una pasarela metálica con barandillas.

—La veo.

—Vaya por la pasarela.

—Ya voy por ella.

Débilmente, la radio transmitía el sonido metálico de las pisadas de Grant sobre el metal.

—Cuando haya recorrido unos seis o nueve metros, quizá, verá otra pasarela que va hacia la derecha. —La veo.

—Vaya por esa pasarela.

—Entendido.

—Cuando siga su marcha, llegará a una escalera de mano situada a su izquierda: esa escalera desciende por el pozo.

—La veo.

—Baje por la escalera.

—Está oscuro.

Hubo un prolongado silencio. Wu se pasó los dedos por el empapado cabello. Muldoon frunció tensamente el entrecejo.

—Muy bien, ya he bajado la escalera —anunció Grant.

—Bien —dijo Wu—. Ahora, directamente delante de usted debe de haber dos grandes tanques amarillos con la indicación «Flammable», en inglés.

—Dicen inflamable, y después hay algo escrito abajo, también en español.

—Ésos son. Ésos son los dos depósitos de combustible para el generador. Uno de ellos se ha agotado, y por eso tenemos que cambiarlo por el otro. Si mira debajo de los depósitos, verá una tubería blanca que sale de ellos.

—¿Una de unos diez centímetros de diámetro, de cloruro de polivinilo?

—Sí. PVC. Siga esa tubería hacia atrás.

—Entendido. Lo estoy siguiendo… ***¡Auch!***

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Me he dado un golpe en la cabeza.

Se produjo un silencio.

—¿Está usted bien?

—Sí, muy bien. Tan sólo… me lastimé la cabeza. Estúpido.

—Manténgase siguiendo el caño.

—Bien, bien —asintió Grant. Su voz denotaba irritación—. Muy bien. La tubería entra en una caja grande de aluminio, con purgas de aire en los costados. Dice «Honda». Parece ser el generador.

—Sí. Ese es el generador. Si va usted hacia el costado verá un panel con dos botones.

—Los veo: ¿amarillo y rojo?

—Así es. Apriete el amarillo primero y, mientras lo mantiene apretado, oprima el rojo.

—Entendido.

Hubo otro momento de silencio. Duró casi un minuto. Wu y Muldoon se miraron.

—¿Alan?

—No funcionó —dijo Grant.

—¿Ha mantenido apretado el amarillo, primero, y después apretó el rojo?

—Sí —afirmó Grant. Parecía molesto—. He hecho exactamente lo que usted me ha dicho.

Se produjo un zumbido y, después, un clic, clic, clic muy rápido; después, el zumbido se detuvo y ya no hubo nada más.

—Pruebe otra vez.

—Ya lo he hecho. No funciona.

—Está bien, un momento. —Wu frunció el entrecejo—. Por lo que me dice, parece que el generador está tratando de ponerse en marcha, pero no puede por algún motivo. ¿Alan?

—Aquí estoy.

—Dé la vuelta y vaya a la parte de atrás del generador, al lugar en el que entra la tubería de plástico.

—Entendido. —Silencio; después, Grant dijo—: La tubería entra en un cilindro negro, que parece una bomba de combustible.

—Así es —dijo Wu—. Eso es lo que es, precisamente: es la bomba de combustible. Busque una valvulita en la parte superior.

—¿Una válvula?

—Tiene que sobresalir por la parte superior, con una aletita metálica de la que usted puede girar.

—La he encontrado, pero está al lado, no arriba.

—Está bien. Dele la vuelta hasta abrirla.

—Está saliendo aire.

—Bien. Espere hasta…

—… ahora está viniendo un líquido. Gasolina, creo. Tiene olor a gasolina.

—Bien. Cierre la válvula. —Wu se volvió hacia Muldoon, sacudiendo la cabeza en gesto de negación. Dijo—: La bomba no estaba cebada. ¿Alan?

—Sí.

—Vuelva a intentar con los botones.

—Entendido. ¿Amarillo y, después, rojo?

—Sí.

Un instante después, Wu oyó los débiles carraspeo y tartajeo del generador al empezar a girar y, después, el resoplido corto y continuo, cuando estuvo plenamente activo.

—Está encendido —dijo Grant.

—¡Buen trabajo, Alan! ¡Buen trabajo!

—¿Ahora, qué? —preguntó Grant. Parecía desanimado—: Las luces ni siquiera se han encendido.

—Vuelva a la sala de control y le diré cómo disponer los controles en forma manual.

—¿Eso es lo que tengo que hacer ahora?

—Sí.

—Bien. Le llamaré cuando llegue.

Se produjo un siseo final y, después, silencio.

—¿Alan?

La radio estaba muerta.

Muldoon miró su reloj:

—Quedan veinte minutos —dijo.

Tim pasó por las puertas de vaivén hasta la parte de atrás del comedor y entró en la cocina: vio una mesa grande de acero inoxidable en el centro; una cocina grande con muchos hornillos, a la izquierda y, más allá, grandes cámaras frigoríficas. Tim empezó a abrir las cámaras, en busca del helado.

Cuando abría cada cámara salía humo hacia el aire cargado de humedad.

—¿Cómo es que la cocina está encendida? —dijo Lex, soltándole la mano.

—No lo está.

—Todas tienen llamitas azules.

—Son llamas piloto.

—¿Qué son llamas piloto? —En su casa tenían una cocina eléctrica.

—No importa —dijo Tim, abriendo otra cámara—. Pero eso quiere decir que puedo cocinar algo.

En ésta encontró toda clase de cosas, envases de cartón con leche, pilas de hortalizas, un estante con chuletas, pescado…, pero nada de helado.

—¿Todavía quieres helado?

—Ya te lo he dicho, ¿no?

La cámara frigorífica siguiente era enorme, toda ella de acero inoxidable, con un gran tirador horizontal. Tiró de él, hasta abrirla por completo, y vio una cámara de congelación: era toda una habitación con una temperatura de muchos grados bajo cero.

—Timmy…

—¿No puedes esperar un momento? —dijo, fastidiado—. Estoy tratando de

encontrar tu helado.

—Timmy… hay algo aquí.

Lex estaba susurrando y, por un instante, las dos últimas palabras no se percibieron. Entonces, Tim se apresuró a salir del congelador, viendo el borde de la puerta orlado con humo verde brillante. Su hermana estaba en pie más allá, al lado de la mesa de acero: mirando en dirección a la puerta de la cocina.

Tim oyó un siseo bajo, como el de una serpiente muy grande. El sonido subía y bajaba con suavidad. Era apenas audible; hasta podría haber sido el viento pero, de algún modo, Tim supo que no lo era.

—Timmy —musitó su hermana—, tengo miedo…

El niño se arrastró hacia la puerta de la cocina y miró hacia fuera.

En el oscurecido comedor vio el ordenado patrón rectangular verde conformado por las tablas de las mesas. Y, moviéndose con suavidad entre ellas, silencioso como un fantasma, salvo por el escape siseante de la respiración, había un velocirraptor.

En la oscuridad del cuarto de mantenimiento, Grant avanzó a tientas, palpando las cañerías, para regresar donde estaba la escalera de mano. Le resultaba difícil acertar con el camino y, por alguna razón, encontraba que el ruido del generador le desorientaba. Llegó a la escalera y empezó a descender, cuando se dio cuenta de que en el cuarto había algo más, además del ruido del generador.

Se detuvo, escuchando.

Era un hombre que gritaba.

Parecía la voz de Gennaro.

—¿Dónde está usted? —gritó Grant.

—Por aquí: en el camión.

Grant no podía ver camión alguno. Entornó los ojos para ver en la oscuridad. Observó con el rabillo del ojo: vio formas verde brillante, que se movían. Después, vio el camión y se volvió hacia él.

Tim sintió que el silencio era escalofriante.

El velocirraptor medía un metro ochenta de alto, y era muy musculoso, aunque sus fuertes patas y su cola quedaban ocultas por las mesas. Tim sólo le podía ver el fornido torso superior, los dos antebrazos tensamente dispuestos a lo

largo del cuerpo, las garras que colgaban. Pudo ver el moteado iridiscente del lomo. El velocirraptor estaba alerta: mientras avanzaba, miraba de un lado a otro, volviendo la cabeza con movimientos espasmódicos y bruscos, como los de un ave.

Una gigantesca, silenciosa, ave de rapiña.

El comedor estaba a oscuras pero, en apariencia, el raptor podía ver lo suficientemente bien como para esquivar las mesas. Avanzaba sin pausa. De vez en cuando se inclinaba, bajando la cabeza hasta ponerla fuera de la visual, por debajo de las mesas. Tim oyó el sonido de un olfateo rápido. Después, la cabeza volvía a emerger de manera repentina, alerta, sacudiéndose atrás y adelante como la de un pájaro.

Tim observó hasta que estuvo seguro de que el velocirraptor se dirigía hacia la cocina. ¿Les estaba siguiendo el rastro? Todos los libros decían que los dinosaurios tenían un mal sentido del olfato, pero este parecía arreglárselas muy bien. De todos modos, ¿qué sabían los libros? Aquí se encontraba la verdad.

Yendo hacia él.

Tim se zambulló de vuelta en la cocina.

—¿Hay algo ahí fuera? —preguntó Lex.

Tim no respondió. La metió de un empujón bajo una mesa de la esquina, detrás de un gran cubo de desperdicios. Se inclinó muy cerca de su hermana y susurró con furia:

—¡Quédate aquí! —Y después corrió hacia la cámara frigorífica.

Realmente no sabía si eso iba a funcionar, pero agarró un puñado de bistecs fríos y fue presuroso hacia la puerta. En silencio, colocó el primero de los bistecs, después retrocedió unos pasos y colocó el segundo…

A través de las antiparras, vio a Lex curioseando por el lado del cubo. Con la mano le ordenó que retrocediera. Colocó el tercer bistec, y el cuarto, penetrando cada vez más en la cocina.

El siseo era más intenso y, en ese momento, la mano provista de garras aferró la puerta, y la cabezota escudriñó con cautela lo que tenía alrededor.

Tim se detuvo.

El velocirraptor vaciló en la entrada de la cocina.

Tim permaneció semiagachado, en la parte de atrás de la cocina, cerca de la pata más alejada de la mesa de acero. Pero no había tenido tiempo de esconderse: cabeza y hombros todavía le sobresalían por encima de la mesa. Estaba claramente expuesto a la mirada del velocirraptor.

Lentamente, Tim bajó el cuerpo, hundiéndose debajo de la mesa… El velocirraptor volvió la cabeza con movimientos cortos y espasmódicos, hasta quedar mirando directamente a Tim.

Éste quedó paralizado. Todavía estaba expuesto, pero pensó: «No te muevas».

El velocirraptor permanecía inmóvil en el vano de la puerta.

Olfateando.

«Está más oscuro aquí —pensó Tim—: no puede ver bien. Eso lo vuelve cauteloso».

Pero podía percibir el olor a moho del gran reptil y, a través de las lentes, lo vio bostezar en silencio, tirando hacia atrás su largo hocico, exhibiendo hileras de dientes afilados como navajas.

El velocirraptor volvió a fijar la mirada hacia delante, moviendo la cabeza de un lado a otro. Los enormes ojos giraban dentro de las órbitas óseas.

Tim sintió que su corazón galopaba. De algún modo, resultaba peor verse enfrentado a un animal como ése en una cocina que en selva abierta: el tamaño, los movimientos rápidos, el olor acre, la respiración sibilante…

«Quizá no venga», pensó.

Visto de cerca era un animal mucho más aterrador que el tiranosaurio, que era enorme y poderoso, pero no particularmente astuto. El velocirraptor tenía el tamaño de un hombre, y estaba claro que era rápido e inteligente: Tim temía los escrutadores ojos casi tanto como los dientes afilados.

El velocirraptor olfateó. Dio un paso hacia delante… ¡avanzando directamente hacia Lex! ¡Le debía de oler, seguramente! El corazón de Tim dio un vuelco. El animal se detuvo. Se inclinó con lentitud.

Encontró el bistec.

Tim quería agacharse, para mirar debajo de la mesa, pero no se atrevió a moverse: se mantuvo inmóvil, semiacuclillado, escuchando la ruidosa masticación.

El dinosaurio se lo estaba comiendo. Con huesos y todo.

Después alzó la esbelta cabeza y miró a su alrededor. Olfateó. Vio el segundo bistec. Avanzó con rapidez. Se inclinó.

Silencio.

No se lo estaba comiendo.

La cabeza volvió a subir. Tim tenía las piernas acalambradas, pero no se movió.

¿Por qué el animal no se comía el segundo bistec? Muchas ideas le relampaguearon en la mente: no le gustaba el sabor, no le gustaba que estuviera frío, no le agradaba el hecho de que la carne no estuviera viva, olía la trampa, olía a Lex, olía a Tim, veía a Tim…

El velocirraptor se desplazó muy deprisa ahora: encontró el tercer bistec, hundió la cabeza, volvió a mirar hacia arriba, y prosiguió su marcha.

Tim contuvo la respiración: el dinosaurio ahora estaba a unos pocos metros de distancia. Tim pudo ver las pequeñas contracciones que se producían en los músculos de los flancos. Percibió las incrustaciones de sangre seca en las garras de la mano. Pudo ver el fino diseño de estrías que había dentro del patrón moteado, y los pliegues de la piel del cuello, por debajo de la mandíbula.

El velocirraptor olfateó. Movió la cabeza espasmódicamente y miró a Tim de hito en hito: el niño casi jadeó por el miedo; su cuerpo se puso tenso, rígido. Observaba mientras el ojo de reptil se movía, explorando la habitación. Otro olfateo.

«Me atrapó», pensó Tim.

Entonces la cabeza giró con otro movimiento brusco, para mirar hacia delante, y el animal siguió su camino, hacia el quinto bistec. Tim pensó: ***«Lex por favor no te muevas, por favor no te muevas por lo que sea que haga, por favor no…»***.

El velocirraptor olió el bistec y siguió adelante. Ahora se encontraba ante la puerta del congelador. Tim pudo ver el vaho saliendo en volutas, abarquillándose a lo largo del suelo mientras iba hacia las patas del animal. Una de las enormes patas armadas con garras se alzó; después volvió a bajar, en silencio. El dinosaurio vacilaba. «Demasiado frío —pensó Tim—. No se va a meter ahí, es demasiado frío, no va a entrar, no va a entrar, no va a entrar…».

El dinosaurio entró.

La cabeza desapareció; después, el cuerpo; después, la rígida cola.

Tim saltó como un resorte, lanzando el peso de su cuerpo contra la puerta de acero inoxidable, cerrándola de golpe… ¡Se cerró sobre la punta de la cola! ¡La puerta no se cerraba! El velocirraptor rugió, un aterrador sonido bajo. Inadvertidamente, Tim dio un paso atrás: ¡la cola había desaparecido! ¡Cerró la puerta otra vez y la oyó trabarse! ¡Cerrada!

—¡Lex! ¡Lex! —gritaba. Oía al animal golpeando la puerta, lo sentía lanzándose contra el acero. Tim sabía que en la parte de dentro había un tirador plano de acero, y que si el raptor lo golpeaba, abriría la puerta: tenían que

echarle el cerrojo.

—¡Lex!

Lex estaba junto a él:

—¿Qué quieres?

Tim estaba apoyado con todo su peso contra el tirador horizontal de la puerta, manteniéndola cerrada.

—¡Hay un pasador! ¡Un pasador pequeño! ¡Consigue el pasador!

El velocirraptor rugía como un león, el sonido llegaba amortiguado por el espeso acero. Chocaba con todo su cuerpo contra la puerta.

—¡No puedo ver nada! —gritó Lex.

La espiga se balanceaba debajo del tirador de la puerta, pendiente de una cadenita de metal.

—¡Está ahí mismo!

—¡No puedo verlo! —aulló la niña, y fue entonces cuando Tim se dio cuenta de que su hermana no utilizaba las lentes.

—¡Búscala al tacto!

Vio la manita que se tendía hacia arriba, tocando su propia mano, buscando a tientas el pasador y, al tener a su hermana tan próxima, pudo sentir cuán asustada estaba, la respiración entrecortada en cortos jadeos de pánico, mientras palpaba en busca del pasador, y el velocirraptor se arrojaba contra la puerta y la abría —Dios, la abría—, pero el animal no lo esperaba y ya se había retirado hacia atrás para hacer otro intento y Tim volvió a cerrar de un portazo. Lex, arrastrándose sobre manos y piernas, tendió la mano en la oscuridad:

—¡Lo tengo! —gritó, aferrando el pasador en el puño crispado, y lo empujó a través del agujero. El pasador volvió a resbalar al suelo.

—¡Desde arriba, ponlo desde arriba!

La niña volvió a cogerlo, levantándolo sobre la cadena, balanceándolo sobre el tirador, y lo hizo bajar. Dentro del agujero.

Trabada.

El velocirraptor rugió. Tim y Lex se apartaron de la puerta, mientras el animal se volvía a lanzar contra ella con todo su peso. Ante cada impacto, las bisagras de la pesada puerta de acero crujían, pero aguantaban. Tim no creía que el animal pudiese abrirla.

El raptor estaba encerrado.

Tim lanzó un largo suspiro:

—Vámonos —dijo.

Tomó de la mano a Lex y corrieron.

—Debería haberlos visto —dijo Gennaro, mientras Grant le guiaba para salir del edificio de mantenimiento.

—Los vi.

—Debía de haber unas dos docenas. Compis. Tuve que arrastrarme para entrar en el camión, para poder alejarme de ellos. Cubrían todo el parabrisas. Simplemente agachados, esperando como buitres. Pero escaparon cuando llegó usted.

—Son carroñeros —dijo Grant—; no atacan nada que se esté moviendo o que parezca fuerte. Atacan cosas muertas, o casi muertas. En todo caso, cosas que no se muevan.

Subían por la escalera, regresando a la puerta de entrada.

—¿Qué le pasó al raptor que le atacó a usted? —preguntó Grant.

—No lo sé.

—¿Se fue?

—No lo vi. Se alejó, creo que porque estaba herido. Creo que Muldoon le disparó en la pata, y estaba sangrando mientras estuvo aquí. Después… no sé. A lo mejor volvió a salir. A lo mejor murió aquí. No lo vi.

—Y, a lo mejor, todavía está aquí —dijo Grant. Le echó un vistazo al reloj.

Quedaban dieciséis minutos.

Desde las ventanas del pabellón, Wu miraba a los raptores que estaban más allá de la cerca: todavía parecían estar jugando, llevando a cabo ataques fingidos contra Ellie. Esa conducta se mantenía hacía largo tiempo, y a Wu se le ocurrió que podría ser demasiado tiempo. Y eso le tenía perplejo, porque casi parecía como si los animales estuvieran tratando de retener la atención de Ellie, del mismo modo que ella trataba de retener la de ellos.

La conducta de los dinosaurios siempre había sido un aspecto de menor importancia para Wu. Y con razón: la conducta era un efecto de segundo orden del ADN, como el arrollamiento de las proteínas. Realmente no se podía predecir la conducta, y realmente no se podía controlar, salvo en formas muy toscas, como la de hacer a un animal dependiente de una sustancia de su dieta, al retirar una enzima. Pero, en general, los efectos relativos a la conducta

sencillamente estaban más allá del alcance del entendimiento: no se podía ver la secuencia del ADN y predecir la conducta. Era imposible.

Y eso había hecho del trabajo de Wu con el ADN algo puramente empírico: cuestión de parchear aquí y allá, como un artesano moderno podría reparar un antiguo reloj de péndulo. Había que lidiar con algo surgido del pasado, algo hecho con materiales antiguos y obedecía a reglas antiguas. No se podía tener la certeza de por qué funcionaba del modo en que lo hacía; y ya había sido reparado y modificado muchas veces por las fuerzas de la evolución en el transcurso de eones. Así que, al igual que el artesano que hace un ajuste y después ve si el reloj funciona mejor, Wu hacía un ajuste y después veía si los animales se conducían mejor. Y únicamente trataba de corregir los aspectos más obvios de la conducta: las embestidas incontroladas contra las cercas eléctricas o el frotamiento de la piel contra troncos, hasta quedar en carne viva. Ésas eran las conductas que le llevaban de vuelta al tablero de dibujo.

Y los límites de su ciencia le habían dejado con una misteriosa sensación en cuanto a los dinosaurios del parque: nunca estaba seguro, nunca realmente seguro, en absoluto, de si la conducta de los animales era históricamente exacta o si no lo era. ¿Se estaban conduciendo como lo habían hecho en el pasado? Era una pregunta no respondida y, en última instancia, incontestable.

Y aunque Wu nunca lo admitiría, el descubrimiento de que los dinosaurios se estaban reproduciendo representaba una tremenda ratificación de su obra. Un animal que se reproducía era demostrablemente eficaz, y de manera fundamental: quería decir que Wu había montado todas las piezas en forma correcta; que había recreado un animal de millones de años de antigüedad, y que lo había hecho con tal precisión que ese ser hasta se podía reproducir.

Pero, así y todo, al mirar a los raptores de ahí fuera, le preocupaba la persistencia de la conducta: los velocirraptores eran inteligentes, y los animales inteligentes se aburrían con rapidez. Los animales inteligentes también hacían planes, y…

Harding salió al pasillo, saliendo de la habitación de Malcolm:

—¿Dónde está Ellie?

—Todavía fuera.

—Es mejor que la haga entrar. Los raptores abandonaron el tragaluz.

—¿Cuándo? —preguntó Wu, yendo hacia la puerta.

—Hace unos minutos —contestó Harding.

Wu abrió la puerta del frente.

—¡Ellie! ¡Adentro, ahora!

La joven le miró, perpleja.

—No hay problema, todo está bajo control…

—¡Ahora!

Ellie negó con la cabeza.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo.

—¡Ahora, Ellie, maldición!

Muldoon fue hacia la puerta, saltando sobre su pierna sana. No le gustaba que Wu estuviera ahí, con la puerta abierta, y estaba a punto de decírselo, cuando vio una sombra descender desde lo alto, y de inmediato se dio cuenta de lo que ocurría: el raptor había saltado desde el techo. Y, en ese momento, Wu fue literalmente arrancado de la puerta y Muldoon vio a Ellie que gritaba. Llegó hasta la puerta y miró hacia fuera, para ver que Wu estaba tendido de espaldas, el cuerpo ya abierto por un profundo tajo atestado por la enorme garra, y el animal estaba tirando la cabeza hacia atrás en forma espasmódica, tironeando de los intestinos de Wu, aun cuando Wu todavía estaba vivo, estirando todavía débilmente los brazos para quitarse de encima la cabezota: se lo comía mientras todavía estaba vivo. Y, en ese momento, Ellie dejó de gritar, empezó a correr a lo largo del interior de la cerca y Muldoon cerró la puerta con violencia, aturdido por el horror. ¡Todo había sucedido tan deprisa!

—¿Saltó desde el techo? —preguntó Harding.

Muldoon asintió con la cabeza. Fue hacia la ventana, miró hacia fuera y vio que los tres velocirraptores que estaban fuera de la cerca se alejaban corriendo. Pero no seguían a Ellie.

Estaban volviendo hacia el centro de visitantes.

Grant llegó hasta el borde del edificio de mantenimiento y escudriñó lo que tenía delante, en la niebla: podía oír los gruñidos de los raptores, y parecían estar acercándose. Ahora podía ver sus cuerpos, pasando frente a él: iban hacia el centro de visitantes.

Miró a Gennaro, que estaba atrás.

Gennaro sacudió la cabeza, negando.

Grant se inclinó para acercársele y le musitó al oído:

—No hay alternativa. Tenemos que establecer contacto con ese barco dentro de quince minutos. —Y Grant se puso en marcha entre la niebla.

Después de un instante, Gennaro lo siguió.

Ellie no se detuvo a pensar. Cuando los velocirraptores cayeron dentro de la cerca para atacar a Wu, ella se limitó a dar la vuelta y correr, lo más rápido que podía, hacia el extremo opuesto del pabellón. Había un espacio de cuatro metros y medio entre la cerca y el pabellón. Ellie corrió, sin oír si los animales la perseguían: sólo oía su propia respiración. Dio vuelta a la esquina, vio un árbol que se alzaba al costado del edificio y saltó, agarrándose a una rama y, con su propio impulso, osciló hacia arriba. No sintió pánico sino una especie de regocijo cuando perneó para impulsarse, vio sus piernas ascender frente a su cara y las flexionó sobre una rama que estaba más arriba, tiró violentamente los talones hacia atrás, tensó los músculos abdominales y se elevó con rapidez.

Ya estaba a unos cuatro metros del suelo, los velocirraptores todavía no la seguían y estaba empezando a sentirse muy bien, cuando vio el primer animal al pie del árbol: tenía la boca cubierta de sangre y de las comisuras le colgaban pedazos de carne desgarrada. Ellie siguió subiendo con rapidez, poniendo una mano sobre la otra, apenas consiguiendo un punto de apoyo y avanzando, y casi podía ver la parte superior del edificio. Volvió a mirar hacia abajo.

Los dos raptores estaban trepando al árbol.

Sintió escalofríos, porque ahora estaba al nivel del techo, podía ver la grava sólo a un metro de distancia y las pirámides de los tragaluces sobresaliendo sólo de la bruma. Había una puerta en el techo: podía entrar por ella. Con un solo esfuerzo para impulsarse, se lanzó por el aire y cayó con todo el cuerpo sobre la grava. No con mucho garbo, se raspó la cara pero, de alguna manera, su única sensación era de alborozo, como si fuera una especie de juego en el que estuviera interviniendo, un juego que intentaba ganar. Corrió hacia la puerta que llevaba al hueco de la escalera. Detrás de ella podía oír a los raptores sacudiendo las ramas del árbol: todavía estaban en el árbol.

Alcanzó la puerta y dio vuelta al pomo.

La puerta estaba cerrada con llave.

Pasaron unos instantes antes de que el significado de eso penetrara a través de su euforia: la puerta estaba cerrada con llave. Estaba en el techo y no podía bajar. La puerta estaba cerrada.

Golpeó en la puerta con los puños cerrados, presa de ira y frustración y, después, corrió hacia el extremo opuesto del techo, con la esperanza de ver una

manera de llegar abajo, pero únicamente estaba el contorno verde de la piscina, que se discernía entre la flotante bruma. Alrededor de la piscina, había suelo de hormigón; tres, cuatro metros de hormigón: demasiado como para cruzarlos de un salto. No había otros árboles por los que descender. No había escaleras. No había salida de emergencia.

Nada.

Ellie dio la vuelta y vio a los velocirraptores saltando con facilidad al techo. Corrió hacia el otro lado del edificio, con la esperanza de que hubiese otra puerta, pero no la había.

Los animales se le acercaban con lentitud, acosándola, deslizándose en silencio entre las pirámides de vidrio. Ellie miró hacia abajo: el borde de la piscina estaba a tres metros de distancia.

Demasiado lejos.

Los raptores estaban más cerca, empezaban a separarse e, ilógicamente, pensó: «¿No es así siempre?: algún pequeño error lo echa todo a perder». Todavía se sentía aturdida, todavía sentía alborozo y, por alguna razón, no podía creer que esos animales la pudieran atrapar, no le resultaba posible creer que su vida terminase de esa manera. No parecía posible. Estaba envuelta en una especie de protectora jovialidad. Sencillamente no creía que eso estuviera ocurriendo.

El velocirraptor gruñó. Ellie retrocedió, desplazándose hacia el extremo opuesto del techo. Tomó una bocanada de aire y, después, corrió a toda velocidad hacia el borde. Mientras avanzaba ágilmente hacia el borde, vio la piscina y supo que estaba demasiado lejos, pero pensó «qué demonios», y saltó hacia el vacío.

Con un golpe punzante, se sintió envuelta por el frío: estaba debajo del agua. ¡Lo había logrado! Emergió, miró hacia el techo, y vio a los velocirraptores que la miraban. Y supo que, si ella había podido hacerlo, los animales podían hacerlo también. Chapoteó en el agua y pensó: «¿Pueden nadar los velocirraptores?». Pero estaba segura de que podían. Era probable que pudieran nadar como cocodrilos.

Los reptiles se apartaron del borde del edificio. Y, en ese momento, oyó a Harding que gritaba, ¿Sattler? y se dio cuenta de que el veterinario había abierto la puerta del techo. Y de que los raptores iban tras él.

Con premura saltó de la piscina, trepando por el borde con piernas y brazos, y corrió hacia el pabellón.

Harding había subido a la terraza, saltando los escalones de dos en dos, y había abierto violentamente la puerta sin pensar:

—¡Sattler! —gritó. Y entonces se detuvo. Entre las pirámides del techo había bruma. Los velocirraptores no estaban a la vista.

—¡Sattler!

Estaba tan preocupado por Sattler que pasaron unos instantes antes de que se diera cuenta de su error. «Debería poder ver los animales», pensó. Al momento siguiente, el antebrazo armado con garras se abatió violentamente desde detrás de la puerta, alcanzándolo en el pecho, causándole un dolor desgarrador, y tuvo que hacer un máximo esfuerzo para echarse atrás y cerrar la puerta sobre ese brazo. Desde abajo oyó a Muldoon que gritaba:

—¡Está aquí, la chica ya está dentro!

Desde el otro lado de la puerta, el velocirraptor gruñó y Harding volvió a cerrarla con violencia, las garras retrocedieron y Harding cerró la puerta con metálico retumbar y se sentó tosiendo en el suelo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lex. Estaban en el segundo piso del centro de visitantes. Un pasillo con paredes de vidrio recorría todo el edificio.

—A la sala de control —dijo Tim.

—¿Dónde está eso?

—Por aquí abajo, en alguna parte. —Tim miró los nombres impresos en las puertas, a medida que pasaban frente a ellas. Éstas parecían ser oficinas: GUARDAPARQUE… SERVICIOS PARA HUÉSPEDES… GERENTE GENERAL… INTERVENTOR…

Llegaron hasta un tabique de vidrio con un letrero:

ZONA CERRADA
SÓLO PERSONAL AUTORIZADO
MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO

Había una ranura para una tarjeta de seguridad, pero Tim simplemente

empujó la puerta y la abrió.

—¿Cómo es que se ha abierto?

—No hay corriente —dijo él.

—¿Por qué vamos a la sala de control? —preguntó Lex.

—Para encontrar una radio. Necesitamos llamar a alguien.

Más allá de la puerta de vidrio, el pasillo seguía. Tim recordaba ese sector; lo había visto con anterioridad, durante la excursión. Lex trotaba a su lado. A la distancia oyeron el gruñido de los raptores; los animales parecían estar acercándose. Después, Tim los oyó embestir ruidosamente contra el vidrio de la planta baja.

—Están ahí fuera… —susurró Lex.

—No te preocupes.

—¿Qué están haciendo aquí?

—No te preocupes ahora.

SUPERVISOR DEL PARQUE… OPERACIONES… CONTROL PRINCIPAL…

—Aquí —dijo Tim.

Abrió la puerta de un empujón. La sala de control principal era como la había visto antes: en el centro de la sala había una consola con cuatro sillas y cuatro monitores. La habitación estaba completamente a oscuras, salvo por los monitores, todos los cuales exhibían una serie de rectángulos de color.

—Bien; ¿dónde hay una radio? —dijo Lex.

Pero Tim lo había olvidado todo sobre la radio. Avanzó, contemplando las pantallas del ordenador: ¡las pantallas estaban encendidas! Eso solamente podía significar…

—La corriente tiene que haber vuelto…

—¡Ajjj! —dijo Lex, desplazando el cuerpo.

—¿Qué?

—He puesto el pie en la oreja de alguien.

Tim no había visto un cuerpo cuando entraron. Miró hacia atrás y vio que únicamente había una oreja tirada en el suelo.

—Esto es verdaderamente repugnante —dijo la niña.

—No importa. —Tim se volvió hacia los monitores.

—¿Dónde está lo que falta? —insistió ella.

—No importa eso ahora.

Escudriñó de cerca el monitor: había hileras de rótulo de color en la pantalla:

PARQUE JURÁSICO - PUESTA EN MARCHA DEL SISTEMA

		PUESTA EN MARCHA AB(0)			PUESTA EN MARCHA CN/D	
Principal Seguridad	Principal Monitores	Principal Instrucciones	Principal Eléctrico	Principal Hidráulico	Principal Maestro	Principal Zoolog.
Poner Rejillas NL	Vista VBB	Acceso TNL	Calefacción/ Refrigeración	Interfaz Plegar Puerta	Alr SAAG	Almacena-miento/ Reparaciones
Cerraduras Críticas	TeleComs. VBB	Restaurar/ Invertir	Ilum. Emergencia	Principal IIGAS/VLD	Interfaz Común	Principal Estado
Franquia Control	DRS TeleCom	Principal Plantillas	Paráms. FNCC	Pel. Explosión Incendio	Principal Esquemáticos	Seguridad/ Salud

—Es mejor que no te metas, Timmy —dijo Lex.

—No te preocupes, no lo haré.

Tim ya había visto antes ordenadores complicados, como los que estaban instalados en los edificios en los que trabajaba su padre. Esos ordenadores lo controlaban todo, desde los ascensores y la seguridad hasta los sistemas de calefacción y refrigeración. Básicamente, tenían el aspecto de este, un montón de rótulos de colores pero eran más simples. Y casi siempre había un rótulo de ayuda, si hacía falta aprender cómo actuaba el sistema. Pero aquí no vio nada semejante. Volvió a mirar, para estar seguro.

Pero, en ese momento, vio algo más: cifras que titilaban y cambiaban en el extremo superior izquierdo de la pantalla. Rezaban 10.47.22. Entonces, se dio cuenta de que era la hora. ¡Eran las 10:47! Sólo quedaban trece minutos antes de que el barco… Pero ahora estaba más preocupado por la gente del pabellón.

Hubo un restallar de estática. Se volvió y allí estaba Lex, con una radio, haciendo girar los botones y diales.

—¿Cómo funciona? —dijo—. No puedo hacer que funcione.

—¡Dámela!

—¡Es mía! ¡Yo la encontré!

—¡Dámela, Lex!

—¡Yo lo usaré primero!

De repente, la radio chasqueó:

—¡Qué demonios está pasando! —dijo la voz de Muldoon.

Sorprendida, Lex la dejó caer al suelo.

Grant se agazapó, poniéndose en cuclillas entre las palmeras. A través de la bruma que había delante pudo ver a los velocirraptores saltando y gruñendo y golpeando con la cabeza contra el vidrio del centro de visitantes. Pero, entre gruñidos, se quedaban en silencio y levantaban la cabeza, como si estuvieran escuchando algo distante. Y después producían sonidos parecidos a gemiditos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Gennaro.

—Parece que están tratando de meterse en el restaurante.

—¿Qué hay en el restaurante?

—Dejé a los chicos allí…

—¿Pueden romper ese vidrio?

—No lo creo, no.

Grant observaba y, ahora, oyó el chasquido de una radio lejana, y los reptiles empezaron a brincar con mayor agitación. Uno después de otro, comenzaron a saltar cada vez más alto, hasta que, por fin, Grant vio que el primero de ellos saltaba ágilmente hasta el balcón del segundo piso y, desde ahí, entraba en el centro de visitantes.

En la sala de control, en el segundo piso, Tim arrebató la radio que Lex había dejado caer. Apretó el botón:

—¡Hola! ¡Hola!

—¿…s tú, Tim? —Era la voz de Muldoon.

—Soy yo, sí.

—¿Dónde estás?

—En la sala de control. ¡Ha vuelto la corriente!

—Eso es grandioso, Tim —dijo Muldoon.

—Si alguien me dice cómo encender el ordenador, lo haré.

Se produjo un silencio.

—¡Hola! —dijo Tim—. ¿Me oyen?

—Bien, tenemos un problema con eso —contestó Muldoon—; nadie de los que estamos aquí sabe cómo hacerlo. Cómo encender el ordenador.

—¿Qué, está bromeando? ¿Nadie sabe hacerlo? —Le parecía increíble.

—No. —Pausa—. Creo que es algo relativo a la rejilla principal. Encendiendo la rejilla principal…

—¿Sabes algo sobre ordenadores, Tim?

Éste contempló la pantalla. Lex le dio unos empujoncitos suaves:

—Dile que no, Timmy —le dijo.

—Sí. Algo. Sé algo —contestó Tim.

—Ya que estás ahí lo podrías intentar. Aquí nadie sabe qué hacer. Sé que Grant no sabe nada de ordenadores.

—Muy bien. Lo intentaré. —Apagó la radio y miró con fijeza la pantalla, estudiándola.

—Timmy —dijo Lex—, tú no sabes qué hacer.

—Sí lo sé.

—Si lo sabes, entonces hazlo.

—Un momento.

—No sabes —insistió Lex.

—Lo haré, sí.

Para empezar, acercó la silla al teclado y apretó las teclas del cursor: ésas eran las teclas que desplazaban el cursor de la pantalla. Pero no sucedió nada. Después, apretó otras teclas: la pantalla siguió sin cambios.

—¿Y bien? —dijo Lex.

—Algo anda mal —dijo Tim, frunciendo el entrecejo.

—Simplemente no sabes, Timmy.

Tim examinó el ordenador otra vez, mirándolo cuidadosamente: el teclado tenía una hilera de teclas de función en la parte de arriba, exactamente igual que el teclado normal de un ordenador personal, y el monitor era grande y daba imagen en colores. Pero el alojamiento del monitor era algo fuera de lo común: Tim miró los bordes de la pantalla y vio muchos puntitos tenues de luz roja.

Luz roja orlando todo el borde de la pantalla… ¿Qué podría ser eso? El niño movió el dedo hacia la luz y vio el suave fulgor rojo en la piel.

Tocó la pantalla y oyó una señal electrónica corta y penetrante:

PARQUE JURÁSICO - PUESTA EN MARCHA DEL SISTEMA

		PUESTA EN MARCHA AB(0)			PUESTA EN MARCHA CN/D	
Principal Seguridad	Principal Monitores	Principal Instrucciones	Principal Eléctrico	Principal Hidráulico	Principal Maestro	Principal Zoolog.
Poner Rejillas NL	Vista VBB	Acceso TNL	Calefacción/ Refrigeración	Interfaz Plegar Puerta	Alr SAAG	Almacena-miento/ Reparaciones
Cerraduras	TeleComs.	Restaurar/	Ilum.	Principal	Interfaz	Principal

Críticas	VBB	Invertir	Emergencia	IIGAS/VLD	Común	Estado
Franquia Control	DRS TeleCom	Principal Plantillas	Paráms. FNCC	Pel. Explosión Incendio	Principal Esquemáticos	Seguridad/ Salud

Ya tiene acceso
Haga su selección de pantalla principal

Un instante después, la caja con el mensaje desapareció y volvió a encenderse la pantalla original.

—¿Qué ha pasado? —interrogó Lex—. ¿Qué has tocado? Has tocado algo.

«¡Claro! —pensó Tim—: Había tocado la pantalla». ¡Era una pantalla sensible al tacto! Las luces rojas que había alrededor de los bordes tenían que ser sensores infrarrojos. Tim nunca había visto una pantalla así, pero había leído algo sobre ellas en revistas. Tocó RESTAURAR/INVERTIR.

Instantáneamente, la pantalla cambió. Obtuvo un nuevo mensaje:

HAGA SU SELECCIÓN DE PANTALLA PRINCIPAL
EL ORDENADOR AHORA ESTÁ AJUSTADO

A través de la radio oyeron el sonido de los velocirraptores gruñendo:

—Quiero ver —dijo Lex—. Debes intentar con VISIÓN.

—No, Lex.

—Bueno, pues yo quiero VISIÓN —insistió—. Veamos VISIÓN. —Y, antes de que Tim le pudiera sujetar la mano, Lex apretó VISIÓN.

La pantalla cambió:

SUBRUTINAS-VISIÓN
OBSERVACIÓN AMBIENTAL INTERFAZ CON TELEVISIÓN

CLC REMOTO VÍDEO-H			CLC REMOTO VÍDEO-P
Intervalo Monitor	Fijar	Mantener	Intervalo Monitor
Control Monitor	Automático	Manual	Control Monitor
Hacer Óptima Rotación Secuencia	AO(19)	DD(33)	Hacer Óptima Rotación Secuencia
Especificar Cámara Distante	Secuencia Instrucciones		Parámetros Imagen RVN

—Uh, uh —dijo Lex.

—¡Lex, termina con eso!

—¡Mira! ¡Funcionó! ¡Ja!

Por toda la sala, los monitores mostraron rápidamente vistas lejanas cambiantes de diferentes partes del parque. La mayoría de las vistas eran de un gris brumoso debido a la niebla exterior, pero una mostraba el exterior del pabellón, con un velocirraptor en la terraza; y después otra cambió a una imagen con brillante luz del día, en la que se veía la proa de un barco, luz de día intensa…

—¿Qué fue eso? —exclamó Tim, inclinándose hacia delante.

—¿Qué?

—¡Esa imagen!

Pero la vista ya había cambiado y, ahora, estaban viendo el interior del pabellón, una habitación tras otra y, en ese momento, Tim vio a Malcom, acostado en una cama…

—Detenlo —dijo Lex—. ¡Quiero verlos!

Tim tocó la pantalla en varias partes y obtuvo submenús. Después, más submenús.

—Espera —indicó Lex—. La estás confundiendo…

—¡Por qué no te callas! ¡Tú no sabes nada de ordenadores!

Ahora, en la pantalla tenía una lista de los monitores: uno de ellos estaba señalado como PABELLÓN SAFARI: LV2-4. Otro era REMOTO CUBIERTA BARCO (VND). Tim apretó la pantalla varias veces.

Las imágenes de televisión aparecieron en monitores distribuidos por la sala: uno mostraba la proa del barco de suministros y el océano delante de ella. A la distancia, Tim vio tierra: edificios a lo largo de una costa, y un muelle. Reconoció el muelle porque el día anterior había volado sobre él con el helicóptero: era Puntarenas. Era el puerto de destino.

El barco parecía estar próximo a atracar.

Pero fue la pantalla siguiente la que atrajo la atención de Tim; la que mostraba el techo del pabellón Safari, envuelto en bruma gris: la mayoría de los velocirraptores se escondía detrás de una de las pirámides de vidrio, pero subían y bajaban la cabeza como corchos en el agua, por lo que aparecían en pantalla.

Y después, en el tercer monitor, pudo ver el interior de una habitación: Malcolm estaba tendido en una cama y Ellie en pie a su lado. Ambos miraban

hacia arriba. Mientras observaban, Muldoon entró en la habitación y se unió a ellos, mirando hacia arriba con expresión de inquietud.

—Nos ven —dijo Lex.

—No lo creo.

La radio crepitó. En la pantalla, Muldoon levantó la radio hasta sus labios y dijo:

—¿Hola, Tim?

—Aquí estoy —contestó Tim.

—No tenemos mucho tiempo —anunció Muldoon con tono aburrido—. Es mejor que consigáis conectar esa rejilla.

Y después, Tim oyó gruñir a los raptores y vio una de las largas cabezas aparecer por el vidrio, entrando brevemente por la parte superior de la imagen.

—¡Date prisa, Timmy! —urgió Lex.

Tim volvió a la pantalla.

La rejilla

Tim se encontró súbitamente perdido en una enmarañada serie de pantallas para control de monitores, mientras intentaba regresar a la pantalla principal. La mayoría de los sistemas tenía un solo botón, o una sola instrucción, para regresar a la pantalla anterior o al menú principal. Pero ese sistema no… o, al menos, él no lo conocía. Asimismo, estaba seguro de que al sistema se le habían incorporado instrucciones para ayudar al operador, pero tampoco podía encontrarlas, y Lex estaba saltando por todas partes y gritándole al oído, poniéndole nervioso.

Por fin, consiguió que regresara la pantalla principal. No estaba seguro de lo que había hecho, pero había regresado. Se detuvo un instante, buscando una instrucción.

—¡Haz algo, Timmy!

—¡Por qué no te callas! Estoy tratando de conseguir ayuda. —Apretó PRINCIPAL PLANTILLA:

INTERFAZ COMÚN

ASESORAR	ESTIMAR	ORDEN	REACTIVAR	INFORMACIÓN	SISTEMAS	CONNOTAR
	HALLAR	PARÁMETROS	BÚSQUEDA	MONITOR	PROBAR	RETARDO
	AVANZAR	REPETIR	INFORMAR	OPCIONES	SEGUIMIENTO	SUPRIMIR
	INTERCALAR	REGRESAR			ENSAYO	

La pantalla se llenó con un diagrama complicado, que tenía cajas y flechas que se interconectaban.

No servía. No servía.

Apretó interfaz común. La pantalla cambió.

—¿Qué es eso? —lo instó Lex—. ¿Por qué no enciendes la corriente, Timmy?

No le prestó atención. Quizá la solicitud de ayuda en el sistema se llamaba «información»: apretó INFORMACIÓN:

INTERFAZ COMÚN CON USUARIO DE PARQUE JURÁSICO

Versión 1.1 b24
Desarrollada por Integrated Computer Systems, Inc., Cambridge Mass.
Supervisor del Proyecto: Dennis Nedry
Programador en Jefe: Mike Backers
©Jurassic Park Inc. Todos los Derechos Reservados

—Timmyyy… —gimió Lex, abrumada por la tensión, pero su hermano ya había apretado HALLAR:

INTERFAZ COMÚN CON USUARIO DE PARQUE JURÁSICO

INSTRUCCIÓN: HALLAR
HALLAR ES UNA INSTRUCCIÓN SENSIBLE AL CONTEXTO.
INICIAR HALLAR EN CUALQUIER PUNTO.
Véanse, también, BÚSQUEDA, CAMBIAR, AVANZAR, REGRESAR, OPCIONES, REVISAR

No estaba llegando a parte alguna. Apretó REGRESAR.

INTERFAZ COMÚN CON USUARIO DE PARQUE JURÁSICO

INSTRUCCIÓN: REGRESAR
No se puede REGRESAR sin una coordenada específica de búsqueda.
Véanse, también, BÚSQUEDA, CAMBIAR, AVANZAR, HALLAR, OPCIONES, REVISAR

Presa de la desesperación, apretó botones, uno detrás de otro. Por la radio, oyó a Muldoon decir:

—¿Cómo va eso, Tim? Necesitamos esa rejilla. —No se molestó en responder. De repente, sin previo aviso, volvió la pantalla principal:

PARQUE JURÁSICO - PUESTA EN MARCHA DEL SISTEMA

		PUESTA EN MARCHA AB(0)			PUESTA EN MARCHA CN/D	
Principal Seguridad	Principal Monitores	Principal Instrucciones	Principal Eléctrico	Principal Hidráulico	Principal Maestro	Principal Zoolog.
Poner Rejillas NL	Vista VBB	Acceso TNL	Calefacción/ Refrigeración	Interfaz Plegar Puerta	Alr SAAG	Almacena-miento/ Reparaciones
Cerraduras Críticas	TeleComs. VBB	Restaurar/ Invertir	Ilum. Emergencia	Principal IIGAS/VLD	Interfaz Común	Principal Estado
Franquia Control	DRS TeleCom	Principal Plantillas	Paráms. FNCC	Pel. Explosión Incendio	Principal Esquemáticos	Seguridad/ Salud

Estudió la pantalla: PRINCIPAL ELÉCTRICO Y PONER REJILLAS DNL parecían, ambos, como que tuvieran algo que ver con rejillas. Tim notó que SEGURIDAD/SALUD Y CERRADURAS CRÍTICAS podrían ser importantes también. Oyó el gruñido de los raptores: tenía que decidirse. Apretó PONER REJILLAS DNL, y gimió cuando vio:

PONER REJILLAS DNL					
PARÁMETROS ESPECIALES/ PARÁMETROS CLÁSICOS					
SECUNDARIO ELÉCTRICO					
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	A4	B4	C7	D4	E9
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	C9	B5	D5	E3	G4
SECUNDARIO ELÉCTRICO (P)					
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	A2	B3	C6	D11	E2
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	C9	R5	D5	E3	G4
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	A8	B1	C8	D8	E8
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	P4	R8	P4	E5	L6
SECUNDARIO ELÉCTRICO (M)					
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	A1	B1	C1	D2	E2
PRINCIPAL NIVEL DE REJILLAS	C4	R4	D4	E5	G6

No sabía qué hacer. Apretó PARÁMETROS CLÁSICOS:

PARÁMETROS CLÁSICOS			
Rejillas Reserva	R4-R4	Rejillas Zoológico	B8-07
Rejillas Mant.	E5-L6	Rejillas Pabellón	F4-D4
Rejillas Sensores	D5-G4	Rejillas Principales	C4-G7
Rejillas núcleo	A1-C1	Rejillas Servicios	AH-B5

Integridad Circuito No Ensayada
Rejillas de Seguridad Permanecen Automáticas

Tim sacudió la cabeza, frustrado. Tardó unos momentos en darse cuenta de que acababa de obtener información valiosa: ¡ahora sabía las coordenadas de las rejillas que protegían el pabellón! Apretó rejilla F4:

REJILLA DE CORRIENTE D4 (PABELLÓN SAFARI)
INSTRUCCIÓN NO SE PUEDE EJECUTAR. ERROR-505
ERROR DE POTENCIA INCOMPATIBLE CON INSTRUCCIÓN.
Ref. Páginas Manual (4.09-4.11)

—No funciona —dijo Lex.

—¡Lo sé! —Tim apretó otro botón. La pantalla volvió a titilar:

REJILLA DE CORRIENTE D4 (PABELLÓN SAFARI)
INSTRUCCIÓN NO SE PUEDE EJECUTAR. ERROR-505
ERROR DE POTENCIA INCOMPATIBLE CON INSTRUCCIÓN.
Ref. Páginas Manual (4.09-4.11)

Tim trató de mantener la calma, de pensar más allá: por alguna causa estaba recibiendo un mensaje permanente de error, toda vez que intentaba encender una rejilla. Se le estaba diciendo que la potencia era incompatible con la instrucción que estaba dando. Pero ¿qué quería decir eso? ¿Por qué la potencia era incompatible?

—Timmy… —dijo Lex, tironeándole del brazo.

—Ahora no, Lex.

—Sí, ahora —insistió su hermana, y lo apartó de las pantallas y de la consola. Y fue en ese momento cuando Tim oyó el gruñido de los velocirraptores.

Provenía del pasillo.

En el tragaluz que estaba por encima de la cama de Malcolm, los raptores casi habían roído el segundo barrote metálico. Ahora podían meter por completo la cabeza a través del vidrio destrozado, y arremeter y gruñir contra la gente que había abajo. Después, al cabo de unos instantes, retrocedían y reanudaban la masticación del metal.

—Ahora no falta mucho. Tres o cuatro minutos —dijo Malcolm.

—¿Está seguro de que no hay armas aquí? —dijo Ellie.

—¡Demonios, no! Esto es un hotel. —Apretó el botón de la radio—: ¿Tim, estás ahí? ¿Tim?

No hubo respuesta.

Tim se deslizó por la puerta, junto con Lex, y vio al único velocirraptor, en el extremo opuesto del pasillo, erguido junto al balcón. Lo contempló completamente atónito: ¿cómo había salido de la cámara congeladora?

En ese momento, mientras observaba, un segundo raptor apareció de repente en el balcón, y Tim comprendió: el otro animal no había salido del congelador. Éste había venido de fuera; había saltado desde el suelo, aterrizando en silencio, con perfecto equilibrio, sobre la barandilla. Tim no lo podía creer: el enorme animal había dado un salto vertical ascendente de tres metros. Más de tres metros. Sus patas tenían que ser increíblemente poderosas.

—Creí que dijiste que no podían… —murmuró Lex.

—¡Cállate!

Tim estaba tratando de pensar, pero miraba, con una especie de fascinación producida por el terror, cómo el tercer velocirraptor saltaba al balcón. Durante unos instantes, los animales dieron vueltas sin rumbo por el pasillo; después, empezaron a avanzar en fila india. Acercándose a Tim y a Lex.

En silencio, Tim se apoyó contra la puerta que tenía a sus espaldas, para volver a entrar en la sala de control. Pero la puerta estaba trabada. Empujó con más fuerza.

—Nos hemos quedado fuera —susurró Lex—. Mira. —Señalaba la ranura para tarjetas de seguridad que estaba al lado de la puerta: allí refulgía un brillante punto rojo. De alguna manera, se habían activado las puertas de seguridad.

—¡Pedazo de idiota; nos has dejado fuera!

Tim estaba al lado de la sala de control, a mitad de camino por el pasillo. Más allá, vio varias puertas más, pero todas tenían sendas luces rojas brillando al lado: eso quería decir que todas las puertas estaban trabadas. No había lugar alguno al que pudieran ir.

Entonces, vio una forma tendida en el suelo, en el otro extremo del pasillo: era un guardia muerto. Una tarjeta blanca de seguridad estaba prendida en su cinturón.

—Vamos —susurró. Corrieron hacia el guardia. Tim tomó la tarjeta y volvió. Pero, claro está, los raptores les habían visto: gruñeron y les bloquearon el

camino de regreso a la sala de control. Empezaron a separarse, abriéndose en abanico por el pasillo, para rodearles. Las cabezas de los animales empezaron a oscilar hacia atrás y hacia delante en forma rítmica.

Iban a atacar.

Tim hizo lo único que podía hacer: usando la tarjeta, abrió la puerta más próxima del pasillo e hizo entrar a Lex de un empujón. Cuando la puerta se empezaba a cerrar lentamente tras ellos, los velocirraptores sisearon y se lanzaron a la carga.

Pabellón

Ian Malcolm inhalaba cada bocanada de aire como si pudiera ser la última. Observaba a los raptores con ojos opacos. Harding le tomó la presión, frunció el entrecejo, la volvió a tomar. Ellie Sattler estaba envuelta en una manta, tiritando y con frío. Muldoon estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared. Hammond tenía la vista clavada en lo alto, sin hablar. Todos estaban atentos a la radio.

—¿Qué le ha pasado a Tim? —inquirió Hammond—. ¿Todavía no hay información?

—No sé.

—Feos, ¿no es así? Verdaderamente feos —comentó Malcolm.

Hammond sacudió la cabeza.

—¿Quién podría haber imaginado que las cosas resultarían así?

—Aparentemente, Malcolm lo hizo —respondió Ellie.

—No lo imaginé así —aclaró Malcolm—. Lo calculé.

Hammond suspiró:

—No más de eso, por favor. Lleva horas diciendo «se lo dije». Pero nadie quiso jamás que pasara esto.

—No es cuestión de que se quiera o no se quiera —dijo Malcolm, con los ojos cerrados. Hablaba con lentitud, a causa de las drogas—. Es cuestión de que lo que se crea se pueda lograr. Cuando el cazador sale a la jungla tropical para cazar para su familia, ¿espera controlar la Naturaleza? No. Simplemente intenta ser parte de la Naturaleza. Deja que la Naturaleza se cuide a sí misma. Imagina que la Naturaleza está más allá de él, más allá de su comprensión, más allá de su control. Quizá le reza a la Naturaleza, a la fertilidad de la jungla que le provee de alimento. Reza porque sabe que no la controla. Está a merced de ella.

»Pero usted decide que no estará a merced de la Naturaleza. Usted decide que la controlará y, a partir de ese momento, se encuentra con serios problemas, porque no puede hacerlo. Y, sin embargo, creó sistemas que exigen que usted lo haga. Y usted no lo puede hacer, y nunca lo hizo, y nunca lo hará. No confunda las cosas: usted puede fabricar un barco, pero no puede fabricar el océano. Usted puede hacer un avión, pero no fabricar el aire. Sus poderes son mucho menores de lo que sus sueños de raciocinio le hicieron creer.

—Me he perdido —suspiró Hammond—. ¿A dónde fue Tim? Parecía un chico tan responsable…

—Estoy seguro de que está tratando de conseguir el control de la situación —afirmó Malcolm—. Como todos los demás.

—Y Grant también: ¿qué le ha pasado a Grant?

Con Gennaro a la zaga, Grant llegó a la puerta trasera del centro para visitantes, a la misma puerta que había dejado veinte minutos atrás. Tiró del pomo: estaba cerrada. Entonces vio la lucecita roja. ¡Las puertas de seguridad estaban reactivadas! ¡Maldición! Corrió hasta el frente del edificio y pasó por las puertas principales, hechas añicos, hasta el vestíbulo principal, deteniéndose junto al escritorio del guardia en el que había estado antes. Pudo oír el siseo seco de su radio. Fue a la cocina, en busca de los niños, pero la puerta estaba abierta; los niños se habían ido.

Fue al piso de arriba, pero llegó al panel de vidrio señalado con ZONA CERRADA y la puerta estaba trabada. Necesitaba una tarjeta de seguridad para ir más allá. No podía entrar.

Oyó a los raptores gruñendo en alguna parte del pasillo.

La coriácea piel de reptil tocó la cara de Tim, las garras le desgarraron la camisa y él cayó de espaldas, aullando de terror.

—¡Timmy! —gritó Lex.

Tim logró ponerse de pie otra vez. El velocirraptor bebé estaba sentado sobre su hombro, gorjeando y chillando por el pánico. Tim y Lex estaban en la guardería blanca redonda. Había juguetes en el suelo: una pelota amarilla que rodaba, una muñeca, un sonajero de plástico.

—Es el raptor bebé —dijo Lex, señalando el animal que aferraba el hombro de Tim.

El pequeño velocirraptor hundió la cabeza en el cuello de Tim. «El pobrecito probablemente está muerto de hambre», pensó éste.

Lex se acercó más y el bebé le saltó al hombro. Se frotó contra el cuello de la niña:

—¿Por qué hace eso? —preguntó Lex—. ¿Tiene miedo?

—No lo sé —contestó Tim.

Le pasó el raptor de vuelta a Tim: el animalito estaba gorjeando y chillando, y saltando sin cesar en el hombro del chico, presa de la excitación. Seguía mirando a su alrededor, la cabeza se movía con rapidez. No había dudas al respecto: el bebé estaba excitado y…

—Tim —musitó Lex.

La puerta que daba al pasillo no se había cerrado detrás de ellos, cuando entraron en la guardería: ahora, los velocirraptores grandes estaban entrando. Primero uno, después un segundo, y gruñían.

Claramente agitado, el bebé gorjeaba y saltaba sobre el hombro de Tim, que sabía que tenía que escapar. A lo mejor, el bebé los entretendría; después de todo, era un bebé velocirraptor. Se quitó el animalito del hombro y lo arrojó al otro lado de la sala, donde aterrizó a los pies de los animales más grandes. El bebé correteó entre las patas de los adultos. El primer raptor bajó el hocico y olfateó con delicadeza al bebé.

Tim tomó la mano de Lex y la arrastró hacia lo más profundo de la guardería. Tenía que hallar una puerta, una manera de salir…

Se oyó un penetrante chillido: Tim miró hacia atrás, para ver al bebé en las mandíbulas del adulto. Un segundo velocirraptor se adelantó y tironeó de las patitas del bebé, tratando de arrancarlo de la boca del primer adulto. Los dos raptores peleaban por el bebé, mientras el animalito chillaba. La sangre salpicó con grandes gotas el piso.

—Se lo comen —dijo Lex.

Los animales lucharon por los restos del bebé. Se erguían sobre las patas traseras, encrespados, y se daban topetazos con la cabeza. Tim encontró una puerta sin traba y pasó por ella, arrastrando a Lex detrás de sí.

Estaban en otra sala y, por el intenso fulgor verde, se dio cuenta de que estaban en el abandonado laboratorio para extracción de ADN, las hileras de microscopios estereoscópicos abandonados, las pantallas de alta resolución mostrando imágenes de insectos congelados, gigantescas en blanco y negro: las moscas y los jejenes que habían picado a los dinosaurios millones de años atrás,

succionando la sangre que ahora se había usado para volver a crear dinosaurios en el parque.

Corrieron por el laboratorio, y Tim pudo oír los bufidos y gruñidos de los raptores, que les perseguían, que se acercaban y, entonces, Tim fue a la parte de atrás del laboratorio y pasó por una puerta que debía de tener una alarma, porque en el estrecho pasillo una sirena intermitente sonaba de modo penetrante, y las luces que estaban en el techo destellaban encendiéndose y apagándose. Al correr por el pasillo, Tim quedaba envuelto por la oscuridad, después por la luz otra vez, después por la oscuridad. Por encima del sonido de la alarma, oía a los raptores resoplar mientras les perseguían. Lex lloriqueaba y gemía. Más adelante, Tim vio otra puerta, con la indicación azul de peligro biológico, se lanzó contra ella, y la abrió de un empujón, pasó a través de ella y, de repente, chocó con algo grande y Lex lanzó un chillido de terror.

—Calma, chicos —dijo una voz.

Tim parpadeó sin poder creer lo que veía: en pie, por encima de él, estaba el doctor Grant. Y junto a él estaba el señor Gennaro.

Afuera, en el pasillo, a Grant le había llevado cerca de dos minutos darse cuenta de que el guardia muerto del vestíbulo probablemente tenía una tarjeta de seguridad. Volvió sobre sus pasos, la cogió y entró en el pasillo superior, desplazándose con rapidez por el pasillo. Siguió el sonido de los raptores y los encontró peleando en la guardería. Estaba seguro de que los niños habían ido a la sala siguiente, y corrió de inmediato al laboratorio de extracciones.

Y encontró a los chicos.

Ahora, los animales iban hacia ellos. Parecían momentáneamente vacilantes, sorprendidos por la aparición de más seres humanos.

Grant empujó a los niños hacia los brazos de Gennaro y dijo:

—Llévelos de vuelta hacia un sitio seguro.

—Pero…

—Por aquí —indicó Grant señalando por encima del hombro a una puerta que estaba más lejos—. Llévelos a la sala de control, si puede: todos deberían estar seguros allí.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Gennaro.

Los velocirraptores estaban cerca de la puerta. Grant observó que esperaban hasta que todos los animales estuvieran juntos y, entonces, avanzaban en grupo.

Cazadores en jauría. Sintió escalofríos.

—Tengo un plan —contestó—. Ahora, vayan.

Gennaro sacó a los chicos de aquel lugar. Los raptores seguían avanzando lentamente hacia Grant, pasando los superordenadores, pasando las pantallas que todavía titilaban con secuencias interminables de código descifrado por los ordenadores. Los reptiles se acercaban sin vacilaciones, olfateando el suelo, agachando repetidamente la cabeza.

Grant oyó el chasquido de la puerta al cerrarse detrás de él y echó un vistazo sobre el hombro: todos estaban al otro lado de la puerta de vidrio, observándole. Gennaro sacudía la cabeza.

Grant sabía lo que eso quería decir: no había puerta para ir más allá de la sala de control. Gennaro y los chicos estaban atrapados ahí dentro.

Ahora, todo dependía de él.

Grant se movía despacio, bordeando el laboratorio, llevando a los raptores lejos de Gennaro y de los niños. Pudo ver otra puerta, más cerca del frente, que tenía un letrero: AL LABORATORIO. Tenía una idea y la esperanza de que esa idea fuera correcta. La puerta tenía un cartel con el emblema azul de peligro biológico. Los animales se estaban acercando; uno de ellos gruñó, y Grant se volvió y abrió la puerta de un golpe, pasando a través de ella y penetrando en un silencio profundo, cálido.

Se volvió.

Sí.

Estaba donde quería estar: en el vivero, bajo luces infrarrojas, largas mesas, con hileras de huevos y una bruma que flotaba por encima. Los balancines que había sobre las mesas tenían un movimiento continuo, que producía un sonido bajo e incesante, como un golpeteo suave, y un zumbido. La bruma se derramaba junto a las mesas y flotaba hacia el suelo, donde desaparecía, se evaporaba.

Desde el pasillo, Grant corrió directamente hacia la parte de atrás del vivero, para entrar en un laboratorio de paredes de vidrio con luz ultravioleta. La ropa refulgía en azul. Grant miró a su alrededor, los reactivos en vidrio, los vasos de precipitados llenos de pipetas, las placas de Petri…, todo ello delicado equipo de laboratorio.

Los velocirraptores entraron en la sala, con cautela al principio, olfateando el aire húmedo, mirando las largas mesas acunadoras de huevos. El animal que iba en cabeza se limpió las ensangrentadas mandíbulas con el dorso del antebrazo. Silenciosamente, los animales pasaron entre las largas mesas; se desplazaban por la sala en forma coordinada, bajando la cabeza de vez en cuando para escudriñar debajo de las mesas.

Buscaban a Grant.

Había tres raptores. Grant se agachó y se desplazó hacia la parte de atrás del laboratorio, miró hacia arriba y vio la caperuza metálica que tenía el emblema de la calavera y las tibias cruzadas: un cartel rezaba: PRECAUCIÓN TOXINAS BIOGÉNICAS OBSERVAR PRECAUCIONES A4. Recordó que Regis le había dicho que eran venenos poderosos: unas pocas moléculas matarían en forma instantánea.

La caperuza se encontraba embutida al ras, contra la superficie de la mesa. Grant no pudo pasar la mano por debajo. Hizo presión contra la caperuza. Trató de abrirla, pero no había puerta, no había tirador, no había modo alguno de que pudiera ver… Se levantó con lentitud y echó una rápida mirada a la sala principal: los velocirraptores todavía se estaban desplazando entre las mesas de huevos.

Se volvió hacia la caperuza: vio un extraño accesorio metálico hundido en la superficie de la mesa; parecía un enchufe para exteriores, con una tapa redonda. Levantó la tapa, haciéndola girar sobre sus bisagras, y vio un botón: lo apretó.

Con un suave siseo, la caperuza se deslizó hacia arriba, hacia el cielo raso.

Vio anaqueles de vidrio por encima de él, e hileras de botellas señaladas con la calavera y con las tibias cruzadas. Escudriñó los rótulos: CCK-55… TETRA-ALFA SECRETINA… TIMOLEVINA X-1612… Bajo la luz ultravioleta, los fluidos refulgían en verde pálido. En las proximidades vio una placa de Petri que contenía jeringas; las jeringas eran pequeñas, y cada una contenía una cantidad reducidísima de fluido con un brillo verde. Agachado en la oscuridad azul, Grant extendió el brazo hacia la placa de las jeringas. Las agujas estaban cubiertas por un protector plástico: Grant quitó uno de ellos, arrancándolo con los dientes. Observó la delgada aguja.

Avanzó. En dirección a los velocirraptores.

Había dedicado toda su vida al estudio de los dinosaurios y ahora vería cuánto sabía en realidad. Los velocirraptores eran pequeños dinosaurios

carnívoros, como los ovirraptores y los dromeosaurios, de los que desde hacía mucho se creía que robaban huevos. Precisamente del mismo modo que algunas aves modernas comen los huevos de otras aves. Grant había supuesto que los velocirraptores comerían huevos, si pudieran.

Se arrastró hasta la mesa de huevos más cercana, de las que estaban en el vivero. Con lentitud, alzó el brazo, metiéndolo en la bruma, y tomó un huevo grande de la mesa acuñadora. Tenía el tamaño de una pelota de rugby, casi, de color crema con tenues motitas rosadas. Tuvo que sostener el huevo con cuidado, mientras clavaba la aguja a través de la cáscara, e inyectó el contenido de la jeringa. El huevo refulgió con una tonalidad tenuemente azul.

Grant se volvió a inclinar. Por debajo de la mesa vio las patas de los velocirraptores, y la bruma que se derramaba desde arriba. Lanzó el brillante huevo rodando por el suelo, en dirección a los animales. Los raptores miraron hacia arriba, oyendo el débil retumbar sordo que producía el huevo al rodar, y con movimientos espasmódicos volvieron la cabeza para mirar a su alrededor. Después, reanudaron la lenta búsqueda de su presa.

El huevo se detuvo a varios metros del raptor más próximo.

¡Maldición!

Grant repitió la misma operación: tomar en silencio un huevo, bajarlo de su balancín, inyectarlo y mandarlo rodando hacia los velocirraptores. Esta vez, el huevo se detuvo al lado de la pata de uno de los animales. Se movió con suavidad, produciendo un sonido suave y corto al dar contra las garras de la pata del dinosaurio.

El animal estaba erguido sobre las patas traseras y bajó la cabeza, sorprendido por ese nuevo regalo. Se inclinó y olió el huevo refulgente. Con el hocico, lo hizo rodar por el suelo unos instantes.

Y no le hizo caso.

El velocirraptor se volvió a erguir sobre las patas traseras y, con lentitud, prosiguió su marcha, continuando la búsqueda.

No funcionaba.

Grant extendió la mano en busca de un tercer huevo y lo inyectó con una jeringa fresca. Sostuvo el huevo refulgente en las manos y lo hizo rodar otra vez. Pero quería asegurarse de que les llegaría a los velocirraptores, así que a este lo hizo rodar rápido, como una bola de bolera: el huevo traqueteó por el suelo en forma muy sonora.

Uno de los animales lo oyó y bajó la cabeza, lo vio venir y, en forma

instintiva, capturó el objeto móvil, deslizándose con celeridad entre las mesas, para interceptarlo. Las grandes mandíbulas se cerraron como un resorte y mordieron el huevo, haciendo pedazos la cáscara.

El raptor se irguió; de las quijadas le goteaba albúmina descolorida. Se lamió los labios ruidosamente, y resopló. Volvió a morder y lamió el huevo del suelo. Pero no parecía mostrar malestar alguno. Se inclinó para comer otra vez del huevo roto que estaba en el suelo. Grant miró por debajo para ver qué ocurriría…

Desde el otro lado de la habitación, el raptor le vio. La cabezota quedó inmóvil, con el huevo en la boca.

El velocirraptor le estaba mirando de hito en hito.

Gruñó en forma amenazadora. Se desplazó en dirección a Grant, cruzando la sala a zancadas largas, increíblemente veloces. Grant se sintió conmocionado al verlo y quedó paralizado por el pánico cuando, de repente, el animal emitió un sonido de jadeo, de gorgoteo, y el cuerpo enorme cayó hacia delante, desplomándose en el suelo. La pesada cola azotó el piso, presa del espasmo. La bestia seguía emitiendo ruidos como de ahogo, interrumpidos por chillidos intermitentes y fuertes. De la boca le brotó espuma.

La cabeza se agitaba hacia atrás y hacia delante. La cola alternativamente daba un golpe violento y ruidoso, y otros sordos.

Con ése tenemos uno, pensó Grant.

Pero no moría muy deprisa. Parecía llevarle una eternidad. Grant extendió la mano para tomar otro huevo; vio que los demás raptores estaban paralizados en mitad de su movimiento, como si se hallaran en estado de vida latente: estaban escuchando el sonido que emitía el animal agonizante; uno de ellos alzó la cabeza, seguido por otro, y después otro. El primer animal se desplazó para mirar a su congénere caído.

Ahora, el raptor moribundo tenía sacudidas espasmódicas. Lanzaba gemidos lastimeros. Tanta espuma le brotaba de la boca, que Grant apenas sí le pudo volver a ver la cabeza otra vez. Cayó al suelo y gimió de nuevo.

El segundo animal se inclinó sobre el caído, examinándolo: parecía estar perplejo por esos dolores lancinantes de muerte. Con cautela, miró la cabeza que lanzaba espuma, después siguió, recorriendo el cuello que se contraía espasmódicamente, las costillas que se contraían y distendían penosamente, las patas…

Y le dio un mordisco a la pata trasera.

El animal moribundo lanzó un gruñido y, súbitamente, levantó la cabeza y torció el cuerpo, hundiendo los dientes en el cuello del atacante.

«Con ése son dos», pensó Grant.

Pero el animal que estaba de pie logró esquivar el contraataque. Le manaba sangre del cuello en forma copiosa. Lanzó un golpe con las garras traseras y, mediante un solo movimiento veloz, abrió en canal el vientre del animal caído, cuyos intestinos se derramaron por el suelo como gruesas víboras. Los alaridos del velocirraptor agonizante llenaban el laboratorio. El atacante se alejó, como si luchar de repente se hubiera vuelto demasiado complicado.

Cruzó la sala, bajó la cabeza, ¡y la levantó llevando un huevo refulgente! Grant observaba mientras la bestia hincaba el diente; el material refulgente le goteaba por el mentón.

«Con ése son dos».

El segundo velocirraptor quedó fulminado en forma casi instantánea, tosiendo y precipitándose hacia delante. Mientras caía, derribó una mesa: docenas de huevos rodaron por el suelo. Grant los miró consternado.

Todavía quedaba un tercer animal.

Grant tenía una jeringa más. Con tantos huevos rodando por el suelo, tendría que hacer algo más. Estaba tratando de decidir qué hacer, cuando el último animal resopló con irritación. Grant alzó la vista: el velocirraptor le había localizado.

Ese último animal no se movió durante largo rato: se limitó a mirarle con fijeza. Y, después, lenta, silenciosamente, se acercó. Acechándole. La cabeza subía y bajaba al caminar, mirando primero debajo de las mesas, después por encima de ellas. Se desplazaba en forma muy deliberada, muy cauta, sin exhibir esa celeridad que había mostrado en la jauría: convertido ahora en animal solitario, se había vuelto súbitamente cuidadoso: no apartaba los ojos de Grant. Y Grant miró a su alrededor: no había sitio alguno en el que se pudiera esconder. Nada que pudiera hacer…

La mirada de Grant estaba clavada en el raptor, que se desplazaba con lentitud en sentido lateral. Grant se desplazó también; trataba de mantener la mayor cantidad posible de mesas entre él y la bestia que avanzaba. Lentamente… lentamente… Grant se desplazó hacia la izquierda…

El velocirraptor avanzó. Las cáscaras de huevo se quebraban cuando las pisaba en la penumbra rojo oscuro del vivero. La respiración le salía en siseos suaves por las dilatadas fosas nasales.

Grant sintió huevos que se le quebraban bajo los pies, la yema adhiriéndose a la suela de los zapatos. Se puso en cuclillas; sintió el bulto de la radio en el bolsillo.

La radio.

La extrajo del bolsillo y la conectó:

—Hola. Aquí Grant.

—¿Alan? —Era la voz de Ellie—. ¿Alan?

—Escucha —dijo en voz baja—: habla. No hagas otra cosa. Habla.

—¿Alan, eres tú?

—Habla —volvió a decir, e impulsó la radio para que fuera resbalando por el suelo, en dirección al velocirraptor que se le venía encima.

Después se agazapó detrás de la pata de una mesa y se quedó completamente quieto, sin mover un músculo. Y aguardó.

—Alan, háblame, por favor.

Después, un chasquido, y silencio. La radio permaneció en silencio. El raptor avanzaba. Suave respiración siseante.

La radio todavía estaba en silencio.

¡Qué demonios le pasaba a Ellie! ¿No entendía? En la oscuridad, el velocirraptor se acercaba.

—¿… Alan?

La voz metálica que salía de la radio hizo que el enorme animal se detuviera. Olfateó el aire, como si percibiera que había alguien más en la sala.

—Alan, soy yo. No sé si puedes oírme.

Ahora, el velocirraptor se alejaba de Grant y avanzaba hacia la radio.

—Alan… por favor…

¿Por qué no habría empujado la radio más lejos? El animal iba hacia ella, pero estaba cerca. La enorme pata bajó muy cerca de Grant, que pudo ver la piel rugosa, el delicado fulgor verde. Los arroyuelos de sangre seca en la garra curva. Pudo oler el intenso olor a reptil.

—Alan, escúchame… ¿Alan?

La bestia se inclinó, husmeó la radio que estaba en el suelo, explorándola. Tenía el cuerpo alejado de Grant, pero la enorme cola estaba justo por encima de la cabeza del paleontólogo, que extendió el brazo, hundió profundamente la aguja en la carne de la cola e inyectó el veneno.

El velocirraptor gruñó y dio un salto. Con aterradora velocidad giró sobre sí mismo en dirección a Grant, las mandíbulas muy abiertas. Bajó la cabeza como

un resorte, cerrando la boca sobre la pata de la mesa, y, con el mismo movimiento corto y espasmódico, alzó la cabeza: la mesa se dio la vuelta y Grant cayó de espaldas, completamente expuesto al ataque. El animal apareció, amenazador, ante él, erguido sobre las patas traseras; la cabeza golpeaba luces infrarrojas que tenía encima, haciendo que oscilaran con violencia para todos los lados.

—¿Alan?

El velocirraptor desplazó su peso hacia atrás y alzó la pata, armada con garras, para golpear. Grant rodó sobre sí mismo y la pata se descargó hacia abajo, errándole apenas, Grant sintió un dolor agudo a lo largo de los omóplatos: el súbito flujo cálido de sangre sobre la camisa. Rodó por el suelo, rompiendo huevos, ensuciándose la cara, las manos. El animal volvió a lanzar su pata, aplastando la radio, que se hizo añicos lanzando una lluvia de chispas. Gruñó, furioso, y disparó su pata una tercera vez. Grant quedó contra una pared, sin otro sitio al que ir, y el animal alzó la pata una última vez.

Y se desplomó hacia atrás.

Su respiración era laboriosa y sibilante. De la boca le salía espuma.

Gennaro y los niños entraron en la sala. Grant les indicó que no avanzaran. Lex miró al animal moribundo y dijo en voz baja:

—Huy…

Gennaro ayudó a Grant a ponerse en pie. Todos se dieron vuelta y corrieron hacia la sala de control.

Control

Tim quedó asombrado al descubrir que la pantalla de la sala de control titilaba ahora encendiéndose y apagándose.

—¿Qué ha pasado?

PARQUE JURÁSICO - PUESTA EN MARCHA DEL SISTEMA

		PUESTA EN MARCHA AB(0)			PUESTA EN MARCHA CN/D	
Principal Seguridad	Principal Monitores	Principal Instrucciones	Principal Eléctrico	Principal Hidráulico	Principal Maestro	Principal Zoolog.
Poner Rejillas NL	Vista VBB	Acceso TNL	Calefacción/ Refrigeración	Interfaz Plegar Puerta	Alr SAAG	Almacena-miento/ Reparaciones
Cerraduras Críticas	TeleComs. VBB	Restaurar/ Invertir	Ilum. Emergencia	Principal IIGAS/VLD	Interfaz Común	Principal Estado
Franquia Control	DRS TeleCom	Principal Plantillas	Paráms. FNCC	Pel. Explosión Incendio	Principal Esquemáticos	Seguridad/ Salud

Tim vio al doctor Grant contemplar la pantalla y, con cautela, llevar la mano hacia el teclado:

—Eso no servirá de nada —le advirtió.

—No sé nada de ordenadores —dijo Grant, sacudiendo la cabeza en gesto de pesar.

Pero Tim ya se estaba instalando en el asiento. Tocó la pantalla con rapidez: en los monitores de televisión pudo ver el barco que se estaba acercando a Puntarenas. Ahora estaba a nada más que unos ciento noventa metros del muelle. En el otro monitor vio el pabellón, con los velocirraptores colgando del techo. Por la radio, oía sus señales.

—Haz algo, Timmy —pidió Lex.

Apretó PONER REJILLAS DNL, aun cuando estaba titilando. La pantalla respondió:

ADVERTENCIA: EJECUCIÓN ABORTADA DE INSTRUCCIÓN (ENERGÍA AUX. BAJA)

—¿Qué quiere decir eso? —dijo Tim.

Gennaro hizo chasquear los dedos con gesto de súbita comprensión, y dijo:

—Eso ocurrió antes. Significa que la energía auxiliar tiene poca potencia: tienes que encender la fuente principal de alimentación.

—¿Lo hago?

—Mejor es que enciendas las rejillas —aconsejó Grant.

—No puedo —dijo Tim. Sentía náuseas, producidas por el miedo.

Apretó MONITOR PRINCIPAL:

MÓDULOS DE CONTROL DEL MONITOR PRINCIPAL

MONITOR	SUBMONITOR	MONITOR	SUBMONITOR
Sec A1-A9	Sec A1-A9	Sec B1-B9	Sec B1-B9
A01-A01 1	Temp CVD	B01-B011	Seguridad (0)
A21-A21 1	Pem CVD (0)	B021-B021 1	Seguridad (1)
Sec B1-B9	Rejilla Principal P	Sec A1-A9	Rejilla Principal M
CSX (89 A)	Activación Principal 1		Rejilla Aux O/O
CSX (1031)	Activación Principal ATL	Núcleo (Aux)	Rejilla Aux R/V
RSX (55-99)	Rejilla V-VX	Seguridad (N)	Cte. Aux (4)
Cte. Aux (4)	Restaurar Rejillas	No se usa	Confi. Núcleo

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Gennaro: toda la pantalla estaba empezando a titilar. Tim apretó REJILLA PRINCIPAL P.

REJILLA CORRIENTE PRINCIPAL NO ACTIVA/ÚNICAMENTE CORRIENTE AUXILIAR

La pantalla todavía estaba titilando. Tim apretó ACTIVACIÓN PRINCIPAL 1.

CORRIENTE PRINCIPAL ACTIVADA

Todas las luces de la sala se encendieron. Todas las pantallas de los monitores dejaron de titilar.

—¡Eh! ¡Muy bien!

Tim apretó RESTAURAR REJILLAS: nada ocurrió durante unos instantes. Echó un vistazo a los monitores de televisión; después, a la pantalla principal:

¿QUÉ REJILLA QUIERE RESTAURAR?

Parque	Mant.	Seguridad	Pabellón	Otra

—Tiiimmy. —Lex estaba gimiendo. Grant dijo algo que Tim no oyó, sólo captó la tensión de su voz; estaba mirándole, preocupado.

Tim sintió el corazón galopándole en el pecho. Lex le estaba gritando. No quiso mirar más el monitor de televisión.

Podía oír el sonido de los barrotes que se doblaban en el pabellón, y a los velocirraptores gruñendo. Oyó a Malcolm decir:

—Dios bendito…

Apretó PABELLÓN…

Y otra pantalla más se encendió, ¡otra más!, solicitándole el número de rejilla.

Durante un instante, que pareció una eternidad, no pudo recordar el número, pero entonces recordó F4, y apretó eso:

ACTIVANDO REJILLA F4 PABELLÓN AHORA

En el monitor de televisión vio una explosión de chispas, que caían como una cascada desde el techo de la habitación del hotel. El monitor perdió imagen y sólo quedó cegadoramente iluminado por una luz blanca. Lex aulló:

—¡Qué has hecho!

Pero, casi de inmediato, regresó la imagen y pudieron ver que los raptores estaban atrapados entre los barrotes, retorciéndose y chillando en medio de una cascada caliente de chispas, mientras Muldoon y los demás lanzaban vítores, con sus voces que sonaban metálicas a través de la radio.

—¡Eso es! —dijo Grant, palmeándole la espalda—. ¡Eso es! ¡Lo lograste!

Todos estaban de pie y saltando excitados, cuando Lex dijo:

—¿Qué hacemos con el barco?

—¿El qué?

—El barco —repitió, y señaló la pantalla.

En la pantalla del monitor, los edificios que se veían más allá de la proa del barco aparecían mucho más grandes, y se desplazaban hacia la derecha, al virar el barco hacia la izquierda y prepararse para atracar. Tim vio tripulantes que se dirigían hacia la proa, preparándose para lanzar las amarras.

Tim se dirigió presuroso a su asiento y contempló la pantalla de puesta en marcha:

PARQUE JURÁSICO - PUESTA EN MARCHA DEL SISTEMA

		PUESTA EN MARCHA AB(0)			PUESTA EN MARCHA CN/D	
Principal Seguridad	Principal Monitores	Principal Instrucciones	Principal Eléctrico	Principal Hidráulico	Principal Maestro	Principal Zoolog.
Poner Rejillas NL	Vista VBB	Acceso TNL	Calefacción/ Refrigeración	Interfaz Plegar Puerta	Alr SAAG	Almacena-miento/ Reparaciones
Cerraduras Críticas	TeleComs. VBB	Restaurar/ Invertir	Ilum. Emergencia	Principal IIGAS/VLD	Interfaz Común	Principal Estado
Franquia Control	DRS TeleCom	Principal Plantillas	Paráms. FNCC	Pel. Explosión Incendio	Principal Esquemáticos	Seguridad/ Salud

Estudió la pantalla: tanto TeleCom VBB como TeleCom DRS parecía tener algo que ver con teléfonos. Apretó TELECOM DRS.

TIENE USTED 23 LLAMADAS Y/O MENSAJES EN ESPERA ¿QUIERE RECIBIRLOS AHORA?

Apretó NO.

—Quizás el barco era una de las llamadas en espera —opinó Lex—. Quizá de esa manera podrías conseguir el número de teléfono.

No le prestó atención a su hermana.

INTRODUZCA EL NÚMERO AL QUE DESEA LLAMAR O APRIETE F7 PARA VER GUÍA TELEFÓNICA.

Apretó F7 y, de repente, por toda la pantalla empezaron a aparecer nombres y números: una guía telefónica inmensa. No era alfabética y le llevó un rato explorar la pantalla en forma visual, antes de poder encontrar lo que estaba buscando:

VSL. ANNE B. (FREDDY) 708-3902

Ahora, todo lo que tenía que hacer era resolver el problema de cómo hacer la llamada. Apretó una hilera de botones que había al pie de la pantalla.

¿LLAMAR AHORA O LLAMAR MÁS TARDE?

Apretó LLAMAR AHORA.

LO LAMENTAMOS: SU LLAMADA NO SE PUEDE COMPLETAR TAL COMO SE MARCÓ (ERROR-5981)
POR FAVOR INTÉNTELO OTRA VEZ

Lo intentó otra vez.

Oyó un tono de marcar; después, el que producen los números que se buscan automáticamente en sucesión rápida.

—¿Es eso? —preguntó Grant.

—Bastante bien, Timmy —dijo Lex—, pero ya casi llegaron.

En la pantalla pudieron ver la proa del barco acercándose al muelle de Puntarenas. Oyeron un chillido muy agudo y, después, una voz dijo:

—Ah, hola, John, habla Freddy. ¿Me recibes, cambio?

Tim levantó un teléfono de la consola, pero solamente oyó tono.

—Ah, hola, John, habla Freddy, ¿cambio?

—Respóndele —dijo Lex.

Ahora, todos estaban tomando teléfonos, levantando todo receptor que hubiera a la mano, pero sólo recibían tonos de llamada. Por fin Tim vio un teléfono montado al lado de la consola, que tenía una luz que titilaba.

—Ah, hola, control, habla Freddy. ¿Me reciben? Cambio.

Tim aferró el receptor:

—Hola, habla Tim Murphy, y necesito que usted…

—Ah, dígalo otra vez, no comprendí eso, John.

—¡No atraque el barco! ¿Me oye?

Se produjo un momento de silencio. Después, la voz de alguien perplejo dijo:

—¿Oíste eso? Parece como si fuera un maldito chico.

Tim repitió:

—¡No atraque el barco! ¡Vuelva a la isla!

Las voces sonaban lejanas y estridentes:

—¿Dijo que… nombre era Murphy?

Y otra voz contestó:

—No he captado… nombre.

Tim miró a los demás, desesperado. Gennaro extendió la mano hacia el teléfono:

—Déjame a mí hacer esto. ¿Puedes conseguir su nombre?

Hubo una seca descarga de estática:

—… tiene que ser una broma o, si no… a… radioaficionado que no tiene nada que hacer… algo.

Tim estaba trabajando en el teclado: probablemente había alguna manera de descubrir quién era Freddy…

—¿Puede oírme? —dijo Gennaro por teléfono—. Si me puede oír, respóndame ahora, cambio.

—Hijo —fue la lenta respuesta—, no sabemos quién diablos eres, pero no resultas gracioso, y estamos a punto de atracar y tenemos trabajo que hacer. Ahora, identifícate como corresponde o lárgate de este canal.

Tim observó que la pantalla imprimía FARRELL, FREDERICK D. (Capt.)

—Pruebe esto como identificación, capitán Farrell —dijo Gennaro—: si no hace que ese barco dé la vuelta y regrese a esta isla de inmediato, estará violando el Artículo 509 de la Ley Marítima Uniforme y quedará sujeto a la revocación de su licencia, a multas superiores a cincuenta mil dólares y cinco años de reclusión. ¿Lo ha oído?

Hubo un silencio.

—¿Lo ha recibido, capitán Farrell?

Y después, a lo lejos, oyeron una voz que decía:

—Recibido.

Y otra voz dijo:

—A popa a toda máquina. —El barco empezó a alejarse del muelle.

Lex empezó a lanzar vítores. Tim se dejó caer en la silla, secándose el sudor de la frente.

Grant preguntó:

—¿Qué es la Ley Marítima Uniforme?

—¿Quién demonios lo sabe? —fue la respuesta de Gennaro.

Todos observaban la pantalla con satisfacción: definitivamente, el barco se

estaba alejando de la costa.

—Deduzco que la parte difícil se terminó —dijo Gennaro.

Grant negó con la cabeza:

—La parte difícil —declaró— está justamente empezando.

SÉPTIMA ITERACIÓN

La matemática exigirá cada vez más valor para hacer frente a sus inferencias.

IAN MALCOLM

Destruyendo el mundo

Mudaron a Muldoon a otra habitación del pabellón, para preparar una cama. Hammond pareció reanimarse y empezó a ir de un lado para otro presuroso, ordenando las cosas.

—Bueno —dijo—, por lo menos el desastre se ha evitado.

—¿Qué desastre es ése? —preguntó Malcolm, lanzando un quejido.

—Bueno —dijo Hammond—, no escaparon ni invadieron el mundo.

Malcolm se reclinó sobre uno de los codos:

—¿Estaba usted preocupado por eso?

—Es indudable que eso era lo que estaba en juego —aseveró Hammond—; esos animales, al carecer de depredadores, podrían haber salido y destruido el planeta.

—Pedazo de idiota egomaníaco —dijo Malcolm, presa de furia—. ¿Tiene idea de lo que está diciendo? ¿Cree que puede destruir el planeta? Por Dios, cuán intoxicado de poder tiene que estar usted. —Y volvió a desplomarse en la cama. Agregó—: No puede destruir este planeta. Ni siquiera se podría aproximar a hacerlo.

—La mayoría de la gente opina —dijo Hammond con rigidez— que el planeta está en peligro.

—Bueno, pues no lo está —repuso Malcolm.

—Un momento: todos los expertos coinciden… —empezó Hammond, con el rostro crispado.

—¿Se refiere al muchacho que lee el informe meteorológico en el noticiario vespertino, cuando habla de los peligros del calentamiento del globo?

—… en que nuestro planeta corre peligro.

Malcolm suspiró.

—Permítame decirle algo sobre nuestro planeta: tiene cuatro mil millones y medio de años de antigüedad. Hubo vida en este planeta durante todo ese tiempo prácticamente: tres coma ocho mil millones de años. Las primeras bacterias. Y, más tarde, los primeros animales multicelulares; después, los primeros seres complejos, en el mar, sobre la tierra. Después, las grandes eras con predominio de animales: los anfibios, los dinosaurios, los mamíferos, cada una perdurando millones y millones de años. Grandes dinastías de seres que surgían, florecían y morían. Todo está ocurriendo con el telón de fondo de levantamientos continuos y violentos de la corteza terrestre, de cordilleras montañosas lanzadas hacia lo alto y gastadas por la erosión, impactos de cometas, erupciones volcánicas, océanos que ascendían y descendían, continentes enteros que se desplazaban… Incesantes cambios constantes e increíblemente violentos… Incluso hoy en día, el rasgo geográfico más grande que se observa en el planeta proviene de dos continentes que chocan, plegándose para formar la cadena montañosa del Himalaya, en el transcurso de millones de años. El planeta sobrevivió a todo, en su época. Ciertamente que le sobrevivirá a usted.

Hammond frunció el entrecejo:

—El mero hecho de que haya durado mucho tiempo no significa que sea permanente. Si ocurriese un accidente producido por radiación atómica…

—Supongamos que ocurriese —dijo Malcolm—. Digamos que se produce uno malo de verdad y que todas las plantas y todos los animales mueren, y que la Tierra crepita como una brasa ardiente durante cien mil años: la vida sobreviviría en alguna parte, bajo el suelo o, a lo mejor, congelada en el hielo ártico. Y, después de todos esos años, cuando el planeta ya no fuera inhóspito, la vida nuevamente se diseminaría sobre él. Y el proceso evolutivo comenzaría una vez más. Podría ser que transcurriesen algunos miles de millones de años para que la vida recuperase su variedad actual. Y, claro está, sería muy diferente de lo que es hoy. Pero la Tierra sobreviviría a nuestra insensatez. Sólo nosotros —completó — creo que no lo haríamos.

—Bueno, si la capa de ozono se adelgaza más… —comenzó Hammond.

—Habría más radiación ultravioleta que llegaría a la superficie del planeta. ¿Y qué?

—Pues, eso ocasionaría cáncer de piel.

Malcolm negó con la cabeza, y dijo:

—La radiación ultravioleta es buena para la vida. Es una energía poderosa. Promueve la mutación, el cambio. Muchas formas de vida medrarán con más

radiación UV.

—Y muchas otras fenecerán —replicó Hammond.

Malcolm suspiró.

—¿Cree que esta es la primera vez que algo así ha ocurrido? ¿No sabe nada sobre el oxígeno?

—Sé que es necesario para la vida.

—Lo es ahora, pero el oxígeno es, en realidad, un veneno metabólico; es un gas corrosivo, como el flúor, que se usa para grabar vidrio. Y cuando el oxígeno lo produjeron por primera vez, como producto de desecho, algunas células vegetales hace, digamos, alrededor de tres mil millones de años, ocasionó una crisis en todas las demás formas de vida que había en nuestro planeta: esas células vegetales estaban contaminando el ambiente con un veneno letal; estaban exhalando gas mortífero e incrementando su concentración. Un planeta como Venus tiene menos del uno por ciento de oxígeno. En la Tierra, la concentración de oxígeno estaba ascendiendo con rapidez: ¡cinco, diez, hasta, finalmente, el veintiuno por ciento! ¡La Tierra tenía una atmósfera de veneno puro! ¡Incompatible con la vida!

Hammond parecía irritado:

—¿Entonces, qué es lo que usted quiere probar? ¿Que los contaminantes modernos se van a incorporar también?

—No: mi tesis es que la vida que hay sobre la Tierra puede cuidar de sí misma. Para la mentalidad de un ser humano, cien años es mucho tiempo. Cien años atrás no teníamos automóviles ni aviones ni ordenadores ni vacunas… Era un mundo del todo diferente. Pero, para la Tierra, cien años no es nada. Un millón de años no es nada. Este planeta vive y respira en una escala mucho más vasta. No nos podemos imaginar sus lentos y poderosos ritmos, y carecemos de humildad para intentarlo. Hemos sido residentes de este planeta el tiempo de un abrir y cerrar de ojos. Si mañana desaparecemos, la Tierra no nos echará en falta.

—Y no sería nada raro que hubiéramos desaparecido —dijo Hammond, encolerizado.

—Sí —admitió Malcolm—. No sería nada raro.

—Entonces, ¿qué es lo que está usted diciendo? ¿Que no nos deberíamos preocupar por el ambiente?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿qué?

Malcolm tosió y fijó la mirada en el infinito:

—Seamos claros: el planeta no está en peligro. Nosotros estamos en peligro. No tenemos el poder de destruir el planeta… ni de salvarlo. Pero podríamos tener el poder de salvarnos a nosotros mismos.

Bajo control

Habían transcurrido cuatro horas. Era por la tarde; el sol se estaba poniendo. El sistema de aire acondicionado estaba nuevamente encendido en la sala de control y el ordenador funcionaba correctamente. Tanto como les fue posible determinar, de veinte personas que había en la isla, ocho estaban muertas y seis más figuraban como desaparecidas. Tanto el centro de visitantes como el Pabellón Safari eran lugares seguros, y el perímetro norte parecía estar libre de dinosaurios.

Habían llamado a las autoridades de San José, pidiéndoles ayuda. La Guardia Nacional de Costa Rica estaba en camino, así como una ambulancia aérea para trasladar a Malcolm a un hospital. Pero, al comunicarse por teléfono, la Guardia costarricense claramente había demostrado cautela: era indudable que se producían llamadas telefónicas entre San José y Washington, antes de que finalmente la ayuda se enviara a la isla. Y ahora estaba avanzando el día: si los helicópteros no llegaran pronto, tendrían que esperar hasta mañana.

Mientras tanto, no había otra cosa que hacer sino aguardar. El barco estaba regresando; la tripulación había descubierto tres raptores jóvenes correteando en una de las bodegas de popa, y les habían dado muerte. En la Isla Nubla, el peligro inmediato parecía conjurado; todo el mundo estaba en el centro de visitantes o en el pabellón. Tim se había vuelto bastante ducho en el manejo del ordenador, y había hecho aparecer una nueva pantalla:

Total de Animales	292		
Especies	Esperados	Hallados	Ver.
Tyrannosaurus	2	1	4.1
Maiasaurus	21	20	??
Stegosaurus	4	1	3.9
Triceratops	8	6	3.1
Procompsognathida	65	64	??

Othnielia	**23**	**15**	**3.1**
Velocirraptor	**37**	**27**	**3.0**
Apatosaurus	**17**	**12**	**3.1**
Hadrosaurus	**11**	**5**	**3.1**
Dilophosaurus	**7**	**4**	**4.3**
Pterosaurus	**6**	**5**	**4.3**
Hypsilophodontida	**34**	**14**	**??**
Euoplocephalida	**16**	**9**	**4.0**
Styracosaurus	**18**	**7**	**3.9**
Microceratops	**22**	**13**	**4.1**
Total	**292**	**203**	

—¿Qué diablos está haciendo el ordenador? —dijo Gennaro—. ¿Ahora dice que hay menos animales?

Grant asintió con la cabeza:

—Probablemente.

Ellie agregó:

—El Parque Jurásico finalmente está quedando bajo control.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Equilibrio. —Grant señaló uno de los monitores: en uno de ellos, los hipsilofodontes saltaron al aire cuando una jauría de velocirraptores entraba en el campo desde el oeste.

»Las cercas estuvieron sin corriente durante horas —explicó—. Los animales se están mezclando unos con otros. Las poblaciones están alcanzando el equilibrio, un verdadero equilibrio jurásico.

—No creo que eso fuera lo que se esperaba que ocurriera —dijo Gennaro—. Nunca se pensó en que los animales se mezclaran.

—Pues lo están haciendo.

En otro monitor, Grant vio una jauría de raptores corriendo a toda velocidad, a través de un terreno abierto, en dirección a un hadrosaurio de cuatro toneladas. El hadrosaurio se volvió para huir y uno de los velocirraptores le saltó sobre el lomo, mordiéndole el largo cuello, mientras los demás avanzaban a la carrera, lo rodeaban formando un círculo, le mordisqueaban las patas y se elevaban de un salto, para abrirle el vientre de un tajo inferido por las poderosas garras. Al cabo de unos minutos, seis raptores habían derribado a un animal más grande.

Grant miraba, silencioso.

—¿Es así como lo habías imaginado? —preguntó Ellie.

—No sé lo que había imaginado —contestó Grant. Observó el monitor, agregando—: No, no así exactamente.

Muldoon dijo con calma:

—Sabe, parece que todos los velocirraptores adultos han salido en este preciso momento.

Grant no prestó mucha atención al principio: se limitó a observar los monitores, la interacción de los grandes animales. En el sur, el estegosaurio estaba blandiendo su cola armada de púas, dando cautelosas vueltas en círculos alrededor del tiranosaurio bebé, que lo observaba absorto y, en ocasiones, acometía para mordisquear fútilmente las púas. En el cuadrante occidental, los triceratops adultos peleaban entre ellos, lanzándose a la carga y entrecruzando los cuernos. Uno de los animales ya estaba caído, herido y agonizante.

—Todavía nos queda una hora de buena luz de día, doctor Grant. Si es que desea tratar de encontrar ese nido —advirtió Muldoon.

—Muy bien —dijo Grant—. Lo haré.

—Estaba pensando —dijo Muldoon— que, cuando lleguen los costarricenses, es probable que consideren que esta isla es un problema militar. Algo que hay que destruir lo antes posible.

—Tiene toda la razón —dijo Gennaro.

—La bombardearán desde el aire —prosiguió Muldoon—. Quizá con napalm, quizá con gas neurotóxico también. Pero desde el aire.

—Espero que lo hagan —aprobó Gennaro—: esta isla es demasiado peligrosa. Todo animal de esta isla debe ser destruido, y cuanto antes mejor.

—Eso no es satisfactorio —contradijo Grant. Se puso de pie—. Empecemos.

—No creo que lo comprenda, Alan —dijo Gennaro—. Mi opinión es que esta isla es demasiado peligrosa. Hay que destruirla. Todo animal de esta isla debe ser destruido, y eso es lo que la Guardia costarricense hará. Creo que debemos dejarlo en sus expertas manos. ¿Entiende lo que estoy diciendo?

—Perfectamente.

—Entonces, ¿cuál es su problema? Es una operación militar. Dejemos que ellos la lleven a cabo.

A Grant le dolía la espalda, donde el raptor le había alcanzado con la garra. Dijo:

—No. Nosotros tenemos que hacernos cargo de eso.

—Déjeselo a los expertos —repitió Gennaro.

Grant recordó cómo había encontrado a Gennaro, apenas seis horas atrás: acurrucado y aterrorizado en la cabina de un camión, en el edificio de mantenimiento. Y, de repente, perdió los estribos y tomó a Gennaro por el

cuello, poniéndole violentamente de espaldas contra la pared:

—Escúcheme, pedazo de hijo de puta, usted es responsable de esta situación, y va a empezar a asumirla.

—Lo estoy haciendo —dijo Gennaro, tosiendo.

—No, no lo está haciendo. Usted ha estado rehuyendo su responsabilidad todo el tiempo, desde el mismísimo comienzo.

—¡No, señor!

—A sus inversores les vendió una empresa que no entendía del todo. Usted era propietario parcial de un negocio cuya supervisión descuidó. No controló las actividades de un hombre del que, por experiencia, sabía que era un mentiroso, y permitió que ese hombre anduviera metiéndose con la tecnología más peligrosa de la historia humana. Yo diría que usted evadió su responsabilidad.

Gennaro volvió a toser:

—Bueno, pues ahora la estoy asumiendo.

—No. Todavía sigue evadiéndola. Y ya no puede seguir haciéndolo.

Soltó a Gennaro, que se dobló sobre sí mismo, jadeando para recuperar el aliento. Grant se volvió hacia Muldoon y preguntó:

—¿Qué tenemos que nos sirva como arma?

—Tenemos algunas redes de control y picanas eléctricas.

—¿Son eficaces esas picanas? —pregunto Grant.

—Son como las lanzas detonadoras para tiburones: tienen una punta explosiva con un condensador eléctrico; lanzan una descarga eléctrica en el momento de tocar el blanco. Alto voltaje, bajo amperaje. No es mortal, pero no hay duda de que es incapacitante.

—Busquemos el nido.

—¿Qué nido? —preguntó Gennaro, tosiendo.

—El nido de los velocirraptores —contestó Ellie.

—¿El nido de los raptores?

—¿Tiene collares rastreadores con radio? —prosiguió Grant.

—Estoy seguro de que los tenemos.

—Consiga uno. ¿Hay algo más que se puede utilizar para la defensa?

Muldoon negó con la cabeza.

—Bueno, consiga lo que pueda.

Muldoon se alejó. Grant se volvió hacia Gennaro, y dijo:

—Su isla es un revoltijo, señor Gennaro. Su experimento es un revoltijo. Hay que hacer una limpieza. Pero no se puede hacer mientras no conozcamos la

amplitud del revoltijo. Y eso significa hallar los nidos que haya en la isla. En especial, los de raptor. Están ocultos. Tenemos que encontrarlos, inspeccionarlos y contar los huevos. Tenemos que justificar cada animal nacido en esta isla. Después, podemos quemarla hasta los cimientos. Pero primero tenemos un trabajito que hacer.

Ellie estaba mirando el mapa mural, que ahora mostraba los predios de los animales. Tim estaba trabajando en el teclado. Ellie señaló el mapa:

—Los velocirraptores están localizados en la zona sur, allá donde están los terrenos con salidas de vapor volcánico. Quizá les gusta lo cálido.

—¿Hay algún sitio para esconderse ahí abajo?

—Resulta ser que sí —repuso Ellie—: hay enormes sistemas para abastecimiento de agua, con el objeto de controlar las inundaciones de las llanuras del sur. Una zona subterránea grande. Agua y sombra.

—Entonces ahí es donde estarán.

—Creo que también hay una entrada desde la playa —añadió Ellie. Se volvió hacia las consolas y dijo—: Tim, muéstranos la vista en corte del sistema de agua.

Tim no estaba escuchando.

—¿Tim?

El niño estaba encorvado sobre el teclado:

—Un momento: he encontrado algo.

—¿Qué es?

—Es un depósito que no figura en la lista. No sé qué hay ahí.

—Entonces, podría haber armas —dijo Grant.

Todos estaban detrás del edificio de mantenimiento, abriendo la cerradura de una cortina de acero, levantándola bajo la luz del día, para revelar escalones de hormigón que descendían hacia la tierra.

—¡Maldito Arnold! —masculló Muldoon, mientras bajaba cojeando los escalones—. Debía de saber durante todo este tiempo que esto estaba aquí.

—Quizá no —dijo Grant—. No intentó venir hacia aquí.

—Pues entonces Hammond lo sabía. Alguien lo sabía.

—¿Dónde está Hammond ahora?

—En el pabellón todavía.

Llegaron al pie de la escalera y se toparon con hileras de máscaras antigás colgadas de la pared, dentro de recipientes de plástico. Dirigieron el haz de luz de sus linternas hacia lo más profundo de la habitación, y vieron varios cubos de vidrio espeso, de sesenta centímetros de altura, que tenían tapones de acero. Dentro de los cubos, Grant pudo ver pequeñas esferas oscuras: «es como estar en una habitación llena de granos gigantes de pimienta», pensó.

Muldoon abrió la tapa de uno de los cubos, metió el brazo, hurgó y sacó una esfera. Le dio vueltas a la luz, frunciendo el entrecejo:

—Qué les parece…

—¿Qué es? —preguntó Grant.

—MORO-12. Es un gas neurotóxico que actúa por inhalación. Esto son granadas. Montones y montones de granadas.

—Empecemos —dijo Grant, con tono sombrío.

—Le gusto —dijo Lex, sonriendo. Estaban en el garaje del centro de visitantes, junto al pequeño velocirraptor que Grant había capturado en el túnel. La niña estaba acariciando al animal a través de los barrotes de la jaula. El raptor se frotó contra su mano.

—Yo tendría cuidado —advirtió Muldoon—; pueden dar un desagradable mordisco.

—Le gusto —dijo Lex—. Se llama Clarence.

—¿Clarence?

—Sí.

Muldoon tenía en la mano el collar de cuero que tenía adherida la cajita metálica. Grant oyó el sonido intermitente y agudo a través de los auriculares y preguntó:

—¿Es un problema ponerle el collar al animal?

Lex todavía estaba acariciando al raptor, metiendo la mano por entre los barrotes:

—Estoy segura de que me va a dejar ponérselo —dijo.

—Yo no lo intentaría —la previno Muldoon—. Son impredecibles.

—Estoy segura de que a mí me dejará.

Así que Muldoon le dio el collar, y ella lo levantó para que el animal lo pudiera oler. Después, lentamente, lo deslizó alrededor del cuello del

velocirraptor, que adquirió un color verde más brillante cuando Lex ajustó la hebilla. Después, el animal se relajó y recobró su tonalidad más desvaída otra vez.

—Quién lo diría —dijo Muldoon.

—Es un camaleón —comentó.

—Los otro velocirraptores no podían hacer eso —comentó Muldoon, frunciendo el entrecejo—. Este animal silvestre tiene que ser diferente. A propósito —dijo, volviéndose hacia Grant—, si todas son hembras desde el nacimiento, ¿cómo es que se reproducen? Usted nunca explicó ese asunto sobre el ADN de rana.

—No es ADN de rana: es ADN de anfibio. Pero ocurre que el fenómeno está particularmente bien documentado en ranas. En especial, en las ranas del oeste de África, si la memoria no me falla.

—¿Qué fenómeno es ése?

—Transición de orden sexual. En realidad, quiere decir cambio liso y llano de sexo.

Grant explicó que se conocían varias plantas, y varios animales, que tenían la facultad de cambiar de sexo durante su vida: orquídeas, algunos peces y crustáceos y, ahora, ranas. Ranas a las que se había observado poner huevos podían transformarse, en cuestión de meses, en machos perfectos: primero adoptaban la posición de pelea de los machos; desarrollaban el silbido de llamada para apareamiento de los machos; estimulaban las hormonas y desarrollaban las gónadas de los machos y, con el tiempo, se apareaban con hembras, con buenos resultados.

—No puede hablar en serio —dijo Gennaro—. ¿Y qué determina que ocurra eso?

—Aparentemente, el cambio lo estimula un ambiente en el que todos los animales son del mismo sexo: en esa situación, algunos de los anfibios empiezan a cambiar de sexo, pasando de hembra a macho de forma espontánea.

—¿Y usted cree que eso es lo que les ocurrió a los dinosaurios?

—Hasta que contemos con una explicación mejor, sí. Creo que eso es lo que pasó. Ahora, ¿buscamos ese nido?

Se amontonaron en el jeep, y Lex sacó al raptor de su jaula. El animal parecía bastante tranquilo, casi manso, en manos de la niña. Lex le dio una palmadita

final en la cabeza, y lo liberó.

El animal no se iba.

—¡Vamos, ush, ush! —dijo Lex—. ¡Vete a casa!

El velocirraptor dio la vuelta y corrió, metiéndose entre el follaje.

Grant tenía el receptor y llevaba los auriculares. Muldoon conducía. El vehículo iba dando tumbos por el camino principal, en dirección al sur. Gennaro se volvió hacia Grant y dijo:

—¿Cómo es? Me refiero al nido.

—Nadie lo sabe.

—Pero creí que usted los había desenterrado.

—Desenterré nidos fósiles de dinosaurio. Pero todos los fósiles están distorsionados por el paso de milenios. Hemos elaborado algunas hipótesis, algunas suposiciones, pero nadie sabe realmente cómo eran los nidos.

Grant estaba atento a las señales auditivas electrónicas, y le hizo a Muldoon una señal para que se dirigiera más hacia el oeste. Cada vez parecía más evidente que Ellie estaba en lo cierto: el nido estaba en los terrenos volcánicos del sur.

Grant meneó la cabeza.

—Tienes que percatarte de una cosa: no sabemos todos los detalles acerca de la conducta de anidación de los reptiles vivientes, como, por ejemplo, los cocodrilos y los caimanes o aligátores. Resultan unos animales difíciles de estudiar.

Pero sí se sabía que, en el caso de los caimanes americanos, sólo las hembras vigilan el nido, aguardando el momento de la eclosión de los huevos. El caimán macho se pasa muchos días, al principio de la primavera, tumbado al lado de la hembra, formando pareja, soplándole burbujas en los carrillos para lograr que se muestre receptiva, consiguiendo al fin que levante la cola y le permita insertar su pene. Para cuando la hembra construye el nido, unos dos meses después, el macho hace ya mucho tiempo que se ha marchado. Las hembras vigilan ferozmente su nido en forma de cono y de un metro de altura, y cuando las crías empiezan a chillar y salir del cascarón, la hembra les ayuda a romper los huevos y los empuja hacia el agua, en ocasiones llevándolos en la boca.

—¿Así que los caimanes adultos protegen a las crías?

—Sí —replicó Grant—. Y existe una especie de protección en grupo. Los caimanes jóvenes emiten un distintivo grito de alarma, y esto hace acudir en su

ayuda a cualquier adulto que lo oiga, ya se trate o no de sus padres, realizando un ataque completo y de gran violencia. No es una exhibición de amenaza. Constituye un ataque en toda regla.

—¡Oh…!

Gennaro se quedó en silencio.

—Pero los dinos no son reptiles —dijo Muldoon lacónicamente.

—Exactamente. Las pautas de anidamiento de los dinosaurios podrían estar mucho más emparentadas con las que exhiben diversos pájaros.

—Así que lo que usted realmente quiere decir es que no sabe —dijo Gennaro, empezando a sentirse molesto—, que no sabe cómo es el nido.

—Así es —convino Grant—. No lo sé.

—Bueno —comentó Gennaro—, ¡los malditos expertos son una gran cosa!

Grant pasó por alto la observación: ya podía oler el azufre y, allí delante, vio el vapor ascendente de los terrenos volcánicos.

El suelo está caliente, pensaba Gennaro mientras avanzaba. Estaba realmente caliente. Y aquí y allá el barro burbujeaba y saltaba en chorros desde el suelo. Y el vapor sulfuroso, fétido, siseaba formando grandes surtidores que le llegaban hasta el hombro. Se sentía como si estuviera caminando por el infierno.

Miró a Grant, que caminaba con los auriculares puestos, prestando atención a las señales audibles. Grant, con sus botas, sus pantalones vaqueros y su camisa hawaiana, aparentemente muy fresco. Gennaro no se sentía fresco: estaba asustado de estar en ese lugar hediondo, infernal, con los velocirraptores dando vueltas por alguna parte. No entendía cómo Grant podía mantenerse tan tranquilo.

O la mujer, Sattler. También andaba mirando con calma por los alrededores.

—¿No le molesta? —dijo Gennaro—. Me refiero a si esto no le preocupa.

—Tenemos que hacerlo —contestó Grant. No dijo más.

Todos avanzaron, yendo entre las chimeneas volcánicas por las que escapaba vapor hirviente. Gennaro pasó los dedos por las granadas de gas que se había abrochado al cinturón. Se volvió hacia Ellie.

—¿Por qué Grant no está preocupado por esto?

—Quizá lo esté —repuso la joven—, pero también ha pensado sobre ello toda su vida.

Gennaro asintió con la cabeza y se preguntó cómo sería eso. Si habría algo

que él hubiera esperado toda su vida: decidió que no había cosa alguna.

Grant entornó los ojos por la luz del sol. Delante, a través de velos de vapor, se veía un animal acuclillado, que les miraba. Después, huyó.

—¿Era el raptor? —preguntó Ellie.

—Así lo creo. U otro. Un ejemplar joven, de todos modos.

—¿Guiándonos? —preguntó la joven.

—Quizá.

Ellie le había contado cómo los raptores habían jugado ante la cerca, para retener su atención mientras otro trepaba al techo. De ser eso cierto, tal conducta entrañaría una capacidad mental que sobrepasaba la de casi todas las formas de vida de la Tierra. La postura clásica era la de creer que la capacidad de inventar y ejecutar planes estaba limitada a sólo tres especies: los chimpancés, los gorilas y los seres humanos. Ahora se planteaba la posibilidad de que también un dinosaurio fuese capaz de hacerlo.

El velocirraptor volvió a aparecer, saliendo súbitamente a la luz, para desaparecer después de un salto emitiendo un chillido. En realidad, parecía estar guiándoles.

—¿Son muy astutos? —preguntó Gennaro frunciendo el entrecejo.

—Si piensa en ellos como pájaros —contestó Grant—, entonces tiene que preguntarse cuán inteligentes son: algunos estudios muy recientes del papagayo de la India muestran que estos animales tienen casi tanta inteligencia simbólica como un chimpancé. Y no hay duda alguna de que los chimpancés usan un lenguaje. Ahora, los investigadores están descubriendo que los loros tienen el desarrollo emocional de un niño de tres años, pero no se pone en duda su inteligencia. No se discute que los loros pueden razonar en forma simbólica.

—Pero nunca he oído hablar de nadie a quien hubiese matado un loro —masculló Gennaro.

En la distancia pudieron oír el sonido de la rompiente en la costa de la isla. Ahora, con los terrenos volcánicos detrás de ellos, se enfrentaban con un campo rocoso lleno de bloques pétreos. El pequeño velocirraptor trepó a una roca, subiéndose a ella y, después, desapareció abruptamente.

—¿A dónde se ha ido? —preguntó Ellie.

Grant estaba prestando atención a los auriculares. La señal electrónica intermitente se detuvo:

—Se ha ido —dijo.

Avanzaron con premura y, en medio de las rocas, hallaron un agujero, como la entrada a una conejera; de unos sesenta centímetros de diámetro. Mientras observaban reapareció el raptor bebé, parpadeando por la luz. Después, escapó a toda velocidad.

—No hay forma —dijo Gennaro—. No hay forma de que yo baje por ahí.

Grant no dijo nada; él y Ellie empezaron a enchufar equipos. Pronto tuvo una pequeña cámara de televisión conectada a un monitor portátil. Grant ató la cámara a una cuerda, la puso en marcha y la bajó por el agujero.

—No se puede ver nada de esa manera —dijo Gennaro.

—Dejemos que se ajuste —contestó Grant. A lo largo de la parte superior del túnel había suficiente luz como para que vieran paredes lisas de tierra y, después, el túnel se abría súbita, bruscamente. Por el micrófono oyeron un chillido; después, un sonido más bajo, como un berrido. Más ruidos. Parecían provenir de muchos animales.

—Por el ruido parece ser el nido, claro que sí —opinó Ellie.

—Pero no se puede ver nada —insistió Gennaro. Y se enjugó el sudor de la frente.

—No —admitió Grant—. Pero puedo oír. —Escuchó un rato más; después, izó la cámara y la colocó en el suelo—: Empecemos.

Trepó hasta el agujero. Ellie fue a buscar una linterna y una picana. Grant se colocó la máscara antigás y se agachó con torpeza, extendiendo las piernas hacia atrás.

—No puede decir en serio que va a meterse ahí —dijo Gennaro.

—No me preocupa. Yo voy primero; después, Ellie; después usted viene detrás —anunció Grant.

—Un momento, espere un momento —se alarmó Gennaro—. ¿Por qué no dejamos caer estas granadas de gas neurotóxico por el agujero, y después bajamos? ¿No tendría más sentido?

—¿Ellie, tienes la linterna?

La joven se la alcanzó.

—¿Qué le parece? —insistió Gennaro—. ¿Qué dice?

—Nada me gustaría más —dijo Grant. Empezó a meter las piernas por el agujero, y agregó—: ¿Alguna vez vio morir a alguien por la acción de un gas

venenoso?

—No…

—Por lo general, produce convulsiones. Terribles convulsiones.

—Mire, lamento mucho que sea desagradable, pero…

—Óigame: la única razón por la que nos vamos a meter en este nido es porque necesitamos descubrir cuántos animales salieron del huevo: si matamos a los animales primero, y alguno de ellos cae en los nidos como consecuencia de las convulsiones espasmódicas, eso arruinará nuestra capacidad de ver lo que había ahí. De manera que no podemos hacerlo.

—Pero…

—Usted fabricó esos animales, señor Gennaro.

—Yo no lo hice.

—Su dinero lo hizo. Sus esfuerzos lo hicieron. Usted ayudó a crearlos. Ahora son creación suya. Y usted no puede matarlos sólo porque se siente un poco nervioso.

—No estoy un poco nervioso. Estoy asustado hasta…

—Síganme —dijo Grant. Ellie le alcanzó una picana. Grant se empujó hacia atrás por el agujero y gruñó—: Me aprieta.

Exhaló y tendió los brazos hacia delante, frente a él: hubo una especie de aspiración y Grant desapareció.

El agujero se abrió ante ellos, vacío y negro.

—¿Qué le ha pasado? —exclamó Gennaro, alarmado.

Ellie se adelantó y se inclinó cerca del agujero, apretando la oreja contra la abertura. Encendió la radio y llamó en voz baja:

—¿Alan?

Se produjo un prolongado silencio. Después, oyeron un tenue:

—Aquí estoy.

—¿Está todo bien, Alan?

Otro silencio prolongado. Cuando Grant habló por fin, su voz sonaba claramente extraña, casi sorprendida:

—Todo está bien —dijo.

Casi el paradigma

En el pabellón, John Hammond caminaba de un lado a otro por la habitación de Malcolm. Estaba impaciente e incómodo: después de esforzarse por lanzar su última explosión emocional, Malcolm cayó en coma, y ahora Hammond pensaba que realmente podía morir. Claro que se había enviado un helicóptero, pero sólo Dios sabía cuándo llegaría. El pensamiento de que, mientras tanto, Malcolm podría morir le llenaba de angustia y temor.

Y, paradójicamente, Hammond encontraba todo eso mucho peor porque el matemático le desagradaba tanto. Resultaba peor que si hubiera sido su amigo: Hammond pensaba que la muerte de Malcolm, de producirse, sería el reproche final, y eso era más de lo que él podía soportar.

Sea como fuere, el olor que había en la habitación era sumamente desagradable. Sumamente desagradable. El olor de putrefacción de carne humana.

—Todo… para… —dijo Malcolm, agitándose en la almohada.

—¿Se está despertando? —preguntó Hammond.

Harding negó con la cabeza.

—¿Qué dijo? ¿Algo del paraíso?

—No le he entendido —dijo Harding.

Hammond recorrió la habitación un rato más. Abrió más las ventanas, tratando de hacer que entrara aire fresco. Por fin, cuando ya no lo pudo soportar, dijo:

—¿Hay algún problema en que me vaya fuera?

—No lo creo, no —repuso Harding—. Creo que este sector está bien.

—Bueno, mire, voy a salir un poco.

—Muy bien —dijo Harding, y ajustó el flujo del antibiótico intravenoso.

—Volveré pronto.

—Muy bien.

Hammond salió, emergiendo a la luz del día, preguntándose por qué se había molestado en justificarse ante Harding: después de todo, ese hombre era su empleado; él no tenía necesidad de explicarse.

Pasó por los portones de la cerca, recorriendo el parque con la mirada. Era el final de la tarde, la hora en que la bruma flotante disminuía y a veces aparecía el sol. Había salido ahora, y Hammond lo tomó como un buen augurio: dijeran lo que dijeran, sabía que su parque tenía futuro. E incluso si ese tonto impetuoso de Gennaro decidiera quemarlo hasta los cimientos, eso no alteraría mucho las cosas.

Hammond sabía que en dos bóvedas separadas, en la casa matriz de «InGen», en Palo Alto, había grandes cantidades de embriones congelados de esos dinosaurios. No sería problema hacer que se desarrollasen otra vez, en otra isla de cualquier parte del mundo. Y si había habido problemas aquí, entonces la vez siguiente los resolverían. Así era como funcionaba el mundo. Así era como se producía el progreso: resolviendo problemas.

Mientras pensaba en ello, llegó a la conclusión de que Wu realmente no había sido el hombre indicado para el trabajo: era evidente que había sido descuidado, demasiado indiferente con su gran empresa. Y había estado demasiado absorto en la idea de introducir mejoras; en vez de fabricar dinosaurios, había querido mejorarlos. Hammond tenía la oscura sospecha de que ése era el motivo de la ruina del parque.

Wu era el motivo.

Asimismo, tuvo que admitir que John Arnold estaba mal preparado para el trabajo de jefe de ingenieros. Arnold tenía un historial impresionante, pero llegado a ese punto de su carrera estaba cansado, y era una persona que interfería, al ser un hombre constantemente preocupado. No había sabido organizar las cosas y las había perdido de vista. Cosas importantes.

A decir verdad, ni Wu ni Arnold habían tenido la característica más importante, decidió Hammond: la característica de la visión. Ese gran acto arrebatador de imaginación que evocaba un parque maravilloso y niños apretados contra las cercas, maravillándose ante los extraordinarios seres, seres de historieta que habían cobrado vida. Verdadera visión. La capacidad de ver lo futuro. La capacidad de manejar los recursos para hacer que esa visión de futuro se convirtiera en realidad.

No, ni Wu ni Arnold estaban capacitados para esa tarea.

Y, si era por eso, Ed Regis había sido una mala elección también. Harding, en el mejor de los casos, había sido una elección indiferente. Muldoon era un borracho…

Hammond sacudió la cabeza para aventar esas ideas: lo haría mejor la próxima vez.

Perdido en sus pensamientos, se dirigió hacia su cabaña, recorriendo el caminito que se dirigía hacia el norte desde el centro de visitantes. Pasó junto a uno de los trabajadores, que le saludó fríamente con una inclinación de cabeza. Hammond no devolvió el saludo: hallaba que los trabajadores costarricenses eran uniformemente insolentes. A fuerza de sincero, la elección de esa isla mar afuera de Costa Rica tampoco había sido prudente. No cometería otra vez errores tan obvios…

Cuando llegó, el rugido del dinosaurio pareció aterradoramente próximo. Hammond giró sobre sí mismo tan deprisa que cayó en el sendero y, cuando miró hacia atrás, creyó ver la sombra del T-rex joven, desplazándose entre el follaje junto al sendero de lajas, acercándosele.

¿Qué estaba haciendo ahí el T-rex? ¿Por qué estaba fuera de las cercas?

Hammond sintió un relámpago de ira. Entonces vio a los trabajadores costarricenses huyendo para salvar la vida y aprovechó la oportunidad para ponerse en pie y correr ciegamente hacia el bosque que estaba en el lado opuesto del sendero. Estaba envuelto por la oscuridad; tropezó y cayó, la cara se le estrelló contra hojas húmedas y tierra mojada, y, vacilante, volvió a ponerse de pie, corrió hacia delante, cayó otra vez y, después, corrió una vez más. Ahora bajaba por una empinada colina, y no pudo mantener el equilibrio. Se desplomó, sin poder evitarlo, rodando y girando sobre sí mismo en el suelo blando, antes de detenerse finalmente al pie de la colina. Cayó de cara sobre tibia agua poco profunda, que gorgoteaba alrededor y le subió por la nariz.

Estaba caído boca abajo en un arroyuelo.

¡Se había dejado dominar por el pánico! ¡Qué tonto! ¡Debió haber ido a su cabaña! Se maldijo a sí mismo. Cuando se ponía en pie sintió un dolor agudo en el tobillo derecho, que le hizo que las lágrimas brotasen de sus ojos. Lo palpó con cuidado: podía estar roto. Se forzó a apoyar todo su peso sobre el tobillo, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar.

Sí.

Casi seguro que estaba roto.

En la sala de control, Lex le confió a Tim:

—Ojalá nos hubieran llevado con ellos al nido.

—Es demasiado peligroso para nosotros, Lex. Tenemos que quedamos aquí. Aquí, escucha este. —Apretó otro botón y el rugido grabado de un tiranosaurio resonó a través de los altavoces del parque.

—Ese es bonito —aprobó Lex—. Es mejor que el otro.

—Tú también lo puedes hacer. Y si aprietas esto, haces que haya resonancia.

—Déjame probar —dijo Lex. Apretó el botón: el tiranosaurio rugió otra vez.

—¿Podemos hacer que dure más? —preguntó.

—Por supuesto. Simplemente, le damos vuelta a esta cosa…

Tendido al pie de la colina, Hammond oyó rugir al tiranosaurio, bramando a través de la jungla.

Jesús.

Se estremeció al oír el sonido. Era aterrador, un alarido que venía de otro mundo. Esperó para ver qué ocurría. ¿Qué haría el tiranosaurio? ¿Ya habría atrapado al trabajador? Esperó, oyendo sólo el zumbido de las cicadáceas silvestres, hasta que se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y dejó escapar un prolongado suspiro.

Con un tobillo lesionado no podía trepar la colina: tendría que esperar en el fondo de la barranca. Una vez que el tiranosaurio se hubiera ido, gritaría pidiendo ayuda. Mientras tanto, no estaba en peligro.

Fue entonces cuando oyó una voz amplificada que decía:

—Vamos, Timmy, yo también lo voy a intentar. Vamos. Déjame hacer el ruido.

—¡Los chicos!

El tiranosaurio rugió otra vez, pero ahora tenía nítidos armónicos musicales, y una especie de eco, que perduraba después de haber terminado el rugido en sí.

—Qué bonito —dijo la niñita—. Hazlo otra vez.

¡Esos malditos chicos!

Nunca debió haber traído a esos niños. No habían sido más que un problema desde el principio. Nadie los quería cerca. Los había traído porque creyó que eso detendría a Gennaro en su intención de destruir el centro de recreo, pero

Gennaro lo iba a hacer de todos modos. Y resultaba evidente que los chicos se habían metido en la sala de control y estaban jugando con los equipos… Ahora bien, ¿quién había permitido eso?

Sintió que el corazón le empezaba a galopar y experimentó una inquietante insuficiencia respiratoria. Se forzó a reposar. No pasaba nada malo: aunque no podía subir por la colina, no podía estar a más de noventa metros de su propia cabaña y del centro de visitantes. Se sentó en la tierra mojada prestando atención a los sonidos provenientes de la jungla que le rodeaba. Y después, al cabo de un rato, empezó a gritar pidiendo ayuda.

La voz de Malcolm no era más que un susurro:

—Todo… parece diferente… al otro lado —suspiró.

Harding se inclinó para acercársele:

—¿Al otro lado? —Pensó que Malcolm estaba hablando de morir.

—Cuando… sustituciones… —prosiguió Malcolm.

—¿Sustituciones?

Malcolm no contestó. Sus secos labios se movieron:

—Paradigma —dijo, por fin.

—¿Sustituciones de paradigma? —preguntó Harding. Sabía algo de las sustituciones de paradigma. Durante los últimos veinte años habían sido la forma que estaba de moda para hablar de los cambios científicos. «Paradigma» no era más que otro término para designar un modelo, pero, de la manera en que los científicos la utilizaban, la palabra quería decir más que eso: una visión del mundo; una manera más vasta de ver el mundo. Se decía que las sustituciones de paradigma tenían lugar cada vez que la ciencia producía un cambio de importancia en su visión del mundo. Tales cambios eran muy poco frecuentes y ocurrían alrededor de una vez por siglo: la evolución darwiniana había forzado una sustitución de paradigma; la mecánica cuántica había forzado una sustitución más pequeña.

—No —dijo Malcolm—. No… paradigma… más allá…

—¿Más allá del paradigma? —dijo Harding.

—No me preocupa… que… nunca más…

Harding suspiró: a pesar de todos sus esfuerzos, Malcolm estaba cayendo rápidamente en un delirio terminal. Su fiebre era más alta y casi se había agotado la existencia de los antibióticos que necesitaba.

—¿Qué es lo que no le preocupa?
—Nada. Porque… todo se ve diferente… al otro lado.
Y sonrió.

Descenso

—Usted está loca —le dijo Gennaro a Ellie Sattler, al observar cómo se metía hacia atrás, comprimiéndose contra las paredes de aquel agujero de conejera, extendiendo los brazos hacia delante—. ¡Ha de estar loca para hacer eso!

La joven sonrió:

—Probablemente —contestó.

Tendió hacia delante las manos, que tenía muy abiertas, y se impulsó hacia atrás apoyándose en los lados del agujero. Y, de repente, desapareció.

El agujero estaba abierto en un bostezo negro.

Gennaro empezó a sudar. Se volvió hacia Muldoon, que estaba de pie al lado del jeep:

—No voy a hacerlo —anunció.

—Sí lo hará.

—No puedo hacerlo. No puedo.

—Le están esperando —declaró Muldoon—. Tiene que hacerlo.

—Sólo Cristo sabe lo que hay allá abajo. Se lo digo: no puedo hacerlo.

—Tiene que poder.

Gennaro se volvió, miró el agujero, miró hacia atrás.

—No puedo. Usted no me puede obligar.

—Supongo que no —aceptó Muldoon. Sostenía en alto la picana de acero inoxidable—. ¿Ha sentido alguna vez el efecto de una picana?

—No.

—No hace gran cosa; casi nunca es fatal. Por lo general, produce inconsciencia. Quizás haga que se aflojen los intestinos. Pero, por lo común, no produce efectos permanentes. No en los dinos, por lo menos. Ahora, en cuanto a personas, que son mucho más pequeñas…

Gennaro miró la picana.

—Usted no lo haría.

—Creo que es mejor que baje y cuente esos animales —sugirió Muldoon—. Y es mejor que se dé prisa.

Gennaro miró el agujero que estaba a sus espaldas a la abertura negra, una boca en la tierra. Después miró a Muldoon, que estaba ahí en pie, grande e implacable.

Gennaro estaba sudando y la cabeza le daba vueltas. Empezó a caminar hacia el agujero: desde cierta distancia parecía pequeño, pero a medida que uno se acercaba parecía hacerse más grande.

—Eso es —dijo Muldoon.

Gennaro se metió de espaldas en el agujero, pero empezó a sentirse demasiado atemorizado para seguir de esa manera. La idea de entrar de espaldas en lo desconocido le llenaba de pavor, así que, en el último momento, se volvió y entró en el agujero metiendo primero la cabeza, extendiendo los brazos hacia delante e impulsándose con los pies porque, por lo menos, vería dónde iba. Se colocó la máscara antigás.

Y, de repente, se precipitó hacia delante, deslizándose hacia la negrura, viendo las paredes de tierra desaparecer en la oscuridad que tenía delante y, después, las paredes se hicieron más estrechas, mucho más estrechas, aterradoramente estrechas, y se perdió en el dolor de una compresión asfixiante que cada vez se hacía peor, que le aplastaba los pulmones extrayéndole el aire, y sólo fue nebulosamente consciente de que el túnel se ladeaba levemente hacia arriba, a lo largo, trasladando su cuerpo, dejándolo jadeante y viendo puntos ante los ojos, y el dolor se hizo extremo.

Entonces, de manera repentina, el túnel volvió a inclinarse hacia abajo y se hizo más amplio, y Gennaro sintió superficies ásperas, hormigón, y aire frío. Su cuerpo estaba súbitamente libre, y rebotando, desplomándose sobre hormigón.

Y cayó.

Voces en la oscuridad. Dedos que le tocaban, tendiéndose hacia delante desde las voces susurrantes. El aire era frío, como el de una caverna.

—¿… está bien?

—Parece estar bien, sí.

—Está respirando…

—Muy bien…

Una mano femenina acariciándole la cara: era Ellie.

—¿Puede oír? —dijo ella.

—¿Por qué todos están susurrando? —preguntó Gennaro.

—Porque… —Ellie señaló con el dedo.

Gennaro se volvió, rodó sobre sí mismo, se puso de pie con lentitud. Fijó la mirada, a medida que su vista se acostumbraba a la oscuridad. Pero lo primero que vio, brillando, fueron ojos. Ojos verdes refulgentes.

Muchísimos ojos. Todos a su alrededor.

Estaba en un reborde de hormigón, una especie de terraplén, unos dos metros por encima del suelo. Grandes cajas de empalme, de acero, brindaban un escondrijo improvisado que les protegía de la vista de los dos velocirraptores totalmente desarrollados que estaban erguidos directamente delante de ellos, a una distancia que no llegaba a los tres metros. Los animales eran color verde oscuro, con bandas parduscas como de tigre. Estaban erguidos sobre las patas traseras, equilibrándose sobre las rígidas colas extendidas; totalmente silenciosos, mirando en derredor con sus grandes ojos, vigilando. A los pies de los adultos, crías recién nacidas de velocirraptor jugueteaban dando saltitos y gorjeando. Más atrás, ejemplares jóvenes brincaban y jugaban, emitiendo refunfuños y gruñidos cortos.

Gennaro no se atrevía a respirar.

—¡Dos raptores!

Agachado en el reborde, estaba sólo a treinta o sesenta centímetros por encima de las cabezas de los animales. Los velocirraptores estaban inquietos, sus cabezas se movían nerviosamente hacia arriba y hacia abajo. De vez en cuando resoplaban con impaciencia. Después se alejaron, volviendo hacia el grupo principal.

Cuando su visión se adaptó, Gennaro pudo ver que estaban en una especie de enorme estructura subterránea, pero artificial: había junturas de hormigón y se veían las protuberancias de unas varillas de acero. Y, dentro de ese vasto recinto en el que retumbaban los sonidos, había treinta velocirraptores. Quizá más.

—Es una colonia —susurró Grant—. Cuatro o seis adultos. El resto, jóvenes y recién nacidos. Por lo menos, dos nacimientos recientes; uno, el año pasado y el otro, este año: esos bebés parecen tener unos cuatro meses de edad. Es

probable que hayan salido del huevo en abril.

Uno de los bebés, curioso, estaba retozando en el reborde y se acercó a ellos, chillando. Ahora estaba a menos de tres metros.

—¡Oh, Jesús! —musitó Gennaro.

Pero de inmediato, uno de los adultos se adelantó, levantó la cabeza y, con delicadeza, empujó al bebé con suaves golpes de hocico para que volviera. La cría gorjeó una protesta; después, dio un salto para encaramarse en el hocico del adulto. El adulto se movió con lentitud, para permitir que la cría le trepara a la cabeza, le bajara por el cuello y se le subiera al lomo. Desde ese sitio protegido, la cría se dio vuelta y les gorjeó ruidosamente a los tres intrusos. Los adultos todavía parecían no haber caído en la cuenta de la presencia de los seres humanos.

—No lo entiendo —susurró Gennaro—. ¿Por qué no nos atacan?

Grant sacudió la cabeza en gesto de negación:

—No nos deben de ver. Y no hay huevos por el momento… Eso hace que estén más tranquilos.

—¿Tranquilos? —dijo Gennaro—. ¿Cuánto tiempo nos tenemos que quedar aquí?

—El suficiente para hacer el recuento —dijo Grant.

Según vio Grant, había tres nidos, cuidados por tres conjuntos de padres. La división del territorio se centraba, aproximadamente, en torno a los nidos, aunque las proles parecían superponerse y correr en diferentes territorios. Los adultos eran bondadosos con las crías muy jóvenes y más rudos con las de mayor edad, en ocasiones daban mordiscos a los animales mayores, cuando el juego de éstos se hacía demasiado violento.

En ese momento, un raptor muy joven llegó hasta Ellie y se frotó la cabeza contra la rodilla de la joven. Ellie miró hacia abajo y vio el collar de cuero con la caja negra. Estaba mojada en un punto. Y había excoriado la piel del cuello del animal, que gemía.

En el gran recinto de abajo, uno de los adultos se volvió, curioso, hacia el lugar del que provenía el sonido.

—¿Crees que se lo podré quitar? —preguntó Ellie.

—Pero hazlo deprisa.

—Muuuy bien —dijo Ellie, poniéndose en cuclillas al lado del pequeño

velocirraptor, que gimió de nuevo.

Los adultos resoplaron; sus cabezas subieron y bajaron como boyas en el agua.

Ellie palmeó al pequeño, tratando de calmarlo, para acallar sus gemidos. Movió las manos hacia el collar de cuero y volvió a levantar la lengüeta de la hebilla, que sonó como si se rasgara. Con movimiento espasmódico, los adultos levantaron la cabeza.

Después, uno de ellos empezó a caminar hacia Ellie.

—Oh, mierda —dijo Gennaro entre dientes.

—No se mueva —indicó Grant—. Mantenga la calma.

El adulto pasó junto a ellos; los largos dedos curvos de las patas sonaban con un clic al posarse en el hormigón. El animal se detuvo frente a Ellie, que se mantenía acuclillada junto a la cría, detrás de una caja de acero. La cría estaba al descubierto, y la mano de Ellie todavía estaba sobre el collar. El adulto alzó la cabeza y olfateó el aire; su enorme cabeza estaba muy cerca de la mano de la botánica, pero no podía verla debido a la caja de empalmes. A modo de ensayo, una lengua asomó con rapidez.

Grant llevó la mano hasta una granada de gas, la sacó del cinturón y mantuvo el pulgar en la argolla del seguro. Gennaro le puso una mano para contenerlo, negó con la cabeza y señaló con la cabeza en dirección a Ellie.

La joven no llevaba su máscara.

Grant bajó la granada y buscó a tientas la picana. El animal todavía estaba muy cerca de Ellie y entonces, en forma repentina, el adulto retrocedió un paso o dos.

Ellie aflojó y sacó la tira de cuero. El metal de la hebilla tintineó al caer sobre el hormigón. El adulto movió la cabeza imperceptiblemente y, después, la levantó hacia un lado, curioso. Otra vez avanzaba para investigar, cuando la pequeña cría chilló con alegría y salió a la carrera. El adulto permaneció al lado de Ellie. Después, dio la vuelta por fin y regresó al centro del nido.

Gennaro lanzó el aire que había retenido:

—Jesús. ¿Podemos marcharnos?

—No —repuso Grant—. Pero creo que podemos hacer parte del trabajo ahora.

Al fulgor verde fosforescente de las lentes para visión nocturna, Grant escudriñó

el recinto desde el reborde, en busca del primer nido: estaba hecho con barro y paja, en forma de una canasta amplia y poco profunda. Grant contó los restos de catorce huevos.

Por supuesto que no podía contar las cáscaras reales desde esa distancia y, de todos modos, hacía mucho se habían roto y estaban esparcidas por el suelo, pero pudo contar las depresiones que había en el barro: aparentemente, los velocirraptores hacían el nido poco antes de que se pusieran los huevos, que dejaban una huella permanente en el barro. Grant también vio pruebas de que uno, por lo menos, se había roto. Reconoció la existencia de trece animales.

El segundo nido estaba roto por la mitad. Pero Grant estimó que había contenido nueve cáscaras de huevo. El tercero tenía quince huevos, pero parecía que tres se habían roto temprano.

—¿Cuál es el total? —preguntó Gennaro.

—Treinta y cuatro nacidos —dijo Grant.

—¿Y cuántos ve?

Grant movió la cabeza en gesto de negación: los animales corrían por todo el cavernoso espacio interior, entrando en la luz y saliendo de ella con mucha rapidez.

—He estado observando —dijo Ellie, iluminando con la linterna su libreta de anotaciones—. Habría que tomar fotos para estar seguros, pero todas las marcas que hay en el hocico de los recién nacidos son diferentes: mi cómputo es de treinta y tres.

—¿Y ejemplares jóvenes, pero de más edad?

—Veintidós. Pero, Alan… ¿no notas algo extraño en ellos?

—¿Como qué?

—El modo en que se disponen. Quiero decir, su ordenamiento en el espacio: se sitúan en el recinto según una especie de pauta.

Grant frunció el entrecejo.

—Está bastante oscuro… —observó.

—No, mira. Mira tú mismo. Observa a los pequeñitos cuando no están jugando: cuando están jugando brincan y corren para cualquier parte. Pero, entre juegos, cuando están quietos, observa cómo orientan el cuerpo. O bien miran hacia esa pared, o hacia la de enfrente. Es como si se pusieran en fila.

—No lo sé, Ellie. ¿Piensas que hay una metaestructura colonial? ¿Como con las abejas?

—No, no exactamente. Es más sutil que eso. Simplemente es una tendencia.

—¿Y los bebés la siguen?

—Todos la siguen. Los adultos también. Obsérvalos. Te lo digo: se alinean.

Grant frunció el entrecejo. Daba la impresión de que Ellie tenía razón: los animales se dedicaban a toda clase de conductas, pero, durante los períodos de pausa, parecían orientarse de maneras particulares, casi como si hubiera líneas invisibles en el suelo.

—No me lo explico —manifestó—. Quizás haya una brisa…

—Si la hay, no la siento, Alan.

—¿Qué están haciendo? ¿Es algún tipo de organización social, expresada en forma de estructura espacial?

—Eso no tiene sentido, porque lo hacen todos.

Gennaro levantó su reloj:

—Sabía que esta cosa resultaría útil algún día. —Debajo de la esfera del reloj había una brújula.

—¿Eso tiene mucha aplicación en el tribunal?

—No. —Gennaro sacudió la cabeza—. Mi esposa me lo dio para que no me perdiera.

—¿Es una broma?

—Nunca se lo pregunté. —Fijó la vista en la brújula—: Bueno —aclaró—, no están alineados según algo… Supongo que están en posición nordeste-sudoeste, algo así. No hay una orientación en especial.

—Quizás estén oyendo algo, volviendo la cabeza para poder oír… —aventuró Ellie—. O quizá no es más que una conducta ritual —prosiguió Ellie—, una conducta identificatoria de la especie, que les sirve para identificarse entre sí. Pero quizá no tenga un significado más amplio. O quizá sean extraños. Quizá los dinosaurios sean extraños. O quizá sea una especie de comunicación.

Grant estaba pensando lo mismo: las abejas se podían comunicar en forma espacial, ejecutando una especie de danza. A lo mejor, los dinosaurios podían hacer lo mismo.

Gennaro los observaba, y preguntó:

—¿Por qué no salen al exterior?

—Son de hábitos nocturnos.

—Sí, pero es como si se escondiesen.

Grant se encogió de hombros. Al instante siguiente, los ejemplares recién nacidos empezaron a chillar y a saltar, excitados. Los adultos los observaron con curiosidad durante unos instantes. Y después, con un ulular y un griterío que

retumbaron en el oscuro recinto cavernoso, todos los dinosaurios se volvieron y corrieron, dirigiéndose por el túnel de hormigón hacia la oscuridad que aguardaba más allá.

Hammond

John Hammond se sentó pesadamente en la tierra mojada de la ladera y trató de recuperar el aliento. «Dios bendito, hace calor», pensó. Calor y humedad. Se sentía como si estuviera respirando a través de una esponja.

Miró hacia abajo, hacia el lecho del arroyo, ahora doce metros por debajo de donde había llegado: parecía que hubieran pasado horas desde que dejó el arroyuelo y empezó a subir la colina. El tobillo estaba ya tumefacto y de color púrpura oscuro; no podía cargarle nada de peso encima. Se veía forzado a subir la colina saltando sobre la otra pierna, que le dolía por el esfuerzo.

Y estaba sediento. Antes de dejar el arroyuelo detrás de sí, había bebido de él, aun cuando sabía que eso era una necedad: ahora se sentía mareado y, a veces, el mundo le daba vueltas. Tenía problemas de equilibrio. Pero sabía que tenía que subir la colina y regresar al sendero de arriba. Creyó haber oído varias veces pisadas en el sendero, durante las horas pasadas, y en cada ocasión había gritado pidiendo auxilio. Pero, por alguna causa, su voz no había llegado suficientemente lejos y no le habían rescatado. Y por eso, a medida que caía la tarde, se empezó a dar cuenta de que tendría que trepar la colina, con la pierna lesionada o no. Y eso era lo que estaba haciendo ahora.

Esos malditos chicos.

Hammond sacudió la cabeza, tratando de aclararla. Llevaba subiendo más de una hora y sólo había logrado recorrer un tercio de la distancia colina arriba. Y estaba cansado, jadeando como un perro viejo. La pierna le latía. Estaba mareado. Por supuesto, sabía perfectamente bien que no corría peligro, estaba casi a la vista de su cabaña, por el amor de Dios, pero tenía que admitir que estaba cansado: sentado en la ladera de la colina descubrió que, realmente, ya no quería seguir moviéndose.

«¿Y por qué no habría de estar cansado?», pensó: tenía setenta y seis años. Ésa no era edad para andar subiendo colinas. Aunque estaba en óptimo estado para un hombre de su edad. Personalmente, esperaba vivir hasta los cien. Tan sólo era cuestión de cuidarse, de atender a las cosas a medida que se iban presentando. Ciertamente, tenía abundantes razones para vivir. Otros parques que construir. Otras maravillas que crear…

Oyó un grito; después, un gorjeo: grito de pájaro pequeño que andaba saltando por la maleza. Había estado oyendo animales pequeños toda la tarde. Vivían toda clase de animalitos por ahí: ratas, zarigüeyas, víboras.

El grito creció en intensidad, y pedacitos de tierra rodaron por la ladera, más arriba de donde él estaba: algo se movía hacia allí. Después vio un animal color verde oscuro bajando la colina a saltitos, que avanzaba hacia él, y otro más, y otro más.

«Compis», pensó, y sintió escalofríos.

Carroñeros.

Los compis no tenían aspecto peligroso: eran casi tan grandes como pollos y se desplazaban subiendo y bajando la cabeza con cortos movimientos espasmódicos y nerviosos, como los pollos. Pero Hammond sabía que eran peligrosos: su mordedura tenía un veneno de acción lenta, que usaban para matar animales incapaces de moverse.

«Animales incapaces de moverse», pensó, frunciendo el entrecejo.

El primero de los compis se puso en cuclillas en la ladera, mirándole con fijeza. Se ubicó a cerca de metro y medio de distancia, más allá de su alcance, y se limitó a observarle. Otros bajaron poco después y se colocaron en hilera. Observando. Brincaban en su lugar, gorjeaban y agitaban sus manitas armadas con garras.

—¡Shuuu! ¡Fuera! —exclamó, y tiró una piedra.

Los compis retrocedieron, pero nada más que unas decenas de centímetros. No tenían miedo. Parecían saber que no podía herirles.

Furioso, Hammond arrancó la rama de un árbol y la blandió contra ellos. Los compis esquivaron la rama, mordisquearon las hojas, gorjearon con alegría: parecían creer que el hombre estaba practicando algún juego.

Hammond volvió a pensar en el veneno: recordaba que uno de los cuidadores de animales había sido mordido por un compi en una jaula. El hombre dijo que el veneno era como un narcótico; apaciguante, soporífero. Sin dolor.

La víctima simplemente deseaba irse a dormir.

«¡Al demonio con eso!», pensó. Tomó una piedra, apuntó con cuidado y la arrojó, acertándole a un compi en pleno pecho. El animalito lanzó un grito de alarma cuando fue proyectado hacia atrás, y rodó sobre la cola. Los demás animales retrocedieron de inmediato.

Mejor.

Hammond se volvió y empezó a subir la colina una vez más. Con ramas en ambas manos, subió saltando sobre la pierna izquierda, sintiendo el dolor en el muslo. No había recorrido más de tres metros cuando uno de los compis se le subió de un salto a la espalda. Hammond agitó los brazos en todas direcciones, derribando al animal, pero perdió el equilibrio y resbaló nuevamente por la ladera. Cuando se detuvo en su caída, un segundo compi se lanzó hacia él de un salto y le asestó un diminuto mordisco en la mano. Hammond miró, aterrorizado al ver la sangre fluyendo entre los dedos. Se volvió y empezó a trepar a gatas la ladera, una vez más.

Otro compi le saltó sobre el hombro, y Hammond sintió un breve dolor cuando el animal le mordió la parte de atrás del cuello. Hammond gritó y se quitó de encima al animal de un golpe. Dio la vuelta para hacer frente a los animales, respirando con dificultad. Los compis le rodeaban por completo, saltando y alzando la cabeza, observándole. Desde el sitio de la mordedura en el cuello, sintió un calor que fluía a través de los hombros, recorriéndole la médula espinal hacia abajo.

Tendido de espaldas en la ladera empezó a sentirse extrañamente relajado, indiferente a sí mismo. Pero se dio cuenta de que nada estaba mal. No se había cometido error alguno. Malcolm estaba del todo errado en su análisis. Hammond yacía muy quieto, quieto como un niño en su cuna, y se sintió maravillosamente en paz. Cuando el siguiente compi llegó y le mordió el tobillo, sólo hizo un esfuerzo, sin mucho empeño, para alejarlo de un puntapié. Los animalitos se le acercaron más. Pronto estuvieron gorjeando alrededor de él, como aves excitadas. Hammond alzó la cabeza cuando otro compi se le subió al pecho de un salto; lo encontró sorprendentemente liviano y delicado. Sólo sintió un leve dolor, muy leve, cuando el compi se inclinó para morderle el cuello.

La playa

Al perseguir los dinosaurios, siguiendo las curvas y pendientes de hormigón, Grant repentinamente irrumpió en el exterior, a través de una cavernosa abertura, y se encontró en la playa, mirando el océano Pacífico. A su alrededor, los velocirraptores jóvenes estaban retozando y alborotando en la arena. Pero, uno por uno, retrocedieron hasta ponerse a la sombra de las palmeras que crecían en el borde del manglar, y ahí permanecieron, alineados según su particular modalidad, observando el océano. Tenían la vista clavada en el sur.

—No lo entiendo —dijo Gennaro.

—Yo tampoco —contestó Grant—. Lo que sí entiendo es que resulta claro que no les gusta el sol. —No había mucho sol en la playa, flotaba una leve bruma y el océano estaba neblinoso. Pero ¿por qué habían abandonado súbitamente el nido? ¿Qué había llevado a toda la colonia a la playa?

Gennaro levantó la esfera del reloj y observó la forma en que estaban dispuestos los animales:

—Nordeste-sudoeste. Igual que antes.

Detrás de la playa, en lo profundo del bosque, oyeron el zumbido profundo de la cerca eléctrica:

—Por lo menos, ahora sabemos cómo salen de la cerca —dijo Ellie.

Entonces, oyeron la palpitación de motores diesel y, a través de la bruma, vieron un barco que aparecía en el sur. Un carguero grande, que se desplazaba lentamente hacia el norte.

—¿Así que ése es el porqué de que hayan salido? —dijo Gennaro.

Grant asintió:

—Deben de haberlo oído venir.

Mientras pasaba el carguero, todos los animales lo observaban, en silencio,

salvo por un ocasional grito o gorjeo. A Grant le impresionó la coordinación que exhibían en su conducta, la manera en que se movían y actuaban como grupo. Pero, quizá, realmente, no era algo tan misterioso. Repasó mentalmente la secuencia de sucesos que habían comenzado en la cueva.

Los primeros que se agitaron fueron los ejemplares recién nacidos. Después se dieron cuenta los adultos. Y, por último, todos los animales acudieron a la playa en tropel. Esa secuencia parecía entrañar que los animales más jóvenes, dotados de mayor agudeza auditiva, habían descubierto primero el barco. Después, los adultos condujeron la manada hacia la playa. Y, mientras miraba, vio que los adultos se hacían cargo de la situación. Había una clara organización espacial a lo largo de la playa, a medida que los animales se acomodaban; no era laxa y cambiante, como lo había sido en el recinto; era, por el contrario, bastante regular, casi militarmente ordenada: los adultos estaban separados unos de otros alrededor de nueve metros, más o menos, cada adulto rodeado por un enjambre de crías muy jóvenes. Los ejemplares jóvenes, semiadolescentes, se situaban entre los adultos y ligeramente delante de ellos.

Pero Grant también veía que no todos los adultos eran iguales: había una hembra con una lista distintiva a lo largo de la cabeza, y estaba en el centro mismo del grupo, cuando éste se ordenó a lo largo de la playa. Esa misma hembra también había permanecido en el centro de la zona de anidamiento. Grant conjeturó que, al igual que algunas manadas de monos, los raptores estaban organizados según un ordenamiento matriarcal jerárquico, basado en la edad de los componentes, y que ese animal listado era la hembra alfa de la colonia. Los machos, según veía, estaban dispuestos para actuar en la defensa: en el perímetro del grupo.

Pero, a diferencia de los monos, que estaban organizados en forma laxa y flexible, los dinosaurios mantenían una disposición rígida, casi una formación militar. Después estaba, también, la rareza de la orientación espacial según el eje nordeste-sudoeste. Eso escapaba a la comprensión de Grant. Pero, en otro sentido, no le sorprendía: los paleontólogos habían estado exhumando huesos durante tanto tiempo, que olvidaban cuan poca información se podía recoger de un esqueleto. Los huesos podían decir algo sobre el aspecto general de un animal, su talla, su peso; podían decir algo sobre cómo se adherían los músculos y, en consecuencia, algo sobre la conducta, a muy grandes rasgos, del animal durante su vida. Podían brindar indicios en cuanto a las pocas enfermedades que afectaban los huesos. Pero un esqueleto era un elemento pobre para intentar

deducir a partir de él la conducta global de un organismo.

Puesto que los huesos eran todo lo que los paleontólogos tenían, huesos eran lo que utilizaban. Al igual que sus colegas, Grant era un gran experto en huesos. Y, en alguna parte del camino, había empezado a olvidarse de las posibilidades indemostrables: que podrían haber tenido conducta y vida social organizadas según pautas enteramente misteriosas para sus posteriores descendientes, los mamíferos. Que, puesto que los dinosaurios fueron pájaros, fundamentalmente…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Grant.

Quedó con la vista clavada en los velocirraptores ordenados en rígida formación a lo largo de la playa, observando en silencio el barco. Y, de repente, entendió lo que estaba viendo.

—Esos animales —dijo Gennaro—, están desesperados por escapar de aquí.

—No —repuso Grant—, no quieren escapar en absoluto.

—¿No?

—No: quieren emigrar.

Se acerca la oscuridad

—¡Emigrar! ¡Eso es fantástico! —comentó Ellie.

—Sí —asintió Grant con una risa irónica.

—¿A dónde supones que quieren ir?

—No lo sé —contestó Grant y, en ese momento, los enormes helicópteros irrumpieron a través de la niebla, atronando y describiendo giros sobre el paisaje, mostrando la parte inferior de sus fuselajes cargada de armamento. Los velocirraptores se dispersaron, alarmados, cuando uno de los helicópteros describió un círculo hacia atrás, siguiendo la línea de la rompiente, y después se desplazó para aterrizar en la playa. Una puerta se abrió con violencia y soldados vestidos con uniformes verde oliva corrieron hacia Grant y los suyos. Grant oyó el rápido parloteo de voces hablando en castellano, y vio que Muldoon ya estaba a bordo con los niños. Uno de los soldados dijo en inglés:

—Por favor, vengan con nosotros. Por favor, no hay tiempo aquí. Síganme.

Grant miró hacia atrás, a la playa en la que habían estado los raptores, pero no los vio. Todos los animales habían desaparecido. Era como si nunca hubieran existido. Los soldados tiraban de él, y se dejó llevar por debajo de las aspas, que giraban con ruido sordo, y trepó a la aeronave por la gran compuerta. Muldoon se inclinó y gritó en la oreja de Grant:

—Nos quieren fuera de aquí ahora. ¡Lo van a hacer ahora!

Los soldados les empujaron a los asientos y les ayudaron a abrocharse los cinturones. Tim y Lex saludaron a Grant agitando la mano, y súbitamente vio cuán jóvenes eran y cuán exhaustos estaban; Lex bostezaba, reclinándose en el hombro de su hermano.

Un oficial se acercó a Grant y gritó:

—Señor, ¿está usted a cargo?

—No. No estoy a cargo.

—¿Quién está a cargo, por favor?

—No lo sé.

El oficial fue hasta Gennaro y le hizo la misma pregunta:

—¿Está usted a cargo?

—No —dijo Gennaro.

El oficial miró a Ellie, pero no le dijo nada. La compuerta quedó abierta cuando despegaron, y Grant se inclinó hacia fuera para ver si podía echar un último vistazo a los velocirraptores, pero el helicóptero ya se hallaba por encima de las palmeras, desplazándose hacia el norte sobre la isla.

Grant se inclinó hacia Muldoon y gritó:

—¿Qué ha pasado con los demás?

—Ya se han ido Harding y algunos trabajadores —grito Muldoon—. Hammond tuvo un accidente: le encontraron en la colina que hay cerca de su cabaña. Debió de caerse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Grant.

—No. Los compis le alcanzaron.

—¿Y qué hay de Malcolm?

Muldoon hizo un gesto de negación con la cabeza.

Grant estaba demasiado cansado como para sentir mucho por cualquier cosa. Se volvió y miró hacia atrás por la compuerta: estaba oscureciendo y, bajo la luz del ocaso, apenas pudo ver al pequeño rex, con las mandíbulas cubiertas de sangre, agachado sobre un hadrosaurio en la orilla de la laguna, con la vista alzada hacia el helicóptero y rugiendo cuando la máquina pasó cerca.

En alguna parte, detrás de ellos, oyeron explosiones y después, delante, vieron otro helicóptero que giraba, entre la niebla, sobre el centro de visitantes y, un instante después, el edificio estalló en una bola de fuego color anaranjado brillante. Lex empezó a llorar y Ellie le pasó el brazo alrededor tratando de que no mirara.

Grant tenía la vista clavada en el suelo, y tuvo una última visión fugaz de los hipsilofodontes, saltando con el donaire de gacelas, instantes antes de que otra explosión fulgurara con brillo cegador debajo de ellos. El helicóptero de Grant ganó altura y después se desplazó hacia el este, saliendo hacia el océano.

Grant se reclinó en su asiento. Pensó en los dinosaurios erguidos en la playa y se preguntó adónde habrían emigrado si hubieran podido; se dio cuenta de que nunca lo sabría, y se sintió triste y aliviado al mismo tiempo.

El oficial se acercó de nuevo, inclinándose cerca de su cara:

—¿Está usted a cargo?

—No.

—Por favor, señor, ¿quién está a cargo?

—Nadie.

El helicóptero cobró velocidad mientras enfilaba hacia tierra firme. Hacía frío ahora y los soldados cerraron la puerta. Mientras lo hacían, Grant miró hacia atrás sólo una vez, y vio la isla recortada contra un cielo y un mar de un púrpura intenso, envuelta en una espesa niebla que velaba las explosiones rojo blanco que se producían en rápida sucesión, hasta que pareció que toda la isla destellaba: un punto brillante cada vez más pequeño en la noche cada vez más oscura.

Epílogo

San José

Pasaron los días. El Gobierno fue cortés y les alojó en un bonito hotel de San José. Eran libres de ir y venir y de llamar a quienquiera que desearan. Pero no se les permitía abandonar el país. Todos los días, un joven de la Embajada norteamericana les visitaba para preguntarles si necesitaban algo y para explicarles que Washington estaba haciendo todo lo que podía para acelerar su partida. Pero el hecho liso y llano era que mucha gente había muerto en una posesión territorial de Costa Rica. El hecho liso y llano era que a duras penas se había evitado un desastre ecológico. El Gobierno de Costa Rica sentía que había sido inducido a confusión, y que había sido engañado, por John Hammond y sus planes para la isla. Dadas las circunstancias, el Gobierno no estaba dispuesto a darse prisa en liberar a los supervivientes. Ni siquiera permitió el entierro de Hammond ni de Ian Malcolm: sencillamente esperaba.

A Grant le parecía que todos los días le llevaban a otro organismo estatal, donde le interrogaba otro cortés e inteligente funcionario gubernamental. Le hacían repetir su relato una y otra vez: cómo había conocido a John Hammond; qué sabía del proyecto; cómo había recibido el fax de Nueva York; por qué había ido a la isla; qué había ocurrido en ella.

Los mismos detalles, una y otra vez, día tras día. El mismo relato.

Durante mucho tiempo, Grant pensó que debían de creer que les estaba mintiendo y que había algo que deseaban que les dijera, aunque no se podía imaginar qué era. Y, sin embargo, de alguna extraña manera, parecían estar esperando.

Por fin, una tarde estaba sentado junto a la piscina del hotel, observando chapotear a Tim y Lex, cuando un norteamericano vestido de caqui se dirigió a él.

—No nos conocemos —se presentó—; mi nombre es Marty Gutiérrez. Soy

investigador científico; trabajo aquí, en el puesto de Carara.

—Usted fue quien encontró el espécimen originario del ***Procompsognathus*** —contestó Grant.

—Así es, sí. —Gutiérrez se sentó al lado de Grant—. Usted debe de estar ansioso por volver a casa.

—Sí; sólo me quedan unos días de excavación antes de que llegue el invierno. En Montana, como usted sabe, las primeras nieves caen, por lo común, en agosto.

—¿Es ésa la razón por la que la Fundación Hammond apoyaba las excavaciones en zonas boreales? ¿Porque era más factible recuperar material genético intacto de dinosaurios en los lugares con clima frío?

—Eso es lo que supongo, sí.

—El señor Hammond era un hombre astuto.

Grant nada dijo. Gutiérrez se retrepó en el asiento de la piscina.

—Las autoridades no se lo dirán —dijo por fin—, porque tienen miedo y, quizá, también están ofendidas por lo que ustedes hicieron. Pero algo muy peculiar está ocurriendo en las regiones rurales.

—¿Están mordiendo a los bebés?

—No, a Dios gracias, eso terminó. Pero hay algo más: esta primavera, en la sección de Ismaloya, que está al norte, más allá de Puntarenas, unos animales desconocidos se comieron los sembradíos de una manera muy peculiar: cada día se desplazaban según una línea, casi tan recta como una flecha, que iba desde la costa, pasando por las montañas y se adentraba en la jungla.

Grant se enderezó en su asiento.

—Como una emigración —continuó Gutiérrez—. ¿No diría usted eso?

—¿Qué sembradíos? —preguntó Grant.

—Bueno, era extraño: sólo comieron habichuelas de agama, y soja y, a veces, pollos.

—Alimentos ricos en Lisina. ¿Qué les pasó a esos animales?

—Se supone que entraron en la jungla. Sea como fuere, no se les encontró. Claro que resultaría difícil buscarlos allí: una partida de búsqueda podría pasar años en las montañas de Ismaloya, sin que se encuentren indicios de dónde están.

—Y se nos retiene aquí porque…

Gutiérrez se encogió de hombros:

—El Gobierno está preocupado. Quizás haya más animales. Más problemas.

Se mueven con cautela.

—¿Cree usted que hay más animales? —preguntó Grant.

—No lo sé. ¿Puede decir algo usted?

—No. No lo podría decir.

—¿Pero tiene sospechas?

—Es posible que los haya. Sí.

—Estoy de acuerdo.

Gutiérrez se levantó lentamente de la silla, ayudándose con los brazos. Saludó con la mano a los niños, que estaban jugando en la piscina, y añadió:

—Es probable que envíen a los chicos de vuelta a su casa: no hay motivo para no hacerlo. —Se puso las gafas de sol—. Disfrute de su estancia entre nosotros, doctor Grant. Este es un país encantador.

—¿Me está diciendo que no vamos a ninguna parte?

—Ninguno de nosotros va a ninguna parte, doctor Grant —repuso Gutiérrez, sonriendo. Después, dio media vuelta y caminó hacia la entrada del hotel.

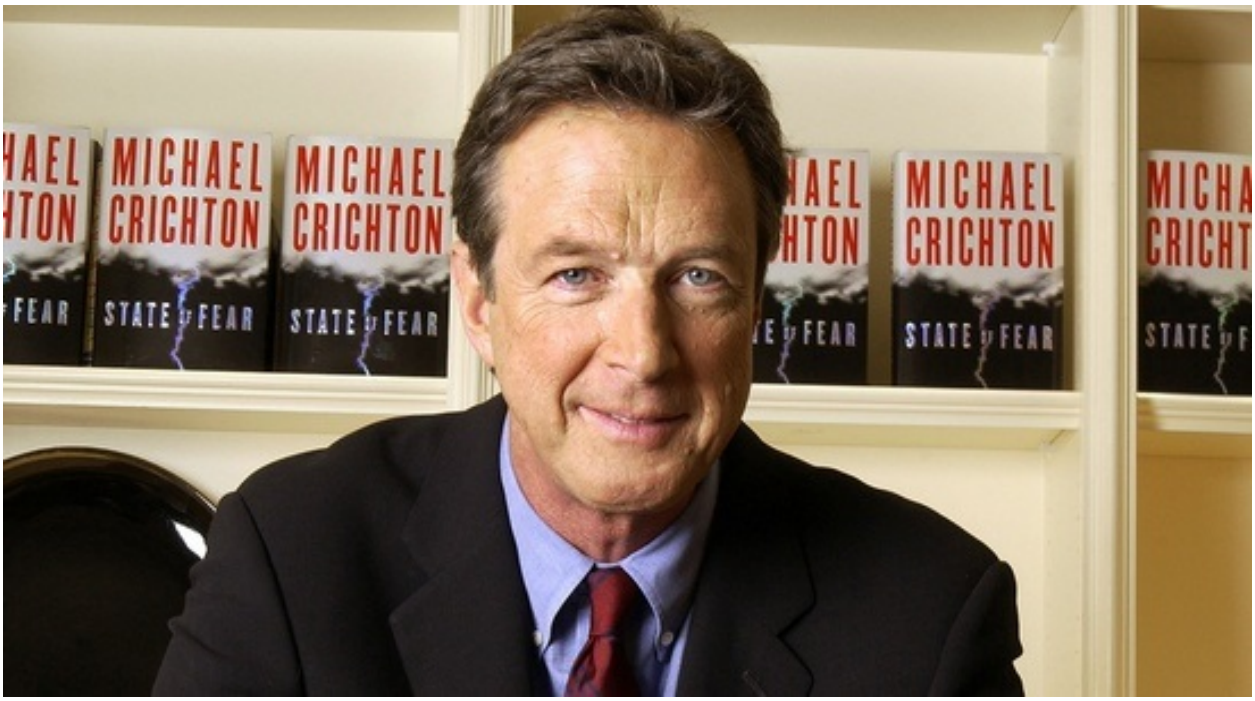
FIN

Reconocimientos

Al preparar esta novela me basé en los trabajos de muchos eminentes paleontólogos, especialmente sobre los de Robert Bakker, John Horner, John Ostrom y Gregory Paul. También hice uso de los esfuerzos de la nueva generación de ilustradores, entre los que se cuentan Kenneth Carpenter, Margaret Colbert, Stephen y Sylvia Czerkas, John Gurche, Mark Hallett, Douglas Henderson y William Stout, cuyas reconstrucciones incorporan una nueva visión de cómo se comportaban los dinosaurios.

Algunas de las ideas aquí presentadas acerca del paleo-ADN, el material genético de los animales extinguidos, fueron enunciadas por primera vez por George O. Poinar (h) y Roberta Hess, que formaron el Grupo de Estudio de ADN Extinto en Berkeley. Algunas disquisiciones sobre la teoría del caos provienen, en parte, de los comentarios de Ivar Ekeland y James Gleick. Los programas para ordenador de Bob Gross inspiraron algo de la parte gráfica. La obra del extinto Heinz Pagels inspiró el personaje de Ian Malcolm.

Sin embargo, este libro es por entero ficción y los puntos de vista en él expresados me pertenecen en su totalidad, así como cualesquiera errores que existan en el texto.



MICHAEL CRICHTON (Chicago, Illinois, EE. UU., 23 de octubre de 1942 - Los Ángeles, California, EE. UU., 4 de noviembre de 2008). Médico, escritor y cineasta estadounidense, considerado el iniciador del estilo narrativo llamado ***tecno-thriller***, que explora los fracasos que puede causar la interacción humana con la tecnología. Igualmente, la mayoría de sus obras se basan en nociones médicas y científicas bien documentadas, reflejando su formación en estas materias.

Se han vendido más de 150 millones de copias literarias de sus obras, la mayoría ***best-sellers***, que han sido traducidas a más de treinta idiomas y de las cuales doce se han llevado al cine, a destacar ***Devoradores de cadáveres*** (1973), ***Parque Jurásico*** (1990) o ***Twister*** (1996).

Quizá principalmente conocido por ser el padre de ***Parque Jurásico***, lo es también de la prestigiosa serie de televisión, ***ER*** (***Urgencias***). Es la única persona que ha tenido: el libro número uno (***Acoso***), la película número uno (***Parque Jurásico***) y la serie de televisión número uno (***Urgencias - ER***), en el mismo instante.